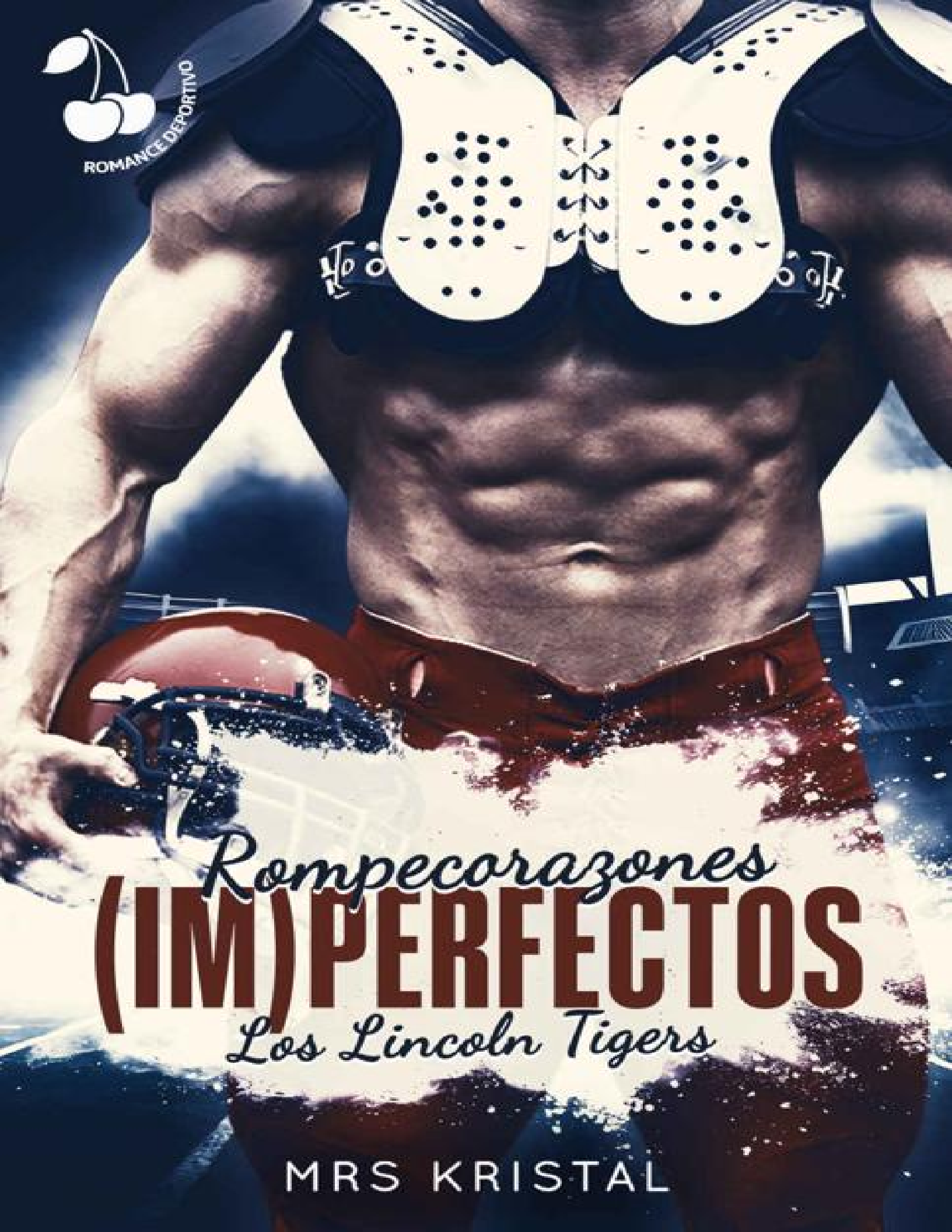

ROMANCE DEPORTIVO
Rompecorazones
(IM)PERFECTOS
Los Lincoln Tigers
MRS KRISTAL

Table of Contents

Anteportada

Síguenos

Información legal

Contenido sensible

El compañero de piso perfecto

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18
19
20
21
22
Epílogo
El novio falso perfecto
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

19
20
21
22
23
Epílogo
El futuro padre perfecto
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

19
20
21
22
Epílogo
El final feliz perfecto
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

Epílogo

Conoce a la autora

Créditos

MRS KRISTAL

Rompecorazones (im)perfectos: los Lincoln Tigers

El compañero de piso perfecto
El novio falso perfecto
El futuro padre perfecto
El final feliz perfecto

Traducido del inglés por Paloma Vega Centeno

CHERRY PUBLISHING

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@mrskristal.autor
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: 2024
Primera reedición en español: abril 2025

Advertencia de contenido sensible

Esta saga contiene referencias explícitas a la sexualidad, la violencia, los celos, la alimentación y la imagen corporal, que podrían resultar sensibles o perturbadoras para algunos lectores. Cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia y fruto de la imaginación del autor. Estas representaciones no buscan en ningún caso glorificar ni justificar tales actos.

TOMO I

El compañero de piso perfecto

1

Sienna

Tras un trayecto de casi nueve horas desde Ellsworth, un pequeño pueblo a las afueras de Helena, la capital de Montana, pasando por Chicago en dirección a Lincoln, Illinois, llego a mi nuevo hogar, bien entrada la tarde. Es probable que caiga rendida en la cama. Cuando al fin entre en mi nuevo apartamento, estaré agotada —mejor dicho— muerta de cansancio.

El autobús se detiene en la parada de Lincoln Campus, así que bajo y cojo mis cosas: una maleta y una mochila, aparte del bolso que ya llevo en la mano. Me he pasado el día viajando, surcando el cielo y, más tarde, la carretera, para llegar a lo que ahora será mi hogar. Mis padres me llevaron al aeropuerto de Helena, desde donde volé a Chicago y allí cogí un autobús hasta Lincoln.

Me muero de ganas de empezar la carrera. Llevo todo el verano soñando con que llegue septiembre y pueda, al fin, vivir en el campus. Es una nueva etapa en mi vida. Ahora soy una universitaria que vive en otro estado, y pronto seré una compañera de piso más en un apartamento compartido. La residencia en la que pretendía quedarme me envió una carta en la que confirmaban que no había habitaciones disponibles en el complejo residencial que me gustaba. Sin embargo, me ofrecieron una habitación en un apartamento que la universidad alquila. Al parecer, la inquilina anterior se ha mudado después de graduarse.

Al principio, tenía ciertas dudas, porque me había hecho a la idea de vivir en una residencia universitaria en el mismo campus. Ir a clase habría sido mucho más rápido y sencillo, porque podría haber ido andando. Sin embargo, para llegar al apartamento, necesitaría un bono de transporte para varias zonas, pero las otras alternativas al piso estaban aún más lejos y eran aún más caras, así que acabé aceptando. Mi nueva compañera de piso se llama Denver Jones y está ya en último curso. Si, por lo que sea, no nos llevamos

bien, se mudará dentro de un año y medio. Así que, llegado el momento, tal vez pueda encontrar a alguien por mi cuenta.

Con suerte, haré nuevos amigos. Eso es lo que más miedo me da: estar sola todos estos años que me quedan. Pero no tiene por qué ser así. Estoy segura de que Denver y yo nos llevaremos muy bien y seremos amigas.

Agarro el asa de mi equipaje y me coloco la mochila en el hombro. Estoy lista para dirigirme al complejo de apartamentos. Desde que subí al autobús en Chicago, he estado absorbiendo todo lo que me rodea como una esponja. Todo es nuevo para mí. En las próximas semanas, habré memorizado las calles, los números de las casas y los edificios. Sin embargo, ahora mismo, siento que nunca seré capaz de recordarlo todo. Sigo las indicaciones del navegador de mi iPhone, que me susurra el camino que seguir a través de mis AirPods.

Giro la esquina y llego a Abbey Street. A lo lejos, veo el edificio de apartamentos de la universidad. Delante hay un cartel blanco y enorme; es imposible no verlo. En el centro, destaca el escudo del Lincoln College y un aviso que indica que el complejo es de su propiedad, así como de la ciudad de Lincoln. Hay un par de frases en letra más pequeña que resumen las normas de convivencia, y en la esquina inferior derecha, están los datos de contacto de los administradores de la residencia, en caso de emergencia.

Bueno, aquí estoy. Después de tantas horas de viaje, al fin he llegado a mi nuevo hogar. El corazón me late con fuerza y estoy impaciente por conocer lo que me espera al cruzar la puerta.

«Ha llegado a su destino» —dice la voz de la asistente de Google Maps. Cierro la aplicación y me voy la vuelta para mirar la bonita fachada beis. Las ventanas del segundo piso están perfectamente alineadas, mientras que las de los pisos superiores son en voladizo. Mi apartamento está en la segunda planta.

—¡Vamos allá! —digo—. Aquí empieza tu vida universitaria, Sienna Gardner.

Saco la llave del bolsillo de mi chaqueta y me dirijo a la puerta principal. No es fácil apañárselas con una maleta y el pedazo de mochila que llevo a cuestas. Bueno, y con mi bolso.

Afortunadamente, la puerta se abre y una chica rubia sale para ayudarme. Aliviada, vuelvo a guardar la llave en el bolsillo.

—Te sujeto la puerta —me dice con una sonrisa, y yo asiento mientras hago mil maniobras para pasar con la maleta a través de la puerta.

—Gracias.

—No es nada, mujer —responde.

Entonces la miro. Al igual que yo, tiene el pelo largo y rubio, una figura esbelta y una sonrisa amable.

—¿Eres nueva por aquí? —pregunta.

—Sí —murmuro nerviosa, porque se ha dado cuenta de que soy una novata.

Una estudiante que hubiera pasado las vacaciones en casa tendría, sin duda, menos equipaje que yo. Y eso que mis padres traerán la mayoría de mis cosas en su furgoneta dentro de dos semanas.

Mi habitación está amueblada, porque la anterior inquilina dejó allí muchos de sus muebles. En mi mochila y mi maleta tengo lo básico para un mes: ropa, material para ciertas ocasiones y algunos artículos de limpieza. Sí, lo sé, podría haberlo comprado todo en la ciudad, pero quería estar preparada.

—¿Es tan obvio? —le pregunto de todos modos, con una sonrisa.

—Pareces un poco perdida y llevas mucho equipaje.

—Ah, claro… —respondo—. Sí, me has pillado. Lo soy. ¿Y tú?

—Yo estoy en segundo —responde, con una amplia sonrisa—. ¿Vas a vivir aquí? —dice, mientras señala con el dedo índice el pasillo del edificio y yo asiento con la cabeza.

—Sí… ¿Y tú? ¿Vives aquí?

—Yo estoy en una de las habitaciones de la resi del campus, pero mi hermano vive aquí.

—Ah, vale —digo—. Me llamo Sienna.

—Yo soy Phoenix —responde ella, sonriente—. Encantada de conocerte. ¿Qué estudias?

—Economía. ¿Y tú?

—¡Yo también! ¡Qué guay! — contesta, algo emocionada, ya que ambas estamos en la misma carrera.

Me dedica otra agradable sonrisa. Luego, Phoenix se despide de mí.

—Me tengo que ir. Ha sido un placer conocerte, Sienna. Nos vemos pronto.

Antes de que pueda responderle, se da la vuelta y sale corriendo. Se despide de nuevo con un gesto y luego desaparece de mi vista. Yo le respondo con el mismo gesto y me dispongo a subir las escaleras que llevan a mi nuevo apartamento.

Me ha llegado la llave del piso por correo, lo que me parece un poco raro, pero qué se le va a hacer. Desde luego, no me habría hecho ilusión tener que recogerla hoy o ir en coche a buscarla a Lincoln.

Tengo aún más ganas de ver el apartamento por dentro. De momento, solo lo he visto en fotos. Algún propietario, y no me extrañaría que fuera algún miembro de la administración del complejo, publicó unas fotos del piso hace años, y desde entonces, no han añadido ninguna más. Existe la posibilidad de que el apartamento en el que tengo que vivir durante los próximos años sea todo un zulo.

Cuando llego al segundo piso, lucho por recuperar el oxígeno que he perdido al subir. Si no hubiera subido con el equipaje a cuestas... ¡Pero qué coño! Ya que estamos… Además, ya sé que estoy en muy mala forma. Odio tanto el ejercicio que mi nota de educación física me bajó la media final en el instituto. Entre jadeos, vuelvo a sacar la llave y abro la puerta. Junto a ella, hay un pequeño cartel en el que pone *Denver Jones*. Es aquí. Al entrar en el apartamento, noto mi pulso acelerado en la garganta, una vez más. Arrastro la maleta y, tras recorrer unos metros, la dejo caer al suelo.

—¡Lo he conseguido! —digo, jadeante, mientras miro a mi alrededor.

Estoy en un gran salón, la estancia principal del apartamento. Aquí es donde descansaré por las tardes, después de clase. Puede que Denver se anime a una noche de pelis. Si es que a ella le van esos planes. Lo que tengo claro es que el orden no es lo suyo. Hay

un par de camisetas esparcidas por el sofá, junto con una caja de pizza vacía y un tercio de cerveza. Frunzo los labios. Espero que no deje sus cosas por todas partes y que esto sea cosa de una sola vez. Si no, me da que acabaré limpiando lo que ella ensucie. Respiro hondo para detener los pensamientos negativos y me quito la chaqueta para colgarla en el perchero. Entonces, me doy cuenta de que Denver debe de ser bastante alta y corpulenta. Sus chaquetas son enormes. Además, muchas de ellas son del equipo universitario de fútbol americano, los Lincoln Tigers. He leído algunas cosas sobre ellos en Internet, pero no me he molestado en seguir investigando. Por supuesto, sé que el fútbol es algo cultural y que los jugadores no solo son los reyes de la universidad, sino también bastante guapos. Muchas chicas perderían los papeles por salir con uno de ellos. Pero yo estoy aquí para aprender, no para acabar en la cama de un *quarterback*[1]. Estoy aquí para estudiar una carrera. Y está claro que un jugador de fútbol no me va a ayudar con eso.

Dejo atrás el perchero y continúo hacia el salón. La decoración parece bastante fortuita y no creo que le preocupe la apariencia del apartamento. Además de un enorme sofá y un sillón, hay un enorme televisor de pantalla plana en el salón. Cada vez me siento más y más incómoda con mi compañera de piso. Llegué a Lincoln con una imagen clara de ella. En mi cabeza, era una chica un poco tímida, ordenada y curiosa, y se tomaba sus estudios tan en serio como yo. No era una chica fiestera ni una persona a la que no le importase dejarlo todo por en medio. Tampoco me entusiasman las chaquetas del equipo de fútbol de un tamaño excesivo, que podrían ser de su novio. No quiero que ese chico esté siempre por aquí rondando. ¿Y si el baño no tiene pestillo y me pilla duchándome?

Sacudo la cabeza. Es demasiado pronto para pensar en el novio de mi compañera irrumpiendo en el baño. Ni siquiera sé si tiene uno. A lo mejor alguien se ha olvidado la chaqueta.

El chasquido de una puerta me hace dar un respingo, y antes de que pueda averiguar de dónde viene el sonido, oigo a mis espaldas:

—¿Quién eres? —dice una voz, que no parece femenina en absoluto, lo que me hace sobresaltarme—. ¿Y qué haces en mi casa?

Me doy la vuelta y pego un grito al ver al chaval que tengo enfrente. Es alto; me saca por lo menos veinte centímetros. Tiene los hombros anchos y unos brazos y piernas bien musculosos. Su tableta de chocolate tampoco se queda corta. Y solo lleva una toalla alrededor de la cintura. Hasta que no le echo un segundo vistazo, no me doy cuenta de que tiene el pelo rubio y corto, humedecido, y de que unas gotitas de agua caen desde su pecho hacia los abdominales y cruzan la toalla que lleva atada, donde asoma una fina capa de pelo rubio. Por Dios, ¿quién ha esculpido a este hombre? Aparto la mirada de su torso y vuelvo a mirarle, esta vez a los ojos.

Con cierto recelo, arquea las cejas y cruza los brazos sobre el pecho. Esto hace que parezcan aún más musculosos. Estoy segura de que la temperatura de la habitación ha subido considerablemente en los últimos minutos.

—Yo... Bueno, yo... O sea... —farfullo, aunque he perdido toda capacidad de hablar. —Soy Sienna.

—Vale —responde, aún con cierta desconfianza. —¿Y qué haces en mi apartamento, Sienna?

—Pero… ¿Este es tu apartamento?

Miro a mi alrededor con impotencia, pero aparte de las cajas de pizza y la botella de cerveza en la mesa, no hay nada que pueda indicarme si este es o no su apartamento. Luego me acuerdo de las chaquetas del perchero, que creía que serían del novio de Denver. El pánico se apodera de mí al darme cuenta de que son sus chaquetas y de que el novio de Denver no existe. ¿Me habré confundido de puerta? No, es imposible. El cartel de al lado del timbre tenía claramente escrito *Denver Jones*, en letras grandes y llamativas, y la llave encajaba en la cerradura.

—Pero … En el cartel ponía *Denver Jones*…

—¿Ya, y? —pregunta él—. Yo soy Denver.

—¿Qué?

Mi voz se quiebra de nuevo y suena mucho más chillona de lo que realmente es. El corazón me late con fuerza y noto cómo se me

forma un nudo en el estómago. En un principio, Denver no reacciona, pero me recorre con la mirada. Poco a poco, me voy sintiendo algo incómoda, así que me doy la vuelta y me ocupo de mi equipaje. Denver me sigue. Ni siquiera se aguanta la toalla, que apenas está sujeta en sus caderas. ¿No se le ocurre por un segundo que el nudo podría soltarse y yo podría verle la polla? No me creo que esto esté pasando.

Cojo el bolso y busco los papeles de la residencia. Sé que es perder el tiempo, pero me cuesta asimilar que él sea Denver. Esperaba a una chica como yo, no al Adonis del campus. ¡Este chico está buenísimo!

Además, no puedo creer que la administración de la residencia ofrezca apartamentos mixtos. Con los nervios a flor de piel, saco los papeles del bolso y los leo. Pero, una vez más, solo confirmo que estoy en el apartamento que toca.

—¿Y bien? —dice, aclarándose la garganta antes de que consiga girarme —¿Has encontrado lo que buscabas?

Sé que se está riendo de mí, pero no dejo que me afecte. Esto tiene que ser un malentendido. Es imposible que comparta piso con este tío. ¿He mencionado lo bueno que está? Y si yo pienso que está bueno, es evidente que otras chicas también lo pensarán. Chicas que no tienen tanta autoestima como yo y a las que les encantará que él se fije en ellas. Dios, me da vueltas la cabeza solo de pensar en él follando en la habitación de al lado.

—¿Eres Denver Jones?— vuelvo a preguntar, para estar segura.

—Sí, soy Denver Jones —dice, imperturbable—. Y tú eres Sienna... ¿Qué más?

—Gardner —respondo—. Sienna Gardner. La... administración de la residencia me ha asignado la habitación vacía del piso.

—¿Qué? —pregunta, intentando coger los papeles que tengo en las manos—. ¿Me dejas echarles un vistazo?

Asiento y le doy los papeles. Cuando su mano toca la mía, me estremezco y le miro. Denver también me mira. Está lo suficientemente cerca como para que pueda oler su *aftershave*[2]. Sus

ojos azules me miran fijamente y sus labios se curvan en una sonrisa.

—Gracias —dice mientras coge los papeles.

Empieza a leerlos y resopla.

—Serán inútiles... Denver es un nombre que no tiene género. Han debido pensar que era una chica. Pero es evidente que no lo soy.

Denver me mira y sonríe. Luego desliza los ojos por su musculoso cuerpo y yo le imito. Sigo el rastro de su mirada como un polluelo sigue a su madre.

—No, está claro que no eres una chica —confirmo—. No lo eres, no.

Se ríe y me devuelve los papeles para que los meta en una funda y los guarde en el bolso.

—¿Y ahora qué? —le pregunto—. Yo... Bueno, no pienso quedarme aquí...

—¿Por qué no? —pregunta, desconcertado—. Quiero decir, yo también habría preferido un chico, pero...

—Vaya, qué bien… Bueno es saberlo.

—¡Pero si me has dicho que no querías quedarte aquí!

—¡Es que estás casi desnudo! —exclamo mientras contemplo su cuerpo.

Denver arquea las cejas y se ríe suavemente. Luego, se relame los labios.

—Hombre, si tú quisieras, podría quitarme la toalla…

—Ni se te ocurra —digo, mientras levanto el dedo índice con aire amenazante para señalar su cuerpo semidesnudo—. No vas a quitarte nada. Vamos a calmarnos. Hoy estoy muy cansada, pero mañana lidiaremos con todo este asunto.

No puedo vivir aquí. Es un hombre, y no necesito ver la prueba más evidente para confirmarlo. Creo que no nos llevaríamos muy bien. Solo con ver lo desordenado que es... Está claro que acabaría relegándome a ser la mujer de la limpieza, porque sí, necesita que alguien ponga fin a este caos.

—¿A qué te refieres exactamente con «lidiar con todo este asunto»? —pregunta, mientras se gira sobre sus talones y se dirige

al baño—. Ahora vuelvo.

Desaparece a través de la puerta de en medio de las tres habitaciones de enfrente y yo intento hacerme a la idea de lo que está sucediendo. Esto solo podía pasarme a mí, ¿verdad? Denver Jones, mi simpática y amable compañera de piso, se ha convertido en un chico increíblemente sexy, divertido y atractivo en muchos sentidos. No puedo vivir con él. No va a funcionar. Denver y yo no estamos hechos el uno para el otro.

—Ya estoy aquí.

Levanto la vista y veo que se ha puesto unos pantalones cortos y una camiseta.

—Volviendo a lo de antes —continúa él—. No encontrarás otra habitación. A estas alturas, todo está a rebosar. Y lo que queda libre, da puto asco.

Miro a mi alrededor y él rechista, algo molesto.

—Ayer vinieron unos amigos —dice, con la intención de recoger —. Iba a ducharme y luego a limpiarlo todo. Pero has llegado muy pronto.

Las comisuras de los labios de Denver se levantan con picardía.

—¿¡Cómo no se me ha pasado por la cabeza!? No debería haber llegado tan pronto, ¿verdad? —respondo con sarcasmo, y él sonríe aún más.

—Exacto —dice—. Y como he dicho, no siempre está todo tan hecho mierda. Suelo limpiar.

—Ya es por la tarde —señalo, pero Denver se limita a encogerse de hombros.

—Sí, ¿y qué? Ayer se nos hicieron las tantas. Bueno, Sienna, ¿cómo crees que vamos a llevarnos tú y yo los próximos meses?

—Seguro que puedo aclarar el malentendido con la administración de la residencia y...

Denver levanta las cejas y yo suelto un gemido de desesperación.

—Venga... Al menos déjame tener algo de esperanza.

—¡Claro que sí, Sienna! —dice, sonriente, y me guiña un ojo—. Mañana encontrarás una nueva habitación, a ser posible en el mismo campus, donde no disfrutarás en absoluto de tu vida de

estudiante, sino que pasarás los próximos años sumergida entre tus libros y clases. O puedes quedarte aquí conmigo y vivir una experiencia *full*[3] universitaria.

—¿Me estás troleando? —pregunto, y él no puede evitar sonreír de nuevo.

—Solo te digo cómo son las cosas —responde, encogiéndose de hombros—. Te puedo confirmar que no te van a dar otra habitación. No tengo ni idea de qué ha podido pasar, pero a estas alturas, creo que será mejor que nos apañemos con lo que tenemos.

Este chaval me está empezando a poner nerviosita.

—¿No te molesta que yo sea tu nueva compañera de piso?

—No —dice Denver, mientras recoge las cajas de pizza de la mesa del salón—. Solo me queda año y medio aquí. Me la suda quién viva conmigo estos últimos meses. Mientras nos llevemos bien, claro. Además, no suelo pasar mucho por aquí.

—Bueno, la verdad es que no me encanta que digas que «te la suda» si tu compi es una chica limpia o un guarro… Pero bueno, qué más da. En fin, ¿y dónde sueles estar, entonces?

Es evidente que me interesa esa parte.

—En los entrenos, en alguna que otra quedada, a veces en clase y, sobre todo, por ahí con mis colegas del equipo.

—¿Qué equipo? —pregunto, y me mira sorprendido.

—¿No has leído nada sobre la universidad?

—Claro que sí. Si no, no estaría aquí.

Me he pasado semanas comparando universidades y leyendo todo, —creedme, todo— sobre el Lincoln College. En especial, aquello que fuera relevante para mi grado. He de reconocer que todo lo que pase en la uni más allá de eso, me importa bastante poco. Había pensado apuntarme a alguna extracurricular o a algún club. Tal vez hacer nuevos amigos y pasar algún tiempo con ellos. Pero para qué le voy a hablar de eso a Denver…

—¿Y no sabes quién soy? —responde.

Luego, levanta las cejas y me mira con incredulidad. Yo hago lo mismo, porque su pregunta me parece absurda. No tengo ni idea de quién es y, la verdad es que me la pela.

—No —respondo a su pregunta—. Pero estoy segura de que me lo vas a decir.

—Soy Denver Jones y...

—Ah, Denver Jones, menos mal que me lo has dicho...

—Soy el *quarterback* del equipo de fútbol, Sienna —dice, mientras una sonrisa brillante se forma en su cara.

Es una de esas sonrisas preciosas pero perversas, que hacen que a todas las chicas les tiemblen las piernas.

—La gente sabe quién soy —dice él.

—¿Que eres… qué? —digo, abriendo la mandíbula por la sorpresa que ha causado en mí su respuesta.

Es el puto *quarterback*. El chaval al que todos idolatran. Todos quieren ser él. Hostia puta…

Denver se ríe y se lleva la mano al pecho. Tengo que admitir que tiene unas manos enormes. Si no, no podría sostener esos balones gigantescos con forma de huevo. Sin dejar de sonreír, levanta las cejas.

—¿Ese gesto es bueno o malo?

—Aún no lo sé —suspiro—. ¿Dónde está mi habitación?

Cambio de tema para evitar pensar en el hecho de que voy a compartir piso con el *quarterback* de la uni desde este momento.

—Espera un momento —dice, mientras aún sostiene las cajas de pizza—. Deja que lleve todo esto a la cocina y luego te la enseño.

—Oh, vale… —digo, mirando a mi alrededor— Gracias…

Denver entra en la cocina, donde todavía no he estado, y yo le sigo con la mirada. Tengo que encontrar la forma de que todo esto encaje. Una vocecilla en mi interior me dice que estoy en el lugar adecuado para disfrutar de la universidad.

Siempre he querido distanciarme de mis padres y probar algo nuevo por mi cuenta. Aunque no pensaba tener por compañero de piso al *quarterback* del equipo de fútbol. Bueno, no está tan mal. Desde luego, es un gran cambio en comparación con lo que viví en Montana.

¿Quién sabe? A lo mejor hasta nos hacemos amigos.

[1] *N. de la T*. Se llama *quarterback* a la figura del pasador en el fútbol americano. Se trata del líder del equipo ofensivo, que es quien decide la jugada.
[2] *N. de la T*. Loción para después del afeitado.
[3] *N. de la T.* En un registro propio de adolescentes y veinteañeros, *full* o *a full* significa «a tope de» o «completamente».

2

Sienna

Denver vuelve de la cocina unos minutos después y me sonríe. Todavía no me puedo creer que vaya a ser mi compañero de piso durante el próximo año y medio. Normalmente, la universidad es bastante estricta a la hora de asignar apartamentos y habitaciones a personas del mismo sexo.

Denver es muy conocido en el campus y, por eso mismo, deberían haber sabido que era un hombre. ¡Y vaya hombre! Todavía no puedo creer lo bueno que está. Incluso ahora, con una camiseta y unos pantalones cortos de chándal que casi le llegan a las rodillas, está guapísimo.

—Bueno —dice, dando una palmada—, aquí estamos, en el corazón de nuestro apartamento. El salón. Parker, mi anterior compi, y yo pasábamos mucho tiempo juntos. Jugábamos, veíamos pelis o invitábamos amigos a casa.

Me pregunto si espera que yo haga lo mismo. No me gustan las fiestas y quiero centrarme en mis estudios. Es muy importante para mí que lo respete. Además, no conozco a nadie en Lincoln, excepto a él y a la chica rubia con la que me he encontrado antes en la puerta del edificio. Sin embargo, no me sorprendería en absoluto que Denver tuviera un gran círculo de amigos y conocidos.

—No es que tengas que unirte a la fiesta, claro. Puedes quedarte en tu habitación. Es solo una sugerencia. A veces vienen mis compañeros de equipo y hacemos aquí alguna quedada.

—Vale —murmuro, preguntándome si estarán todos tan buenos como él.

Los jugadores de fútbol de mi instituto eran guapos, pero yo no los buscaba. Ni siquiera lo intentaba con ellos. Está claro que no era lo suficientemente atlética para unirme a las animadoras del insti. De todas formas, a esos chicos solo les interesaban ellas. Nadie más que no estuviera cierta popularidad.

—¿Te parece bien? —responde Denver.

—Vale, sí. Yo he venido aquí a estudiar, no a salir de fiesta.

Le sonrío. Denver levanta las cejas y asiente despacio. Pero su expresión me dice que está deseando decir algo más sobre el tema. Tiene algo en la punta de la lengua, y me da a mí que se está guardando el veneno.

—¿Qué? —le pregunto—. Soy una chica aplicada.

—No he dicho nada —dice, levantando los brazos—. Solo creo que deberías aprovechar las oportunidades que te ofrece la vida universitaria. Eso incluye emborracharte y echar un polvo.

Suelto un grito ahogado y le miro con los ojos como platos. Nuestra conversación está a punto de tomar un rumbo completamente distinto, lo que me pone nerviosa. Cruzo los brazos sobre el pecho y espero a que diga algo más. Con solo diecinueve años, no puedo beber de forma legal. Y en cuanto al sexo... Bueno... tendrían que ofrecerme a alguien muy, muy bueno para aceptar meterme en su cama porque sí. Denver, por ejemplo, sería una buena opción, pero ahora que es mi compañero de piso, eso solo traería problemas. Por no hablar de que después del polvo no podríamos mirarnos a los ojos en casa.

—Bueno, para empezar, tengo diecinueve años, así que no puedo emborracharme.

—No puede ser… —me interrumpe—. Mira, mientras no acabes en el hospital, nadie se va a enterar. ¿Por qué no vienes conmigo dentro de un rato?

—¿Sales hoy otra vez después de... bueno, del desfase de ayer? Estoy reventada del viaje y…

—Nada que un café fuerte no pueda arreglar. También viene mi hermana. Te caerá bien.

Me sorprende que ya piense que me voy a llevarme bien con su hermana. No es por nada, pero solo me conoce desde hace media hora, y de momento no parece que tengamos nada en común. ¿Por qué piensa entonces que me llevaría bien con su hermana?

Recuerdo que Phoenix, en la puerta del edificio, dijo que su hermano vivía en uno de estos apartamentos. ¿Qué clase de

coincidencia absurda sería que Phoenix fuera la hermana de Denver?

Me río a carcajadas, lo que hace que Denver vuelva a arquear las cejas.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta—. ¿De qué te ríes?

—Antes, en la puerta del edificio, me he encontrado con una chica. Me ha dicho que se llama Phoenix y que su hermano vive en este edificio.

—¡Vaya! —dice, entre risas—. Phoenix es mi hermana.

—¿En serio? —respondo, también sonriente—. ¡Qué casualidad!

—Ha sido ella quien me ha despertado —dice, con una mueca de rechazo, como si prefiriera quedarse en la cama—. Se me ocurrió darle una llave para que la usara mientras estaba aquí solo, pero ahora tendré que quitársela.

—Vale, bien —le digo—. ¿Qué tal si me enseñas el resto del piso?

—Creía que querías seguir hablando de sexo… ¿O tampoco te va porque solo tienes diecinueve años?

El calor se dispara inmediatamente en mis mejillas al escucharle. Denver recorre mi cuerpo con la mirada. Algo brilla en sus ojos y no parece querer dejar el tema.

—Siento decepcionarte, chaval —le respondo—. El sexo sí me va.

—¿Ah, o sea que sí te gusta el sexo? —dice, mientras se relame los labios y me sonríe.— ¿Con quién? ¿Tienes novio? ¿Piensa venir muy a menudo?

Frunzo los labios y niego con la cabeza. Pese a que haya sido completamente sincera, no es asunto suyo, así que no tiene por qué preguntarme eso. Es una pregunta bastante íntima. Yo no le voy preguntando a quién se ha tirado últimamente. Sinceramente, ni siquiera quiero saberlo, porque estoy segura de que todas ellas serán un diez.

—No es asunto tuyo, pero no, no tengo novio —le respondo—. ¿Y tú, tienes novia?

Denver vuelve a reírse, como si acabara de preguntarle algo absurdo.

—No, no tengo novia —responde—. No tengo tiempo para eso.

—¿Usas *eso* para referirte a tener novia? —digo, arqueando las cejas—. Interesante…

—Atención, que aquí viene la más feminista…

—No empieces —digo—. Pero para beber y acostarte con quien quieras sí tienes tiempo, ¿no?

—Hombre, es mucho menos estresante…—responde.

Denver sonríe y se encoge de hombros. Cada respuesta es mejor que la anterior.

—¿Menos estresante? Anda, déjalo. ¿Me vas a enseñar el piso o qué?

No quiero seguir hablando de relaciones, sexo y alcohol con él.

—Claro que sí —dice, sonriendo—. Este el salón; ya lo sabes. Y ahora pasamos al baño…

Asiento y sigo a Denver hacia la puerta de en medio de las tres estancias situadas en la pared de enfrente. El hecho de que el baño esté en medio de ambos cuartos es todo un alivio. Si estuviéramos uno al lado del otro, podríamos oír lo que hace el otro, pero prefiero evitar distracciones. Por no hablar de que seguramente me tocará oír gemidos cuando él y sus líos se lo monten salvajemente. No estoy preparada para los golpes del cabecero de la cama contra la pared… De repente, tengo el pensamiento intrusivo de Denver zarandeándose encima de mí. Sus ojos azules me miran con deseo mientras me lo hace. Entonces, sacudo la cabeza.

Joder, nunca había pensado tanto en sexo de una forma tan seguida. No hasta que he conocido a este chico. Esto no puede estar pasando. Es el tío con el que voy a estar viviendo los próximos meses. Tengo que calmarme.

—Bueno, pues aquí lo tienes.

Me estremezco y miro a Denver, perpleja. Parece que se ha picado un poco porque no le haya escuchado. Asiento y paso junto a él, mientras observo el cuarto de baño. Es más grande de lo que esperaba. Está tan desordenado como el salón. Su ropa está esparcida por el suelo. Hay un poco de champú y de gel derramado en el plato de la ducha, y la toalla que se había atado antes a la cintura ahora está en el suelo. Ni siquiera me atrevo a acercarme al

lavabo. Estoy segura de que habrá pelos, y ya puedo imaginarme los restos de la pasta de dientes pegados a la porcelana. Hago una mueca de asco.

—¿Qué pasa ahora? —dice, ligeramente molesto.

Luego me mira y se mete las manos en los bolsillos.

—Bueno… —susurro—. No es que esté muy limpio…

—Claro que no —dice Denver—. No tengo tiempo para limpiarlo.

—¡Denver!

—¡Sienna! —responde, imitando mi voz.

Pongo los ojos en blanco.

—Habría limpiado si hubiera sabido que venías hoy.

—¿Por qué necesitas una razón para limpiar? —pregunto, asomándome a la pila.

Justo al lado, hay un estante para su maquinilla de afeitar y el *aftershave*. Veo que hay otro estante esperando a que coloque mis cosas. Junto a la puerta, hay otra balda para colgar las toallas. Bastante espaciosa, por cierto. El cuarto de baño no tiene muchos muebles, pero la verdad es que está bastante bien. La ducha es grande y encima del lavabo hay espacio para mi cepillo y pasta dental, y puede que cupiesen mis cremas. También creo que cabrá mi maquillaje. Estoy contenta con el cuarto de baño.

—No se me da muy bien lo de limpiar la casa —dice, sonriente —, pero parece que a ti, sí.

Pongo los ojos en blanco, porque este tío apesta a machito. Clásica situación de roles de género. Denver se ríe y se acerca a mí. Me da un codazo, lo que supone un primer contacto directo e intencionado. Aunque llevo una sudadera, el calor de su piel penetra inmediatamente a través de la tela. Me aparto inmediatamente para romper el contacto. Su mirada traviesa me hace ver qué espera de la *convivencia* en el piso. Yo cocino, limpio y lavo la ropa, mientras que él va a entrenar y disfruta de ser el rey de la universidad.

—Deberías ver la cara que has puesto —me dice—. Puedo limpiar si es tan importante para ti...

—No te burles de mí —le digo, con la boca abierta—. Para mí es importante que la casa esté limpia. Si no, no me sentiré cómoda.

Tampoco soy tan especialita, pero ya tienes una edad como para limpiar un poco esto.

—Sí, mamá… —suspira—. ¿Te enseño la cocina?

—¡Claro! —exclamo.

Luego, le sigo. Tengo que dejar de picarme con sus coñas. Parece que me busca. Aunque, en el fondo, me divierte. Creo que es una manera de relajar la tensión y estar de buen rollo. A ver qué tal la cocina…

Le sonrío y Denver pone los ojos en blanco.

—Hoy me pillas en mal momento —confiesa—. No soy tan guarro. Además, tenemos una señora de la limpieza.

Me detengo de repente, y él hace lo mismo.

—¿Qué? ¿Tenemos una... señora de la limpieza?

—Sí —dice Denver, como si fuera lo más normal del mundo—. Viene una vez a la semana y barre las zonas comunes. Es algo normal, ¿no?

—Ah, vale —digo, asintiendo—. Guay, entonces.

Se ríe y va a la cocina. Yo le sigo, a mi ritmo.

A diferencia de lo que me esperaba, la cocina está bastante ordenada. Bueno, hay botellas de cerveza vacías y dos vasos en la encimera, pero por lo demás está muy limpia y es grande. Mucho más grande que en las fotos que me mandó la administración de la residencia. No puedo evitar tener la sensación de que el apartamento que se suponía que me iba a tocar y este, en el que he acabado, no son el mismo. Esta cocina es luminosa, gracias a la ventana que hay frente a la puerta, y tiene un diseño muy amplio, con una isla en medio de la cocina. No es —para nada— la cocina de un piso de estudiantes normal.

—Esto no es lo que había visto yo —digo, mientras señalo la isla de la cocina y la enorme ventana—. Quiero decir, es genial, pero las fotos que me enviaron eran muy distintas. No me he dado cuenta hasta que llegado aquí, a la cocina. En el baño, pensé que simplemente no habrían hecho la foto desde un ángulo en el que se apreciaran los metros cuadrados.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Denver, mientras apoya el culo en la encimera.

—Dame un segundo.

Vuelvo corriendo al salón y busco mi bolso. Saco el iPhone, lo desbloqueo y abro el correo de la administración de la residencia, que muestra el plano del apartamento y fotos de las habitaciones. Estoy segura al ochenta por ciento de que este apartamento es diferente del que me propuso la administración. Y, sobre todo, distinto al que yo acepté.

—Mira esto —le digo, pasándole mi móvil a Denver—. Esta no es la cocina, y este no es el cuarto de baño. Es mucho más pequeño. Pero la dirección y la llave son de este apartamento.

Denver lo mira todo con calma y yo me siento en la mesa de la cocina.

—Sí que parece otro piso… —dice Denver, asintiendo—. Da gracias por haber acabado aquí.

—¿Y si la persona que tenía que mudarse aquí siente que la han timado?

Denver me mira, curioso, y me devuelve el móvil. Lo hace todo con una parsimonia… Casi resulta hipnótico. Lleva años viviendo aquí, así que no creo que nadie pretenda echarlo. Gimo de frustración, porque ya no quiero mudarme. Me gusta el apartamento y, a pesar de mi primera impresión, Denver parece muy agradable y creo que nos llevaremos bien. Pero no quiero liársela al pobre inquilino que debería vivir aquí.

—Bueno —dice, señalándome con el dedo índice—. Habrá que averiguar con quién se han confundido. Debe de ser una chica, porque también pensaban que yo era una chica. A lo mejor tienes suerte y se alegra de tener otro compañero de piso.

—¿Y si quiere mudarse contigo? —pregunto.

Denver se ríe.

—No la culparía…

Vuelvo a poner los ojos en blanco y me levanto.

—Venga ya —dice Denver, mientras me golpea suavemente el hombro—. Estoy seguro de que esa te la veías venir.

—Un poco sí —digo, sonriente—. ¿Me acompañas a mi habitación?

—Claro —dice mientras me indica que le siga—. Por aquí…

Con una sonrisa en la cara, echo la cabeza hacia atrás y le sigo.

***

Dos horas más tarde, he desempaquetado la mayoría de mis cosas y me he instalado en mi habitación. He puesto fotos de mis padres y amigos en la cómoda. Luego he hecho la cama y organizado el armario. Me siento en la cama durante varios minutos, dudando si ducharme. Sé que es una gilipollez, pero me siento un poco cohibida. Denver es bastante majo y no creo que irrumpa en el cuarto de baño. Además, puedo echar el pestillo a la puerta. Algo molesta por darle tantas vueltas, me levanto y salgo de mi habitación.

La tele está encendida y Denver está sentado en el sofá.

—Hola —le digo y él se vuelve hacia mí.

—Hola. ¿Vas a darte una ducha? —dice, señalando las toallas que llevo en el brazo.

—¿Sí? —respondo, más insegura de lo que me gustaría—. ¿Te parece bien?

—Claro —dice Denver, apoyando el brazo en el respaldo del sofá. Luego deja caer su barbilla encima y sonríe—. Esta es tu casa, Sienna. También es tu apartamento.

—Ya, sí… —le respondo—. Todavía me resulta un poco raro. Es la primera vez que comparto piso con alguien.

—Lo entiendo —dice, risueño—. Si necesitas algo, dímelo.

—Gracias.

Le sonrío de nuevo y entro en el baño. Cierro la puerta y vuelvo a comprobar el cierre del pestillo. No quiero tener que vérmelas frente a Denver, desnuda. Suspiro, dejo la toalla en la repisa y me desvisto. Luego me meto en la ducha y abro el grifo. En cuanto el agua caliente resbala por mi cuerpo, gimo del gusto. Me sienta tan bien que enseguida me relajo. El día ha sido largo. El vuelo y el trayecto de Chicago a Lincoln han supuesto un estímulo tras otro. Y luego ha venido el primer encuentro con Denver y la sorpresa de que, claramente, no era una chica. Por primera vez en

horas, puedo relajarme de verdad. Me lavo el pelo, me enjabono y me vuelvo a enjuagar. Después, salgo de la ducha y cojo la toalla. En casa, me habría ido a mi habitación envuelta en ella y me habría cambiado allí, pero hoy no me atrevo a hacerlo. En lugar de eso, lo hago todo en el baño. Secarme, cambiarme y seguir los paso de mi rutina para que mi pelo se seque al aire y deje ver unas pequeñas ondas.

Al salir del baño, oigo voces que vienen de la cocina. Curiosa por saber quién es, me dirijo hacia la puerta y la abro de un empujón.

Denver está sentado en la mesa de la cocina y hay otro chico de pie, junto a la encimera. Ambos tienen una cerveza en la mano. Denver ha cambiado la camiseta y los pantalones cortos de chándal por unos vaqueros rotos y una sudadera negra con el escudo del equipo de fútbol. Su amigo lleva un atuendo similar. Una nube con olor a *aftershave* los envuelve.

—Hola —digo, haciéndome notar—. Denver y su amigo levantan la vista, las comisuras de sus labios dibujan una sonrisa, y siento que me recorren con la mirada por segunda vez en el día. Esta vez no solo Denver, sino también su amigo. Sus ojos marrones recorren mi cuerpo y finalmente se detienen en los míos. Nerviosa, pongo un pie delante del otro porque no logro entender qué pretende. Al igual que Denver, este chico rezuma confianza.

—Hola —dice Denver, al fin—. Creía que se te habría tragado la ducha.

Siento que me estoy poniendo roja y sacudo la cabeza. Al ver la cara de su amigo, me siento un poco incómoda. No quiero que me imagine en la ducha. Vuelvo a mirar en su dirección y me doy cuenta de que no ha dejado de mirarme.

—Sí, bueno… —balbuceo—. Entonces, ¿estás listo para salir?

Señalo su *outfit*[1] con la cabeza y sonrío. La presencia de su amigo me pone nerviosa y, aunque con Denver ya estoy más relajada, aún no me siento muy segura. Puedo soportar alguna pullita o que se me insinúen, pero aún tengo que averiguar cómo

dirigirme a otro chaval del equipo de fútbol, por mucho que sea su colega.

—¡Hombre, obvio! —dice, mirando a su amigo.

Los ojos de Denver brillan y su amigo sonríe ampliamente. Luego, me señala con la cabeza y pregunta:

—¿Me vas a presentar o tengo que hacerlo yo? —dice, guiñándome el ojo—. Denver no es un caballero, tendrás que disculparle.

Denver pone los ojos en blanco y da un trago a su cerveza antes de presentarnos. Me señala a mí y luego a Jake, mientras dice:

—Este es Jake, mi mejor amigo. Jake, esta es mi nueva compañera de piso, Sienna. Ale, ya os conocéis.

Levanto las cejas y le miro, curiosa. ¿Es cosa mía o Denver no quiere que conozca a su mejor amigo? Me divierte ver que en realidad no pretende contarme nada sobre él, ni mucho menos a él sobre mí. De todos modos, me acerco y le estrecho la mano a su amigo.

Jake también es muy guapo, pero de una forma muy distinta a Denver. Tiene el pelo castaño, está bastante más mazado y también es más alto.

—Hola —le digo—. Encantada.

—Yo también estoy encantado.

Jake me está tirando la caña. Hasta yo puedo verlo. Sus labios se curvan en una preciosa sonrisa, y cuando me devuelve la mirada, se muerde el labio inferior.

Definitivamente, he hecho bien en no salir con la toalla puesta. No quiero ni imaginarme la vergüenza que me habría dado y lo que se le habría pasado a Jake por la cabeza. Ya parece que va al ataque. Denver también se ha dado cuenta, porque carraspea con fuerza.

—¿Quieres venirte con nosotros? —pregunta con una sonrisa.

Niego con la cabeza. Estoy muy cansada y solo quiero irme a la cama. El día ha sido agotador y, aunque la fiesta pinte bien, necesito dormir.

—Prefiero quedarme aquí, pero gracias por pensar en mí —respondo, bostezando—. Estoy muerta.

—Qué pena… —dice Jake, sonriente.

Claro que sonríe. No creo que piense borrar ese gesto de su cara hasta que yo desaparezca. Pero por mucho que intente acercarse a mí, no me interesa. Los tíos como Jake y Denver están fuera de mi alcance, y no soy tan tonta como para liarme con ninguno de ellos. Denver le da un golpecito en el hombro y deja la botella de cerveza en el fregadero. Jake hace lo mismo.

—Limpiaré esto mañana, ¿vale? Tenemos que irnos.

—Vale —digo, haciendo un gesto despectivo con la mano—. ¡Pasadlo bien!

—Gracias… —responde Jake— Cuídate, Sienna.

Denver pone los ojos en blanco y pasa junto a nosotros hacia el salón. Jake y yo le seguimos. El tonito travieso con el que ha respondido Jake empieza a divertirme. No parece darse por vencido. Pero aún no pienso ceder. Entonces me fijo en que, por supuesto, ambos llevan chaquetas universitarias con el escudo de su equipo de fútbol.

—¿Juegas al fútbol? —le pregunto a Jake, señalando su chaqueta.

Sonríe ampliamente y asiente con la cabeza. Entonces me doy cuenta de que siente la misma pasión por ese deporte que Denver. Es difícil olvidar el brillo de sus ojos cuando me dijo que era *quarterback*.

—Soy *running back*[2]. ¿Te gusta el fútbol?

—La verdad es que no —sacudo la cabeza—. Lo siento.

Me siento de lado en el reposabrazos del sofá y observo cómo se preparan. Si ya me intimidaba la constitución de Denver, no os podéis imaginar la de Jake. Es mucho más alto y tiene la espalda mucho más ancha que su amigo. Mis conocimientos de fútbol son bastante limitados, pero como corredor, Jake probablemente trabaje más los músculos que Denver.

—Bueno, eso ya lo veremos… —dice Denver, interrumpiendo nuestra conversación con una sonrisa y guiñándome un ojo—. Hasta

mañana.

—Hasta mañana —digo, esperando a que la puerta del apartamento se cierre tras ellos.

¡Menudo primer día!

---

[1] *N. de la T*. En inglés, conjunto de ropa.

[2] *N. de la T*. En fútbol americano, se llama *running back* al corredor, un jugador que ocupa una posición ofensiva.

3

Sienna

Cuando me levanto a la mañana siguiente, Denver aún está dormido. Me siento en el sofá con mi MacBook y una taza de café y enciendo la gran televisión de pantalla plana. Debe de ser de Denver, que ha tenido la amabilidad de dejarla en el salón para que yo también pueda usarla. Después de buscar el mando a distancia que necesito y pasar por todos los canales deportivos de la televisión de pago, encuentro al fin Disney Channel y decido ver una *sitcom*[1] de los 90, *La niñera*. Además, es una serie bastante amena y se rige por un tipo de humor que me hace reír a carcajadas. En cuanto a Denver… No sé nada de él y ya son casi las once.

Mientras duerme, aprovecho el tiempo para echarle un vistazo a mi agenda. Quiero organizarme a partir del horario de clases de la universidad. Me gustaría encontrar las aulas a las que tengo que ir el lunes. No quiero llegar tarde a mi primera semana de clase. Ahora que lo del apartamento no ha salido tan bien como me esperaba, me preocupa un poco que algo se tuerza con mis clases. Mi amiga Clara, que estudia en Helena, me ha dicho que no me preocupe. *Todo va a salir bien*. Además, debería considerarme afortunada por vivir con Denver. Sí, también le he contado que se habían equivocado los de la administración de la resi.

Me sorprende ver que hay un montón de fotos de Denver Jones en Internet, y también he encontrado su cuenta de Instagram. Pero no me atrevo a seguirle. ¿Sería raro si lo hiciera? A ver, ha sido muy majo y no ha dudado en invitarme a una fiesta, pero todavía no somos amigos. Clara piensa que debería tantear el terreno con Denver y acostarme con él, porque de todos modos, aquí nadie me conoce. Cree que no debería desaprovechar este pedazo de oportunidad.

Yo le he dicho que se está flipando. Denver es mi compañero de piso y no creo que tirármelo vaya a hacer más fácil nuestra

relación. Clara me ha propuesto que lo invite a Helena en Acción de Gracias, para que pueda conocerlo. Ya veremos... En el fondo, sé que jamás se me ocurriría invitar a Denver a mi casa. Las caras de mis padres serían un cuadro. No creo que me vean con ese tipo de hombre. No es que sean muy conservadores; de hecho, a mis padres les gustaba mi primer novio, Patrick, con el que salía hasta hace unos meses, pero Denver es todo lo contrario a él. Patrick era tranquilo, sensato… Estaba muy centrado en los estudios, no le gustaba salir de fiesta ni tampoco le iban los deportes. Físicamente, tampoco se parecen mucho. Ambos tienen el pelo rubio y los ojos claros, pero eso es todo. El cuerpo de Patrick no era tan musculoso; ni siquiera estaba bien definido. Estaba delgado, y ya.

Oigo, a través de la pared del salón, unos sonidos que parecen indicar que por fin Denver está espabilándose. Me sorprende que no me despertara anoche. Seguro que volvió borracho. Pero con lo agotada que estaba, podrían haber taladrado el suelo del apartamento y yo habría seguido roque.

—Que sí, lo que tú digas… —le oigo protestar, y entonces escucho con atención. Apago la tele y me incorporo— ¡Anda, vete!

Confundida, miro hacia la puerta y me doy cuenta de que está hablando con alguien. Entonces, la puerta se abre de un tirón y aparece ante mí una chica de más o menos nuestra edad. Lleva un vestido corto, a ras del culo y que le permite lucir sus pechos. Su pelo castaño parece un nido de pájaros y se le ha corrido el maquillaje. Tiene los ojos marcados como los de un panda y el pintalabios le llega hasta la mejilla. Frunzo el labio sin querer al verla. La pobre lleva unas pintas... Entonces me doy cuenta de algo que me pilla por sorpresa.

Denver no ha vuelto solo a casa esta noche; se la trajo al piso. Se habrán acostado. No me puedo creer que se llevara a la primera chica dispuesta a hacerlo y que la metiera en su cama. Era mi primera noche aquí. Podría haber aguantado un poquito más, ¿no?

Era demasiado pedir… ¿Cómo iba a esconder su forma de ser durante un par de días? En fin. Ni siquiera quiero saber con cuántas mujeres es capaz de liarse en una semana, o en una fiesta…

Y entonces, ¿para qué se molestó en invitarme? No iba a abrirme de piernas por él. ¡Ni por Jake!

Por supuesto, Denver Jones, el terror de las nenas y Denver Jones, el compañero de piso, pueden ser completamente distintos. Y ahora tengo que hablar con el segundo. Aunque me tienta conocer al primero...

—Buenos días —murmuro, mirándola.

—Bu... buenos días —responde mordiéndose el labio, incómoda—. Yo... Ya me iba y no me ha dicho que tuviera…

Ah, pues... Cree que soy su novia. Eso me resulta bastante gracioso, porque entonces habría dormido con él, en su cama, o al menos Denver habría sabido que le pillaría con su rollo de una noche.

—No es mi novia… Buenos días, Sienna.

La voz de Denver es ronca, porque aún está adormilado. Es bastante sexy, la verdad, pero la situación es demasiado absurda como seguir pensando en el sonido de su voz.

Le miro con los ojos muy abiertos y no puedo evitar fijarme en su cuerpo. Solo lleva un par de bóxers negros y ajustados. Aunque ayer lo vi en un estado similar de desnudez, la toalla hacía un trabajo mucho mejor ocultando su pene.

—Buenos días —le contesto mirándole a los ojos—. ¿Has dormido bien?

En la cara de Denver hay una expresión de diversión que me parece totalmente inapropiada. Nos está poniendo a todos en una situación incómoda. Puede que él sonría, pero la chica con la que ha pasado la noche se sonroja.

—¿Tienes envidia? —me pregunta.

La pobre chica se pone como un tomate. A juzgar por su atuendo, suponía que estaría acostumbrada a este tipo de situaciones, pero parece que estar gritando por dentro «¡Tierra, trágame!».

Empiezo a sentir lástima por ella. Quizá pensó que sería la noche de su vida y que Denver se daría cuenta de que ella era la indicada para él. Por desgracia, no hay nada más lejos de la realidad. No hace ni cinco minutos que le ha dicho que se vaya.

Nadie que haya pasado la noche con el amor de su vida haría eso… Denver parece ser más de un rollo de una noche.

Sigo observándoles y levanto las cejas. Ambos se quedan quietos.

—¿Envidia? —retomo sus palabras entre risas—. ¿De qué?

Mientras me río, no puedo evitar que mis ojos se deslicen entre sus piernas. No sé de dónde ha salido toda esta confianza, pero vacilar a Denver ahora mismo me está haciendo sentir genial. Me sigue con la mirada, se da cuenta de lo que estoy insinuando y su expresión se vuelve más tensa.

—¿A qué esperas para irte? ¡Va! —le dice a la chica, casi gritando.

Ella lo mira y se muerde el labio.

—¿Me vas a dar tu número?

Tengo que admitir que la chica tiene valor. Le está haciendo pasar un mal rato, y encima delante de mí. Por no mencionar que la ha echado hace unos minutos y, aun así, ella se ha atrevido a pedirle su número. Estoy impresionada. Yo me habría ido cuanto antes para no hundirme más en la mierda.

—No —responde Denver, enfadado—. Ya conoces las normas, Hailey. Voy a darme una ducha y espero que, cuando salga, hayas desaparecido.

Su expresión es despiadada. Parece estar a punto de estallar.

En cuanto a mí… Bueno, tengo algunas preguntas sobre esas normas. Aunque solo sea para burlarme más de él. Pero, por desgracia, no me da tiempo a preguntarle nada, porque se da la vuelta y se mete en el cuarto de baño, y como era de esperar, cierra de un portazo. La típica.

Aún atónita, miro a Hailey y luego a la puerta cerrada.

—Será mejor que me vaya… —murmura, mirando al suelo angustiada— Siento todo esto...

—No pasa nada —le respondo con una sonrisa alentadora—. Que tengas un buen día.

No sé qué decir. Es la primera vez en mi vida que tengo que despedirme de un rollo de una noche, ¡que encima ni siquiera es mío! Hailey asiente y sale rápidamente del apartamento. ¿Y yo?

Pienso matar a Denver por ponernos en esta situación. Sobre todo a mí, que no tengo absolutamente nada que ver.

Me levanto del sofá y lo rodeo. Me apoyo en él con los brazos cruzados y espero a que Denver salga de la ducha.

Pasan menos de diez minutos y entonces el agua deja de correr y él sale del baño, recién duchado. Una vez más, tengo que controlarme para no quedarme embobada mirándole el torso. Dios, qué bueno está…

—¿Se ha ido? —me pregunta, dirigiéndose a su habitación.

—No, le he ofrecido café y está en la cocina —le contesto, y sus ojos se abren de par en par—. Claro que se ha ido. ¿Qué pretendes?

—¿A qué te refieres? —pregunta, con el ceño fruncido.

Tiene los labios apretados y parece tenso. Le sigo hasta su habitación. Una vez allí, me quedo callada y miro a mi alrededor. Al fin y al cabo, ayer no me la enseñó. Tiene la misma distribución que la mía, pero es dos o tres metros cuadrados más grande. Está claro que Denver lleva mucho tiempo viviendo aquí. A diferencia del resto del apartamento, esta habitación tiene personalidad. Hay pósteres y camisetas colgados de la pared, y encima de la cómoda veo un par de fotos de él y Phoenix, a quien reconozco enseguida, y de sus padres. A su lado hay otra chica que se parece a Phoenix.

Aparto la vista de su familia e intento guardarme las preguntas que se me pasan por la cabeza al ver las fotos.

—¿Qué a qué me refiero? —le pregunto—. ¿Te parece normal que haya tenido que conocer a tu rollo de una noche?

—Yo no he dicho que me parezca gracioso —responde Denver mientras me mira, irritado—. De hecho, me la sopla. Ha sido un poco absurdo, pero no sabía que estabas sentada en el sofá.

—Eres... —digo, y sacudo la cabeza—. Habías olvidado por un momento que vivía aquí cuando la trajiste, ¿verdad?

Levanta las cejas y me mira con curiosidad.

—Sinceramente, no me importa si estás aquí o no. Este es mi apartamento y, sobre todo, esta es mi habitación. Puedo hacer lo que quiera aquí. Y si me acuesto con una chica diferente cada noche, no es asunto tuyo, Sienna.

Suelto un grito de asombro. Por mucho que quiera contestarle, no se me ocurre nada para rebatirle. Hace falta coraje para soltarme eso. Admito que tiene razón, en parte. Es su habitación y puede hacer lo que quiera en ella. En algún momento invitará a sus amigos a casa y no quiero que los eche. Pero era mi primera noche en Lincoln y me habría gustado que mostrara un poco de consideración.

—¿Quieres decirme algo más o es que quieres verme la polla? —pregunta Denver, con una sonrisa.

Parece haber olvidado por completo nuestra discusión y está de muy buen humor.

Doy un respingo y él se lleva la mano a la toalla para quitársela. Mis mofletes empiezan a enrojecer y sacudo la cabeza violentamente.

—No —digo con voz firme—. Yo... Te espero en la cocina.

Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y salgo de su habitación. Tampoco quiero ver a Denver desnudo esta mañana. Recojo mi taza de café vacía de la mesita y me dirijo a la cocina.

En menos de cinco minutos, está de pie frente a mí. Denver pasa a mi lado, sonriendo, y se sirve un café.

—¡Ya estoy aquí! ¿Quieres otro?

—No, gracias —le digo—. He pensado que podríamos... ¿establecer algunas normas?

Creo que un par de normas harán que la convivencia sea mucho más fácil. Evitarán situaciones como la de esta mañana o la de ayer, después de que organizara una fiesta que dejó el apartamento hecho un desastre. Al menos así es como me lo imagino. Dudo que funcione. La forma en que Denver me mira me hace cuestionarlo aún más. Levanta las cejas y se apoya en la encimera mientras me siento en la mesa.

—¿Qué tipo de normas? —pregunta, con un tono burlón que me hace querer arremeter contra él.

—Bueno, un reparto semanal de la basura o unos turnos para saber quién prepara el café. Ya sabes... ese tipo de normas.

Mi voz se entrecorta al final de la frase y siento que me estoy acalorando. Su mirada es penetrante y me doy cuenta de que no le

gusta lo que le acabo de decir. Según parece, él debe creer que la cosa está funcionando.

—Si insistes —dice, encogiéndose de hombros—. Escribe tus propuestas.

—¿No crees que sería útil? —pregunto, mirándole.

Denver no parece estar de resaca, lo cual me sorprende. Su amiguita estaba demacrada. Pero quién sabe, a lo mejor estaba así por haberse acostado con Denver. Aprieto los labios e intento bloquear las imágenes que me vienen a la mente. Lo último que necesito es imaginármelo follando. Además, me temo que ya voy a tener que lidiar con eso en los próximos meses.

Bueno, volvamos a las normas. Son más importantes. Nos ayudarán si alguna vez chocamos en algún punto importante de la convivencia. También voy a apuntar algunas sugerencias sobre el asunto de los líos de una noche, porque creo que son necesarias. Si no, tendré que intervenir.

—No —dice Denver—. No creo que nos hagan falta. Cada uno limpia lo suyo y...—se calla de repente al verme arquear las cejas—. Joooder… Lo de ayer fue una excepción. ¡No sabía que te mudabas!

—Pero si alguna vez discutimos, podemos echar un vistazo a las normas y...

—No digas gilipolleces, Sienna —contesta él, poniendo la taza de café vacía en el fregadero—. ¿Qué tienes planeado para hoy?

Algo confundida porque me haya preguntado por mis planes, le miro.

—Tengo que acercarme a la oficina de la administración de la resi, pero por lo demás no tengo planes.

—¿Sabes dónde está? —me pregunta, sonriente.

—He mirado en Google Maps, así que creo que me apañaré —le respondo—. Quizá coja una bici para ir al campus...

Denver resopla y yo le miro, sin entender su reacción. ¿Por qué se ríe el muy idiota? Creo que una bicicleta es una buena idea. Me ayudará a desplazarme más rápido y además ahorraré dinero en vez de fundírmelo en el bono para el bus.

—En bicicleta, durante el semestre de invierno en Illinois... ¿Eres de California?

—No. De Montana.

—Entonces deberías saber que no se puede ir en bici después de la primera nevada.

Aprieto los labios, reacia a darle la razón a Denver. Él sigue riéndose. En cierto modo, tiene razón. Ir en bici habiendo nevado no es una buena idea.

—¿Y cómo vas tú al campus? —le pregunto—. He visto que los buses cinco y nueve van hasta allí.

—Yo no cojo el bus —responde—. Voy en coche.

Denver se echa a reír de nuevo, como si fuera lo más absurdo del mundo que un *quarterback* cogiera el autobús. Empiezo a pensar que se ríe de mí.

—¿Tienes coche? —pregunto asombrada, y él asiente.

—Claro que tengo coche —contesta Denver, entre risas—. ¿Tienes carné de conducir?

—Sí, y conduzco perfectamente. Ni un solo accidente, si es eso lo que me vas a preguntar.

Un poco enfadada, le miro, pero él se limita a sonreír. La situación parece divertirle.

—De hecho, sí, esa habría sido mi siguiente pregunta. Ven, que te llevo a la residencia.

—¿En serio? —le digo, más que sorprendida de que me lo ofrezca.

Seguramente tenga sus propios planes para el día.

—Sienna —suspira—, si te lo he ofrecido, es porque pienso hacerlo.

—¿Entonces me cambio, cojo mis cosas y nos vamos?

—Sí, anda —dice—. Ahora nos vemos.

Asiento y salgo de la cocina. No quiero hacerle esperar demasiado.

---

[1] *N. de la T*. Este término es un acrónimo de *situation comedy*, que puede traducirse por «comedia de situación» o «telecomedia».

4

Sienna

Denver y yo salimos del edificio de apartamentos y él abre una camioneta Ford Maverick azul oscuro. Al ver el coche, silbo entre dientes. No está nada, nada mal. Debe de costar al menos veinte mil dólares.

—Vaya, vaya —digo—. ¿Cómo puedes permitirte un coche así?

Él me mira con una sonrisa. Supongo que le gustará que elogie su coche.

Denver es un estudiante universitario. Es probable que gane algo de dinero jugando al fútbol, pero no lo suficiente como para permitirse un Ford Maverick tan nuevecito.

—El concesionario de Ford es fan del equipo de fútbol y me deja usarlo.

Denver se encoge de hombros como si fuera lo más natural del mundo.

—Ah, bueno —le digo—. ¿Y todo porque juegas a fútbol?

Soy consciente de que los jugadores tienen muchos privilegios en la universidad. Ya pasaba en el insti. Se les permitía saltarse exámenes o entregar un trabajo de clase una semana más tarde si tenían un partido importante. Pero lo de que te den un coche me parece surrealista ya.

—Sí — dice, sonriente y me abre la puerta—. Anda, sube.

Le obedezco y me siento en el asiento del copiloto. Denver cierra la puerta detrás de mí y rodea el coche por detrás. La tapicería beis de los asientos combina a la perfección con el color negro del salpicadero y el volante, que contiene todo tipo de botones. La pantalla de la consola central es el corazón del coche. Denver ocupa el asiento del conductor y cierra la puerta tras de sí. Tras abrocharse el cinturón, arranca el motor. Se oye un rugido y la pantalla se ilumina.

—¿Te importa que escuchemos un poco de música? —pregunta.

Yo asiento, dado que me parece buena idea.

—¡Claro! Es tu coche.

—Vale —dice, mientras conecta su iPhone.

Luego deja el móvil en la consola central y se pone en marcha, después de comprobar que me he abrochado el cinturón.

Es extraño pensar en todo lo que ha pasado desde ayer. A veces siento el impulso de pellizcarme para ver si es un sueño. Aún me resulta increíble que Denver sea mi compañero de piso.

—Háblame de ti —dice Denver, mirándome—. ¿De dónde eres? ¿Tienes hermanos? ¿Por qué has venido a Lincoln?

—Soy de Ellsworth, un pequeño pueblo cerca de Helena, Montana —respondo—. El programa de estudios de Lincoln era el que más me atraía. ¿Y tú?

—Yo soy de Chicago —dice Denver, sonriéndome—. Irónicamente, no soy de Denver. Y tengo veintiún años.

Me guiña un ojo y no puedo evitar reírme. Ya me imaginaba que sus padres no estarían tan locos como para ponerle el nombre de la ciudad en la que nació. Aunque me intriga saber por qué le pusieron ese nombre.

—¿Y entonces? —insisto—. ¿De dónde ha salido ese nombre?

—Mis padres se conocieron en Denver y, por eso, me llamaron así.

—¡Qué monada! —digo.

Denver se ríe y se echa hacia atrás. Está guapísimo mientras conduce. Lleva unos vaqueros y una camiseta blanca. Por encima, lleva una camisa de cuadros turquesa. Está increíblemente sexy.

—Monada. ¿eh? Una palabra digna de una chica como tú... ¿Tienes hermanos?

—Mi padre tiene un hijo de una relación anterior —le digo—. Se llama Lawrence y es diez años mayor que yo. Vive en Ohio con su familia. No hablo con él, ¿y tú?

—Ya veo… —dice Denver—. Yo tengo dos hermanas. Phoenix, a quien ya conoces, y Madison.

Levanto la cabeza y Denver rechista, como si me hubiera leído la mente.

—Sí, como las ciudades… —continúa entonces.

—Pero ¿cómo es posible? —digo, riéndome entre dientes—. Denver, Phoenix y Madison.

—Vivimos en Phoenix, Arizona, un par de años y luego en Madison, Wisconsin. Mi padre trabajaba allí. Nos mudamos tres veces en los primeros siete años de mi vida. De Chicago a Phoenix y luego a Madison. Mis padres le pusieron ese nombre a Phoenix en honor a nuestro antiguo hogar, y a Mad… Bueno, ya te lo imaginas —dice, y luego suelta un largo suspiro.

Me río entre dientes y asiento.

—¿Cuántos años tienen? —pregunto.

—Phoenix tiene diecinueve, como tú, y Madison quince. Mi familia vive en Chicago desde que nos mudamos allí, porque mi madre ya no quería cambiar de ciudad teniendo tres hijos.

—¿A qué se dedica tu padre? —le pregunto, con cierto interés.

Mis padres están metidos en la política y, pese a todo, los dos estuvieron bastante presentes en casa. Mi padre fue alcalde de Ellsworth durante muchos años, y luego pasó a dedicarse a la enseñanza de ciencias políticas. Mi madre también trabajó en ese mundillo, pero luego asumió las tareas propias de un ama de casa de clase media-alta, esto es, criarme. Desde entonces, también ha participado en varias obras benéficas de cierto renombre.

—Estuvo en el Ejército —dice Denver, con la voz bastante más apagada que antes—. Cuando era pequeño, cursé preescolar y el primero de primaria en un cole de Madison. Luego Phoenix también empezó el cole, y mis padres decidieron que querían que su residencia estuviera en Chicago, lo que significaba que mi padre iba a estar lejos de nosotros hasta que consiguiera un puesto permanente cerca de donde nosotros vivíamos.

—¿Y trabaja cerca de Chicago? —le pregunto.

Su expresión cambia por completo y tengo la sensación de que palidece. No digo nada más. Me limito a mirar impasible la calle que tengo delante. No me gusta que se comporta de una forma tan distinta a la que estoy acostumbrada a ver.

Denver parece que tiene la mirada perdida, pero me mira de todos modos.

—Mi padre murió hace cinco años, o «cayó en combate», como dicen los soldados... Fue en Irak.

—Denver, yo...

No tengo palabras para expresar lo que quiero decirle. Siento mucho su pérdida. Quedarse medio huérfano tan joven es terrible. Sobre todo porque tiene dos hermanas pequeñas.

—¡Tranquila! —exclama, intentando parecer sereno. Creo que quiere ocultarme sus verdaderos sentimientos, pero no puede—. Es parte de la vida. Mi madre tiene pareja desde hace tres años y es feliz con él.

—¿Y te cae bien?

—Sí.

Me doy cuenta de que no estamos llegando a ninguna parte con la conversación. Si Denver quisiera hablar de su padrastro, lo haría. Pero como no quiere, no sé de qué hablar. Me parece una falta de tacto hablarle de mis padres. Me parece mal, pero cambiar completamente de tema podría hacerle sentir que no valoro que me lo haya contado. No sé qué hacer y solo espero que retome la conversación.

—¿Y tus padres? —me pregunta al cabo de unos instantes, gracias a Dios—. ¿A qué se dedican? ¿Cómo se llaman?

—Mis padres son políticos —le digo—. Bueno, lo fueron, en el pasado. Mi madre trabajó en el ayuntamiento y mi padre fue alcalde. Ahora se dedica a la enseñanza, y mi madre se ocupa de la casa. No creo que haga falta decir nada más al respecto. Mi madre se llama Esther y mi padre, William. ¿Y cómo se llama tu madre? ¿A qué se dedica? ¿Cómo se llamaba tu padre?

Por un momento, no estoy segura de si debería preguntarle a Denver por su padre de una forma tan directa, pero forma parte de su vida. No quiero que piense que no me preocupo por él.

—Mi madre se llama Lori y es enfermera, pero dejó de trabajar durante mucho tiempo cuando éramos pequeños. Mi padre se llamaba Frank.

Nos quedamos en silencio y luego él vuelve a hablar.

—Políticos, ¿eh? Tú debes de ser la hija modelo, ¿no?

Denver saca su sonrisa más picarona y yo respondo con otra sonrisa. Debería serlo, sí, pero no lo soy. Después de que fracasaran todos los intentos de mi madre por imponerme aficiones supuestamente femeninas, se dio cuenta de que soy diferente.

—Mis clases de *ballet* fueron un fracaso, y lo de montar a caballo me pareció una estupidez. En fin... Mis padres tuvieron que dejar a un lado lo de que yo fuera la hija modelo.

—¿Montar *qué*? —pregunta, arqueando las cejas.

—A caballo, Denver —respondo—. Te lo he dicho. No me refiero a montar a…

Prefiero no terminar la frase. Me alegro de no poder mirarme al espejo. Debo de estar roja a más no poder. ¿Cómo se las arregla para meterme en estas situaciones?

—¿A alguien, dices? Qué pena...

—Imbécil —refunfuño, pero aun así sonrío.

Me alegro de que nuestra conversación se haya vuelto más ligera, aunque haya tenido que meter la pata para conseguirlo. Estaba claro que Denver quería desviar la conversación hacia el sexo. Pero prefiero hablar de otra cosa.

—¿Tienes otras aficiones aparte del fútbol?

—Me gustan los deportes en general. También me gusta salir con amigos o ver la tele cuando tengo tiempo libre. La semana que viene, cuando empiece la temporada, viajaré mucho. Tendrás la casa para ti sola —dice, sonriente mientras me mira—. ¿Y tú? ¿Qué estudias y por qué no hemos hablado de ello todavía?

—Economía, ¿y tú? No sé por qué no hemos hablado del tema. Supongo que había otros temas más interesantes.

Denver se ríe y asiente con la cabeza. Los dos sabemos de qué temas hablo.

—Ciencias del deporte —responde Denver.

Tengo que reírme. Le va como anillo al dedo. Me mira de reojo y luego continúa:

—Phoenix también estudia economía.

—Sí, lo sé —le respondo—. Me lo dijo cuando nos encontramos en la puerta del edificio.

—La próxima vez que salgamos, deberías venir con nosotros —propone—. Así tendrás la oportunidad de conocer de verdad a Phoenix y a mis otros amigos. Bueno, a Jake ya lo conoces.

—¿Vais a salir otra vez esta noche?

No puede hablar en serio. Ha estado de fiesta los últimos días, si no recuerdo mal.

—No. —sonríe—. Mañana por la mañana tenemos el primer entrenamiento oficial de la nueva temporada. No puedo estar borracho ni cansado. Probablemente, me pase la tarde en el sofá.

—¡Ah, claro!

Qué tonta soy por no haberlo pensado. Avergonzada, miro por la ventana para que no se dé cuenta de lo incómoda que estoy. Decido responder para que no sea más raro.

—Entonces me quedaré en mi habitación.

—¿Por qué? —pregunta Denver.

—Para que tengas un poco de paz.

—¿Te he dicho yo que quiera paz?

—No, pero...

—Entonces, ¿por qué dices eso? —responde, mirándome de reojo—. Puedes quedarte conmigo. No me importa. Ahora vivimos juntos, Sienna. Mi casa es tu casa, y si algo me molesta, te lo diré. Así que... ¿te apuntas a ver la tele o qué?

—Ya veremos —respondo, evasiva, sin estar segura de si realmente quiere que lo haga o si solo está siendo educado.

***

Denver aparca el coche delante de la residencia y ambos salimos del coche. Miro la fachada, que parece datar de los años setenta y aprieto la mandíbula. Está claro que ha vivido tiempos mejores.

—Bonita, ¿eh? —pregunta Denver mientras subimos los escalones hasta la puerta principal.

—Sí, increíble… —asiento, mientras camino detrás de él.

Me abre la puerta para que pueda pasar junto a él y entrar en el edificio. Me sigue sonriendo y se mete las manos en los bolsillos

de los vaqueros.

—¿Sabes adónde tienes que ir? —pregunta Denver.

Entonces saco la nota del bolsillo y la leo.

—No dice dónde están las oficinas de la administración.

—Vale —dice, echando un vistazo a la planta baja—. Normalmente, se asignan responsables a cada estudiante dependiendo de la primera letra de su apellido. Te apellidas Gardner, ¿verdad?

—Ah, vale. Sí, Gardner —digo, y le sigo hasta el gran tablón de información que hay junto a las escaleras.

Me alegro de que Denver esté conmigo y sepa cómo funciona todo. Sin él estaría irremediablemente perdida. Hay una infinidad de pasillos y habitaciones. La idea de ordenarlos alfabéticamente se me habría ocurrido en algún momento, pero así me ahorro mucho estrés y, sobre todo, tiempo. Nos detenemos frente a un gran cartel y Denver señala el nombre que aparece en la lista junto a «Gardner».

—Aquí está. La señora Lawson. Está en el despacho número quince.

—¡Perfecto! — exclamo, contenta —. A ver qué me dice esta señora…

Estoy a punto de irme, pero entonces Denver me agarra del brazo y me detiene. Me paro en seco al sentir su agarre y me giro para mirarle. Nunca había sentido su contacto de este modo. Una extraña descarga eléctrica recorre mi cuerpo. Le miro con los ojos como platos y él me devuelve la mirada por un momento.

—¿De verdad quieres comentarle la situación? —pregunta Denver con voz tranquila.

Arqueo las cejas. Claro que quiero. Podría meterme en problemas si no informo del error. No creo que sean muy comprensivos con el hecho de que haya cogido la habitación de un compañero, por no mencionar el hecho de que he engañado a la administración de la residencia al no informar de ello de inmediato.

—No es el apartamento que se me había asignado, y no quiero que me tilden de fraude. ¿Y si me expulsan de la uni?

Levanta las cejas y me mira como si estuviera exagerando. Puede que sí, porque la llave y la dirección coinciden. Además, me

dijeron que Denver sería mi compañero de piso. Así que la culpa es de ellos, pero al final supongo que yo tengo las de perder.

—Nadie te va a demandar por fraude, pero...

—No me importa que me echen por aprovecharme de la situación o porque les caiga de pena. Me da igual el motivo. Lo que importa es que si no digo la verdad y me pillan, no tendré dónde vivir, así que vamos allá.

Denver suspira y me sigue por el pasillo hasta el despacho número quince. No tardamos mucho en encontrar la puerta correcta. Me detengo frente a ella, vuelvo a respirar hondo y llamo.

—Sí, ¿qué pasa? —dice una voz poco amistosa desde dentro.

Miro a Denver. Se encoge de hombros, giro el pomo y entro lentamente.

—Buenas tardes —digo agradablemente, poniendo mi mejor sonrisa—. Me llamo Sienna Gardner y...

—¿Tienes cita, niña? —me interrumpe, antes de que pueda continuar.

Sacudo la cabeza.

—No, pero yo...

—Pide cita, y luego ya…

—Pero es solo una pregunta…

—Todos los que llaman a esta puerta tienen una pregunta y, al final, acaban contándome no sé qué cuentos sobre su alquiler. Pide una cita y veremos.

Completamente desconcertada por la aspereza de esa mujer, retrocedo y cierro la puerta. No tiene sentido discutir con ella. Acabaría perdiendo y, si se da cuenta del error, podría echarme a patadas. Incluso podría acusarme de intentar ocultar algo. Y no es que me venga muy bien…

—Ahora se supone que tengo que pedir cita —le digo a Denver, decepcionada.

Podrían pasar días o semanas antes de que se resuelva el asunto. Cuanto más tiempo pase, menos posibilidades tendré de que crean que estaba siendo sincera desde el principio. Denver levanta las cejas y suspira. Se comporta como si yo fuera estúpida por intentar hablar con los responsables de la administración.

—Déjame intentarlo —dice, apartándome para entrar en el despacho.

Presa del pánico, le miro mientras agarra el pomo de la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a solucionártelo.

Me mira con determinación y absoluta seriedad.

—Pero me ha dicho que tengo que pedir cita…

Miro a un lado y a otro, a Denver y a la puerta, aún cerrada. Si intenta hablar con esta mujer, podría acabar con mi carrera universitaria. No puedo ni pensar lo que sucedería entonces. ¿Cómo se lo explicaría a mis padres? No me extrañaría que mi madre se alegrara de que me fuera a casa. Molesta, ignoro esos pensamientos intrusivos y vuelvo a centrarme en Denver.

—Tú necesitas una cita —sonríe con arrogancia—. Yo, en cambio…

¿Qué significa eso? Denver es un estudiante universitario como yo. Sé que está en último curso, pero las reglas son las mismas para todos. Antes de que pueda detenerle, llama a la puerta y la señora Lawson le invita a pasar con la misma brusquedad que a mí.

—Buenas tardes —dice, con una amabilidad tan exagerada que puedo verle sonreír aunque esté de espaldas—. Soy Denver Jones. Mi novia quería preguntarle algo…

¿Ha dicho que soy su novia? Suelto un grito de asombro. Está claro que no lo soy. Bueno, estaría bien serlo. Sobre todo después de ver lo que he visto esta mañana. Y ahora que lo pienso, él tenía razón. No debería haber venido aquí.

—Denver —digo en voz baja—, vámonos…

—Oh, hola, Denver… —dice la muy amargada, con una voz llena de vida.

Abro los ojos a más no poder. Debo de haber escuchado mal.

—Adelante, pasa… Claro que tengo un hueco para tu novia…

¿Cómo dice? Es imposible que se salte lo de la cita solo para lamerle el culo a Denver.

—Pasa —me dice, abriéndome la puerta.

Le dirijo otra mirada insegura y paso junto a él para entrar al despacho de la responsable de administración. La señora Lawson

abre mucho los ojos cuando me ve. Le sorprende que sea la novia de Denver. Luego parece pensar en cómo no decepcionar al *quarterback* al que todos adoran. Gracias a que estoy con él, esta señora nos va a hacer la pelota para no cagarla.

—Oh, disculpa, señorita Gardner —dice, en un tono agradable —. No sabía que Denver y tú estabais saliendo…

Pues ya somos dos.

—Sí... Estamos juntos —murmuro, a falta de algo mejor que decir.

Luego miro a Denver. Él sonríe y señala las sillas que hay delante de su mesa, así que me acerco y nos sentamos. La señora Lawson también se sienta.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta, pero solo mira a Denver.

—A Sienna le asignaron un apartamento que no tocaba y nos gustaría aclarar el malentendido con usted.

—¿Cómo? —pregunta, mirándome confundida—. ¿Tienes la documentación a mano?

—Por supuesto.

Saco la documentación del bolsillo, todavía algo perpleja por esta amabilidad repentina. Si no fuera por Denver, me habría dejado en el pasillo, pero ahora está en modo lameculos. Le doy los papeles y los mira con el ceño fruncido. Con cierto sigilo, miro a Denver. Estoy de los nervios. Si realmente hay algún problema con la asignación de la habitación, tendré que mudarme. No tengo otra alternativa. No creo que la señora Lawson haga nada por ayudarme. A menos que lo haga por el bien de Denver.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunta mirándome—. La dirección es correcta, y la llave también debía serlo, ¿no?

—Bueno... Mi compañero de piso es D…

—Mire, estas son las fotos del correo electrónico… —me interrumpe Denver.

Agradezco que me ayude, pero puedo defenderme sola. Luego, mi supuesto novio continúa:

—No se parece en nada a las fotos que le enviaron. No queremos que la persona a la que enviaron las fotos de nuestro

apartamento se queje.

Le pasa el iPhone y ella compara las fotos.

—Un momento —dice la señora, volviéndose hacia su ordenador.

—¿Qué estás haciendo? —le susurro a Denver—. Tenemos que decirle la verdad.

—¿Y luego, qué? —pregunta en voz baja—. ¿Que te eche? Deja que me encargue yo.

Le miro un momento, pero no contesto. No quiero que me echen del piso, así que probablemente sea mejor que él hable con la mujer. A ella le cae bien.

—La verdad es que hemos cometido un error —dice, mirándonos con los ojos muy abiertos.

Me pongo tensa y miro a Denver, que mantiene la calma. La señora Lawson continúa:

—Parece que te asignamos esa habitación porque registramos al señor Jones como la señorita Jones. No sé cómo ha podido ocurrir. Tampoco entiendo lo de las fotos…

—¿Y eso qué significa? —pregunto, preocupada—. ¿Tengo que mudarme?

—¿Quieres mudarte? —pregunta mirándome, expectante—. No es costumbre dar habitaciones a personas de sexo opuesto.

Hace una pausa, sonríe con amabilidad y, finalmente, dice:

—Puedo darte una habitación en otro piso y...

—¡No! —exclamamos Denver y yo al unísono, lo que nos hace reír de inmediato—. Quiero quedarme con la habitación. Si le parece bien, y nadie más se verá afectado por mi culpa.

—Tal y como están las cosas, no hay nadie más que busque habitación, ni hemos recibido quejas —dice, echando un breve vistazo a la pantalla—. Puedes quedarte con la habitación.

Aliviada, la miro y luego a Denver, que me sonríe. Finjo que no quiero vivir con él, pero la verdad es que no quiero irme. Ya me cae demasiado bien y creo que acabaremos pasándolo bien viviendo juntos.

—Muchas gracias —dice Denver, con una sonrisa exuberante mientras nos levantamos—. Nos ha ayudado mucho.

—De nada —dice ella, coqueta.

Quiero señalar que ni siquiera me habría escuchado de no haber sido por Denver. Sin embargo, me abstengo de hacer comentarios y salgo de la habitación detrás de Denver, sin despedirme. No hay necesidad de ser más amable de lo necesario.

—Sin comentarios… —murmuro mientras cierra la puerta—. Si no fuera por ti, ni siquiera me habría escuchado.

—Ser jugador de fútbol tiene sus ventajas —dice, con una sonrisa —. Y definitivamente, no vas a volver a saber nada de ella. No se atreverá a ir a por mí.

—Gracias, oh, poderoso rey de la universidad…

Digo esto en un tono irónico que es difícil pasar por alto. Pero conociendo a Denver, seguro que cree que lo digo en serio. *Será posible*… Lo peor de todo es que sí tiene poder. En cuestión de segundos, ha conseguido una cita con la responsable de administración, lo que a otros les costaría días.

Denver se ríe y me pasa el brazo por los hombros para acercarme a él. Con mi cuerpo apretado contra el suyo, noto sus duros músculos a través de mi jersey. Es bastante más alto que yo, así que mi cabeza apenas se apoya en su pecho. Vuelvo a sentir esa extraña descarga eléctrica que me recorrió cuando nuestras manos se tocaron.

—Si tú supieras… —sonríe—. ¿Tienes hambre?

—Un poco, sí —respondo con sinceridad, mientras me froto la tripa para acompañar mi respuesta.

—Bueno, pues vamos a comer.

5

Denver

Dos semanas más tarde.

Salgo de mi habitación y me encuentro a Sienna en la cocina. Está junto a los fogones. La carne picada y la salsa de tomate chisporrotean en la sartén y la pasta se cuece en la olla de al lado. ¡Qué bien se le da cocinar! Llevo una semana disfrutando de sus deliciosos platos. Suele cocinar para los dos en días alternos, y las sobras nos permiten comer al día siguiente. Me mira con una sonrisa y yo le devuelvo la mirada. El primer día ya me fijé en lo buena que estaba, pero ahora parece que quiere torturarme. Lleva unos pantalones cortos que apenas le tapan el culo y un top ajustado que me deja ver sus curvas. No es un 90-60-90, pero me atrevería a decir que seguiría estando estupenda con uno o dos kilos de más. Pero sus curvas son perfectas. Empiezo a preguntarme si fue buena idea dejarla seguir viviendo aquí. Podría haber hecho que la señora Lawson la echara. ¿Pero qué hice? Tuve que hacerla pasar por mi novia. Me aproveché de mi popularidad para ayudarla, y ahora me doy cuenta de que me parece demasiado atractiva como para no meterle mano en el próximo año y medio.

Sienna me gustó desde el primer momento en que la vi, de pie, en el apartamento, sin saber adónde ir ni qué hacer. De hecho, me hizo bastante gracia la forma en que se quedó allí, avergonzada porque yo no llevaba nada más que una toalla alrededor de la cintura. No pude evitar notar que se había sonrojado, o que no le gustaba hablar de los placeres de la vida. El sexo, el alcohol, las drogas… —bueno, las drogas tampoco son para mí, pero el sexo y el alcohol definitivamente no son lo suyo—. En fin, es una pena, especialmente cuando se trata de sexo.

En las últimas dos semanas, apenas nos hemos visto. Sienna ha empezado las clases y no se salta ni una. Todas las noches se

sienta en la cocina y repasa su horario para el día siguiente, para asegurarse de llegar a tiempo todas las clases, aunque antes se toma una taza de café. He descubierto que prefiere el café con un poco de leche. Es algo que se toma muy en serio, y me ha dejado caer más de una vez la cantidad de leche justa que quiere cuando no le toca a ella prepararlo. Siempre grita «¡Vale, vale!» cuando le sirvo demasiada. Por Dios, después de quince años de amistad, todavía no tengo ni idea de cómo se toma Jake el café, y mucho menos mis hermanas o mi madre.

Cuando Sienna llega a casa por la tarde, cocina algo, comemos juntos y luego se va directamente a su habitación. Creo que se esfuerza muchísimo en el tema de los estudios. Yo nunca seré así. Además, entre los entrenamientos y los partidos, hago lo mínimo, lo que se requiere de mí. Saco buenas notas y nunca he renunciado a las clases y las conferencias por el fútbol, pero no me dejo la piel tanto como lo haría con el deporte.

De todas formas, no quiero trabajar como investigador o gestor deportivo. Solo necesito estudiar algo.

Mi objetivo está claro: la NFL[1]. Y tengo que centrarme en ese objetivo, especialmente en este semestre. Por desgracia, perdimos contra Ohio el sábado pasado, y vamos últimos en nuestra división. Por supuesto, es evidente que fue solo un partido y que todavía tenemos una oportunidad, pero no quiero seguir así.

Tengo que ganar. SIEMPRE.

—¿Qué estás preparando? —pregunto, mientras dejo el iPhone sobre la encimera de la cocina.

Sienna se vuelve hacia mí y sonríe.

—¿Tienes hambre otra vez?

—Puede… —respondo con una sonrisa y con los brazos cruzados a la altura del pecho—. ¿Quieres venir a casa de Darren esta noche?

—¿Qué vais a hacer?

Sienna coge dos platos del armario y los pone sobre la mesa. Luego coge cubiertos y dos vasos para acompañarlos. Me quedo donde estoy, esperando como si me lo hubieran ordenado, y la dejo

hacer. No es que no quiera ayudar, pero la última vez me regañó por haberle estropeado las cosas. Así que esta vez la dejo hacer y me siento obedientemente en la mesa.

—Pasaremos el rato, tomaremos algo y no sé, estaremos de tranquis...

Ella asiente y pone dos salvamanteles en la encimera para la olla caliente y la sartén.

—¿Puedes escurrir la pasta, por fa?

—Claro —respondo, incorporándome.

Me pongo a su lado, sonriente, cojo el escurridor que ya ha sacado del armario y lo pongo en el fregadero para escurrir la pasta. Sienna me observa con una sonrisa.

—¿Qué te pasa? —pregunto, mientras las comisuras de sus labios se curvan hasta que ya no puede contener una risa sonora.

En el fondo, algo me dice que estaba intentando aguantarse la risa.

—Míralo, el que no quería hacer cosas en casa...

—Déjame recordarte que la última vez no quisiste ayuda.

—Vale, vale... Tú ganas —dice Sienna, riéndose y con las manos levantadas como si pidiera tregua.

Le sonrío y vuelvo a colocar la pasta, ya escurrida, en la olla, y lo llevo todo a la mesa. Nos sentamos juntos y Sienna me sirve un poco en el plato.

—Gracias —le digo, y espero a que ella también se sirva—. Que aproveche.

—Lo mismo digo.

La miro de nuevo mientras enrollo los tallarines en el tenedor. Huele increíblemente bien. La salsa de tomate tiene la consistencia justa y la pasta está al dente.

—Pareces un poco apagada estos últimos días. ¿Va todo bien?

La he notado bastante introvertida y no tan alegre como los primeros días. Por supuesto, podría equivocarme y que solo esté estresada por los estudios. En el primer semestre, uno se lo toma todo mucho más en serio.

—Mi amiga Clara dice que ya casi no hablamos.

Sorprendida de que me haya dado cuenta, deja el tenedor y vuelve a mirarme. Sienna se muerde el labio inferior, algo nerviosa. Luego, dice:

—Es verdad, pero no lo hago a propósito. Todo sigue siendo nuevo para mí y estoy intentando encajar. Ella, en cambio, sigue en casa y está rodeada de nuestros amigos de siempre…

—¿Y ahora te acusa de que ya no te preocupas por ella?

—Algo así…—responde y luego suelta un largo suspiro—. No entiendo por qué me culpa a mí. Soy yo quien tiene que empezar de nuevo, no ella.

—Quizá se arrepiente de no haber dado el paso —respondo, para tranquilizarla—. Y ahora está celosa de que las cosas te vayan tan bien…

—No, no creo…

Sienna me mira pensativa y vuelve a enrollar la pasta en su tenedor. Me mira fijamente mientras mastica. Más tarde, me pregunta:

—Ya se le pasará. ¿Tienes planes para hoy?

—Sí —respondo, y dejo a un lado ese tema—. Te lo he dicho antes, esta noche hemos quedado todos en casa de Darren. ¿Te apuntas?

—No sé —murmura Sienna.

Intento no poner los ojos en blanco. Desde hace dos semanas, siempre encuentra una excusa para no quedar con mis amigos. Me parece una pena. Estoy segura de que le gustaría conocerlos, y mi hermana también ha estado preguntando por ella. Por desgracia, Phoenix no la ha visto desde el día en que se mudó y se cruzaron en la puerta principal.

—¿No te parece extraño? —me pregunta.

Ella levanta las cejas y yo hago lo mismo. ¿Qué hay de extraño en que quiera presentar a Sienna a mis amigos? Me parece una oportunidad genial para que se junte con un grupito en la universidad lo antes posible. No tienen por qué ser sus mejores amigos. Pero para pasárselo bien una noche, está bien, ¿no? No creo que haya hecho tantos amigos como para que no haya sitio para más.

—¿Por qué debería parecerme extraño? Te he invitado yo. No es que me sienta obligado... —digo, encogiéndome de hombros.

—Mmm… —dice Sienna—. No sé. Mañana tengo clase y...

—¿Estás buscando otra excusa para no ir?

La miro, un poco indignado y arqueando las cejas. Sienna se muerde el labio inferior, lo que me parece adorable e increíblemente sexy al mismo tiempo. La forma en que estira de él lentamente con los dientes y luego lo suelta es tan atractiva... Cojo el agua y bebo un buen trago para dejar de mirarle la boca.

—No busco excusas —responde, metiéndose el tenedor en la boca. Luego mastica y traga el bocado—. Es que quiero centrarme en mis estudios y no salir de fiesta a mitad de semana.

—Tenemos entrenamiento por la mañana —la tranquilizo—. No nos vamos a emborrachar. Es una noche de tranquis, ya te lo he dicho…

—Si tú lo dices…

Sienna juguetea con la comida. Me doy cuenta de que se le acaban las excusas. Sonriendo, me inclino hacia delante y busco su mirada. Tarda un momento en levantar la cabeza y mirarme directamente con sus ojos azules.

—¿Qué más tienes que decir en tu defensa?

Me inclino hacia atrás y cruzo los brazos sobre el pecho. Sienna me mira los bíceps y yo sonrío.

—¿A qué hora habéis quedado? —pregunta, esbozando una sonrisa—. No quiero que me calientes más la cabeza. Tú ganas.

Me río en voz baja y me muerdo el labio.

—¡Estate lista a las siete!

***

Aparco mi camioneta delante del edificio de apartamentos de Darren y apago el motor. Sienna está sentada a mi lado. Me atrevería a decir que estaba deseando que llegase la noche. Sienna lleva unos vaqueros ajustados que acentúan su precioso culo. También lleva una blusa granate de manga larga, ceñida al cuerpo, con volantes en el cuello, el bajo y los extremos de las mangas. Por

encima lleva una cazadora vaquera. Su larga melena rubia cae en suaves ondas sobre sus hombros. Ahora que la veo, no estoy seguro de que haya sido una buena idea invitarla y presentársela a mis colegas. Esos idiotas se abalanzarán sobre ella como una manada de hienas voraces en busca de carne fresca. Respiro hondo para alejar esos pensamientos de mi mente y me guardo las llaves y la cartera en los vaqueros. Tengo claro que Darren va a estar rondándole desde el minuto uno.

—¿Vamos?— pregunto, mirándola a los ojos.

—¡Claro! Oye, Denver... —dice Sienna, empujando la puerta—. Gracias por dejarme venir. Seguro que me vendrá bien conocer gente nueva. A lo mejor tienes algún colega buenorro…

Sale de mi coche y me quedo boquiabierto. Yo también salgo rápidamente y cierro la puerta del conductor para seguirla. No puede hablar en serio, ¿verdad? Claro que sé que mis amigos son atractivos y les gustan a las chicas... Sin ir más lejos, Jake tiene unos ojos y un pelo castaño precioso y un cuerpo mucho más musculoso que el mío. Pero necesita esos músculos para derribar a los defensas del otro equipo. En cuanto a Darren, es un chico sureño con más tatuajes en el cuerpo de los que puedo contar. Me los conozco todo. Es lo que pasa cuando te duchas en los vestuarios prácticamente todos los días. Al igual que Jake, tiene el pelo y los ojos oscuros, casi negros. Mucha gente piensa que Darren tiene raíces mexicanas. Eso último atrae a las chicas. Y ambos siempre están dispuestos a ligar con quien sea. Me pone enfermo pensar que podrían intentarlo con Sienna. Por suerte, aún no parece muy interesada en salir con nadie.

—¿Qué quieres decir con que podría tener amigos buenorros? —le pregunto, para asegurarme.

Ella suelta una risita y yo me tenso aún más. Esa risilla nunca trae nada bueno, lo sé por mis hermanas. Phoenix también se ríe cuando le gusta un chico y luego pasa lo que pasa. Madison, por suerte, es demasiado joven para causarme ese tipo de problemas.

—Ahora estoy en la universidad —dice—. Aquí nadie me conoce y mi amiga Clara cree que debería pasármelo bien.

—¿La que está enfadada contigo? —pregunto con el ceño fruncido—. Interesante. ¿Y quieres seguir su consejo?

No sé por qué me molesta que Sienna esté abierta a tener un rollo con alguien. A los diecinueve años, es una mujer adulta y puede hacer lo que quiera. Aun así, tengo que admitir que no me haría especial ilusión que se insinuara a uno de mis amigos. Igual que en el caso de Phoenix, que es intocable para todos ellos. Y es algo que todos respetan.

—Venga —dice Sienna de buen humor, moviendo las cejas para hacerme reír—. ¿No fuiste tú quien me preguntó si el sexo era lo mío, nada más conocernos?

Claro que sí, pero era una broma, una puta broma. Además, solo la conocía desde hacía unos minutos. Me resulta fácil soltar bromas estúpidas. Ahora, dos semanas y muchas conversaciones después, lo veo de forma muy distinta. Sienna y mis amigos… Solo puedo ver una *red flag*[2]. Estoy seguro de que nos va a traer algún que otro problema.

Al llegar a la puerta principal, llamo al timbre y enseguida nos abren la puerta.

—¡Las damas primero!

Intentando parecer un caballero, dejo pasar a Sienna. No puedo evitar oler el perfume que lleva esta noche. Cuando estábamos en el coche, pensaba que era el jersey de Hailey, que se dejó en el asiento trasero algún día en que nos vimos. Pero olía demasiado intenso para una prenda de ropa que ha estado ahí durante más de una semana. Ahora sé por qué. Es el perfume de Sienna. Cierro los ojos un segundo para calmarme. Es solo un maldito perfume, no hay razón para volvernos locos. Luego la sigo escaleras arriba y disfruto de las vistas de su culo.

Darren vive con Ethan y Julien. Ethan estudia psicología y pasa la mayor parte del tiempo en la biblioteca, y Julien estudia inglés aplicado a los negocios y también juega a fútbol.

—¿Con quién vive Darren? —pregunta Sienna, como si pudiera leerme la mente, y me mira, curiosa.

—Con Ethan y Julien —respondo—. Ethan pasa el noventa por ciento del tiempo con sus libros, estudiando psicología, y Julien…

Levanto la vista y veo que nos está esperando, así que continúo:

—Julien… está de pie en la puerta.

Me sonríe y se vuelve hacia Julien.

—Hola, tío —me saluda y chocamos los cinco—. Veo que no estás solo…

No tarda ni un segundo en centrar toda su atención en Sienna. Casi con avidez, sus ojos se deslizan por su hermoso cuerpo. Se detiene, para mi gusto, demasiado tiempo en sus pechos.

Carraspeo más de la cuenta para desviar su atención de Sienna.

—Esta es Sienna, mi compañera de piso.

Aunque intento sonar neutral, tengo pocas esperanzas de que Julien no se dé cuenta de lo mucho que me molestan sus miradas. Me conoce desde hace demasiado tiempo como para no saber cómo reacciono cuando me interesa una chica.

—¿Tu compañera de piso? —pregunta, esbozando una sonrisa.

Confiado en que algo puede funcionar con Sienna, continúa:

—¿Con su propia cama?

Casi me atraganto con mi propia saliva y le dirijo una mirada amarga. Ha sido un comentario totalmente innecesario, aunque tengo que admitir que normalmente no me molesta que mis colegas hagan bromas de ese tipo. Las chicas a las que llevamos a las fiestas o a esas veladas solo están ahí para calentarnos la cama hasta la mañana siguiente. Así que su reacción es perfectamente normal. No puede ver que, en realidad, Sienna *solo* es mi compañera de piso, a pesar de que nuestra relación ha sido puramente platónica. Jake conoció a Sienna la primera noche y más tarde me preguntó por ella, y Darren estaba delante.

—Sí, con su propia cama. Y es bastante grande, por cierto —responde Sienna antes de que yo pueda contestar, sonriendo a Julien—. Encantada de conocerte.

—En... Encantado de conocerte también —tartamudea él, mirándola con los ojos muy abiertos—. Pasa, pasa...

Sienna pasa por su lado y entra en el apartamento. Julien nos mira a ella y a mí y agita la mano como si se hubiera quemado los dedos. Le clavo la mirada y me abstengo de hacer comentarios. Sienna no es Phoenix, y sería ridículo decirle que no se acercara a ella.

Sigo a Sienna hasta el salón, donde ya están sentados Darren, Jake, Gary, Phoenix, Joy y Hannah, la novia de Gary. El apartamento de los chicos tiene un tamaño similar al nuestro, pero con una habitación extra y un baño de invitados, lo que me parece muy práctico. Darren, Ethan y Julien no suelen utilizar la cocina del piso. Comen en la cafetería de la uni o pillan comida para llevar. Las habitaciones de Julien y Ethan están a derecha e izquierda del baño, y la de Darren está un poco apartada, junto al baño de invitados. Como es habitual en un piso de solteros, la mayoría de los muebles están desordenados y la decoración de las paredes no consiste en bonitas plantas de interior y fotos familiares, sino en botellas vacías de whisky de edición especial —todas bien alineadas en una pequeña estantería— y camisetas de fútbol de nuestros ídolos.

—Hola, chicos —digo, dirigiéndome a todos.

Saludo a los chicos con un apretón de manos y a mi hermana, Joy y Hannah con un beso en la mejilla. Luego me dirijo a mi compañera de piso y les digo:

—Esta es Sienna.

—Ya lo sabemos —contesta mi hermana—. Ella misma se presentó.

Le habrá contado a Joy que tengo una nueva compañera de piso, aunque esperaba un compañero. Después de todo, es su mejor amiga.

Miro a Sienna y ella se encoge de hombros. No deja de sorprenderme. En casa se comporta como una universitaria recatada y aplicada, y ahora se presenta a mis amigos sin problemas, entabla conversación con ellos y actúa como si se conocieran de toda la vida. Jake me da una Coca-Cola, porque hoy me toca conducir, y yo me siento a su lado en el sofá.

Sienna se sienta frente a mí, al lado de Phoenix, y se pone a hablar con ella y con Joy.

Mi hermana y Joy son amigas desde hace un año. Joy estudia psicología, pero no pasa ni la mitad del tiempo que Ethan en la biblioteca. Tiene veinte años y es muy guapa. Tiene raíces asiáticas, y su pelo negro, con las puntas teñidas de azul, le llega hasta la cintura. Aun así, no es mi tipo. Su estilo es muy femenino y siempre lleva ropa muy corta. Muy, muy corta. La mayoría de sus faldas no le llegan ni a la mitad de los muslos, lo que hace que sus piernas parezcan interminables. Siempre se viste de una forma muy sexy. Sabe lo que tiene y cómo lucirlo. Pero nunca se hace la facilona, como otras chicas del campus que intentan llamar nuestra atención. Esta noche, Joy lleva un vestido negro corto con tirantes de finos, medias de seda negras y Dr. Martens[3] en los pies. Su llamativo maquillaje con un perfecto delineado negro completa su *look*. A su lado, Phoenix y Sienna, ambas con larga melena rubia y maquillaje en tonos claros, parecen algo más apagadas.

—Pensábamos que nos la ibas a ocultar para siempre —dice Darren, dándome un codazo en el hombro—. Oye, Sienna, ¿por qué no te ha dejado salir antes?

Pongo los ojos en blanco y Sienna levanta la vista. Encuentra la mirada de Darren y su boca se tuerce en una sonrisa divertida.

—No me apetecía —dice, encogiéndose de hombros y mirándome —. Denver no paraba de pedirme que viniera.

—Yo te habría dejado encerrada en casa —dice Darren, intentando tirarle la caña.

Pongo los ojos en blanco, molesto, y luego escucho que dice:

—El peligro acecha fuera…

—¿De qué peligro me hablas? —dice Sienna, riéndose, y da un sorbo a su cerveza—. ¿Te refieres a tus frases de mierda para ligar?

Un clamor resuena en el salón y las chicas brindan por Sienna. Darren, a mi lado, se calla de repente y parece que intenta contener su ira. Supongo que no esperaba que Sienna lo dejara tan mal. A mí también me sorprende que se le dé tan bien vacilar. Pero sobre todo me sorprende que pueda resistirse al Casanova del grupo. Los ligues de Darren son legendarios. Al menos para un defensa.

—¡Mis frases son la hostia! —exclama como un niño pequeño, lo que nos hace reír aún más—. ¡Es más, el que tiene frasecitas de mierda es tu compañero de piso!

—¡Eh! —exclamo, y le doy un puñetazo en la parte superior del brazo—. ¿A dónde quieres llegar con eso, tío?

—Oh, venga ya... «He perdido mi número, ¿me das el tuyo?». ¿En serio, Denver?

Hay que reconocer que la frase es mala, horrible, pero tenía que decir algo.

—Solo lo dije una vez —me justifico inmediatamente y pongo los ojos en blanco.

Quería llevarme a esa chica a casa y no se me ocurría nada mejor. Y ella se lanzó de inmediato. Decido expresar eso último en voz alta.

—Y como ya sabes, funcionó.

—No me sorprende —dice Sienna, arrugando la sien y fingiendo asombro. —Quizá tengas fama de meterlas a todas en esa cama… Sin excepción.

Los chicos escupen sus cervezas, y a Phoenix casi se le cae el vaso. La cocacola se derrama sobre la mullida alfombra beis que hay bajo la mesa. Joy emite un chillido indescriptible, en un tono al que solo podría llegar una chica. Todos miran a Sienna y sé exactamente lo que están pensando. Tengo que contenerme para no resoplar de una forma exagerada.

Sienna nos mira de un lado a otro y se pone roja.

—¡Mierda, no! —grita, con cara de preocupación—. ¡No me refería a…! Quiero decir, nosotros no... Bueno, nosotros... No nos hemos acostado. ¡Tengo mi propia cama! ¡Denver, di algo!

Me mira asustada, y ahora yo no puedo evitar reírme también. Lo siento, pero creo que me debe estos segundos de placer ahora que ella me ha puesto en esta situación.

—Claaaaro… —Jake mueve las cejas para dejar ver lo que está pensando—. Estoy seguro de que vosotros dos no...

—¡Di algo! —grita Sienna, mirándome con urgencia—. ¡Por favor!

—Quien calla, otorga...—dice Jake.

Ahora me siento mal por ella.

—Cállate, Jake… —protesto—. No nos hemos acostado.

La tez de Sienna vuelve lentamente a la normalidad. Me sonríe agradecida.

—No nos acostamos —confirma ella—, pero sí tuve que enseñarle dónde estaba la puerta a su rollo de una noche.

—¿En serio? —pregunta Joy, poniendo los ojos en blanco—. ¿No le ofreciste siquiera un café?

—Claro que no —respondo, molesto—. ¿Quién hace eso?

Miro a mi alrededor y espero que al menos Darren y Julien se pongan de mi parte. Pero Jake sigue siendo leal y me respalda, asintiendo con la cabeza.

—Denver, estamos hablando de Hailey Sanders —dice ahora Hannah—. Es una niña muy dulce.

—Sí, dulce sí era —respondo, pensando en cómo me la chupó sin dudarlo.

Sienna me mira y levanta las cejas. No voy a ganármela si sigo riéndome de lo que fue una situación embarazosa para ella. Evito su mirada y me aclaro la garganta. Luego, digo:

—Al igual que muchos otros, yo no la obligué a hacer nada.

Mientras mis colegas asienten, las chicas ponen los ojos en blanco. Me estoy cansando de esta conversación. No he traído a Sienna para que me avergüence delante de mis amigos, aunque los chicos piensen que mi comportamiento es normal. Todos hacen lo mismo.

—En fin —dice Julien de repente, volviendo a centrar su atención en Sienna—. Háblanos de ti. De dónde eres, por qué estudias en Lincoln y por qué coño vives con Denver.

Le agradezco que haya cambiado de tema y me haya salvado indirectamente. Pero también lo miro con recelo, porque no sé si busca algo más con Sienna. Ella se ríe y se aparta el pelo hacia atrás. Luego me mira y sonríe.

—Soy de Ellsworth, una pequeña ciudad cerca de Helena, en Montana, y Lincoln está muy, muy lejos de mis padres. Me gustó mucho el plan de estudios que me ofrecieron y… Bueno, vamos a la

parte que realmente os interesa…. —dice Sienna, barriendo el salón con la mirada—. ¿Queréis saber por qué vivo con Denver?

—Solo hay una respuesta correcta —interrumpo—. Porque…

—Por favor, no digas que es porque eres muy buen chaval —me interrumpe con un brillo travieso en los ojos—. Intimidaste tanto a la pobre chica que pasó la noche contigo que tuve que pensarme si quedarme allí.

Pongo los ojos en blanco, pero cuando veo la sonrisa de Sienna, sé que he dicho lo que debía.

---

[1] *N. de la T*. En inglés, las siglas de la *National Football League*, esto es, la Liga Nacional de Fútbol Americano.

[2] *N. de la T.* Expresión que hace referencia a que algo es mala señal o que se debe estar alerta por si las cosas no salen bien.

[3] *N. de la T*. Hace referencia a una marca que fabrica botas con cordones de estilo militar, además de otros tipos de zapatos.

6

Sienna

Hoy he invitado a Phoenix a casa. Va seis meses por delante de mí en la uni, pero tiene que repetir una asignatura del primer semestre porque suspendió el examen final. Mientras ordeno mis apuntes y las diapositivas que he impreso, Phoenix no deja de mirar el móvil.

—Phoenix —me dirijo a ella con voz firme, y ella se sobresalta —, ¿nos ponemos o qué?

—¿Es necesario? —dice mientras me lanza una mirada seria y yo enarco las cejas—. Mejor dicho, ¿no podemos vaguear un rato antes?

—¿Por qué íbamos a vaguear ahora? —digo, suspirando—. Cuanto antes empecemos, antes habremos acabado.

Phoenix gime y se apoya en los cojines. Me mira como una niña caprichosa. No puedo evitar reírme y echarme hacia atrás también, para acercarme a ella. Me mira con sus ojos azules, como si estuviera agotada después de esforzarse durante todo el curso. Pero este semestre no ha hecho más que empezar. Algo le ronda por la cabeza. Solo nos conocemos desde hace dos semanas, puede que menos, pero me da la impresión de que algo le preocupa.

—En realidad no has venido aquí a estudiar, ¿verdad? —pregunto en voz alta, tratando de sonsacarle una respuesta.

—¿Tanto se nota? —me pregunta, mordiéndose el labio inferior.

Niego con la cabeza y ella suspira. Luego, me confiesa:

—Cuando acabé el instituto, no quería ir a la universidad, quería viajar y encontrarme a mí misma. No estaba preparada y, a diferencia de Denver, no tengo un deporte que me salve de hundirme. Pero mi madre y John, su novio, opinaban que tomarme un año sabático sería una pérdida de tiempo.

La miro, pensativa y me identifico con ella. Mis padres habrían pensado lo mismo. No habrían entendido que quisiera trabajar y viajar durante un año. A sus ojos, sería una forma de echarlo todo a perder.

—Entonces, ¿qué? ¿Elegiste una carrera y te matriculaste?

—Sí… —dice, y luego suspira—. Las demás asignaturas eran más fáciles y Jake me ha estado ayudando a estudiar, así que estoy sacando buenas notas, pero esta... —señala mis apuntes—. Esta es una tortura.

Me siento tentada a preguntarle si Jake la está ayudando de verdad a estudiar. Al fin y al cabo, es el mejor amigo de Denver, y a él no le haría ninguna gracia que *ayudara* a su hermana pequeña. Pero no creo que Phoenix esté de humor como para preguntárselo. Además, no es asunto mío.

—Joder, tía, Phoenix — suspiro—. ¿Has hablado con Denver de esto?

—¡Pues claro! ¡No te jode! —exclama, y me doy cuenta de que no es una opción para ella—. Él piensa lo mismo, y ahora he malgastado una parte del dinero de mi fondo para la universidad. No tengo una beca como la de Denver que me permita ganar tiempo mientras busco cómo salir del apuro.

La miro con compasión y pienso en consejos que darle. Volver a hablar con su madre y con John no tiene mucho sentido. Ambos están obcecados en su punto de vista. Es probable que solo quieran lo mejor para ella y para Denver, por eso insisten en que Phoenix vaya a la universidad. Que su hermano tampoco la apoye debe hacer que se sienta perdida.

—¿Y si te cambias de carrera? —sugiero tras unos instantes de silencio—. Habrás perdido un poco de tiempo, pero si sigues suspendiendo, te echarán.

—Ya lo sé, ya —responde, mientras hunde la cara en un cojín —.

Phoenix baja los párpados y juega con el dobladillo de su jersey. Sin mirarme, me pregunta:

—¿Qué crees que debería hacer?

—Salir de aquí —suspiro y miro a Phoenix—. Si no eres feliz, tienes que decírselo a tu madre. No tiene sentido estudiar algo que no te gusta.

—¡Claro que no!

Me responde con un poco de mala leche, pero respira hondo para calmarse. Luego continúa con una voz mucho más suave:

—Pero no sé qué quiero estudiar en vez de economía. ¿Y si en lugar de eso, pego un braguetazo con un colega de Denver cuando juegue en la NFL? Así, sería una mantenida.

Atónita, la miro, y busco un tono que me deje ver que está de coña, pero, por desgracia, no lo encuentro. Habla muy en serio.

—¡Phoenix! —le digo con la voz temblorosa—. ¡Ni se te ocurra!

Pone los ojos en blanco y se incorpora, para mirar más de cerca los apuntes.

—¡Era una broma! — dice, en un intento de restarle importancia.

Sin embargo, no me lo creo. La he visto tan deprimida hace un ratito que me la imagino trazando un plan para que un jugador de fútbol la deje embarazada.

—Aunque no estaría tan mal…

¡Lo sabía! Iba en serio.

—No, no y no —respondo, mientras la miro a los ojos—. Estudiaremos juntas y, cuando llegue el día del examen, estarás preparada. Ya verás como apruebas.

Phoenix aún no parece convencida, pero no me rindo. Tiene que aguantar este semestre para convencer a su madre de que la deje cambiar de carrera. Así podrá decirle que al menos le dio una oportunidad a la economía.

Pero antes de que podamos empezar, suena el timbre.

—¿Se habrá dejado Denver otra vez las llaves? —dice Phoenix, riendo y se levanta para abrirle la puerta a su hermano.

Todavía no he hecho muchos amigos en la universidad, así que la mayoría de la gente con la que trato son, o bien amigos de Denver, o bien personas que no saben dónde vivo.

—¿Hola?

A juzgar por el tono de voz de mi amiga, me da que no es Denver. Será uno de sus amigos, o quizá el cartero.

—¡Hola! —dice una voz adulta.

Me sobresalto: esa es la voz de mi madre. Esto no puede estar pasando. ¿Cómo he podido olvidar que mis padres traían el resto de mis cosas en la furgoneta? ¡Menudo desastre! Sobre todo porque aún no les he dicho que Denver es un chico y no, como ellos suponen, una chica.

—Tú debes de ser Denver, la compañera de piso de Sienna.

Corro hacia ellas lo más rápido que puedo e impido que Phoenix abra la boca en el último segundo, antes de que se chive a mis padres.

—¡Mamá, papá! —exclamo, abrazándolos—. ¿Qué hacéis aquí?

—Traemos el resto de tus cosas —responde mi madre, algo irritada.

Luego, nos empuja a Phoenix y a mí para entrar en casa, mientras yo le lanzo una mirada a mi amiga para advertirle de la situación.

—Hola, cariño —me saluda mi padre con una sonrisa—. Y tú debes de ser Denver.

Phoenix se señala a sí misma y yo le dirijo una mirada desesperada que espero que entienda. No pienso dejar que mis padres se enteren de que vivo con un jugador de fútbol americano buenorro. Por no decir que, además, se lleva a sus ligues a la habitación de al lado para acostarse con ellas. Anteayer tuve que enseñarle a otra dónde estaba la puerta. No tenía nada mejor que hacer recién levantada.

—¡Sí! —grita Phoenix, demasiado contenta para mi gusto. No puedo dejar que estropee esto—. Soy Denver... La compañera de piso de Sienna, ¡Denver!

—Creo que ya lo han entendido —le susurro, y luego la empujo detrás de mí.

Ella le dedica a mi padre una sonrisa exagerada y yo hago lo mismo. No tengo ni idea de cómo voy a salir de este lío. Si mis padres descubren que Phoenix no es Denver y el verdadero Denver aparece por la puerta, la cagada será monumental.

—¿Quieren tomar algo, señor y señora Gardner? —pregunta Phoenix con una sonrisa y señala la cocina—. ¡Qué bien que hayan venido!

Phoenix les abre paso. Mis padres le siguen y yo me muerdo el labio, preguntándome cómo voy a salir de este lío. Probablemente, sería mejor decir la verdad, sobre todo antes de que Denver aparezca y tenga que arrastrarlo también a mi mentira. Ya me resulta horrible que Phoenix tenga que hacerse pasar por su hermano por mi culpa.

—¡Sienna! —grita mi madre, lo que me hace estremecer—. ¿Dónde estás?

—¡Ya voy, mamá! —grito, y luego los sigo hasta la cocina.

Una vez allí, miro a mis padres con una sonrisa y extiendo los brazos para darles la bienvenida. En realidad, intento que la situación no se me vaya de las manos.

—Siento que me haya pillado por sorpresa vuestra visita, pero he estado bastante ocupada las dos últimas semanas.

Phoenix levanta las cejas y yo me encojo de hombros, como si no hubiera nada de malo en mentirles a mis padres sobre todo lo que ha sucedido desde mi llegada al piso.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar? —pregunta Phoenix, mientras les sirve un café a cada uno.

Miro a mis padres, tensa. Espero que no más de dos horas, porque eso es lo máximo que Denver tardará en volver del entrenamiento. Los últimos días ha tenido algún que otro problema con los aductores y ha tenido que acabar antes de tiempo. Es evidente que esto le frustra y que ha estado de muy mal humor desde entonces. Así que es posible que en cualquier momento aparezca en la cocina y yo no tenga ni idea de dónde meterme.

Pero bueno, no pensemos en eso. Todavía no ha llegado.

—Hemos reservado una habitación de hotel en Chicago. Así que nos quedaremos allí unos días para ver la ciudad y el lago Michigan.

—¿Así que no os quedáis *aquí*? —dice Phoenix, señalando con el dedo índice el suelo de la cocina, como si quisiera insistir en el lugar.

—Aquí no hay sitio —dice mi madre, a lo que yo asiento inmediatamente.

—Claro que no hay sitio —respondo—. Hay...

Oh, oh… Me parece haber oído algo.

—¿Sienna? —dice mi padre.

Doy un respingo y a Phoenix se le resbala el azucarero de las manos, y luego cae al suelo. Por suerte, el estropicio distrae a mis padres durante un breve instante, y se disponen a ayudarla de inmediato. Eso me da vía libre para salir de la cocina y correr hacia el pasillo. Tengo que pillar a Denver por banda antes de que vea a mis padres. Y lo que es más importante, ¡antes de que ellos le vean a él! Me pongo roja y el corazón me late con fuerza en el pecho. Odio mentir a mis padres y meter en esto a mis nuevos amigos, pero no he tenido elección.

Joder, tío, estoy de mierda hasta el cuello. Es imposible que Denver decida seguirme el rollo cuando le cuente mi mentira piadosa. ¿Por qué he tenido que cagarla así? Debería haberles dicho la verdad a mis padres. ¿Qué van a hacer aparte de cerrarme el grifo, dejar de pagar el alquiler y...? ¡Joder!

No sé cómo voy a decirles que Denver es mi compañero de piso y que la persona que creen que es Denver es su hermana pequeña, Phoenix.

Me lo encuentro de pie en el salón, completamente relajado, sonriéndome.

—¡Hola! ¿Esa es la mochila de Phoe? —dice, señalando la bolsa de su hermana.

Yo asiento con la cabeza y le respondo:

—Sí, está en la cocina. Esto…

—¡Sienna!

Mi madre abre de golpe la puerta de la cocina y nos mira, sorprendida. Sus ojos se dirigen a Denver y luego a mí, una y otra vez.

—No sabía que tenías visita...

Con su mejor sonrisa, la que le hizo ganar unas elecciones tras otras en nuestro pueblo, camina hacia nosotros y los ojos de Denver se abren de par en par.

—¿Visita? —dice Denver, asombrado, y luego vuelve a mirar a mi madre—. Yo no...

Le clavo el codo en el estómago para hacerle callar, pero de una forma sutil, para que mi madre lo vea. Luego sonrío angelicalmente y me acerco a ella.

—No es una visita, solo es Phoenix.

Me merezco una bofetada por no haber pensado en un nombre mejor para él. ¿Phoenix? ¿En serio? Ahora vas y lo arreglas.

—¡El hermano de Denver! —añado rápidamente, para que Denver no haga preguntas estúpidas.

—Perdona, ¿qué? —suelta Denver—. ¿Cómo que el hermano de Denver?

Y parecía listo el chaval... Lo he sobreestimado.

Mi madre lo mira, escéptica, y luego me mira a mí. Más vale que se trague esta historia, porque si no se va a ir todo al traste. Dios mío, cómo me alegro de que sus padres les pusieran nombres sin género. Si Phoenix se hubiera llamado Claire, y Denver, Michael, mi mentirijilla no habría funcionado, ¡y el lío de nombres habría sido aún mayor!

—¿Qué querías, mamá? —le digo, intentando distraerla con una sonrisa.

El corazón me late con fuerza en la garganta, pero lo ignoro. Luego, recuerdo el incidente de la cocina y decido pasar a la acción:

—¿Va todo bien con el azúcar?

—Pero si no ha pasado nada con el azúcar, hija…

Mi pregunta la irrita, lo sé. Creo que empieza a sospechar que algo no va bien. Pero no parece tan escéptica como para seguir molestándome con preguntas.

—Tu padre no estaba seguro de cómo íbamos a ayudarte con esa estantería tuya, que es descomunal, pero ahora que veo a este chico, no creo que sea un problema.

Sus ojos siguen clavados en Denver y, si no fuera porque es mi madre, diría que se lo está comiendo con los ojos. Está guapísimo, como siempre, con esa camiseta ajustada y sus pantalones cortos de chándal.

—Soy Esther, la madre de Sienna.

—Phoenix —murmura él, y me doy cuenta de lo raro que le hace sentir.

—Encantado de conocerte. ¿Me prestas a tu hija un momento? —pregunta Denver, mientras me hace señas para que le siga—. Nuestra lavadora está rota y Sienna y Phoe-… Denver me dijeron que podía lavar la ropa de entrenamiento aquí. Ahora enseguida ayudo a su marido, un segundo.

—No hay problema —dice en voz baja, girando sobre sí misma de nuevo para ir a la cocina, probablemente para decirles a mi padre y a Phoenix que ya tienen quién les apañe la estantería.

Manteniendo la farsa, Denver coge su bolsa de deporte y me arrastra tras él hasta el baño.

Dios mío, Dios mío, Dios mío. Creo que no estoy pensando con claridad. Pero es que las dos últimas semanas han sido tan emocionantes y maravillosas que me he olvidado por completo de la visita de mis padres. Denver me ha hecho sentir tan a gusto a después de toda la movida de mi llegada… Ahora somos un equipo. Aunque nuestra rutina está un poco encasillada en estereotipos de género, ya que yo me encargo de las tareas más básicas y él trae el pan a casa —al fin y al cabo, es él quien paga a la señora de la limpieza—, nos llevamos bien. Además, me he hecho amiga de Phoenix y Joy. Todo ha sucedido tan rápido y ha sido tan emocionante que no me he acordado de lo de mis padres, como tampoco he pensado dos veces antes de mentir de ese modo. Pero ahora las consecuencias de mis actos vienen a atormentarme.

Denver me lleva a rastras al baño. Me empuja sin miramientos, antes de entrar él también y cierra la puerta tras de sí.

—¿Me vas a explicar qué pasa? —susurra, señalando la puerta del baño, ahora cerrada—. Creía que sabían que vivíamos juntos.

—Lo saben, pero... —respondo—. Pero no les he comentado un pequeño detalle...

Denver cruza los brazos sobre el pecho de una forma imponente y alza las cejas.

—¿Me tomas el pelo, Sienna? —gruñe.

—Saben que mi compi de piso se llama Denver Jones.

—Ajá, ¿y?

—No les he dicho que eres un tío —musito, y entonces siento que Denver me acorrala.

Seguro que entiende que no podía decirles la verdad a mis padres. Al menos no por un tiempo. Tengo que verbalizarlo.

—Yo... no podía decírselo. Me pagan el alquiler y no les entusiasmó que aceptara la habitación que, además, era doscientos dólares más cara. Lo único que suavizó el asunto fue decirles que tengo una buena compañera de piso.

—Phoenix no es tu compañera de piso —gruñe y empieza a andar en círculos—. ¿Qué vas a hacer cuando quieran ver mi habitación?

—Pues ya veremos. Ya se nos ocurrirá algo —digo, esquivando su pregunta.

Denver pone los ojos en blanco, a lo que yo contesto:

—¿Qué querías que hiciera? Si se lo digo ahora, se cabrearán y querrán llevarme de vuelta a Montana.

Solo de pensarlo, se me sube el desayuno a la garganta. No quiero volver a Ellsworth, donde todos los vecinos hablarán de cómo no pude triunfar en Illinois. Hace unos años, la hija de nuestros vecinos volvió de Nueva York porque su novio la engañó. Durante todo el verano, fue comidilla del pueblo. Todos decían que la gente como nosotros no podía triunfar en la gran ciudad y que ella debería haberse quedado. Lincoln no es una ciudad tan grande y nadie me ha puesto los cuernos, pero no hay nada que mueva más que el morbo.

—Pues bien merecido, la verdad —gruñe Denver—. Sienna, yo… No puedo fingir que no vivo aquí. Mis cosas están por todas partes... Mi ropa está en el baño. No creo que Phoe use Hugo Boss *for men*[1].

Cuanto más habla Denver, más estúpida me siento. Ya sé que el apartamento está lleno de sus cosas. Tenemos que inventarnos una buena excusa.

—Pues habrá que decir que son del novio de Phoe.

—¿Y de dónde piensas sacar a ese novio? —dice Denver, alzando las cejas.

Luego cruza los brazos sobre el pecho y se endereza frente a mí. Me tiembla hasta la cabeza. Necesito serenarme

—¡Jake! —digo, mordiéndome el labio.

No se me podría haber ocurrido un ejemplo más estúpido.

—¿Jake? —pregunta Denver, confuso—. ¿Por qué has pensado en Jake?

—Pues Darren o Julien, como quieras.

Intento pensar en otros ejemplos lo más rápido posible, para no causar problemas a Phoenix y Jake. Molesta conmigo misma, levanto las manos.

—Déjalo estar, ¿vale?

—No, no lo dejo estar —dice, paseándose de nuevo—. ¿Jake y Phoenix?

Estoy cada vez más nerviosa, luchando por encontrar las palabras adecuadas para pasar a otro tema. Phoenix me matará si le cuento a su hermano algo que ni siquiera yo sé. Nunca había mencionado a Jake. Supongo que hay algo más entre ellos.

—Eso era solo un ejemplo —suspiro—. ¿Podemos volver al tema principal, por favor?

—¿A cuál te refieres? —dice, fijando su mirada en mí—. ¿A cómo puedes haberla liado tanto en quince minutos? Ni un tornado lo deja todo tan patas arriba.

—Muy gracioso —respondo secamente, apretando los labios—. ¡Denver, por favor! Céntrate.

—Sienna, esto se nos está yendo de las manos. No puedo mentirles a tus padres sobre todo esto y…

—Claro que puedes —le interrumpo, indignada.

Llevamos demasiado tiempo en el baño. Mi madre no tardará en buscarnos, así que insisto:

—Por favor, Denver. Solo hasta que se vayan, y cuando vuelvan mañana o pasado, estarás en el entrenamiento y...

—¿Y qué pasa con Phoenix? —pregunta, alzando las cejas—. ¿Qué vas a hacer si quieren cenar contigo y con la supuesta Denver?

Sinceramente, que mis padres quieran cenar con Phoenix —también conocida como Denver— y conmigo es el menor de mis

problemas. Mientras no vean su habitación y se den cuenta de que les he estado mintiendo, no pasa nada, ¿verdad?

Me encuentro con su mirada, aunque casi no me atrevo a sostenérsela. Denver está muy enfadado conmigo y lo entiendo perfectamente. Debería haberle dicho que mis padres no sabían que era mi compañero de piso. Es más, debería habérselo dicho el primer día, cuando me llamaron para ver si todo iba bien. Quizá incluso el segundo día, después de que me ayudara con la señora Lawson. Debería habérselo confesado al cabo de una semana, como muy tarde. Pero no lo hice, y ahora la he liado pero bien. Además, nunca debí ponerlos a él y a Phoenix en una situación tan incómoda, en la que han tenido hasta que cambiar de identidad.

—Lo siento… —farfullo, mientras le pongo puchero—. Lo siento mucho.

—¿Tienes algo que añadir en tu defensa, aparte de esa ridícula mirada de cachorrito? —me pregunta él, levantando las cejas—. ¿O eso es todo?

—Bueno, de momento, es lo que hay —añado, intentando sonreír—. Por favor, por favor, no te chives...

Denver suspira y señala la puerta.

—De acuerdo. Pondré una lavadora para que parezca real y luego me aseguraré de que no sepan que me estoy cambiando en mi habitación.

Aliviada, me levanto de un salto y le echo los brazos al cuello.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Denver parece sorprendido y da un paso atrás, como si le hubiera pillado de improviso que me haya abalanzado sobre él. Pero enseguida vuelve a la realidad y me rodea con sus brazos. Al hacerlo, me aprieta contra su musculoso cuerpo y me permite oler su penetrante loción corporal. Genial. Este tío no solo es guapo a rabiar, sino que además huele de maravilla.

—Gracias, Denver —susurro contra su pecho, abrazándolo con mucha fuerza—. Te debo una.

Permanecemos en esta posición más tiempo del necesario y finalmente es él quien se aparta y carraspea. Ahora que tengo las mejillas ardiendo, le suelto y le sonrío una última vez en señal de

agradecimiento, antes de desaparecer y dirigirme a la cocina para reunirme con mis padres y Phoenix.

Justo cuando abro la puerta del baño, se quita la camiseta por encima de la cabeza y deja ver su tableta…

Solo por esta imagen ya valen la pena todas las mentiras.

—Venga, tira —dice con una sonrisa—. Si no, tu madre se va a creer lo que no es.

Tiene razón. Mi madre se volvería loca si me pillara en el baño con Denver semidesnudo. Por supuesto, sabe que ya he tenido novio y que me acosté con él. De hecho, tuvo que llevarme al ginecólogo para que me recetaran la anticonceptiva. Pero llevaba casi un año con él antes de pedirle que me llevara al ginecólogo. Omití el hecho de que en ese momento ya teníamos relaciones sexuales. Soy su única hija y le obsesiona mi reputación y mi bienestar. Si me viera abrazando a Denver, el *quarterback* del equipo de fútbol, fijo que saltarían todas sus alarmas. Estoy segura de que piensa que solo debería ser así de cariñosa con mi novio. Mi madre es muy conservadora en ese sentido.

Sin contestar a Denver, giro sobre mis talones y me preparo mentalmente para las preguntas de mis padres.

---

[1] *N. de la T.* Expresión en inglés que se usa en muchos anuncios de perfumería para referirse a las fragancias de hombre o «para él».

7

Denver

Después de meter la ropa del entrenamiento en la lavadora y encenderla para guardar las apariencias, me voy a mi habitación. Bueno, quizá *ir* no es la palabra que buscamos. Casi resulta eufemística. Voy andando a hurtadillas hasta mi cuarto, porque en teoría, es el de mi hermana pequeña. No puedo creer que haya aceptado participar en esta gilipollez. ¡¿Ahora soy Phoenix Jones?! Ser parte de esta trola me da grima. Seré muchas cosas, pero no me parezco en nada a mi hermana pequeña.

Sacudo la cabeza al pensar en mi otra hermana. Bueno, mejor Phoenix que Madison y sus quince años. ¡Está insoportable!

Me pongo una sudadera con el escudo de los Lincoln Tigers, unos vaqueros, unos calcetines y unas zapatillas. Luego me miro de arriba abajo una última vez en el espejo, antes de salir de mi habitación.

—Oh, Denver —oigo decir a la madre de Sienna—. Estamos muy contentos de que Sienna haya encontrado una compañera de piso tan estupenda.

—Hola, señor Gardner —saludo cordialmente a su padre—. Soy Phoenix.

Por la sonrisa diabólica de mi hermana me doy cuenta de que le está gustando este jueguecito y que no tiene ningún problema en seguirme la corriente. A veces pienso que Phoenix ha desaprovechado una gran oportunidad de triunfar como actriz. Pero ¿Phoenix, en Hollywood? Venga ya, no quiero ni imaginármelo. Prefiero que haga algo que le asegure un futuro. En todo caso, cuando sea jugador de la NFL, podré salvarle las veces que haga falta gracias a mis billetes, pero más vale prevenir que curar.

—Hola —responde el padre de Sienna, estrechándome la mano —. William Gardner. Encantado de conocerte. Mi mujer me ha dicho que me vas a ayudar con los muebles de Sienna.

—Por supuesto —digo, mirando a mi compañera de piso—. Como invitado, es un placer hacerlo, ¿no es así?

Los ojos de Sienna se entrecierran e intuyo que le gustaría pegarme un puñetazo en plena jeta. Pero va a tener que tragarse las pullitas.

Al fin y al cabo, estoy fingiendo ser mi hermana y mi hermana está fingiendo ser yo.

Madre mía, qué percal. Todo esto es culpa de Sienna. Espero que ninguno de mis colegas se entere de esto. Se burlarían de mí hasta mi último día en el campus, y todo por acceder a salvarle el culo a Sienna. Después de todo, solo la conozco desde hace unas semanas. Si por ellos fuera, ya me la habría tirado.

Sacudo la cabeza. Estos pensamientos están completamente fuera de lugar ahora mismo.

—Entonces nos ocupamos nosotras de las cajas —dice Sienna —. Acabaremos enseguida, papás, y seguro que estaréis tan cansados que querréis iros directamente a vuestro hotel en Chicago.

Su desesperación es tan evidente que no puedo evitar sonreír. Tal vez debería jugar yo también y vengarme de ella, aprovecharme de la situación. Porque, al parecer, no hay nada que intimide más a Sienna ahora mismo que el hecho de que sus padres se quieran quedar en casa durante un tiempo.

—Casi suena como si quisieras deshacerte de tus padres —digo indignado, alzando las cejas—. No les hagas ese feo, Sienna.

Sienna frunce los labios y aprieta los puños. Claro que quiere deshacerse de sus padres, porque tiene miedo de que se lo cuente todo.

—Eso no es cierto —responde ella, cruzándose de brazos—. Nunca querría deshacerme de vosotros. Solo estaba pensando que…

Estoy a punto de decirle que es mejor que deje de pensar por hoy, pero creo que sería ir demasiado lejos.

—Bueno, me refiero a que cuanto antes empecemos, antes acabaremos, y antes podremos pensar qué hacer el resto del día.

Sienna me lanza otra mirada malvada, mientras Phoenix me sonríe.

—Qué bien que estés aquí, Phoenix —dice la madre de Sienna —. Estábamos pensando en pedirle ayuda a un vecino para que nos ayudara a cargar con los muebles.

—Sí, siempre es bueno tener un hombre en casa —digo, mientras le guiño un ojo a Sienna—. ¿Dónde ha aparcado, señor Gardner?

—En casa, sí —contesta Sienna, con malicia—. En un apartamento, no sé yo…

Estoy a punto de levantar las cejas, pero lo dejo pasar. Mi impresión coincide ahora con lo que me contó los primeros días. Sus padres no parecen saber lo que motiva a su hija, pero eso no tiene por qué ser malo. Mi madre tampoco sabe todo lo que hago. De hecho, es mejor que no lo sepa, porque entonces se preocuparía. Ya tiene suficiente con el comportamiento de mis hermanas.

Madison está completamente fuera de control y ahora le va el rollo gótico. Dios, hasta se ha teñido el pelo de negro. ¡Era rubia, como yo! Casi me desmayo la última vez que la vi. Y Phoenix aún no se ha puesto las pilas con la universidad. Mamá intenta convencerse de que lo de Madison es solo una fase. Después de todo, está a punto de cumplir dieciséis años. Cuando Phoenix tenía dieciséis, se hizo un *piercing* en el ombligo y nunca veía lo cortas que eran sus faldas, ni lo mucho que enseñaban sus escotes. Lo de Mad parece casi mejor. Cuando yo tenía la edad de Madison, nuestro padre murió y me sumergí en el fútbol para no tener que asumir su muerte. Ahora solo lidio con su pérdida de manera esporádica, aunque odio admitirlo. Comenzamos un programa de terapia familiar cuando sucedió, pero ayudó a mis hermanas y a madre más de lo que me ayudó a mí.

No podía conversar con la psicóloga. Tenía dieciséis años cuando murió mi padre. Diecisiete cuando empecé la terapia. Mi padre lo era todo para mí: era mi héroe. Me resultaba incomprensible que una desconocida quisiera saber cómo me sentía y decirme cómo mi madre, mis hermanas y yo debíamos afrontar nuestra pérdida. Así que boicoteé la terapia y dejé de ir. Mamá, Phoenix y Madison la terminaron por su cuenta. Además, creo que la pérdida de nuestro padre me dolió más a mí que a mis hermanas. Yo

era mayor que ellas y su único hijo. Puede que parezca una tontería, pero como mi padre estaba en el Ejército y nuestra residencia familiar permanente estaba Chicago, no pasaba mucho tiempo con él. Las tropas estaban desplegadas la mayor parte del año. Así que me alegraba mucho cuando por fin volvía a casa. Hacíamos deporte juntos, venía a verme jugar al fútbol siempre que podía y hasta me enseñó a conducir. La última vez que lo llamaron para servir a nuestro país debería haber sido también su última misión allí. Después de eso, lo habrían destinado a Chicago y se habría quedado con nosotros para siempre.

Aparto los pensamientos sobre mi padre y me centro en el presente.

—¿Nos ponemos con ello? —dice Sienna, irrumpiendo en mis pensamientos.

Se la ve molesta, así que asiento, aún algo distraído por mis emociones.

—He hecho una lista de todo lo que hay en el coche y en qué orden debemos subirlo a casa para que Sienna, Denver y yo podamos guardarlo inmediatamente. Así evitaremos el caos —explica la madre de Sienna.

Mi mirada sale disparada hacia mi hermana, que ha captado la locura de la madre de Sienna, al igual que yo, y luego se dirige hacia la propia Sienna, que se avergüenza claramente del comportamiento de su madre. Cuando me cruzo con su mirada, sus mejillas se tiñen de un rojo intenso. Por otro lado, nos viene bien que la madre lo haya planeado todo. Menos trabajo para nosotros.

—¿Y lo único que tenemos que hacer nosotros es cargar con todo esto? —pregunto, refiriéndome a su padre y a mí.

El padre de Sienna asiente secamente.

—¡Genial! —contesto.

—Vamos abajo a por los muebles y a prepararlo todo —dice su madre.

Sigo a su padre fuera de la cocina y escaleras abajo, fuera del apartamento.

—¿Y tú también pasas mucho tiempo con Sienna? —pregunta.

Le miro y pienso en lo que voy a decir. Por un momento temo que se huela que les hemos mentido, pero la verdad es que el señor Gardner parece muy tranquilo.

—Sí —le digo con calma—. Vive con mi hermana y solemos quedar en el piso.

—¿Qué estudias, Phoenix?

—¡Ciencias del deporte, señor!

—Oh, ciencias del deporte —responde, lanzándome una mirada de aprobación.

Sus ojos se deslizan por mi cuerpo y finalmente se posan en mi cara.

—¿Juegas al fútbol, chico? —dice, señalando mi sudadera.

Yo asiento con la cabeza.

—¿En qué posición?

—Soy *quarterback*.

—Oh, *quarterback* —murmura, y juntos salimos del edificio de apartamentos y caminamos hacia la furgoneta blanca—. ¿Te gustaría llegar a la NFL?

—Sí —le respondo, radiante—. Quiero apuntarme al *draft*[1] para la liga dentro de un año y medio.

—La NFL es dura, chico —dice, y yo asiento con la cabeza—. En comparación, la universidad es un juego de niños. Si no te eligen en primera ronda, probablemente empezarás en el banquillo. Y ni siquiera entonces tendrás asegurado tu carrera. La mayoría de los equipos buenos seleccionan a su *quarterback* titular pensando en el futuro.

—Sí, lo sé —le contesto, y él abre el maletero de la furgoneta —. ¿Le gusta el fútbol?

—Sí.

Se le ilumina la cara y me sonríe. Está realmente interesado en este deporte, y eso me complace enormemente. Luego, continúa.

—Mi hijo Lawrence jugaba cuando estaba en el instituto.

Recuerdo que Sienna me dijo que era fruto de una relación anterior de su padre. Al parecer, no habla mucho con él y puede contar con una mano las veces que lo ha visto en su vida.

—¿Y después de eso no quiso seguir? —pregunto con interés.

Conozco a unos cuantos chicos que lo dejaron después del instituto. Las plazas en los equipos universitarios están muy disputadas y las becas no son fáciles de conseguir. Muchos no tienen suficiente talento o simplemente no quieren dedicarse profesionalmente al deporte. La mayoría disfrutan mientras están en el instituto, pero después sus planes acaban tirando por otro camino.

—Su madre, mi exmujer, pensaba que no merecía la pena.

El padre de Sienna parece triste. Su expresión se vuelve más firme, y puedo ver lo duro que debe haber sido para él tener que ceder a los deseos de su exmujer. Después de un instante de silencio, añade:

—Quería que estudiara algo con más salidas.

—Es una pena —digo, ayudándole a sacar los paneles exteriores de las estanterías de Sienna de la furgoneta—. Mis padres siempre me han apoyado, y mi madre y mis hermanas vienen a mis partidos siempre que pueden.

—Es bonito que te apoyen. Me habría encantado hacer lo mismo con Lawrence —dice, suspirando—. Por desgracia, Esther y yo solo pudimos tener una niña. Y Sienna apenas puede distinguir un balón de fútbol de un huevo enorme.

Me río a carcajadas, como si no pudiera contenerme. Sienna dejó claro desde el principio que no le interesaba el fútbol. Hace unos días, vimos la repetición de uno de mis partidos de la temporada pasada, y en otro momento me pilló analizando las posibles rutas[2] para un partido, pero no parecía conocer las reglas. Además, no me dejaba concentrarme, porque no paraba de interrumpirme. No sabía de cuántas posesiones del balón dispongo antes de que termine una jugada, o por qué un gol de campo vale tres puntos, mientras que el punto extra después de un *touchdown*[3] solo vale uno, aunque ambos los efectúe el pateador. Intenté explicárselo todo, pero al final lo único que entendió fue que hay dos equipos y que es un deporte muy violento. Me encantaría decírselo a su padre, pero tengo miedo de que se den cuenta de la trola de Sienna.

Este finde, jugamos en casa y me encantaría que ella viniera al estadio con Phoenix. Aún no se lo he pedido, porque estoy seguro de que me soltará alguna excusa, y eso me estresa.

—Sienna está aquí para estudiar, no para ver el fútbol —respondo en su lugar, y el señor Gardner asiente.

—Claro que sí —dice, mirando a lo lejos un momento—. Nos costó mucho aceptar que se mudara, sobre todo a mi mujer, pero Sienna tiene que seguir su propio camino. Hacer nuevos amigos y experimentar cosas por sí misma.

—¿Así que no quiere llevársela de vuelta a Montana? —pregunto.

—¿Yo? —se ríe—. Mi mujer seguro que sí, pero yo, no. Ahora tengo un cuarto para mis *hobbies*, porque Sienna ya no ocupa la habitación del sótano.

Su padre parece más simpático cada segundo que pasa y no tan aburrido y estricto como Sienna lo describía. Pero siempre vemos a nuestros padres de una forma distinta a la de los demás. A mí me parece un hombre muy amable y abierto de mente. Pienso en lo bien que se habría llevado con mi padre y entonces sonrío. Quizá también se llevaría bien con John, el novio de mamá, aunque hay algo en mí que me impide aceptarlo del todo. Todavía me resulta imposible imaginármela con otro hombre que no sea mi padre. Y eso es algo que le he dejado muy claro a John. Nuestras conversaciones en los últimos tres años han sido casi nulas. Habría preferido que mamá hubiera esperado un poco más tras la muerte de papá. Hemos discutido muchas veces sobre ese tema, y mis hermanas han intentado hacerme ver que no depende de mí. En el fondo, sé que hace feliz a mi madre. Llevan tres años juntos, viviendo en su casa y construyendo una vida juntos. Mi madre nunca olvidará a mi padre, aunque solo sea porque tiene tres hijos con él. Además, mi madre tenía cuarenta y pocos años cuando enviudó. No quiero que esté sola durante los próximos treinta o cuarenta años, solo porque me cuesta imaginarme que rehaga su vida con otro hombre.

—Me imaginaba una respuesta distinta —le digo con sinceridad.

—¿Porque creo que mi hija debe crecer y vivir su propia vida? —pregunta, mientras niega con la cabeza—. No quiero que Sienna se mezcle con quien no toca y se meta en problemas, pero tiene diecinueve años y aquí parece feliz.

—Sí, lo es —digo con una sonrisa.

De hecho, Sienna no ha parecido infeliz ni una sola vez en las últimas semanas. Bueno, me ha dicho alguna vez que la carrera la estresaba y que necesitaba centrarse, pero nunca la he visto pasarlo mal. Siempre se le iluminan los ojos cuando habla de sus estudios. De hecho, muchas veces me han entrado ganas de preguntarle si estábamos hablando de lo mismo.

—Bueno, ¿subimos las piezas y montamos la estantería? —pregunto.

—Sí, parece que eso es lo que ha decidido mi mujer —dice entre risas y se vuelve hacia mí—. Entonces, dime, ¿hay algún equipo al que quieras unirte, Phoenix?

Reflexiono un momento sobre su pregunta. Me encantaría que me seleccionaran los Chicago Eagles. Así podría quedarme en mi ciudad natal y estar cerca de mis hermanas y mi madre. Pero la NFL no es un pozo de los deseos, y el *quarterback* de los Eagles no parece que vaya a decaer por el momento. En cambio, me preocupa tener que irme a Florida o a Nueva York.

—No me hago ilusiones con la idea de irme a Chicago, con los Eagles —respondo, encogiéndome de hombros—. Aunque me encantaría. Así estaría cerca de mi familia.

El padre de Sienna asiente, en señal de comprensión. Entramos al portal y subimos las cosas al piso de arriba. Allí nos reciben Sienna, su madre y Phoenix.

—Por aquí —nos dice la señora Gardner, mientras yo miro a Sienna.

No sé si se siente cómoda con el tono de su madre. Después de todo, es ella quien debería escoger cómo organizar su habitación.

—Quiero la estantería en este rincón —dice, y vuelvo a mirar a Sienna.

No sé qué espero de ella. Quizá una confirmación de que le parece bien, pero ella permanece en silencio. Casi indiferente, como

si se hubiera cansado de rebatirle a su madre.

—Quizá habría que mover el escritorio y la cama.

Vuelvo a mirar a Sienna, pero de nuevo, no contesta. Se queda de pie en medio de la habitación, absorta en sus pensamientos y dando rienda suelta a su madre. La Sienna que está aquí y la Sienna que he conocido en las últimas semanas no coinciden en absoluto. Mi Sienna no es una ratoncita tímida que lo aguanta todo sin rechistar. Joder, si es ella la que les enseña la puerta a mis ligues de una noche, quien se atreve a echarme la bronca y quien deja a Darren por los suelos cuando le vacila. No me gusta nada verla así.

—¿Os apetece algo de beber? A mí sí —dice Sienna.

En un abrir y cerrar de ojos, desaparece de su habitación, antes de que podamos siquiera responder.

—¡Ah, Denver!

Levanto la cabeza para contestar a la madre de Sienna, pero entonces recuerdo que ahora soy Phoenix. La sargento continúa:

—¿Qué te parece si colgamos más cortinas de las que hemos traído?

Miro a Phoenix, que está de pie, un poco incómoda junto a la madre de Sienna y me aclaro la garganta.

—Ahora vuelvo... —murmuro—. Tengo que ir un segundito al baño.

Salgo de la habitación de Sienna y miro alrededor del salón.

—¿Sienna? — la llamo suavemente—. ¿Dónde estás?

Al darme la vuelta, veo que la puerta de mi habitación está entreabierta. Suspiro, voy hacia ella y llamo.

—Hola —susurro y entro—. ¿Estás bien?

Está sentada en mi cama, bastante ida, con los brazos levantados.

—No lo sé —suspira—. Me había olvidado de que venía, pero…

Se detiene en seco. Aprovecho para acercarme a ella y me siento a su lado. Sienna me mira de reojo y luego fija la vista en sus pies.

—¿Tu madre siempre es tan...? —digo, mientras pienso en cómo expresarlo con palabras. No creo que *plasta* sea la palabra apropiada—. ¿Entusiasta?

—Sí —dice, poniendo los ojos en blanco—. Y no estará satisfecha hasta que la habitación esté como a ella le gusta. Porque cree que así también me gustará.

—Pues dile que no te gusta —sugiero—. Y que no puede cambiarlo todo de sitio.

—Sí, claro, así funcionan las cosas. Estás de coña, ¿no?

Sienna me mira como si estuviera loco. A diferencia de su padre, su madre parece bastante coñazo. Espero que se vayan pronto. No me gusta nada esta Sienna. Parece intimidada e indefensa. Cada vez entiendo mejor por qué quería poner tanta distancia entre ella y su madre como fuera posible. Tal vez habría estado mejor en Florida. La Sra. Gardner no podría llegar hasta allí en su furgoneta, al menos no tan rápido como a Illinois.

—Claro que hablo en serio, y si no le hubieras mentido, la habría echado ya.

—¡No te atreverás! —grita ella, con los ojos muy abiertos—. No puedes echarla. ¡Es mi madre!

—Bueno, está claro que no puedo, porque ahora resulta que es Phoenix quien vive aquí.

Le guiño un ojo y me pongo de pie. Motivado, doy una palmada y me acerco a ella.

—Vamos —le digo en voz baja—. Acabemos con esto.

—Gracias, Denver —sonríe ella—. No estás obligado a ayudarme.

—No quiero perder a mi cocinera ni a mi ama de llaves —contesto, indignado, y ella me lanza una mirada tan venenosa que casi me da la risa—. Venga, es broma, sabes que no pienso eso de ti.

—Espero que no —refunfuña Sienna.

Entonces ella se levanta y pasa por mi lado. Yo la agarro del brazo y tiro ligeramente de ella hacia atrás. Sienna se tropieza y cae en mis brazos. Su cuerpo se choca con el mío y disfruto de la agradable sensación de sus dulces pechos presionando mi torso. En general, me gusta todo de ella, en especial su tacto.

—Sienna —digo, suspirando—, he tenido muchas oportunidades de librarme de ti. Si hubiera querido hacerlo, ya no

estarías aquí. He sobrevivido todos estos años de uni sin tu ayuda.

Noto que tiene que contener una sonrisa y entrecierra los ojos.

—No sé, Sr. Jones —se ríe entre dientes—. Puede que tus intenciones sean otras…

En ese momento, el poco sentido común que quedaba en mi cerebro se desvanece. No es que Sienna sea la única que se pasa por mi cabeza, pero desde luego tampoco la alejaría de mi cama. Sería tan fácil inclinar la cabeza hacia ella y besarla… Apretar mi boca contra la suya y probar su sabor por primera vez. Me arriesgo a mirar hacia la cama durante un segundo, y entonces recibo un golpe en el pecho. Supongo que ha sido demasiado obvio.

—¡Denver Jones! —grita Sienna, con las manos en las caderas —. ¡Eres un guarro!

—¿Y qué? —le pregunto, con una sonrisa—. ¿No eras tú la que disfrutaba del sexo?

Sienna quiere hacerse la indignada y lanzarme lo primero que pille, pero la ignoro y salgo de la habitación, decidido a escapar.

---

[1] *N. de la T*. Así se denomina a la fase de selección de los jugadores que pretenden ser profesionales en ciertos deportes, como en baloncesto (para la NBA) o, en este caso, el fútbol americano y la NFL.

[2] *N. de la T*. Así se denomina a los patrones o esquemas que siguen los jugadores dependiendo de su posición en el campo y que les permiten ejecutar ciertas jugadas.

[3] *N de la T*. En español, se conoce como «ensayo» a la forma básica de anotación en el fútbol americano, donde el jugador que lleva el balón cruza el plano de la zona de anotación (e inglés, *end zone*), o cuando un receptor captura un pase dentro de esa misma zona.

8

Sienna

Me alivia que mis padres se fueran unos días después y no se llegaran a enterar de que Phoenix no es Denver. Mi madre insistió en llevarnos a cenar, pero le dijimos educadamente que no hacía falta. Espero de todo corazón que no vuelvan a Lincoln en los próximos meses. Si no, tendré que decirles la verdad o seguir sacándole el jugo a esta mentira piadosa.

No me resulta fácil mentir a mis padres, pero si me cierran el grifo para el alquiler, no solo me quedaré en la calle, sino que tendré que dejar la carrera, porque es difícil estudiar para los exámenes cuando vives debajo de un puente.

Entro en el aula de la universidad y busco una cara conocida. Tengo clase de gestión empresarial cada dos semanas. La materia es sencilla y me resulta interesante, aunque los profesores son muy exigentes y tengo que leerme tochos interminables.

En una mesa de la primera fila, reconozco a Millie. Coincidimos en otras clases, pero nunca me he sentado a su lado. No me parece alguien que se acerque a los demás por sí misma. Es muy tímida.

—Hola —le digo cuando llego a su mesa—. ¿Puedo sentarme aquí?

Sorprendida, levanta la vista y se ajusta las gafas. Hay que reconocer que la palabra «sexy» no es la primera que te viene a la mente cuando la ves. Su sencilla blusa rosa y sus vaqueros combinan con sus gafas y su trenza, que lleva apartada a un lado de la cara; un recogido muy austero. No lleva maquillaje, pero no lo necesita. Tiene unos ojos marrones brillantes, mejillas sonrosadas y una piel absolutamente perfecta. Otras chicas matarían por esa belleza natural, o se gastarían miles de dólares en tratamientos y productos.

—Claro que sí —dice, sorprendida, mientras deja la mochila en el suelo—. Siéntate.

—Gracias.

Me siento, saco el MacBook de la funda, una libreta, un bolígrafo y mi móvil.

Aunque es de apariencia modesta y se muestra tímida frente a los demás, en el tema de las tecnologías no se queda corta. Tiene un MacBook de última generación, y el último modelo del iPhone, que tiene tres cámaras.

—Millie, ¿verdad? —le pregunto.

Ella asiente, lo que hace que se le caigan las gafas. Yo me río.

—Lo siento —dice—, no pueden estarse quietas.

Millie se sube las gafas y vuelve a sonreírme, antes de seguir:

—Y tú debes de ser Sienna, ¿no?

—La misma. Tenemos algunas clases juntas.

La expresión de Millie se ilumina al escucharme. Parece contenta de que yo también me haya dado cuenta de que coincidíamos.

—¿Eres de Chicago?

Sorprendida por lo habladora que parece de primeras, niego con la cabeza.

—Soy de Ellsworth, un pequeño pueblo cerca de Helena, Montana —le explico—. ¿Y tú?

—Yo soy de Mineápolis.

—Oh —digo, alzando las cejas—. Allí hace frío, ¿eh?

Millie se ríe y asiente.

Abro mi MacBook y lo enciendo. Aún no he encontrado la fórmula perfecta para tomar apuntes. Me cuesta mucho escribirlo todo a mano, pero me facilita el trabajo a la hora de estudiar. En cambio, cuando escribo en el ordenador, puedo revisar los apuntes más rápido y puedo compartirlos con mis compañeros. Además, así puedo almacenarlo todo en una misma plataforma.

—Bueno —dice Millie de repente, y yo la miro. Todavía me desconcierta que hace unos minutos estuviera como un cervatillo tímido y ahora esté charlando sin parar—. ¿Has conocido a mucha gente nueva?

—A unos cuantos —respondo, mirando alrededor de la sala—. Sobre todo a través de mi compañero de piso, ¿tú?

—Más o menos —murmura, jugando con su bolígrafo.

Parece nerviosa e incómoda con su respuesta. Pero no tiene por qué estarlo. Sé muy bien lo difícil que es hacer nuevos amigos. De hecho, es la primera persona con la que he entablado conversación que no es amiga de Denver. Millie continúa:

—No se me da muy bien conocer a gente nueva —dice, sonriente, y se encoge de hombros con cierta timidez.

—Bueno, pues ya me conoces a mí —le respondo, sonriéndole abiertamente.

—Sí, así es —dice—. ¿Dónde te vives? A mí me ha tocado una de las últimas habitaciones que quedaban libres en la resi del campus.

No puedo evitar reírme, pensando que ella podría haber conseguido la habitación que yo tanto quería, pero que ya no estaría disponible, y por eso ahora vivo con Denver. Aun así, esta me gusta mucho más y estoy muy agradecida por el error.

—Vivo en uno de los complejos de apartamentos de la calle Abbey —le explico—. Mi compañero de piso figuraba en el registro como compañera, por un error administrativo. Al parecer, todas las habitaciones de la residencia estaban ocupadas y no pude mudarme.

—¿Vives… con un chico? —dice Millie, con la cara blanca, como si le hubieran robado el habla.

—Sí —digo, encogiéndome de hombros—. Lo que oyes, no había otra habitación disponible.

—Ah, vale… ¿Y es simpático?

—Claro —respondo, intentando ser informal—. Denver es bastante guay. Nos llevamos muy bien.

—¿Denver? —dice ella, jadeante—. No te referirás a Denver Jones, ¿verdad?

Millie se ríe histéricamente y no me aparta la mirada, incrédula.

¿Esto va en serio? Quiero decir, Denver tampoco es un dios.

—¿Qué tiene de especial? Todo el mundo lo adora —pregunto, apartándome un mechón de pelo de la frente—. No se lava las manos después de tocarse los huevos, como cualquier otro tío.

Sacudo la cabeza, burlona, mientras Millie se pone roja. Parece que, o no tiene sentido del humor, o no tiene experiencia con los

hombres. Sospecho que es más bien lo segundo.

—¿Qué te gusta hacer? Cuéntame alguno de tus *hobbies* —dice, para cambiar de tema de forma elegante. —Yo estaba pensando en apuntarme al periódico de la uni.

—Pero el periódico de la uni no cuenta como *hobby*, ¿no?

—¿Ah, no?

Me mira confusa y yo niego con la cabeza.

—Pues vaya… —responde, jugando nerviosamente con su bolígrafo—. Quizá podríamos comer algún día.

—Eso tampoco es un hobby, pero me parece guay —respondo, guiñándole un ojo.

Mientras nuestra profesora entra en la sala, vuelvo a mirar a Millie y le dirijo una cálida sonrisa.

Una hora y media más tarde, al salir del aula, estoy agotada. Es como si me hubieran metido un montón de información que no soy capaz de procesar. Por Dios, ¿cómo voy a ponerme al día con todos los apuntes sin dejar de lado mi vida social?

—Ha sido un poco estresante, ¿no? —balbucea Millie a mi lado —. Y ha mandado unas cuantas cositas para la semana que viene. Habrá que hacerlas.

—¿Unas cuantas cositas? —digo indignada—. Espero que no se crea que tenemos el tiempo de leer cincuenta páginas sobre derecho de sociedades y compararlo con los casos prácticos de Amazon y Apple. ¡Mi cabeza no da para más!

Completamente horrorizada, miro a Millie, pero ella ni se inmuta ante mis protestas.

—Podemos hacerlo juntas. Tú lees un texto, yo leo el otro, resumimos la información para la otra y luego escribimos algo juntas.

—Ni siquiera sé si quiero leer uno de los textos —gimoteo, y ella se ríe.

—Vas a tener que hacerlo, Sienna. Cuanto más hagas ahora, menos tendrás que estudiar después.

—Creo que eso es un mito —respondo, suspirando—. Anda, vamos a comer algo primero.

***

Entramos juntas a la cafetería y cada una coge una bandeja antes de ponernos en la cola. Mientras tanto, dejo que mis ojos recorran la gran sala. Aquí, la universidad no dista mucho del instituto. Están los deportistas, las animadoras, los empollones, los músicos y los que van a su bola, porque no necesitan etiquetas. Y luego estoy yo, que nunca me había juntado con deportistas y, de hecho, en el insti los evitaba. Y ahora vivo con el *quarterback*.

Denver se sienta en el sitio de siempre y mira en mi dirección. Levanto la mano y le saludo. Él me devuelve el saludo, y la chica que hoy tiene el honor de besar donde él pisa aprieta la mandíbula cuando le ve saludarme. Eso me saca de mis cabales. Si solo quiere tirársela, ¿por qué siempre tiene que montar semejante espectáculo a plena luz del día? Ya no estamos en el instituto.

—¿Te ha saludado? —pregunta Millie con los ojos muy abiertos.

Ella coge un plato que le ofrece el camarero y yo hago lo mismo.

—Sí —respondo secamente—. Es humano, ¿sabes?

—Mmm... ¿También te llevas bien con sus colegas?

—Define «bien» —respondo, y Millie se sonroja en el acto—. Quiero decir... Sí, conozco a Darren, Julien y Jake.

—Ah, vale —dice, y por su tono no sé si, en el fondo, le da igual o si no sabe qué contestar—. A mí me encanta el fútbol. Tenemos un equipo de la NFL en Mineápolis, los Minnesota Warriors.

—¿Te gusta el fútbol?

La miro con los ojos muy abiertos y pago a la cajera. Habría supuesto que a todo el mundo aquí le gustaba el fútbol, pero a Millie, justamente... Jamás lo habría dicho. A primera vista, no parece una chica aficionada a un deporte tan bestia. De hecho, me la imagino con los ojos cerrados durante todo el partido.

—Sí —dice, con una sonrisa—. Me sé unas cuantas reglas... Es divertido verlo.

—Vaya —gimo—. No me lo esperaba de ti.

—Ya, eso dice la mayoría —se ríe, subiéndose las gafas—. ¿Y a ti, te gusta el fútbol?

—La verdad es que no, pero si a ti te gusta, ve al estadio por mí, anda. Denver tiene muchas ganas de que vaya este fin de semana —digo, bromeando, y luego suelto un largo suspiro.

—Creo que las entradas para el partido se han agotado —responde asombrada—. Yo no pude hacerme con ninguna.

—¿Por qué no vienes conmigo? —le propongo—. Phoenix, la hermana de Denver, estará allí. Será divertido.

—No sé —murmura, insegura, aunque algo me dice que quiere venir—. Ni siquiera me conocen y... ahora voy pidiendo entradas.

—Bueno, eso se puede arreglar. ¡Vamos!

Sonrío e interrumpo lo que estaba diciendo. La agarro de la mano que tiene libre y tiro de ella. Denver estará encantado de conocerla. Después de todo, es mi primera amiga de la uni. Quizá me estoy pasando al llamarla «amiga» ya, pero pronto lo será.

Millie, sin embargo, no se mueve ni un paso, lo que hace que yo también me detenga. La miro, sin entender qué sucede.

—¿Millie? —me dirijo a ella, alzando las cejas—. ¿Vienes?

—¿Pretendes… sentarte con ellos?

—Sí —digo como si nada—. Ya te he dicho que Denver es mi compañero de piso.

—Sí, pero él es... No debería sentarme ahí.

—Respira el mismo aire que tú, caga en el mismo... Bueno, caga en el mismo retrete que yo, y te puedo asegurar que de su boca salen muchas más estupideces que de la tuya. Creo que te llevarás bien con él y con los demás. Son bastante majos.

Sonrío alentadoramente y Millie vuelve a mirarme. Luego dirige sus ojos adonde están sentados los chicos.

—De acuerdo —susurra, y una sonrisa se dibuja en su rostro—. Vamos a comer con ellos.

—Perfecto —digo, sonriendo de forma altiva y me dirijo a la mesa.

Jake me ve primero y le hace un gesto a la chica de la silla de al lado para que se levante. Ella lo mira totalmente indignada y se aparta sus perfectos rizos dorados. En cierto modo, puedo entender

su indignación. No se parece en nada a la chica que sigue pegada a Denver. Al lado de Jake está Darren. Denver y la chica que está a su lado ocupan las sillas de enfrente. Julien y Dan se han sentado cada uno a un lado de la mesa, en la parte más alejada.

—Hola —digo, sonriendo desde la otra parte de la mesa.

Me caen bien los amigos de Denver y me alegra verlos a la hora de la comida. Sorprendentemente, me llevo mejor con ellos de lo que pensaba.

—¿Podemos acompañaros? —les pregunto como si nada.

—Claro que sí —responde Jake, sonriente.

Noto que se pone en modo guarroneo. Pongo los ojos en blanco y le hago un gesto a Millie para que deje su bandeja. Ella hace lo que le digo y se sienta en la silla que Jake ha dejado libre, de modo que ahora está sentada entre él y Darren.

—Ven aquí, Sienna.

Denver acerca una silla de la mesa de al lado y la desliza entre él y su ligue. Levanto las cejas porque no puedo creer que me haga sentarme ahí. Denver, sin embargo, no hace ademán de cambiar nada. Sabe que prefiero evitar el contacto con sus rollos de una noche. La mayoría de las chicas ya sabe que soy su compañera de piso, así que me dejan ver su envidia. Por supuesto, nunca me dicen nada directamente, pero me entero de los cotilleos a mis espaldas y de los rumores sobre Denver y sobre mí. A algunas personas les parece totalmente incomprensible que no haya nada entre nosotros. Ya en el instituto me molestaba ser el centro de atención y que todos fueran rondando mentiras sobre mí, pero aquí estamos.

—Antes de que se me olvide —digo, enderezando mi silla y girándome hacia mi nueva amiga—. Esta es Millie. Millie, estos son Denver, Jake, Darren, Julien y Dan.

Guardo silencio porque no me sé los nombres de las chicas.

Luego veo que Phoenix se acerca a nosotros, acompañada de Joy.

—¡Hola, chicos! ¿Todo bien?

Con una confianza admirable, Phoenix acerca una silla para ella y Joy a nuestra mesa y se sienta. Phoenix lleva el pelo rubio recogido en una coleta alta. Para mi sorpresa, lleva una sudadera

con capucha del equipo de fútbol, que le queda al menos dos tallas más grande. Me pregunto si será de Jake. Me tengo que reír. Unos vaqueros grises y unas zapatillas negras son el toque final de su *look*. Phoenix está, como de costumbre, sin maquillar. Joy, en cambio, se ha hecho la raya y se ha maquillado el ojo de una forma muy sexy. Luce, como siempre, las puntas de un precioso color turquesa. Lleva una camiseta blanca, unos sencillos vaqueros pitillo y unas zapatillas blancas. Me alegro mucho de verlas a las dos.

—Hola —les digo—. Phoenix, Joy, esta es Millie.

—¡Hola! —dicen al unísono, y Millie responde tímidamente.

Para ella, esta situación debe ser como entrar en otra dimensión. Para ser sincera, para mí también lo sería, si no fuera la compañera de piso de Denver y no conociera ya a todo el grupito. Phoenix y Joy se enfrascan directamente en la conversación en la mesa.

—Sienna, ¿vas a venir? —me pregunta Joy y yo la miro, curiosa.

—¿A dónde?

—A la fiesta de esta noche —responde Joy, apartándose un mechón de pelo de la frente—. ¡Veeenga, que va a ser la hostia!

—No tiene tiempo —interviene Denver, antes de que pueda responder—. Seguro que tiene que estudiar.

Le miro indignada. Por lo visto, soy la única persona de la mesa, a excepción de Millie, que se toma en serio sus estudios. Aunque, después de la clase de gestión empresarial de hoy, tampoco es que vaya muy al día. La profesora tiene que estar un poco tocada de la cabeza si se cree que me voy a leer todo lo que nos manda.

—Ah, perdona… Siento no tener la vida solucionada, señor *quarterback* —contraataco.

—No finjas que me tienes envidia —replica él, sonriéndome con picardía—. Y por cierto, la señora de la limpieza que tenemos no se paga sola… ¿O eso también me lo solucionas tú?

—¡Uooooo! —grita Darren, entre risas—. ¡Punto para Denver!

—Cállate un rato —rechisto—. Y tú cállate un mes.

Esta vez apunto con el tenedor a Jake, que inmediatamente levanta los brazos. Luego se gira a mi amiga y le pregunta:

—¿Te gusta el fútbol, Millie?

Ella se sonroja de inmediato, ya que es probable que no se esperara ser el centro de atención. Parece como si prefiriera que la tierra se la tragase para no tener que contestarle.

—Un poco —dice ella, mientras pincha pequeñas cantidades de comida—. Es un deporte que me toca de cerca.

—Pero no ha podido conseguir entradas para el partido del sábado —interrumpo—, así que le he ofrecido la mía.

Denver me lanza una mirada inquisitiva y yo me encojo de hombros.

—Ya te he dicho que no puedo aceptarlo —dice Millie, negando con la cabeza—. No pasa nada si no voy.

Solo un idiota con los ojos vendados podría ignorar las ganas que tiene de ir.

—Venga, no digas tonterías —interviene ahora Darren, sonriéndole.

Millie le devuelve la mirada y sus mejillas se tiñen de un tono más oscuro. Luego, Darren dice:

—Te conseguiremos otra entrada.

—No —dice Millie, haciendo aspavientos—. No hace falta, de verdad.

—No es para tanto. Nos dan a cada uno una serie de entradas. A mí me quedan unas cuantas.

—¿Ves? —digo con una sonrisa, señalando a Millie—. Ahora ya tienes entrada.

Ella sigue sin sentirse cómoda con todo esto, pero ni los chicos ni yo estamos dispuestos a ceder.

—Gracias —susurra, sonriendo tímidamente a Darren.

Él asiente despreocupado y vuelve a centrar su atención en la conversación de la mesa.

—¿Podemos volver a hablar de la fiesta? —pregunta Joy, mirándome—. ¿Vienes o no?

—Yo…

—Va a venir —dice Denver, decidiendo por mí.

Mi cabeza da un respingo y le miro directamente a los ojos. Parece estar completamente satisfecho de sí mismo después de

haber metido semejante triple. Aunque sabe perfectamente que no quiero ir y que tengo una clase importante por la mañana. Como le parece poco, va y añade:

—Y no se admite discusión.

Los chicos se ríen y Phoenix y Joy tampoco pueden contenerse.

—¿Qué? —preguntamos Denver y yo, mirándolos.

—Joder, tío —dice Jake, poniendo los ojos en blanco—. Deberías haber visto la forma en que Brittany y Tiffany se han largado, pensando que Denver solo tenía ojos para ti.

Al menos ahora sé sus nombres. Intento ignorar el resto de la frase de Jake, pero no puedo. Todos me miran, *nos* miran.

El calor se dispara en mis mejillas. La atención me hace sentir incómoda. Denver sigue mirándome, sonriendo, y me rodea con el brazo.

—Ese era mi plan —dice con suficiencia—. Sienna es la coartada perfecta para que otras tías se piquen.

Pongo los ojos en blanco y le aparto el brazo de un manotazo.

—Quítame las manos de encima —farfullo, pero él no se inmuta y tira de mí para acercarme a él—. ¡Joder, Denver!

9

Sienna

Un mes más tarde.

Llevo más de un mes estudiando en Lincoln y ahora sé que tengo muy buenas amigas: Millie, Joy y Phoenix, y el mejor compañero de piso que podría haber pedido, Denver. Nos llevamos genial y nos divertimos mucho juntos. El temor que tenía de llevar yo sola las riendas de la casa, mientras que él se quedaba de brazos cruzados, no se ha cumplido. Al contrario, siempre nos ayudamos y es un tío bastante decente. Por supuesto, a veces discutimos y hay temas en los que estamos completamente en desacuerdo. Denver tiene la terrible costumbre de beberse por la tarde el café que le sobra por la mañana. Frío y con la leche rancia. Le he dicho cientos de veces que la leche rancia puede acumular bacterias. Por otro lado, él odia que repase en voz alta mi horario para el día siguiente, aunque lleve semanas haciéndolo.

Desde que Denver me ha aceptado de manera oficial en su grupito, me he hecho buena amiga no solo de las chicas, sino también de sus colegas. Me llevo especialmente bien con Jake, cosa que Denver no siempre aprueba. A veces incluso creo que está celoso de él. Jake también estudia economía, y cuando está con nosotros, la conversación enseguida se encauza hacia lo que él vivió en los cursos pasados, y que ahora me toca vivir a mí. Entonces Denver no sabe qué decir y acaba aclarándose la garganta en voz alta para recordarle a Jake que ha venido a verle a él y no a mí.

Para mí no tiene sentido que esté celoso, si es que realmente lo está. Es obvio que Jake es un tipo atractivo, pero no es mi tipo en absoluto. Además, si yo tuviera algo con Jake, eso no facilitaría la convivencia en el piso. Lo mismo digo de Darren, Julien o Dan. Denver siempre me da la impresión de que no quiere que esté mucho rato con sus colegas. Interrumpe nuestras conversaciones

más a menudo de lo necesario, no nos deja divertirnos a solas, solo dentro de los límites de una amistad platónica y suele impedir que me siente entre ellos. Incluso cuando uno de ellos se acerca y me sonríe, se pone tenso. Y se le nota aún más cuando salimos de fiesta o quedamos en algún lado.

Denver sigue dando rienda suelta a la terrible costumbre de llevar la menor cantidad de ropa posible en casa. Sobre todo en la parte superior del cuerpo. La forma en que se mueven sus músculos cuando camina hace que se me caiga la baba. Se contraen ligeramente, y yo me imagino lo que sentiría si pudiera acariciarlos con los dedos. Me imagino la forma en que se tensarían o en la que su cuerpo se estremecería si recorriera sus abdominales con mi lengua. Se le pondría la piel de gallina. Sí, creo que Denver está increíblemente bueno y pienso en él demasiado a menudo… Más de la cuenta.

Dios, ¿en qué estoy pensando? Denver es mi compañero de piso y mi amigo. Durante más de un mes, he estado resistiéndome a estos pensamientos intrusivos, y no me ayudan a relajarme cuando estoy cerca de él. Sobre todo porque, en el tema del sexo, no se queda corto. El número de chicas que se ha traído al piso es tan alto que no estoy segura de si habrá engendrado ya algún hijo o será portador de una ETS. Casi todos los fines de semana, y a veces entre semana, viene una nueva. Nunca recuerdo sus nombres. Ni siquiera me molesto ya en acompañarlas hasta la puerta y explicarles de pasada que solo soy su compañera de piso. Cada vez menos chicas piensan que soy su novia. Se ha corrido la voz de que el *quarterback* vive con una rubia. Además, imagino que su novia nunca se sentaría tranquilamente en la mesa del comedor a ver salir por la puerta a su ligue de una noche.

Asqueada, aprieto los labios. Tengo que dejar de pensar en Denver Jones, el tío bueno y empezar a pensar en él como un amigo. La atracción que siento por él es platónica. Pero eso no es nada fácil, sobre todo porque a veces me mira como si no se negara a que hubiera algo más entre nosotros. Lo he visto, no me lo estoy imaginando. Estaría bastante ciega si no me diera cuenta de que no para de mirarme el culo.

—¡Sienna! —me grita Phoenix en la cara y yo me sobresalto—. ¿En qué piensas?

Phoenix, Joy y yo hemos quedado para cenar en un restaurante cerca del campus. Es un típico *diner*[1] estadounidense con mesas plateadas y bancos rojos brillantes. El mostrador es blanco y los taburetes de la barra están colocados a intervalos regulares delante de él, cubiertos de un cuero rojo brillante, a juego con los bancos. En las paredes predomina el *merchandising* de los Chicago Eagles, el club de la NFL de la ciudad de Chicago, y de los Lincoln Tigers. La camiseta de Denver está en la pared, lo que me enorgullece. Me alegro de que tenga tanto éxito en el mundo del deporte y de que vaya a cumplir su sueño.

—¡En tu hermano! —chilla Joy, mordiendo una patata frita—. ¿A que sí?

Avergonzada, cojo mi refresco y no contesto. No ha pasado nada entre Denver y yo. Solo somos amigos.

Además, tiene una vida sexual tan completa que no me necesita para eso.

Abro la boca para contestar, pero entonces Millie se acerca a nuestra mesa.

—¡Hola, chicas! —dice, sentándose a mi lado, sin aliento—. Siento llegar tarde.

—¿Estabas ocupada comparando las diapositivas con tus apuntes? —dice Joy, burlándose de ella.

Phoenix y yo nos reímos. Millie es, sin duda, la más empollona de nosotras y la más lista. No le hace falta pegarse semejantes palizas. Aunque solo estudiara la mitad que yo, sacaría mejores notas. Se le da muy bien la economía.

—No tiene gracia —refunfuña, pasándose uno de sus mechones castaños por detrás de la oreja—. ¿De qué estabais hablando?

Me alegro de que se haya vuelto mucho más abierta en las últimas semanas. Por supuesto, sigue siendo tímida en momentos puntuales, pero poco a poco se le está pasando. A veces incluso dice palabras como «coño» o «follar». Teniendo en cuenta que, cuando

hablamos por primera vez, pensaba que Denver era un semidiós, hemos avanzado bastante. Además, a mí me gana en otro aspecto, y es que es superfán del fútbol americano. Millie conoce todas las posiciones, todas las jugadas, y a veces incluso puede predecir la jugada de Denver. En un momento dado, admitió que le encanta el fútbol.

—De Sienna, que sueña despierta con Denver —dice Joy con una sonrisa, y yo pongo los ojos en blanco.

—Yo no sueño con Denver —aclaro—. Yo...

—Sí, ya sé lo que vas a decirme —responde Joy, levantando las manos—. Que no te parece que esté tan bueno y que no mojas las bragas por él.

Mis amigas saben que no es verdad, pero no quiero hablar de eso ahora. Y menos cuando su hermana pequeña está sentada en la mesa, mirándome fijamente. Phoenix nunca ha dicho abiertamente que le moleste que sus amigas se interesen por Denver, pero me doy cuenta de que se pone rígida cuando sacan el temita. Por desgracia, últimamente hablan mucho de Denver y de mí. Joy opina que creo que está bueno y que quiero tirármelo. Millie, por otro lado, tiene un enfoque mucho más sensato. Dice que es obvio que me gusta Denver y que sueño despierta cada vez que hablamos de él. Aunque nunca lo diga de una forma tan bestia como Joy, el mensaje es el mismo: ¡Me gusta Denver!

Aun así, me cuesta admitir mis sentimientos. Me gusta, sí, y disfruto mucho pasando tiempo con él. Cuando vuelvo a casa de clase por la tarde, me alegro de que esté allí, o me sorprendo a mí misma dejando la puerta de mi habitación un poco abierta mientras estudio para oírle llegar a casa. Cada vez pasamos más tardes juntos. Las dos primeras semanas pasé mucho tiempo en mi habitación, pero Denver me saca cada vez más. Cenamos juntos y vemos una película. Tonteamos mucho y... y luego están esos pequeños gestos que hacen que mi corazón lata más deprisa. Cuando su brazo roza el mío en el sofá, o me acerca a él, sonriente, para cantarme de coña alguna nana para que me duerma. Pero también está el otro Denver Jones, el *fucker*[2], el rompecorazones, el

quarterback. No me gusta esta parte de él, ya que implica que jamás tendremos nada, porque en ese caso, tendría que renunciar a la libertad de estar soltero.

No sé cómo tomarme las miraditas de Phoenix. No sé si es solo que le cansa el tema o si sabe que es verdad y no lo aprueba. Ya en el instituto, Denver sería un imán para las chicas y muchas solo querrían ser amigas de Phoenix para acabar en su cama. Es comprensible que esto le haya dejado huella a lo largo de los años. En cuanto a Joy y Millie, hace tiempo que entendieron que Denver me cae mejor que bien.

Mientras Phoenix guarda silencio y Millie intenta poner la mejor cara posible, Joy, bueno... Es Joy, qué se le va a hacer. Siempre suelta grandes verdades, pero las que nadie quiere oír.

—Sienna y Denver, ¿eh? —dice Phoenix entre risas, y pone los ojos en blanco—. Menuda tontería…

No parece que esté en su radar. Mejor, la verdad.

Joy y Millie levantan las cejas de inmediato.

—La única razón por la que aún no se han acostado es porque no quieren poner en peligro su amistad —dice Joy, metiéndose otra patata frita en la boca como si estuviéramos hablando del tiempo.

Es un caso, pero no está del todo equivocada. Aun así, me pregunto si es necesario que hablemos sobre si Denver y yo nos acostaremos alguna vez.

—No olvides todos sus líos de una noche… —añade Millie—. Espero que no tenga una ETS.

Joy y yo resoplamos, mientras Phoenix pone los ojos en blanco y se tapa los oídos durante unos segundos.

—Eso es asqueroso —dice, poniendo cara de asco—. Estáis hablando de la vida sexual de mi hermano...

—Hablemos de tu vida sexual, entonces —contesta Joy, mirándola atentamente—. ¿Con quién te acuestas, Phoe?

Phoenix, que hasta hace un segundo hablaba sin problemas, se queda muy callada y mira fijamente su hamburguesa. ¿Cómo? ¿Qué le pasa? Normalmente, ella también nos vacila sin problemas.

—Con nadie —responde, alcanzando su hamburguesa—. No me acuesto con nadie.

—¿En serio no hay nadie? —pregunta Joy, y Phoenix sacude la cabeza.

—No —farfulla, molesta.

Se le nota la presión en la mandíbula y tiene el ceño fruncido. Nos mira secamente. Es como si Joy hubiera metido el dedo en la llaga. Entonces abre la boca y suelta, para cambiar de tema:

—¿Y Millie? ¿Con quién te acuestas tú?

La cara de Millie se pone roja. Parece tan incómoda con la pregunta que debe estar pensando para sus adentros si cambiarse de grupo de amigas. Me mira, y luego a Joy y a Phoenix.

—Yo... bueno, yo...—tartamudea, con torpeza—. Eso es algo muy íntimo.

Una vez más, resoplamos. Nuestro grupo de amigas no respeta el concepto de *intimidad*. Pero como creo que Millie aún es virgen y como mucho se habrá besado con un chico o dos, la dejo en paz. Joy también mantiene la boca cerrada. Lo cual es sorprendente, ya que ella suele pasarse cuatro pueblos a la mínima ocasión.

Creo que Millie está enamorada de Darren, pero lo mantiene en secreto. Lo cual, siendo sincera, sería un desastre absoluto. Él ni siquiera sabe que ella existe y respira el mismo aire que él.

—Soy un coñazo —dice Joy, sacudiendo la cabeza—. Ayer me acosté con…

—Ethan —termino su frase—. Sé que Denver sabe unos cuantos detalles sobre el asunto.

—¿Cómo lo sabe? —dice Joy frunciendo el ceño.

No se la ve incómoda. Su postura sigue siendo casual, pero no parece que se sienta a gusto con que Denver me cuente las cosas.

—Estaba con Jake en casa de Darren cuando vosotros... Bueno... os *liasteis*.

Joy protesta y yo río suavemente, antes de continuar.

—Pero Jake también había quedado como una chica.

—Otro que me sorprende que no tenga ninguna ETS —dice Joy, divertida—. Se ha tirado a medio mundo, ¿verdad?

—No lo creo —murmuro, mirando a Phoenix por un instante.

Todavía no ha abierto la boca. ¿Qué coño le pasa? Normalmente, le encantan este tipo de cotilleos, pero ahora no dice

ni mu. Según cuenta, Jake solo la está ayudando con sus estudios, pero no sé si creérmelo al cien por cien. Me atrevería a decir que hay algo más entre ellos. Ella ya ha insinuado varias veces que estudian juntos y después de algunas fiestas a las que he ido, también me he fijado en que Jake y Phoenix se iban juntos a casa. Dudo que cada uno se fuera a su cama.

Creo que harían buena pareja. Jake es muy buen chaval, y puedo entender por qué a ella le gustaría tener algo con él.

—Quizá deberíamos dejar el tema —dice Millie, mirando a un lado y a otro entre nosotras—. No es algo que podamos cambiar.

Intenta ser sutil, y cuando Phoenix asiente enérgicamente, sonrío. Millie tiene un instinto increíblemente bueno para saber cuándo una conversación resulta difícil para uno de los presentes.

—Estoy de acuerdo —refunfuña Phoenix—. Que se folle a quien quiera.

Pongo los ojos en blanco y me meto una patata frita en la boca. Tiene razón, y a juzgar por su reacción, no le importa. Quién lo iba a decir.

—Seamos realistas, chicas —dice Joy con una mirada seria—. No ignoremos lo más raro de todo esto. Tú...—dice, señalando a Phoenix— no has abierto la boquita con el tema de Jake, así que…

—¡Que te he dicho que no ha pasado nada entre Jake y yo! —grita Phoenix enfadada—. ¿Por qué dices eso ahora?

—Bueno... Porque es obvio, ¿no? —dice Millie, cosa que no me esperaba—. Te gusta, ¿verdad?

Tengo que reprimir una sonrisa, porque no me imaginaba que Millie fuera a soltárselo a la cara. Sobre todo porque quería zanjar el tema con diplomacia. Por otro lado, Millie es la primera que ve amor hasta donde no lo hay. No entiende que puedas acostarte con alguien solo para pasártelo bien. En realidad, a mí tampoco me entusiasma. Ese es más el estilo de Joy y Phoenix. Prefiero disfrutar del sexo en una relación, y que no sea solo un polvo rápido después de una fiesta o algo más cutre.

—Y tú también le gustas —balbucea Millie—. ¿Cuál es el problema?

—Denver —dice Phoenix frustrada, y me sorprende que lo admita en voz alta—. Jake dice que él es su mejor amigo y yo su hermana pequeña.

—El código de colegas —murmura Joy—. La típica. Un poco sucia, también te digo.

Phoenix asiente con tristeza. Los ojos de Millie se abren de par en par como si nunca hubiera oído hablar de él.

—No me digas que no conoces el código de colegas, tía.

Joy levanta las cejas y Millie se encoge de hombros. Luego, Joy le explica:

—Jake no puede ir a más con Phoe porque es la hermana pequeña de Denver. Uno no se acuesta con la hermana pequeña de su mejor amigo. Los colegas siempre son lo primero; con las tías, ya se verá. Salvo porque Phoe no es una tía cualquiera.

—Sí, ¡pero es que es mutuo! —replica Millie, con el ceño fruncido por la confusión—. ¡Se gustan!

—Qué mona eres —dice Phoenix, entre risas y se levanta para ir a la barra—. El menú del día de este sitio es *Bebe hasta que no puedas más*.

Creo que quiere cambiar de tema para no admitir sus sentimientos. La vemos alejarse y suspiro.

—Creo que está empezando a afectarle —digo y Joy asiente—. Podría preguntarle a Denver si cree que ella…

—Ni se te ocurra —dice Joy—. Mientras él no sospeche nada... Si no, terminarás despertando a la bestia, y es mejor que siga dormida.

—Cierto —respondo mientras Phoenix vuelve con nosotras.

Se apoya en el respaldo del asiento y se masajea las sienes.

—Jamás hemos hablado de esto, ¿vale? —dice, mientras mira lentamente a las que estamos sentadas en la mesa—. Y ni una palabra a nadie.

Todas asentimos, una a una.

—Claro que no —respondo.

—Denver no puede enterarse de esto, bajo ningún concepto.

—Entonces es mejor que cambiemos de tema —dice Millie, y yo me giro sorprendida.

Denver entra muy animado en el restaurante, seguido de Darren y Jake. Como era de esperar, va vestido para la ocasión. Lleva unos pantalones cortos negros, unas zapatillas de deporte y una sudadera negra con el escudo de los Lincoln Tigers. No puedo evitar fijarme en las otras chicas del local, que no dejan de mirarlos. Los chicos son un regalo para la vista. Su presencia intimida. Todo el mundo se gira para mirarlos. Muchas de las clientas desearían sentarse a su lado, y a los clientes les gustaría ser amigos suyos. Es un *cliché*, pero ese es el efecto que causan. Es un espectáculo digno de ver, y todos especulan sobre en qué mesa se sentarán, y qué se pedirán.

Tras unos instantes, nos ven al fin. Los chicos nos saludan y nosotras les devolvemos el saludo. Inmediatamente, nos corremos un poco para dejarles sitio en nuestra mesa. Darren y Jake cogen dos sillas de la mesa de al lado y se sientan. Darren entre Millie y yo, y Jake entre Joy y Phoenix. Como si fuera lo más normal del mundo, cogen un par de patatas fritas de mis amigas. Solo Denver se queda de pie.

—¿No quieres sentarte? —le pregunto, sin poder evitar que se me dibuje una sonrisa en los labios.

Me devuelve la sonrisa y me pone la mano en la nuca. Siento un cosquilleo donde me toca y le sonrío como si fuera tonta. Hace una semana, Denver empezó a hacerme gestos cariñosos de forma bastante habitual, como por accidente, pero a propósito. Como ahora, por ejemplo.

—Como puedes ver, no hay silla —responde.

Me sonríe y pongo los ojos en blanco. A veces es un poco divo. Podría haber cogido una silla de una mesa un poco más alejada.

—Madre mía… —suspiro y me pongo de pie.

Denver me mira con los ojos muy abiertos. Sonriendo, señalo mi silla y le digo:

—Ahora ya tienes una libre. Voy a por otra.

Menea la cabeza como si mi reacción le divirtiera y se sienta. Cuando me giro para coger otra silla, me coge de la mano y me sube a su regazo. Sorprendida, chillo, lo que provoca las risas de mis

amigos. Avergonzada, miro hacia otro lado, aunque tampoco es buena idea, porque la alternativa es el cuello de Denver.

—¿Te da vergüenza sentarte en mi regazo? —susurra y yo pongo los ojos en blanco.

—No —respondo con firmeza.

Entonces él sonríe y, antes de que pueda reaccionar, y mucho menos protestar, me acerca aún más. Apoya sus preciosas manos sobre mis muslos y, desde aquí, puedo oler su *aftershave*. Joy y Millie me miran atentamente, mientras que Phoenix parece distraída y pasa un poco del tema.

—¡Hola! —dice la alegre voz de la camarera cuando se acerca a nuestra mesa.

Como la mayoría de los trabajadores temporales del sector de la restauración de Lincoln, es una estudiante. Como era de esperar, lanza una mirada coqueta a los chicos antes de detenerse en Denver.

No te cortes, anda.

Es un poco fuerte que las chicas sigan tonteando con él, incluso cuando estoy sentada en su regazo. Probablemente, sea porque saben que solo soy su compañera de piso y no su novia.

—¿Qué os pongo?

—Tres latas de Coca-Cola, dos de nachos y tres hamburguesas de ternera —dice Darren, en nombre de todos.

Los labios de la camarera se reducen a una fina línea, y puedo ver claramente que le habría gustado preguntarle a Jake y Denver ella misma, para poder entablar conversación con ellos. Su mirada se detiene un momento en Denver, con la esperanza de que vuelva a hablar. Pero como no sucede, frunce el ceño, toma nota de lo que ha pedido Darren y vuelve a la barra.

—Dime, Joy —dice Jake, mirándola divertido—. ¿Ahora Ethan y tú os acostáis más a menudo?

Todas las cabezas se vuelven hacia Joy y ella se encoge de hombros, divertida. No parece en absoluto incómoda con la pregunta. ¿Cómo lo hace? Yo no sabría dónde meterme. Millie probablemente se pondría a llorar y saldría corriendo. Y Phoenix, bueno, se libra de esas preguntas porque Denver seguro que se metería por en medio.

—No —responde ella.

Su voz es completamente neutra, como si estuviera hablando de una lista de la compra y no de sexo. Luego suelta:

—¿Y tú? ¿Ya has sentado la cabeza?

Tensa, miro a Jake y luego a Phoenix. Agarra la bebida muy nerviosa. No va a salir nada bueno de todo esto. Es probable que no quiera oír la respuesta de Jake.

—¿Yo? —dice Jake, riéndose.

Darren y Denver se unen. Esa respuesta va por mal camino. Luego, Jake le pregunta a Joy:

—¿En qué estás pensando?

—Sí, ¿en qué estaré pensando? —responde Joy un poco tensa, lanzando una mirada superficial a Phoenix—. Eres y seguirás siendo un...

—Bombón incorregible —interrumpo—. Tan mono y adorable como siempre…

Denver se ríe suavemente y Jake abre los ojos como platos.

—¿Quieres decirme algo, Sienna? —pregunta, moviendo las cejas—. Quiero decir, si alguna vez quieres tema…

—Cállate, Jake —lo interrumpe Denver con brusquedad, mientras me clava los dedos con fuerza en los muslos.

Denver me aprieta aún más contra él, lo que me hace sentir su pecho, subiendo y bajando sin tregua. ¿A qué viene eso? Jake y yo solo estamos bromeando. Esa no es razón para hacerme moretones. Jake levanta las manos y se ríe suavemente.

—Lo siento, tío. Toda tuya…

Ahora necesito un momento para pensar con claridad. Sé que a Denver no le gusta que coquetee con sus amigos. Pero escuchar a Jake decir que soy toda suya es un poco extraño. Denver me trata como a una amiga, salvo por algunos pequeños gestos diarios. Soy su amiga, no su novia.

Lentamente, giro la cabeza y miro a Denver a los ojos, que mira fijamente a Jake. Sus dedos se clavan dolorosamente en mi piel y temo que vaya a perder la calma en cualquier momento. Como no quiero provocar más a Denver, me muevo muy despacio sobre su regazo y pongo distancia entre nosotros. Él accede a regañadientes

y retira los dedos de mis muslos. Inmediatamente, noto que me falta su calor, y deseo que vuelva a tocarme y me apriete contra él.

Contrólate, Sienna.

Mi voz interior me dice que me centre en lo importante y no en lo que desea mi cuerpo y, lo que es peor, mi corazón: ¡Lo deseo a él!

Al parecer, los chicos han hablado de temas sobre los que me gustaría que me informaran.

—¿Qué quiere decir? —digo, buscando los ojos de Denver.

Este tarda unos segundos en apartar la vista de Jake y mirarme. Tiene la mandíbula apretada y si de sus ojos pudieran salir flechas en dirección a su mejor amigo, no dudarían ni un segundo.

—Lo que quiere decir es que le gustas, pero le dio a Denver su palabra de dejarte en paz.

La afirmación de Phoenix me encoge, y ahora más que nunca espero una respuesta de Denver. No puede hablar en serio, ¿verdad? No le gusto a Jake. Esto es ridículo. Casi tan ridículo como la idea de que Denver les haya dicho a sus amigos que no me tiren la caña.

Phoenix se levanta de la silla y sale corriendo de la cafetería después de lanzarle a Jake una mirada que imagino que habrá entendido.

Mis ojos se abren de par en par y la veo irse, mientras Jake se levanta de un salto y la sigue. Aunque se refería a mí, sus palabras son más un reflejo de su propia situación con Jake. Por suerte, él va tras ella para arreglarlo.

—Pero ¿qué cojones?

Denver mira a Joy, a Millie y luego a Darren y a mí. Luego dice, casi chillando:

—¿Puede alguien decirme qué está pasando?

Giro la cabeza para mirarle y le digo:

—Será mejor que me expliques por qué les dijiste a tus amigos que no intentaran ligar conmigo. Ya sé que no te emociona que hablemos los dos y tú no puedas decir ni pío, pero esto... —digo, señalando la puerta de la cafetería por la que han salido Jake y Phoenix—. Esto es pasarse, Denver. Estás actuando como si fueras mi... mi...

Soy incapaz de pronunciar la palabra «novio», porque no quiero arriesgarme a que se quede solo con eso, y dejemos de lado lo que les prohíbe hacer a sus amigos. Así que abro la boca y me dirijo a él.

—Soy toda oídos, Denver.

---

[1] *N. de la T.* Restaurante típico de los EE. UU., con una estructura prefabricada y similar a un cenadero en España. Suele estar decorado con la estética *doo wop* de los años 50.

[2] *N. de la T.* Ligón, picaflor.

10

Denver

Cuando decidimos ir al *diner* después del entrenamiento, me imaginaba que las cosas sucederían de otro modo. Me ha venido bien que faltara una silla, pero por lo demás, nada ha salido según lo previsto. Creo que me he despertado en una dimensión paralela. Primero, mi mejor amigo, que quiere tirarse a Sienna; más tarde, mi hermana pequeña, que sale corriendo de la cafetería como si hubiera visto una serpiente. Luego, Jake la sigue y Joy se queda callada como una tumba. Eso sí que es raro. Esa chica no se calla ni una. Para colmo, Sienna ahora sabe que les dije a los chicos que ni se acercaran a ella.

¿Qué coño ha pasado en los últimos minutos? Claro que les dije a mis colegas que mantuvieran sus manos alejadas de Sienna. Y más cuando que noté que algunos de ellos la miraban. Ninguno de esos idiotas está a su altura, ni siquiera son lo suficientemente buenos para ella. Sienna es tan dulce y amable... Solo ven lo buena que está y quieren follársela. No es que yo sea distinto, pero en el caso de Sienna, mi instinto protector se dispara. Es como lo que me sucede con mis hermanas, pero distinto, en cierto sentido. No quiero que nadie se acerque demasiado a Phoenix y Madison. Por eso tengo aún más curiosidad por saber por qué Jake ha salido corriendo detrás de Phoenix. No lo entiendo, pero ahora mismo tengo otras cosas por las que preocuparme.

Seguro que Phoenix está cabreada porque me he fijado en su amiga. Solía tontear con sus amigas todo el tiempo en el instituto, y en los años posteriores, he tenido sexo ocasional con otras amigas de Phoenix. Pero ninguna de ellas era tan cercana a ella como Sienna. Solo eran conocidas. Así que no pensé que fuera tan malo. Si mi hermana se lo toma de ese modo, lo siento. No quería incomodar a Phoenix. Es lo que pasa cuando solo te llevas dos años.

Además, la diferencia de edad se va difuminando con el paso del tiempo.

Vuelvo a mirar a Sienna, que se ha levantado de mi regazo y está de pie, frente a mí, con los brazos cruzados. Luego miro a Darren, Millie y Joy. Ninguno de ellos parece querer intervenir y ayudarme a salir de este berenjenal. Al contrario, me miran con los mismos ojos interrogantes.

Si le explico a Sienna por qué les he dicho a mis amigos que está fuera de su alcance, lo sacará todo de contexto. No quiero que lo malinterprete, pero es que...

No es solo que no quiera que ninguno de ellos le tire la caña a Sienna porque quiera protegerla, sino porque... porque a mí también me gusta. Sí, lo admito. Me gusta Sienna, mucho. Pero no solo físicamente, sino también porque nos llevamos muy bien. Es algo que confirmo día tras día. Me acuerdo de ciertas cosas; de cómo se toma el café, por ejemplo. Sé qué días está en casa y a qué hora llega. Son cosas que no me importarían si solo quisiera acostarme con ella. Me gusta Sienna y la idea de que comparta esa intimidad con otro tío me vuelve loco.

Esta historia entre nosotros se está complicando cada vez más. En los últimos días, me he vuelto más valiente y he empezado a acercarme a Sienna. No solo cuando estamos en el sofá, sino en nuestra vida cotidiana. Como después de al llegar al restaurante, cuando aún estaba sentada en su silla y le puse la mano en la nuca, o cuando la subí a mi regazo en lugar de cogerme mi propia silla. No me habría costado nada ir a otra mesa a por una, pero yo la quería en mi regazo. Quería sentir su cuerpo contra el mío y dejar claro a todos los chicos, incluidos Darren y Jake, que ella es mía.

Sienna nunca me ha rechazado ni ha demostrado que no quiera que la toque. Por otro lado, nunca ha tomado la iniciativa. Me pregunto si le resultaría incómodo decirme que no le gusta que lo haga. Eso sería horrible, por supuesto, porque no quiero obligarla a hacer nada.

—¡Denver! —grita Sienna, y yo la miro—. ¿De qué vas? ¿Por qué les has dicho eso?

—Yo no he dicho nada de eso —digo, negando con la cabeza —. Será mejor que me digas por qué Jake y Phoenix se han ido juntos de la cafetería.

Señalo la puerta con la mano y la miro sin comprender.

—Esto no va con Jake y Phoenix; se trata de ti —refunfuña Sienna—. Yo decido con quién salgo y con quién no. ¿Entendido?

Joder, qué sexy. La forma en que está de pie delante de mí con los brazos cruzados, exigiendo respuestas… Pero no estoy seguro de querer darle esas respuestas. Sigo esperando a que ella dé un paso por los dos, pero tal y como están las cosas ahora mismo, eso no va a ocurrir. Está muy enfadada. Por suerte, antes de que pueda responder, la camarera se acerca y nos deja la comida. Darren come con ganas. Vuelvo a mirar a Sienna y le pido que me pase mi hamburguesa, pero ella no reacciona. En lugar de eso, se sienta en la silla de Phoenix.

—Bueno… —dice Joy, como si ignorara por completo lo que ha estado pasando en nuestra mesa los últimos minutos—. ¿Vamos a ir a la fiesta de Josh mañana?

Y aunque me sorprende que cambie de tema, le agradezco que lo haga. Sonriendo, le hago un gesto con la cabeza. Ella no responde a mi gesto, sino que se centra en Millie y Sienna.

Josh es uno de nuestros colegas del equipo. Darren asiente con la cabeza y Millie también lo hace, dubitativa.

Para ser sinceros, Millie me parece guapa. No de una forma tan sexy como Sienna, pero sí es muy mona. No tiene mucha experiencia con los hombres y también le ha costado integrarse con las chicas. Sin embargo, siempre está ahí en todas las quedadas. Todos nos hemos hecho muy buenos amigos en las últimas semanas.

—¿Y vosotros qué, chicos? —pregunta Joy, mirándonos a Sienna y a mí.

—Me apunto —dice Sienna, mirándome con un brillo sexy en los ojos que preferiría ver en un ambiente mucho más íntimo—. Si es que Denver me deja ir.

Me estremezco como si me hubieran arrojado un cubo de agua fría. No necesita mi permiso para ir a una fiesta. No soy su novio. Ya

lo ha dejado claro antes.

—¿Permiso para qué? —pregunto, lamiéndome la salsa de la hamburguesa de los dedos—. ¿Para ir a la fiesta?

—Sí —dice Sienna, sirviéndose unos nachos—. Tus amigos estarán allí. No querrás que me cruce con ellos o que me tropiece y acabe cayendo en sus camas…

—Maaadre mía…—gruño.

Que se deje de provocaciones infantiles. Aunque tengo que admitir que estoy a punto de prohibírselo. No quiero verla en ninguna de esas camas, así que le digo:

—Nunca he dicho que te quisiera solo para mí.

Antes de que Sienna pueda responder, Jake y Phoenix regresan. Mi hermana parece mucho mejor. Respiro, aliviado. Me alegro de que Jake y ella se lleven tan bien y de que él haya podido calmarla. Sé que siempre estará ahí para Phoenix y Madison.

Jake coge una silla de la mesa de al lado y se sientan, y yo vuelvo a centrar mi atención en Sienna.

—Puedes hacer lo que quieras, Sienna. Y con quien quieras.

Qué manera de boicotearme…

—Perfecto —dice Sienna, mientras me sonríe con satisfacción —. Se me ocurren ya varios candidatos…

—Qué bien… —gruño, frunciendo el ceño mientras sigo comiendo—. Bueno, diviértete.

—Eso haré —dice, contenta, relamiéndose los labios.

Qué buena está, joder.

Mi compañera de piso se dirige de nuevo a mí:

—Me alegro de que lo hayamos aclarado, Denver. Después de todo, tú eres el primero que se trae a todas las pavas del campus a casa. Igualdad de derechos, crack.

Y como si la situación no pudiera empeorar, nuestros amigos se ríen a carcajadas.

***

Mi ánimo está por los suelos desde ayer por la tarde. Cuando salimos del restaurante y volvimos a casa, nos encerramos en nuestras habitaciones el resto del día. Ni siquiera cenamos juntos. Y

eso es lo que solemos hacer cuando mi horario me lo permite. Sienna me ha estado evitando y pensaba que no iba a hablarme más. Pero esta tarde se dignó a dirigirme la palabra, y me preguntó si iríamos juntos a la fiesta. Le dije que sí, obviamente, de inmediato.

Ahora estoy en la puerta del apartamento, esperando a que termine de arreglarse. ¿Cuánto puede tardar una mujer en el baño?

—¡Sienna! —la llamo, mirando el reloj por enésima vez—. ¡Venga, so lenta!

La idea de que hoy se ligue a otro tío no deja de rondarme por la cabeza.

En las últimas semanas no la he pillado acostándose con nadie ni acercándose a ningún chico. Quizá, al igual que yo me traigo a unas cuantas chicas a mi casa, ella también vaya a casa de algún chico. Eso tendría sentido. Espero que a partir de ahora no quiera traerlos a nuestra casa. Pero bueno, no creo que sea el caso. Sienna siempre ha estado en casa cuando yo llegaba. Da igual la hora que fuera, estaba en la cama. Lo sé porque a menudo iba a verla, estuviera sola o no. Por supuesto, puede que ya la hubiera pillado de vuelta de casa de algún chico, o que ella lo hubiera echado... Pero por más que trato de imaginármelo, me cuesta creerlo. Sienna no es de las que se acuesta con alguien sin ataduras. No encaja con la forma en que habla de sexo. Joy, en cambio, sí, y mi hermana también, aunque no me guste admitirlo.

—¡Sienna! —le grito, cada vez más impaciente—. ¡Vamos a llegar tarde!

Le he dado tantas vueltas que empiezo a hacerme a la idea de que otra persona haya explorado su cuerpo con sus labios, con sus manos… Quizá se la haya follado en todas las posturas posibles.

—¡Aquí estoy! —dice Sienna, saliendo del baño.

Cuando la veo, casi se me desencaja la mandíbula. Está preciosa. Su melena rubia y rizada le cae sobre los hombros. Se ha maquillado de una forma muy provocativa: sus ojos están acentuados con una atrevida sombra marrón y su pintalabios rojo parece una invitación a que la bese. Pero lo más sexy es el vestido. Trago saliva y espero que no se me ponga dura. Es de cuero negro.

Se ajusta a su cuerpo como una segunda piel y, por si fuera poco, le moldea los pechos, como si fuera dos melones maduros. Luego respiro, aliviado, al darme cuenta de que al menos se ha puesto una cazadora vaquera.

—¡Venga, vámonos!

—¿Vas a ir… así? —le pregunto mientras se guarda el iPhone y las llaves en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Sí? —responde, entrecerrando los ojos—. ¿O crees que debería llevar botas en vez de estos tacones?

—¿Qué? —pregunto, atónito.

Me la sudan los zapatos que lleve. Es el vestido lo que me vuelve loco.

—¿Crees… crees que es ese el problema?

—Bueno…

Sienna suelta una risita y se echa el pelo hacia atrás. Así puedo ver mejor su escote. Su piel pálida es preciosa. La fina cadena de plata de la que cuelga una S luce perfecta en su cuello. Quiero lanzarme sobre ella y hacerle un chupetón para marcarla como mía. Sienna suspira, satisfecha, se acerca a mí y me dice:

—No estaba segura de qué zapatos ponerme. Pero las botas tienen un tacón más grueso…

Parpadeo una vez para volver al presente. No puedo permitirme más lapsus esta noche. El conjuntito me está calentando, como hará con cualquiera, y dada la amenaza que me soltó en el restaurante, tengo que vigilarla aún más de cerca.

No digo nada sobre sus zapatos y abro de un tirón la puerta del apartamento, con la esperanza de que una ráfaga de aire fresco me golpee en la cara. Pero no es así. En vez de eso, Sienna pasa por mi lado, sonriente, y yo aspiro su perfume. Esta noche me va a costar controlarme. Y lo peor es que todo este lío es culpa mía.

Espero que haya alguien en la fiesta que quiera acostarse conmigo. No me importa quién sea. Tengo que sacarme a Sienna de la cabeza, cueste lo que cueste.

11

Sienna

No sé en qué estaba pensando cuando me embutí en este vestido de cuero tan ceñido. Estoy incomodísima con él. De hecho, odio este tipo de vestidos, especialmente los que son demasiado cortos. Joy me convenció porque, y cito textualmente, «así Denver no podría resistirse a mis encantos». A juzgar por cómo ha reaccionado al verme lista para la fiesta, creo que ha funcionado. Sé que apenas puede apartar los ojos de mí.

Cuando Denver y yo nos peleamos en el restaurante y me enteré de que les había dicho a sus amigos que no se acercaran a mí, me asusté un poco. ¿Qué le pasa? Quiero decir, es él quien no tiene los huevos de lanzarse. Es él quien tontea y me acaricia cuando le viene en gana. Yo lo acepto, y espero a ver si va más allá. A ver si me besa, por ejemplo, pero luego, nada.

Además, yo no sé si sería capaz de empujar sus casi cien kilos y empotrarlo contra la pared más cercana para besarle hasta dejarle sin aliento. En primer lugar, no sería capaz de moverlo si él no se dejara, y en segundo lugar, no tengo la confianza en mí misma para hacer algo así. Phoenix y Joy lo harían sin problemas, pero aún no he adoptado esa valentía suya. Todavía queda en mí una parte de la niña a la que tanto sobreprotegieron en Montana. Además, no soy yo la que le está demostrando constantemente que tengo un rastro de chicos esperando a montárselo conmigo. Creo que Denver no se cree que pueda conseguir algo conmigo.

Una de las razones por las que quiero acostarme con él es que me parece increíblemente sexy, de eso no hay duda. Pero más allá de eso, nuestra relación ha cambiado en las últimas semanas. Nos gustamos y nos encanta pasar tiempo juntos. Para mí, eso es tan importante o más que la atracción física. Si no puedes conectar de una forma humana, lo atractiva que te parezca la otra persona casi ni cuenta.

Denver no es una persona que hable mucho; de eso me he dado cuenta con el paso del tiempo. Por ejemplo, si la conversación gira en torno a su padre, apenas puede articular palabra. Cuando se preocupa por sus hermanas, algo que le pasa con frecuencia, tampoco lo exterioriza. Lidia con ello por su cuenta. Así que tampoco es que esté esperando a que verbalice que quiere algo más que sexo. Pero no me atrevo a hablar de ello con él. El miedo al rechazo está siempre presente.

Volviendo a mi problema, el vestido es muy provocativo, además de incómodo. Pero aquí estamos, en plena fiesta y con este *outfit* de mierda, con el que apenas puedo moverme, por miedo a que se me vea el culo o se me salga una teta.

—¿Por qué llevas otra vez ese vestido? —me pregunta Millie, después de que vuelva a estirar de él hacia abajo.

Debería haberme enterado ya, después de la enésima vez en la última hora, de que el cuero no es un tejido elástico y siempre vuelve a su sitio.

—¡Para provocarle!

—Ya veo —dice, levantando las cejas—. ¿Y tienes que andar así? ¿No podrías hacerlo de otra manera?

Es muy fácil hablar cuando llevas vaqueros y una camiseta. Yo también me sentiría mucho mejor con ellos, pero no, tuve que hacerle caso a Joy. Nunca hay que hacerle caso a Joy…

Sacudo la cabeza.

—No. Ya sabes lo que hizo Denver...

Millie suspira y asiente. Da un sorbo a su bebida y me mira atentamente. Nunca diría nada que pudiera hacerme daño. No, en lugar de eso, le da vueltas durante un buen rato, hasta que me siento tan intimidada por su mirada que me imagino lo que estará pensando y me siento mal por ello. Pero siempre lo hace a buenas y me parece admirable que se esfuerce tanto en ser honesta, justa y sutil. Eso no lo hace cualquiera.

—Sí, pero no tienes por qué rebajarte a su nivel —me dice—. Estás estupenda y la mayoría de los chicos de aquí no pueden quitarte los ojos de encima. Y eso no tiene nada que ver con el

vestido. ¿Realmente te merece la pena darle coba a un imbécil como Denver?

—Millie —suspiro—, tú no lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiende nuestra dulce Millie? —pregunta Joy, rodeándome con el brazo. Nos sonríe y yo le devuelvo la mirada —. Estás que lo petas, amiga.

A veces no entiendo cómo nos juntamos las cuatro: Phoenix, Joy, Millie y yo. El destino nos unió y creo que podríamos ser amigas de por vida. Hasta conocí a Phoenix antes de Denver, cuando me la encontré en la puerta del edificio de apartamentos. Phoenix me presentó a Joy y, al final, fui yo quien se acercó a Millie. Ahora somos cuatro inseparables y eso me encanta. Es la primera vez que tengo un grupo de amigas tan estable.

Aun así, somos y seremos siempre muy diferentes. Las visiones del mundo de Millie y Joy, en particular, no podrían distar más la una de la otra y sé que, en algún momento, chocarán.

—¿Os dais cuenta de que nosotras tres y Phoenix no somos nada compatibles? —les digo, riéndome, y ambas asienten—. Es decir, somos... somos tan diferentes y aun así, todo va bien.

—Es verdad —coincide Millie—. De alguna manera, todas tenemos nuestro sitio en el grupo y complementamos a las demás.

Joy asiente y me señala de nuevo.

—Bueno, al lío. ¿Cuál es el plan de ataque para Denver?

Millie pone los ojos en blanco.

—No hay plan. Si ni siquiera puede andar con ese vestido…

Joy se ríe a carcajadas.

—Pero eso es lo que se busca con estos vestidos... Existen para que te sientas sexy durante un rato y luego te los quites lo antes posible para acostarte con alguien.

A veces me sorprende lo directa que es Joy. Millie se sonroja al asimilar sus palabras.

—No sé qué haría sin tus consejitos —respondo irónicamente, incapaz de dejar de poner los ojos en blanco—. Y Millie cree que no necesito este vestido para ganarle a Denver este asalto.

—No se equivoca… A él se le caería la baba aunque te pusieras un saco de patatas —dice Joy con una mirada divertida—. Pero creo

que es bueno que le muestres lo que se está perdiendo, para que esta noche tenga que aliviarse con la mano...

Millie frunce los labios y yo pongo los ojos en blanco.

—Ya, claro… Seguro que tiene que usar la mano…—digo, riéndome de forma irónica—. ¡Menuda tontería! Seguro que encuentra a alguien que se abra de piernas para él...

Justo entonces, Darren entra en la cocina y juraría que Millie suspira. No está siendo muy sutil a la hora de ocultar que está colada por él. Darren es demasiado tonto para darse cuenta de que alguien tan increíble como Millie solo piensa en él. Lo cual, por cierto, no logro entender. Darren es simpático, pero nada más. No me atrae nada de él. Y su actitud sureña realmente me saca un poco de quicio. Por eso me sorprende tanto que nuestra Millie Mouse[1], como la llama Joy últimamente, esté colada por él.

—Joder, tía, cómo te queda ese vestido… —me dice Darren, guiñándome un ojo.

Ignoro sus palabras porque no quiero herir los sentimientos de Millie, pero sé que ella lo entiende. La imagen que tiene Darren de una chica con la que echar un polvo es todo lo contrario a Millie. Con ese *outfit* tan discreto, que podría llevar perfectamente a clase, es difícil que se fije en ella. Por muy inteligente que sea, le cuesta salir de su caparazón. Pero tampoco creo que tenga que cambiar por un tipo como Darren. Nadie debería cambiar solo para llamar la atención de otra persona.

Millie evita mi mirada y se da la vuelta.

—Espero que Denver ya te lo haya dicho —añade Darren a su cumplido.

—No —respondo, mirando a mi alrededor—. No me ha dirigido la palabra desde que llegamos.

Darren asiente brevemente y sonríe a Millie. Ella le devuelve la sonrisa, lo que nos hace enternecer a Joy y a mí. Luego se da media vuelta y se va. Habría estado bien que le dijera algo a ella también. Millie esboza una sonrisa tristona y veo en su expresión lo decepcionada que está.

—¿Y bien? —dice Joy, sonriente—. Te ha chafado un poco, ¿no?

Ya estamos otra vez, *pico pala*.

—No. —jadea Millie—. Yo ... Solo estaba... siendo educada. No quería... interrumpir. Le estaba haciendo un cumplido a Sienna... Ya sabéis a lo que me refiero.

Millie agita las manos excesivamente en el aire.

—Habla con él alguna vez —le aconsejo, en voz baja—. Me ha dicho un pajarito que funciona.

—¿Como entre Denver y tú? —contesta, tapándose la boca con la mano—. Sienna, yo...

—Tranquila —digo, sonriendo—. Y sí... Denver y yo probablemente deberíamos hablar...

—También podríais liaros —dice Joy, sonriendo de forma provocativa—. Esa es otra forma de comunicación…

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar reírme.

***

El olor a humo y alcohol flota en el aire de la hermandad en la que estamos. Había planeado emborracharme y liarme con algún tío para que Denver se enterara... Así cumpliría con mis amenazas y montaría un espectáculo. Pero no me atrevo a hacerlo. Nunca he tenido un lío de una noche. No soy así y no quiero serlo. Además, dada mi amistad con Denver y a la red de cotillas del campus, creo que me conocen demasiado como para dejar que un chico se acueste conmigo en secreto y que solo Denver lo sepa.

Salgo al patio trasero y no puedo creer que la gente siga bañándose en la piscina en pleno octubre. Hace muchísimo frío en Lincoln y no tardará en caer la primera nevada.

—Hola —dice una voz grave detrás de mí y doy un respingo—. Perdona, no quería asustarte.

Un chico rubio está de pie frente a mí. Diría que mide 1,90… Tiene los hombros anchos, una sonrisa amable y los ojos azules, ¡es justo mi tipo!

—Hola —digo un poco nerviosa y le sonrío.

Puede que yo también esté un poco nerviosa…

No puedo evitar devolverle su cálida sonrisa. Luego él dice:

—Soy Tyler. Espero que no te incomode que me haya acercado a hablar contigo de repente.

No me incomoda, pero me resulta extraño. Y un poco sospechoso también, la verdad, pero menuda gilipollez... Denver nunca me tendería una trampa con un chico que es exactamente mi tipo y se parece a él, ¿verdad? ¿O sí? Se estaría cagando en todo lo cagable de todos modos, porque no quiere que salga con nadie más.

—No, qué va —respondo con una leve sonrisa—. Soy Sienna.

Le ofrezco la mano de manera amistosa, que él estrecha inmediatamente. Su mano está caliente, pero no sudorosa. La aprieta ligeramente, lo que me hace sonreír. Vale, a este tío lo de guapo se le queda corto. Además, ya ha dicho más de tres frases, y ninguna ha sido la típica frase digna de un universitario desesperado. No ha soltado un comentario que me haga huir inmediatamente.

—Hola, Sienna —dice, y yo me río en silencio.

—Hola, Tyler.

Un poco avergonzada, levanto los ojos para mirarle. Es muy guapo. Tyler lleva vaqueros, una camiseta blanca con una camisa roja de cuadros y unas zapatillas de deporte. Lleva el pelo un poco más largo por arriba que por los lados. Sus ojos azules culminan en gruesas pestañas, y una cuidada barba perfila sus mejillas y define su prominente mandíbula. Sin duda, Tyler no se me habría escapado ni muerta.

—¿Eres nuevo? — le pregunto y él asiente.

—Sí. Me trasladaron desde Ohio.

—Ah, vale —contesto con interés—. ¿Por qué?

—El equipo de fútbol es mejor aquí.

Sonríe y yo gimo. Por favor, no. Un jugador de fútbol, no. Tiene que ser una broma. Mi supuesto ligue continúa:

—Creo que puedo conseguir mis metas de forma más sencilla si me uno a ellos.

—Probablemente, sí —digo, asintiendo y sonriendo a Tyler—. ¿En qué posición juegas?

No puedo creer que esté hablando de fútbol con él.

—Soy *running back* —contesta—. ¿Te gusta el fútbol americano?

—Un poquito solo.

Mi respuesta no es muy precisa, pero es la verdad. Denver y los chicos me han aficionado al fútbol en las últimas semanas. Aun así, no está en lo alto de mi lista de deportes que adoro. Hay otros deportes menos violentos, como el fútbol europeo y la danza, que sí ocupan un lugar más alto en la lista. Aun así, le digo:

—Cada vez me gusta más.

—Ah, qué bien… —dice, guiñándome un ojo—. Así que estarías dispuesta a ir al estadio si tuvieras una buena excusa para ello.

Me río suavemente y asiento.

—Sí, quizá…

Tyler me sonríe y da un paso hacia mí. Es un chico dulce y ha conseguido que me olvide de Denver por el momento.

—La verdad es que eso me alegraría mucho…

Su voz baja un tono y un escalofrío recorre mi cuerpo.

Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada. Tyler me la devuelve y se acerca a mí hasta que no queda distancia entre nosotros. Todas las dudas que tenía hace unos minutos se desvanecen en el aire. Tyler es increíblemente simpático y dulce y, joder si está bueno... Y como es nuevo, aún no se ha enterado de la prohibición de Denver...

—Tal vez me lo piense —murmuro, y pongo las manos sobre su pecho.

Siento el calor que emana de su piel y me acerco aún más a él. Sonríe y se inclina hacia mí, me pone las manos en las caderas y tira de mí. Sus ojos azul grisáceo me miran con atención.

Joder, ¿qué hago? Esto se me está yendo de las manos.

Nerviosa, me relamo los labios, lo que Tyler interpreta como una invitación a acercarse más. Su aliento me roza la oreja, pero espero sentir el mismo cosquilleo que me produce Denver con solo rozarme.

¿Por qué no sucede? Tyler es increíble, pero yo solo puedo pensar en ese imbécil.

—Sienna —susurra—, voy a besarte, ¿vale?

El corazón se me acelera en el pecho y, antes de que pueda decir nada, aprieta los labios contra los míos. El beso es más suave de lo que esperaba. Tyler no se mueve al principio y cuando abro un poco la boca para decir algo, él lo toma como otra invitación y me mete la lengua. Me acerca más a él, agarrándome de la cintura para que mi cuerpo se apriete contra el suyo. El agarre de sus manos me deja poco espacio para moverme.

Tyler besa muy bien y, si pudiera, acabaría en la cama con él, pero no puedo. En mi cabeza solo hay un chico con el que quiero hacerlo. Porque, en los brazos de Tyler, mi corazón late más rápido, por otros motivos de los que no quiero hablar. No siento las mariposas en el estómago, solo un enorme vacío.

Quiero a Denver. Ahora más que nunca, me doy cuenta de que es el chico al que quiero besar, tocar y llevarme a la cama.

¡Me cago en la puta! ¿Por qué he tenido que liarme con otro tío para darme cuenta por fin de lo que quiero, o mejor dicho, de a quién quiero?

Me separo de Tyler y lo empujo lejos de mí. Retrocede un paso a trompicones y abre la boca para decir algo, pero le corto de inmediato.

—No puedo hacerlo.

Eso lo único que consigo decir.

Sin esperar la respuesta de Tyler, paso por su lado y entro a la casa. Todavía le oigo llamarme, pero le ignoro. La fiesta, la gente, el vestido, Tyler y el beso… Esto es demasiado para mí. Tengo que salir de aquí.

Joy y Millie se me acercan y empiezan a decirme algo, pero niego con la cabeza. No quiero hablar con ellas y echarme a llorar delante de todos en la fiesta. Ya es bastante ridículo que me haya dado semejante bajona. Lucho por contener las lágrimas mientras estoy dentro. Me cubro las mejillas con las manos y me dispongo a salir de la fiesta con la cabeza gacha, pero entonces me tropiezo con alguien. Asumo que voy a caerme de culo, pero unas manos fuertes me agarran por los brazos y evitan que me caiga.

—Ya estoy aquí —dice Denver, con voz preocupada.

Denver me abraza. Siento el calor de su cuerpo y al mismo tiempo me viene a la mente el beso con Tyler. Luego, él dice:

—No pasa nada.

—Claro que pasa. ¿Por qué no eres capaz de verlo?—digo, apartando a Denver.

Me seco las lágrimas. Ya no puedo contenerlas más.

—Sienna, yo...

Denver se muerde el labio y extiende los brazos, atrayéndome de nuevo hacia él. Sacudo la cabeza, rogándole en silencio que no me toque. Él se detiene y no se acerca a mí, y yo aprovecho para pasar por su lado y escapar.

—¡Sienna! ¡Sienna, espera!

Ignoro sus gritos y me abro paso entre la multitud para salir de la hermandad. Jadeando, me detengo en la puerta principal y me pongo las manos en las caderas. No me había dado cuenta de lo poco en forma que estoy. Me cuesta respirar, pero podría ser por el conjunto.

—Sienna —dice Denver y sé que está justo detrás de mí—. ¿Qué te pasa?

Cuando Denver me toca el hombro, me giro y le fulmino con la mirada.

—¿Que qué me pasa? —le grito—. ¿No se te ocurre qué puede ser?

—Yo... —balbucea.

Mi arrebato parece pillarle por sorpresa. Al principio parece quedarse sin palabras, pero luego continúa:

—Te estaba buscando y quería hablar contigo…

—Pero yo no quiero hablar contigo —farfullo, secándome las lágrimas que acaban de brotar de mis ojos.

El sabor salado me escuece en los labios y me los lamo lo más rápido que puedo. Luego le miro y suelto:

—Todo esto es culpa tuya…

Frunce el ceño, lo que me enfurece aún más. Debe de haberse dado cuenta de que ahora no quiero hablar con él. Todo lo que ha pasado esta noche es algo que tengo que resolver primero. Yo sola. Sin él y sus ojos ardientes.

En algún momento, durante las últimas semanas, me he enamorado de Denver, y ahora se ha ido todo a la mierda.

Denver y yo nos lo hemos cargado todo. Cada uno a nuestra manera. El hecho de que esté tan enfadada con él por acceder al jueguecito de mierda de esta noche lo hace aún peor. Llevo unas pintas horribles, un vestido que ni siquiera merece ese nombre y me he liado con un estudiante nuevo para olvidarme de Denver.

—¿Qué culpa tengo yo? —pregunta dando un paso hacia mí.

Su expresión es de dolor y puedo ver la mirada triste en sus ojos. Denver se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Déjame en paz, Denver —susurro, sin apenas fuerzas para enfrentarme a él.

Las últimas horas han sido demasiado para mí. Joy y Millie aparecen detrás de él, mirándonos al uno y al otro.

—¿Quieres que...? —pregunta, y luego se detiene y me mira, confuso—. No te entiendo, Sienna.

—Me la suda —murmuro—. Ya me da igual... Tú... En fin, vete a la mierda.

Joy pasa enérgicamente junto a Denver, mientras Millie se muestra notablemente más cautelosa. Mis amigas me flanquean por ambos lados como para protegerme.

—Sienna —dice Joy en voz baja, rodeándome con el brazo—. ¿Quieres que te llevemos a casa?

—Yo ... Supongo que sí... No lo sé.

Denver da un paso más hacia mí.

—Deja que te lleve a casa —dice, mirándome con urgencia—. Por favor…

Me suplica con la mirada, pero niego con la cabeza. Esta noche no creo que pueda soportar estar cerca de él. Quiero darle vueltas al asunto sin saber que está durmiendo dos habitaciones más allá. La distancia nos vendrá bien para saber lo que queremos. Aunque yo ya estoy segura de lo que quiero: ¡A Denver! Y no quiero solo un lío, sino algo más. Quiero que sea mi novio.

—Dormiré en casa de Millie —decido, apartándome de él para marcharme.

Millie y Joy están a mi lado, así que Denver no tiene oportunidad de llegar a mí otra vez.

—No puedes irte así como así —me dice—. Por favor, ven a casa conmigo…

---

[1] *N. de la T*. Juego de palabras con Minnie Mouse, ya que Millie es un personaje muy dulce.

12

Sienna

Dos días más tarde.

Llevo cuarenta y ocho horas evitando ir a casa, y me estoy quedando en casa de Millie. Su habitación es demasiado pequeña para las dos, y a su molesta compañera, Amanda, tampoco le gusta tenerme allí. Ya no es fácil ser dos personas en veinte metros cuadrados y con un baño pequeño. Pero con tres, se convierte en un calvario. No sé la razón exacta por la que no le caigo muy bien a Amanda. Pero estoy bastante segura de que es por mi relación con Denver. Cada vez que su nombre o el de cualquiera de los chicos sale en la conversación, ella resopla con desdén, hasta el punto de que Millie y yo hemos tenido que restringir nuestras conversaciones a cuando ella no estaba presente. Ahora que lo pienso, es mejor que no me dieran esa habitación. Si hubiera sido mía, Amanda y yo nos habríamos sacado los ojos después de unos días, estoy segura.

Millie y yo nos apretujamos en su pequeña cama de 90 x 200 cm porque no quiero volver a Denver. Aunque en nuestro piso me espera una cama de 140 x 200 cm. Pero no es lo único que echo de menos. Puede que también eche de menos Denver.

En la fiesta y en las horas previas, todo se me fue completamente de las manos. Todo comenzó cuando dejé que Joy me convenciera de ponerme ese odioso vestido. Funcionó con Denver, pero ahora que lo pienso, fue un gran error. También lo fue el beso con Tyler… La gota que colmó el vaso. Menudo desastre. El beso no estuvo mal, y en otras circunstancias no habría dejado escapar a Tyler, pero anoche no era el momento. No dejaba de pensar en Denver.

Sigue intentando localizarme. Me llama y me escribe cada hora, pero ignoro todos sus mensajes. Desde el mediodía, también ha estado llamando a Joy, Millie y Phoenix.

Mientras que Joy y Millie saben lo que pasó, a Phoenix le conté solo la mitad de la historia. Le dije que Denver y yo habíamos tenido una pelea terrible sobre un chico que se me había acercado y sus constantes rollos de una noche en nuestro apartamento. Ella se lo creyó y dijo que él entraría en razón.

Denver es su hermano y aún no sé qué pensaría de nosotros. No quiero que se piense que esta era mi intención desde el principio y que se lo he ocultado. Pero tampoco quiero ponerla en medio innecesariamente hasta que las cosas se arreglen entre nosotros.

Darme cuenta de que me había enamorado de él también me sentó como un tiro. No entraba en mis planes. No esperaba enamorarme en general, y menos de Denver.

Pensaba que mi nueva vida en Lincoln iba a ser genial, y ahora todo se ha ido al traste. Había conocido a gente nueva, como yo quería, y había hecho amigos. ¿Por qué habré tenido que enamorarme de mi compañero de piso? Todo iba tan bien... Mi mejor amiga vive en la habitación que podría haber sido mía, y todo a mi alrededor se está desmoronando. Por no mencionar que mi mejor amiga de la infancia me ha bloqueado porque no hablaba con ella lo suficiente. La reacción de Clara es totalmente exagerada, pero no me he molestado en acercarme a ella de cualquier otro modo. Si es capaz de renunciar a nuestra amistad porque no hablo con ella todos los días y me va bien en Lincoln, tendré que asumirlo. Ella también tuvo la oportunidad de ir a la universidad en otro estado, pero no quiso. Recuerdo que Denver me dijo que estaría celosa porque no se atrevía a dejar a Helena. Tal vez sea verdad.

Durante las últimas semanas, he estado reprimiendo mis sentimientos por Denver, y ahora me están matando.

Esa prohibición absurda que impuso Denver a sus amigos me enfadó mucho, y él mismo no es capaz de sincerarse conmigo. Eso me cabrea, porque no sé qué pensar de él.

Por un lado, quiere estar cerca de mí, pero luego nunca actúa en consecuencia. Me dice que debería salir con alguien, pero al mismo tiempo impone a sus amigos una absurda norma para que no se acerquen a mí. Por no hablar de su colección de rollos de una noche. Cuando salió corriendo detrás de mí la noche de la fiesta y

quiso hablar conmigo, no pude. Esa noche, cualquier conversación entre nosotros solo habría empeorado las cosas. Estaba completamente destrozada.

Solo puedo intuir las razones por las que Denver les dijo a sus amigos, o incluso a todo el equipo de fútbol, así como a cualquier otro chico de su entorno, que se mantuvieran alejados de mí. Sería ilusa si pensara que él también se ha enamorado de mí. De hecho, me temo que no me ve más como a Phoenix y Madison. Una hermana pequeña o una buena amiga a la que proteger.

Dios, solo de pensarlo, se me sube la bilis a la garganta.

Pero es posible que se me revuelva la tripa porque acabo de subir los últimos peldaños de la escalera y estoy delante de nuestro apartamento. Sé por Phoenix que Denver ha entrenado esta mañana y está en casa.

Saco la llave del bolsillo y abro la puerta.

—Sí… —oigo la voz grave de Denver y mi corazón empieza a latir más deprisa.

La discusión es inevitable. Denver sigue hablando con alguien.

—¡No lo sé, mamá!

Entro en silencio en el apartamento y cierro la puerta tras de mí antes de quitarme la chaqueta y los zapatos. Millie, por suerte, me ha dejado su ropa durante las últimas cuarenta y ocho horas, así que no he tenido que andar con un vestido de cuero y tacones altos. Es cierto que la ropa me queda un poco ajustada, pero no hay más remedio.

Entro en el salón y suelto un grito ahogado al ver a una joven sentada en nuestro sofá. Parece tan sorprendida por mí como yo por ella.

¿Quién demonios es la gótica que está en el piso? Tiene el pelo largo y negro, los ojos completamente negros y los labios rojos como la sangre. Parece que ya está preparada para Halloween, aunque no sea hasta la semana que viene. Lleva botas militares negras, unas medias negras, por supuesto, un vestido rojo oscuro a juego con su pintalabios y un abrigo negro.

—Hola. Soy Sienna —le digo, acercándome a ella.

Ella no me quita los ojos de encima, y yo hago lo mismo.

Duda un momento y mira hacia la cocina, donde se oye débilmente la voz de Denver. Luego se vuelve hacia mí.

—Hola…

Su voz es gangosa, en contraste con su atuendo y maquillaje. Parece ansiosa. La niña gótica continúa:

—Soy Madison.

Mis ojos se abren de par en par y miro hacia la cocina. ¿Esta es Madison? ¿La hermana pequeña de Denver y Phoenix? No me lo puedo creer. Me habían enseñado fotos de ella una vez, pero parecía una versión más joven de Phoenix. Pelo largo y rubio, un maquillaje más sutil y un vestido blanco de flores. Esto es exactamente lo contrario.

—Hola —le digo, sonriéndole ligeramente, porque todavía estoy sorprendida—. ¿Has venido a ver a Denver?

Nerviosa, junta las manos y asiente. Entonces mis ojos se posan en la bolsa de viaje que tiene a sus pies y caigo en la cuenta. El hecho de que esté en la cocina hablando con su madre no puede ser una buena noticia. ¿Cuántos años tiene? ¿Quince o dieciséis? Parece que se ha escapado de casa.

La puerta de la cocina se abre y entra Denver. Su expresión es dura, pero cuando me ve, sus ojos se abren de sorpresa y hace una pausa.

—Luego te llamo, mamá —murmura en su iPhone—. Adiós.

Denver termina la llamada, se guarda el móvil en los vaqueros y me mira. Tiene la boca ligeramente abierta y sus ojos nos miran a Madison y a mí. No esperaba que llegara a casa.

—Hola —dice con voz ronca, como si ignorara a su hermana—. Ya has vuelto...

—Sí —murmuro, cruzando los dedos nerviosamente.

El corazón me late más rápido porque él me mira, sin pestañear, y yo miro a Madison. Es imposible que quiera hacer lo que tenemos que hacer delante de su hermana pequeña.

—Bueno, pues ya os conocéis —dice Denver, señalando a Madison.

Ella sigue sentada en cuclillas, mirándole atentamente.

—¿Qué ha dicho mamá? —pregunta ella, y él la interrumpe de inmediato.

—Ahora no —gruñe—. ¿Qué crees que ha dicho?

Madison se encoge de hombros, impotente. Me da mucha pena. Le habla en un tono tan borde que ella se hace cada vez más pequeña en nuestro sofá. Madison tiene la postura encorvada, los hombros caídos y se muerde el labio inferior, nerviosa.

Por otro lado, también me interesa saber qué hace aquí y, lo que es más importante, cuánto tiempo se va a quedar.

—¿Que puedo quedarme? —dice, sonriente y con algo de esperanza.

Denver pone los ojos en blanco y niega con la cabeza. Luego se vuelve hacia mí.

—¿Podemos ir un momento a la cocina?

Asiento y, sin decir nada más, se da la vuelta y se marcha. Echo un vistazo a Madison, que se hunde cada vez más en nuestro sofá. Suspiro, me alejo de ella y entro en la cocina con Denver.

Está tenso. Lo noto en cada músculo de su cuerpo, y estoy segura de que no es así como se imaginaba nuestro reencuentro. Ni tampoco la conversación que se avecina. Denver cierra los ojos un momento y se pone las manos en las caderas. Cuando me mira, siento como si mil rayos me recorrieran el cuerpo. Tiene la mirada algo perdida y parece impotente. Estoy segura de que es por Madison y no por mí.

—Pensé que hablaríamos cuando volvieras —dice—. Pero entonces apareció Madison y...

—No tienes que darme explicaciones…

Sin pensarlo, me acerco a él y le cojo de la mano. Se estremece un segundo y me atrae hacia él. Estamos tan cerca que nuestros cuerpos casi se tocan. Mi corazón se acelera de nuevo y cuando me mira, las mariposas de mi estómago retoman el vuelo.

Joder, esa mirada me pilla totalmente desprevenida.

—Sí, lo sé —dice con voz ronca—. Tengo tantas cosas que explicarte, pero ahora...

—No pasa nada —le interrumpo, aunque quiero hablar con él.

Pero comprendo que ahora tiene que ocuparse de Madison. Es su hermana pequeña, y nuestros problemas tienen que pasar a un segundo plano, así que le respondo:

—Hablaremos más tarde.

—Vale —dice Denver, sonriéndome—. Gracias.

Busco su mirada y asiento.

—¿Por qué está aquí?

Denver mira al otro lado de la puerta, esperando que Madison no esté escuchando.

—No lo sé… —suspira—. Antes pensé que eras tú, cuando apareció en la puerta con su bolsa. Solo dijo que ya no podía aguantar en casa y que quería quedarse aquí, conmigo.

—¿Eso es todo? —repito, girando lentamente la cabeza para mirar también a la puerta.

—No —dice, masajeándose las sienes—. Ha cambiado tanto en el último año... Mírala... Te enseñé fotos de cómo era ella antes. He aceptado que se quede dos noches conmigo, pero luego tiene que volver a casa.

—¿Y qué te ha dicho? —le dirijo una mirada curiosa—. Se ha traído una bolsa enorme.

—Pues lo ha aceptado —dice, encogiéndose de hombros—. Pero no parece muy contenta…

—Está bien —le digo suavemente—. No me importa.

—Gracias, Sienna.

Denver me acerca a él, lo que me pilla por sorpresa. Sonriendo, le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra él. Me gusta estar cerca de él, aunque sé que aún tenemos que hablar. Respiro su dulce aroma y me acurruco aún más en su pecho. Denver lo nota y me pasa las manos por la espalda.

—Me alegro de que estés en casa —me susurra, y yo le miro.

Su sonrisa hace que las mariposas de mi estómago revoloteen a sus anchas. Los latidos de mi corazón se han duplicado en cuestión de segundos y mis hormonas están desatadas. Ya habíamos estado así de cerca antes, pero ahora me parece aún más surrealista.

Le devuelvo la mirada y él me quita la mano de la espalda para echarme el pelo hacia atrás. Trago saliva y me relamo nerviosamente. Los ojos de Denver pasan de mi boca a mis ojos.

Mi corazón amenaza con estallar y me aferro con más fuerza a su jersey. La tela es suave al tacto y, aunque es bastante gruesa, puedo sentir el calor de su cuerpo.

—Denver —susurro anhelante—. Quiero...

—Yo también —murmura, inclinándose hacia mí—. Lo siento.

No respondo a sus disculpas, sino que espero. Denver se acerca y siento su aliento en mi piel. Huele a menta y a su característico *aftershave* del que tanto he disfrutado estas últimas semanas. Un escalofrío me recorre la espalda. Estoy tensa y quiero que pase ya. No me importa si hemos hablado o no. Quiero que me bese.

Y vaya si lo hace. Sus labios se posan suavemente sobre los míos. Inmediatamente, le devuelvo el beso y me apoyo en su pecho. Suspiramos, nos entregamos al momento y cuando su lengua quiere entrar en mi boca, accedo. Denver me abraza con más fuerza, mientras sus dedos se clavan en mis caderas. Este beso es incluso mejor de lo que imaginaba. Mucho mejor que...

—¡Denver! —la voz de Madison nos separa, y pone fin a nuestro primer beso—. ¿Puedes volver a llamar a mamá?

Desconcertado, me mira y parpadea una vez para recuperar la compostura.

—Yo, bueno... —tartamudea, haciendo un gesto hacia el salón con la cabeza—. Debería ir a ver cómo está.

Asiento, aunque en este momento lo único que deseo es atraerlo hacia mí, hundir mis dedos en la tela de su jersey y volver a besarle.

Sin decir nada más, sale corriendo de la cocina.

Estoy aún más confusa que antes. Con suavidad, me llevo la mano a los labios. Todavía puedo sentir su boca en la mía y un increíble cosquilleo que se extiende por mi piel. Sonrío abiertamente y me quedo de pie, embobada.

Nos hemos besado.

***

Denver, Madison y yo estamos sentados en la mesa de la cocina, cenando. Intento actuar con normalidad, pero no es tan fácil. Denver y yo nos acechamos el uno alrededor del otro, como dos leones listos para la caza, pero que aún no saben del todo lo que piensa su contrincante. Desde nuestro beso de hace unas horas, las cosas se han puesto aún más difíciles. Necesitamos hablar para saber por fin qué esperar del otro. Ninguno de los dos quiere hacer nada malo, porque no queremos provocar otra pelea. Sus disculpas significan mucho para mí, y espero ansiosa el momento en que podamos estar a solas para hablar. Quiero saber qué le preocupa y a qué vino lo de sus colegas. Sé que me equivoqué al pensar que me veía como a una hermana pequeña, o al menos es evidente después del beso.

Cuanto más tiempo paso cerca de Denver, más necesito hablar con él. Necesito saber qué está dispuesto a hacer, porque así, si ocurre lo peor, tendré un plan para sobrellevar que me rompa el corazón.

Denver le ha cedido su habitación a Madison para que no tuviera que dormir en el sofá, lo cual me parece muy bonito. Ella se lo agradeció y desapareció en ella durante unas horas.

Mientras tanto, Denver y yo intentamos seguir con nuestras vidas. He avisado a Millie, Joy y Phoenix de que he vuelto a casa y luego me he metido un rato en mi habitación. No les he contado lo del beso. No quiero asustarlas innecesariamente.

Madison lleva unos *leggings* negros y un top también negro, como era de esperar. También se ha quitado el maquillaje y ya no da tanto miedo. ¿Qué habrá pasado para que cambie tanto?

—¿De dónde eres, Sienna? —me pregunta sonriéndome.

—Soy de cerca de Helena.

—Montana —responde orgullosa, y yo asiento con la cabeza—. ¿Y por qué estudias aquí?

—El motivo principal es el programa de estudios de Lincoln.

Denver se levanta y aparta su plato. Lo miro irse, y observo el movimiento de los músculos de su espalda bajo la fina camiseta

blanca que lleva. Tengo que disimular un suspiro delante de Madison.

—Voy a darme una ducha —dice Denver secamente y desaparece de la cocina.

Madison observa a su hermano mayor y se muerde el labio.

—Está enfadado —dice en voz baja, jugueteando con su plato pasta.

—¿Te sorprende? —le pregunto, mirándola como si la juzgara ligeramente—. Te has escapado de casa y…

—¡Tú también estás enfadada!

—No estoy enfadada —suspiro—. Tienes quince años, Madison. Podría haberte pasado algo por el camino.

Ella asiente con culpabilidad y sigue jugueteando con el plato. Cierro los ojos un momento, intentando pensar en qué decirle. No puede quedarse aquí para siempre y creo que ella lo sabe.

—Sí, lo sé —dice Madison, apretando los labios con complicidad.

Roza el plato con el tenedor, y emite ese molesto chirrido que me eriza la piel.

Venga, solo unos días...

—Vas a tener que hablarlo con Denver —le digo.

—Quizá, si le dices que no he hecho tan mal en venir, se lo tomará mejor —responde con una sonrisa—. Tú le caes bien.

Hay algo brillante en los ojos de Madison que me hace reír.

—No es lo que piensas —le digo sonriendo.

Luego me levanto y pongo mi plato en el fregadero.

—¿Y qué es, entonces? —pregunta Madison, con una risita—. Quiero decir, ya no soy una niña pequeña. Sé lo que hacéis…

Me giro y la miro con los ojos muy abiertos. La sangre se me sube a las mejillas y espero que no vea lo incómoda que me siento teniendo esta conversación, porque Denver y yo no hemos hecho nada. La primera vez que intentamos hacer algo, ella hizo todo lo posible por impedirlo. Aunque fuera sin querer. Madison se levanta y me sonríe.

No tengo ni idea de qué decir. Es la hermana pequeña de Denver. Sí, también lo es Phoenix, pero Madison es aún más

pequeña.

—No es lo que piensas —insisto—. Te lo digo de verdad.

—¿Y por qué no? — dice, sonriente, mientras deja el plato vacío al lado del mío—. La forma en que te mira y tú le miras... La forma en que os buscáis y no podéis quitaros las manos de encima...

Madison mueve las cejas como si supiera lo que pasa entre Denver y yo mejor que nosotros. Tal vez lo sepa, por la forma en que llevamos semanas sin ponernos de acuerdo. Gruño en voz alta.

—Es complicado —digo, aunque me cueste admitirlo—. ¿Qué hay de ti? ¿Tienes novio?

No está de más cambiar el rumbo de la conversación y hacerle preguntas a ella.

Las mejillas de Madison se ponen ligeramente rojas y se muerde el labio.

—Pues…

El rojo de sus mejillas se vuelve un tono más oscuro y cambia nerviosamente de un pie a otro. Mi pregunta la ha pillado por sorpresa.

—¡No es lo que piensas! —grita.

—Espero que no.

Denver pasa junto a nosotras, vestido solo con unos calzoncillos, y me guiña un ojo. ¿Tenemos que hacer esto? ¿Delante de su hermana? ¿No tiene ni idea de lo consciente que es Madison de ello? Parece que no. Luego se dirige a su hermana:

—¡Eres demasiado joven!

Me quedo mirando a Denver un momento y me doy mentalmente una palmada en la frente. ¿Cómo va a ser alguien joven para tener novio a los quince años? Eso es una gilipollez que solo podría venir de un hermano mayor. Me alegro mucho de no haber tenido nunca una relación íntima con Lawrence y de que no me haya puesto en situaciones tan embarazosas.

—Me voy a la cama —dice Madison, sacándome de mis pensamientos.

Luego, se gira hacia nosotros y suelta:

—Espero que paséis… Bueno, mejor no, de hecho. Por favor, hacedlo en voz baja.

—¡Madison! —gruñe Denver—. Piérdete un rato.

Madison mueve las cejas, con la intención de provocar a su hermano. Me tapo la boca con la mano para no reírme. Este intercambio no verbal entre hermanos es divertidísimo. Al final, Denver gana el concurso de miradas y Madison sale de la cocina.

—Bueno, lo dicho —dice ella, por encima del hombro—. Soy una invitada, Sienna. Por favor, en voz baja. No quiero oír cómo folla mi hermano.

—¡Madison! —grita Denver, molesto—. No quiero verte más. No te aguanto.

Nunca pensé que su hermana de quince años pudiera molestarlo tanto. Sonriendo, cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Qué? —pregunta Denver, mirándome con ojos grandes—. Es demasiado joven para estas cosas…

—¡Tiene quince años!

—Pues eso, demasiado joven —argumenta de nuevo, lo que me hace poner los ojos en blanco.

—Oh, Denver…

Me río y le doy un golpecito en el hombro al pasar. Ignoro el hecho de que me hormiguea la piel cuando lo toco. Denver me mira a los ojos y se relame, nervioso. Antes de que pueda decir nada, continúo:

—Tú ya le roneabas a alguna cuando tenías su edad, ¿verdad?

—Claro —gruñe, levantando las manos—. Y por eso pienso que es demasiado joven.

Me río y vuelvo a mirarle, antes de salir de la cocina.

13

Denver

La luz de la calle entra en el salón, de forma que no está completamente oscuro. Eso me molesta, porque prefiero dormir sin luz. Por enésima vez esta noche, me acomodo en el sofá y espero poder dormirme de una vez. Por supuesto, le he dejado a mi hermana mi habitación y mi cama. No me atrevo a dejarla dormir en el sofá. Aunque se lo merezca. Después de todo, se escapó de casa y le pegó un buen susto a mamá. La incomodidad del sofá habría sido un castigo piadoso para ella.

Todavía no sé muy bien qué le pasa y por qué se ha escapado de casa. Mamá tampoco ha sabido explicármelo y no me importa la opinión de John. No soporto a ese tipo y prefiero que no se meta en los asuntos de familia.

Como Sienna estaba de acuerdo, he aceptado que Madison se quede unos días con nosotros, a cambio de que mañana me cuente la verdad. Aunque dudo mucho que lo haga. Por lo que oí de la conversación entre Sienna y ella, tiene novio. Yo no lo sabía, y creo que Phoenix y nuestra madre tampoco. Madison tiene quince años… Sigue siendo una niña para mí. Siempre lo será. Los seis años que nos separan son muy diferentes a los dos años que nos separan a Phoenix y a mí.

Madison era una niña muy extrovertida, inteligente y muy guapa, con su pelo rubio y su piel clara. Obviamente, no soy un desquiciado: nunca llamaría «sexys» a mis hermanas, pero antes de esta fase suya, sin duda habría dicho que Madison iba a romper el corazón de algunos chicos. Con su pelo rubio y un maquillaje tan natural, llamaba la atención.

Desde que se hizo gótica, ha cambiado por completo. Una de sus razones para unirse a esta tribu urbana es la música. Ahora temo que su novio sea gótico. No puedo creer que pudiera cambiar tanto por un tío.

Suspiro y me coloco el brazo derecho bajo la cabeza. Luego cierro los ojos. Me alegro de que Sienna esté en casa. La he echado de menos los dos últimos días y ahora que está aquí, quiero hablar con ella. Sé que me pasé al prohibirles a los chicos que le tiraran la caña. Pero no podía arriesgarme a que uno de esos idiotas se le insinuara y le rompiera el corazón.

Al final resulta que no los necesitaba para eso, porque probablemente lo he hecho yo solito. El dolor que vi en sus ojos en la fiesta de Josh me partió en dos. No solo estaba enfadada conmigo en ese momento, sino que parecía que todo lo que había ido mal entre nosotros en las semanas anteriores había estallado al fin.

Por eso me ha sorprendido tanto que se aferrara a mí cuando nos hemos besado por primera vez hoy. Joder, vaya beso... No me arrepiento en absoluto. Si Madison no nos hubiera interrumpido, estoy seguro de que habría llegado mucho más allá.

Hasta ahora, había ignorado mis sentimientos por Sienna porque no estaba seguro de si eran reales o si solo intentaba echar un polvo. No se puede negar que Sienna es increíblemente guapa y que me he sentido atraído por ella durante semanas. Pero ese beso ha confirmado mis sentimientos. ¡Estoy enamorado de Sienna!

No tiene sentido evitar lo inevitable. No puedo ignorar lo que me hace sentir. Cuando me gritó en el restaurante y me dejó claro que se iba a buscar a otro tío, casi me vuelvo loco de celos. Aunque siendo sincero, en ese momento, no lo habría llamado *celos*. Solo quería protegerla.

¿Pero era lo único que quería de ella? Lo dudo mucho.

He deseado a Sienna desde el primer día. Primero físicamente, luego más y más, en todos los sentidos. Es increíble. Me encanta estar con ella, pasar tiempo juntos y estar deseando llegar a casa después de un largo día, porque ella está ahí.

Mi corazón se acelera en su presencia. Aunque suene un poco cursi, siento mariposas en el estómago y un cosquilleo en la piel cuando me toca y me sonríe. Y ahora parece que la he cagado con lo nuestro. Su mirada de dolor en la fiesta y el silencio sepulcral de estos días me han hecho perder la cabeza.

Así que aquí estoy, mirando al techo, sin hacer nada otra vez.

Me enderezo y miro la puerta de su habitación, que está cerrada. Aunque probablemente sea una idea estúpida, me atrae casi mágicamente. Podría argumentar que el sofá es incómodo. Por otro lado, también sé que ir a su habitación es una mala idea. Todavía no hemos hablado. Así que no puedo meterme en su cama y...

Sí, ¿qué voy a hacer? ¿Dormir con Sienna?

Me sobresalto al pensarlo y mi corazón empieza a latir más rápido. El sexo con Sienna debe ser como estar en el puto cielo. Mi polla siente lo mismo y empieza a subir lentamente en mis calzoncillos.

—Joder —gruño, cerrando la mano en un puño—. No me jodas…

De repente, me levanto y camino hacia la puerta de la habitación de Sienna. No puedo ser tan estúpido como para ir a verla. Pero aparentemente, lo soy.

Por dentro ya me estoy descojonando, porque Sienna no lo va a tolerar. No es como las otras chicas a las que he podido engatusar durante años. Sienna querrá hablar conmigo antes de que por fin podamos volver a besarnos y acercarnos. No solo me atrae su cuerpo; ahora lo sé. Sienna me hace sentir como en casa. Ella no me ve como un *quarterback* y una incorporación prometedora a la NFL, sino como el chico que soy. Ni mi popularidad, ni mi habilidad en los deportes, ni las apariencias pueden conquistarla. Eso me gusta.

Me detengo ante su puerta, levanto la mano y llamo. Como era de esperar, no oigo nada desde dentro. Respiro hondo y abro la puerta.

—Sienna —digo en voz baja—. ¿Sigues despierta?

—Sí —susurra—. ¿Qué pasa?

—¿Puedo entrar?

Oigo un susurro y se enciende la luz de su mesilla. Parpadea un par de veces antes de mirarme.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¿Yo? Sí… Bueno, no —tartamudeo y entro, esperando que no me eche—. El sofá es muy incómodo.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? —contesta, mirándome como si me juzgara.

Sí, ha sido buena idea dormir en calzoncillos, porque Sienna se muere de vergüenza cada vez que me ve así. Me encanta provocarla de esa forma.

—Pues... pensé que…

Ahora soy yo el que se muere de vergüenza. Me siento como un completo idiota. No suelo tener problemas para acostarme con una chica, la verdad. Me armo de valor y digo:

—Pensé que tal vez podría dormir contigo.

Sigo caminando hacia la cama.

—¿Quieres dormir conmigo? —pregunta—. ¿En mi cama?

—Sí.

Su boca forma claramente un *oh* y no puedo evitar sonreír. Por lo que parece, no se lo esperaba.

—No sé si es buena idea…

—¿Por qué? ¿Qué crees que va a pasar?

Hay que reconocer que es una pregunta muy estúpida. Ambos sabemos lo que pasará si me meto en la cama con ella. Sienna está loca por mí y yo por ella. Ladea ligeramente la cabeza y levanta las cejas, lo que me hace suspirar.

—Puedo irme si quieres —digo, retrocediendo.

Tengo la sensación de que no quiere que esté aquí. Llamar a su puerta no ha sido una buena idea, así que le digo algo para tranquilizarla:

—Lo siento. Que duermas bien.

Miro a Sienna un momento más, esperando que me detenga, por desgracia, no dice nada.

¿Qué esperaba?

Todo lo que podía haber salido mal entre nosotros ha salido mal. Ni siquiera el beso en la cocina ha podido cambiar la situación. Una visita mía a altas horas de la noche es la peor forma de convencer a Sienna de que yo... de que nosotros podemos tener algo. Finalmente, me doy la vuelta y me dirijo a la puerta.

—Denver —me dice con voz suave—. Puedes quedarte si quieres.

Me detengo bruscamente y me giro hacia ella. Sonriendo, Sienna me mira y da unos golpecitos en el lado vacío de la cama a su lado.

No necesito que me lo digan dos veces. Me acerco a la cama en dos zancadas y retiro las sábanas. Poco después, me meto en la cama. Sienna vuelve a tumbarse y se sube la manta hasta la barbilla. Sonriendo, me vuelvo hacia ella y arqueo las cejas.

—¿Tan tímida eres? —señalo la manta con la cabeza—. Eso es nuevo para mí.

—Cállate —dice—. Alégrate de que no te haya mandado al sofá.

Me río suavemente y me inclino hacia ella. Sienna se aparta, pero yo sigo inclinándome hacia ella. Estamos tan cerca que noto su respiración agitada en la cara.

—Muchas gracias, de verdad —respondo, recuperando por fin la cordura para mantener una conversación sensata, aunque mi cuerpo, y sobre todo *esa* parte de mi cuerpo, tiene en mente algo completamente distinto—. Sienna, deberíamos hablar.

Su expresión antes alegre se congela, como si le hubiera echado un cubo de agua encima.

¿Qué he hecho mal? Solo intento mostrar un poco de sentido común.

—¿Ahora? —responde, y yo me encojo de hombros.

—¿Por qué no? Sería un comienzo. Yo... Siento lo que hice. Solo pensé que... que sería mejor si... si te protegía de ellos.

Estoy satisfecho con mi respuesta. No quiero seguir hablando y cagarla. Primero, necesito saber qué piensa Sienna antes de continuar. Me cuesta revelarle mis sentimientos, aunque en algún momento tenga que hacerlo. No puedo andarme con rodeos eternamente.

—¿Protegerme? —pregunta Sienna, negando con la cabeza—. ¿De quién me proteges? Ya soy mayorcita, Denver.

—No lo eres —respondo, y a ella se le llenan los ojos de lágrimas de la frustración—. Quiero decir, yo... Quiero protegerte como... como lo haría con… Phoenix y Madison.

La mirada de Sienna se vuelve aún más atónita y, de un salto, echa hacia atrás las mantas y salta de la cama. Me incorporo y la miro.

Joder, lleva uno de esos *shorts* cortos y un top ajustado. Pero ese debería ser el menor de mis problemas ahora mismo, aunque mi polla, por supuesto, lo ve de otra manera.

—¿Me ves así? —exclama, apretando los labios para que su voz no suene demasiado fuerte—. Tú... Quiero decir, ¿piensas que soy como tu hermana?

—¿Qué? —exclamo, incorporándome para ponerme a su lado en la cama—. ¡Claro que no!

Sienna retrocede y se aleja de mí. La sigo hasta que choca con la cómoda y me mira con los ojos muy abiertos. La miro y aprieto las manos.

¿Qué coño he hecho mal ahora?

—¿Y cómo me ves? —pregunta, mirándome.

La incertidumbre brilla en sus ojos. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y una postura cada vez más defensiva y distante. Luego añade:

—Acabas de dejarlo perfectamente claro, y si ese es el caso, más te vale dormir en tu propia cama, con Madison.

—Sienna… —gruño, empujándola contra la cómoda para que quede atrapada entre ella y mi cuerpo.

Le desenredo los brazos y la cojo de la mano. Su piel está caliente y, cuando le paso los pulgares por el dorso de las manos, me mira. Su mirada es más furiosa y desafiante de lo que esperaba. Suspiro, apoyo la mano izquierda en la cómoda y le toco la mejilla con la derecha. Se estremece de inmediato cuando la rozo con las yemas de los dedos.

—Lo siento —le digo.

—Eso ya lo has dicho.

—Yo… —murmuro, acariciando su mejilla con la mano—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que te bese otra vez?

—Podrías, sí —responde maliciosamente—. Al menos así no me harías sentir…

Impido que acabe la frase y poso mis labios sobre los suyos. Sienna gime mientras la beso e intento que mi lengua acceda al interior de su boca. Me rodea el cuello con los brazos y la levanto. La dejo con destreza sobre la cómoda y me rodea la cintura con sus preciosas piernas. El beso es aún mejor que el primero en la cocina. Gimiendo, me apoyo en ella para que presionarla contra mi polla. La lengua de Sienna juega con la mía y sus pechos me aprietan el torso. La sensación de sus labios sobre los míos es demasiado agradable. Los latidos de mi corazón vuelven lentamente a la normalidad. Con cuidado, la empujo y separo mis labios de los suyos. Me mira con los ojos muy abiertos y tengo que reprimir una sonrisa.

—Y para que quede claro de una vez por todas —digo.

Apoyo la mano en su nuca para inclinarle un poco la cabeza. Me gusta esta postura.

—¿Tienes miedo de lo que voy a decir? —le pregunto.

—¡No pongas a prueba mi paciencia, Jones!

—Después de ese beso, ¿sigues pensando que te veo como veo a Phoenix y a Madison? Creo que es evidente que no y que ... nunca lo he hecho. Desde el momento en que entraste en mi apartamento, me dejaste boquiabierto, Sienna.

—¿En serio? —responde ella, sonriéndome.

No puedo creer que aún tenga dudas.

—Claro que sí —le digo, apretando de nuevo mis labios contra los suyos—. No quería que los chicos te tiraran la caña y te consideraran otra más porque…

No puede ser verdad que me esté costando hablar. Esto se me da de pena. Nunca había tenido que decir que estoy enamorado, porque nadie me importaba lo suficiente. Pero con Sienna es diferente.

—¿Por qué? —me pregunta acariciándome la nuca con las yemas de los dedos.

Un escalofrío me recorre la espalda y me inclino hacia ella.

Venga, que tú puedes.

La dejo ahí, expectante, y Sienna aumenta la presión sobre mi cuello, obligándome a levantar la vista de nuevo. Prefiero besarla a

decirle lo que siento.

—¿Puedo enseñártelo? —digo, intentando disimular, pero ella niega con la cabeza—. Una imagen vale más que mil palabras…

—No cuando te llamas Denver Jones —dice, sonriente—. Tú... tú has estado con todas esas chicas y no sé si yo soy distinta…

—Quieta parada. No es lo mismo —interrumpo—. Estoy intentando decirte que me gusta estar contigo.

De repente sonríe ampliamente y me acerca aún más.

—¿Te gusto?

Sienna suelta una risita y el brillo de sus ojos me dice que sabe que ha ganado. Ahora me tiene justo donde quiere. Con todo y con eso, suelta:

—Como te gustan estar con tus hermanas, ¿no?

—¡Sienna!

Cierro los ojos unos segundos, y medito mis próximas palabras.

—Tú me gustas más... Quiero decir, me he… enamorado de ti.

¡Ya está! Se lo he dicho.

Contengo la respiración y espero su reacción. Si no siente lo mismo y me aparta riéndose, no sé qué haré. Nunca me había sentido así. Nunca lo había dicho en voz alta. Tampoco sabría cómo afrontar el rechazo. El corazón se me acelera en el pecho y aprieto los labios con fuerza, esperando su respuesta.

—Me alegro —susurra—, porque yo también me he enamorado de ti.

El alivio invade mi cuerpo y siento que me derrumbo por dentro. Presiono mis labios contra los suyos, y le suplico que me deje explorar su boca con la lengua. Ambos gemimos. Levanto a Sienna y me doy la vuelta con ella en brazos para tumbarla en su cama.

14

Sienna

A la mañana siguiente de nuestra *reconciliación*, nuestro apartamento amaneció en un caos absoluto. Jones versus Jones: Denver le gritaba a Madison y viceversa. No había forma de calmar a esos dos hermanos. Phoenix también se sumó a la discusión, llegados a un punto. Al principio, se puso de parte de Madison, porque Denver se estaba pasando con su actitud y sus acusaciones. Pero luego el equilibrio de poder cambió drásticamente y Phoenix se pasó al bando de Denver, porque Madison también le había mentido sobre los motivos por los que se estaba quedando con nosotros.

Finalmente, cogí mis cosas y me fui. Como no tengo hermanos, no creo que pudiera calmar la situación, así que hui, antes de que cualquiera pudiera hacerme partícipe en la disputa.

Han pasado cuatro días desde entonces.

Apenas he visto a Denver en los últimos cuatro días. Quiere lidiar con el comportamiento de su hermana él solo, y tengo que aceptarlo. No importa lo difícil que sea para mí y lo mucho que me cueste entenderlo. Denver está enfadado con Madison, y también consigo mismo por no haber sido capaz de hacer que volviera con su madre. Ha estado entrenando y yendo a sus clases. Ayer también quedó con sus colegas. Siento que está haciendo todo lo posible para evitar hablar conmigo. Creo que no quiere hablar de nosotros y de si estamos juntos después de haber admitido que nos gustábamos en voz alta. O puede que no quiera hablar de Madison, a la que ha alejado de mí por completo.

Cierro la puerta del apartamento detrás de mí y dejo caer mi bolso al suelo. Luego me quito los zapatos y la chaqueta. Cuelgo la chaqueta en el perchero, junto a la de Denver. Es curioso: la primera vez que estuve en este apartamento, pensaba que aquí vivía una chica. Ni siquiera quería creer que mi compañero pudiera ser un chico. Y mucho menos uno tan sexy como Denver.

Está buenísimo, sí. La noche que pasamos juntos, nos abrazamos y nos besamos. No hicimos nada más. Ni sexo, ni caricias, ni nada. No creo que haya nada de malo en eso; no quería que nuestra primera vez fuera con su hermana pequeña en el apartamento.

—¡Hola! —oigo que me dice una voz, mientras yo doy saltitos y levanto la vista—. ¿Qué tal el día?

Denver está de pie frente a mí, sin inmutarse, tan solo me sonríe. Es como si no hubieran pasado cuatro días. En las últimas semanas, cada vez que hemos discutido, siempre ha actuado como si no hubiera pasado nada al cabo de unos días.

Hasta ahora, no me había molestado. Las cosas eran diferentes entre nosotros, y nuestros encontronazos solían ser por cosas triviales, como que no vaciara el lavavajillas o que se dejara los calzoncillos en el baño. Esta vez, sin embargo, no pienso perdonarle a la primera de cambio. Tiene que aprender que puede hablar conmigo y, lo que es más importante, que puede confiar en mí.

—Hola —le digo mientras me acerco a él—. Bastante bien, ¿y a ti qué tal te ha ido?

—Bien también —dice, metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros—. ¿Podemos... podemos hablar?

Suena como si estuviera lleno de esperanza, y no puedo evitar sonreír.

—¿Por fin me diriges la palabra? —pregunto, en tono juguetón —. ¡Qué bien!

Paso junto a él y me dirijo al salón, pero no llego muy lejos, porque él me agarra de la muñeca y tira de mí hacia él. Podría resistirme, pero no lo hago.

—Lo siento —dice Denver, suspirando—. No debería haberte ignorado los últimos días. He sido un mierda.

—Sí, un poco —respondo—. ¿Por qué me has ignorado?

—No suelo hablar de asuntos familiares fuera de casa. Prefiero hacer deporte y distraerme.

—Ajá…

Estoy enfadada con él. Para él es todo tan sencillo... Se sincera sobre sus sentimientos un día, se disculpa después de unos días

desaparecido, y ale, todo apañado. Pero así no son las cosas. ¿A qué se refiere con que no quiere hablar de ello fuera de casa? Me duele que yo sea «alguien de fuera de casa», después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

—Pensaba que lo que teníamos tú y yo era algo más que amistad —le digo sin rodeos—. Me dijiste que estabas enamorado de mí, y yo te dije lo mismo. ¿Ya se te ha pasado, Denver?

—Claro que no. ¡Sigo pensándolo! —exclama, casi aterrado.

Yo sonrío ampliamente. Denver respira hondo y se acerca a mí. Me coge de nuevo de la mano y tira de mí hacia el sofá. Nos sentamos juntos y entrelazamos los dedos. Luego, continúa:

—Lo que te dije la noche que entré en tu habitación… No fueron palabras vacías, en serio... Lo dije de verdad.

El corazón me da un vuelco y las mariposas del estómago reviven de nuevo. Al menos, esos bichitos han abandonado la actitud de tipa dura de los últimos días... Bueno, al menos por el momento. Denver me acerca y me planta un tímido beso en la frente. Sonrío y me acurruco contra él. Podría haberme besado como es debido, pero en este momento un gesto tan íntimo me parece igual de bonito. Un beso en la frente no se lo da a cualquiera.

—Me ha sentado mal —admito con sinceridad, mirándole a los ojos—. Podrías haber hablado conmigo, de lo que fuera.

—Lo sé —dice, abatido.

Baja la vista y se queda mirando nuestras manos, mientras dibuja pequeños círculos con el pulgar en el dorso de mi mano. Luego me dice:

—¿Todavía quieres hablar conmigo o... la he cagado?

Le sonrío.

—Vas a tener que sacar la artillería pesada si quieres librarte de mí, y lo sabes. ¿Y Madison?

Se queja, como si no pudiera creer que haya sacado el tema. Pero no pienso hundirme o, peor aún, darle la oportunidad de que me ignore. Quiero saber qué está pasando.

—Quería ir a un festival gótico en Tennessee —dice Denver, y luego suelta un largo suspiro—. Mamá y John no la dejaron, claro, así que se largó.

—Mítica reacción de adolescente —respondo y él se ríe y asiente.

—Sí, supongo. No entiendo qué le pasa. Todo ese cambio de estilo, su ropa… Y ahora intenta escaparse y presionar a nuestra madre…

—Tiene quince años —digo, apretándole la mano—. No te preocupes, estará bien.

—Ya, pero me preocupa —suelta, y yo pongo los ojos en blanco—. Tú no lo entiendes.

—¿Y por qué no? —le pregunto—. ¿Porque no tengo hermanos?

—No —susurra y se inclina hacia mí—. No debería haber dicho eso, lo siento. Desde que nuestro padre se fue, mamá no tiene a nadie que la ayude a criar a Madison.

—¿Y su novio? —pregunto, con cautela.

A estas alturas sé que no debe estar en el *top ten* de personas favoritas de Denver. Luego, añado:

—Si llevan juntos tres años, Madison tendría doce cuando empezaron a salir…

—No es nuestro padre, y no se ocupa del tema —suelta Denver—. Él no está criando a Madison.

—Denver —murmuro, inclinándome ligeramente—. Es la pareja de tu madre, y viven juntos. Con Madison. Claro que la está criando. ¿Qué crees que hacen, solo vivir en pareja?

—John no es nuestro padre —aclara de nuevo—. Mamá es la que puede cuidar de nosotros. Siempre lo ha hecho, porque nuestro padre casi nunca estaba en casa.

—Vale… —susurro, al darme cuenta de que estoy librando una batalla perdida.

Denver nunca admitirá que le haría un gran favor a su madre si se acercara un poco a John. Nunca reemplazará a su padre, pero esa tampoco es la forma de actuar. Aunque no conozco a John o a su madre personalmente, sé que esto no facilitará las cosas.

—¿Podemos hablar de nosotros? —dice, cambiando de tema de repente y sonriendo.

—¿De nosotros? —repito y le devuelvo la sonrisa.

Denver recorre los últimos centímetros que nos separan y presiona suavemente sus labios contra los míos. Poco después, me separo y respondo:

—Vale, hablemos de nosotros, pero la próxima vez que pase algo, me lo cuentas.

—Lo prometo —dice, como si fuera un suplicio.

Aún no estoy segura al cien por cien de que realmente lo sienta así. De momento, no me importa, porque prefiero mucho más a este Denver.

—Al principio solo pensaba que estabas buena —dice, y no puedo evitar reírme—. Cuanto más tiempo pasaba, más sentía por ti. Al principio, lo admito, el sentimiento solo era platónico. Quería protegerte de los chicos porque no creía que fueran lo bastante buenos para ti, como habría hecho con mis hermanas. Los conozco, sobre todo a Jake, Darren, Julien y Dan, y sé cómo se portan con las chicas.

Denver respira hondo y pienso en Phoenix y Jake. Realmente tiene una venda en los ojos y no sospecha que hay algo entre ellos. Luego continúa:

—Por eso les dije que eras mía.

—Vaya —respondo, sarcástica—. Eso no suena para nada tóxico.

—Ya sé que probablemente no fue lo más inteligente. A Jake le gustaba mucho tirarte la caña siempre que podía. Creo que sabía que sentía algo por ti mucho antes que yo. En el restaurante... No sé qué pasó, pero al final tuve que echarle la bronca. En ese momento, tú y yo estábamos bastante lejos de una amistad platónica, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso.

Asiento en señal de comprensión y le miro. Quiere que le crea y le perdone, y yo estoy dispuesta a hacerlo.

—Estaba tan enfadada contigo en la fiesta...

Dudo y pienso en Tyler, pero he decidido que es mejor no contárselo nunca a Denver. Aunque tengo miedo de que me explote el marrón en plena cara. Pero... ¿por qué iba a hacerlo? Tyler y Denver no tienen nada que ver, y si Tyler sabe que ahora soy de Denver, no dirá nada del beso. No es tan estúpido como para

meterse con Denver, Jake y Darren, los capitanes del equipo de fútbol. Miro a Denver a los ojos y confieso:

—Quería provocarte con el vestido y... probarme a mí misma que yo... no te necesitaba. Quería sacarte de mi cabeza.

—Pero no te funcionó, ¿eh?

Denver me mira con picardía y apenas puede evitar sonreír.

—No, la verdad… —le digo, poniéndole la mano en el cuello y acariciándolo—. Entonces, ¿lo dejamos estar de una vez? Los dos nos hemos lucido estas últimas semanas y podríamos habernos ahorrado muchos disgustos si hubiéramos hablado, ¿no es así?

—Bueno, pero ya lo hemos hablado —responde, besándome suavemente.

Disfruto de la sensación que me produce. Es mucho mejor que discutir o hablar de su situación familiar.

Denver me pone a horcajadas sobre su regazo y gime suavemente al besarme, mientras nos rozamos. Desliza las manos por debajo de mi jersey y sube por los costados hasta llegar a la banda del sujetador. Se me pone la piel de gallina y gimo suavemente cuando desliza las manos bajo la copa. Me acaricia la piel con dulzura y me agarra suavemente de los pezones, estrechándolos entre los dedos índice y pulgar.

—Denver… —jadeo durante el beso—. Sigue.

Sin dejar de jadear, nos separamos. Me sonríe y aparta las manos de mis pezones para pasarme el jersey por la cabeza. Los ojos de Denver se deslizan por mi cuerpo y se detienen en mis pechos. Por suerte, esta mañana he decidido ponerme un conjunto de encaje negro. Y pensar que podría haberme puesto un sujetador de algodón y unas bragas que no hicieran juego... Al menos Denver parece más que satisfecho con mi elección. Se inclina y me besa el cuello. Suspiro de placer y me aprieto más contra él. Vuelvo a rozarme contra su polla y él gime cuando deslizo la mano entre nuestros cuerpos para tocársela. Recuerdo que Joy me dijo que a los tíos les gusta que les toquen *ahí*. Mis exnovios estaban más preocupados por follar cuanto antes, así que no se preocupaban por los preliminares.

—Sienna —gime y pone su mano sobre la mía—, para, no sigas.

—¿No? —pregunto, sin saber cómo interpretar su reacción.

¿No le gusta? No debería hacer caso a Joy. Retiro la mano inmediatamente y le pregunto.

—¿Por qué no?

—Porque... —me corta y me acerca aún más a él—. No quiero ir deprisa contigo…

Suelto una risita y vuelvo a acercar mi boca a la suya. Denver me devuelve el beso y me agarra los pechos. Los masajea suavemente y yo dejo que mi pelvis ondee sobre la suya, lo que solo consigue excitarle más.

—Denver… —susurro separándome de él.

Me sonríe y yo me aparto y me pongo de pie. No me quita los ojos de encima mientras me desabrocho los vaqueros y me los bajo. No sé de dónde he sacado el valor para desnudarme delante de él. Nunca he sido de las que lo hacen, pero Denver me hace sentir segura. Sus ojos se deslizan por mi cuerpo y me atrae hacia él de un tirón, después de que me haya quitado los vaqueros y los calcetines.

—Eres tan sexy… —murmura contra mi vientre y lo besa suavemente—. Pero tan sexy, nena…

Un escalofrío me recorre la espalda y me muerdo el labio mientras él hunde sus manos en mis muslos y su boca recorre mi tripa hasta llegar a la parte que tanto lo desea. Jadeo cuando lleva la mano a las tiras de mis bragas y me las baja.

—Has hecho esto antes, ¿verdad? —me pregunta.

El nerviosismo me invade y no sé qué contestarle. Me he acostado con otros chicos, sí, pero más allá de eso soy muy inexperta. Mis exnovios nunca querían pasar por los preliminares y solían acabar rápido el polvo. Encima, el tío que tengo frente a mí se ha tirado a medio campus y, probablemente, a medio instituto. Si intento impresionarle con mi supuesta experiencia, esto puede salir mal. No importa cuántas veces lo haya hecho, él seguirá teniendo más experiencia que yo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto para ganar tiempo.

Estoy segura de que me he puesto roja, porque no estoy acostumbrada a hablar de sexo tan abiertamente. Luego, sigo tanteando el terreno:

—¿Acostarme con alguien, dices?

Necesito que Denver me mire, porque la verdad es que no creo que vaya a sonar muy sexy cuando le diga que no tengo experiencia en el sexo oral.

—Ya sé que sí —sonríe Denver y me besa la cadera, lo que me pone la piel de gallina—. Me refiero a si te han hecho *esto* alguna vez.

Confundida por lo que quiere decir, estoy a punto de preguntarle, pero entonces me baja las bragas y presiona su boca contra mi pubis depilado.

—Oh, joder… —jadeo, y me desplomo hacia delante. Me ha pillado tan desprevenida.

Mis dedos se clavan en sus musculosos hombros y susurro:

—No…

—¿No?

Denver se aparta y me mira. Como era de esperar, sonríe con suficiencia, porque le excita ser el primero. Luego, pregunta:

—¿Nunca te han hecho dedos o te lo han comido?

De nuevo, el calor sube por mis mejillas. En las últimas semanas, he podido darme cuenta de su talento con los dedos y la lengua. Ha sido imposible ignorar a todas las chicas que han venido al piso, por lo mucho que gemían y le suplicaban que las dejara correrse.

De repente, siento como si me hubieran echado un cubo de agua fría por la cabeza y empujo a Denver. Me mira con los ojos muy abiertos y quiere decir algo, pero al final no lo hace y me coge de las manos. Sin hacer ningún comentario, vuelve a estrecharme entre sus brazos.

—¿Qué te pasa? —pregunta—. ¿He dicho algo malo?

—No —susurro, porque en realidad no lo ha hecho—. Es solo que yo... Nunca había hecho esto antes.

Denver me mira y yo desvío la mirada.

Debería haber mentido y fingido que tenía toda la experiencia del mundo. En lugar de eso, acabo de admitir que no tenía ni idea y quiero alejarme a rastras. Me siento tan avergonzada delante de él… No tengo nada que ofrecerle. De nuevo, todas esas chicas aparecen por delante de mis ojos.

—Sienna…

La voz de Denver me saca de mis pensamientos y, antes de que pueda responder, vuelvo a inclinarme hacia delante, gimiendo. Ha deslizado la mano derecha entre mis piernas, por debajo de mis bragas, y recorre los labios de mis partes íntimas con delicadeza.

—¿Te gusta?

Le respondo con un vago movimiento de cabeza, mientras disfruto de la increíble sensación que está provocando en mi interior. Nunca había sentido nada igual. Toda mi vida sexual parece ahora una farsa. Lo que me está haciendo es demasiado bueno para habérmelo perdido en los últimos años. Denver me rodea el clítoris con el pulgar y me hace gemir con fuerza, y luego me muerde la lengua.

—Denver, por favor —jadeo—. Sigue… Sigue…

—¿Así está bien? —me responde, deslizando dos dedos dentro de mí.

—Sí, muy bien… —digo, susurrando y con los ojos cerrados—. Joder... sí.

Denver sigue haciendo círculos con el pulgar sobre mi clítoris y me mete los dedos con más fuerza. Una tormenta de sensaciones despierta en mi interior. Quiero estallar. Mis dedos se clavan en sus hombros, y él saca y mete sus dedos aún más rápido. ¿Es normal que tarde tan poco en llegar al límite? Normalmente, me lleva un tiempo sentir cierto placer. Pero ahora parece que sus dedos pueden hacer que me corra sin esfuerzo alguno. Me besa suavemente en la cadera y me lame con dulzura en la parte más húmeda de mi entrepierna.

—Ya casi estás… —susurra—. Córrete en mi boca, Sienna...

El clímax crece cada vez más en mi interior y me aferro a sus hombros. Cuando enrosca suavemente sus dedos dentro de mí,

exploto. Me sujeta por la cintura, mientras el orgasmo me invade y me besa la tripa. Unos instantes después, suelto un grito ahogado.

—¡Joder! Ha sido increíble.

Denver saca sus dedos de mí y me sujeta por la cintura sobre su regazo. Le miro y le devuelvo la sonrisa.

—Me alegro de haber podido ampliar tus horizontes sexuales...

—¡Denver! —digo, casi chillando, con las mejillas rojas como un tomate.

Él sonríe y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Luego lo miro y le digo:

—No digas eso.

—¿Qué quieres que haga? —me pregunta—. ¿Que te dé las gracias por haberme dejado ser el primero en meterte los dedos?

—Eso tampoco —digo, indignada, y suspiro—. Cállate, anda. No digas nada más, por fa.

Denver sonríe y aprieta sus labios contra los míos con tanta suavidad que me dejo llevar en ese beso mientras suspiro.

—No te gusta que te digan guarradas, ¿verdad? —dice, sonriente y vuelve a besarme—. Es una pena, porque a mí me gusta bastante…

—Deja de burlarte de mí —respondo—. No soy como las otras chicas que...

—Sienna —me corta, poniéndome los dedos con fuerza en las caderas—. No quiero a otra chica, ¿vale? No lo decía con malicia. Relájate.

No estoy segura de poder relajarme como él espera que lo haga. Sin contestar, me acurruco contra él y aprieto suavemente mis labios contra los suyos.

Denver se levanta conmigo en brazos y me deja rodearle la cintura con las piernas. Me lleva desde el salón hasta mi habitación y abre la puerta. La cierra de una patada y me deja delante de la cama. Indecisa, miro hacia atrás, hacia el colchón, y luego hacia él. Me sonríe y me acerca a él. Los labios de Denver presionan los míos, y luego bajan por mi barbilla y mi cuello hasta mi escote. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —murmura mirándome.

—Denver… —susurro, llenándome de valor.

Él se aparta y vuelve a mirarme a los ojos, así que le digo:

—Quítate la ropa.

Levanta las cejas y me mira con una sonrisa. Luego asiente y coge el dobladillo de la camiseta para quitársela. Me muerdo los labios al verle allí de pie, con el torso desnudo, y camino hacia él. Con cuidado, extiendo la mano y le acaricio el pecho y los abdominales.

—¿Quieres que me quite algo más? —dice, jadeante, mientras le miro.

Sus ojos azules se cruzan con los míos y algo brilla en ellos, como si fuera un niño pequeño que acaba de desenvolver el regalo que tanto ansiaba.

—Sí, eso es justo lo que te he pedido —respondo con una sonrisa.

Denver me mira y se baja la cremallera de los vaqueros. Se los baja y se los quita de una patada, junto con los calcetines, como yo hice antes con los míos en el salón.

—¿Y ahora, qué?

Miro su cuerpo, que ya he admirado unas cuantas veces.

—Te gusta, ¿verdad? —dice, sonriente, mientras se acerca a mí —. Sé que, desde el primer día, te mueres cada vez que me ves en calzoncillos o paseándome en toalla.

—Tal vez… —admito con un tono misterioso, mientras le paso los dedos por los abdominales—. Las vistas merecen la pena.

—Ni te imaginas lo agradables que se van a volver las vistas ahora mismo —murmura, apretando sus labios contra los míos.

Le rodeo el cuello con los brazos y retrocedemos dos pasos, antes de caer juntos sobre la cama.

15

Denver

Como no me he portado muy bien con Sienna estos últimos días, me alegro de que no me haya mandado a la mierda. Pero ahora que me ha perdonado por todo el asunto de Madison y hemos hecho las paces, me siento mucho mejor.

Sienna está preciosa, tumbada delante de mí con su conjunto negro de encaje, mirándome con actitud tímida pero apasionada. Me inclino y aprieto los labios contra los suyos. Sienna me rodea el cuello con los brazos y se acurruca contra mí. Su cuerpo se aprieta contra el mío y ambos gemimos cuando nuestras partes se rozan. El beso se vuelve más caliente y, cuando abre ligeramente los labios, aprovecho para deslizar la lengua en su boca. Para dejarle ver cuánto la deseo, dejo que mi pelvis se contonee con la suya. Está buenísima y ni siquiera lo sabe. Antes, en el salón, me he dado cuenta de que no tiene ni idea del cuerpo que tiene y del poder que irradia de ella. Sienna me vuelve loco. Rebosa sensualidad e inocencia. Jamás habría dicho que era la primera vez que le hacían dedos o que se lo comían. ¿Con qué clase de idiotas estaba, que no querían explorar ese paraíso? Ha sido increíble sentir su calor empapando mis dedos y ver cómo se dejaba llevar cada vez más.

Aparto mis labios de los suyos, y la hago suspirar de frustración.

—Todo a su tiempo —le explico, con una sonrisa.

Deslizo la mano derecha bajo su espalda para buscar el enganche de su sujetador. Sienna me devuelve la mirada. Estiro y el cierre se abre.

—¿Sigo? —le pregunto aun así, mirándola a los ojos.

A estas alturas no suelo preguntar a mis rollos si quieren seguir. Una vez que están debajo de mí, ya no hay dudas. Pero con Sienna es diferente. Ella es importante para mí y si no está lista para

acostarse conmigo, me parece bien. Esperaré por ella. Joder, menudo pagafantas estoy hecho.

—Sí —susurra, dedicándome una sonrisa irresistible.

Sienna se quita los tirantes del sujetador con una delicadeza tan sensual que creo que voy a correrme con los calzoncillos puestos. Espero que sepa lo sexy que está cuando se quita al fin el sujetador y veo sus tetas por primera vez. Sus dulces pezones rosados me llaman la atención, así que no puedo evitar llevármelos a la boca. Sienna gime de inmediato cuando rodeo su pezón con la lengua hasta que consigo endurecerlo. Luego hago lo mismo en el otro lado. Menos mal que ya se lo he comido en el salón… Así estará más que mojada para mí. Pero no estoy dispuesto a dárselo todo otra vez sin correrme yo.

Sus pezones se ponen aún más duros cuando deslizo la mano dentro de sus bragas para humedecerme los dedos. Sienna empuja su pelvis hacia mí mientras introduzco lentamente mis dedos en su interior. Me pone demasiado cerdo que ningún hombre la haya tocado así. Que nunca se haya corrido en los dedos, los labios y la lengua de otro hombre antes que yo. Sienna ya no es virgen, pero su nivel de experiencia es tan bajo que parece que lo fuera.

—Joder, Denver —gime—. No pares…

—No pienso parar. Sé que te gusta —respondo, arrogante, y veo cómo le brillan los ojos al mirarla.

Deslizo los dedos más adentro y presiono el clítoris con la palma de la mano. Sienna aprieta los labios para no gemir. Repito ese truco unas cuantas veces más y dejo que mis labios rodeen sus pezones.

—Denver, por favor —susurra—. Me voy a correr otra vez...

Me inclino hacia ella y aprieto mis labios contra los suyos. Sienna me devuelve el beso, y empuja su pelvis hacia mis dedos, ansiosa por llegar al orgasmo. Justo antes de que se corra, saco los dedos y le sonrío. Sus ojos se entrecierran, y eso me hace reír. Vuelvo a besarla y me alejo de ella. Me sigue con ojos cautelosos. Sus mejillas se sonrojan y su pecho sube y baja por la excitación.

—¿Por qué paras? —me pregunta, y yo le devuelvo la mirada.

—Porque quiero estar dentro de ti cuando vuelvas a correrte —le digo y le planto un beso en la comisura de los labios.

Sienna se pone aún más roja y se muerde el labio. Entonces me aparto de la cama y me bajo los calzoncillos.

Me los quito de una patada, junto con el resto de la ropa, y le sonrío. Sienna no aparta los ojos de mi polla, lo que me hace sonreír. Vuelvo a subirme a la cama con ella y le agarro las bragas. Ella no se resiste cuando se las quito y gimo cuando me muestra lo húmedo que está su coño. Cuantísimas veces me lo he imaginado, pero aun así supera todas mis expectativas. Sienna es preciosa, por dentro y por fuera.

Le agarro las rodillas para acercarla más a mí.

—Joder, nena… —susurro y le doy un beso en la rodilla derecha, lo que la hace reír—. Te he imaginado tantas veces…

—Yo también… —confiesa, y si no la tuviera tan dura, mi polla se habría hinchado aún más. Luego me dice:

—Tengo unos cuantos condones en mi mesita de noche. En el primer cajón.

Asiento y me inclino sobre ella para rebuscar en él. Estoy a punto de preguntarle por qué tiene condones escondidos en su habitación, pero lo dejo pasar. Sé que Sienna no ha estado con nadie más, o al menos me he convencido a mí mismo de que no. Aun así, pensarlo me vuelve loco. Aunque no tengo derecho, teniendo en cuenta la cantidad de chicas con las que me he acostado en las últimas semanas. Así que me ahorro las preguntas sobre condones, porque creo que cortarían el rollo bastante.

—Me los dio Joy —dice, como si pudiera leerme la mente, y me besa el pecho.

Sus dedos bajan suavemente por mi vientre hasta el pubis y vuelven a subir. Aprieto los labios para no gemir de frustración por haberme negado a que me toque. De repente, Sienna se detiene y dice:

—Sé lo que te dije... y yo... pensé que podría hacerlo…

Ahora soy yo quien sabe a qué se refiere, aunque no me lo diga de forma directa. Coloco los condones en la manta junto a su cabeza.

—Oye —digo en voz baja, poniéndole la mano en la mejilla—, lo sé, pero ahora no importa.

No es verdad del todo, pero decirle cualquier otra cosa estaría fuera de lugar. Casi estallo de celos cuando amenazó con ligarse a alguien en la fiesta de Josh, pero aun así, le digo:

—Lo que pasó antes de mí, antes de nosotros dos, no importa. Te deseo a ti y solo a ti.

Sienna sonríe y se inclina hacia mí. Me pone la mano en la nuca y tira de mí para besarme suavemente. Gimo, me rindo a ella y froto mi polla contra su húmedo coño un par de veces.

—Denver —gime, clavándome los dedos en los brazos—, házmelo.

Su mirada ardiente se cruza con la mía y yo trago saliva. Me doy prisa para buscar un condón. Abro el envoltorio, lo saco y tiro el envoltorio vacío al suelo. Sin dejar de mirar a Sienna, me lo pongo y compruebo dos veces que está bien puesto. Sus ojos pasan de mi cara a mi polla. Sé que está nerviosa. Suavemente, agarro sus muslos y los pongo a cada lado de mí. Sienna gime cuando bajo la pelvis.

—Denver… —jadea cuando le pongo los antebrazos junto a la cabeza y le retiro suavemente unos mechones de pelo—. Ha pasado mucho tiempo... Quiero decir, yo...

Sienna aparta la mirada, pero le pongo la mano en la mejilla y la obligo a mirarme de nuevo. El rubor de su rostro delata lo incómoda que está con la situación, pero no digo nada. En lugar de eso, aprieto los labios contra los suyos y la beso, y voy metiéndome en ella centímetro a centímetro. Sienna arquea la espalda y cierra los ojos. Está más tensa de lo que esperaba. ¿A qué se refería con «hace tiempo»? ¿Con cuántos hombres se ha acostado? Es como si yo fuera el primero. Le doy mucho tiempo para que se acostumbre a mí y no me muevo hasta que estoy seguro al cien por cien de que se ha adaptado a mí.

—Denver —respira, abriendo los ojos de repente—. No pares, házmelo.

Sus ojos se cruzan con los míos y me quedo completamente sorprendido. La forma en que me mira, con tanta elegancia,

emoción, estima y amor… Es demasiado para mí. Nunca una chica me había mirado así, o yo nunca me había dado cuenta. No sé por qué, pero con Sienna es diferente. Ella ha puesto mi vida sexual patas arriba. Aunque hasta ahora no hayamos hecho nada. Gimo con fuerza mientras la saco, y luego empujo con más fuerza. Siento la estrechez y la humedad de sus partes. Agarro sus manos, que aún están clavadas en mis brazos, y entrelazo nuestros dedos por encima de su cabeza.

—¿Quieres que…? —digo—. ¿Quieres que vaya más deprisa?

Nunca había hecho una pregunta así. Siempre he sabido intuitivamente qué hacer. Bueno, con Sienna también lo sé, pero quiero que sea perfecto para ella. Quiero que recuerde esta vez que nos acostamos el resto de su vida.

—Sí —responde— y bésame, ¡por favor!

Sonrío, obedezco y poso mis labios sobre los suyos. Mi corazón está a punto de estallar mientras la beso al mismo ritmo que la penetro. No solo me vuelve loco, sino que hay una intimidad que nunca había sentido con otras chicas. El sexo con Sienna supera todo lo que he vivido hasta ahora.

Nuestras lenguas se enfrascan inmediatamente en un juego apasionado mientras muevo las caderas hacia delante y hacia atrás, cada vez más rápido. Tener a Sienna debajo de mí es perfecto, y la forma en que acepta mis sacudidas al tiempo que me besa casi hace que me corra.

—Joder… —gimo, mientras hundo la cara en el pliegue de su cuello.

Lamo su piel, y la marco mientras agarro sus caderas con las manos.

Empujo con más fuerza, y se la meto hasta el fondo. Sus gemidos me dicen que lo estoy haciendo bien y que no le importan que follemos más duro. Como siento que en cualquier momento voy a acabar y estoy desesperado por correrme a la vez que Sienna, deslizo la mano entre nuestros cuerpos y le acaricio el clítoris.

—¡Sí, joder! —jadea, arqueando la espalda mientras froto con más fuerza mi mano, sabiendo que le da placer.

Para volverla aún más loca, acelero de nuevo el ritmo y noto cómo sus músculos se tensan a mi alrededor.

—Voy a correrme —le digo, acercando mi boca a la suya—. Córrete conmigo, nena...

Sienna asiente y yo se la saco de nuevo. Entonces ella me mira directamente a los ojos y, justo cuando está a punto de decir algo, la penetro una última vez, tomando suavemente su clítoris entre el índice y el pulgar y sin dejar de mirarla a los ojos.

Es entonces cuando ambos saltamos por el precipicio. Me derrumbo sobre ella, gimiendo, y los espasmos de su sexo me roban mi última pizca de cordura. Froto mi polla contra ella, me corro dentro y, por primera vez en mi vida, me arrepiento de haber usado condón. Aunque es evidente que había que hacerlo. Me he sentido tan a gusto que me habría gustado correrme sin ninguna barrera entre nosotros. Para hacer que su orgasmo dure aún más, acaricio su clítoris con delicadeza mientras la miro.

—Dios… —murmuro, besándole el hombro antes de volver a hundir la cabeza en su cuello.

Sienna me acaricia el cuello y siento que se relaja lentamente y me libera, para que pueda salir de ella. No quiero aplastarla con mi cuerpo. Pero cuando intento apartarme, me sujeta con fuerza.

—No lo hagas —susurra—. Quiero sentirte un momento más.

—Peso demasiado —susurro, mientras me hago a un lado.

Antes de que pueda volver a protestar, la atraigo hacia mí.

Tiene los ojos cerrados y apoya la cabeza en mi hombro, mientras nuestros cuerpos se acomodan. Los últimos minutos han sido una locura. El polvo con Sienna ha sido inexplicable. Espero que ella haya sentido lo mismo.

Permanecemos en silencio durante unos minutos, en los que miro al techo y la estrecho entre mis brazos, hasta que poco a poco vuelvo a la vida y quiero quitarme el condón.

—Sienna… —susurro y le beso el pelo.

Eso es algo que nunca había hecho después de acostarme con alguien. Me estoy convirtiendo en un pringado por ella. La miro y le digo:

—Voy a quitarme el condón. Enseguida vuelvo.

Murmura algo que no entiendo y empieza a moverse lentamente. Al final se recompone y me deja levantarme. Sonrío, la miro y le pongo la mano en la mejilla. Sienna acurruca la cara en ella, me inclino y la beso suavemente.

—Ahora vuelvo —le digo—. ¿Pedimos algo de comer? Tengo hambre.

Miro a Sienna un momento y me dispongo a levantarme, pero ella me coge de la mano y me detiene.

—¿Eso es lo que se hace?

—¿El qué? —pregunto, alzando las cejas—. ¿Pedir comida?

—No sé —murmura Sienna, algo avergonzada y mirando a su alrededor como si necesitara encontrar algo para disimular—. Nunca me había acostado con alguien en pleno día.

—Oh —contesto con una sonrisa—. Bueno, pues olvida lo que estés pensando. Ha sido un polvazo, y ahora voy a quitarme el condón y vamos a vestirnos, comer, descansar y hablar.

—Vale —dice vacilante, pero sin dejar de sonreír.

Sienna se inclina y me besa y luego se aparta para decirme:

—Bueno, date prisa. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Y luego tenemos que bajar la comida —sonrío y muevo las cejas—. ¿Cómo se te da montar? Ya sabes que no me refiero a un caballo…

Sienna se pone roja al instante y me da una palmada en el pecho.

—¡Vete ya, anda! —grita—. Voy a vestirme.

Sin dejar de sonreír, le planto otro beso en los labios antes de desaparecer.

16

Sienna

Un par de días más tarde.

Me siento como en una nube. El problema con Madison también se ha resuelto. Después de hablar con su madre, volvió a casa. Las cosas van bien con Denver. Casi demasiado bien, apenas puedo creerlo. Después de acostarnos por primera vez, pedimos una pizza, hablamos y echamos otro polvo esa noche, hasta que nos quedamos fritos por el agotamiento. Así seguimos los dos días siguientes, hasta que tuve que parar porque estaba un poco escocida. No estoy acostumbrada a tener una vida sexual tan activa y satisfactoria. Denver, en cambio, parece estar hecho para cualquier tipo de deporte. Solo de pensar en sus firmes músculos y en el movimiento de sus caderas al metérmela me pongo cerdísima. No es solo el sexo. También somos increíblemente compatibles como personas, y hemos consolidado la amistad que ya teníamos ahora que estamos juntos. Nos reímos mucho, pero también hablamos de cosas serias como el futuro o nuestros padres. Denver sigue sin hablar apenas de su padre y también evita el tema de Madison. Sigue enfadado con su hermana pequeña y sé que le ha molestado mucho, pero no puedo obligarle a hablar conmigo de ello. Aun así, espero que pronto me cuente lo que se le pasa por la cabeza.

Hoy juegan los Lincoln Tigers y Phoenix, Millie, Joy y yo vamos de camino al estadio. Mis amigas aún no saben lo nuestro. Quiero decírselo en persona, no en plan cutre, por un mensaje. Denver y yo no hemos hablado de hacerlo oficial. Después de todo, solo han sido unos días de mucho sexo. Para nosotros, la línea entre la amistad, el sexo y una relación se difuminó en algún momento, así que no escogimos un día X en el que empezamos a salir. Simplemente, estamos saliendo, y ya.

Teniendo en cuenta lo rápido que han bajado las temperaturas en Illinois, todos llevamos unos chaquetones bien gordos. Phoenix es la única que tiene una chaqueta con el número diez de Denver y el apellido Jones en la espalda. Me gustaría preguntarle qué piensa Jake de que ella no lleve la suya, pero no quiero liarla. Joy aprovecharía la situación para preguntarme por Denver y por qué no llevo una chaqueta con su número.

No tengo ni idea de cómo decirle a Phoenix que estoy enamorada de su hermano y él de mí. Nuestra amistad es importante para mí, pero también lo es mi relación con Denver.

—¡Tierra llamando a Sienna! —Joy me chasquea los dedos en la cara, lo que hace reír a Millie y Phoenix. —¿Sacamos la entrada o qué?

—Oh, perdón —respondo, entregándosela al personal del estadio para que la escanee—. Muchas gracias.

Sigo a los demás a través del control y me encuentro con un puñado de caras sonrientes. Pongo los ojos en blanco y evito sus miradas. No puedo ocultar durante mucho más tiempo que algo en mi vida ha cambiado radicalmente.

—¿Qué te pasa? —pregunta Millie mientras nos dirigimos a nuestros asientos—. Estás empanada y sonríes todo el rato como si…

Sorprendida, me detengo y las miro. Sin duda se han dado cuenta. Miro rápidamente a Phoenix, que me lanza la misma mirada curiosa. Me han pillado, pero de momento me hago la tonta. Puede que Millie solo esté siendo amable y yo me esté estresando por nada.

—Yo ... ¿Estoy sonriendo? —murmuro—. ¿Qué dices, tía?

Joy se ríe y me rodea con el brazo.

—Sí, sí, risitas… —dice—. ¡Tienes la cara de alguien que ha echado un polvazo!

—¡Joy! —grita Millie inmediatamente, lo que me da tiempo para intentar salir de esta.

Aun así, siento que el calor sube dentro de mí y mis mejillas se sonrojan. Mi amiga la pudorosa continúa:

—¿Siempre tienes que ser tan... directa?

—Pues claro —dice secamente—. Va, Sienna... ¿Quién te ha dado una alegría?

¿No puede cerrar la boca por una vez en su vida? Solo una vez, joder, para no tener que dar explicaciones. Especialmente delante de Phoenix. Después de todo, ha sido su hermano quien *me ha dado esa alegría*.

—¡Eres un caso! —exclama Millie y gira sobre sus talones.

Miro a Phoenix, que asiente y sigue a Millie. O no se ha dado cuenta, o no quiere hacerlo, porque no soporta pensar en Denver y en mí. De nuevo, me imagino lo peor. Phoenix me mandará a la mierda y pensará que soy una zorra que le rondaba para acostarse con su hermano. Seguro que cuando se entere, ya no querrá ser mi amiga.

—Es Denver, ¿verdad? —pregunta Joy en voz baja, mientras andamos detrás de Millie y Phoenix.

La miro y aprieto los labios. ¿Qué coño hago ahora? *Sí, es Denver y no puedes ocultárselo a Joy. Tiene un sexto sentido.*

—Ni una palabra a Phoe —susurro—. Tengo que decírselo con tacto.

—¡Estoy tan feliz por ti! —grita y me abraza—. ¿Por fin ha dejado de cagarla el muy imbécil?

Phoenix y Millie se vuelven hacia nosotras y levantan las cejas. Les hago un gesto para que no se acerquen y empujo a Joy, que me mira disculpándose.

—Lo siento —dice—. Me alegro mucho por ti.

—Gracias —digo, y una amplia sonrisa se dibuja en mis labios —. La verdad es que me ha dejado seca.

Le guiño un ojo a Joy y antes de que pueda contestar, corro hacia Millie y la rodeo con mis brazos.

—¿Está contento Darren de que su entrenadora personal venga al partido?

Como era de esperar, mi mejor amiga se sonroja y esquiva mi pregunta. Me da un poco de pena que esté enamorada de Darren, porque él ni siquiera se fija en ella. Excepto cuando ella habla de fútbol, entonces no pueden parar de hablar. Que Millie sepa tanto de fútbol y sea tan estratega es realmente asombroso. El entrenador

Flanders podría aprender mucho de nuestra amiga. A veces, los chicos incluso le preguntan cómo habría planteado ella las jugadas. Cuando se trata de fútbol, se olvida de su timidez y se pone manos a la obra. Por desgracia, Darren es demasiado imbécil para tomarse en serio a Millie. Es un desperdicio estar perdidamente enamorada de ese *macho man*. Se merece algo mucho mejor.

Suspiro en silencio. Quizá estemos todos equivocados y Darren sea el indicado para ella, pero su estilo de vida es tan opuesto al de Millie que, a simple vista, no puede funcionar,

—No sé yo… —contesta ella, haciéndose la desentendida.

Las tres ponemos los ojos en blanco. Nuestra amiga continúa:

—A Darren no le importo una mierda.

—Oh, Millie Mouse… —dice Joy y luego suelta una risita—. Darren es un imbécil.

—Definitivamente —dice Phoenix, haciendo ver que está de acuerdo—. Es amigo de mi hermano, así que no puede ser muy espabilado.

—Denver no es un idiota —suelto en defensa de mi compañero de piso.

Su hermana levanta las cejas, extrañada.

Vaya, Sienna, no puedes meter más la pata.

—Claro que no. Es un gilipollas, ¿a que sí? —responde Joy, lo que me salva—. Y lo de Jake ya…

Esta pregunta silencia de inmediato a Phoenix y formulo un silencioso «gracias» en dirección a Joy. Aun así, sé que tengo que contárselo a Phoenix y a Millie.

***

El partido está reñido y vamos perdiendo por un gol de campo, lo cual es un desastre. Tres puntos no es nada. Los Florida State tienen el balón a tan solo dos minutos. El equipo ha llegado al cuarto *down*[1], y puede ir a por el ensayo o patear un gol de campo. Pero parece ser que todavía están demasiado lejos de la zona de anotación para intentarlo. Nerviosa, me froto las manos y sigo

mirando hacia el banquillo, donde Denver está sentado con Jake, analizando las jugadas. Tyler está de pie a unos metros de ellos.

No he visto a Tyler a solas desde el beso en la fiesta de Josh, así que eso es algo que tener en cuenta. Sé que Denver y él se han hecho muy amigos, lo cual no me encanta. Si Tyler le menciona a Denver que me metió la lengua hasta la garganta, se va a volver loco. Le dije que no había habido otros chicos. De todos modos, en el plano sexual, es cierto. Por otra parte, Tyler y yo nos besamos y fue un buen beso. Sabía lo que hacía y cómo usar la lengua. Nada comparado con los besos de Denver, pero eso es en parte por lo que siento por él.

La ofensiva de los Florida State se prepara y miro hacia el campo, hipnotizada. El *center*[2] le pasa el balón al *quarterback*, que retrocede unos pasos. Me sorprende que sigan intentándolo, pero no tengo ni idea de lo que sucede.

—¿Por qué no han marcado un gol de campo? —le pregunto a Millie.

—Están demasiado lejos de la zona de anotación —responde ella, mientras Darren se precipita de repente por la izquierda y placa al *quarterback* del equipo de Florida. Ambos caen al suelo.

—¡Ha sido increíble! —exclama mi amiga—. ¡Vaya locura de placaje!

—Sí, una pasada… —respondo, con la esperanza repentina de que no le pase nada a Denver.

Odio cuando le placan. Siempre sufro el doble con él, incluso el triple. Él se burla de mí y dice que voy a tener que acostumbrarme. En la NFL, será incluso peor de lo que es ahora en la universidad, porque se enfrentará a jugadores defensivos de un calibre totalmente distinto.

—Denver vuelve al campo, atenta —dice Millie, como si yo no entendiera ni lo más básico—. Esta jugada va a funcionar, aunque el balón aún podría volver a los Florida.

Asiento con la cabeza y miro a Joy, que está inusualmente distraída, mirando fijamente a la línea de banda.

—¿Qué estás mirando? —le pregunto, pero ella se desentiende y mira hacia el campo.

—¡A por todas! —dice mi amiga.

Tengo la sensación de que está evitando mi pregunta. Uno de los jugadores la tiene preocupada, pero vete tú a saber con quién se ha acostado esta vez… Y ni siquiera nos hemos dado cuenta.

Vuelvo a centrarme en la acción en el campo y vitoreo ruidosamente cuando Denver choca los cinco con Jake y levanta las manos para que el público los anime.

—¿Por qué no te tatúas en la frente un «Fóllame, Denver»? —me susurra Joy y yo pongo los ojos en blanco.

Denver anuncia la siguiente jugada y los jugadores de la línea ofensiva se colocan en posición. Denver cuenta atrás, mientras el *center* le lanza el balón y él da unos pasos hacia atrás para pasárselo a Jake. Por desgracia, solo gana unas yardas. Todavía queda un largo camino hasta el siguiente primer *down*[3]. Así que vuelven al principio. En el segundo intento, consiguen un primer *down* y recuperan algunas yardas, pero después de eso no logran avanzar mucho. Denver pasa el balón a Tyler, pero tampoco llegan al primer *down*. Cuando por fin alcanzan el tercer *down*[4], el estadio enloquece y el público vitorea sin cesar. La jugada vuelve a empezar, pero esta vez Denver decide no pasarla a uno de sus compañeros, sino correr él mismo.

—¿Está loco? —grita Millie a mi lado—. Ni de coña consigue esa carrera.

Miro a Joy, que ha enmudecido por una vez en su vida, y luego a Phoenix, que se tapa los ojos. Pero Denver corre y corre hasta que se detiene a dos yardas de la zona de anotación.

—¡Di que sí, joder! —exclama Phoenix, dando un salto—. ¡Ese es mi hermano!

No puedo evitar reírme y miro a Millie, que se ha quedado completamente pálida. Parece como si nunca hubiera visto a un *quarterback* correr así. Denver vuelve a organizar la ofensiva y anuncia la jugada. No tengo ni idea de lo que va a hacer, pero tengo la sensación de que quiere ir a por todas.

—Va a correr otra vez, ¿no? —digo.

Millie me mira con incredulidad y menea la cabeza.

—No. Creo que van a intentar un *quarterback sneak.*[5]

—¿Un... *quarterback sneak*?

—Sí —dice Millie, emocionada—. Están cerca de la zona de anotación, y van a tratar de empujar a Denver mientras están en bloqueo para que llegue a la línea con el balón.

—Podría funcionar —interrumpe Joy—. Si Denver se pega una buena corrida. ¿Se le dará bien?

Joy me mira con descaro y yo sacudo la cabeza. Joder, la muy bruta está intentando levantar sospechas.

—¿Una buena corrida? —Millie repite, mirando primero a Joy y luego a mí—. ¿Joder, Denver y…?

Le tapo la boca antes de que Phoenix pueda interrumpir nuestra conversación y asiente.

—Sí —susurro—, te lo cuento más tarde, pero Phoe-…

—Lo he pillado —dice Millie con una sonrisa—. No lo sabe, ¿no? Ni siquiera lo sospecha.

—Exacto.

—Sí, seguro que no sospecha… —dice Joy, poniendo los ojos en blanco.

Afortunadamente, no podemos hablar más, porque los chicos están en plena jugada. Como era de esperar, sucede exactamente lo que Millie predijo. Van a por todas con el *quarterback sneak* y ganan el partido.

Chillamos de emoción y nos abrazamos. Ha sido una pasada. Los Florida State son un buen equipo y aun así, les hemos ganado. Todo el mundo vitorea «¡Denver Jones, Denver Jones!», y me gustaría mandarle un beso. Y sobre todo, me gustaría dejar claro a todas esas barbies desesperadas que están dos filas más atrás que él es mío. Denver Jones tiene novia, y ya pueden seguir gritando lo genial que les parece. Yo me ocupo de él.

—Vamos abajo —dice Phoenix, y asentimos.

Tras el pitido final, las familias de los jugadores pueden entrar en el campo para celebrar la victoria. Hoy no es una excepción. Mi

corazón late con fuerza a cada paso que doy, porque no tengo ni idea de cómo me saludará Denver delante de nuestros amigos y de toda la universidad. Aquí, está en su salsa. Es el lugar donde todas las miradas se posan en él. Parece relajado y se ríe con Jake. Estoy segura de que no le preocupa lo que piensen los demás. Ya estoy otra vez pensándolo demasiado por no saber cómo gestionar la situación, aunque sea una tontería. Al final, el mundo acabará sabiendo lo que pasa entre nosotros. Phoenix se adelanta unos pasos y salta a los brazos de su hermano, riendo. Denver abraza a su hermana pequeña antes de soltarla, y ella abraza a Jake.

Joy y Millie se acercan a Darren, sobre el que se abalanza Tyler. Las miro un momento porque Joy parece ignorar a Tyler. Espero que no se haya acostado con él. Si es el caso, no debo dejar que se entere de que me he enrollado con él.

—¡Ey! —escucho a mis espaldas.

Me sobresalto y me doy la vuelta. Denver está delante de mí, sonriendo. Está sudado y tiene varias briznas de hierba pegadas a la sien. Aun así, se dirige a mí:

—¿Me concedes unos minutos de tu tiempo?

—Claro que sí —respondo con una sonrisa—. Has jugado muy bien.

Sin saber qué hacer, Denver toma la decisión por mí: me atrae hacia él y me besa. Al principio, no sé qué está pasando porque no esperaba una exhibición tan pública de nuestra relación. No estamos juntos oficialmente, aún no se lo hemos dicho a los demás. El hecho de que Denver lo haga ahora, después del partido, delante de un estadio abarrotado, echa por tierra todos mis planes de contárselo a mis amigas en persona. Pero al cabo de unos segundos, no me importa e incluso consigo ignorar a Phoenix mientras le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra él. Un escalofrío reconfortante me recorre la espalda mientras él me acerca todo lo que puede a pesar de las almohadillas de su equipación.

—Eres una pasada en el campo —le digo cuando nos separamos—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, nena.

Denver vuelve a besarme. Sonriendo, le quito las briznas de hierba de la sien. Por fin alguien se deshace de ellas.

—Eso está mejor —me río—. Si no, quedarás mal con tus fans. Miro detrás de mí, donde están las chicas de las gradas, indignadas, mirándonos como a una atracción de feria.

—Tengo que ir a ver a mis fans —dice Denver, robándome otro beso antes de dejarme allí y acercarse a ellas.

Molesta, desvío la mirada y me dirijo a mis amigos. Pero ellos me miran y sonríen tan ampliamente que casi prefiero a las conejillas de la grada.

—Denver y tú, ¿eh? —dice Darren, rompiendo el silencio—. Tenía que pasar en algún momento.

Se encoge de hombros tan despreocupadamente, como si no le sorprendiera lo más mínimo.

—Sí… —murmuro, ignorando su tranquilidad.

No tengo nada en contra de Darren, pero a menudo me parece que su estilo de vida y la forma en que trata a Millie no están bien. Quizá no se dé cuenta de que ella lo adora, pero podría mostrarle un poco de cortesía. También se calla demasiado cuando se trata el tema de la familia, y se irrita fácilmente cuando le preguntan algo que él considera tabú. Me cuesta aceptarlo. En ese sentido, Denver se parece a él más de lo que me gustaría, por desgracia. También tiene algunos problemillas, sobre todo con su padre, de los que no le gusta hablar.

Lo que Darren piense de Denver y de mí no es asunto mío. Tampoco me importa lo que piensen Jake, Millie y Joy. La única opinión que me importa es la de Phoenix.

—¿Phoenix? —pregunto, llena de dudas, mientras miro a mi amiga—. ¿Estás... bueno... qué opinas de esto?

—¿Yo? —responde, y yo asiento.

—Es tu hermano y yo soy tu amiga.

Phoenix levanta las cejas y parece desconcertada por mi afirmación, pero luego suelta una carcajada sonora.

¿Qué coño pasa ahora?

Denver vuelve a mi lado y me rodea con el brazo para acercarme a él. Inmediatamente, me siento más segura, por si

Phoenix quiere discutir.

—Bueno —dice y mi corazón da un vuelco—, estaba deseando que me contaras tu vida sexual, pero me temo que ahora eso está descartado.

Su boca se frunce como si hubiera comido algo asqueroso. Denver pone los ojos en blanco y los demás se ríen. Luego, Phoenix continúa:

—Pero, obviamente, por mí no hay problema. Si es lo que quieres…

—Sí, lo es —respondo con una sonrisa, poniendo la mano en el pecho de Denver y mirándole—. ¡Claro que quiero!

Él me mira y posa suavemente sus labios sobre los míos.

---

[1] *N. de la T.* El *fourth and goal* es una fase de una jugada en la que la distancia entre la línea de confrontación o de *scrimmage* y la zona de anotación es de menos de diez yardas, lo que quiere decir que los jugadores pueden continuar a por el ensayo o *touchdown* o ir a por el *field goal* o gol de campo.

[2] *N. de la T.* Jugador de fútbol americano que ocupa la posición de un centrocampista.

[3] *N. de la T.* En fútbol americano, se conoce como *down* u «oportunidad» al tiempo en que se lleva a cabo una jugada. Cada *down* comienza con un pase o patada, y la jugada termina cuando el jugador en posesión del balón toca el suelo con cualquier parte de su cuerpo (excepto las manos y los pies). Los jugadores de la línea ofensiva tienen cuatro intentos para llegar a la línea del primer *down*.

[4] En una fase que se denomina *third and goal*.

[5] *N. de la T.* El *quarterback sneak* es una jugada en la que el *quarterback*, después de tomar el centro, pasa por la línea ofensiva para ganar yardas, mientras que su línea está en bloqueo. Esta jugada tiene la ventaja de que no hay prácticamente un intercambio de pelota más allá del *snap* (un pase hacia atrás del *center* al *quarterback*), por lo que el *quarterback* recibe el balón casi en la línea de golpeo.

17

Sienna

Salgo del aula en la que he asistido a una conferencia y me dirijo, sonriente, a la cafetería. He quedado con Millie y Joy para comer. Denver todavía está en el entrenamiento, pero piensa unirse a nosotras más tarde. En cuanto a Phoenix, Jake y Darren, no sé... Tal vez Phoenix y Jake se estén viendo en secreto para que Denver no se entere.

Desde que Denver hizo pública nuestra relación el fin de semana pasado y ahora lo saben nuestros amigos, las cosas nos van mejor que antes, o así lo siento yo. Puede que sea mi imaginación porque estoy colada por él.

Ahora dormimos los dos en su habitación, y mi habitación ha pasado a ser el cuarto de invitados y despacho. Sigo pensando que es raro, después de haber dormido tanto tiempo en habitaciones separadas. Aun así, me gusta que nos vayamos a dormir juntos por la noche y nos despertemos juntos por la mañana. Durante el día no nos vemos mucho, pero por la noche cenamos juntos y después nos tumbamos un rato en el sofá. Como ya vivíamos juntos, nos hemos saltado algunos pasos de las primeras etapas de nuestra relación. Así no tendremos que sufrir el arrebato de irnos a vivir juntos dentro de un año o dos.

—¡Sienna! —grita una voz a mi lado.

Me sobresalto y me doy la vuelta. Tyler está de pie a unos metros, apoyado en la pared. Sin apartar la mirada, me pregunta:

—¿Tienes un minuto?

Hasta ahora, he evitado hablar con él. Tengo un poco de miedo de lo que pueda decirme. Me aterra la idea de que pueda sentir algo por mí, aunque no creo que sea el caso. Pero ahora mi corazón pertenece a Denver y así va a seguir siendo.

Lo de Tyler fue un error de principiante en una fiesta. De hecho, en esa misma fiesta intentaba demostrarme a mí misma y a

Denver que no le necesitaba. Por eso me dejé llevar por el beso. ¿Que estuvo muy bien? Sí, eso no se lo vamos a quitar al chaval. Tyler besa muy bien, pero más allá de eso, debería haberlo conocido mejor, para saber si no me saldría rana. Además, es muy guapo. En fin, si nos ponemos superficiales, no conseguiremos reducir su atractivo.

Aun así, no me interesa lo más mínimo, y lo que pudiera sentir por mí solo nos traería problemas. De hecho, sería una movida para nosotros dos y también para nuestro grupo. Porque, bueno, seamos sinceros... No creo que Denver invite a Tyler a tomarse unas cervezas si sabe que está colado por su novia. Vuelvo a mirar a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos observa. Luego me vuelvo hacia Tyler.

—Hola —le digo—. Claro que sí.

Él asiente y da un paso hacia mí. Cuando levanto la vista, está tan cerca de mí como lo estaba en el patio trasero en la fiesta de Josh. El beso y la forma en que me habló aquella noche me hicieron sentir tan bien... Me subieron la autoestima, y en ese momento, me pareció muy buena idea para joder un poco a Denver. Pero ahora preferiría haber dado un paso atrás y que no me vieran con él.

—Vale —me dice—. Hablemos de lo que pasó entre nosotros la otra noche.

Asiento despacio y cierro los ojos un momento. Lo dice como si hubiéramos hecho algo más, mucho más que un beso que no llevó a ninguna parte.

—No fue nada —digo de forma directa, mientras me encuentro con sus ojos. Tyler me mira y las comisuras de sus labios se curvan ligeramente, así que decido intervenir:

—Estaba un poco ida, Tyler. Yo ... Le había dado muchas vueltas a lo de… Bueno, a lo de…

¡Maldita sea, no puede ser tan difícil decírselo! Estoy segura de que él ya sabía que lo mío con Denver era un lío.

—¿Denver? —pregunta y yo asiento.

—Sí, a lo de Denver —admito a regañadientes—. Me descontrolé un poco y bueno, pasó lo que no tenía que pasar.

—Vale —dice, enderezando los hombros como si lo que tuviera que decirme mereciera una espalda erguida—. Me gustaría explicarme, si me dejas… Me gustó lo del otro día, Sienna.

Y ahí está: la frase que definitivamente no quería oír salir de su boca.

¡Me cago en todo!

Estoy enamorada de Denver. El hecho de que le guste a Tyler solo complica las cosas innecesariamente. Somos amigos.

—Tyler, me alegro mucho, pero yo... —digo, tartamudeando.

Tengo que espantarlo. Estaba en el estadio y seguro que vio lo que pasó entre Denver y yo el día del partido.

—Estoy saliendo con Denver, y…

Me mira un momento y de repente se echa a reír.

¿De qué coño va? Aunque no quiero que sienta nada por mí, parece que está intentando humillarme.

—No me has entendido. No quiero nada contigo —dice, levantando las manos para tranquilizarme—. Desde luego, no como te imaginas. Ni siquiera me gustan las rubias.

—Pues mira qué bien. Gracias —refunfuño, pero no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Era mi primera fiesta en Lincoln. Los chicos me preguntaron si quería ir —me dice, sonriéndome—. En realidad no conocía a nadie y apenas había hablado con la gente del campus. Cuando te vi en el jardín, supe que tenía que acercarme a ti.

—¿Y meterme la lengua hasta la garganta? —pregunto con una risita, porque ahora puedo reírme de la situación.

Debería estar aliviada de no ser su tipo y no tener que preocuparme por él.

Tyler no dice nada. De hecho, todo lo contrario. Se le ha ido todo el color de la cara. Está tan blanco como la nieve y, antes de que pueda decir nada, Denver me empuja a un lado y estampa a Tyler contra la pared que tenemos detrás.

Su antebrazo derecho presiona la garganta de Tyler, y yo estoy a punto de gritar por lo surrealista que está siendo este momento.

—¿Será verdad, so mierdas? —grita—. ¿Le has metido la lengua hasta la garganta a mi novia?

Hostia puta. Esto no puede estar pasando. Denver se ha vuelto loco. Sin dudarlo, le pega un puñetazo a Tyler, que no se lo toma a broma. Lo empuja, deja caer su bolsa de deporte y se la devuelve a Denver, a quien golpea en plena cara. Denver va a tener mañana un ojo morado. Observo impotente cómo mi novio revienta a su amigo y todo por un beso tonto. Se pelean con violencia, y veo que Tyler se niega a ser la víctima.

—¡Basta! —grito, a punto de intervenir, pero alguien me aparta hacia atrás.

—¿Estás loca? —me grita Phoenix, que ha aparecido de la nada con Jake—. ¡Vas a cobrar como te metas en medio!

—¡Pero alguien tiene que hacer algo!

Presa del pánico, me giro para mirar a Denver y Tyler, que tienen la cara amoratada. Para empezar, son amigos, pero no han sido capaces de discutir esto como adultos. Además, el maldito beso pasó cuando ni siquiera éramos novios. Denver está exagerando.

—¡Darren! —dice Jake de repente mientras mira a su amigo, que acaba de unirse a Millie y Joy entre la multitud.

Mientras tanto, un montón de gente, incluidos algunos jugadores del equipo de fútbol, hacen corro alrededor de la pelea. Pero ninguno, pese a que podrían separar fácilmente a Denver y Tyler, tiene el valor de intervenir. Jake continúa:

—Ayúdame, antes de que se hagan daño de verdad.

Darren deja caer su bolsa de deporte y agarra a Denver, mientras que Jake se ocupa de Tyler. Como era de esperar, los dos se retuercen como pueden. Parece que no pretendían dejarlo estar.

—¡Denver! —grita Darren—. ¡Vale ya, tío!

—¡Suéltame! —responde él mientras intenta soltarse—. Ha intentado ronearle a Sienna a mis espaldas.

Pongo los ojos en blanco. Ya estamos otra vez. Nunca escucha y prefiere sacar conclusiones precipitadas.

—No. Eso no es verdad —digo y Denver me mira con los ojos muy abiertos—. No quería tirarme la caña. ¡Escúchame un segundo, joder!

No quiero discutir con él ahora.

—¿Qué? —pregunta, y si las miradas mataran, Tyler y yo caeríamos muertos. Denver está cabreado—. Pero has dicho que...

Cuando se da cuenta de la cantidad de gente que nos rodea, se calla. Quizá sea lo mejor, porque no tenemos que hablar de esto delante de toda la universidad. Sospecho que casi todas las personas que estaban en el campus hoy están aquí. Todos parecen estar interesados en los problemas de pareja del *quarterback*. Hablarán de nosotros, de mí, durante semanas o meses. Al final, seré la zorra que destruyó el equipo de fútbol.

—¿Qué está pasando aquí?

La voz furiosa del entrenador Flanders nos hace saltar a todos. Se abre paso entre la multitud, mirando a un lado y a otro, a Denver y Tyler. Cuando al fin se encuentra enfrente de ellos, grita:

—¿Alguien me va a decir qué pasa?

Su presencia parece tranquilizar al menos a Darren y Jake, que saben que Denver y Tyler no volverán a lanzarse al cuello del otro, así que los sueltan poco a poco. Pero siguen preparados por si a Denver le da por volver a darle caña a Tyler.

—Nada —responde Tyler, cogiendo su bolsa de deporte—. Denver está emperrado en oír lo que quiere oír.

Denver resopla, y también coge su bolsa de deporte y se la echa al hombro. Su mirada se dirige al entrenador y luego a mí. Le miro suplicante y le tiendo la mano, con la esperanza de que la coja y podamos solucionar esto en casa. Pero Denver la aparta con el brazo y desaparece en dirección contraria. Jake le sigue, negando con la cabeza. Darren parece pensárselo un momento y luego le sigue también.

—Aquí no hay nada que ver —dice el entrenador con una voz atronadora, y la multitud se dispersa lentamente.

El entrenador vuelve a resoplar y me dirige una mirada tan acusadora que me dan ganas de que se me trague la tierra. Sé que le habría encantado soltarme un buen sermón sobre la división de su equipo y en qué estaba pensando cuando me lie con dos de sus jugadores, pero en lugar de eso, se da la vuelta y desaparece.

Todavía aturdida por lo que ha ocurrido en los últimos minutos, me quedo helada. Nada de esto habría pasado si me hubiera

limitado a apartar a Tyler, o si no le hubiera mentido a Denver cuando me preguntó si había alguien más. Todo esto es culpa mía.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Millie, que se acerca a nosotras junto con Joy—. ¿Por qué se estaban pegando?

—Porque la he cagado —susurro—. No sé… No podía contárselo a Denver.

—¿Contarle qué a Denver? —bromea Phoenix—. Por la forma en la que se ha cabreado, debe tener tela el asunto. ¿Se los has puesto?

Me giro y miro fijamente a Phoenix.

—¿Te has vuelto loca? —susurro—. Yo nunca haría eso.

—Lo siento —se disculpa en un susurro, y luego evita mi mirada—. ¿Qué ha pasado?

—Vamos a sentarnos, chicas —dice Joy, señalando un banco cercano.

Phoenix me rodea con el brazo y me arrastra detrás de ella, y Millie lleva mi bolso.

Me dejo caer en el banco como si fuera un pelele. Phoenix se sienta a mi derecha y Millie a mi izquierda. Joy se agacha delante del banco y coloca sus manos sobre mis rodillas con delicadeza.

—Cuando Denver me preguntó si había alguien más, le dije que no —confieso a mis amigas, mirándolas—. Estábamos a punto de acostarnos por primera vez y decir otra cosa habría arruinado el momento. Ya sabéis lo celoso que es Denver...

Todas asienten de inmediato. Después de todo, saben lo de su prohibición a todos los hombres de la universidad para que ninguno me tirase la caña.

—Justo antes de irme de la fiesta de Josh, conocí a Tyler en el patio trasero —continúo—. Era nuevo y se me acercó. Hablamos un poco y luego... luego nos besamos.

Los ojos de Phoenix, Millie y Joy se abren de par en par.

—¿Tyler y tú os liasteis? —pregunta Joy, incrédula, cuando se atreve a hablar al fin.

Asiento con la cabeza y la miro con culpabilidad. Espero a que haga un comentario sarcástico, pero no llega. En lugar de eso, se queda mirándome.

—Vaya, bueno... ¿Quién se lanzó?

—Tyler —respondo—. Él me besó primero, pero yo le devolví el beso.

—Oh, vaya —comenta Phoenix—. No lo sabía.

Claro que no lo sabía, porque no se lo conté a nadie. Solo habría causado problemas. No creí que fuera necesario porque, después de eso, las cosas fueron a mejor con Denver. Mis prioridades estaban en otra parte. El beso no me importaba en absoluto.

—Solo fue un beso de mierda —continúo—. No significó nada para nosotros... para ninguno de los dos. Pero a Denver se le ha ido la flapa.

—Me tengo que ir —exclama Joy de repente, dando un salto.

Mis ojos se abren de par en par y la miro. ¿Qué pasa ahora? Nunca la había visto así. Normalmente, siempre tiene algún consejo para mí en situaciones como esta. Es probable que me dijera algo como que se la chupara a Denver y así todo se arreglaría. No es un consejo tan malo. Pero es muy raro que mi amiga se comporte así.

—¡Joy, espera! —dice Phoenix y corre tras ella.

Miro a Millie, que se limita a encogerse de hombros.

Suspirando, apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos.

—¿Qué le pasa a todo el mundo? —suspiro—. Denver le ha dado una paliza a Tyler, Joy no me da consejos sin sentido... No lo entiendo.

Suspirando, Millie me pasa el brazo por encima del hombro y me acerca a ella.

—No lo sé —suspira—. Quizá todo el mundo está un poco ido porque se acercan las vacaciones. Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina.

No creo que sea eso, pero no digo nada para rebatírselo.

18

Denver

Jake, Darren y yo hemos ido a nuestro bar favorito del campus porque no quería volver a casa con Sienna. Sé que estará ahí sentada, esperándome, pero no puedo hablar con ella ahora.

Por eso, les he pedido a mis colegas que me hagan compañía. Si hubiera sabido que terminaría en un sermón, me habría pirado cuanto antes.

—¡Relájate, tío!

Jake me fulmina con la mirada, sin dejar lugar a dudas de que no está nada contento con mi comportamiento. Darren coloca tres cervezas en la mesa y se sienta con nosotros. Sin decir nada, me acerca una. Jake interviene:

—Solo fue un beso.

Miro furioso a mi mejor amigo y le doy un sorbo a mi cerveza. *Solo un beso*. Vamos, no me jodas. Tyler se estaba intentando liar con mi novia a mis espaldas, mientras fingía ser mi colega. Así que no voy a dejar que Jake me diga que solo fue un beso. También ha oído lo que el muy imbécil le decía Sienna. No soy idiota. Vi cómo la miraba. Nadie, quiero decir nadie, y menos alguien que se hace llamar mi amigo, hace eso. Puede decir lo que quiera, pero es un hecho que le hemos acogido en mi equipo, en mi grupo, y él me lo paga intentando tirarse a mi novia.

Bueno, y algo le ha funcionado. Tal vez ese fuera su plan. Hacerse el colega, descubrir mis puntos débiles y luego usarlos en mi contra para llegar a Sienna. Nunca pensé que sería tan retorcido. Me cayó bien desde el primer día que el entrenador Flanders nos lo presentó. Todos hicimos una piña y lo aceptamos en nuestro grupo. No puedo creer que estuviera tan equivocada con él.

—¿Solo un beso? —pregunto, mirando a Jake—. ¿Cómo te sentirías si alguien le metiera la lengua hasta la garganta a tu novia?

—Para empezar, no tengo novia, pero en todo caso, intentaría escuchar lo que ambos tienen que decir, sobre todo si uno de ellos es mi amigo. Mejor eso que partirle la cara en medio del campus.

Molesto, evito la mirada de Jake, porque tiene razón. Me he pasado cuatro pueblos y no debería haberle pegado una paliza a Tyler. Sobre todo porque yo también me he llevado una buena tunda y ahora me arde la sien. El tío tiene muy buena derecha.

—¿En qué estabas pensando, Denver? —continúa Jake.

—No sé, tío… Los vi juntos y exploté —respondo con afabilidad —. Tú me entiendes... ¿no?

Para ser sincero, no creo que Darren y Jake lo entiendan. Jake siempre me suelta evasivas cuando intento preguntarle por su vida sexual, así que ni me molesto en hablarle de mi relación. Antes nos contábamos con cuántas chicas habíamos estado y cómo eran en la cama. Desde hace unos meses, ya no hablamos del tema. Quiero decir, tampoco es que me apetezca contarle cómo me follo a Sienna, qué sonidos hace y lo mucho que le gusta que le acaricie las tetas. Es mi novia. Me daría grima contárselo, porque seguro que se pondría cachondo. No me sorprendería. En fin, simplemente no puedo hablar de Sienna como si fuera una de las innumerables chicas con las que me he acostado.

Pero Jake seguro que sigue tirándose a medio campus. Entonces, ¿por qué nunca dice nada al respecto?

¿Y Darren? Darren se folla a todo lo que se menea. A veces incluso a varias chicas en una noche o al mismo tiempo. Es un *fucker* y está exprimiendo al máximo la experiencia universitaria. A veces no estoy seguro de que se dé cuenta de lo mucho que está follando. Estoy seguro de que ni siquiera se da cuenta de que hay alguien que se muere por él. Millie está enamorada de Darren. Todos lo saben. Bueno, todos menos el propio Darren. Ella lo adora, pero él cree que es una virgen sin experiencia y por eso no se interesa lo más mínimo por ella. Como es la mejor amiga de Sienna, he llegado a conocerla bien en las últimas semanas y me cae muy bien. Darren no se da cuenta de lo afortunado que sería si por fin se fijara en Millie.

—No nos hemos enterado de dónde o cuándo se besaron —dice Jake.

Tiene razón. Lo único que oí fue a Sienna diciéndole a Tyler que le había metido la lengua hasta la garganta, y entonces estallé. Me miró horrorizada cuando los chicos nos separaron. Joder, no va a volver a hablarme nunca. Me hizo jurar que hablaría con ella si algo me sentaba mal, pero aquí estamos. La he cagado otra vez.

—Denver —me riñe Darren, y yo le dirijo una mirada molesta —. Te has puesto como una fiera y ni siquiera sabes lo que ha pasado.

—En algún momento se han besado, y eso es todo lo que necesito saber —respondo enfadado.

Cierro los ojos un momento antes de continuar. No tengo ni idea de por qué las siguientes palabras salen de mi boca, porque no suelo compartir esas cosas con mis colegas.

—Justo antes de acostarnos por primera vez… Le pregunté si había alguien más. Tenía que saberlo, y me dijo que no.

Darren gime y da un sorbo a su cerveza. Intercambia miradas con Jake como si tuvieran que decidir quién va a hablar a continuación. Finalmente, Jake habla.

—Llevas detrás de Sienna desde que llegó al piso. Al principio solo querías meterte en sus bragas; luego, nos prohibiste mirarla, acercarnos a ella y abrazarla o echarnos unas risas con ella. Tío, estaba claro que querías más.

—Eso no tiene nada que ver.

—Claro que tiene que ver —interviene Darren—. Ella sabía que eras un celoso y que reaccionarías tal y como has hecho si te enterabas del beso. Sienna no es tonta. Te conoce mejor de lo que crees. Lo siento, tío, pero le has partido la cara a nuestro colega por un puñado de palabras vacías. Sí, se liaron, pero no sabes cuándo ni dónde. Sienna es lo suficientemente lista como para no restregártelo. Especialmente considerando el momento en que se lo preguntaste.

—¡Vamos, que me mintió!

—Denver —gruñe Jake—, te has follado a todas las chavalas que has querido, y si Joy y Millie no fueran sus amigas y se hubieran

negado, también te las habrías tirado. Sienna ha hecho la vista gorda y no se ha quejado de tu pasado, que yo sepa. Y tú has montado un pollo solo por un beso de mierda.

—Pero yo nunca le he ocultado nada y ella me dijo que…

—Supongo que no tuviste que hacerlo. Ella podía oírlo. *Todo, todo.*

—¿Pero tú de qué lado estás, *bro*? —digo, poniéndome a la defensiva porque me estoy quedando sin argumentos—. ¿Alguno de los dos me entiende?

Miro a Darren, que se limita a encogerse de hombros. No dice nada, sino que da un sorbo a su cerveza.

—Estamos de tu parte —dice Jake, con diplomacia—. De vuestra parte, de hecho, de los dos. Tú quieres a Sienna y ella te quiere a ti. No te cabrees, pero la idea de que te haya puesto los cuernos con Tyler es una gilipollez como una catedral. Sienna no es así. Quiero decir, ¿con cuántos tíos se habrá acostado antes de ti? ¿Uno o dos?

Me callo, porque cuanto más dura la conversación, más idiota me siento. Pero me corroe que Tyler y Sienna se hayan besado. No me lo puedo quitar de la cabeza.

La quiero…

Es la primera vez que lo tengo tan claro. Sé que llevo un tiempo sintiendo algo más fuerte por Sienna. Nunca había sentido algo así por una chica, pero hoy he descubierto que la quiero y que me aterra perderla. Saber que podría haber otro hombre en su vida me hace sentir casi desesperado. No puedo perderla, no a otra persona a la que quiero… Me siento tan impotente... Solo quiero arreglar las cosas. Ya conozco este sentimiento… Es normal sentir esa impotencia cuando pierdes a alguien.

—Hola…

Levanto la cabeza y, al ver a Tyler, me dan ganas de levantarme y volver a pegarle un puñetazo en la cara. ¿Cómo se atreve a hablarme? Darren me empuja hacia la silla y me mira molesto.

—Ni te atrevas, crack —gruñe—. Sabes que conmigo no puedes.

No me cabe la menor duda. Me siento aliviado de que Darren esté en mi equipo cada vez que derriba al *quarterback* del equipo contrario. En los entrenamientos, a menudo lo ponen en el otro equipo para que no me haga daño, y él se desahoga con nuestro *quarterback* novato. El pobre acaba en la camilla del fisio con unos cuantos moretones, a pesar de llevar la protección que necesita. Esta temporada, sin embargo, debería jugar más con Darren. En la NFL, tendré que enfrentarme a jugadores defensivos mucho más corpulentos que él. Además, Darren es mi amigo, nunca me haría daño a propósito en un placaje. Por supuesto, nunca tenemos la intención de causarle una lesión a nadie, pero en un partido de verdad, cuando tienes que frenar a un contrincante, no hay tiempo para pensar, como en los entrenamientos con tu propio *quarterback*.

Vuelvo a mirar Darren y le dirijo una mirada molesta. ¿Están todos en mi contra o qué? Tyler tiene una cerveza en la mano y su cara parece tan magullada como la mía. No nos hemos hecho ningún favor.

—¿Podemos hablar? —me mira con cierta esperanza, pero lo rechazo de inmediato.

—No —digo, con aspereza—. Vete a la mierda.

Tyler suspira y deja su cerveza sobre la mesa. Mueve la silla que está a mi derecha y se sienta. Yo insisto:

—Te he dicho que te vayas a la mierda.

—Y yo te digo que será mejor que me escuches —responde, señalándonos a la cara—. Así nos ahorraremos el sermón del entrenador mañana.

Por supuesto, recibí un mensaje del entrenador Flanders en el que decía que quería hablar del tema con nosotros. Entiendo que le enfade que dos de sus jugadores estrella se peleen en pleno día. Si nos hubiéramos lesionado, si yo me hubiera hecho daño en la mano derecha, habría sido un desastre para los siguientes partidos.

—Escúchale, Denver —interviene Jake—. Hazlo por el equipo y por tu relación.

Resoplo despectivamente.

—Gracias —dice Tyler—. De verdad.

—Habla de una vez —exijo, rodeando mi cerveza con las manos para no volver a golpearle.

Tyler es guapo y un imán para las chicas. Así es difícil culpar a Sienna por haber flaqueado una vez, aunque me destroce por dentro que se hayan liado.

—En primer lugar, Sienna no me interesa.

—Qué tranquilizador… —respondo con sarcasmo—. Creo que ya te bastó con meterle la lengua hasta la garganta. No pienso escuchar esta mierda.

Intento levantarme, pero Darren me empuja a la silla de nuevo. Esta vez no hacen falta más palabras de mi amigo para quedarme sentado.

—Sí que lo vas a hacer —susurra Tyler, mirándome enfadado—. Has pillado a una chavala de diez. No hace mucho que te conozco, pero por lo que he oído, solías saltar de cama en cama antes de que apareciera Sienna, o debería decir hasta hace unas semanas, y te importaba una mierda lo que ella sintiera. Pero ella te quiere, de eso no hay duda. Incluso si me gustara, nunca tendría una oportunidad. Para Sienna, solo existes tú.

Sonrío al escuchar esas palabras. Tyler parece captar mi emoción y continúa.

—¿Ahora puedo seguir hablando y explicarte lo que pasó o no piensas escucharme?

—Sigue, anda —murmuro y le doy un sorbo a mi cerveza.

—Como sabes, me acababa de mudar de Ohio y no conocía a nadie en Lincoln —me dice Tyler.

Espero que no vaya a contarnos toda su vida. Estoy algo absorto en mis pensamientos, pero Tyler sigue, de fondo:

—No es fácil llegar a un equipo nuevo y hacer que otros jugadores tengan que desplazarse de sus puestos…

Tyler mira a Jake, que también es *running back*. Mi mejor amigo no tiene nada que envidiarle a Tyler. Ambos son los jugadores más fuertes en esa posición y se han asegurado un puesto en la alineación titular.

—Me alegró mucho que me invitarais a la fiesta. Pero enseguida me sentí como el chico nuevo del barrio. No lo digo por

vosotros, es un hecho. Os conocéis desde hace años y ya tenéis un grupo. Ahora sé que no tengo que preocuparme por eso, pero ya he estado antes en un equipo nuevo. En el instituto me costó hacer amigos porque todos me veían como un enemigo que les iba a robar su posición en el equipo.

Le escuchamos en silencio. Aunque preferiría fuera directo al grano, la verdad. Pero cuanto más escucho a Tyler, más tengo que admitir que fui un idiota al alarmarme tanto.

—En plena fiesta, fui al jardín, y ahora llegamos a la parte que te interesa… —dice, mirándome—. Allí vi a Sienna y me acerqué a ella. Parecía de algún modo... bueno, perdida y sola y quise animarla.

—¿Y no se te ocurrió nada mejor que besarla? —le interrumpo.

Seguro que la observó, y luego se acercó cuando Sienna estaba sola, para tirarle la caña. ¡El muy gilipollas!

—Denver —susurra Tyler—. ¿Quieres escucharme y callarte de una puta vez? No seas plasta.

Asiento con la cabeza y me bebo la cerveza. Quizá sea mejor mantener la boca ocupada.

—Sienna no me dijo en ningún momento que estuviera con nadie y, según parece, no estabais juntos en ese momento…

Tyler mira a su alrededor para confirmar que eso es cierto y todos asentimos.

—No lo estaban, no —asiente Jake—. Continúa, por favor.

—Sienna y yo hablamos un rato y entonces la besé.

—¡Así que es verdad! —grito, queriendo saltar de nuevo.

Pero Darren me impide reaccionar. Pone su mano firme en mi hombro. El tío tiene unos reflejos de locos. Miro a Tyler y le grito:

—¡Te lanzaste!

—Sí, la besé —admite, clavándome la mirada—. ¿Y sabes lo que pasó después?

—¿Qué? —gruño, echando humo porque ha vuelto a alargar la historia en vez de acabar de una puta vez.

—Me empujó —dice Tyler—. Me dijo que no podía y se fue. Yo estaba confuso y la seguí. Todo lo que recuerdo es a ella saliendo furiosa de la casa y a ti, Joy y Millie siguiéndola. Yo también me fui,

antes de que se montara un percal. Eso es todo lo que ha pasado entre Sienna y yo.

Nos quedamos en silencio un momento, bebiendo nuestras cervezas. Se me escapa un suspiro. Sé que ahora me toca a mí explicarme. Aún no sé si disculparme. Se merecía ese puñetazo en la cara. Podría haber venido a contármelo mucho antes. Aunque tengo que admitir que, si yo hubiera estado en su lugar, jamás se lo habría dicho.

—Sienna y yo nos peleamos el día anterior —le digo—. Me pasé un poco. Llevaba semanas diciéndoles a los chicos que no intentaran nada con ella, sobre todo a los del equipo. Lo siento, Tyler. Normalmente, no soy así, pero Sienna... Bueno... ella significa mucho para mí.

No puedo admitir que la quiero delante de mis amigos antes de decírselo a ella. No estaría bien. Guardo silencio un instante y luego continúo:

—Por eso se me fue la olla y la pagué contigo.

—Vamos a dejarlo estar —dice, y yo lo miro, sorprendido—. Quizá el pasillo del campus no fuera el lugar para hablar del tema con ella.

—Ya… —suelto, sin saber muy bien qué decir—. Puede que no, tío.

—Solo quería decirle que el beso no significó nada para mí y que no quiero nada con ella —dice encogiéndose de hombros—. Y a ti te lo repito: no me interesa Sienna.

—Entendido —respondo, mientras le tiendo la mano a Tyler en señal de reconciliación—. ¿Amigos? Me sigues cayendo bien, cabrón.

—Amigos —acepta Tyler y me estrecha la mano—.Y de verdad espero que sepas la suerte que tienes de tenerla, capullo.

—Creo que lo sabe —sonríe Darren, masajeando mi hombro izquierdo—. A veces su cerebro deja de funcionar y solo piensa con la polla.

Pongo los ojos en blanco, lo que hace que los chicos se rían a carcajadas.

19

Sienna

Unos días más tarde.

Denver se pasó de celoso con el tema de Tyler, y cuando esa misma noche llegó a casa y cayó en la cama a mi lado medio sopa y bien trambólico[1], me quedé muerta. ¿De verdad cree que emborracharse con sus amigos es la solución? El otro día hablamos de cómo exteriorizar lo que siente. Somos una pareja, y tenemos que hablar las cosas. Sin embargo, él está haciendo exactamente lo contrario. Una vez más, Denver me deja fuera de la ecuación para gestionar sus problemas. No es la misma situación que con Madison, pero aun así, me duele que no lo hable conmigo. Y me enfada que Denver hablase con Tyler esa misma tarde antes de entrenar. Jake me lo contó. Sé que yo también tengo que disculparme. Le mentí al decirle que no había habido otro chico. Pero el hecho de que se volviera loco y me ignorara, en lugar de venir a casa conmigo para solucionarlo, tampoco puedo perdonárselo.

Me duele a más no poder que prefiera hablar con cualquiera que no sea yo.

Es evidente que me alegro de que fuera al bar con Jake y Darren y de que ellos le pusieran en su sitio. También me alegro de que haya podido arreglar las cosas con Tyler.

Y es que aparte de ese beso, ese breve momento, no ha habido nada entre Tyler y yo. Si soy sincera conmigo misma, llevo encaprichada con Denver desde el primer día. Me atrevería a decir que le quiero. Razón de más para pedirle disculpas y hablar con él. Según Phoenix, hasta el entrenador ha recibido una disculpa por su parte.

Phoenix ha intentado proteger a su hermano. No esperaba menos. Millie intentó mediar, lo que me enterneció, pero aun así, me cuesta perdonarle. Millie me dijo que Denver era un cabezota y

prefería evitar el conflicto, pero que estaba segura de que yo seguía siendo importante para él. Estoy de acuerdo con ella: sé lo importante que soy para él. Me lo dijo aquella noche. También me dijo que me había perdonado. Consiguió decírmelo pese a su estado. Como se suele decir, los borrachos y los niños siempre dicen la verdad. Por si fuera poco, mis padres anunciaron que vendrían a pasar Acción de Gracias conmigo. Yo pretendía volver a Montana para hablar con Clara. Todavía no entiendo por qué me bloqueó. De todos modos, se veía venir que nuestras vidas tomarían rumbos distintos en la universidad.

La señora Jones, la madre de Denver, también quiere invitarnos a la cena de Acción de Gracias. Así que intenté convencer a mis padres de que lo dejásemos para Navidad. Pero eso no pareció impedir que quisieran visitar a su hija y a su encantadora compañera de piso, Denver. Delante de Denver, solo mencioné que vendrían, pero no le di una fecha exacta. Sé que si lo hago, acabaremos discutiendo otra vez. Y esta vez con razón. Debería habérselo dicho a mis padres hace semanas.

Creo que voy a volverme loca.

Cuando suena el timbre, doy un respingo y dejo la leche que he abierto antes para preparar la comida de mis padres. Me dirijo a la puerta principal y la abro. Joy está de pie frente a mí, y sonríe ligeramente. Lleva su melena negra recogida en una trenza alta, y sus puntas azules le rozan los hombros. Lleva un grueso abrigo de plumas, unos *leggings* negros y unas UGG[2]. Parece inusualmente tímida, como si tuviera miedo de que la eche.

Lleva varios días sin hablar por el grupo de mis amigas y me ha dejado en leído cuando le he hablado por privado. Por eso me sorprende tanto verla aquí.

—Hola —me saluda—. ¿Puedo pasar?

Desde que Denver se pegó con Tyler y todo el mundo se enteró de que Tyler y yo nos habíamos liado, Joy se ha distanciado de mí. Así que asumo que su comportamiento está relacionado con Tyler y el beso. Pero no tiene sentido, porque Tyler solo lleva unas semanas en Lincoln.

La dejo entrar sin perder ni un segundo. Joy sigue siendo mi amiga.

—Hola —le digo, confiando en que podamos aclarar lo que le ha molestado—. Claro, pasa. Denver no está.

Me hago a un lado y la dejo pasar. Joy se quita la chaqueta y las botas y las deja en la entrada. Lleva un jersey holgado que deja ver su hombro derecho, y su piel, que está bronceada incluso en invierno.

—Mis padres vienen a pasar Acción de Gracias —le digo—. Estoy haciendo una tarta. ¿Quieres venir a la cocina?

—Sí, claro —responde y me sigue.

Joy se sienta en la mesa de la cocina mientras yo la despejo. Luego la miro y le digo:

—¿Quieres beber algo?

—No —dice, negando con la cabeza.

Luego junta las manos, lo que, una vez más, es un poco raro para ella.

—Solo quería hablar.

—Vale, sin problema.

Me siento con ella en la mesa de la cocina. Joy me mira un momento. Parece triste. Más triste que nunca.

—¿De qué quieres hablar? —acabo preguntando, ya que ella no dice nada.

—De Tyler.

—¿De Tyler? —pregunto, alzando las cejas.

Bueno, en verdad me lo veía venir. No ha pasado nada más que la haya obligado a tomar cierta distancia. Intento descifrar su expresión y pregunto:

—¿Qué pasa con él?

—¿De verdad solo os liasteis?

Sorprendida, la miro y abro la boca, pero justo después, la cierro. No me esperaba esa pregunta. ¿Qué tiene que ver Joy con Tyler? Por lo que sé, se conocen más o menos desde que yo lo conozco. A menos que se acostaran antes de que nos liáramos en la fiesta. Joy tiene una vida sexual muy activa y casual, así que no me sorprendería.

—Sí, claro —digo indignada—. Si hubiera pasado algo más, te lo habría contado.

—Vale —dice, asintiendo brevemente—. Guay, entonces.

La miro y enarco las cejas. Hay algo que no me cuenta, ¿verdad? Joy nunca me ignoraría durante días si lo suyo con Tyler solo fuera sexo. Ella es muy abierta para estas cosas.

—Joy —digo con voz firme—. ¿Qué pasa? Te fuiste sin decir una palabra cuando te enteraste del beso. ¿Qué ha sido de tus consejitos que siempre sigo al pie de la letra? ¿Estás bien?

Ella sonríe de verdad, pero enseguida vuelve a asentir.

—Tyler y yo... Bueno, tenemos una historia…

Abro los ojos como platos. Me esperaba muchas cosas, pero no que ella y Tyler se conocieran.

—Fuimos juntos al instituto hasta que se mudó a Ohio con sus padres.

—Oh, vaya… —le digo—. No lo sabía. ¿Estabas... enamorada de él?

Nunca pensé que usaría esa palabra para referirme a Joy. Yo estoy enamorada, y Phoenix y Millie también lo están, pero Joy, no. Ella ni siquiera conoce la palabra, aunque suene un poco duro.

—Tal vez —dice, y yo enarco las cejas—. Bueno, sí, estaba enamorada de él. Hasta las trancas, pero yo a él no le gustaba. No de ese modo… Bueno, no sé…

Joy levanta las manos y se pasea por la cocina. Hace una breve pausa y luego confiesa:

—Él… fue mi primero.

—¡Oh! — digo, mirándola con asombro—. ¿Y qué pasó?

—Yo tenía quince años y era nuestro último verano juntos. Tyler iba al mismo instituto que yo y también nos conocíamos por nuestros padres. Su padre era médico en la base militar y el mío trabajaba en el hospital. Cuando no podían atender a los soldados malheridos en los barracones, los llevaban al hospital para que mi padre se ocupara de ellos. Tyler y yo nos conocíamos desde hacía años. Ese verano fue la primera vez que me hizo casito. Ya sabes cómo es cuando un chico dos años mayor se fija en ti...

Levanto las cejas. Joy continúa:

—Bueno, quizá no. Da igual. Estaba enamorada de Tyler y pasamos juntos casi todo el verano. Nos acostamos justo antes de que empezara el siguiente curso.

Joy aprieta los labios y mira al techo un momento, como si no pudiera mostrar ninguna debilidad. Para ser sincera, nunca he conocido a nadie tan distante como ella. ¿Cuánto daño le habrá hecho Tyler? Con cautela, me acerco a ella y le cojo las manos para relajar la tensión.

—Joy —susurro—, soy yo... puedes llorar si quieres.

—Nos acostamos —susurra— y a la mañana siguiente se había ido. Pensé... Pensé que se había ido a desayunar. Nos habíamos quedado dormidos en el cobertizo para botes de mis padres, pero Tyler no volvió. Fui a casa y mi madre me dijo que su familia se había mudado a Ohio. El mundo se me vino encima. Tyler me utilizó para acostarse conmigo.

—¡Oh, Joy! —exclamo mientras la estrecho entre mis brazos y le acaricio la espalda—. Lo siento mucho…

La verdad es que estoy en *shock* por lo de Tyler. Nunca pensé que fuera capaz de algo así. No me pareció tan imbécil en su momento, pero resulta que sí lo es.

—Y aquí estamos —resopla— cinco años después, actuando como si no hubiera pasado nada. Al principio, ni siquiera me reconoció... y luego va y se lía con una de mis mejores amigas. Tú y yo... somos polos opuestos.

Asiento lentamente para hacerle ver que estoy de acuerdo.

—Al parecer, eres su tipo. Me he hecho ilusiones para nada...

—No —digo con firmeza, separándome de ella—. Me dijo que no le gustan las rubias.

—¿Qué? —pregunta ella, mirándome confundida—. ¿Qué no le gustan... las rubias?

—No —repito—. No le gustan. No sé quién le gusta ni cuál es su tipo. En fin, ¿cuándo se dio cuenta de que eras tú?

Joy suspira y se apoya en la mesa de la cocina.

—Unos días después de la fiesta, se me acercó y me preguntó si era yo —dice, y su sonrisa me pilla desprevenida—. La última vez

que nos vimos, mi pelo seguía siendo negro, no azul, no me maquillaba tanto y vestía diferente. Tyler no me reconoció.

—¿Hablasteis de ello? —le pregunto con cierta cautela.

—No —dice Joy—. Y no pienso intentarlo. El daño ya está hecho. No creo que Tyler quiera hablar del hecho de que me desvirgó.

—¿Que te desvirgó? —pregunto—. Venga, Joy... ¿De verdad crees esa era su intención o es porque estás enfadada con él?

—Claro que estoy enfadada con él —farfulla.

Me río, porque he vuelto a ver a la Joy que conozco y, sinceramente, la prefiero a ella antes que al pajarillo herido que vino a verme hace unos minutos. Es muy extraño verla tan chiquitita y malherida. Por otro lado, es bueno saber que incluso alguien tan segura de sí misma como Joy tiene sus debilidades. Pero nunca habría pensado que una de ellas sería Tyler Connor.

—Tienes tanta confianza y experiencia con los chicos… —le digo, temiendo por un segundo que solo finja ser una vampiresa devoradora de hombres.

—Ya lo sé —responde, y una vez más sale a relucir la Joy que todos conocemos.

Segura de sí misma, con una vida sexual plena y siempre preparada para soltar una pulla después de otra. Mi amiga continúa:

—Unas semanas después de lo de Tyler, conocí a Anthony, mi primer novio. Estuve con él tres años. Todavía nos llevamos bien, pero los dos queríamos ir a la universidad sin ataduras. Después de eso, decidí probar la libertad. Créeme, he puesto en práctica, aplicado y comprobado todos los consejos que te doy.

—Eso me tranquiliza —me río entre dientes—. Pero en serio, Joy. ¿Sigues enamorada de Tyler?

—No —dice con firmeza, y yo me lo creo—. No sabes lo que se siente; al menos espero que no lo sepas. Fue mi primera vez, estaba asustada y me dolió. Tyler tuvo cuidado, pero aun así fue incómodo.

Asiento con la cabeza en señal de comprensión. Luego, Joy sigue hablando.

—Nos quedamos dormidos y a la mañana siguiente, ya no estaba. No había nada que me recordase lo que había pasado, salvo

el condón usado, y luego se mudó a Ohio. Debería habérmelo dicho.

—Te entiendo —acepto—. Habla con él y así te quedarás más tranquila. Tyler te dará una respuesta.

—Ya veremos —dice, evitando mi mirada.

Sé que no hablará con él, pero eso ya es cosa suya. Si no quiere hablar, es su decisión. Mi amiga se dirige a mí de nuevo:

—Solo quería decírtelo porque no quiero que se interponga entre nosotras. No estoy enfadada contigo, Sienna. De hecho, ni siquiera me importa... De verdad que no. Estaría igual de cabreada si se hubiera enrollado con Phoenix o Millie.

—No pasa nada —le digo y la abrazo.

Joy me aprieta y siento cómo el alivio nos inunda a las dos. Estoy de acuerdo: no deberíamos dejar que algo así se interpusiera entre nosotras. Especialmente cuando no ha significado nada para Tyler y para mí.

—Gracias por decírmelo y por dejarme ver que puedes ser un poco romántica,

—¡Oh, por favor! —dice, entre risas—. ¡Ni una palabra a los demás! Mi reputación está en juego.

—Entendido —me río entre dientes.

Finjo que cierro la boca y luego tiro la llave. Es un juramento algo infantil y estúpido, pero se entiende.

—No saldrá nada de esta boquita.

—Gracias —responde, sonriente—. ¿Cómo van las cosas con Denver?

Suspiro y me alejo de ella.

—En lugar de venir a casa a hablar conmigo hace unos días, se fue a un bar con Darren, Jake y Tyler y se puso ciego.

—¿Con Tyler? —pregunta Joy, atónita, y yo asiento con la cabeza.

—Sí, hija, sí, con Tyler —digo, sin poder aguantarme la risa—. Estuvieron hablando, Tyler le pudo explicar el asunto, pero Denver no volvió a casa hasta unas horas después. Dice que ya no está enfadado conmigo, pero eso no es lo que me molesta. Denver odia el conflicto. No quiere hablar conmigo las cosas. Pasó lo mismo

cuando Madison vino a casa. Me aparta de él y no entiende que me puede contar lo que sea. Soy su novia, joder…

Sacudo la cabeza y me seco las lágrimas. No quiero llorar más por eso, pero mis sentimientos me abruman.

—Sé que yo también metí la pata —continúo y miro a Joy—. Debería haberle dicho que besé a Tyler. Pero cada vez se hacían más y más amigos… Y encima luego empezamos a salir, y tenía miedo de perderlo por eso. Parecía tan celoso antes de que estuviéramos juntos... ¿Cómo habría reaccionado si le hubiera dicho que me había liado con su amigo?

—Te entiendo, Sienna —dice Joy, dándome un abrazo—. Pero también entiendo a Denver. No le has engañado, pero él lo siente así.

—Ya lo sé —suspiro—. Pero ¿por qué habla con todo el mundo menos conmigo? Lo ha hablado hasta con el entrenador Flanders.

—Habló con el entrenador para evitar que le expulsara temporalmente del equipo y lo sabes.

Esquiva, aprieto los labios y asiento con la cabeza. Claro que lo sé. Y que lo aparten del equipo es lo que menos necesitamos ahora mismo.

—Denver es muy cabezota y, por lo que Phoenix me contó una vez, especialmente cuando se trata de la muerte de su padre, salta a la mínima para proteger a la gente que le importa.

—Lo sé —digo en voz baja—. Pero me gustaría que confiara en mí y me contara lo que le pasa.

—Volvió a casa esa noche, ¿verdad?

—Sí, claro —respondo pasándome los dedos por el pelo—. Llegó muy tarde, después de que yo me pasara horas intentando localizarle. Se había quedado sin batería. Jake y Darren tampoco contestaban a los mensajes. Apenas podía hablar esa noche. Estaba más pedo que Alfredo, y se tumbó en la cama a mi lado. Justo antes de dormirse, murmuró que me perdonaba por el beso. A la mañana siguiente, tuvimos una discusión terrible, volví a mi antigua habitación y desde entonces no hemos vuelto a hablar. No consigo hablar con él. Él fue quien me hizo daño, no yo.

—¿No crees que lo estás complicando todo?

Joy levanta las cejas y yo pongo mala cara. Con los labios apretados y los brazos cruzados sobre el pecho, la miro. Mi amiga continúa:

—Las dos habéis cometido errores, obviamente, pero si sabes cómo es él... ¿por qué no cedes un poco?

—¿Estás de coña? —miro a Joy, horrorizada—. Pero si…

—¡Denver no te ha mentido sobre sus intenciones, Sienna!

La dureza de su tono me hace estremecerme. Pero no se queda tranquila, y sigue:

—¿Se acostó con todas esas chicas? Sí. ¿Lo contó todo estando tú delante? Sí. Entiendo que estés enfadada con él porque no quiso hablar contigo de ello, sino que se fue a tomarse unas cervezas. Tú no harías eso, ya lo sé, pero le mentiste y sabías que esto podía estallar.

—No quería arruinarlo todo… —resoplo—. Por fin las cosas iban bien entre nosotros. Ese beso podía haber…

—Sí, o puede que hubiera pasado algo mucho peor —me corta —. ¿Qué esperabas ganar con una discusión aquella noche? ¿No crees que Denver tomó una decisión, aunque se equivocara, cuando no volvió a casa? Dejó que Jake y Darren lo calmaran en lugar de llegar hecho una furia y buscando pelea.

—Pero sí que habló con Tyler y le perdonó…

—¡Sienna, por Dios! —dice Joy, pasándose los dedos por la frente y mirándome enfadada—. No te estoy diciendo que tomara la decisión correcta esa noche, pero al menos tuvo los huevos de aparecer a la mañana siguiente. Quería hablar con calma y tú fuiste a por él otra vez. ¿A que sí?

—Puede ser —murmuro y mi amiga pone los ojos en blanco—. Bueno, vale, vino a la cocina y quería hablar. Entré en pánico y le eché la culpa de todo. Entonces Denver se hartó y quiso desentenderse.

—¿Y por qué te sorprende que no quisiera hablar? —dice Joy, levantando las cejas y sacudiendo la cabeza—. Es imposible que lleguéis a ningún sitio si sigues regañándole como si fueras su madre. Tenías que haberle dicho lo que pensabas y, sobre todo, tenías que haberte disculpado. Te toca a ti, más que a Denver.

Dejo que la afirmación de Joy cale hondo y me siento en la silla de la cocina que tengo detrás. No le falta razón en que Denver evitó una discusión mucho más agresiva aquella noche. Parecía que Jake y Darren habían conseguido calmarlo. A la mañana siguiente, me puse un poco locatis sin siquiera darle la oportunidad de explicarse. Y eso que fui yo quien la cagó…

—Joder… No era mi intención.

Eso es lo único que me atrevo a decir.

—Ya sé que no lo era —dice Joy, mientras me aprieta la mano —. Todo va a salir bien.

—Eso espero —digo entre suspiros y miro a Joy—. Y para colmo, mis padres vienen mañana…

Ahora mismo, no sé qué me saca más de quicio: la pelea con mi novio o la visita de mis padres, que todavía no saben que Denver es Denver y no Phoenix. Estoy hecha un lío.

—Creen que Phoenix es Denver y Denver es Phoenix —le explico, algo avergonzada.

—No lo dirás en serio… —dice Joy, y luego se echa a reír—. Y no saben que te acuestas con uno de ellos…

—¡Has vuelto! —exclamo, saltando y rodeándola con mis brazos.

Sonriendo, le planto un beso en la mejilla.

—Echaba de menos esto —le confieso a mi amiga.

Joy me devuelve el abrazo.

—Todo va a ir bien —me susurra al oído—. Denver te quiere. Y tus padres lo superarán…

No digo nada y sonrío para mis adentros.

Eso espero.

---

[1] *N. de la T.* Una forma coloquial de decir «borracho».

[2] *N. de la T*. Botas de la marca del mismo nombre, que se caracterizan por tener un tejido exterior similar al ante y un forro interior de piel de oveja.

20

Sienna

Joy se ha ido a casa y todavía no he digerido del todo la conversación. Me pilló por sorpresa que ella estuviera enamorada de Tyler en el pasado. No es muy propio de Joy. Ella siempre ha parecido tan dura y segura de sí misma que nunca creí que un chico pudiera tener tal efecto en ella, incluso pasados varios años. Siento que su primera vez fuera una decepción para ella, al igual que su primer lío. Quizá eso explique su actitud actual ante la vida: por qué se comporta de ese modo y por qué se resiste tanto a enamorarse y a tener una relación de verdad.

Me sigue cayendo bien Tyler y, cuanto más lo pienso, más creo que hacen buena pareja. Parecen tener mucho en común, aunque de momento no se den cuenta.

Dejo de pensar en Tyler y Joy y me concentro en mis propios problemas. Con lo mío tengo para un rato. Denver se fue esta mañana con tan solo un «adiós». No hemos hablado mucho en estos últimos días. El silencio es casi aún más insoportable que las discusiones. Hablar con Joy me ha venido bien, aunque ha sido un poco borde. Millie probablemente querrá decirme lo mismo, pero su forma de ser se lo impide. Yo también me he equivocado y debería haberle dado a Denver la oportunidad de explicarse a la mañana siguiente. Era de esperar que se marchara, después de que yo volviera a ponerle la cabeza como un bombo. Hoy tiene un entrenamiento hasta tarde y espero que, cuando vuelva, podamos hablar por fin.

Guardo en el cajón los utensilios de repostería que quedan en la encimera, pongo el temporizador del horno y entro en el salón justo cuando se abre la puerta principal. Denver entra, sonriente, y en sus manos lleva un enorme ramo de flores.

—Hola —me dice con mesura.

Tardo menos de un segundo en devolverle la sonrisa. Es la primera vez que se acerca a mí en días y eso me cura el corazoncito. Entonces me doy cuenta de que las flores deben de ser para mí y de que esta es su forma de disculparse. Denver cierra la puerta de una patada y tira la bolsa de deporte al suelo. Deja las flores encima de la mesa, mientras que yo no le quito los ojos de encima ni un segundo. Después de quitarse la chaqueta y los zapatos y de ponerlos en el perchero y en el zapatero, respectivamente, vuelve a coger las flores y camina hacia mí.

—Hola —me saluda de nuevo, algo inseguro, y se detiene justo delante de mí—. ¿Podemos hablar?

Le miro un momento, sin poder apartar la vista de las preciosas flores que tiene en la mano. Luego, asiento, pero no digo nada.

—Gracias —dice, respirando hondo—. Soy un imbécil. No. Me he quedado corto, en verdad... Esto... Soy un pedazo de imbécil.

Le sonrío y me muerdo el labio.

—Eso te lo compro.

—Sienna —susurra y me coge la mano, pero la aparto—, bueno, sé que me pasé. La pelea con Tyler hace un par de días, en fin... No debería haberla liado así.

—No es solo eso —digo, girando sobre mis talones.

¿De verdad cree que sigo enfadada por la pelea? Es por todo lo que pasó, o mejor dicho: *lo que no pasó* entre nosotros después de la pelea.

—¡Sienna! —me llama, y el pequeño crujido del papel alrededor de las flores llega a mis oídos. Debe de haberlas dejado en el suelo—. ¡Espera, por favor! ¿Puedes darme una oportunidad y escucharme? ¿Qué más tengo que hacer para que me escuches?

Me agarra de la muñeca y me da la vuelta. Le miro fijamente y levanto la cabeza para encontrarme con su mirada. Denver parece triste, y sus ojos no tienen la ligera arrogancia y chulería con la que suelen brillar y que tanto me gustan. En su lugar, está dolido y… perdido.

—Quiero disculparme y empezar de nuevo —dice, aflojando el agarre de mi muñeca—. Por favor, escúchame.

—Vale —digo en voz baja, y dejo que tire de mí hacia el sofá.

Nos sentamos juntos y Denver cierra los ojos antes de continuar. Parece cansado y no sabe cómo ha podido salir todo tan mal. Quiero acurrucarme junto a él, pero algo en mi interior me dice que me resista.

—Me sentí como si me hubieran golpeado con un bate cuando me enteré de que os habíais liado. Se me cruzaron los cables. Tenía miedo de perderte y... y se me fue la pinza. Sobre todo porque Tyler es mi amigo...

Me suelta la muñeca para apoyar los antebrazos en los muslos y entrelazar los dedos. Tan pronto como se aleja de mí, echo de menos el contacto físico y me siento como si estuviera levantando un muro entre nosotros. Un escalofrío incómodo me recorre la espalda. Me recuerdo a mí misma que no debo atacarle, sino darle espacio.

—Sé todas las cosas que he hecho con otras chicas, pero... —dice, respirando hondo—. Nunca fue con ninguna de tus amigas, Sienna.

—Tyler y yo solo nos besamos…

—No se trata del beso —me suelta, y poco después, sus labios pronuncian un silencioso «perdón».

Denver se calla un segundo y luego sigue:

—Es por lo que pasó antes. Es mi amigo, y te pregunté si había alguien más. Me dijiste que no.

—Lo sé —le digo, mordiéndome el labio con culpabilidad—. Y lo siento. Pero le aparté porque estaba pensando en ti. Ese beso no significó nada.

Con cuidado, extiendo la mano izquierda y la coloco sobre la suya. Espero a ver si se aparta, pero no lo hace. El alivio y la esperanza inundan mi cuerpo. Sin dejar de mirar nuestras manos, le digo:

—Denver, yo... Te dije que no había nadie más porque no había nadie serio. Íbamos a hacer el amor por primera vez... ¿Cómo habrías reaccionado si te lo hubiera dicho entonces? Siento mucho no habértelo contado más tarde. La cagué y yo... Ojalá pudiera volver atrás y hacerlo de otro modo, pero no puedo.

Una lágrima asoma por el rabillo del ojo y recorre mi mejilla hasta llegar a mis labios. El sabor salado hace que se me encoja la boca. Denver me mira.

—No pasa nada —dice, apretándome la mano.

Es un gesto pequeño, pero significa mucho para mí. Denver duda si seguir y luego dice:

—Debería haberme controlado y... no haberle dado un puñetazo en la cara a Tyler. Lo siento mucho, nena.

—Nunca deberías haber pegado a Tyler —le corrijo.

Denver se inclina hacia mí y siento su aliento en la cara.

—Lo siento, Sienna —susurra—. Por la forma en que actué, por emborracharme con los chicos en vez de volver a casa cuando solo podía pensar en ti…

Mis labios se curvan en una sonrisa. Denver me mira y sigue hablando:

—Ya, lo sé… Todo lo que puedo decir es que lo siento. Lo siento muchísimo, pero yo... No se me da bien esto. Tenía miedo de enfrentarme a ti. Toma —dice, mientras coge las flores y me las tiende—. Estas son para ti. No es mucho, pero mi padre solía regalarle flores a mi madre cuando metía la pata. Y cuando volvía a casa después de meses de trabajo.

Intenta sonreír, pero no lo consigue. Le cojo las flores y las huelo. Huelen a gloria. Sonrío, las vuelvo a dejar sobre la mesa y lo miro.

—Denver… —susurro y me inclino hacia él.

Me imagino cuánta ilusión ha puesto en este gesto, cuánto admiraba a su padre. Lo echa de menos, más de lo que jamás admitiría. Creo que quiere una relación parecida a la que tuvieron sus padres y espera usar los mismos gestos de afecto de su padre para hacerme sentir igual de bien que él a su madre. Le pongo la mano en la mejilla y se la acaricio.

—Son preciosas…

—¿De verdad te gustan? —dice, mirándome asombrado.

—Claro que me gustan. Me gustarían aunque fueran malas hierbas —susurro—. Lo que cuenta es el gesto, Denver. Has pensado en mí…

—Te…—titubea—. Te quiero.

El corazón se me para un instante y me estalla en el pecho justo después. Esas dos palabras ponen mi mundo patas arriba. *Te quiero*. Denver me mira sin pestañear, con los labios apretados como si se estuviera conteniendo y me diera tiempo para procesar sus palabras. Y eso hago. Nunca esperé que sus sentimientos por mí fueran tan fuertes. Sobre todo después de haber discutido tanto.

Por mis mejillas corren una lágrima tras otra, porque toda esta situación me ha desconcertado. Siempre pensé que sería muy romántico, que me lo diría después de ir al cine o de ganar un partido. Creía que sería cuando viéramos la vida de color rosa y no cuando estuviéramos de bajona, intentando arreglar las cosas. Puede que incluso esperase que Denver me lo dijera después del sexo de reconciliación. La situación me ha pillado desprevenida. Sus palabras rondan por mi cabeza y me hacen darme cuenta de que yo también le quiero.

—No has dicho nada… —dice Denver con la voz rota.

Levanto la vista. No me había dado cuenta de que llevaba tanto tiempo callada. Denver sigue mirándome, un poco impaciente.

—Tú... tú no sientes lo mismo por mí, ¿verdad?

El pánico se extiende por sus ojos y su respiración se acelera. Su pecho sube y baja violentamente.

—¿Qué? —jadeo—. No, cielo... Claro que siento lo mismo por ti.

Sacudo la cabeza y cierro los ojos un momento. Creo que he arruinado por completo su declaración de amor. Es normal que le haya molestado mi reacción. Pero no me lo esperaba. Tiene que dejar que lo asimile.

Quiero a Denver.

Siento su mano en mi mejilla y le miro. Me quita las lágrimas con suavidad y sonríe, aunque con cierto dolor.

—Yo también te quiero —suspiro, incapaz de contener los sollozos—. Claro que te quiero, Denver.

Denver exhala de una forma muy sonora y relaja los hombros. Es evidente que mi respuesta le ha aliviado. Apoyo la mano izquierda en su mejilla. Su barba raspa un poco.

—Mmm… —murmura, acercándose aún más—. ¿Puedo besarte ya?

Me río entre dientes y me inclino hacia él. Las mariposas de mi estómago reviven de nuevo y lo único que consigo es asentir.

Denver no pierde el tiempo y presiona su boca contra la mía. Suspiro y me inclino hacia él. Estoy tan contenta de tenerle de vuelta... Llena de felicidad, me acurruco contra él. Mi lengua roza sus labios y Denver los abre. Con un rápido movimiento, me levanta y me pone a horcajadas sobre su regazo.

Nuestras lenguas inician un juego erótico: se tientan, se entrelazan, se buscan la una a la otra. Los dos intentamos llevar la iniciativa en el beso hasta que me separo de él. Denver me mira con los ojos muy abiertos mientras me levanto y doy un paso atrás. No lo tengo muy fácil, ya que la mesa de café está justo detrás de mí.

Denver no me quita los ojos de encima y yo cojo el dobladillo de mi jersey y me lo quito lentamente. No sé de dónde me viene todo este atrevimiento; quizá pasar unos días sin sexo me haya pasado factura.

El jersey cae al suelo y Denver me mira con atención. Inmediatamente, se relame y recorre mi cuerpo con la mirada. Me desea, puedo sentirlo. Y yo también le deseo, porque no solo estoy locamente enamorada de él, sino que además me pone a mil.

—¿Te gusta lo que ves?

Muevo las caderas adelante y atrás mientras engancho los pulgares en la cintura de los *leggings* y los deslizo lentamente hacia abajo. Cuanta más piel le dejo ver, más ávida se vuelve su mirada. De no ser por Denver, así como por Joy y Phoenix, nunca habría llegado a ser la Sienna de hoy. Mi yo de Montana nunca se habría desnudado delante de él. Yo era una chica joven e inexperta que había tenido malas experiencias en el sexo... En comparación con lo que estoy viviendo ahora, claro. Mi yo de Lincoln, en cambio, está segura de sí misma. Pero hay algo que aún no he hecho. Miro la entrepierna de Denver. Se ve que tiene abultados sus pantalones de chándal y sus bóxers. He visto su polla tantas veces que lo que voy a hacer no debería intimidarme. Pero lo hace, porque nunca me la he metido en la boca. Mi experiencia con las mamadas es pésima.

Solo lo he hecho una vez y salió fatal. Mi exnovio no me tuvo en cuenta y me la metió en la boca con demasiada fuerza. Tanto que me tocó la campanilla. Para colmo, me estiró de la coleta, así que no pude apartarme hacia atrás. Poco después, me puse a toser como una loca y conseguí, con mucho esfuerzo, no vomitar delante de él. Nunca volví a intentarlo. El pánico que me invadía cada vez que pensaba en mi novio metiéndome la polla hasta el fondo de la garganta me paralizaba.

Me quito los *leggings* y los tiro sobre el jersey que tengo al lado. Sigo con los calcetines. Luego me arrodillo entre sus piernas y le miro.

Denver sigue mirándome con ojos deseosos, mientras me acaricio los muslos y le miro.

—No tienes por qué hacer esto… —susurra y me pone la mano en la mejilla para acariciarla suavemente con el pulgar—. Lo sabes, ¿no?

—Pero quiero hacerlo… —respondo—. Quiero intentarlo.

—Vale —susurra Denver y me dedica una sonrisa irresistible.

Esto me da un subidón de confianza y hace que desaparezcan los recuerdos de mis experiencias pasadas. Mis manos recorren sus muslos hasta la cinturilla de sus pantalones. Denver se levanta y se los baja junto con los calcetines y los bóxers. Cuando se quita todo lo que lleva, vuelve a sentarse y me mira con cariño. Le devuelvo la mirada y luego miro su polla. Todavía no está erecta del todo. Respiro hondo y cierro suavemente la mano a su alrededor. Denver gime y cierra los ojos. Sonriendo, lo miro mientras muevo la mano arriba y abajo. Su piel es cálida y suave. Siento cómo su sexo sigue hinchándose y, poco a poco, se yergue de placer.

Tras unos minutos acariciándolo con la mano, me inclino hacia delante y le lamo el glande con la punta de la lengua. Denver gime con fuerza y yo repito lo que estoy haciendo.

—Métetela en la boca, nena —me indica, impaciente—. Por favor...

Le miro y mi corazón empieza a latir más deprisa. Ha llegado el momento que llevaba tanto tiempo posponiendo. La incertidumbre me invade y vacilo. Denver se da cuenta de que puedo estar

cambiando de opinión y me acaricia suavemente la mejilla con los dedos.

—Confía en mí, Sienna. Lo estás haciendo muy bien.

—Lo sé —le respondo—. Es que... Solo he hecho esto una vez y… fue un desastre.

Mis mejillas enrojecen por la vergüenza, pero él me sonríe con dulzura. Denver se inclina y me besa con pasión, probablemente para probar su sabor. Al igual que yo he hecho otras veces después de que él me lo coma.

—Lo vas a hacer genial… —repite sus palabras, mirándome con cariño—. Pero si no te apetece seguir…

Chupársela no puede ser tan difícil: Phoenix y Joy lo hacen sin problemas. Me armo de valor y meto la punta de su polla en mi boca. Denver gime de nuevo. Pero antes de deslizarla entera dentro de mi boca, vuelvo a mirarlo.

—Por favor, mantén las manos donde están —le digo, con el corazón palpitante.

Me imagino cuánto le gustaría pasarme la mano por el pelo, asumir el control. El hecho de que él sea la parte dominante durante el sexo no me molesta. Pero mientras se la chupe, necesito ser yo quien controle la situación. Luego, añado:

—Y no me empujes la cabeza hacia abajo.

—Lo prometo.

Denver me mira con una sonrisa en los labios.

Me vuelvo hacia su erección. Tiene la polla hinchada, como si deseara que se la chupase con todas mis fuerzas. Entonces vuelvo a inclinar la cabeza para metérmela en la boca y empiezo a moverla hacia delante. Centímetro a centímetro, introduzco su polla en mi boca. Es más gruesa y larga que la de mi exnovio.

—Joder, nena…—gime Denver cuando me la saco de la boca y la recorro con la lengua antes de volver a metérmela—. Chúpamela, Sienna... Hazme tuyo.

Accedo a su petición y rodeo su sexo con los labios. Denver gime con más fuerza y de forma algo sonora. Por el rabillo del ojo, veo lo difícil que le resulta no enterrarme la mano en el pelo y tomar el control de la mamada. Me estoy esforzando más de lo que jamás

creí posible, y le agradezco que sea tan paciente conmigo. No es algo que dé por sentado, sobre todo teniendo en cuenta su experiencia sexual. Le habrán hecho más de una mamada en su vida, y desde luego, mejores que las mías.

Dejo que la polla de Denver se deslice hasta el fondo de mi boca y entonces siento el famoso reflejo. Mis dedos arañan con más fuerza sus muslos y noto las primeras lágrimas en las comisuras de los ojos, pero quiero seguir. Por los dos. Denver gime de placer, y cuando vuelvo a mover la cabeza hacia delante y hacia atrás, su pelvis se sacude. Abro los ojos y dejo que un par de lágrimas corran por mis mejillas. Me la mete en la boca una vez más y me entra una ligera arcada. Denver me pone la mano en la nuca, pero no me estira del pelo, como yo esperaba, para poder usar mi boca a su antojo, sino que me la acaricia suavemente. Es como si quisiera calmarme, y eso ayuda.

—Respira por la nariz —me dice, con dulzura, y yo le hago caso—. Eso es, respira y ten cuidado con el reflejo. Voy a sacarla y luego te la meteré una vez más, ¿o prefieres que paremos?

Un murmuro tenso se escapa de mis labios y me concentro en mi respiración. Quiero seguir. Denver echa la pelvis hacia atrás y yo sigo respirando por la nariz. Inhalo y exhalo. Luego vuelve a empujar hacia delante y lo repite varias veces.

—Lo estás haciendo muy bien, nena. ¿Me dejas que me corra en tu boca?

El asco me invade y pienso en que sería mejor parar. Esto me recuerda a cuando mi exnovio se corrió después de chupársela, y aunque no lo hizo en mi boca, me salpicó en la cara y en el pecho. Eso hizo que la experiencia fuera aún peor, porque no solo me hizo sentir mal por las arcadas, sino que también me sentí sucia porque me empapó con su semen.

Sacudo la cabeza y Denver lo entiende y saca su sexo de mi boca. Respiro hondo y le miro. Luego, él me coge de las manos y me sube a su regazo. Gimo cuando siento su sexo duro contra el mío.

—Has estado increíble —susurra, antes de besarme en los labios—. ¿Te has sentido cómoda?

Denver me roza tiernamente los brazos con las yemas de los dedos y me mira a los ojos.

—Sí —susurro—. Gracias por tu paciencia y... por no dejar que se me atragante.

Le guiño un ojo ante el doble sentido de mi afirmación, lo que le hace reír.

—Sienna Gardner, ¿quién te ha convertido en una tentadora tan sexy?

Me río y echo la cabeza hacia atrás antes de rodearle el cuello con los brazos y apretar mi boca contra la suya.

—Te quiero, Denver. Y o me lo haces aquí y ahora, o me llevas en brazos a la habitación.

Añado un poco de perversión a mi voz, y funciona. Se le vuelve a poner dura, gracias en parte a que sigo frotándome contra él. Mis manos se mueven sobre su pecho, y se deslizan bajo su jersey para sentir su piel desnuda bajo las yemas de los dedos. Trazo un rastro de besos desde sus labios hasta su cuello, me inclino hacia delante y le paso la punta de la lengua por la concha de la oreja. Denver vuelve a gemir.

—Dime dónde quieres que te lo haga.

Sorprendida de mí misma, me acerco aún más a él. Mis uñas recorren sus abdominales y le beso el cuello.

—¿Dónde lo quieres, nena?

Denver desliza su mano entre mis piernas y presiona la palma contra mi vientre.

Jadeo y se me escapa un gemido cuando aparta mis bragas y me pasa un dedo entre labio y labio.

—Podríamos hacerlo aquí mismo —sugiere.

—Sí, aquí mismo —confirmo, jadeante.

Denver me aparta ligeramente de él para bajarme las bragas y se quita él mismo el jersey. Yo me quito el sujetador. Luego vuelvo a subirme a su regazo.

Sus manos recorren mis caderas hasta llegar a mis pechos. Me los levanta y se inclina hacia delante. Sus labios recorren mi piel pálida y se lleva mis pezones a la boca, por turnos.

—¿Sin condón? —me pregunta, porque nunca lo hemos hecho antes. Siempre ha habido una capa de látex entre nosotros, pero hace más de un mes que me tomo la anticonceptiva. Así no habrá sustos. Antes de recetarme la pastilla, mi ginecólogo revisó que todo estuviera en orden, y confirmó que no tenía nada. Además, Denver se somete constantemente a pruebas debido al fútbol, así que sabemos que él también está sano.

—Sí —confirmo—. Sin condón.

Aliviado de que ninguno de los dos tenga que ir a la habitación a por un condón, me sonríe. Me pasa el glande por la parte externa de mi sexo y presiona mi pelvis.

Durante los siguientes minutos, me siento como en un frenesí. Denver está más que dispuesto a dármelo todo. Creo que he hecho un buen trabajo chupándosela, porque no tarda en agitarse dentro de mí.

—Joder —gime y se echa hacia atrás—. Me corro...

—Espera —jadeo, y empiezo a tocarme para llegar yo también al clímax.

Necesito correrme a la vez que él.

—Joder, Sienna…

El sexo de Denver empieza a retorcerse dentro de mí. Mi novio me mira, desesperado.

—¿Cómo puedes hacernos esto? ¡Estoy a punto, nena!

Me río y vuelvo a apretar mis labios contra los suyos. Clavo mi mano izquierda en su cuello, mientras me estimulo con la derecha. Mi pelvis sube y baja. Es, sin duda, el mejor polvo que he echado en mi vida. Me encanta cuando se toma su tiempo para lamerme y tocarme y luego me hace el amor lentamente, pero esto es igual de bueno.

—Estoy lista —jadeo unos minutos después, con mi cuerpo elevándose por encima de él—. ¡Denver!

Él también gime, me la mete y la saca un par de veces, hasta el fondo, y emite un grito cuando llega al orgasmo. Escucharle gemir me lleva al límite. Mi cuerpo se desploma hacia delante y apoyo la frente en la suya. Las manos de Denver recorren mi espalda sudorosa y siento cómo se corre dentro de mí.

—Vaya… —jadeo—. Así es como vamos a hacerlo a partir de ahora.

—Como tú quieras, nena… —responde Denver y sale de mi interior.

Su semen corre por mis muslos. Le miro un poco sorprendida, lo que le hace sonreír. Pega sus labios a los míos y me atrae hacia él.

—Dame unos minutos y seguimos.

Sacudo la cabeza, divertida, y me acurruco contra él.

21

Denver

A la mañana siguiente, me despierta el sol que entra por la ventana en la habitación de Sienna. Anoche nos olvidamos de cerrar las cortinas y ahora el sol se venga de nosotros. Parpadeo y tengo que adaptarme a la luz. Sonriendo, me vuelvo hacia mi novia, que sigue durmiendo.

Está tumbada de lado, con la cara mirando hacia mí. Estiro el brazo con cuidado para no despertarla y le aparto un mechón de pelo detrás de la oreja. Su piel es aterciopelada. Sienna frunce los labios y arruga la nariz. Rebosa ternura... Pero sigue durmiendo como si nada. Puedo entenderlo; después de todo, nos pasamos la noche haciendo el amor. Después del polvo de reconciliación en el salón, nos duchamos y fuimos a su habitación. Allí le agradecí del mejor modo que se me ocurrió que me la hubiera chupado tan bien. Sienna se sentía insegura y noté que le costó llevarse mi polla a la boca. Fue increíble sentirla así, y me alegro de que fuera capaz de superar su miedo. De todos modos, habría entendido que se detuviera. Pero eso no habría sido propio de Sienna. Cuando se propone algo, se empeña hasta que lo consigue. La primera vez sin condón también fue una experiencia nueva para los dos. Nunca lo había hecho así. Vivirlo con Sienna nos ha unido aún más. Aun así, las siguientes veces que nos acostamos, lo hicimos con protección extra. Ninguno de los dos quiere un bebé. Aunque la píldora es muy segura, es mejor no depender de un solo anticonceptivo. Sienna está empezando la carrera y yo estoy en una fase decisiva para mi futuro.

Sin despertarla, retiro las sábanas y salgo de la cama. Sienna murmura algo, pero sigue dormida. Se pone de lado y chasquea los labios en sueños.

Con una sonrisa en la cara, salgo desnudo de su habitación y voy al baño a ducharme y refrescarme. Me siento tan aliviado de

haber podido saldar mis errores de los últimos días con un ramo de flores y una disculpa... Después de tanto silencio, temía haberlo echado a perder. Cuando a la mañana siguiente de emborracharme con los chicos me acusó de no confiar en ella y de no darle la suficiente importancia como para arreglar las cosas, me cerré en banda. No hay otra forma de decirlo. Algo dentro de mí se partió en mil pedazos y no dejó que Sienna se acercara a mí. No quería que me culparan de nada, hasta que me di cuenta de que si no expresaba lo que sentía, viviríamos separados durante días, semanas, quizá meses. Y la echaba mucho de menos. No hablar con ella, no abrazarla, no besarla me resultaba insoportable. Irme a la cama por la noche sin atraerla hacia mí, y desayunar por la mañana sin contarle lo que me esperaba ese día y preguntarle por el suyo... No quería vivir así. Por eso, me armé de valor y le compré flores.

Darren y Jake me dijeron que ni con flores tendría una oportunidad con Sienna, pero no les hice caso. Además, a papá siempre le funcionó. Mamá no lo perdonaba enseguida, ni siquiera con flores —cosa que sí esperaba que funcionase con Sienna—, pero era más indulgente. Luego solían hablar y hacer las paces. Y eso es justo lo que ha pasado con Sienna y conmigo.

Aún no le he presentado a mi madre y a John. No me llevo muy bien con él y, aunque mamá intenta que estemos más unidos, nuestra relación se ha resentido cada vez más. Cuando mamá nos lo presentó, Phoenix, Madison y ella acababan de terminar la terapia familiar, a la que yo me había negado a ir. Me desconcertó ver de repente a otro hombre a su lado, después de que ella hubiera estado yendo a la psicóloga con regularidad. Tenía claro que John se estaba aprovechando del dolor de mi madre y se estaba acercando a ella a través de mis hermanas. Pero ahora sé que eso es una gilipollez que solo podría ocurrírsele a alguien que ha sufrido.

Todavía me resulta increíblemente difícil darle una oportunidad, a pesar de que ha demostrado una y otra vez que nos quiere a todos, no solo a mamá. Trata a Madison como a su propia hija. Siempre la apoya, la lleva a todas partes y pasa tiempo con ella cuando puede. John es agente inmobiliario y viaja mucho. También trata muy bien a Phoenix y tienen muy buena relación. Incluso diría

que acompañará a Madison al altar cuando se case. Ha asumido el papel de padre. No creo que el caso de Phoenix sea el mismo, pero estoy seguro sobre Madison. John no tiene hijos propios, así que es aún más sorprendente lo mucho que disfruta de la vida familiar con nosotros. Está divorciado y también es de Chicago. Hasta que tiró la toalla conmigo, hará unos seis meses, siempre acompañaba a mi madre al estadio, a pesar de que le dejé muy claro más de una vez que no lo quería allí. Le dije que no quería verle junto a mi madre, animándome como si fuera alguien importante, como si fuera mi padre. Además, siempre estaba pendiente de mí, y estoy seguro de que aún se preocupa, y siempre que se le necesitaba, allí estaba. Nunca me dejó de lado. Siempre me hizo ver que era uno más de la familia.

Como mi madre nos ha invitado a Sienna y a mí a la cena de Acción de Gracias, pronto conocerá a mi novia. Me hace mucha ilusión, y creo que se van a llevar muy bien. Sienna es la primera chica que voy a presentar oficialmente en casa. Tengo que admitir que eso me pone más nervioso de lo que me gustaría. Además, como ninguno de mis amigos está en una relación estable, no puedo pedirles consejo.

Por otra parte, quiero concertar una cita para ir al cementerio militar de Chicago a visitar la tumba de papá con Sienna. Es importante para mí. Me habría gustado presentársela como es debido, y decirle que creo que es la indicada para mí. Quiero a Sienna como él quería a mamá, y estoy seguro de que será mi compañera de vida, igual que lo fueron mis padres. Espero de verdad que nuestros caminos no se separen cuando me seleccione un club de la NFL.

Esta mañana estoy de buen humor y no quiero estropearlo pensando en mi padre. Él no va a volver, y después de cinco años, al fin lo estoy aceptando. Al fin y al cabo, es lo que tuvieron que hacer mamá, Madison y Phoenix.

John nunca ocupará su lugar y él lo sabe. Él hace feliz a mamá y eso debería ser lo más importante. Ninguno de nosotros quiere que esté sola el resto de su vida.

Suspiro, salgo de la ducha, me seco y cojo unos calzoncillos limpios de la estantería del baño. Sienna pensó que sería una buena idea poner mi ropa interior allí, porque de lo contrario, andaría desnudo por el apartamento todo el tiempo. O eso cree ella. Después de ponerme unos pantalones cortos y una camiseta en mi habitación, voy a la cocina a preparar el desayuno.

Antes de llegar a la cocina, suena el timbre y frunzo el ceño. ¿Aún no son las diez de la mañana y ya tenemos visita? Si son Darren y Jake, les voy a meter una patada en los huevos.

Abro la puerta e inmediatamente siento que debería cerrarla de un portazo. Los padres de Sienna están delante de mí, sonriéndome. Recuerdo de una forma muy difusa que mi novia me dijo que sus padres vendrían de visita. Y ahora que me acuerdo, aún no saben lo nuestro y siguen pensando que soy mi hermana. Eso me cabrea, pero Sienna no sabía cómo decírselo. Contarles lo nuestro habría sido lo correcto y nos habría ahorrado muchos problemas. Especialmente a mí, porque me gustaría presentarme formalmente a mi futura familia política.

—Sra. Gardner, Sr. Gardner… —tartamudeo—. Qué sorpresa, ¿no?

Me cago en la puta, ¿qué se supone que tengo que decir? Sienna me lo está poniendo muy difícil. Sobre todo ahora que su madre me está recorriendo con la mirada, sin dejar ninguna duda de que no entiende qué hago paseándome en pantalones cortos y camiseta a estas horas.

—Buenos días, Phoenix —me saluda la señora Gardner.

El señor Gardner me da unas palmaditas en el hombro mientras les dejo pasar.

—Me temo que Sienna sigue durmiendo.

—¿Y qué haces tú aquí? —pregunta de inmediato su curiosa madre.

Me gustaría contestarle que anoche estuve follándome a su hija hasta alcanzar el nirvana, pero creo que se caería muerta.

—He dormido en la habitación de Phoe… de Denver porque tenemos una fuga de agua en mi piso y Denver está fuera del país. No tengo ni idea de qué decir y, al ver que la Sra. Gardner frunce el

ceño, sospecho que no se lo cree. Es evidente que el Sr. Gardner se lo huele a kilómetros, pues me sonríe, divertido y con cierta complicidad.

No estábamos saliendo la última vez que nos visitaron, pero su reacción no es la que esperaba.

—Hemos traído el desayuno —dice, poniendo la mano en el hombro de su mujer—. Phoenix debería despertar a Sienna, y nosotros...

—¡Yo despertaré a Sienna!

La señora Gardner me mira, completamente alterada. Sus ojos brillan, y no puedo culparla por morirse de ganas de volver a ver a su hija. Aun así, ni de coña voy a dejar que despierte a Sienna. La ropa que nos quitamos ayer en el salón sigue en su habitación, y estoy segura de que se quedará moñeca[1] si ve la papelera llena de condones.

—Yo me encargo —le digo—. Pasen a la cocina, si quieren…

La Sra. Gardner está a punto de objetar, pero el Sr. Gardner tira de su esposa detrás de él. Me detengo un momento y respiro hondo antes de dirigirme a la habitación de Sienna. Al menos hemos sido lo bastante listos como para usar su cama; si no, esto sería aún más raro.

Entro en la habitación y me acerco a la cama. Mi novia sigue durmiendo plácidamente y me resisto a despertarla.

—Sienna —susurro—. Despierta…

Primero le acaricio suavemente la mejilla y, como no se mueve, le sacudo el hombro hasta que abre los ojos con los párpados agitados.

—Buenos días…

Habla con la voz ronca y está tan sexy… Se mueve despacio, y se incorpora, de forma que la manta se desliza por su cuerpo. Al hacerlo, tengo una vista perfecta de sus preciosos pechos, y me entran unas ganas terribles de abalanzarme de nuevo sobre ellos. Juraría que aún tiene los pezones sensibles y que se le erizarían inmediatamente si se los tocara.

—Vuelve a la cama, por fa…

Sienna tira de mí por el dobladillo de la camisa y me obliga a inclinarme sobre ella. Nada me gustaría más que volver a la cama con ella, pero sus padres nos esperan en la cocina.

—Me da que no, cielo —respondo, y ella me hace puchero.

Le doy un beso y me alejo del todo, para decirle:

—Tus padres están aquí.

Los ojos de Sienna se abren de golpe y en un solo segundo, palidece.

—¡Mierda, joder! —exclama y salta de la cama.

Tarda un momento en darse cuenta de que está completamente desnuda. Aprieto el puño derecho delante de la boca para no echarme a reír. Su cara no tiene desperdicio.

—No te rías —susurra—. Será mejor que los distraigas hasta que me vista.

Doy un paso hacia ella y la atraigo hacia mí. La rodeo con los brazos, aprieto su cuerpo contra el mío y pongo las manos en ese culo que me vuelve loco.

—¿Y si no lo hago, qué? —pregunto con el ceño fruncido y la beso.

Sienna me devuelve el beso y me rodea el cuello con los brazos. Sonriendo, la miro y le acaricio el culo.

—¿Me van a echar de mi casa? —continúo.

—¿Te parece gracioso? —gruñe y niego con la cabeza.

—No —digo un poco más serio, apartándola de mí mientras busco unos pantalones—. Porque a estas alturas ya deberías haberles dicho que me llamo Denver y que soy tu novio. No tiene gracia, nena.

—Lo sé...

Sienna me rodea con sus brazos por detrás y aprieta su cuerpo contra el mío. Se pone de puntillas para besarme en la nuca. Suspiro, cedo y entrelazo nuestros dedos, que ambos apoyamos en mi tripa. Nos quedamos así un momento.

—Se lo diré, prometido. No te enfades.

—No estoy enfadado —respondo, girándome para mirarla—. Ni decepcionado, como soléis estarlo las mujeres.

—¿Ah, sí?

Levanta las cejas de inmediato y me mira interrogante.

—Sí, bastante a menudo, además —digo, sonriente, y vuelvo a besarla.

Luego me separo y le doy un azote en el culo. Sienna chilla y yo pongo los ojos en blanco. No ha sido tan fuerte.

—Ve a ducharte y a ponerte algo de ropa. Hueles a mí, y a sexo.

Se pone roja de inmediato, lo que me hace querer volver a estrecharla contra mí, aunque no tenemos tiempo para estos jueguecitos.

Joder, sus padres están sentados en nuestra cocina, a punto de desayunar con ella, y lo único en lo que puedo pensar es en follármela y pegarle otro azote.

—Me encantaría llevarte de nuevo a la cama —murmuro mientras le beso el cuello y le acaricio las nalgas—. Luego te lo comería y te follaría hasta que no pudieras más…

—No me tientes… —responde ella—. Podríamos hacerlo en silencio…

Me separo bruscamente de Sienna y la miro con fingido asombro.

—Si hay algo que no quiero es follarte en silencio.

—Yo tampoco —dice, mientras se ríe alegremente.

Su risa me enternece. Sienna me tiene bien pillado.

—Los distraeré hasta entonces —decido, separándome de ella para dirigirme a la cocina.

Ella asiente con una sonrisa y por fin salgo del cuarto.

Desde el pasillo, oigo a sus padres discutiendo ligeramente en la cocina. Su madre habla sin parar, y dice que debería haber metido un poco de comida y alguna tarta en la maleta. Habla en un tono muy alto. Su padre, en cambio, parece relajado y pregunta cuándo volveré.

Entro en la cocina y me encuentro a la señora Gardner de pie junto a la encimera, con la cafetera en la mano.

—¿Quieres un café, Phoenix?

Asiento con la cabeza y me siento junto a su marido.

—Lo han encontrado todo, por lo que veo —pregunto, al ver que han puesto la mesa.

—Por supuesto —dice orgullosa la madre de Sienna, sonriéndome —. Yo me acuerdo de todo.

Cómo no se iba a acordar, si fue ella quien reorganizó nuestra cocina durante su última visita para que todo tuviera su sitio... Palabras textuales de Sienna, no mías. Al final, lo dejamos así porque descubrimos que el sistema de su madre funcionaba.

El padre de Sienna me mira como si la escena le divirtiera.

—Sienna se está duchando —murmuro—. Ahora viene…

Me siento realmente incómodo con esta situación. Será mejor que Sienna se dé prisa. No sé de qué hablar con sus padres.

—¿Dónde está Denver? —pregunta la Sra. Gardner, sentada frente a mí.

Genial… Me gustaría que fuera Sienna la que se sentase ahí en su lugar. Tardo un momento en contestar.

—En Europa.

—¿Europa? —me pregunta—. Europa es muy grande…

—Está en Inglaterra.

No sé por qué se me ocurre soltar eso. Probablemente, porque hace unos días, cuando no podía dormir, vi un documental sobre ese país en la tele.

—¿Y qué hace allí?

—Estudiar —murmuro, cogiendo la taza de café llena que tengo delante y echándole un poco más de leche.

Sigo mirando hacia la puerta, esperando que Sienna aparezca por fin.

—Siento el lío... Seguro que tienen mil ganas de verla…

—¡Evidentemente! —grita—. ¿Y qué estudia?

—Economía, como Sienna…

—Esther —interrumpe el Sr. Gardner a su mujer con una sonrisa.—. Deja en paz al chico…

—¿Por qué? —pregunta ella, alzando las cejas—. Solo quiero saber todo lo que pueda sobre la compañera de piso de nuestra hija. No hay nada malo en ello.

Evito su mirada. Me incomoda mirarla, porque no deja de preguntar datos sobre las vidas de una Sienna y Phoenix —bueno, Denver— que no existen.

—¡Basta ya de tonterías!

Su padre golpea de repente la mesa y yo me sobresalto y lo miro fijamente. El corazón se me para un momento y respiro hondo.

—¡Eres Denver Jones! —exclama.

Abro los ojos como platos y quiero decir algo, pero no sale ningún sonido de mi boca. Me planteo levantarme de un salto e ir al baño a avisar a Sienna, pero me parece patético. ¿Qué coño hago? Nervioso, me muerdo el labio y miro a los padres de Sienna, muerto de vergüenza.

—¿Cómo os habéis enterado? —pregunto finalmente.

No tiene sentido seguir con la trola y, de algún modo, me alegro de que ya sepan esa parte de la verdad.

—Como me dijiste que jugabas al fútbol, más o menos un mes después, comprobé qué tal te iban las cosas. Entré en la página oficial de los Lincoln Tigers…

Es lo que tiene internet…

—Pero no aparecía ningún Phoenix Jones como *quarterback*, solo un tal Denver Jones, y cuando hice clic en el perfil del jugador, había fotos tuyas.

—Joder…—murmuro, pasándome las manos por la cara—. Lo siento.—

—Seguí al equipo durante un tiempo, con la esperanza de que Sienna nos dijera la verdad cuando nos llamara, pero no lo hizo. Y después de uno de los partidos, encontré una foto tuya en la galería. ¿Qué crees que había en esa foto?

—Sorpréndame… —murmuro, evitando su mirada.

Estaría bien que Sienna apareciera aquí con su bonito culo y me salvara.

—¡El mismísimo Denver Jones besando a mi hija!

Entonces se me para el corazón y juraría que hay tanto silencio en la cocina que se podría oír caer un alfiler.

—¡Mamá, papá!

Sienna entra sonriendo. Lleva pantalones de chándal negros y una sudadera naranja con el logo de los Lincoln Tigers.

—Llegáis pronto, pero me alegro de veros —continúa.

Al ver mi cara de sorpresa, hace una pausa.

—¿Qué pasa?

—Siéntate, Sienna —dice su madre con severidad, señalando la silla de al lado.

Sin decir nada, mi novia se sienta y cruza los brazos. Luego, abre la boca y suelta:

—¿Os ha dicho Phoenix que…?

—Lo saben —la interrumpo, antes de que pueda seguir diciendo tonterías—. Todo.

Sienna se queda helada y enmudece. En cuestión de segundos, su preciosa cara pierde todo el color. Quiero sentarme a su lado y cogerle de la mano, pero quedaría raro al otro lado de la mesa. Sus padres nos miran fijamente.

—Pero... pero... ¿cómo?

Su cara sigue marcada por el asombro. Nos mira a sus padres y a mí de forma intermitente. Unos segundos más tarde, pregunta:

—Yo nunca he insinuado nada, ¿verdad?

—No —responde su padre—. Lo hizo Internet.

—Mierda… —murmura—. Mamá, papá... lo siento mucho.

Nadie dice nada por un momento, hasta que la madre de Sienna le pone una mano en el hombro y obliga a su hija a mirarla.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —pregunta, mirando a su hija con decepción.

—Bueno, al principio me sorprendió que Denver no fuera una chica… —dice, mirándome con una sonrisa burlona.

Le devuelvo la sonrisa, y recuerdo nuestro primer encuentro. Yo también pensé que no era posible. Sienna vuelve a mirar a sus padres y dice:

—Pero no había otra habitación disponible y nos llevábamos tan bien… La primera vez que vinisteis, Phoenix estaba aquí de casualidad.

—¿De verdad se llama Phoenix? —pregunta desconcertado su padre, y yo asiento.

—Sí, y también mi hermana pequeña —añado—. Ese día no tenía ni idea de que Sienna os lo había ocultado.

Sacudo la cabeza y me río al mismo tiempo, pensando en aquel día y en las mentiras que solté por ella. Asiento con la cabeza y señalo a Sienna.

—Me pidió que fingiera ser Phoenix.

—¡No mi intención! —grita mi novia, casi presa del pánico, como si realmente temiera que sus padres fueran a cerrarle el grifo y a llevársela de vuelta a Montana—. De verdad que no quería, pero cuanto más tiempo pasaba, menos me atrevía a deciros la verdad…

Sienna encorva los hombros y se muerde nerviosamente el labio inferior. Ojalá pudiera sentarme a su lado, darle un fuerte abrazo y ofrecerle mi apoyo. No creo que sus padres vayan a recurrir a medidas extremas, porque tengo la impresión de que se lo han tomado todo muy bien, especialmente su padre. De todos modos, en los próximos meses, dependiendo de lo lejos que lleguemos en la liga, conseguiré nuevos patrocinadores que me paguen mejor. Podré pagar el alquiler y comprar comida y cualquier otra cosa que necesitemos. Ella podría ponerse a trabajar o pedir un préstamo para pagarse la matrícula. Pero, como ya he dicho, no creo que sus padres lo hagan. Además, no se les ve tensos o a la defensiva. El Sr. Gardner, en particular, parece contento y relajado. La Sra. Gardner todavía parece estar pensándose cómo reaccionar ante todo este paripé.

—Sienna —dice su madre, acariciándole la espalda—. Nosotros…

Cuando su marido levanta las cejas, ella gime e inmediatamente rectifica.

—Al principio no aprobaba que estudiaras en Lincoln; es cierto. Temía por ti y pensé que si estabas en Helena, podríamos estar a tu lado. Pero me equivocaba.

—Sé que la habitación es mucho más cara que la residencia, y...

—No pasa nada, cariño —dice su madre, con dulzura—. Tu padre y yo solo queremos que seas feliz, y parece que lo eres.

Los ojos de la señora Gardner se cruzan con los míos y me sonríe sinceramente. Yo le devuelvo la sonrisa. Es un alivio saber que comprende que su hija es feliz aquí.

—Bueno… Parece que todo ha salido bien al final —dice Sienna, sonriente—. En algún momento, nos dimos cuenta de que éramos algo más que amigos…

Dejando a un lado la montaña rusa de emociones que hemos vivido, esa frase lo describe a la perfección.

Sí. En algún momento, nos dimos cuenta de que éramos algo más que amigos.

---

[1] *N. de la T.* En registro coloquial, «conmocionada» o «turbada».

22

Sienna

Una semana más tarde.

Una sensación de inquietud se extiende por mí cuando el coche de Denver se acerca a la gran verja tras la que se encuentra la mayor base militar del norte de los Estados Unidos. Detrás de la verja de hierro fundido con el escudo del Ejército estadounidense está el cementerio militar. Denver me contó que, cuando sucedió todo, a su madre le dieron la opción de enterrar a su padre en el cementerio militar con un funeral oficial y todos los honores, o en uno de los muchos cementerios urbanos de Chicago. La señora Jones eligió el entierro oficial para su marido, porque sabía que él lo habría querido así.

Ahora, ir al cementerio es como una visita oficial de Estado. El recinto está completamente sellado y la puerta solo se abre con un pase de visitante y tras haber concertado una cita con el conserje. Denver no ha dicho ni una palabra desde que salimos de casa. Unos kilómetros atrás, me cogió la mano. Entrelazamos nuestros dedos y yo sigo acariciando el dorso de su mano con el pulgar. Creo que le resulta durísimo venir aquí conmigo.

Denver admiraba a su padre y tenía una relación especial con él. Me ha dicho en más de una ocasión lo terrible que fue perderle. Sin embargo, nunca me ha contado qué pasó exactamente.

Se detiene en la puerta y baja la ventanilla para enseñarle el pase de visitante al guardia.

—¿Viene solo? —le pregunta Denver, y él niega con la cabeza.

—He venido con mi novia —responde señalándome—. Se llama Sienna Gardner, y nació el 23 de mayo de 2003 en Helena, Montana.

Denver le enseña mi carné, y el guardia se lo agradece antes de echarle un vistazo y devolvérselo a Denver.

—Adelante —responde y abre el portón.

Denver vuelve a subir la ventanilla, deposita el pase de visitante en la consola central y me entrega el carné.

Me gustan las casas de ladrillo blanco de la época de la Guerra Civil, que contrastan con las de finales del siglo XX, que dan al cuartel un aspecto muy característico. De algún modo, este lugar me aterra, y me alegro de no ser la única a la que le pasa. Denver no lleva muy bien lo de venir al cementerio. Aun así, para él es importante que vaya con él a visitar la tumba de su padre.

De lo contrario, no creo que hubiera venido aquí para Acción de Gracias. Es la fiesta más importante en los EE. UU., La fiesta familiar de mayor relevancia, más que la Navidad. Estar en un cementerio militar ese día para visitar la tumba de tu padre debe ser horrible. Especialmente si eres tan joven como Denver.

Denver estaciona unos metros más adelante, en el aparcamiento para visitantes del cementerio, y apaga el motor. En silencio, salimos del coche y cojo del asiento trasero la pequeña flor que hemos comprado esta mañana. En la plaza contigua a la de Denver, hay otro coche aparcado. Es un Honda viejo, de otra época.

Denver no me dijo nada de comprar una flor, pero no quería ir a la tumba de su padre con las manos vacías. Me parecía mal.

Me acerco a Denver, que cierra el coche y me coge la mano. Entrelaza nuestros dedos y me sonríe. Las comisuras de sus labios apenas se levantan. Es la sonrisa que tanto ha ensayado y que dedica a la prensa y a los aficionados cuando lo único que quiere es irse a casa después de un partido. Normalmente, después de una derrota. Tiene la mirada perdida. Me desgarra el corazón verle así.

Juntos, nos dirigimos a la tumba de su padre. Hace mucho frío en Chicago y empieza a calar. Cuando exhalo, mi cálido aliento forma una pequeña nube de vapor. A cada paso que damos hacia la tumba, Denver me aprieta más la mano. No puedo ni imaginar el dolor que debe estar sintiendo, y desearía poder liberarle de un poquito, al menos. Después de caminar unos diez minutos, llegamos a la tumba.

Una anodina lápida blanca con una inscripción negra se erige frente a nosotros.

En ella, se lee «teniente coronel» y justo debajo, figura su unidad y su nombre, Franklin Jones, seguido de los años en los que vivió, del 16 de octubre de 1973 al 27 de octubre de 2016.

No hay ningún detalle que haga su tumba más personal, lo que me entristece. No sé si lo consideraría un lugar de luto. Pero también comprendo que la señora Jones quisiera rendir este último homenaje a su marido.

Con cuidado, me alejo de Denver y deposito mi flor en el suelo. Miro fijamente la piedra durante un momento antes de levantarme y colocarme junto a mi novio. Denver y yo permanecemos quietos y en silencio hasta que busco su mano y se la aprieto. De repente, me atrae hacia él y me aprieta tan fuerte contra su cuerpo que creo que me está aplastando los pulmones. Sé que Denver está muy fuerte, pero joder, casi me hace daño. Le rodeo con los brazos y le acaricio la espalda mientras una sacudida recorre su cuerpo. Al principio, no puedo distinguirlo, pero entonces oigo claramente un sollozo. Denver está llorando.

Me aprieto más contra él, si es que es aún posible. Cada vez solloza más fuerte y yo también derramo una lágrima. Apenas puedo soportar verlo así y no poder hacer nada más que estrecharlo entre mis brazos.

Nunca había visto a Denver llorar por su padre. Sí que lo he visto triste, pero siempre parecía estar muy orgulloso de él y recordaba los buenos momentos. No esperaba que sus sentimientos lo abrumasen de este modo. Ahora me siento aún más impotente. Estoy aquí, acariciándole la espalda para apoyarle y casi parece inadecuado. Pero es todo lo que puedo hacer por él.

—Quedaban tres días —dice de repente, separándose de mí.

Tiene los ojos vidriosos y no dejan de caerle lágrimas, que le limpio cuidadosamente con los pulgares. Denver continúa, con dificultad:

—Estaba a punto de volver a casa, después de casi siete meses. Lo teníamos todo preparado. Mamá había planeado una fiesta de bienvenida.

Me desgarra el corazón oír estas palabras, pero es importante que lo exteriorice.

—Y entonces... llegué a casa del colegio. Había un vehículo del Ejército frente a nuestra puerta, y supe que algo iba mal. Supe que estaría muerto. ¿Por qué si no habría un vehículo del Ejército ante nuestra puerta justo antes de que volviera a casa? Corrí por el camino de entrada y entré en casa. Mi madre estaba en la cocina con mis abuelos. El coronel Preston, que también era muy amigo de mi padre, estaba sentado en la mesa con ellos. Se había quitado la gorra; estaba pálido, y cuando me vio, enmudeció.

—Lo siento mucho, Denver.

Esas son las primeras palabras que salen de mi boca y va y suelto esa frase de mierda. Pero es la verdad. Lo siento muchísimo. Me armo de valor y le pregunto:

—¿Sabes lo que pasó?

—Solo sé lo que me contó mamá y, sinceramente, no quiero saber más —responde, alejándose de mí.

Denver se arrodilla delante de la lápida y limpia la huella del invierno de la piedra con la manga de su chaqueta.

—Papá estaba de patrulla, asegurando la zona. Las fuerzas insurgentes atacaron su vehículo y voló por los aires.

Un escalofrío me recorre la espalda. Miro a Denver, que guarda silencio un instante y luego dice:

—Todos murieron…

Le pongo la mano en el hombro y aprieto suavemente.

—Papá siempre supo dónde se metía, y mamá también. Al menos, eso creo —susurra—. Llevaban veinticinco años juntos y veinte casados. Mi padre estaba a punto de ser ascendido a coronel. Solo faltaba el acto de juramento, que habría tenido lugar en Washington en diciembre de ese mismo año. Por eso tiene una lápida de semejante tamaño.

Miro a mi alrededor y, efectivamente, la mayoría de las lápidas son mucho más pequeñas. Con cuidado, me agacho y me acurruco a su vera. Denver me rodea con el brazo y me acerca a él.

—Con cuarenta y pocos años, mi madre se quedó viuda. Estaba sola y tenía tres hijos. Yo tenía dieciséis años; Phoenix, catorce; y Madison, diez. Afortunadamente, mi abuela nos ayudó mucho en los primeros meses. Lo peor era Acción de Gracias,

Navidad y los cumpleaños. Quizá por eso no me atrevo a darle una oportunidad a John. Para mí, él no es parte de nuestra familia.

—Porque desearías que tu padre estuviera aquí.

—Sí —dice Denver—. No se lo he puesto fácil a John en los últimos años. Me he asegurado de hacerle entender que no es mi padre.

—¿Y él?

—Se resignó hace unos seis meses, creo —murmura Denver, apagado, como si tampoco supiera cómo salvar la relación con su padrastro—. Me dice «hola» y «adiós», pero por lo demás evita todo contacto conmigo.

Me doy cuenta de que Denver está empezando a cuestionarse su relación con John. No solo hoy, sino desde hace varios días. Pero también sé que no podemos arreglarlo aquí y ahora. Les convendría empezar de cero. Tienen que intentar conocerse, y Denver en particular debería abrirse un poco más con John. Pienso por un momento en qué decir y decido cambiar de tema. Puede que no sea lo correcto, porque aún quedan muchas cosas que decir sobre John, pero no es el momento. Podemos hablar de esto en casa, no en la tumba de su padre.

—¿Qué crees que diría tu padre de nosotros? —le pregunto.

Denver sonríe, me acerca a él y me besa en la frente.

—Le encantarías, pero sé que no le haría mucha gracia mi forma de ser antes de conocerte. Mamá y papá se conocieron cuando eran adolescentes y estuvieron juntos desde entonces. Pero creo que se alegraría mucho por mí y sabría que tú también eres la elegida.

Esas palabras me hacen enamorarme aún más de Denver. Lo dice con tanta dulzura… Está seguro de que somos tal para cual. Y yo también lo estoy. Las últimas semanas no han sido fáciles para nosotros, pero las estamos superando juntos. Aún somos muy jóvenes y no sabemos adónde nos deparará la vida, pero yo también me imagino un futuro a su lado.

—Sé que tu padre estaría orgulloso de ti —le susurro y le beso —. Eres genial, Denver, alguien que quiere y respeta a la gente que

le rodea. Cuidas muy bien de tus hermanas, aunque a veces te pases.

—Gracias, nena —susurra, y le noto un poco más relajado—. Deberíamos irnos. Hace frío.

—Sí, la verdad es que sí —le digo, volviendo a entrelazar mi mano con la suya. Volveremos pronto a visitarle, ¿vale?

—Sí, tal vez… —dice Denver, algo distraído, mientras nos dirigimos a la salida.

***

Denver aparca el coche en la entrada de la casa de sus padres y yo miro la fachada de la pequeña unifamiliar. Sonriente, le aprieto la mano y le miro. Me devuelve la mirada y me da un beso dulce.

—Gracias por venir al cementerio conmigo.

—No tienes que agradecérmelo —le digo mirándole fijamente —. Faltaría más. Tengo que darte las gracias. Sé lo difícil que es para ti hacerme formar parte de todo esto, Denver. Ha significado mucho para mí que me llevaras a la tumba de tu padre. Y si no quieres ir solo, iré contigo cuando quieras.

—No estoy acostumbrado a llevar a alguien conmigo —susurra, sonriéndome tímidamente, como si no quisiera mostrar esa faceta suya—. Mis hermanas van mucho. Jake va siempre con Phoenix, que yo sepa. Conoce a mi padre desde que tenía siete años. No he ido a su tumba con mis hermanas o mi madre desde el funeral. Jake fue conmigo una vez, pero apenas pude soportar estar cerca de él. Salí corriendo después de que intentara hablar conmigo. Tú has sido la primera...

Traga saliva y mira hacia otro lado. Cuando levanta la mano para secarse los ojos, me muerdo la lengua para no decir nada. Finalmente, vuelve a mirarme y continúa:

—Has sido la primera persona con la que me he sentido a gusto allí. No debería haber dejado de ir a terapia. Quizá me habría ayudado a superar su muerte.

En lugar de responder, le beso. A pesar de todo lo que hemos vivido hoy, estoy deseando que lleguen las próximas horas. Tengo

ganas de conocer a su madre y a John. Hace días que le he estado dando vueltas a lo de conocer a sus padres y acompañarle al cementerio. Espero caerles bien y que piensen que hago buena pareja con Denver. Especialmente quiero congeniar con su madre. Phoenix dijo que le encantaría, pero quién sabe… Quizá solo quería tranquilizarme. Madison también estará allí, y por primera vez, llevará a su novio, Fynn. Denver decidió hacerse el duro con él y dijo que él se encargaría del pobre chaval. Yo intenté hacerle entrar en razón y explicarle lo embarazoso que sería para Madison. Denver se limitó a decir que lo interrogaría de todos modos. Tantear el terreno, vale, pero avergonzar a su hermana… Espero que haya entendido el mensaje. Fynn es su primer novio y no quiero que Madison quiera que se la trague la tierra.

—Y recuerda no avergonzar a tu hermana —le digo.

Denver pone los ojos en blanco, pero yo me limito a lanzarle una mirada de advertencia. Abre la puerta del coche y sale.

—¡Denver! —le grito, pero ya ha dado un portazo.

Molesta, salgo y le miro.

—¡Denver! —repito.

—¡Sienna!

Como era de esperar, imita mi voz. *Lo que me faltaba.*

—¡Phoenix!

Mi amiga sale de la parte de detrás del coche y nos sonríe.

—¿Os estáis peleando?

—No —responde Denver, de buen humor.

A mí me da que intenta picarme, pero no digo nada. Mi novio continúa:

—Estábamos hablando de que pienso vigilar a ese Fynn muy de cerca…

—No te atreverás… —le regaña Phoenix, poniéndose las manos en las caderas.

Miro a Denver para hacerle ver que estoy de acuerdo y cojo la ensalada que he preparado del asiento trasero.

—¿No habrás traído ensalada?

Phoenix me mira sorprendida y luego a su hermano.

—Esta chica es un diez.

—Así es ella —responde Denver, y me pasa el brazo por encima.

Le miro sonriente y él se inclina hacia mí y me besa. Le devuelvo el beso y me acurruco en sus brazos. Los tres nos dirigimos a la puerta principal, y luego Phoenix abre con su llave y nos deja pasar.

Miro el recibidor con curiosidad. Frente a la puerta principal, una escalera conduce al piso superior. En la pared hay fotos colgadas. De lejos, distingo en ellas a los hermanos Jones. A la derecha de la puerta principal, hay un perchero y una cómoda con un espejo encima. Sobre él, hay un cuenco con las llaves del coche. Le paso la ensaladera a Denver para quitarme la chaqueta y los zapatos.

—¿Phoenix? —suena una voz femenina y ligera. ¿Eres tú?

—Sí —dice mi amiga—. Y también han venido Denver y Sienna.

Justo después, aparece una mujer que parece una versión mayor de Phoenix. No hay duda alguna de que es su madre. El pelo, la boca, los ojos... ¡Es igualita a Phoenix!

La Sra. Jones lleva el pelo rubio cortado con un estilo moderno. Lleva un pelín de maquillaje y unos vaqueros y una blusa azul claro.

—Hola, mamá —dice Phoenix y la abraza.

—Hola, cariño —contesta la señora Jones acercándose a nosotros.

—Mamá...

Denver se aclara la garganta y le entrega la ensalada a Phoenix, que la lleva a la cocina sin hacer ningún comentario. Un hombre de unos cincuenta años aparece detrás de la señora Jones. Debe de ser John. Tiene el pelo oscuro, pero está repleto de canas. A primera vista, parece extrovertido y su complexión es parecida a la de Denver.

—Hola, John —le saluda Denver con una inclinación de cabeza y me rodea con el brazo. Dejad que os presente. Mamá, John, esta es Sienna, mi novia. Nena, esta es mi madre, Lori, y su novio, John.

—Hola —les digo, sonriente, y les doy la mano—. Gracias por invitarnos.

—Nos alegra mucho que hayáis venido —responde Lori, y su pareja se limita a asentir amistosamente con la cabeza.

Cojo la mano de Denver y se la aprieto. Él me devuelve el apretón, y confirma la buena sensación que tengo en mi interior. Todo ha ido bien hasta ahora, y su madre y su novio parecen muy simpáticos.

—Madison y Fynn nos esperan en el salón.

Asentimos y les seguimos. Cuando veo a Madison sentada, me cuesta creer que sea ella. Hace unas semanas, en nuestro sofá, tenía un aspecto completamente distinto. Ahora su pelo es castaño oscuro, su maquillaje es más delicado y sobrio. Ya no queda nada del estilo gótico. En lugar del vestido negro, las mallas y las pesadas Dr. Martens, lleva un jersey claro y unos vaqueros y botines marrón claro. Fynn está sentado a su lado. También tiene el pelo castaño claro, y lo lleva más largo en la parte superior de la cabeza, en forma de unos pequeños tirabuzones. Al igual que Denver, lleva una sudadera con capucha y unos vaqueros.

—Pero bueno, Mad... —dice Denver, sonriente—. ¿Has vuelto al color?

Le doy un codazo en el estómago, lo que le hace gemir y frotarse la zona. Luego, me acerco a Madison para saludarla.

—Hola —le digo, abrazándola con fuerza y ella me devuelve el abrazo—. Por favor, pasa de él. Es idiota.

Le guiño un ojo, lo que la hace sonreír. Luego me dirijo a su novio.

—Hola, soy Sienna, la novia de Denver.

—Hola —responde entusiasmado, mientras me estrecha la mano con un poco de fuerza de más.

Inmediatamente, sus ojos se dirigen a Denver.

—Soy Fynn.

—Yo Denver.

Mi novio me aparta ligeramente y estrecha la mano de Fynn entre las suyas. Por la expresión de Fynn, entiendo que Denver le está apretando la mano innecesariamente fuerte y que también lo está intimidando. Madison y yo ponemos los ojos en blanco, pero a Denver no le importa.

—En realidad, quería darte un pequeño apretón y aprovechar para…

—Denver… —susurro y le agarro del brazo.

Mi novio no se mueve ni un milímetro. ¿A dónde voy? Ni que pudiera mover a alguien que pesa casi cien kilos... Miro a mi novio y le digo:

—No sigas por ahí.

—Para ponerte firme… —dice, con una sonrisa—. Pero parece que mi hermana pequeña vuelve a ser mi hermana pequeña. Algo habrás hecho bien.

Madison sonríe a Denver y rodea a Fynn con los brazos. Parece feliz con él, y eso es lo más importante.

—¡La cena está lista! —exclama de la señora Jones.

Yo agarro a Denver de la mano y tiro de él hacia la mesa. Mi novio me sigue, sonriente, y me aparta la silla para que pueda sentarme. Luego, se sienta a mi lado.

La señora Jones ha preparado un buen banquete. Ha hecho asado con patatas y ensalada, pero también lasaña. No puedo decidir qué comer primero.

La señora Jones me pregunta por mis estudios y luego me paso un rato charlando con John, cuyo apellido desconozco. Es un hombre muy amigable y parece que le interesan mis estudios. Su madre también parece estar muy interesada en el tema. Pobre Phoenix… No deja de mirarla de reojo. Denver está cada vez más relajado. Quiere a su madre, se le nota enseguida. No deja de mirarla con una sonrisa y responde con cariño a todo lo que le dice. Pero también se preocupa por ella y le dice que cree que se está excediendo en la comunidad.

—Sienna y yo hemos ido a visitar a papá —dice Denver de repente, y todos guardan silencio de repente.

Todos lo miran, asombrados. Como me ha dicho que no ha ido a la tumba con su familia desde el funeral, supongo que piensan que nunca va a verlo.

—Le hemos dejado una flor —continúa.

Le cojo la mano por debajo de la mesa y entrelazo nuestros dedos.

—Sé que no siempre he sido justo…

Denver levanta la cabeza y mira alrededor de la mesa. Le tiembla la voz y vuelvo a apretarle la mano. Confío en él. Sé que puede seguir. Esto es muy importante para Denver y su familia.

—Especialmente contigo, John.

—Denver —dice John inmediatamente—, no pasa nada.

—No —contesta Denver—. Claro que pasa. Yo… no quería un nuevo padre, ya tenía uno y él... era perfecto para mí. Me gustaría que me dieras otra oportunidad para hacerlo mejor en el futuro. Podemos... podemos empezar de nuevo. Si eso es lo que quieres.

Denver parece perdido, mientras mira a John y aprieta mi mano con más fuerza. John le devuelve la mirada y sonríe.

—Claro que sí —dice—. Me encantaría.

Miro a la señora Jones que, con lágrimas en los ojos, se levanta sin mediar palabra y abraza a su hijo. Debe de ser increíble para ella oír esas palabras salir de su boca. Denver se levanta para abrazar a su madre.

John se levanta y se acerca a Denver. Lo abraza también y le susurra algo al oído. Denver asiente y me mira un momento. Luego se vuelve hacia John y le dice algo más. Sonríe y le da unas palmaditas en la espalda. John, la señora Jones y Denver vuelven a sentarse. Mi novio me coge la mano por debajo de la mesa y se inclina hacia mí. Presiona suavemente sus labios contra los míos, lo que me incomoda al principio. Su familia está en la mesa y no sé si debería hacer esto delante de todos. Pero luego me parece una tontería. Somos pareja, claro que nos besamos.

—Yo también tengo algo que deciros —dice Phoenix de repente y mira alrededor de la mesa.

Todos la miramos, tensos. Echa un vistazo a los que estamos en la mesa y parece pensar de nuevo en sus palabras. ¿Habrán hablado Jake y ella las cosas?

Lo dudo. Siguen viéndose a escondidas. No van a convertirse en pareja tan rápido. Además, nos dijo a Joy, a Millie y a mí que encontráramos la manera de decírselo a Denver.

—¿Y bien? —pregunta la señora Jones, curiosa y confusa a partes iguales—. ¿De qué se trata?

Phoenix suelta la bomba y, mientras Madison y yo le sonreímos, a la señora Jones, a John y a Denver les cambia la cara. No se lo esperaban. Yo, en cambio, me alegro, porque Phoenix ha dejado caer más de una vez que tenía otros planes para después del instituto y que aún no ha renunciado a ellos.

—No me gusta y... no se me da bien —añade como explicación.

—Y... ¿qué quieres hacer? —retoma su madre, mirando a su hija con detenimiento.

No parece muy entusiasmada. Es evidente que no le gusta esta decisión. Denver y John también dejan los cubiertos y miran a Phoenix. Me parece muy valiente por su parte dar este paso y anunciarlo delante de todos en una mesa tan grande. Lo dice de forma concisa y educada, para que todo el mundo lo entienda.

—Quiero trabajar y viajar en Europa —dice Phoenix, con los ojos brillantes—, y sinceramente, lo tengo todo preparado.

—¿Perdona? —suelta Denver—. ¿Cómo que lo tienes todo preparado? ¿Has reservado el vuelo, encontrado un trabajo y no nos has dicho nada?

Aprieta los puños, y por la forma en que mira a Phoenix, podría matarla. Era de esperar que no se emocionara, pero una actitud tan despectiva me sorprende. Después de todo, es la vida de Phoenix y es su decisión.

Por un lado, me entristece que haya elegido trabajar y viajar, pero por otro admiro su valor y determinación para desafiar a su familia y a quienes la apoyan. Yo apenas tuve el valor de cambiar de estado.

—Así son las cosas —murmura Phoenix—. Vosotros habéis intentado disuadirme en más de una ocasión. Quería hacer esto después del instituto, pero acabé yendo a la universidad por vosotros.

—Porque es lo lógico, Phoenix —dice enérgicamente la señora Jones—. Venga, vamos a hablarlo y a encontrar una solución.

—¡No se me da bien, mamá!

La voz de Phoenix se hace más fuerte con cada palabra.

—No me gustan mis estudios. Pregúntale a Sienna... —dice mi amiga, señalándome.

Yo abro los ojos de par en par. En realidad, no tenía pensado involucrarme en esta conversación. No llevo tanto tiempo en esta familia como para eso.

No entiendo qué sucede.

—Yo creo que es una buena idea —dice Fynn de repente, y Madison asiente.

—Mi hermano estuvo un año en Australia. Le gustó mucho y fuimos a verle un par de veces.

Le dedico una sonrisa de agradecimiento. Admiro su valentía, porque yo sigo aquí sentada, sin decir una palabra, a pesar de que Phoenix me ha incitado a ayudarla.

—También podríamos visitar a Phoenix —añade Madison—. Creo que te vendrá bien, hermanita.

—Gracias, Mad —murmura Phoenix, mirando esperanzada a su hermana—. ¿Y tú qué piensas, Denver?

Mi novio hincha las mejillas y finalmente asiente, vacilante.

—Pues que te voy a echar mucho de menos —dice, suspirando pesadamente—. Ya sabía que no te gustaba la universidad. Y solo te irás unos meses, ¿verdad?

—Claro —dice Phoenix, mucho más aliviada—. El visado me caduca en mayo.

—Entonces supongo que tendré que ceder —dice la señora Jones, y John la coge de la mano.

—Estoy de acuerdo con Madison —dice John, y le guiña un ojo a la menor de los Jones—. Podemos ir a ver a Phoe.

—¿Ves, mamá? —dice Phoenix, levantando las cejas—. John sabe de lo que habla.

La señora Jones asiente por fin y pide detalles a su hija sobre su aventura.

Sonriendo, me inclino hacia Denver y le doy un beso en la mejilla.

—Te quiero —le susurro—. Y deberíamos pensar en ir a verla. Nunca he estado en Europa.

Denver suspira y me besa en los labios. Yo le devuelvo el beso y lo agarro del brazo, feliz. Este es, sin duda, uno de los días más bonitos de toda mi vida. En realidad, ha sido una montaña rusa de emociones para los dos. Denver se ha enfrentado a sus demonios y por fin me ha dejado entrar en su corazón y en su vida. Le quiero y, aunque sé que probablemente nunca más me dejará fuera de la ecuación, lucharé por él, por los dos. No somos perfectos y ambos hemos cometido errores en el pasado.

Pero hoy me ha demostrado que podemos seguir adelante, siempre que estemos juntos.

—Bueno, ¿a qué país vas? —le pregunto a Phoenix, y ella se arranca a hablar con entusiasmo.

Epílogo

Denver

Dos meses más tarde. Estadio de Target Field[1], Mineápolis.

Entro en los vestuarios del Target Field de Mineápolis y me siento frente a la taquilla que me han asignado. Normalmente, los Minneapolis Warriors juegan en este estadio, pero este año, es la sede del campeonato de fútbol universitario. Jugamos contra los Ohio State, esto es, el antiguo equipo de Tyler. Durante las últimas dos semanas, hemos estado entrenando sin tregua para este día. Llegamos a Mineápolis a principios de esta semana y nos dieron un permiso en la universidad para ausentarnos de todo tipo de clases y compromisos. Ahora mismo, lo que quiero es ir a por todas.

Mi madre, John, Madison y Sienna y Joy llegaron ayer para apoyarme en este momento tan importante para mi carrera. Phoenix se fue a Europa a principios de esta semana, porque tenía que empezar a trabajar y disfrutar de su trimestre sabático. Todavía me cuesta asimilarlo. Sé que le brindé todo mi apoyo en Acción de Gracias, pero cuanto más lo pienso, más en contra estoy. Debería hincar los codos como todo el mundo y quitarse los exámenes de en medio. Si tanto le cuesta, que cambie de carrera, pero no me parece bien que malgaste tres meses de su vida. Sin embargo, intento no perder los papeles, especialmente por Sienna, y me callo lo que pienso en realidad. Mi novia está entusiasmada con la estancia de mi hermana y ya está buscando hoteles en Bristol. En realidad, me siento mal, porque no quiero discutir con Sienna, especialmente si se trata de la vida de Phoenix. Sienna y yo nos hemos visto mucho desde las vacaciones de Navidad. Yo me he centrado en el fútbol y ella ha estado estudiando para los exámenes.

Millie no ha podido venir porque también tiene que centrarse en los exámenes. La verdad es que no entiendo su decisión, porque le encanta el fútbol y Mineápolis es su ciudad natal. Pero está claro

que no podemos obligarla a venir. A Sienna le da muchísima pena que su mejor amiga no esté, pero los jugadores tenemos un número limitado de entradas. Como nos llevamos bien en el equipo, nos las repartimos entre todos, y yo ya he llenado mi cupo. A cada jugador se le permite invitar a cinco personas. Como Phoenix está en Europa, me quedaba una entrada, y Joy se apuntó al bombardeo. Quizá debería haberle pedido a Darren que añadiera a Millie a su cupo, ya que su familia no podía venir desde Texas. Su hermana Dana se casa dentro de tres semanas y todo gira en torno a la celebración en casa de los Andrews. Me parece bastante injusto, porque para Darren, hoy es el día en que puede lograr el mayor triunfo de su carrera hasta ahora. Los padres de Jake están aquí, así como los de Tyler.

Jake se sienta a mi lado en el banco y me mira con una sonrisa.

—¿Estás preparado?

—Por supuesto —respondo, poniéndome las protecciones—. ¿Y tú?

—¡Estoy a tope! —dice mi mejor amigo, decidido—. Vamos a pegarles una paliza.

—Te veo bastante optimista —digo, y me pregunto justo después por qué estoy siendo tan negativo.

No tenemos nada que temer de Ohio, y este año tenemos a uno de sus mejores jugadores ofensivos. Merecemos jugar en la final y ninguno de nosotros tiene dudas al respecto. Si mis compañeros no se lo cuestionan, como capitán del equipo, no debería ser yo quien lo pusiera en duda, ¿no? No sería justo para ellos.

—¿Tú no estás en ese plan? —pregunta Jake—. Vamos, Denver. Podemos hacerlo, tío. Somos mejores que ellos.

Asiento y le doy una palmada en la espalda. Jake tiene razón, somos los mejores y este año ganaremos el campeonato.

Nos cambiamos y, poco después, el personal nos ayuda a comprobar nuestros cascos. Por mi parte, me aseguro de que mi muñequera está bien colocada.

El entrenador Flanders nos llama y nos indica que nos reunamos con él en el centro del vestuario. Formamos un círculo a

su alrededor.

—Hoy es un gran día. Para mí, para vosotros y para la familia de los Lincoln Tigers. Hacía dos años que no llegábamos a esta final, ¿y sabéis qué?

El entrenador nos mira uno por uno antes de continuar.

—Se ha acabado el descanso.

Gritamos como locos y asentimos mirando al entrenador.

—Este estúpido descanso que nos han impuesto termina hoy —continúa—. Tenemos al mejor *defensive end*[2] de la liga universitaria: ¡Darren Andrews!

Todos aplaudimos y los jugadores que están a su lado le dan palmaditas en la espalda.

—Nos hemos quedado con el mejor *running back*[3] de los Ohio —continúa, señalando a Tyler—. Y qué coño, ¡tenemos a Denver Jones, el mejor *quarterback* de esta temporada!

Una vez más, se forma un barullo en los vestuarios y Jake me da una palmada en la nuca.

—¿A qué esperáis, chicos? Salid ahí fuera y reventad a los Ohio.

***

Quedan solo dos minutos de reloj cuando salgo al campo por última vez esta noche para explicarle la jugada a mi equipo. Ohio va ganando por cinco puntos, lo que significa que necesitamos anotar un *touchdown*. Es ahora o nunca; ganar o perder.

—Nuestro as bajo la manga va a ser Tyler —digo, cuando ya estamos reunidos en corro—. Jake y Warren fingirán una carrera. Tenemos que tratar de conseguir un primer *down*. No quiero correr ningún riesgo; tenemos que quitarles tanto tiempo del reloj como sea posible.

Si fuéramos con prisas a por el *touchdown*, Ohio recuperaría el balón poco después. Tenemos que evitar que eso suceda, pero aun así, el *touchdown* es la única forma de ganar. Para mí, eso significa exprimir al máximo el tiempo del reloj y anotar un *touchdown*.

Porque si los Ohio recuperan el balón y solo conseguimos un gol de campo, se acabó. Seguirán teniendo una ventaja de dos puntos y su *quarterback* no dará lugar a que intercepten el pase. Lleva demasiado tiempo jugando y tiene demasiado potencial como para fallar.

Los chicos asienten después de que yo les explique la jugada y luego nos colocamos en la línea. Nuestro *center* me lanza el balón y doy unos pasos atrás para observar el campo. Jake y Warren siguen sus rutas[4] y Tyler se dirige a la posición que se espera de él. Aprovecho el hueco que veo entre dos defensas bastante mazados y lanzo el balón por encima de sus cabezas. Tyler atrapa el pase, pero tardan poco en derribarle.

—Mierda, joder… —gruño, porque no hemos conseguido un primer *down*—. ¡Venga, chavales, seguimos!

Una vez más, nos colocamos en la línea y decido ejecutar la jugada de nuevo, aunque Jake no parece muy conforme. Se le nota a kilómetros, pero mi mejor amigo no es el *quarterback* y no es cuestión de ponerse a discutir en medio del partido.

Hay que confiar en la jugada. Esta vez, conseguiremos un primer *down*. En un principio, tengo aún esperanzas, pero entonces vuelven a placar a Tyler.

—¡Me cago en la puta! ¿Estás de coña o qué?

La mirada de Jake habla por sí sola. En el siguiente intento, decido probar con una ruta *out*[5]. A Jake tampoco le entusiasma, pero Phil y Luke son unos *wide receivers*[6] muy rápidos y ágiles. Volvemos a alinearnos y miro la pantalla gigantesca que enfoca a mi familia. No tengo ni idea de si el personal de los medios intenta darme un último empujón, porque saben que quiero ganar este campeonato por quienes están sentados entre el público, o si buscan presionarme tanto que ejecute un pase que se pueda interceptar y el balón vuelva a Ohio.

Quiero creer que es lo primero, así que no aparto la mirada mientras enfocan a mi familia. Mamá, como siempre, se tapa los ojos cuando las cosas se ponen muy emocionantes. Solía hacerlo en el instituto, si es que no enviaba a mi padre solo al partido. En este

instante, no dejo de pensar en mi padre, así que miro al cielo y cierro los ojos. Él querría que ganara hoy. Se alegraría muchísimo por mí. Abro los ojos y miro la pantalla por última vez, y veo que han enfocado a Sienna. Madison le llama la atención y mi novia forma un corazón con los dedos. Levanto la mano para indicar que lo he visto.

Es hora de centrarse en el juego.

Cojo el balón que me lanza el *center*, doy unos pasos hacia atrás, finjo un lanzamiento y le paso el balón a Luke. Ahora lo único que puedo hacer es quedarme quieto y observar a mis compañeros.

Y justo como esperaba, ¡funciona! Luke supera con creces la primera línea de *down* antes de caer.

—¡Así se hace! —grito, chocándole los cinco cuando hacemos una piña para planear la siguiente jugada.

—Quedan cincuenta segundos —dice Jake cuando estamos uno al lado del otro esperando a los demás—. Confía en mí para esta jugada. Llegaré a la línea de una yarda[7] y luego te pasaremos por encima de la línea con un *quarterback sneak*. Logan se tomará su tiempo con la patada. Nos quedan dos tiempos muertos y no creo que Ohio que haga ninguna jugada más.

—Lo sé —digo—. ¿Pero no crees que se lo verán venir?

—Pues seguramente —responde Jake.

Pongo los ojos en blanco y me dispongo a darle la espalda, pero él me agarra del hombro y dice:

—¿Acaso tenemos otra opción?

—No —admito y le hago un gesto con la cabeza—. Venga, podemos conseguirlo.

Después de confirmar la siguiente jugada, Jake y yo volvemos a la alineación. Tan solo espero que su idea funcione y que seamos lo suficientemente rápidos para frenar a Ohio. Quedan quince segundos en el reloj del marcador. Es un plan perfecto, pero demasiado arriesgado. Tenemos que anotar el *touchdown*. El centro me vuelve a lanzar el balón y doy unos pasos hacia atrás hasta que veo a Jake. Se ha liberado de los demás jugadores, así que le paso

el balón. Ahora todo depende de mis compañeros para mantener a los Ohio lejos de mi mejor amigo.

Jake corre y corre sin descanso. Apenas me atrevo a mirar el reloj, que marca segundo tras segundo sin piedad.

Ocho...

Siete…

Seis…

Cinco...

Me apoyo en los muslos y miro fijamente la hierba. No puedo mirar, a pesar de que mi cuerpo rebosa adrenalina.

—¡*Touchdown* para los Lincoln Tigers!

Levanto la cabeza y veo a Jake de pie en la zona de anotación y, de repente, todos los demás jugadores se abalanzan sobre él. Están aplastando a mi mejor amigo, pero es por una buena razón. Sin dudarlo, pego un salto, me quito el casco de la cabeza y levanto el puño. Mi primera mirada no es a las gradas, sino al cielo, una vez más.

—Lo he conseguido, papá… —susurro, mientras las lágrimas de alegría me empapan la cara—. ¡He ganado! He ganado...

—¡Lo conseguimos!

Darren tira de mí y me agarra la nuca para apretar mi frente contra la suya. Empezamos a jugar al fútbol juntos en Lincoln hace casi tres años y nos hemos abierto camino hasta este momento. ¿Cuántas derrotas hemos vivido? ¿Cuántos sermones nos ha dado el entrenador Flanders antes de esta noche? ¿Cuántas veces nos ha criticado la prensa? ¡Pero aquí estamos!

—¡Hemos ganado, tío!

—Hemos ganado —repito sus palabras, agarrándolo también por el cuello—. ¡Joder! Somos campeones universitarios.

¡Esto es surrealista! Pero es verdad, hemos ganado. Somos campeones.

No me canso de decirlo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo, abrazando a Darren con fuerza—. ¡Campeones!

Darren y yo nos separamos para saludar a los primeros jugadores de Ohio que vienen a felicitarnos. Se les ve tristes y

decepcionados. A algunos se les han humedecido los ojos. Me acerco a su *quarterback*, Mitchel.

—Hola, tío —le digo y choco ligeramente con su hombro.

Luego le miro a los ojos y le doy una palmada en la espalda, antes de decirle:

—Habéis jugado muy bien.

Mis palabras no le sirven de consuelo, y no puedo imaginarme lo mal que se va a sentir esta noche y probablemente las próximas semanas, pero quiero que sepa que esta noche han sido unos oponentes muy dignos. Nuestros caminos se cruzarán de nuevo en el *draft* dentro de un año y medio, y entonces, con suerte, volveremos a vernos en el estadio.

—Gracias, Denver —responde—. Disfruta de la noche.

—Gracias —digo, acercándome a mis compañeros para celebrarlo con ellos.

—¡Somos campeones! —grita Tyler tras una larga charla con sus antiguos compañeros—. Mira, *bro*, hay alguien más que quiere felicitarte.

Le doy un rápido abrazo y me doy la vuelta para toparme de bruces con Jake. Mi mejor amigo desde primaria me abraza.

—¡¿Quién es el mejor *running back*?! —se regodea.

Si llevo tres años luchando con Darren para conseguir este trofeo, con Jake llevo más del doble.

—Tú. Tú eres el mejor *running back,* tío —confirmo, y ambos saltamos como niños pequeños—. ¡Lo hemos conseguido!

Cuando nos separamos, un miembro del personal de la liga universitaria nos pide que nos dirijamos lentamente a la ceremonia de entrega de premios. A ambos lados del campo, nuestras familias y amigos permanecen en una zona acordonada. Durante los siguientes minutos, me siento algo aturdido, hasta que el director de la liga me entrega el trofeo y lo levanto hacia el cielo nocturno de Mineápolis.

***

—¡Dame eso! —dice Darren, quitándome el trofeo—. Tu novia quiere felicitarte.

Me doy la vuelta y veo que Sienna viene hacia mí. Inmediatamente, abro los brazos y corro hacia ella. Ni siquiera me había dado cuenta de que ya habían dejado entrar a las familias al campo.

Contentísima, salta a mis brazos y ambos damos vueltas sobre nosotros mismos, fundidos en un cálido abrazo. Se agarra fuerte a mí, mientras se ríe y su melena rubia vuela por los aires.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dice después de que la deje en el suelo.

Le caen lágrimas por las mejillas y se las quito con dulzura. Luego, mi novia continúa, aún algo agitada:

—Estoy muy orgullosa. Has jugado tan bien… Y te quiero.

—Yo también te quiero —respondo, besándola de nuevo.

Sienna me sonríe ampliamente, y me siento extremadamente feliz de poder compartir con ella este hito en mi carrera universitaria. Abrazo a mi chica una vez más hasta que finalmente la suelto para que mi familia me felicite.

—Has estado increíble, cariño. Ojalá tu padre pudiera verte, Denver.

Mamá es la segunda persona después de Sienna que me tiende la mano. Sus palabras me emocionan.

—Gracias, mamá —respondo tragándome las lágrimas—. Ojalá pudiera, sí.

—¡Estoy muy orgullosa de ti!

Mi madre me da otro beso en la mejilla y me deja hablar con mi hermana.

Levanto a Madison los aires, y ella me planta un beso en la mejilla y me sonríe ampliamente.

—Enhorabuena —me dice—. De parte de Fynn, también.

—Gracias.

La dejo en el suelo y me vuelvo hacia John. Nuestra relación no es perfecta, pero sin duda es mejor que en los últimos tres años. Nos hemos acercado el uno al otro, y ahora hablamos más. Al principio, solía pensar que venía a verme jugar para hacerme la

pelota, pero no. Él también jugó en el instituto, pero luego se lesionó en la rodilla, lo que le costó la beca universitaria. Cuando me enteré, me pilló por sorpresa. También nos gustan las mismas películas de acción y los mismos coches. Tenemos cosas en común, algo que yo no me esperaba. Supongo que ahora me toca explorar esos puntos en común para conocerle más, porque él lleva años queriendo hacerlo.

—Enhorabuena, Denver —me dice, dándome una palmada en el hombro—. Menudos pases te has marcado al final, chaval. Impresionante.

—Gracias —respondo sinceramente y me vuelvo hacia Sienna.

Ella inclina ligeramente la cabeza para mirarme a los ojos. Sonriendo, la miro y le cojo la cara con las manos. Luego me inclino y apoyo mis labios en los suyos. Sienna me devuelve el beso y se acurruca en mis brazos.

—¿Qué vamos a hacer con el trofeo? —me pregunta—. Es el primero de muchos...

—Mmm… —reflexiono, inclinándome para que solo ella pueda oírme—. Por desgracia, solo hay uno, y me da que Darren piensa dormir con él, así que bueno... Tengo una idea mejor.

Sienna se ríe y mira a Darren, que sujeta el trofeo como si fuera un tesoro.

—¿Qué idea? —me pregunta, moviendo las cejas como si sospechara lo que tengo en mente.

—He oído que llevas una camiseta muy especial y he pensado podrías llevarla cuando celebremos la victoria esta noche.

Sienna asiente y poso mis labios sobre los suyos. Me rodea el cuello con los brazos y me devuelve el beso.

—¡Bueno, bueno, tortolitos!

Nos separamos y miramos a Darren, Jake, Tyler y Joy, que sostienen el trofeo.

—Queremos sacarnos una foto para Millie y Phoenix. Venid aquí.

Acerco a Sienna a nuestros amigos y la pongo delante de mí. Jake se coloca a nuestra derecha y Joy delante de él. Darren y Tyler se agachan delante de nosotros con el trofeo en medio.

Madison sostiene el iPhone de Joy y todos sonreímos a la cámara.

Este día no podría ser más perfecto.

---

[1] *N. de la T.* Estadio de béisbol en el centro de Mineápolis, en Minnesota.

[2] *N. de la T.* En español, «ala defensivo».

[3] De nuevo, en español se le conoce como «corredor».

[4] *N. de la T.* De nuevo, en fútbol americano, una ruta o *route* es el camino o patrón que siguen ciertos jugadores (un receptor, un *tight end* o un *back*) para desmarcarse y poder atrapar un pase.

[5] Se trata de una ruta que consiste en correr por el exterior, esto es, unas diez o doce yardas en vertical para buscar la línea de banda. Es una ruta muy útil pero muy compleja y arriesgada, porque suele haber muchas intercepciones.

[6] En español, «ala abierto» o «receptor abierto».

[7] *N. de la T.* Línea que, como su nombre indica, se encuentra a tan solo una yarda de la zona de anotación.

TOMO II

El novio falso perfecto

1

Millie

Target Field, Mineápolis, una semana antes.

Me acerco al enorme cristal que resguarda nuestro palco familiar en el Target Field y miro hacia el campo. El confeti aún vuela, disperso por el estadio, y en los altavoces retumba una canción de lo más animada. Los jugadores de los Lincoln Tigers levantan el trofeo que los designa como campeones universitarios y luego posan para las fotos con sus familiares y amigos.

El año pasado, nuestra ciudad ganó la candidatura para que la final del campeonato se jugara en este estadio. En aquel momento, ni se me ocurrió pensar que mis amigos estarían aquí, celebrándolo. Yo ya sabía que iba a estudiar en Lincoln, y que los Tigers eran un buen equipo, pero nunca imaginé que cuatro de esos chicos se convertirían en mis amigos. Ni mucho menos que la novia del *quarterback*, Denver Jones, pasaría a ser mi mejor amiga. Al fin siento que he encontrado a alguien que se ha ganado un lugar imprescindible en mi vida, y ese alguien es Sienna.

¿Y qué le dije a mi mejor amiga cuando me preguntó si querría acompañarlos a Denver y a ella a la final? «Tengo que estudiar». Solo a mí se me podría ocurrir semejante tontería, pero no tenía elección. Nadie en Lincoln sabe quién soy en realidad. Es evidente que me matriculé en la universidad usando mi nombre de verdad y otros datos reales, pero por suerte, nadie me ha reconocido. No quiero que todos sepan que provengo de una de las familias más ricas del país.

Mis bisabuelos se fueron enriqueciendo durante el periodo de la fiebre del oro[1] hasta que llegaron los 80. Entonces, mi abuelo decidió invertir su dinero y compró los Minnesota Warriors. Mi familia también tiene acciones de ciertas empresas que cotizan en bolsa y que no tienen nada que ver con franquicias de fútbol. ¿Os suenan

las empresas del grupo McDonald[2] con sede en Nueva York? Pues eso…

Mi familia es asquerosamente rica; ese es el problema. Por culpa de eso, nunca he podido tener amigos de verdad. ¿Cómo iba a saber si fingían que yo les interesaba para acercarse a mi fortuna? Pasé mi infancia y mi adolescencia en un colegio de élite para chicas. La mayoría de las alumnas procedían de familias millonarias y estaban acostumbradas a cierto nivel de vida. Pero aun así, la riqueza de mi familia me hacía destacar.

Como era de esperar, muchas de las chicas querían ser amigas mías, porque ansiaban convertirse en algo más que su apellido y el saldo de su cuenta bancaria. Solo les caía bien mientras yo lo pagara todo. *Todo*. Al cabo de un tiempo, empecé a sentirme muy sola.

Por eso, pedí a mis padres que no me enviaran a Harvard, Stanford o Yale, como suele hacerse con los hijos de familias de cierto estatus social. Yo quería ir a Lincoln. Pero con eso no bastaba, así que en lugar de mudarme al lujoso apartamento que me compraron y que, cómo no, está en el edificio más caro de Lincoln, me busqué un lugar en el que vivir sin que ellos se enteraran. Solo tuve que echarle un vistazo a la red de residencias de la uni.

Ahora vivo con mi compañera, Amanda, esa chica que siempre está de mala uva y que comparte conmigo un estudio de cuarenta y nueve metros cuadrados con un baño minúsculo. Lejos queda mi ático de trescientos veintiocho metros cuadrados con terraza. Sería imposible explicarle a nadie que soy una estudiante normal si viviera en un apartamento como ese.

A Sienna siempre la han mirado con envidia porque le tocó vivir con Denver y su habitación cuesta casi el doble que la mía. Quizá no sea justo que le haya quitado un estudio asequible a una estudiante, pero mi familia ya dona suficiente dinero…

No me avergüenzo del lugar del que vengo, y quiero a mis padres y a mi hermana más que a nada en el mundo, pero necesitaba ser normal en la universidad. Quería ser una chica más del montón. Y eso es lo que he conseguido en Lincoln. Ahora tengo

un grupo de amigos geniales que me han aceptado desde el principio y que comparten mi pasión: el fútbol americano.

En lo que respecta al deporte, creo que preferiría haber sido un chico. Si pudiera, jugaría al fútbol, pero creo que me conviene currármelo en la uni para que, cuando llegue el momento de ocuparme de los Minnesota Warriors, esté preparada.

Pero en días como hoy, me pregunto si todo esto merece realmente la pena. Quizá esté haciendo el ridículo y deba adoptar el mantra de mi abuela, que solía decir:

«Millie, la gente que te quiere, lo hará por tu personalidad, y los que solo quieren tu dinero, no te merecen.»

En todos estos años, me ha costado asimilar sus palabras, porque siempre se han aprovechado de mí. De hecho, no me creo que Sienna, Joy o Phoenix no quieran sacar provecho de mi dinero si se enteran de que soy rica de buenas a primeras. Tampoco me fío de los chicos, porque al fin y al cabo, su objetivo final es entrar en la NFL[3]. Dentro de unos años, seré dueña de un club de esa misma liga, y tal vez piensen que, si son amables conmigo, es más probable que los seleccionen. Lo cual es una completa gilipollez, porque no podemos controlar el *draft*[4].

Intento apartar de mi cabeza esos pensamientos negativos, que no me ayudan en absoluto. Tengo que encontrar una solución a mi dilema.

Sigo mirando en dirección al campo y, de repente, mis ojos localizan a Darren. Sin poder evitarlo, sonrío como una tonta para mis adentros. Llevo enamorada de él desde el primer día.

Apenas acababa de empezar el semestre. Yo era nueva y no tenía ni idea de adónde ir, así que estaba apoyada en una pared cerca de la cafetería, mientras consultaba el plano del edificio en mi iPhone. Entonces, Darren y sus amigos entraron por la puerta. En ese momento, no sabía que eran los jugadores estrella del equipo de fútbol. No lo supe hasta el día siguiente.

Llevo desde ese día diciéndome a mí misma que Darren me sonrió ligeramente al pasar por mi lado. Pero ¿para qué engañarnos? Dudo que fuera el caso. Desde que Sienna me metió en el grupo,

siento que Darren pasa un poco de mí. Me habla de pasada, pero no muestra ningún interés real.

Esta mañana Denver, Jake y él parecían los dioses de la uni, y la verdad es que lo son. ¡Y además, lo saben de sobra! Puede que Sienna haya domesticado a su dios, pero yo sigo arrodillada ante el mío. Y así estamos. Mi experiencia con el sexo opuesto es bastante escasa. Y Darren se acuesta con todo lo que se menea. No creo que haya habido una fiesta en los últimos meses en la que no haya ligado con una chica. Joy, Sienna y Phoenix creen que debería entrar en razón y olvidarme de él. Merezco algo mejor, ¡pero maldita sea! Yo lo quiero a él…

De vez en cuando, pienso en dejar que Joy me ayude a cambiar mi estilo y en salir de mi zona de confort para llamar su atención. Pero al mismo tiempo, ¿por qué debería hacerlo? No quiero dejarme la piel por un tío que cree que las relaciones son tóxicas. Así que supongo que seguiré suspirando por Darren desde la distancia al menos un año más, hasta que lo seleccionen para la NFL y se vaya de la uni.

Cuando te pasas la vida en un colegio de chicas y encima eres una marginada, el tema del sexo está un poco fuera de tu alcance. Ahora tengo diecinueve años y estoy enamorada del mejor jugador de toda la uni.

Como por arte de magia, mi hermana Maya se acerca a mí y sonríe.

—¿Qué, Millie? ¿Quieres bajarte para estar un rato con ellos?

Maya y yo nos llevamos muy bien; siempre lo hemos hecho, aunque es seis años mayor que yo. Mi hermana vive en Nueva York con su prometido, Preston, y trabaja para la franquicia de fútbol de allí. A ella no le entusiasma el deporte. Prefiere ocuparse de los negocios del club.

—Son mis amigos —digo—. Pues claro que quiero estar con ellos…

—¿Y entonces por qué no se lo dices?

No sé cuántas veces me lo ha preguntado ya. Cada vez que hablamos por teléfono, tenemos esta discusión. Erre que erre con el temita... Para Maya, no decir ni mu sobre nuestra herencia no es

una opción. También es verdad que, desde niña, siempre ha sido mucho más abierta y sagaz que yo. Los esfuerzos de nuestra madre para encontrar a un hombre joven de nuestro círculo con el que emparejarla también dieron sus frutos. Preston y ella llevan juntos casi diez años. Yo, en cambio, soy un caso perdido. Al parecer, soy tímida hasta para los chicos más insulsos.

—Ya sabes que en algún momento lo van a descubrir…

—Ahora no es el momento de hablar de esto, ¿no crees?

La miro, molesta, y ella suspira.

—Supongo que no… —responde, mientras me acaricia con dulzura—. ¿Cuál de esos chicos guapos es tu Darren?

Mi hermana dirige la vista al campo.

—No es «mi Darren» —respondo, y siento un calor que sube por todo mi cuerpo—. Deja de decir eso, anda.

Maya me sonríe con complicidad y yo suspiro. Nunca debí decirle que me gustaba. Pero era una de esas noches en las que no sabía dónde meterme. Estaba tan frustrada... Darren se había llevado a otra animadora a la cama, y mis amigas me miraron con carita de pena. Cuando llegué a casa, llamé a mi hermana mayor y le pregunté si un chico como Darren podría llegar a fijarse en mí. Ahora, cada vez que hablamos, me pregunta por él e insiste en si ha pasado ya algo entre nosotros. Yo siempre lo niego. Mi hermana no entiende que eso es prácticamente imposible.

—El que lleva el quince en la camiseta y está al lado de Sienna.

—Mmm… Menudo tío bueno, ¿no?

Maya silba para hacer honor al cuerpo de Darren y Preston se acerca por detrás y le rodea la cintura con los brazos.

—Espero que te refieras a mí…

—Lo siento, cariño… —dice, riéndose antes de girarse y darle un beso en los labios a su prometido—. Me refiero al chico de Millie…

—No es mi chico… —susurro.

Mi cara debe de haber adquirido el color de un tomate demasiado maduro. Ni de coña voy a tener esta conversación con el prometido de mi hermana. ¡Qué vergüenza! Me giro hacia ellos y exclamo:

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

—¿De qué quieres que hablemos, Millie? —pregunta Preston con una sonrisa, y Maya le sigue el rollo—. Conque ese es tu tipo, ¿eh? Yo habría apostado por el rubito de al lado…

Preston señala a Denver y yo suelto una carcajada.

—¡No! ¡Ni de coña!

Sacudo la cabeza. No estoy ciega: sé que Denver también está bueno, pero no es mi tipo. Además, es el novio de mi mejor amiga. Y lo más importante: no es Darren. Por desgracia, ahora que lleva la equipación, no se le ven los tatuajes.

Joder, con lo sexy que le hacen...

Abandono mis fantasías y me dirijo a mi cuñado:

—Además, es el novio de mi mejor amiga.

—Que tampoco sabe quién eres —dice Maya con tono acusador, y yo asiento con la cabeza.

Debería decírselo a mi mejor amiga, al menos… Pero Sienna se lo diría a Denver, y si él lo supiera, pronto lo sabrían Darren, Jake y Tyler. Y al final se acabaría enterando todo el equipo de fútbol. Llevo mintiéndoles más de medio año, así que no sé ni por dónde empezar.

—¿Por qué no se lo dices? —pregunta Preston, como si revelar mi identidad después de seis meses fuera lo más fácil del mundo—. Son tus amigos, ¿no?

El sonido de las notificaciones de mi iPhone interrumpe el intento de Preston de apelar a mi conciencia. Lo saco del bolsillo y me olvido de que Preston y Maya están ahí.

Como era de esperar, Joy y Sienna están pasando fotos y mandando mensajes por el grupo.

***Joy**: ¡Mira lo que te has perdido, Millie Mouse!*

Me río con dulzura. Por desgracia, sí, me estoy perdiendo estos momentos con mis amigos. Pero bueno, al menos estoy aquí. Por suerte, ni Maya ni yo hemos tenido que acompañar a nuestro abuelo a la hora de entregar el trofeo. Habría sido un desastre y me habría comido las consecuencias de mi mentira con patatas.

Unos segundos más tarde, Sienna también envía un mensaje.

***Sienna**: ¡¡¡Ha sido una pasada, cielín!!!*

Justo después de leerlo, veo una foto de Joy y ella. La siguiente es una de Denver y Sienna posando con el trofeo. Luego hay otra de Tyler, Joy y Darren, y de Denver, Tyler y Jake con el trofeo. Como me falta un hervor, cometo el error de hacer zoom en el cuerpo y la cara de Darren y me quedo embobada mirándole. Paso los dedos por la pantalla y suspiro. Cómo me gustaría estar en el campo con él y que me abrazara como Denver hace con Sienna…

Pero vale ya de hacerse ilusiones. Darren y yo nunca seremos más que amigos. Si es que somos amigos... A veces ni siquiera sé si se da cuenta de que estoy ahí cuando quedamos. Cuando me saluda con dos besos, lo hace sin prestarme atención.

Phoenix lleva una semana en Brístol como parte del programa «Trabaja en Europa». Esperemos que le sirva para despejarse y que se haga a la idea de que tiene que hacer algo con su vida.

***Phoenix**: Chicos, piedad... ¡Son las seis de la mañana en Brístol! En fin, ¡enhorabuena! Os echo de menos…*

***Millie**: ¡Hola, chicos! ¡La semana que viene me ponéis al día!*

Tengo que pensar cómo decirles la verdad... Aunque, en realidad, puedo seguir con mi vida en Lincoln. Porque allí a nadie se le ocurriría cuestionar quién soy y de dónde vengo. Si no ha pasado ya, ¿por qué iba a pasar dentro de poco? Hay miles de estudiantes y yo soy una más; una de tantos, como siempre quise ser. Millie McDonald, la estudiante tímida que siempre se lo curra, y no Millie McDonald, la heredera de los Minnesota Warriors.

---

[1] *N. de la T.* La fiebre del oro fue un período de migración apresurada y masiva de trabajadores hacia zonas más rústicas en las que se descubrieron yacimientos de oro. Existen distintas zonas en las que se dio la fiebre del oro, pero en EE. UU., este fenómeno se produjo principalmente entre mediados y finales del siglo XX.

[2] *N. de la T*. Se refiere al supuesto grupo empresarial de la familia, no al conglomerado de McDonald's, la franquicia de comida rápida.
[3] *N. de la T*. En inglés, las siglas de la *National Football League*, esto es, la Liga Nacional de Fútbol Americano.
[4] *N. de la T*. Así se denomina a la fase de selección de los jugadores que pretenden ser profesionales en ciertos deportes, como en baloncesto (para la NBA) o, en este caso, el fútbol americano y la NFL.

2

Darren

Lincoln, una semana más tarde.

Una semana después de ganar el campeonato universitario, todavía me duele todo. ¡Tremenda fiesta nos pegamos! Salimos esa noche por Mineápolis y, cuando volvimos a casa, fuimos al estadio. La afición nos vitoreó y felicitó y no pudimos resistirnos a celebrarlo con ellos. Luego nos presentaron al alcalde de Lincoln y cenamos con él. Nos trataron como si fuéramos héroes, como si hubiéramos ganado una guerra, en vez de un campeonato. Me pregunto cómo será ganar la Super Bowl. Fijo que les dan aún más bombo. Haber ganado el campeonato universitario es el mayor logro de mi carrera y estoy muy orgulloso de formar parte de mi equipo. El año que viene tendremos la oportunidad de defender el título antes de que Tyler, Jake, Denver y yo nos presentemos al *draft* en abril.

Ahora nos esperan unas semanas de descanso. Nada de fútbol, pero mucho estrés en la facultad. Los héroes de Mineápolis también tienen exámenes, y no me apetece tener que recuperar ninguna asignatura. No se me dan nada mal los estudios, la verdad, pero para mí el deporte siempre ha sido lo primero. La única razón por la que estudio empresariales es porque no me habrían dado la beca solo por el fútbol.

Si mis padres se hubieran salido con la suya, habría dejado de jugar después del instituto y me habría ido a Houston a estudiar empresariales y agricultura y, con el tiempo, me habría hecho cargo de su enorme finca ganadera. Pero mi entrenador del instituto se puso serio y me dijo que me arrepentiría si dejaba de jugar, que debía encontrar un punto medio que nos hiciera felices a mis padres y a mí. Y eso hicimos: estudio empresariales, pero también sigo jugando al fútbol.

Llevo tres años en Lincoln y no me arrepiento de haber elegido esta universidad. Mi equipo ha llegado muy lejos y he hecho buenas migas con mis compas, sobre todo con Denver, Tyler y Jake. Creo que seguiremos siendo colegas después de la universidad. No importa dónde acabemos después del *draft*.

Es probable que Denver se quede en Chicago, porque es su ciudad natal y ahora está con Sienna. Quieras o no, lo de tener novia es una atadura, no solo porque te entregas a una persona, sino también porque debes tenerla en cuenta en tus decisiones de futuro. Sé que Sienna iría a cualquier parte con Denver, pero sigo pensando que es más fácil tomar semejante decisión cuando no tienes pareja. Yo, por ejemplo, no dejo que nadie me diga si puedo ir a cualquier parte o hasta qué hora puedo quedarme en una fiesta. Si ya empezamos con esas, luego seré incapaz de decidir por mí mismo dónde vivir. Aunque no es que nadie pueda influir en el proceso del *draft*…

Denver tiene todas las papeletas para que lo seleccionen en la primera ronda y acabe en un equipo bastante mierdero. Eso es lo que le pasa a la mayoría de los *quarterbacks* que tienen talento. Como *defensive end*[1], yo tengo más probabilidades de que me seleccione un equipazo en la segunda o tercera ronda. Sin embargo, no ganaría tanto como lo haría Denver en un equipo pésimo. Siempre nos decimos que es la pasión por el deporte lo que nos mueve, pero eso es tremenda trola. Todos en el equipo saben que a Denver lo patrocinan empresas que están fuera de nuestro alcance. Jamás se lo restregaré a mi amigo porque, a diferencia de mí, no viene de una familia rica y necesita el dinero. El Audi que yo conduzco me lo regaló mi abuelo, y mis padres me pagan el apartamento en el que vivo. Pero como no se puede tener todo, digamos que toda la familia de Denver, excepto Phoenix, estaba en Mineápolis. Lo mismo podemos decir de los familiares de Tyler y Jake. Y mi familia, bueno… Ni siquiera me llamó para felicitarme. ¡Ni mi propia madre!

Y hablando de la reina de Roma…

—Hola, mamá… —digo, intentando mentalizarme para otro sermón por no haberme implicado en la boda de Dana.

Mi hermana mayor se casa dentro de dos semanas con el mierda de su prometido, Willmore. Ese tío me cae de pena, y tampoco creo que vaya a hacer muy feliz a Dana. Por desgracia, soy el único que parece verlo. Willmore es un capullo y lleva años poniéndole los cuernos a Dana. Cada vez que lo veo, me entran ganas de partirle la cara, porque cuando él la caga, mi hermana me llama llorando. Pero Dana me asegura que el muy cerdo lo siente en el alma. En mi opinión, no creo que se arrepienta ni un poquito. Lo que quiere es calmar a mi hermana para seguir saliéndose con la suya. Él no es el adecuado para ella, ni en el plano financiero ni emocional. Pero Dana le quiere con locura... Y mientras ella se encarga de los preparativos de la boda de sus sueños, el comemierda aprovecha para tirarse a media Austin.

Sé que yo también me acuesto con muchas, pero estoy soltero, así que estoy en mi derecho. Cuando me enamoro de una chica y salgo con ella, le soy fiel. Esto solo me ha pasado una vez en la vida, pero no duró mucho. Lisa y yo rompimos antes de empezar la universidad. Desde entonces, ella ha pasado página felizmente y ahora está con mi mejor amigo de la infancia, Jacob. Al principio me chocó que empezaran a salir, pero enseguida me di cuenta de que, más allá del *shock*, no me afectaba en absoluto. Yo tengo mi vida en Lincoln, y ellos, la suya en Austin.

—Hola, hijo… —dice mi madre—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y vosotros?

—Pues bien, cómo vamos a estar… —responde monótona, y yo suspiro.

Hablar con ella es agotador... Su voz siempre tiene el mismo tono plomizo. A veces me pregunto por qué será incapaz de mostrar alguna emoción cuando habla conmigo.

Sé que he decepcionado a mis padres. No soy el hijo que querían, pero sigo siendo hijo suyo. Sin embargo, mientras que mi padre al menos intenta acercarse a mí y mantener el contacto, mi madre tiene tanta empatía como una piedra. Sin ir más lejos, Dana hace todo lo que ella le pide. Aunque la vida que mi madre quiere

para ella, y especialmente su matrimonio con Willmore, van a acabar con mi hermana. Pero Dana tiene que descubrirlo por sí misma…

—¿Cuándo vas a venir? —me pregunta.

Me apoyo en el reposacabezas del asiento del coche y pongo el intermitente para aparcar delante del bar donde he quedado con estos.

—La semana que viene, mamá —respondo—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Vale —responde ella—. ¿Y vas a venir con alguien?

—Que voy soooolo… —insisto mientras apago el motor—. Es la boda de Dana, lo cual ya es un desastre, porque nadie más que yo parece darse cuenta de que Willmore no la trata bien y...

—Ya basta —me interrumpe—. No eres una estrella del fútbol en casa, Darren. Aquí tienes ciertas responsabilidades, y una de ellas es venir a la boda de tu hermana con una acompañante. Ya nos estamos luciendo con toda esta tontería del fútbol y te estamos pagando más cosas de las que deberíamos. Por una vez, por favor, contrólate y ven a la santa boda.

—¿Cuándo he dicho yo que no vaya a ir? —contesto, ignorando sus comentarios de mierda—. Pero no puedes pretender que vaya a la boda de mi hermana con una chica cualquiera, solo porque su madre o tú queráis emparejarme con ella. ¿De qué vas, mamá? Da un poco de vergüencita…

Sobre todo porque no me acercaría a esas petardas aburridas ni con un palo, así que ni de coña me pongo a tontear con ellas.

—¿Dónde te has dejado el sentido de la responsabilidad, Darren? ¡Espabila! —dice y yo pongo los ojos en blanco, molesto—. En mi opinión, Catherine Howard sería una buena elección. Su padre es uno de nuestros mayores proveedores y...

Solo de pensar en Catherine se me revuelve el estómago. Está buena y tal, pero no se me ocurriría llevarla a la boda de mi hermana. Es un pelmazo y no necesito sufrir más de la cuenta ese día. Si voy a llevar acompañante, al menos tiene que ser alguien con quien me lleve bien...

—Tengo novia —digo, de repente—. ¿Puedo ir con ella, al menos?

¿Qué coño me pasa? No tengo novia y no voy a conseguir una de la nada de aquí a la semana que viene. ¡Me cago en la puta! Liadote…

—¿Tienes novia? —me pregunta con una voz más tranquila que de costumbre—. ¿Y por qué no me has dicho nada?

—Porque acabamos de empezar —balbuceo, mientras hago crecer la bola—. Nosotros... Bueno, empezamos a salir justo después de Navidad.

—¿Y cuándo pensabas decírnoslo? —pregunta con su habitual tono tajante—. ¿Y no ibas a llevar a la pobre chica a la boda de Dana?

—Mamá… —refunfuño—. ¿Cómo quieres que se lo diga? Llevamos juntos solo tres semanas. No era el momento ni el lugar…

Joder… Ni de coña se creen este embuste. Seguro que me pillan.

—Darren, tráetela.

A ver, ¿acaso tenía otra opción? Solo se me ha ocurrido esta historia, y eso nos lleva a otro problema: ¿Quién coño va a acceder a semejante coñazo? No es plan de llevar de acompañante a una animadora o a uno de mis ligues para presentársela a mi madre… Si hubiera sido un poco más listo, me habría pasado el día emborrachándome con Catherine. En vez de eso, tengo que buscarme a una novia falsa para soportar el circo que es esta boda. Estupendo. Una boda que no debería celebrarse, con una novia que no existe. Esto solo me puede pasar a mí.

—Se lo preguntaré… —murmuro vagamente.

Sorprendentemente, mamá no se ha dado cuenta de que ni siquiera he llamado a mi supuesta novia por su nombre. Antes de que se me vaya de las manos, me despido de mi madre:

—He quedado, mamá. Adiós.

Y sin esperar su respuesta, cuelgo. Exasperado, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

Mierda, mierda, mierda.

Tendría que haberme callado la boca y haber cedido ante sus absurdas maquinaciones, como llevo haciendo años. Ahora mismo, no me soporto.

Cojo la cartera, el móvil y las llaves del coche y me dirijo al bar.

Denver y Jake me esperan sentados en nuestra mesa habitual, en un rincón del local, mientras que Tyler está de pie junto a la barra. Mis amigos levantan la mano para llamar mi atención. No han tardado mucho en verme.

Una vez en la mesa, me siento en una de las sillas vacías.

—Hola, tíos…

—Hola, Darren —dice Tyler, mientras deja las bebidas delante de nosotros.

—¿Qué pasa, crack? —respondo.

Miro los vasos y de repente me arrepiento de haber conducido hasta aquí. Ahora no podré tomarme una cerveza. Aunque, después de hablar con mi madre, necesitaría algo más fuerte. Quizá un whisky o dos... o tres.

—¿Qué te pasa, *bro*? —dice Jake, directo al grano—. Pareces rayado.

Me froto la cara y sacudo la cabeza.

—Mi madre me ha llamado otra vez por la boda de mi hermana —le digo, dando un sorbo a mi cocacola—. Me ha vuelto a preguntar si pienso llevar acompañante. Llevo semanas posponiéndolo.

—¿Por? —pregunta Tyler y yo exhalo sonoramente.

Se nota que mis amigos no proceden de las altas esferas estadounidenses y no entienden este tipo de obligaciones. Van a las bodas con o sin pareja, y a todos se la suda. Pero en nuestro caso, lo que prima es el «qué dirán».

—Así son las cosas en nuestra familia —les explico.

No vale la pena entrar en detalles. Para el caso, lo van a olvidar en cinco minutos... Me dan un poco de envidia, la verdad. Aun así, continúo:

—Es lo que mis padres esperan de mí, y como no había dicho nada al respecto, mi madre ha empezado a buscarme acompañante entre las hijas de sus amigas.

—¿Y no hay alguna que te guste? —pregunta Denver, sonriente, y yo pongo los ojos en blanco.

—No, capullo….—respondo, mientras aprieto el puño izquierdo —. Nada ni nadie va a hacer que me presente en la boda de mi

hermana con una aburrida sureña que encima se hará ilusiones de que vaya con ella.

Los tres se miran y sonríen.

—No voy a acostarme con ninguna. No lo he hecho nunca y no pienso empezar ahora —añado—. No estoy tan desesperado. Además, allí no se toman las anticonceptivas. Si el condón se rompe, ya la hemos liado. ¡Boda de rebote!

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Jake—. Bueno, no es por nada, pero tener un hijo no es motivo para casarse. En fin, a lo importante: tu madre va a seguir buscándote a alguien, ¿verdad?

—Le he dicho que tengo novia… —susurro, mirando a un lado y a otro.

A Tyler y Jake casi se les desencaja la mandíbula del asombro, y Denver se atraganta con la cerveza. Mi amigo se pone a toser de forma violenta y no para hasta que Jake le da unas *palmaditas* —o una somanta de hostias, más bien— en la espalda.

—Pero tú no tienes novia, ¿verdad? —dice Denver, sin tapujos.

—¡Claro que no!—digo, poniendo los ojos en blanco—. Y sabes que no quiero una. Me da perezote.

Denver pone los ojos en blanco, a su vez, como suele hacer últimamente cada vez que suelto una de esas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta Jake de nuevo, aunque hubiera preferido que no lo hiciera—. No pensarás pedirle ayuda a una de tus follamigas o de las animadoras, ¿no?

Denver y Tyler le dan la razón y mi mejor amigo interviene:

—A ver, las cosas claras: tienes pocas opciones, por no decir casi ninguna, porque te has tirado a medio mundo, crack.

Me están poniendo de los nervios. Quiero que dejen de decirme cosas que ya sé y empiecen a decirme algo que pueda ayudarme. Como, por ejemplo, cómo conseguir novia ahora que se me echa el tiempo encima. Porque estoy en la mierda, no nos engañemos.

—No me estáis ayudando mucho, colegas… —les digo—. ¿Se os ocurre algo sensato?

—A ver, pensemos...

Denver se da golpecitos en la barbilla con el dedo índice. Parece estar dándole vueltas al asunto. Su sonrisa, sin embargo, sigue siendo burlona. Mi amigo abre la boca y suelta:

—Básicamente, necesitas a alguien con quien nunca te hayas acostado, que pueda chaparle la boca a tu madre, pero que tenga cierta educación, y ojo, que pueda gustarte y todo. Al fin y al cabo, tienes que fingir que sois pareja. Ya sabes...

—Resumiendo, una aguja en un pajar —concluyo—. Las únicas chicas de la universidad con las que no me he acostado, que me caen bien y de las que me fío son Sienna, Phoenix, Joy y Millie.

Bueno, las dos primeras están descartadas por razones obvias. Tampoco creo que pueda presentarme allí con Joy. Mi madre se volvería loca si creyera que mi novia tiene el pelo azul. Además, Joy y yo no nos llevamos muy bien, que digamos. Aunque sería divertido ver la cara de mi madre si me llevara a Joy. Además, he oído que es una fantasía en la cama. En realidad, ella sería la chica perfecta, pero es justo lo contrario a lo que mi madre espera.

—Supongo que no hace falta decir que Sienna está descartada —suelta Denver, arqueando la ceja.

Mi amigo es un caso. Cuando un chico mira a su novia durante más de un segundo, se pone macroceloso. Una vez le dio un puñetazo en la cara a Tyler por besar a Sienna en una fiesta nada más llegar a Lincoln. ¡Ni siquiera estaban saliendo todavía!

Denver reflexiona y sigue hablando:

—Y no voy a dejar que mi hermana pequeña se acerque a tu polla.

Me encantaría contestar que ya ha dejado que se le acerque la polla de Jake, y que se la ha metido a Phoenix muchas veces, pero mantengo la boca cerrada. Denver no puede o no quiere admitir que obviamente hay algo entre su mejor amigo y su hermana. Además, Phoenix no va a volver de Europa hasta dentro de un tiempo, así que ella tampoco es una opción.

—Pues díselo a Millie —dice Tyler, como si fuera evidente—. Ella es perfecta.

Levanto las cejas. Ahora sí que me apetece una cerveza. Millie es la persona más aburrida del planeta. Dios... Siempre está tan

calladita... No soporto a las chicas que pasan desapercibidas. Apostaría todo lo que tengo a que no solo es virgen, sino que además, ni siquiera se ha liado con nadie.

Por no decir que siempre anda por ahí con sus blusas de señora y sus vaqueros pitillo. ¡Muchacha, que tienes buen cuerpo!

Justo antes de Navidad, fuimos todos a un spa en Chicago. Allí, ella no podía esconderse en su ropa de vieja, así que descubrimos que estaba bastante buena. ¡Vaya culo! Tenía las tetas demasiado pequeñas para mi gusto, pero aun así, no estaban mal. Y está cien veces mejor con lentillas que con gafas…

Tyler probablemente tenga razón. Millie encaja en el perfil de la nuera de ensueño. Es más, es evidente que es educada y discreta a más no poder. Sienna también lo es, pero Millie me recuerda mucho a Dana. Es como si viniera de una familia como la mía.

Por otra parte, no pensaba ir a una boda con alguien que no supiera comportarse.

—No sé yo… —dice Denver—. No creo que sea la adecuada…

—¿Por qué no? —pregunta Jake—. Tyler tiene razón. Darren se lleva bien con Millie. Bueno... la conoce, al menos, y sabe que no le avergonzará. Además, ella seguro que cumple las expectativas de su madre. ¡Todo son ventajas!

—Estoy de acuerdo con él —dice Tyler, asintiendo con la cabeza—. Pídeselo, tío.

—¿Denver? —digo, mirándolo con urgencia—. ¿No tienes ninguna objeción? Es de nuestro grupo y las chicas me matarán si la cago con ella.

—¿Pero por qué ibas a cagarla? —interviene Jake—. Ni que fueras a quitarle el cinturón de castidad a Millie…

Tyler se ríe a carcajadas y yo pongo los ojos en blanco, molesto. No quiero quitarle el cinturón de castidad a Millie. Ni siquiera me gusta. ¿No se dan cuenta de que tengo un problema mucho mayor?

—No te preocupes —gruño—. No entraba en mis planes, para qué mentir.

El caso es que necesito llevar a alguien a la boda de Dana, y Millie parece la mejor opción.

—Está bien, se lo pediré… ¡Qué remedio!

—Bueno, ten en cuenta que quizá tengas que besarla y tocarla, porque es tu novia, ¿no? —dice Denver, guiñándome un ojo—. A lo mejor te lo gozas...

No le contesto. Prefiero pensar en cómo hacer que todo esto le parezca mínimamente agradable a Millie. Porque tirarle la caña y acostarme con ella no es una opción.

---

[1] *N. de la T.* En español, «ala defensivo».

3

Millie

Me tumbo en la cama y miro a mi compañera, Amanda. Cuando me asignaron este estudio, tenía la esperanza de hacerme su amiga. Después de todo, nunca he tenido muchos amigos. Y mira tú por dónde, tenía la ridícula convicción de que mi compañera se convertiría en mi mejor amiga, como en esas películas de adolescentes que solía ver.

Pero bueno, es evidente que no he tenido mucha suerte. Ahora comparto estudio con una zorra mala que siempre me dice que soy un muermo y me da a entender que ojalá me mude pronto. A veces me pregunto si Amanda sería tan mala conmigo si supiera que soy multimillonaria. Probablemente me lamería tanto el culo que tendría que levantar la cabeza para respirar cada dos segundos.

Amanda y su amiguita Hayden, que es aún más tonta, si cabe, son los zorrones de la uni. Es mejor no contar con cuántos se han acostado. De hecho, prefiero no saber a quiénes se han tirado del equipo de fútbol.

Tampoco me apetece pensar en lo que pasó cuando Sienna y Denver empezaron a salir oficialmente. Amanda estuvo días preguntándome si era verdad y qué veía Denver en Sienna. Aunque no lo dijo en voz alta, es obvio que piensa que Sienna y Denver hacen muy buena pareja, y sabe que Denver está loco por mi amiga y quiere estar con ella por encima de todo.

—¿Estás estudiando? —pregunta Amanda.

Levanto la vista de mi MacBook para mirarla.

—No —respondo—. ¿Y tú?

—¿Yo? Sí, bueno…—dice, riéndose, mientras se echa su melena larga y negra hacia atrás—. Estoy mirando ofertas para las vacaciones de primavera.

¿Por qué pensé por un segundo que Amanda había venido a la uni a estudiar? Seré estúpida... Me pregunto cómo habrá llegado al

tercer semestre. Nunca la he visto estudiar en serio. Tal vez sea superdotada y pueda memorizar todo lo que lee. No apostaría por ello, pero a veces, los milagros ocurren.

Vuelvo los ojos a mi MacBook y abro con fastidio los enlaces con los vestidos de noche que me ha enviado Maya. A Preston y a ella los han invitado a un baile y, por supuesto, quiere ir perfecta. Aunque mi hermana siempre lo está.

Llaman a la puerta y Amanda salta de la cama. Lleva unos pantalones cortos tan ajustados que prácticamente se le sale el culo entero, y un top sin sujetador que hace que se le noten los pezones con la mínima ráfaga de viento. Y yo sintiéndome desnuda con mi top liso, mi sujetador con relleno y mis *leggings* ajustados, con los que nunca me atrevería a salir a la calle...

Amanda se echa de nuevo el pelo para atrás y se baja aún más el top, para lucir su escote.

—Darren... —murmura y yo levanto la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

Amanda se apoya en la puerta y se relame con lascivia.

Típico de ella.

Intento esquivarla con la mirada y se me acelera el corazón sin previo aviso. Darren está empanado mirando a Amanda, lo que no me sorprende ni un poquito. Y, por supuesto, ella se le insinúa de inmediato. Le encantaría rodearle el cuello con los brazos, tirar de él hacia su cama y follárselo delante de mí. ¡Claro que sí!

—Hola —le dice después de quedarse mirando sus tetas un buen rato—. Vengo a ver a Millie.

—¿A Millie? —pregunta Amanda, sorprendida, mientras se vuelve hacia mí.

—¿A mí?

Cierro mi MacBook y le miro, aún en *shock*.

Vacilante, me levanto de la cama y me cruzo de brazos. A diferencia de Amanda, no me siento cómoda con que me vea así. Nerviosa y un tanto confusa, me acerco a él y aparto a Amanda. Sé que le habrá molestado. Supongo que estaba segura de que Darren venía a verla a ella. No sé si se habrán acostado alguna vez y, francamente, no quiero saberlo. Ha estado con tantas chicas que

una más o una menos ya no importa. Pero el hecho de que ella, de todas las mujeres del mundo, se pueda haber acostado con él, me ofende. Tampoco soy fea, así que no entiendo por qué no se fija en mí. ¡Y todo porque, a diferencia de la mayoría de chicas del campus, llevo ropa decente y no me abalanzo sobre él!

Bueno, puede que me falte un poco de confianza en mí misma…

—¿Quieres hablar con Millie? —pregunta Amanda, mientras vuelve a su cama y se sienta en ella.

Me encantaría poner los ojos en blanco, pero por educación, no lo hago. Darren no es tan discreto y lo hace por mí, así que sonrío. Parece que no le gusta la actitud de Amanda.

—Eso es lo que he dicho, sí. En privado, por favor…

—¿Ahora?

Amanda nos mira y se levanta de la cama. Se pone un jersey y unos pantalones de chándal y nos mira con el ceño fruncido. Luego mira a Darren y dice:

—Quizá sigas aquí cuando vuelva…

No creo que esté aquí tanto tiempo, pero me siento aliviada cuando cierra la puerta tras de sí y nos quedamos a solas. Pero esta sensación dura solo unos segundos. Porque ahora me enfrento al siguiente problema: nunca he estado a solas con Darren. Siempre que nos hemos visto, había alguien más de mis amigos. Estar a solas con él y tener que sacar tema de conversación me pone nerviosa.

Me muerdo el labio y le miro. Darren me devuelve la mirada y, una vez más, no puedo creer lo bueno que está. Tiene la sudadera arremangada, lo que deja ver sus brazos tatuados. Hace poco que se ha cortado el pelo y su sonrisa hace que me tiemblen las rodillas. Ya veo por qué Amanda se lanzó a la yugular. Si yo tuviera más experiencia y no fuera tan tímida, no me lo habría pensado dos veces. Pero ni siquiera soy capaz de parecer mínimamente sexy delante de Darren. Aquí estoy, aún de pie y con los brazos cruzados para que no me vea el pecho.

—¿Quieres sentarte? —pregunto mientras señalo la silla de mi escritorio.

Darren asiente con la cabeza y la acerca a él, y yo me siento de nuevo en la cama. Le miro, con las piernas cruzadas.

—¿Qué querías decirme?

Darren apoya los antebrazos en los muslos, como si estuviera nervioso. No deja de lamerse los labios.

¡Dios, lo que daría por sentir esos labios en los míos una sola vez en la vida! Por lo visto, besa muy bien…

—Mi hermana se casa dentro de dos semanas… —dice, al fin.

Ya lo sabía. Sienna me lo ha dicho. También me contó que Darren no quiere ir porque no tiene una buena relación con su familia. Por suerte, a mí no me pasa. Tengo muy buena relación tanto con mi hermana como con mis padres.

—Y tengo que llevar una acompañante…

Tardo un momento en asimilar las palabras. Su hermana se casa y él tiene que llevar una acompañante... Hasta ahí todo bien, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

Dudo y aparto la mirada. Darren no puede haber tenido la idea absurda de llevarme a mí, ¿verdad? No me lo puedo creer. A ver, somos amigos, pero podría pedírselo a Joy o a todas las chicas del campus, que estarían encantadas de acompañarle. Pero ahora que lo pienso, ¿me imagino a alguien más yendo con él? Uf, y menos a Joy… Es mi amiga y sabe que estoy enamorada de él, pero no quiero arriesgarme a que pase algo entre ellos.

¿En qué estoy pensando?

Joy piensa que Darren es un imbécil. Se le llena la boca diciéndolo. Ella nunca tendría nada con él.

—¿Me has escuchado?

Darren me mira, riéndose, y yo doy un respingo.

—Perdón —murmuro, torpemente—. ¿Puedes repetirlo?

—Sí… Te he dicho que si querrías venir conmigo…

—¿Por qué yo? —respondo con valentía, frunciendo el ceño—. Perdona, pero no te faltan voluntarias…

Darren esboza una sonrisa arrogante que me hace poner los ojos en blanco.

¿Por qué me empeño en decirle algo que ya sabe?

—La verdad es que no —dice y acerca la silla de escritorio hacia mí.

Ahora está tan cerca que sus rodillas casi tocan las mías. Observo los pocos centímetros que nos separan y luego vuelvo a mirarle la cara. Sigue sonriendo y me dice:

—Necesito a alguien en quien pueda confiar y, lo que es más importante, alguien que sepa comportarse.

No me esperaba esa respuesta. En cuanto a la confianza, puedo entenderlo, pero ¿lo de que necesita a alguien que se comporte? No tiene mucho sentido. Si les dice a las chicas lo que tienen que hacer, seguro que cumplen.

Darren finalmente borra la sonrisa de suficiencia de su cara y suspira.

—Mi madre es alguien muy difícil… —admite, rascándose la nuca—. ¿Lo entiendes ahora?

—Así que por eso quieres que vaya contigo... —respondo.

Los labios de Darren se curvan en una sonrisa. Aún se creerá que me ha convencido. Menuda situación…

—Te entiendo, pero... ¿Quién tiene unos padres perfectos?

—A ver cómo te lo explico… —murmura, frotándose las manos con nerviosismo.

Es la primera vez que lo veo tan retraído y callado. No es propio de Darren. Siempre se muestra seguro de sí mismo. Se hace el chulo, vaya.

—Mis padres, sobre todo mi madre, no aprueban mis decisiones. No les gusta que juegue al fútbol o estudie tan lejos de casa. Aunque siguen apoyándome económicamente, probablemente sea por compromiso. Así, sus amigos aprueban nuestra relación y no parece que me han abandonado. Si fuera por mi madre, llevaría trajes elegantes y acabaría haciéndome cargo del negocio familiar. También saldría con una de las hijas de sus fabulosos y descerebrados amigos y me casaría con ella en cuanto pusiera un pie en la finca. Pero no quiero hacer eso. Además, la boda de Dana va a ser todo un acontecimiento social. Necesito una acompañante que esté a la altura. Tiene que ser simpática, pero no demasiado atrevida como para comentar lo excéntrica que es mi familia.

Asiento con la cabeza y añado un pequeño pero sutil detalle:

—Y también necesitas una acompañante que nunca se haya acostado contigo, ¿verdad?

No sé de dónde me he sacado estas contestaciones tan atrevidas. Sienna, Phoenix y Joy estarían orgullosas de mí. De hecho, Darren está consiguiendo sacar a la Millie que tanto me cuesta reprimir en Lincoln. Soy bastante tímida, lo admito. No siempre actúo, pero a menudo suelo ser más echada para atrás, porque creo que así es más fácil que no se me relacione con los Minnesota Warriors. Una chica tan reservada no podría ser la heredera de semejante club.

—Sí, bueno, eso también… —admite a regañadientes—. Pero no me he acostado con todas las chicas del campus, Millie. Que lo sepas.

—Menos mal, porque no sé si a Jake y a Denver les haría mucha gracia… —respondo, guiñándole un ojo.

La risa de Darren me pone la piel de gallina. Me alegra volver a verlo de tan buen humor y poder mantener una conversación agradable con él. No me esperaba que pasara esto. Me sorprende poder pronunciar una frase entera sin trabarme en su presencia. Y lo de responderle con descaro ya, ni te cuento…

—Justo ahí quería llegar… —dice, poniéndose serio de nuevo—. No puedo llevar a Joy. Tiene el pelo azul y suelta cada una por esa bocaza… Mi madre se volvería loca. Y bueno, si quieres algo a cambio, haré lo que sea. Te puedo comprar un bolso de estos caros de los que os gustan, pero que no os podéis permitir. O cualquier otra cosa que os llame la atención a las chicas…

Esto es el colmo ya... Me río sin filtro, aunque intento contenerme. Está intentando comprar con un bolso a la hija de un multimillonario. ¡Buena jugada, figura!

Respiro hondo y le miro a los ojos. He descubierto más cosas de él en este ratito que en los últimos seis meses. Me sorprende que venga de una familia tan conservadora.

—Supongo que tu madre es aficionada a esos estúpidos bailes de debutantes,[1] ¿no?

—Sí… —dice, rechistando—. ¿Y tú como sabes eso?

—Fui a uno una vez —respondo con sinceridad y respiro hondo.

Creo que puedo contarle algo sobre mí, aunque sea. Luego, continúo:

—Fui a un colegio privado y formaba parte de la experiencia. Son un pelmazo, y además, todos los que asisten son unos estirados.

Recuerdo aquella tarde con horror. Fue un desastre de principio a fin.

—Ah... No lo sabía.

Darren parece sorprendido. Se levanta y se inclina hacia mí.

—Eso significa que sabes cómo comportarte en ese… mundillo.

—Sí —respondo, sin dudarlo.

Darren no hace el amago de preguntar y asiente sin pensárselo dos veces.

—¿Entonces vendrás? —me pregunta, con cierta esperanza.

Para ser sincera, no sé qué decirle. Me halaga que me lo pida y que confíe en mí. Al fin y al cabo, hay cientos de chicas que estarían dispuestas a acompañarlo. Es abrumador. Pero, por otra parte, tengo que estudiar para los exámenes. ¿Cómo voy a hacerlo si me voy a Texas con él durante una semana?

—Tengo que estudiar —digo, intentando convencerme a mí misma—. Los exámenes están al caer, y…

—Puedes estudiar allí.

Darren echa por tierra mi argumento más sólido y me sonríe.

—Haremos una cena de ensayo con mi familia dos días antes de la boda y luego solo nos quedará la ceremonia. No te pido más. Con cuatro días es suficiente. Cuanto antes volvamos, mejor.

—Darren…—digo, poniendo los ojos en blanco—. Estás hablando de tu familia…

—Sí, bueno… Si quieres llamarla así…

Se inclina hacia delante y pone sus manos sobre las mías. Su cara está tan cerca de la mía que puedo ver el brillo de sus ojos. Me mira, suplicante. Así no hay forma de decir que no a semejante locura.

Darren cree que todo es muy fácil, pero no lo es. Tenemos que hacernos a la idea de pasar tiempo con el otro. Por no hablar de que tengo que averiguar cómo es su familia.

Debe haber una explicación de por qué yo, de entre todas las candidatas posibles, soy la que va a acabar yendo. También estaría bien recordar que estoy enamorada de Darren, y que él no tiene ningún interés en mí. Como mucho, le gustaría ser mi colega.

—No te lo pediría si no fuera realmente importante…

Al muy idiota se le da bien cortar de raíz todos mis argumentos. Le basta con una mirada.

—Ya lo sé, ya… —digo, permisiva—. ¿Puedo pensármelo?

—¿Cuánto tiempo necesitas? —me pregunta, y yo me encojo de hombros.

—Pues hasta mañana, por ejemplo…

—¿Pero por qué? —dice, mientras me da un codazo—. No hay mucho que pensar: solo dime si te apuntas o no.

Suspiro, me separo de él y me pongo de pie. Tengo miedo de que, si le conozco más, acabe con el corazón roto. Desde la distancia, lo de estar enamorada no está tan mal. También está guay fantasear con él o soñar cosas un poco subidas de tono… Pero en el momento en que ceda y me vaya con él, todo irá a más.

—¿Tenemos que fingir que somos pareja? —pregunto, conteniendo la respiración.

—¿A qué te refieres?

La silla cruje y Darren se da la vuelta para colocarse frente a mí, aunque yo le doy la espalda.

—Ya sabes a lo que me refiero… —respondo, molesta.

No me creo que sea la primera vez que se lo plantee.

—¿Tengo que fingir que soy tu novia, Darren?

—Sí —responde, sin miramientos.

Inmediatamente, me pongo tensa. Me vienen a la cabeza imágenes de nosotros besándonos, cogidos de la mano y durmiendo en la misma cama. Eso es lo que hacen los novios, ¿no? Pues no sé si podré hacerlo. Solo he besado a un chico en toda mi vida y fue un desastre. Darren se ha acostado con más chicas que zapatos tengo yo, y eso que en el apartamento que me compraron mis padres hay

un cuarto entero que hace de zapatero. ¿Qué tendría que hacer para poder camelármelo si accediera a seguir con esta farsa?

¿Se puede morir una por tener el corazón roto? Espero que no.

—Millie…—murmura, justo detrás de mí.

De repente, me coge del brazo y me da la vuelta para ponerme frente a él. Levanto la cabeza para mirarle a los ojos y trago saliva. Es tan sexy...

—¿Eso te supone un problema?

—¿Y a ti?

Le hago la misma pregunta. Para mí, liarme con él sería un sueño hecho realidad. Pero para él… seguro que sería muy diferente.

—No —responde con sinceridad, sonriéndome—. Si no, no te lo habría preguntado.

—Mmm…—murmuro, sonriéndole—. Bueno, en ese caso, ¡lo haré!

¿Quién sabe? Quizá sea una oportunidad para conocernos mejor y para que él por fin me vea tal y como soy: una mujer hecha y derecha, y no solo el tímido ratoncito que está en su grupo de amigos.

—¿En serio? —pregunta mirándome con asombro.

No puedo evitar reírme.

—Que sí, hombre… —le contesto, aún sonriente.

Darren me coge en brazos y me levanta en el aire.

Le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra él. Aprieto mi cuerpo contra el suyo y noto sus duros músculos. Darren se detiene, pero en lugar de bajarme, se me queda mirando.

Nerviosa, le devuelvo la mirada y, mientras su boca se acerca cada vez más a la mía, contengo la respiración. El corazón me late en la garganta y temo que se me salga del pecho en cualquier momento.

—¿Puedo besarte? —susurra.

---

[1] *N. de la T*. Baile formal en el que se presenta a las solteras de las altas esferas de la sociedad y que normalmente se celebra en primavera o verano. Es una costumbre conservadora y en ella se valoran la etiqueta social y los modales de las candidatas.

4

Millie

Miro a Darren a los ojos mientras sigue apretándome contra su musculoso cuerpo. Ninguno de los dos es capaz de apartar la mirada, y sus manos recorren mis caderas con fervor. Luego, decide bajarme. Besar a Darren es una de mis fantasías recurrentes, y, pensaba que nunca sucedería. Pero ahora me ha preguntado si puede hacerlo, y tengo el estómago revuelto de los nervios.

—Sí… —digo, en un suspiro.

Me pongo de puntillas. Aunque llevara tacones, Darren sería bastante más alto que yo.

Sus labios se curvan hasta formar una sonrisa. Aparta su mano derecha de mi cadera y me la pone en la mejilla. Con suavidad, me acaricia poco a poco hasta que su pulgar llega a mi labio inferior y tira de él hacia abajo. La yema de su dedo es áspera, como siempre imaginé que sería. Una sola mirada de cerca a sus labios confirma mi teoría: no tienen ni una sola imperfección. Son carnosos e impecables, y están enmarcados por su oscura barba.

Jadeo, sorprendida, cuando me separa los labios con el pulgar y lo desliza en mi boca. ¿Qué está pasando? Creía que iba a apretar sus labios contra los míos y a darme un beso dulce y casto. Pero en lugar de eso, me mete el pulgar en la boca…

Junto los labios y dejo que mi lengua se deslice sobre la punta de su dedo. No sé si lo hago bien o si es lo que quiere. A fin de cuentas, nunca he hecho nada parecido. Darren desliza el dedo hacia las profundidades de mi boca y aprieta mi cuerpo contra el suyo, lo que hace que se me acelere el corazón. Los firmes músculos de su torso me reciben con deseo, y algo que tiene entre las piernas, y que claramente no era tan grande hace unos segundos, ejerce presión en mi vientre.

—Joder, Millie… —gime y me saca el pulgar de la boca.

Vuelvo a mirarle a los ojos, anhelante, y me humedezco los labios con la lengua. Creo que es la primera vez que alguien se pone tan caliente conmigo.

Darren les echa un vistazo rápido a mis labios por última vez antes de agachar ligeramente la cabeza y lanzarse. Vuelvo a rodearle el cuello con los brazos y me acurruco contra su cuerpo tonificado. Sus manos se mueven hacia mis caderas e intenta acercarme más a él. Sus labios se contorsionan suavemente con los míos. Me adapto a su ritmo y dejo que él tome la iniciativa. Para mí, no existe nada más en el mundo. Deseaba tanto este beso que estoy desesperada por hacerlo bien. Desde que vi a Darren por primera vez, me he imaginado besándole, y ahora, por fin, ha ocurrido. Y me besa tiernamente. He visto lo agresivo y salvaje que es con otras chicas, pero conmigo no es, ni por asomo, así.

Su mano baja hasta mi culo y me lo agarra para sentirme más cerca. Jadeo. Su tacto me deja sin palabras. Abro la boca sin poder evitarlo y Darren introduce la lengua entre el hueco de mis labios. Una vez más, me rindo a él. Lo que empieza como un beso cauteloso se convierte en un maratón salvaje de besos en el que él lleva la voz cantante.

—Tócame… —dice él.

Todavía reacia, dejo que mis manos se deslicen por su enorme pecho y bajen hasta llegar a su vientre. Sobresaltada, agarro la tela de su sudadera y él me muerde suavemente el labio inferior. Darren separa su boca de la mía y me mira, sonriente.

Esto es mejor de lo que esperaba. Pero mi experiencia es tan limitada que no soy capaz de averiguar si le está gustando o no. A juzgar por su mirada y sus manos, que aún están en mi culo, diría que sí.

Un poco más animada, vuelvo a acercarme a él y aprieto mis labios contra los suyos. Inmediatamente, Darren me responde con un beso apasionado. Mis manos recorren su pecho y su vientre de nuevo. Esta vez, agarran la cintura de su sudadera, y allí, me detengo.

—Haz lo que quieras conmigo —me susurra entre beso y beso —. No muerdo…

Me río porque, obviamente, ya me ha mordido el labio una vez hoy. Deslizo los dedos bajo su sudadera y la camiseta que lleva debajo. Como era de esperar, unos músculos duros como el acero me dan la bienvenida y suspiro de placer. Su cuerpo es todo lo que había soñado.

¡Joder, está buenísimo!

Empiezo a acariciarlo. Las manos de Darren se abren paso bajo mi top y doy un respingo. Con cuidado, dibujan pequeños círculos bajo mis pechos. El corazón vuelve a latirme desbocado. Los besos y el toqueteo superficial son una cosa, pero que me acaricie por debajo de la ropa es algo muy distinto.

Tengo los nervios a flor de piel. Estoy más cerca de Darren de lo que nunca imaginé, y me planteo seriamente renunciar a mis principios y dejarme llevar hasta el final.

—Millie… —me susurra Darren en la comisura de los labios, mientras juguetea con el cierre de mi sujetador—. ¿Puedo?

Aparta las manos de mi sujetador por un instante y busca el dobladillo de mi top. Frunzo los labios y dudo un instante. Voy a perder la virginidad con Darren…

De repente, se me pasan mil cosas por la cabeza: Vale, me estaba reservando para el chico adecuado, pero es imposible que se me presente una oportunidad como esta. Habrá que hacerlo en algún momento, ¿no? Ya sea hoy con Darren o dentro de seis meses con otro chico, ¿qué más da? En el fondo, da igual, pero está claro que a quien deseo es a Darren.

—Sí… —digo, antes de cambiar opinión, y levanto los brazos.

Darren me quita el top y lo tira al suelo. De pie, frente a él, con mi clásico sujetador negro, me siento increíblemente insegura. Tengo unos conjuntos de encaje preciosos, pero no esperaba tener que llevar uno hoy. Los ojos de Darren recorren mi cuerpo y se detienen en mis pechos. Me muerdo el labio, nerviosísima. Mis pechos son más bien pequeños. Bueno, decentes… Tengo una copa B. La madre naturaleza podría haberse lucido un poquito más conmigo.

Nunca había deseado tantísimo tener los pechos perfectos, porque Darren se detiene en ellos más de lo que esperaba. Intento

decir algo, pero él me atrae con fuerza hacia su cuerpo y me besa el cuello. Pasa sus labios suavemente por mi fina piel y su mano derecha abre el enganche de mi sujetador. Mientras le ayudo a quitarme la última prenda que cubre mi torso, me entran escalofríos.

Los ojos de Darren van como un rayo al encuentro de los míos. Nuestras miradas se cruzan por un instante. Darren sonríe y se inclina en dirección a mis pechos. Besa suavemente mi piel ardiente y, cuando su boca roza mi pezón por primera vez, gimo.

Joder, ¡qué gozada!

Sienna y Joy me habían hablado ya de lo mucho que les gusta que les toquen los pezones. Tenían razón. Darren chasquea la lengua al separarse del primero y luego se dispone a lamer el segundo. Y así, sigue alternando entre uno y otro. Me chupa los pezones y juega con ellos con la lengua hasta que ambos están duros y firmes. Respiro de forma entrecortada y observo cada uno de sus movimientos. Sus besos se abren camino hasta mi ombligo, y luego hunde la lengua en la cintura de mis *leggings*. Sus enormes manos rodean y cubren mis pechos por completo. Quizá sean demasiado pequeños, pero a Darren no parece importarle.

—Quítate los *leggings* y súbete a la cama…

Su orden y la urgencia repentina de su cuerpo al levantarse me devuelven a la realidad. Indecisa, dejo que mis ojos recorran su cuerpo. Él aún está vestido. Darren me acerca más a él. Mis pechos se aprietan contra el fresco tejido de su camiseta y, mientras me besa, mis pezones excitados rozan con la tela.

—Por favor…—añade, mientras me acaricia las nalgas.

Me aparto y doy un paso atrás. Un poco más atrevida y animada por su mirada fogosa, busco el dobladillo de mis *leggings* y tiro de ellos hacia abajo. Respiro aliviada al ver que llevo bragas a juego con el sujetador. Estoy segura de que Darren nunca ha tenido que lidiar un conjunto de lencería tan soso. Me quito los calcetines y lanzo lejos de mí. Luego me siento en la cama, aún con las bragas puestas, y lo miro. Desde esta perspectiva, parece mucho más imponente y corpulento. Además, tiene un bulto considerable a punto de reventar en sus vaqueros.

Darren camina hacia mí y se coloca sobre mi cuerpo. Me pone las manos a ambos lados de la cabeza y aprieta sus labios contra los míos. Esta vez no me lo pienso dos veces y recibo de inmediato su lengua. Él gime, se inclina sobre mí y presiona su duro sexo contra el mío.

—Te deseo… —susurra, mientras me besa el cuello—. Dime que tú también me deseas…

—Yo también te deseo… —respondo, con necesidad.

Darren me agarra el pecho izquierdo y pellizca ligeramente mi pezón con el dedo índice y el pulgar para estimularlo. Juega con el otro con la lengua y yo vuelvo gemir.

Tumbada en la cama con las piernas abiertas, me da todo vueltas con tan solo pensar qué más va a hacerme. Me muero de ganas de que me toque. Darren no parece ser el tipo de chico que solo se preocupa por su propio placer. De momento, se está esforzando mucho en hacerme gozar.

Vuelve a besarme el vientre y deja que su lengua se deslice hasta mi ombligo. Mi respiración se acelera y me río ligeramente. Las yemas de sus dedos acarician mi piel caliente.

—¿Tienes cosquillas? —me pregunta, mirándome.

—Puede ser… —respondo con descaro.

Estoy impresionada conmigo misma. De normal, me habría muerto de vergüenza.

Al oír mi respuesta, me dedica una sonrisa cómplice y, de repente, me besa el interior de los muslos. Su cabeza se desliza entre mis piernas, que están separadas por sus anchos hombros. En esta posición, tiene una vista perfecta de mi sexo, que aún está cubierto por mis bragas.

—Dios, eres preciosa… —susurra, y mi cuerpo empieza a estremecerse.

—Darren… —gimo con fuerza.

Su dedo corazón recorre la abertura de mi sexo.

Joder…

—Deja que Darren cuide de ti… —me contesta con arrogancia.

Quiero juntar los muslos con todas mis fuerzas, pero él vuelve a separarlos con suavidad.

—Por favor, quédate así…

Se separa de mí y se quita la sudadera lentamente. Aprovecho para contemplar su torso desnudo e intento grabar en mi mente cada centímetro de su piel. Tiene dos golondrinas tatuadas en el pecho izquierdo y una enorme cabeza de león en el derecho, con la boca abierta.

La única parte que no está tatuada es su oscuro pezón. También tiene los brazos cubiertos de tatuajes, pero no puedo distinguirlos desde esta distancia.

Darren se inclina sobre mí y me deja ver el vello de su pecho. Estiro la mano y lo acaricio con las yemas de los dedos. La mirada que me dirige es mágica e íntima. Nos miramos a los ojos durante unos segundos antes de que vuelva a acercarse y yo le bese con pasión. Darren me devuelve el beso y centra su atención en la carne caliente entre mis piernas.

Unos segundos después, me separa suavemente los labios con el dedo. Jamás me habían tocado ahí. Darren es el primero y eso me pone un poco nerviosa. Debería haber perdido la virginidad antes, en una de las fiestas del campus. Me da miedo decepcionarlo o que me pida cosas que no estoy dispuesta a hacer.

—Estás buenísima… —susurra, mientras me besa en la cadera antes de humedecerme el dobladillo de las bragas con la punta de la lengua—. ¿Quieres que siga?

Darren señala mi ropa interior y me mira. Hasta ahora, me ha pedido permiso para tocarme, excepto con el tema de sobarme los pechos. Pero estoy segura de que no haría nada que yo no quisiera. La verdad es que es más considerado de lo que pensaba, así que asiento y le sonrío.

Darren me quita las bragas y las desliza por mis muslos, antes de lanzarlas al suelo. No me deja cerrar las piernas para que esconda mi intimidad de su mirada, sino que se desliza entre ellas. Estoy completamente expuesta delante del tío más bueno que conozco. Trago saliva mientras se queda quieto mirando mi pubis depilado durante unos segundos. Hay una parte de mí que espera que se levante y se vaya. Ni siquiera se ha quitado los pantalones…

Darren presiona su boca contra mi sexo antes de que pueda darle más vueltas al asunto.

¡Joder, sí!

Su lengua recorre mis labios vaginales y me acaricia el clítoris. Arqueo la espalda y gimo. Me retuerzo con cada uno de sus movimientos. Él me pone las manos en las caderas para empujarme contra el colchón. Clavo los dedos en la colcha y empujo la pelvis hacia él. No sé qué está haciendo con la lengua, pero no quiero que pare. Es la sensación más increíble que he experimentado nunca. ¿Por qué habré esperado tanto?

Bueno, ahora que lo pienso... Joy siempre dice que tienes que besar muchos sapos para conseguir al príncipe que esté dispuesto a comértelo.

—Joder, Darren… —gimo, mientras él posa sus labios alrededor de mi clítoris de nuevo y lo succiona—. Sí, sigue…

De repente, oigo un ruido. Por el rabillo del ojo, le veo tirar las llaves del coche, el iPhone y la cartera al suelo, junto a la cama. Sigue tentándome con la lengua, pero cuando siento su dedo en la entrada de mi sexo, me tenso. Aún no me ha penetrado con la lengua y nunca he sido lo suficientemente valiente como para meterme un dedo ahí dentro, excepto cuando me he cambiado los tampones. Los juguetes sexuales nunca han sido una opción para mí.

Darren desliza su dedo corazón dentro de mí. Por suerte, estoy tan mojada que se introduce en mi sexo sin oponer resistencia. Me penetra con una serie de suaves impulsos mientras su lengua sigue acariciándome el clítoris. No aguanto mucho más, y llego al clímax poco después. Gimo con fuerza y se me nubla la vista momentáneamente. Un segundo después, dejo caer mi espalda sobre el colchón y noto que él se separa de mí.

Mi primer orgasmo ha sido increíble. Ahora sé a qué se refieren mis amigas cuando dicen que una buena lengua y un dedo hábil pueden hacerme ver las estrellas.

Vuelvo al momento presente en cuanto escucho la hebilla del cinturón de Darren, que se ha incorporado y está de pie frente a mí.

Se baja la cremallera de los vaqueros y se quita los calzoncillos, sin apartar la vista de mí ni un segundo.

Al ver su erección, trago saliva. En comparación, su dedo parece diminuto. Aunque no tengo un referente con el que compararlo, estoy segura de que Darren está bien dotado.

De repente, siento miedo. Es mi primera vez. ¡No tengo ni idea de cómo va a caber ahí dentro! Darren se quita los calcetines y se inclina hacia su cartera. Luego saca un pequeño envoltorio de plástico que tiene el típico circulito en el medio.

Ha llegado el momento de ponerse serios. Voy a perder la virginidad con Darren.

—Tírate hacia atrás hasta apoyarte en el cabecero.

Asiento y me incorporo poco a poco. Darren abre el envoltorio y se pone de rodillas en la cama. Se deshace del plástico y coloca el condón sin esfuerzo sobre su pene erecto. No quiero saber cuántas veces lo ha hecho. Casi parece rutinario.

Darren me agarra por las corvas y me acerca a él. Se inclina sobre mí y presiona suavemente sus labios contra los míos. Le devuelvo el beso y le rodeo el cuello con los brazos, para acercarlo aún más a mí.

Darren desliza el pene entre mis labios varias veces y me da un par de toquecitos con él en la abertura de mi intimidad. Gimo sin apartarme de su boca y entierro la cara en la curvatura de su cuello. Él coloca su pene justo en la abertura y hace que le rodee la cintura con la pierna izquierda para que entre más fácil.

Mientras me penetra, clavo los dientes en su piel caliente. Mis uñas arañan la parte superior de sus brazos para aliviar la presión que siento en mi sexo. A cada centímetro, duele un poco más. Ahora mismo, no puedo pensar con claridad.

Maya dijo que no dolería si me lo hacía bien y Sienna y Joy me prometieron que solo dolerían los primeros centímetros. Pero me arde todo. Me duele mucho y me entran ganas de gritar. Sin embargo, Darren jadea suavemente.

—Darren, espera... —murmuro—. Me duele…

—Perdona… —dice él, mientras me acaricia las mejillas—. Es que te deseo tanto…

Sé que debe de encantarle ser el primero en estar ahí abajo, pero no sé cómo reaccionar. Veo que se queda quieto un segundo y entonces me penetra una vez más. Gimo por una mezcla de dolor y desconocimiento.

—Tranquila… —susurra, besándome la sien.

Al principio, el gesto cariñoso me reconforta, pero eso no hace que se me pase el dolor.

—Darren… —jadeo—. Me sigue doliendo…

—Vale. Respira. Voy a ir más despacio, a ver si se te pasa… —responde, separándose de mí.

Darren levanta la cabeza para mirarme. Yo sigo tumbada debajo de él, con su miembro duro dentro de mí.

—¿Mejor? ¿Seguimos? —murmura, apretando su boca contra la mía.

Antes de que pueda decir nada, Darren empuja hacia delante. Acalla mi grito con un beso y yo intento aferrarme a su pelo para volver en mí. Me incorporo ligeramente y Darren me susurra al oído:

—Respira, Millie… —dice, dulcemente—. Inspira y espira... Eso es.

Él se tensa al tacto de mis manos. El sudor resbala por nuestros cuerpos y se mezcla mientras nos aferramos el uno al otro.

Para mi sorpresa, el dolor disminuye y respiro, aliviada. Darren me gira la cara y me mira con cariño. Yo le devuelvo la mirada y ambos entrelazamos nuestros dedos por encima de mi cabeza. Justo después, empieza a moverse dentro de mí.

Al principio siento un hormigueo que no sabría describir, pero pronto, la extrañeza da paso a la misma sensación de placer sin límites que su lengua y su dedo habían despertado en mí.

5

Darren

Millie respira de forma constante y profunda, así que deduzco que está dormida. Tiene la cabeza apoyada en mi hombro y el brazo derecho encima de mi abdomen. Miro al techo y cierro los ojos un momento. Aunque me gustaría hacerlo, no puedo decir que las últimas horas hayan sido un desastre. Pero una vocecilla en mi interior me grita que esta vez he ido demasiado lejos.

Millie aún era virgen y no estaba muy cómoda. Se le notaba, y aun así, decidí seguir adelante. Cuando se la metí, enseguida me di cuenta de que estaba bastante tensa y tenía muy poca experiencia. Sus besos ya me lo habían demostrado. Normalmente, las chicas con las que follo saben lo que quieren o están dispuestas a seguirme el rollo, pero con Millie no ha sido así.

Vale, los besos no estuvieron mal. Me gustaron y todo. La verdad es que hacía mucho tiempo que no me besaban con tanta ternura. Al principio, fue un poco raro, pero luego una cosa llevó a la otra y acabamos follando. Todo fue tan deprisa que, llegados a un punto, no había vuelta atrás. Lo del dolor es normal en la primera vez, ¿no? Es algo que le habría pasado con cualquier tío. Bueno... Tal vez eso es lo que quiero pensar para sentirme mejor. Ahora mismo creo que soy el mayor gilipollas del mundo.

A ver, estoy seguro de que a Millie le encantó que la besara, le hiciera un dedo y luego se lo comiera. Ya es mayorcita para decidir por sí sola si quiere tirarse a un tío o no.

Miro hacia abajo y veo su preciosa cara: sus labios finos pero perfectamente curvados y las bonitas pecas de su nariz. Nunca me había fijado en lo guapa que es. Siempre la he visto como una empollona que se viste de la forma más aburrida posible. Pero hoy, con esos *leggings* y su top, estaba increíblemente sexy.

En fin, da igual cuántas veces intente convencerme de lo contrario: la he liado. Debería haber parado. Al fin y al cabo, accedió

a perder su virginidad conmigo. La primera vez es especial para todos, algo que uno siempre recuerda, y Millie ha desperdiciado su oportunidad conmigo.

Seguro que no querrá volver a quedar conmigo dadas las circunstancias. No es una de esas chicas para las que el sexo es solo sexo. No me la imagino de ese palo. Millie decidió acostarse conmigo porque le gusto y porque confía en mí; eso lo tengo claro. Puede que incluso esté enamorada de mí, y eso me revuelve el estómago. Odio cuando las chicas se pillan por mí, porque se vuelven molestas y pegajosas. Y eso es justo lo que hará Millie…

Le quito el brazo de encima y le paso la mano libre por debajo de la cabeza para apoyarla en la almohada. Ella masculla algo en sueños, pero no se despierta. No quiero encontrarme con Amanda. Si pasa, Millie y yo la llevaremos clara. Fijo que su compañera le dirá a todo el mundo que me vio desnudo en la cama de Millie.

Sin hacer ruido, salgo de su cama, me pongo la ropa, me guardo el iPhone, las llaves del coche y la cartera, y salgo de la habitación con los zapatos en la mano. Echo un último vistazo a Millie. Está de espaldas a mí y sigue durmiendo plácidamente. Suspiro, parpadeo despacio y cierro la puerta tras de mí.

La he cagado pero bien.

Salgo del edificio y me dirijo a mi Audi. Una vez allí, saco mi iPhone y abro el chat grupal con Denver, Jake y Tyler.

Un momento. Para el carro.

Si lo suelto sin más, Denver se lo dirá a Sienna y Jake se lo dirá a Phoenix, si es que aún siguen hablando, y si eso pasa… fijo que me castran. Especialmente Sienna. Bueno, la verdad es que no les falta razón. He sido un cerdo cabrón. En lugar de eso, cierro el chat y abro la conver[1] con Tyler.

***Darren**: ¿Por dónde andas?*

Dejo el iPhone en la consola central del coche y arranco el motor.

Tyler se ha convertido en mi mejor amigo en las últimas semanas. Quizá sea porque Jake y Denver son un dúo inseparable, y ahí no hay quien se meta. A ver, está claro que todos llevamos siendo amigos desde el primer día de uni, pero se nota que ellos son panas[2] para toda la vida. Se conocen desde que eran niños. Jake siempre ha estado ahí para Denver, y más hace unos años, cuando su padre falleció en la guerra. Me pregunto si seguirán del colegueo cuando Denver descubra que Jake se está tirando a su hermana. Al pensar en eso, se me escapa una sonrisilla, pero acto seguido, me siento fatal.

Tyler, por otro lado, es nuevo en la universidad y ha pasado a ser el cuarto *bro*[3] de nuestro grupo, después de que Denver entrara en razón y viera que Tyler no quería nada con Sienna y el tema del beso no era más que una tontería. Con el tiempo, Tyler y yo nos hemos unido más y más. Tenemos muchas cosas en común, más allá del fútbol, y de vez en cuando, quedamos a solas. Espero no equivocarme con él.

Mi colega responde y su mensaje aparece en la pantalla del coche:

***Tyler**: Estoy en casa, ¿por?*

Cojo el iPhone, lo desbloqueo y abro la conver. No es algo que suela hacer. Las distracciones al volante nunca son buenas, pero esta vez, haremos una excepción.

***Darren**: Quédate ahí. Llego en veinte minutos.*

***Tyler**: Vale. ¿Todo ok?*

***Darren**: La he cagado…*

***Tyler**: ????*

No le contesto. Vuelvo a poner el iPhone en la consola central y piso el acelerador.

***

Justo veinte minutos después, aparco mi Audi enfrente de la casa de Tyler. Vive en un adosado cerca del campus con otros dos chicos. No me acuerdo de sus nombres; para qué mentir. Según Tyler, casi no pisan su casa. Espero que hoy también sea el caso, porque no me apetece tener público. Cuanto más lo pienso, peor me siento. Porque ahora no solo estoy seguro de que no debería haberme acostado con Millie, sino de que no debería haber huido justo después.

Tío, Darren, eso no se hace...

A ver... En mi defensa diré que, normalmente, me la pela. De hecho, cuando me tiro a alguna, suelo pirarme en cuanto terminamos y me deshago del condón. Pero Millie... ¡Mierda, tío! Es una chica muy especial y no se merece acabar con un gilipollas como yo.

Apago el motor y cojo la cartera, el iPhone y las llaves antes de salir y cerrar la puerta tras de mí. Mi Audi se cierra con el chasquido habitual del seguro y yo me dirijo a la puerta y llamo al timbre. No tardan en abrir y entro. Me quito los zapatos en el recibidor y subo corriendo unas pequeñas escaleras. Tyler me espera al otro lado de la puerta. Entro y me encuentro con el salón en el que supongo que todos harán vida. El apartamento también tiene una pequeña cocina, dos cuartos de baño y una habitación para cada uno de ellos.

—¿Qué tal, tío? —dice Tyler a modo de saludo.

Mi amigo lleva dos cervezas en la mano y las deja en la mesita.

Tyler tiene buen músculo y es unos centímetros más alto que yo. Teniendo en cuenta su complexión, podría ser mejor jugador defensivo que yo si se lo planteara.

—He pillado unas birras, por si acaso. Son sin alcohol.

—Gracias, *bro*….

Me siento en el sofá y cojo un tercio.

—Necesitaba una…

Tyler da un sorbo a su cerveza y me mira, con las cejas fruncidas.

—¿Qué te pasa? ¿La has liado?

—Sí. La he liado pero bien —insisto.

—Darren, arranca de una vez —dice Tyler—. Sé que si fuera una tontería, no me lo dirías.

Doy otro sorbo a mi cerveza y asiento con la cabeza. Tiene razón. Tyler me conoce bastante bien; por eso sabe que me siento culpable por algo.

—Fui a ver a Millie —le digo, dejando la cerveza delante de mí para no tirármela encima—. Quería pedirle que me acompañara a la boda de Dana.

—Vale, ¿y se lo pediste o qué?

Asiento con la cabeza.

—Pero luego las cosas se me fueron de las manos —le confieso en voz baja.

Aprieto los labios y escondo la cara tras las manos para no tener que mirar a Tyler. Pero es una idea horrible, porque de repente, aparecen en mi mente imágenes del cuerpo de Millie: su piel desnuda, ella clavándome las uñas en los hombros... Joder, ¡qué mal! He liado la de Dios.

—¿Cómo se te puede haber ido de las manos? ¿A qué te refieres? —pregunta Tyler, y justo después, yo lo miro.

—Pues… ella quería… en fin… —respondo.

Tyler abre los ojos como platos. Supongo que no se lo esperaba.

—Y... luego todo pasó muy rápido.

Vale, eso es una trola. De rápido no tuvo nada. Fuimos despacio; de hecho, dejé que Millie se tomara su tiempo para asegurarse de si quería ir más lejos o no.

—¿Qué pasó tan rápido? —pregunta Tyler—. No exageres, va…

—Pues primero nos besamos —confieso—. Y luego… una cosa llevó a la otra. Bueno, ya sabes a qué me refiero…

Con cuidado, miro a Tyler y veo la sorpresa en sus ojos. Estaba claro que mi amigo se iba a quedar en *shock* en cuanto se lo

contara. Pero yo estoy aún más jodido por lo que ha pasado estas últimas horas.

—Claro que lo sé —responde Tyler—. Pero es Millie, tío. ¿En qué estabas pensando?

—Yo...

—¿Pero qué digo? —me interrumpe con dureza, mientras sacude la cabeza—. Tú nunca piensas las cosas. ¿Y ahora qué mierdas vas a hacer?

—¡Yo qué coño sé! —le suelto, molesto—. Perdón por gritarte, es que...

—Joder, Darren, lo tuyo es… Justo estábamos hablando ayer de lo inexperta que es y de que nunca te ha interesado, y por eso mismo, era la candidata perfecta. Y ahora vas y te la follas.

—¿Crees que no lo sé? —suelto, cogiendo de nuevo la cerveza.

—Bueno, quizá se te olvidó justo antes de follártela…

—¿Podrías dejar de decir que «me la follé»? —exclamo—. No fue así.

Miro a Tyler con rabia, aunque me merezco que me diga todo esto. He sido un irresponsable, y no solo porque aún necesito la ayuda de Millie. Ella nunca tendrá otra primera vez, y la ha desperdiciado con un imbécil como yo.

—Yo tampoco me lo esperaba —digo, para explicarle la situación.

Vamos, que me estoy justificando.

—Nos besamos y... no pudimos parar.

Tyler respira hondo y coge su cerveza. Yo hago lo mismo y nos quedamos en silencio un momento hasta que vuelve a abrir la boca.

—¿Fuiste al menos un poco más delicado con ella? —me pregunta y mi cabeza se gira para mirarle, atónito.

Tyler no mueve ni un músculo.

—Venga, Darren. Los dos sabemos que el misionero no es lo tuyo. Y ella era virgen, ¿verdad?

—Sí y sí —respondo, mientras respiro hondo—. Joder, claro que fui delicado con ella. ¿Quién te crees que soy? No soy tan gilipollas como todos creen. Sé cuándo ser dulce con alguien.

Vaya frasecita de imbécil engreído he soltado…

Pero para mí, era importante que ella lo disfrutara. Nunca habría hecho nada que ella no quisiera. Sin embargo, en cuanto se la metí, noté que quería que parara. ¡Claro que lo noté! Y aun así... No podría haberle evitado ese dolor, ¿no? Es normal…

—Perdona, tío… —dice Tyler sinceramente—. Bueno, ¿y qué tal?

El muy cabrón ahora sonríe de forma sugerente y sube y baja las cejas.

—Fue...

Por un momento intento arrancar, pero me faltan las palabras. Nada puede describir lo que ha pasado entre Millie y yo.

—No estuvo mal.

—¿«No estuvo mal»?

—Sí, lo que oyes —repito—. Como tú dijiste, nada del otro mundo. Excepto porque hice que se corriera primero en mi boca.

Solo de pensar en ella retorciéndose y mojando mi boca en su primer puto orgasmo, se me pone dura.

—¿Has desvirgado a alguien alguna vez? —le pregunto.

—Sí… —responde Tyler, que de repente parece distante y pensativo—. Pero fue hace años.

—¿Y te gustó? —le pregunto.

Mi amigo asiente.

—Sí, mucho —responde Tyler en voz baja.

Esta faceta suya también es nueva para mí. De normal solemos fardar el uno con el otro de las chavalas con las que ligamos. Nunca habíamos tenido una conversación tan profunda y sensiblera, pero me siento mucho mejor.

—Ella me gustaba, para ser exactos, pero le hice mucho daño.

—Yo también se lo he hecho a Millie… —añado, mientras respiro hondo—. Me pidió que parara, pero yo… Joder... Soy un gilipollas. Pero es que… No habría cambiado nada, ¿sabes?

—Lo sé —dice Tyler—. Era algo por lo que tenía que pasar.

—Exacto —contesto en voz baja—. Pero no te referías al plano físico con lo de que le hiciste daño a esa chica, ¿verdad?

—No —dice, dejando su botella ruidosamente sobre la mesa.

Su pequeño gesto para zanjar el tema me hace dar un respingo.

—En fin… ¿Cuál es el plan con Millie? Sigues necesitando una acompañante para la boda de tu hermana. Pero ahora que la has desvirgado, fijo que no quiere ir contigo.

—Me da que no… —murmuro—. Aun así, creo que voy a pedírselo otra vez y espero que diga que sí. Me gusta bastante… Quiero decir, me gusta pasar tiempo con Millie. Es buena chica y confío en ella.

—Ya lo sé, ya —responde Tyler con una sonrisa y me da unas palmaditas en el hombro—. Pero anda, tira a por ella. Las mujeres suelen guardarte rencor cuando sales huyendo después de follar. Por lo que sea…

—Hablas por experiencia, ¿no? En plan… Sigues hablando de lo que te pasó con esa chica, ¿no?

Tyler asiente y vuelve a coger su cerveza.

—¿La conozco? —pregunto, con la esperanza que mi amigo se abra como yo he hecho con él.

Sin embargo, parece que mi pregunta le molesta.

—Se llama Jolene —susurra Tyler—. Y sí, claro que la conoces.

Me esfuerzo por ubicar a esa chavala, pero no conozco a ninguna Jolene. Bueno, no me viene a la mente nadie con ese nombre. Intento visualizar a las chicas con las que ha estado en los últimos meses, pero… nada.

—Bueno, tú, la conoces como Joy.

Me cuesta asimilar lo que me acaba de soltar. ¿Tyler y Joy? Sí, bueno, ¿y qué más? Joy lleva acostándose con el primero que pilla desde que la conozco.

—¿Joy? ¿Nuestra Joy? Pero, pero... ¿Cuándo? ¿Y dónde? ¿Y cómo? Rollo… ¿de qué la conoces?

—Fuimos juntos al instituto. Nuestros padres son médicos. Mi padre en el ejército, y el de Joy trabaja en el hospital local, donde se trata a los soldados cuando tienen heridas demasiado graves.

—No me lo puedo creer…

Me esperaba muchas cosas, pero desde luego no que Joy y Tyler se conocieran. Tan a fondo, además.

—¿Cómo es que nunca nos lo has contado?

—Jolene... Bueno, Joy no quiere que lo haga —responde encogiéndose de hombros—. Además, me evita a toda costa. Hablamos con normalidad, pero creo que solo lo hace para no cargarse la dinámica de grupo.

—¿Y qué pasó exactamente entre vosotros? —pregunto.

—Fue mi último verano en Kentucky, antes de que mi familia y yo nos mudáramos a Ohio.

Tyler parece abatido mientras me cuenta su pasado.

—Joy y yo nos pasábamos los días juntos. Me gustaba mucho, y por eso no me atreví a decirle que nos mudábamos. No pude hacerlo. Pero entonces llegó la última noche.

No digo nada, pero sigo escuchándole.

—Nos acostamos y, para ella, fue la primera vez —susurra Tyler, pasándose una mano por el pelo—. Le dolía, pero quiso seguir. Fue increíble. A mí me encantó, pero bueno... A la mañana siguiente, me fui. No le dije nada, ni siquiera un «adiós». Y cuando la vi aquí en la universidad... Ya te puedes imaginar.

Esta historia me deja sin palabras. De todas las personas del mundo, tenía que ser Joy. No me lo esperaba.

—¿No os habíais visto en todos estos años? —le pregunto.

Tyler niega con la cabeza.

—No. No nos habíamos visto en cinco años. De hecho, al principio me costó reconocerla, pero en fin, lo que intento decirte con todo esto es que si no vas a por Millie, le romperás el corazón. Ella no se lo merece. Y Joy, tampoco, en su momento...

Tyler me mira intensamente. Estoy de acuerdo con él. Ella no se lo merece, pero no puedo volver a su piso.

—No puedo ir, tío…

Entierro la cara en las palmas de las manos, y me froto los ojos con frustración. Luego continúo:

—Su compañera de piso, Amanda, estará al caer, si es que no ha vuelto ya, y sabes lo bocazas que es…

—Joder… —dice mientras se rasca el puente de la nariz—. No Había caído en eso. Pues entonces mándale un mensaje o llámala.

Sé que lo mínimo sería llamar a Millie o escribirle, pero no me atrevo a coger el iPhone y marcar su número...

---

[1] *N. de la T.* Apócope de «conversación».
[2] *N. de la T.* Colegas, amigos.
[3] *N. de la T*. Del inglés, *brother*, apócope que utilizan los jóvenes para dirigirse a sus amigos. Podría traducirse por «colega» o «tío».

6

Millie

Han pasado unos días desde mi primera vez con Darren. Cuando me desperté y vi que no estaba tumbado a mi lado, no me sorprendió especialmente, pero no por eso me dolió menos. Habría estado bien que Darren hubiera seguido abrazándome y diciéndome había disfrutado tanto como yo. Pero se fue, y quizá fuera mejor así. Para él, solo soy otro número en una larga lista de chicas con las que se ha acostado y solo Dios sabe cuán larga es. No significo nada para él, eso es evidente. Si no, se habría quedado conmigo. Pero Darren solo mira por su propio placer.

Sin embargo, por más que lo intento, no consigo arrepentirme de lo que pasó. Darren fue muy dulce conmigo. Me besó con delicadeza, me preguntó en varias ocasiones si estaba bien, y luego me tocó y me comió lo que hay *ahí abajo*. Nunca pensé que llegaría al orgasmo tan rápido. Fue genial y, por lo que sea, ahora me siento más segura de mí misma.

Por fin podré participar cuando mis amigos hablen de lo más bonito que hay en el mundo. Aunque todavía me dan un poco de palo las groserías de Joy y Phoenix. Pensar en sexo y soltar esas guarradas en voz alta son cosas muy distintas. Al principio, cuando Darren me penetró, pensé que me iba a partir en dos. Pero Sienna y Joy me dijeron que a ellas también les dolió, o sea que…

Entro en el restaurante donde he quedado con Sienna y Joy para comer. Sienna luce discreta, con su pelo rubio y su maquillaje al natural, pero Joy parece una diosa. Su pelo negro con mechas azul oscuro, su perfecto delineado negro y sus labios rojos la convierten en una *femme fatale*. Sus raíces asiáticas le confieren un brillo muy especial.

—¡Hola! —digo, mientras saludo a Joy con un abrazo—. ¿Qué tal estáis?

Luego abrazo a Sienna y me siento en la mesa con ellas.

—Bien, ¿y tú qué? —responde Sienna, mientras me pasa la carta—. Llegas tarde.

—Lo siento… —respondo bruscamente mientras me quito la chaqueta—. Tenía que devolver unos libros…

Es mentira. Cuanto más les miento, peor me siento. He ido a recoger un vestido que encargué en una *boutique* de Chicago hace unas semanas. Mi abuelo cumple setenta y cinco años y quiere celebrarlo por todo lo alto. No puedo ir sin un vestido adecuado para la ocasión. Aunque, en verdad, tengo cientos de vestidos hechos a medida, y la mayoría solo me los he puesto una vez. Pero en el camino de vuelta, me he quedado atrapada en un atasco y he tenido que hacer una parada técnica para dejar el vestido y el Porsche en el apartamento. Una vez allí, me he cambiado para coger el autobús. En días como hoy, tener una doble vida es un tanto estresante. Me habría encantado venir con mi ropa de diseño y mi bolso de Chanel. Si hubiera venido directa con el coche, habría llegado a tiempo, pero ¿cómo explicaría a mis amigas que conduzco un Porsche Panamera y llevo un bolso de cinco mil dólares colgado del hombro?

—Mírala, la que siempre está ocupada… —me regaña Joy, sacudiendo la cabeza—. Relájate, tía, no vas a suspender ni un examen.

Me encojo de hombros y me escondo detrás de la carta. Ya sé que voy a aprobar los exámenes, pero eso no es lo que me importa. Quiero dirigir un club de fútbol algún día, no conseguir un trabajo mediocre en una oficina por culpa de un expediente similar al de la media. El hecho de que vaya a heredar el club, en lugar de ganármelo a base de sudor y lágrimas, hará que mi debut sea aún más difícil. Porque bueno, no nos engañemos... Cuando me saque el máster y ocupe el asiento del jefe en sala de reuniones de los Minneapolis Warriors, voy a necesitar algo más que mi apellido para imponerme a los hombres de la junta directiva. Porque no creo que me tengan el mismo respeto que a mi abuelo, a no ser que pueda restregarles mis buenas notas. Jamás me lo dirán a la cara, pero ya he oído los rumores: algunos piensan que soy una chiquilla que no tiene ni idea. De hecho, dudo que mis buenas notas me salven. Me será difícil ganarme el respeto de la sarta de hombres de mediana

edad que estarán sentados en la misma mesa que yo y que creen que el mundo es suyo.

—Creo que quiero una ensalada —decide Sienna, y luego cierra la carta—. ¿Y vosotras?

—Yo también —digo, porque no tengo ganas de seguir mirando la carta.

—¿Y por qué no te pides una hamburguesa? —dice Joy, arqueando las cejas mientras mira a Sienna—. ¿O es que a Denver no le mola la idea?

Sienna pone los ojos en blanco y yo sonrío. Denver nunca le diría a mi amiga lo que tiene que comer. Estoy segura de que no le importa. Pero está claro que yo no puedo inflarme, ahora que tengo que acompañar a Darren a la boda de su hermana dentro de dos semanas. Suspiro al pensar en él. No tengo ni idea de si sigue queriendo que vaya con él. Ahora que nos hemos acostado, las cosas han cambiado entre nosotros. No hace falta ser un genio para darse cuenta. Si Darren se digna a hablar conmigo, lo hará de una forma muy distinta, y entonces nos tocará aclarar las cosas. Si voy a hacer de su novia, necesito saber mucho más sobre su familia, ¿no? Empezando por lo más básico, como sus nombres.

—Darren me ha pedido que vaya con él a la boda de su hermana —suelto, sin tapujos.

Mis amigas se quedan heladas y me miran fijamente. Sus bromas sobre comida sana y chicos han pasado a un segundo plano.

—Su madre quiere que lleve a una acompañante y me ha pedido que vaya con él.

Nerviosa, miro a Sienna y a Joy. Al principio, ambas se quedan calladas.

—Vaya…—suelta Sienna—. Qué raro, ¿no?

Mis amigas no saben cómo ocultar su asombro.

—Le he dicho que sí.

Vuelven a abrir los ojos y me muerdo el labio. Por la forma en que me miran, creo que ha sido un error. Joder, ¡era obvio!

En cuanto nos quedamos a solas, nos acostamos sin pensárnoslo dos veces. No tengo ni idea de cómo vamos a fingir que

no ha pasado nada en Texas si no hablamos de lo que pasó hace unos días.

—¿Creéis que la he liado? Me estáis echando una miradita… —les pregunto con cautela.

—A ver... bueno... Creo... *Las dos* creemos que...

Sienna tartamudea, mientras mira a Joy desesperadamente, y ella le responde con un leve suspiro.

—Creéis que es un error… —concluyo.

Si Joy es incapaz de abrir la boca, significa que no podría haberla cagado más.

—Millie… —dice, apretándome la mano—. No te enfades conmigo, pero ¿crees que es buena idea ir a casa de la familia del chico por el que llevas meses colada? ¡Y encima para fingir que sois la pareja perfecta! Darren no siente lo mismo que tú…

—Joy —susurra Sienna, con enfado—, no sigas por ahí.

—¿Por qué? —le pregunta ella—. ¿De verdad crees que Darren le jurará amor eterno después de esto, como hizo Denver contigo? Eso es ridículo. Estamos hablando de Darren Andrews.

—Sí, puede ser. Pero no seas tan bruta. Tus palabras hacen daño.

Sienna mira a nuestra amiga con desdén y pone su mano sobre la mía. Suavemente, me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

—No lo dice en serio…

—¡Claro que lo dice en serio! —rechisto.

Conozco a Joy desde hace un tiempo ya. La mayoría de las veces tiene razón. Es absurdo que siga enamorada de Darren, y si él se enterara, seguro que se reiría de mí delante de los chicos. Si es que no lo ha hecho ya, después el peor polvo de su vida… conmigo, además. Se me llenan los ojos de lágrimas y sollozo en silencio. Soy una imbécil inocente. Darren me necesita para que su madre cierre el pico, nada más. Haría lo que fuera para conseguirlo; incluso desvirgarme.

—Millie Mouse… —susurra Joy, acercándose para darme un suave abrazo—. No llores. No lo he dicho a malas…

—¡Pero tienes razón! —digo mientras me seco las lágrimas—. Es obvio que no siente lo mismo por mí… Y yo soy tonta. Ciega y tonta.

—No lo eres —dice Sienna—. ¿Recuerdas lo absurda que fue la situación con Denver al principio? Besé a Tyler y todo…

—Pero es que… nos acostamos, ¿vale? —suelto, sin poder aguantarme—. Después de que me lo pidiera.

Sienna y Joy se quedan calladas unos segundos. Se miran, pero guardan silencio. Si yo fuera ellas, no sabría qué decir para mejorar la situación. Me ha desvirgado el chaval por el que todas las chicas del campus pierden las bragas. Ya no puede ir a peor.

—¿Te obligó a...? En plan, ¿Darren te hizo...? —dice Joy, y luego respira hondo—. Bueno, ¿te presionó el muy cerdo?

—No —jadeo, sacudiendo la cabeza—. No eso. Para nada. No dejaba de preguntarme si estaba cómoda y si me estaba gustando.

—Si hubiera sido tan listo y atento, no te habría tocado, para empezar —dice Joy, despotricando sobre Darren—. Ahora quiero partirle la cara.

—Que no es lo que pensáis… —digo para defender a Darren.

Sí, fue una mierda que se fuera, pero no me obligó a hacer nada que yo no quisiera.

—Le dije que sí a lo de ir a la boda de su hermana y él... me levantó por los aires de la emoción. Luego se paró en seco y me miró y ... y me preguntó si podía besarme.

—¿Y dijiste que sí? —pregunta Sienna en voz baja, mientras me da una servilleta para que me seque las lágrimas.

Por el rabillo del ojo, veo a Joy hacer señas a la camarera para que no se acerque. Dios, qué vergüenza. Estamos hablando de esto en un restaurante al lado del campus.

Buen lugar, Millie.

—Sí —respondo—. Le dije que sí y luego nos besamos y nos tocamos…

—¿Y luego seguisteis? —pregunta Sienna.

—Sí —contesto de nuevo—. Darren me comió… ya sabéis, lo de *ahí abajo*…

Me sonrojo por tener que contarlo en voz alta. Nunca había hablado de sexo y no se me da muy bien escuchar cuando otros lo hacen.

—¿Te lo comió por primera vez? —dice Joy, entre dientes—. Ojo ojito...

—¿Por? —pregunto, irritada—. ¿A vosotras no os lo hicieron a la primera? ¿O es que no os gustó?

Las dos estallan en una carcajada y no logro comprender lo que pasa.

—La primera vez que me corrí fue con Denver —explica Sienna, sonriéndome—. Así que no, no es normal que una llegue al orgasmo la primera vez que le comen en coño.

—Yo tampoco me corrí —dice Joy—. Bueno, ¿tú sí?

Ambas me miran y mis mejillas se tiñen de rosa al pensar en cómo me retorcí al sentir la lengua de Darren. Mi mente se evade al recordar cómo me separó los muslos para llegar mejor a mi intimidad.

—Ajá… —digo, sonriente, y me muerdo la lengua—. Sí que me corrí.

—Ahora estoy celosa… —dice Joy.

En realidad, mi amiga siempre se las arregla para hacerme reír.

—¿Y luego follasteis? —me pregunta Joy.

—Sí —respondo—. Fue... No sé... Me dolió, la verdad…

Miro a uno y otro lado, y cierro los ojos unos segundos para apartar de mi mente ese recuerdo algo difuso.

—Suele pasar la primera vez —contesta Joy—. A mí también me dolió. En ese momento pensé que jamás me acostumbraría. Sentí como si me estuviera destrozando por dentro.

—¡Eso pensé yo! Y eso que ni siquiera me la había metido entera… —añado.

—Darren está bien dotado, ¿no? —pregunta Sienna, y Joy suelta un silbidito obsceno.

Sienna pone los ojos en blanco y luego suelta:

—A ver si ahora no voy a poder preguntar…

—¿Por qué quieres saberlo? —dice Joy, burlona—. ¿Tienes miedo de que tu *quarterback* no tenga la polla más grande del

vestuario?

—¡Joy! —chilla Sienna, ruborizándose—. No estamos hablando de la polla de Denver…

—¿Pero de la de Darren sí? —pregunto, alzando las cejas—. Supongo que la tiene grande, sí... Tampoco es que pueda compararla con otras…

—Mujer, pero seguro que has oído a alguien hablar del tema…

Joy habla de nuevo sin pensar, pero ¿por qué no iba a hacerlo? Darren ya se ha acostado con todas las chicas del campus. Estoy segura de que muchas lo habrán comentado entre ellas.

Los ojos de mi amiga se encuentran con los míos y al verme un poco ida, recapacita.

—Perdona, Millie... ¿Te arrepientes de lo que pasó?

—No —digo sinceramente—. No me arrepiento. Luego fue maravilloso. Ya sabéis, cuando conseguimos que entrara del todo. Fue cuidadoso y... considerado. Os lo prometo.

—Te creemos —me asegura Sienna, con una sonrisa—. Y si no te arrepientes, pues estupendo.

Asiento, aunque tengo unas pocas dudas, y luego miro a mis amigas, agradecida. Me ha venido bien hablar con ellas del tema. De hecho, ahora me siento mucho mejor. Sigo sin saber si Darren vendrá a hablar conmigo y cuándo lo hará, pero ya no me siento tan avergonzada por lo que pasó.

—Gracias por escucharme y no pensar que soy una imbécil… —les digo—. Significa mucho para mí…

—No tienes que agradecérnoslo —contesta Joy, sonriente—. Para eso están las amigas, y ahora que ya no eres Millie «la Virgen», por fin puedes participar en nuestras conversaciones guarronas.

Pongo los ojos en blanco al escuchar el apodo que me ha puesto mi amiga, pero sonrío de todos modos.

—Mirad quién ha venido… —dice Sienna de repente.

Joy y yo giramos la cabeza hacia la puerta del restaurante.

En ese mismo instante, Denver, Tyler y Darren entran en el local. Se me acelera el pulso y compruebo todas las posibles vías de escape. Siento que me arden las mejillas y apuesto a que todo el mundo a menos de un metro puede ver las ganas que tengo de que

se me trague la tierra. No creo que sea capaz de afrontar esto ahora mismo.

—¿Les has dicho tú que se vengan? —le pregunto a Sienna mientras la señalo con mi dedo acusador.

Ella levanta las manos a la defensiva.

—Lo siento mucho… ¿Cómo iba a saber yo que…?

—Hola, preciosa señorita… —dice Denver.

El *quarterback* de los Lincoln Tigers camina decidido hacia su novia y le planta un beso digno de película, lo que me hace suspirar para mis adentros. Solo de pensar en Darren saludándome así, se me humedecen las bragas. Denver besa a Sienna con posesividad. La agarra de la nuca, pero al mismo tiempo, la besa con un amor indescriptible, así que no sé a dónde mirar.

—Creo que voy a vomitar… —dice Tyler—. En fin, ¿qué queréis de beber?

—Un agua para mí —digo, mirando de reojo a Darren, que sigue andando en nuestra dirección.

Tyler se da la vuelta y se dirige a la barra. Darren y Denver juntan la mesa más cercana para que podamos estar todos en la misma y Darren se sienta a mi lado.

—Hola —me saluda, completamente relajado—. ¿Cómo estás?

Miro a Sienna y Denver para comprobar si nos escuchan, pero están tan ensimismados el uno con el otro que ni siquiera se fijan en nosotros.

—Bien, ¿y tú? —suelto, con una ligera sonrisa.

¡Mentirosa!

Es obvio que no se me da bien mentir, así que seguro que se ha dado cuenta.

—Yo también.

Parece que no se ha fijado en que estoy hecha polvo. Miro a otro lado.

—Por favor, Millie, mírame…

Giro la cabeza y lo miro directamente a los ojos. Ahora no parece tan relajado como hace unos segundos, sino mucho más preocupado.

—¿Me dejas que luego te acerque a casa con el coche?

Se supone que me lo está suplicando, pero conozco a Darren lo suficiente como para saber que es más bien una sugerencia.

—Tenemos que hablar.

Para mí, no hay nada de lo que hablar. No hace falta que me diga a la cara que lo que pasó el otro día fue el peor error de su vida. Seguro que luego dirá algo como «Olvidemos lo que ha pasado». Pero ¡maldita sea! ¡No puedo! Fue mi primera vez… ¿Cómo voy a olvidarlo?

—Bueno, vale… —respondo dubitativa.

Me siento aliviada cuando Tyler y Joy vuelven y dejan las bebidas en la mesa. Cojo el agua e ignoro la presencia de Darren lo mejor que puedo, mientras Denver y Sienna nos cuentan sus planes de mudanza. No es nada fácil. Cada vez que Darren se mueve, su muslo roza el mío y, cuando se ríe, siento un cosquilleo perverso en la tripa. Su presencia es difícil de soportar. El rechazo que sentí cuando se fue sin despedirse después de que nos acostáramos ha vuelto de lleno para reírse en mi cara. Solo quiero gritar.

Menudo desastre...

7

Millie

Salimos todos juntos del restaurante y yo no dejo de mirar a Darren. Se adelanta unos pasos y saca las llaves del coche del bolsillo de la chaqueta. No me siento cómoda volviendo con él. Pero no soy el tipo de persona que sabe decir que no. De lo contrario, ahora mismo no estaría en semejante situación. Hablar con él para aclarar las cosas es lo que menos me apetece ahora mismo. De hecho, no quiero ver a Darren en los próximos meses, o por lo menos hasta que el tiempo nos ponga a cada uno en su lugar. Después de la tempestad viene la calma, ¿no?

A ver si tengo suerte. Ojalá no vaya contando por ahí que se acostó conmigo. No es tan difícil, sobre todo porque no soy nada popular en la universidad. Yo soy una mancha en su expediente. Es más, estoy segura de que nuestro polvo fue tan horrible que preferiría olvidarlo. Yo solo lo besé; no hice mucho más.

—Bueno, chicos, yo me voy para allá —dice Tyler, señalando en dirección contraria a Darren.

Joy, Sienna y Denver se detienen.

—Vale, crack —responde Darren, chocándole la mano primero a Tyler y luego a Denver.

—Ya hablamos… —dice, despidiéndose de Joy y Sienna con un abrazo.

—¿Te vienes? —me pregunta, volviéndose hacia mí.

De repente, los ojos de nuestros amigos se posan en mí.

No sé a dónde mirar. Me siento muy incómoda. Debo de estar más roja que un tomate, pero Darren sigue levantando las cejas y moviendo la cabeza en dirección al coche.

Denver baja la mirada con cierto pudor, e intenta ocultar su sonrisa. Tyler, por su parte, lanza una mirada de desaprobación a su mejor amigo, lo que hace que Darren baje las cejas. Me sorprende, pero no digo ni mu.

—Conduce con cuidado —le advierte Joy—. Y pórtate bien…

—¡Joy! —grito, mientras paso por delante de Darren en dirección a su Audi—. Venga, vamos…

Darren se ríe y me sigue hasta el coche. Una vez allí, lo abre con la llave y se oye un chasquido. Me dispongo a tirar de la manilla de la puerta del copiloto, pero Darren se me adelanta y me abre la puerta.

—Anda, pasa… —me dice con una sonrisa, pero yo no le correspondo y subo al asiento del copiloto sin hacer ningún comentario.

—Bueno, pues no digas nada… —refunfuña, mientras cierra la puerta tras de mí.

Luego pasa por delante del capó hacia el lado del conductor.

No entiendo a Darren. Claro que le acompañaré a esa boda si es lo que quiere pedirme. No tenemos por qué hablar del tema. Y será mejor que no aproveche que me tiene aquí encerrada para tener una de esas incómodas conversaciones de «es mejor que solo seamos amigos».

Darren cierra la puerta del conductor y arranca el motor. Sigo mirándolo, pero no me atrevo a hablar. ¿No quería hablar conmigo? Pues le toca a él iniciar la conversación. Pero Darren guarda silencio y se queda mirando la carretera.

—¿Para qué me dices que quieres hablar si luego no abres la boca? —le suelto.

Darren se estremece, como si le hubiera pillado haciendo algo horrible.

—¿Cuándo te has vuelto tan descarada? —responde, y yo pongo los ojos en blanco.

—No cambies de tema...

—No estoy cambiando de tema…

Mi mirada se posa en él. Su pecho sube y baja a una velocidad antinatural.

—Es solo que me sorprende lo cabrona que puedes llegar a ser…

—Quizá es porque nunca me habían tratado como a una mierda… —farfullo.

En cuanto suelto esa frase, me arrepiento de inmediato. No quiero que sepa cuánto me dolió que se fuera. Eso me haría vulnerable.

—Quise volver, créeme… —admite, lamiéndose los labios con nerviosismo.

Por suerte, no me mira. Mejor, porque creo que estoy roja otra vez. Darren continúa:

—Pero entonces recordé dónde vives y pensé que sería mejor no encontrarme con Amanda.

Permanezco en silencio y miro por la ventana. Mientras hacíamos el amor, no pensé en Amanda ni un segundo; después, es obvio que sí. Podría haber entrado en la habitación en pleno polvo. En fin, no quiero ni pensarlo…

Pero Darren tiene razón. Amanda me habría interrogado para que se lo contara con pelos y señales. Habría disfrutado con el cotilleo. Dios mío, ¿qué habría pasado si hubiera encontrado a Darren desnudo en mi cama?

—¿Por qué no te despediste? —le pregunto, mientras me relamo.

Yo también estoy nerviosa y tengo la boca seca.

—Estabas dormida…

—Darren… —le digo, sorprendida de lo firme que suena mi voz —. Déjate de excusas. Ya sé que para ti fue solo sexo. Vamos a hablar de lo que te preocupa de verdad…

Si hubiera sabido lo agotador que iba a ser hablar con él, habría preferido guardar las distancias.

—¿A qué te refieres?

Darren guarda silencio y me mira, aprovechando que el semáforo está en rojo.

—A la boda de tu hermana —digo, mientras arqueo la ceja—. Sé que quieres saber si voy a ir. Si no, ¿por qué ibas a molestarte en hablar las cosas?

—Bueno, sí, necesito saber si te vienes, porque se me acaba el tiempo.

Darren pone el intermitente y gira hacia la autopista, pero luego continúa:

—Pero eso no significa que me haya acostado contigo para hacer que aceptes.

—¿Ah, no? —digo, molesta.

—¡Claro que no! —gruñe—. No soy tan estúpido como para echar a perder la única oportunidad que tengo de que mi madre se calle un rato. Así que la respuesta es «no». No me acosté contigo para que no tardaras en decidirte.

Respiro hondo y aparto la mirada de Darren.

—Bueno, el caso es que saliste huyendo, y no he vuelto a saber nada de ti hasta hoy —le acuso—. Y días después, esperas que me suba a tu coche y que hablemos del tema, ¿no? ¡Como si nada!

—Si no quieres venir a la boda de mi hermana, me parece bien y lo entiendo —dice, pasando de mis acusaciones—. Pero dímelo ya.

—¿Quieres que vaya?

—¿Crees que...? —dice Darren, y luego suelta un largo suspiro —. Claro que quiero que vengas. Somos amigos, ¿verdad?

Ahí está. La famosa frase que nadie quiere oír cuando se ha pillado por otra persona. Darren no sabe que estoy enamorada de él, pero es lo bastante listo como para darse cuenta de que no soy una de esas chicas que se acuestan con cualquiera sin sentimiento alguno. Así que debería ver que no solo deseaba su cuerpo. Ya sé que el suyo es casi escultural... Solo de pensar en sus músculos, su piel bronceada y sus tatuajes, se me acelera el corazón.

—¿Millie? —insiste Darren—. Somos amigos, ¿verdad?

—Claro —le digo, intentando creerme mi propia mentira—. Amigos…

Sonríe y me mira. Parece más alegre, pero a mí se me rompe el corazón. Fue una idea estúpida acceder a ir con él y una idea aún más estúpida acostarme con él. ¿De verdad creía que Darren se enamoraría de mí después de un polvo? ¿Cuántas chicas habrán pensado eso y probablemente lo sigan pensando semanas y meses después de acostarse con él?

—¡Guay! —responde—. Entonces supongo que debería contarte datos relevantes sobre mi familia, ¿verdad?

—Sí, adelante… —susurro.

No me importa su familia. Tendría que darse cuenta de que su actitud me ha hecho daño, ¿no? A menos que sea un gilipollas tan engreído que solo le importe salirse con la suya.

Si quisiera, podría comprar todo lo que tiene su familia y hacer sufrir a Darren. Pero yo no soy así. Y a fin de cuentas, él no me obligó a acostarme con él ni a hacerme pasar por su novia.

—¿Quieres que tome nota o mejor me limito a escucharte?

—Así está bien, tranquila. Tú solo escucha —dice mientras me dirige esa sonrisa suya de la que me enamoré hace tantos meses.

Luego continúa:

—Mi madre se llama Diana y mi padre Daniel. Dana es mi hermana, la que se casa...

—¿Todos vuestros nombres empiezan por D? —interrumpo.

—No preguntes.

Darren ignora mi comentario y me mira un instante antes de continuar:

—El prometido de Dana se llama Willmore. Mi familia se forró criando ganado en el siglo XIX y sigue estando forrada. También poseemos muchos inmuebles y complejos turísticos por todo Texas. Dana trabaja para mis padres en el negocio familiar y Willmore...

Darren respira hondo y todo su cuerpo se tensa. No parece que le guste hablar de su futuro cuñado. Es una pena... Yo me llevo muy bien con Preston.

Con cuidado, estiro la mano para tocarle el antebrazo que tiene apoyado en la consola central. Darren se estremece ligeramente, pero no aparta el brazo. Tampoco me pide que deje de tocarlo.

—Su familia, como la nuestra, pertenece a la vieja aristocracia de Austin. Los conocemos desde hace generaciones. Willmore es un gilipollas de los gordos, pero Dana le quiere.

—Y a ti no te cae bien, ¿verdad? —digo con naturalidad.

Darren niega con la cabeza. Luego se muerde el labio y aprieta los dientes. Para calmarlo, le paso la mano por el brazo y le acaricio hacia arriba y abajo. Una vez más, se sorprende por mi gesto y temo haber ido demasiado lejos, pero en lugar de eso, Darren entrelaza nuestros dedos y me aprieta la mano. Mi corazón se detiene un

instante. Aunque la conversación va en una dirección bastante poco positiva, las mariposas de mi estómago revolotean sin parar.

—Ese imbécil le pone los cuernos a Dana una y otra vez… —dice Darren con voz ronca—. ¿Y sabes qué es lo peor?

Sacudo la cabeza y Darren continúa:

—Que Dana sabe lo mal que la trata, y mis padres, también, pero lo único que les importa es que nuestras familias se unan y se vuelvan más poderosas gracias a ese matrimonio.

—Lo siento mucho… —digo sinceramente, mientras le estrecho la mano para consolarlo—. No sé qué haría si Preston engañara a Maya... En fin, sería horrible. Después de todo, se van a casar este verano.

—Dana lo quiere y no quiere escucharme —murmura—. Es que… Es muy duro ver cómo mi hermana se autodestruye y mis padres no hacen nada, ¿sabes?

—¿Por eso no quieres ir a la boda? —deduzco, y Darren asiente.

—Y también porque no quiero tener nada que ver con este circo —refunfuña—. Es un círculo vicioso de a ver quién tiene más. Todo el mundo es tan superficial y falso...

—Dímelo a mí… —murmuro.

Por primera vez, me doy cuenta de que tenemos algo en común. Yo también estoy harta de las normas sociales de mi entorno. Por eso decidí alejarme de las altas esferas. Por suerte, la relación con mi familia no se ha resentido tanto como la de Darren.

—Pero por muy duro que sea esto para ti, Dana se dará cuenta tarde o temprano, y cuando lo haga, te va a necesitar.

—Lo sé —dice—. Ojalá lo haga en los próximos días, o antes de que le dé el «sí, quiero». Por desgracia, hay mucho dinero en juego.

—No creo que eso vaya a ocurrir —le digo con sinceridad, y Darren me mira brevemente.

Nuestros dedos siguen entrelazados y él dibuja pequeños círculos en el dorso de mi mano. Siento un hormigueo cada vez que me toca.

—Deberíamos disfrutar de la fiesta, al menos.

—No puedo creer que aún quieras venir… —dice, sonriente—. Y más después de haberte dicho todo eso sobre mi familia.

—Bueno… —digo, mientras me encojo de hombros y le sonrío —. No soy de las que se deja asustar fácilmente por un puñado de rancheros tejanos.

Darren suelta una carcajada y me mira. Aparca el coche a un lado de la carretera. Se me ha pasado el tiempo volando…

—¿Cómo los has llamado? —pregunta con una sonrisa—. ¿Rancheros tejanos? Cuidado con lo que dices. Te elegí a ti por tus impecables modales…

Darren mueve las cejas y yo pongo los ojos en blanco.

—No te preocupes —le tranquilizo—. No los llamaré así cuando los conozca.

—Podrás decirlo cuando te dé la señal. Y luego ya saldremos corriendo antes de que mi madre tenga la oportunidad de reaccionar.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—¿Qué tengo que meter en la maleta? —le pregunto, un poco más seria—. Al menos un vestido de gala para la boda, ¿no?

—Sí —dice Darren—. Dime el color, anda. Me compraré una corbata a juego para el traje.

—Vale, hecho —le digo.

Ni de coña conseguirá ese tono exacto.

—¿Y otro vestido de noche, quizás?

—Sí, otro vestido elegante estaría bien. Es para la cena familiar que tendremos dos días antes de la boda. Y para el resto de los días, tráete algo cómodo. Podemos ir a ver a Austin y así pasaremos el menor tiempo posible con mi madre.

Es increíble lo mucho que quiere evitar a su madre. Para ser sincera, me pone un poco triste, porque quiero a mi mami y la echo de menos.

—De acuerdo —le digo—. ¿Y los vuelos?

—Están reservados —responde Darren con una sonrisa—. Paso a por ti pasado mañana. Espero que te guste la clase preferente...

¡Será posible!

Está intentando impresionarme, así que asiento. Es verdad… Tengo que volver a meterme en el papel de la pobre chica de Minnesota a la que le dieron una beca de estudios. La clase preferente es patética. Cuando vuelo, es en uno de nuestros *jets* privados, pero claro, no puedo decírselo a Darren…

—Nunca he volado en clase preferente —le respondo con sinceridad.

De hecho, nunca he visto el interior de un avión comercial, pero hay que disimular, así que añado:

—Suena genial…

Dios, espero que haya colado.

—¿Verdad? —dice, inclinándose hacia mí.

Inmediatamente, mi corazón empieza a latir más rápido y me quedo mirándole los labios. Me pregunto si volverá a besarme, como hizo en mi habitación hace unos días. Pero entonces me planta un beso tímido y amistoso en la mejilla y se aleja de mí.

Me fuerzo a sonreír y le suelto la mano.

—¿Me llamarás en cuanto sepas algo más? —pregunto bruscamente, mientras intento no pensar en el beso que me ha dado en la mejilla.

Abro la puerta del copiloto. Necesito salir del coche.

—Sí —confirma, sonriente—. Gracias por ayudarme con todo esto. Te debo una, de verdad.

Salgo del coche y no contesto. Necesito poner cierta distancia entre nosotros; y encontrar la forma de que nuestra amistad vuelva a ser la misma que antes de acostarnos, de besarnos, de cogernos de la mano en su coche... De lo contrario, mi corazón no es lo único que se hará añicos en este viaje.

8

Millie

El Audi de Darren va frenando poco a poco y no puedo evitar sonreír al verle. En el fondo, sé que no es buena idea acompañarle a casa de su familia; y más teniendo en cuenta que mi corazón enamoradizo late por y para él. Acostarme con él solo ha agudizado mis sentimientos. Pero no quería echarme atrás después de decirle que sí. Así que aquí estoy, esperando a que me recoja para ir con él al aeropuerto de Chicago. Mi maletita negra y mi bolso tendrán que dar la talla durante los próximos días. Mi mayor problema es que solo tengo ropa de invierno y un total de cinco camisetas que se pondría cualquier mujer estadounidense de mi edad. Mi ropa de primavera y verano, así como mis vestidos de gala, tienen todas las vibras de niña rica. Pero como no he tenido tiempo ni ganas de ir a renovarme el fondo de armario, he metido en mi equipaje lo que tenía a mano en el apartamento de la ciudad.

Si a Darren le da por preguntarme por qué la mayoría de mi ropa es de Gucci, Prada y Balenciaga, tendré que decirle que mi familia está montada en el dólar. No me queda otra. He decidido que para la cena familiar previa a la boda, me pondré el vestido rojo y de talle largo que pretendía llevar en la fiesta de cumpleaños de mi abuelo. En Mineápolis nadie sabrá que me lo he puesto en otra ocasión. Además, mi familia no sabe nada de este viajecito al sur. Para la boda, en cambio, he elegido un vestido azul claro con un top bordado y una falda acampanada. Me parece que lo luciré más. También le he comprado a Darren una corbata y un pañuelo a juego para su chaqueta.

Darren aparca el Audi y se baja unos segundos después.

—Hola —dice, y yo sonrío.

—Hola —respondo, mientras me acerco a él con mi equipaje.

—Podría haber subido para ayudarte con eso —dice, señalando mi maleta con la cabeza.

—No soy una floja… —digo, para intentar defenderme.

Darren mete la maleta y mi bolso en el maletero.

—Nunca he dicho que lo fueras —contesta, guiñándome un ojo —. Anda, sube al coche.

Asiento con la cabeza, abro la puerta del copiloto y subo. Me acomodo en el asiento y me abrocho el cinturón, y poco después, él entra también al coche. Darren se abrocha el cinturón y arranca el motor.

—Nuestro vuelo sale dentro de cuatro horas —me dice—. El aeropuerto está a una hora de aquí. Tenemos tiempo de sobra.

—De acuerdo —respondo, dedicándole una sonrisa.

Sé que para un vuelo comercial hay que estar en el aeropuerto al menos dos horas antes del despegue. Un vuelo en *jet* privado es diferente: despega cuando tú estás listo. Tampoco tienes que hacer cola y apretujarte en esas filas de asientos tan estrechas, al lado de gente que no conoces de nada. Esperemos que la clase preferente que mencionaba Darren sea tan cómoda como la primera clase, que se supone que es la más parecida a un *jet* privado. Aunque bueno, eso depende del tamaño del avión…

—¿Cuánto dura el vuelo? —le pregunto, mirándole.

—Poco más de dos horas —dice Darren—. ¿Has cogido muchos aviones?

—Sí. Mi hermana vive en Nueva York y mi familia, en Mineápolis. Además, mi hermana Maya estudió en Madrid y fui a verla cuando estaba allí.

No me importa ser sincera con Darren y contarle un poco de mi vida real. Omito el hecho de que también he estado en las Seychelles, las Maldivas, las Bahamas, Perú y París. Por no hablar de las muchas ciudades de Estados Unidos que he visitado. Darren sospecharía si las enumerara todas. Aun así, es agradable poder sincerarse con alguien sin preocuparse por lo que pueda pasar luego.

Por suerte, mi familia valora bastante la privacidad, y la última vez que tuve que posar para una foto oficial fue hace mucho tiempo. Además, McDonald es un apellido bastante común en Estados Unidos.

—Parece que has estado en todas partes —responde Darren con cierta admiración—. Yo he estado en Nueva York y Londres.

—Me encantaría ir a Londres alguna vez —le digo, entusiasmada, mientras me imagino la ciudad del Támesis—. Me han dicho que es genial…

Maya fue a Londres un fin de semana cuando estudiaba en Madrid. También ha estado en Roma, Milán, Berlín y París.

—Lo es. Dana y yo fuimos una vez a pasar un fin de semana. Cuando nos llevábamos mejor, claro… —dice y sonríe con cierta tristeza.

Es evidente cuánto le duele que la relación con su hermana se haya resentido tanto en los últimos años. Me pregunto si es por culpa de su prometido. Siento mucha curiosidad por ese tío…

—Quizá las cosas mejoren —le digo para animarlo—. Ya sabes: «La esperanza es lo último que se pierde».

—Sí, tal vez… —responde, aunque no muy convencido—. ¿Y adónde más te gustaría ir?

Esta pregunta es todo un indicio, una señal de que la conversación sobre su hermana ha terminado.

—Quiero ir a Australia algún día —le digo—. Según parece, es increíble. También me encantaría ir a Nueva Zelanda. ¿Y tú?

—¡Joder, Australia! ¡Qué planazo! —exclama—. Me encantaría, pero creo que mis planes de futuro a corto plazo no me permiten irme tan lejos. Me han dicho que Hawái también lo peta.

—Sí, a mí también me lo han dicho…

Sonrío al darme cuenta de que aún no he estado allí. Después de evadirme unos segundos, vuelvo a la realidad:

—Antes de que se me olvide, te he traído unos pañuelos a juego con mi ropa. Son de la misma tela, así que te quedarán perfectos.

—Vaya… —dice mientras me lanza una mirada de asombro—. Gracias.

—Así no tengo que enseñarte lo que me voy a poner —le digo, intentando ser misteriosa.

Darren da un respingo. Esa no se la esperaba. Me mira con los ojos como platos y la boca entreabierta y yo no puedo evitar reírme.

—Parece que has visto a un muerto… ¿Todo bien?

—Estoy horrorizado —responde con incredulidad—. ¿Cómo que no vas a decirme qué te vas a poner?

—Dos vestidos —le respondo—. Uno para la cena y otro para la boda. ¿Por qué quieres saberlo?

—Buena pregunta, listilla… —murmura—. En fin, supongo que tendrá que ser sorpresa entonces…

Le miro y sonrío, antes de fijar la vista en la carretera.

***

La sala de embarque del aeropuerto de Chicago es enorme y siento la tentación de coger a Darren de la mano para no perderme. Normalmente, me recogen en casa, me llevan directamente al avión y poco después, despegamos. Nunca había vivido algo así. Momentos como este me hacen darme cuenta de lo diferente que es mi vida de la del resto de la gente. Estoy tan acostumbrada al privilegio que me abruman ciertas cosas que para cualquier otro serían de lo más sencillo.

Darren sostiene nuestros billetes en una mano y su equipaje en la otra.

—Tenemos que ir al mostrador cincuenta —dice mientras señala una dirección por la que han pasado innumerables personas antes que nosotros.

Asiento y le sigo rápidamente. Se ha formado una cola enorme delante del mostrador. Cuanto más nos acercamos a ese follón, más me cuesta contener mis gemidos de frustración.

—No te preocupes —dice Darren, mirándome por encima del hombro—. No es aquí donde tenemos que hacer cola.

Darren señala una fila de no más de cinco personas.

—Gracias a Dios... —digo entre suspiros, y luego le sigo.

Cuanto más esperamos en la cola, más me acostumbro al gentío y al bullicio del aeropuerto. Aquí todo el mundo va con prisas. ¡Menudo ajetreo! A nuestro alrededor hay gente de todas las edades y condiciones sociales. Muchas familias viajan con sus hijos y llevan montañas de equipaje.

—¿Me das tu DNI y tu equipaje? —pregunta Darren—. Voy a facturar por los dos.

—Claro —respondo sonriente y se los doy.

Nuestros dedos se tocan. Cuando pasó a recogerme y me quitó mi maleta, conseguí evitar ese roce, pero ahora no he tenido la misma suerte. Nuestros ojos se fijan en los del otro por un instante. La mirada de Darren se clava en mí y yo trago saliva.

Dios, no me mires con esa intensidad... ¡Qué bueno estás!

Aparto la mano de él como si me hubiera quemado.

—Aquí tienes.

—Gracias… —murmura, mientras se dirige al siguiente mostrador libre.

Me doy la vuelta durante un segundo y suspiro. De momento, parece que todo va bien entre nosotros. No hay tensiones, pero hasta ahora hemos sabido mantener las distancias. Cuando estemos con sus padres, no será lo mismo, porque Darren me presentará no solo como su acompañante, sino también como su novia.

Intento apartar esos pensamientos de mi mente, porque, de lo contrario, me volveré loca. En lugar de obsesionarme, busco mi iPhone en el bolso para avisar a Sienna, Joy y Phoenix de que estamos en el aeropuerto de camino a Texas. Mis amigas siguen pensando que es un gran error. Creen que no debería hacerle este favor. Pero yo no soy así, y en el fondo, cada vez siento más curiosidad por el chico que se esconde tras esa fachada.

Señoras y señores, con todos ustedes, el caramelito de la Universidad de Lincoln…

—¿Señorita McDonald? ¿Qué está haciendo aquí?

Me sobresalto violentamente y levanto la cabeza.

Esa voz…

—¿Señor Broderick? ¡Ah, hola…!

Jadeo y miro con los ojos muy abiertos al joven empleado del aeropuerto. Es el encargado de los *jets* privados y siempre me saluda cuando vuelo a casa. No puede saber que hoy viajo con Darren y que vamos a ver a su familia.

El trabajador del aeropuerto me mira con curiosidad.

—¿Va todo bien, señorita McDonald? No sabía que volaba hoy. Su padre no nos ha enviado el *jet*.

—Esto... —tartamudeo y luego miro a Darren, que está de pie junto al mostrador—. Viajo con mi novio.

Uy. Acabo de soltarlo sin pensármelo dos veces. ¿Cómo que «viajo con mi novio»? Joder... Debería haberme imaginado que me reconocerían aquí.

El señor Broderick es solo unos años mayor que yo, por eso siempre me he llevado bien con él. No sé su edad exacta, pero supongo que tendrá unos veintimuchos. Nos llevamos muy bien y siempre me trata con educación y cortesía cuando vuelo a casa. A veces se atreve a bromear conmigo si tenemos que esperar un rato a que el *jet* despegue. Hoy, sin embargo, maldigo el momento en que nos hemos cruzado. Quiero que desaparezca antes de que Darren nos vea.

—¿Con su novio? —pregunta, interesado, y yo señalo a Darren —. Si lo desea, puedo buscarle un avión chárter[1] más pequeño y lujoso, señorita McDonald, ¿le parece?

—No —digo rápidamente, y entonces Darren se gira para mirarnos y sus ojos se encuentran con los míos.

En sus ojos se refleja la sorpresa y yo aprieto los labios. Luego me dirijo al señor Broderick e insisto:

—No hace falta, de verdad. Tenemos buenos billetes.

—Pero señorita McDonald…—dice, casi indignado—. Puedo aceptar que desee viajar hoy en ciertas… *condiciones*, pero, por favor, deme su número de vuelo para que al menos pueda proporcionarle todas las comodidades cuando lleguen a su destino.

Darren se acerca a nosotros y yo miro desesperadamente a un lado y al otro.

—Escuche…

Tengo que librarme de él.

—Mi novio… Bueno, no sabe que soy una McDonald. Cree que soy una chica normal que vuela en clase preferente por primera vez.

—Clase preferente… Por Dios. —jadea, como si le dijera que volamos en clase turista.

Le entiendo. Comparada con un *jet* privado, incluso la clase preferente es una pesadilla.

—Señorita. McDonald, por favor… —implora el señor Broderick.

—¿Hay algún problema?

La voz de Darren es tajante, y cuando me rodea con el brazo y me acerca a él, creo que me voy a derretir. Su gesto es tan revelador que hace que mi corazón lata más rápido y las mariposas de mi estómago cobren vida. Creía que ese beso criminal que me había dado en la mejilla había matado a esos bichos ilusos.

Darren mira despectivamente al señor Broderick. Me siento incómoda porque el pobre siempre ha sido muy amable conmigo.

—No —le digo para tranquilizarlo—. No pasa nada. Solo intentaba ayudarme porque me ha visto aquí sola y claro...

—Sí, justo… —dice el señor Broderick para confirmar mi mentira piadosa y luego asiente delante de Darren—. Espero que tenga un buen viaje. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No, gracias —suelta Darren como un perro rabioso y tira de mí para acercarme a él—. Ya nos íbamos…

Darren tira de mí detrás de él y me aleja del señor Broderick. Por un lado, le estoy agradecida porque su comportamiento me deja ver que está dispuesto a salvarme si alguna vez me pasa algo fuera de lugar. Por otro lado, la forma en la que ha tratado al amable trabajador del aeropuerto me incomoda.

—¡Te estaba tirando la caña! —exclama Darren de camino al control de seguridad—. Menudo figura…

—Solo intentaba ayudarme… —le digo.

Darren sigue sin quitarme el brazo de los hombros. De hecho, tengo la sensación de que cada vez me acerca más a él.

—Ha sido bastante agradable… —insisto.

—Sí, estoy seguro de que te habría pedido el número para ayudarte en otra ocasión…

—No te pases. Te estás flipando un poco… —respondo, poniendo los ojos en blanco.

El señor Broderick ha tenido oportunidades mucho mejores para pedirme el número. A Darren ni se le ha pasado por la cabeza que pueda tener novia.

—Lo que tú digas —refunfuña, mientras me arrastra delante de él para pasar el control de seguridad.

Sigo las instrucciones del personal. Lo del control es una experiencia… curiosa, que nunca había vivido. Mientras Darren se quita rutinariamente la ropa y la deja en las bandejas, yo intento apañármelas. Pero la mujer del puesto de control es muy paciente y amable conmigo.

—¿Es tu primer vuelo? —dice mientras pasa la bandeja con mis cosas por el escáner—. No tengas miedo.

—Gracias —le digo con una sonrisa en la cara mientras me entrega la bandeja.

Parece que Darren ya se ha puesto todo y ha organizado sus cosas, así que se queda a unos pasos de mí, esperándome. Lo vuelvo a meter todo en el bolso, me pongo la chaqueta y me uno a él.

—¿Tomamos un café antes de embarcar? —me pregunta, señalando el Starbucks de la zona libre de impuestos.

—Sí, claro —le contesto sonriéndole.

Esta vez no me pasa el brazo por encima, sino que se adelanta y echa a andar. Le sigo, intentando ocultar la decepción que se despierta en mí. Tengo que dejar de darle tanta importancia a esos pequeños gestos. Si no, lo echaré todo a perder. Darren no está enamorado de mí y jamás se enamorará de mí. Por mucho que yo lo desee.

Pedimos un café y nos sentamos en una mesita. Dejo mi bolso en el suelo y saco mi iPhone. Darren también tiene el suyo en la mano y ya no me presta atención. Con una sonrisa de oreja a oreja, le hago una foto y se la envío a mis amigas.

***Millie**: Espero que con el café se relaje un poquito…*

***Joy**: A ver con qué nos sorprendes...*

***Sienna**: ¿Qué ha pasado?*

***Millie**: Ha tratado de pena a un pobre trabajador del aeropuerto que intentaba ayudarme.*

—¿Me has hecho una foto? ¡Serás jeta!

Al notar que se inclina ligeramente hacia mí, pego un salto.

—No —digo entre risas y dejo el iPhone encima de la mesa.

Darren me sonríe.

—Si quieres una foto mía, pídemela. Soy muy fotogénico…

Darren se reclina en su silla con elegancia y me guiña un ojo.

—No lo dudaba… —digo en voz baja.

El calor sube por mis mejillas al darme cuenta de que me ha oído. Darren me sonríe divertido y se levanta. Se sienta en la silla de al lado y levanta el iPhone.

—Di «patata».

—¡Patata!

Me acerco a él y nuestros hombros se tocan. Las mariposas revolotean en mi tripa a un ritmo frenético cuando Darren pulsa el disparador y saca nuestra primera foto juntos.

---

[1] *N. de la T*. Un avión chárter es un tipo de vuelo que no forma parte de un horario o ruta regulares y que se organiza específicamente para un grupo o individuo concreto.

9

Darren

Sigo mirando a Millie, que está sentada en el asiento de al lado, concentrada en su MacBook. Aunque estamos a dos horas de vuelo de Austin, ha insistido en estudiar.

Me pongo los AirPods en los oídos para escuchar música y dejarla en paz. Mi plan original era desconectar y mentalizarme para el reencuentro con mis padres —especialmente con mi madre—, pero no puedo quitarme a Millie de la cabeza. Llevo así desde que nos acostamos hace dos semanas. No puedo dejar de pensar en ella. En su cuerpo y los gemidos que emitía mientras hacíamos el amor... Cada vez que me acuerdo, se me pone dura.

No tengo ni idea de cómo habría acabado esa noche si hubiéramos estado en mi piso. Allí nadie podría habernos molestado. El caso es que no puedo quitármela de la cabeza, y eso no me había pasado nunca. Y menos con alguien como Millie, una ratoncita inexperta. Ella va empanada por la vida, toda inocente, pero a mí me resulta tan sexy que casi se me va la pinza al verla hablando con ese empleado del aeropuerto. Puede que Millie no se haya dado cuenta, pero era obvio que le estaba tirando la caña.

Tengo que admitir que la forma en la que se comporta a veces me parece bastante sospechosa. Me ha dicho que ha viajado a Europa y Sudamérica, pero la he visto tan desorientada en el aeropuerto… Cuando la azafata nos indicó nuestros asientos —unos sillones de lujo supercómodos—, parecía casi ofendida de que yo la hiciera pasar por semejante infierno. Cuanto más tiempo paso con ella, más extraño me parece todo. Solía pensar que no era más que una ratita de biblioteca, una chavala más bien sosa que no tenía nada interesante que ofrecer. Creía que solo había entrado en el grupo gracias a Sienna.

Pero mi percepción inicial ha cambiado. Millie me sorprende, aunque no siempre de forma positiva, y a veces no puedo evitar

darme cuenta de que se comporta de una forma un tanto extraña. Pero la mayor parte del tiempo me sorprende gratamente su carácter. Sé que no podría haber elegido mejor novia falsa que presentarle a mi madre. Por un lado, es tímida y educada, así que sabe cuál es su lugar. Por otro, es lo bastante atrevida como para plantarle cara en el momento adecuado. Al menos, eso espero.

Miro a Millie. Está cada vez más hundida en su asiento, mirando su MacBook. Para estudiar con el portátil, se pone las gafas. La verdad es que nunca me ha gustado cómo le quedan. Al parecer, solo las necesita para estudiar y trabajar con la pantalla, por suerte. No me hago a la idea de que se las deje siempre puestas. Con ella, parece una chica de lo más aburrida. Y Millie es de todo menos eso.

No sé lo que veo en ella. El polvo estuvo bien, pero fue nada que no haya tenido con otras chicas. Me la tiré una vez y encima en la postura del misionero. Nada del otro mundo, vaya, y tampoco me dejé la vida en follármela, pero fue ... agradable.

Pero cuando estoy con ella, hay un montón de momentos intensos, de miradas y caricias que no solo hacen que mi polla reaccione. Con ella es distinto. Además, el hecho de que yo haya sido su primera vez, y también el primero en hacer que se corra, me pone cerdísimo. Me lo paso genial a su lado y estoy deseando pasar los próximos días con ella en Austin.

Dios, ya parezco Denver cuando habla de Sienna… Me entran ganas de potar.

Además, lo que Millie y yo tenemos no tiene ni punto de comparación con lo de Denver y Sienna, ¿no? Mi amigo y Sienna son pareja. Millie y yo ni siquiera somos amigos con derecho a roce. Dios, cómo me gustaría follármela otra vez y enseñarle nuevas posturas… Adoraría tenerla encima para apretar con mis manos sus delgadas caderas. Me encantaría ver sus pechos botando con cada embestida. Molesto, cierro los ojos y me quito de la cabeza la idea de tirarme a Millie.

Vale ya. Ni de coña se acostará conmigo en Austin. Acordamos ser amigos y los amigos no follan. Da igual que me muera por tirármela otra vez. No me sirve de nada fantasear con lo que le haría.

Finalmente, consigo olvidarme de Millie y pensar en mi pobre hermana. Dana va a tener que jurarme que está cien por cien segura de esta boda. Va a ser desgraciada con ese idiota a su lado. Willmore no es bueno para ella. No entiendo por qué necesita engañarla constantemente, y menos aún por qué Dana se lo permite. Si Millie y yo fuéramos pareja y le pusiera los cuernos tan solo una vez... me echaría a patadas de su vida. Y con razón.

La pantalla de mi iPhone se ilumina con un mensaje de mi amigo Jacob. Sonriente, lo leo.

***Jacob:** Oye, ¿quieres que quedemos esta noche para echarnos una cerveza y jugar al billar? Lisa también viene.*

No me gusta quedar con mi exnovia, aunque lo nuestro acabó hace años y ya no siento nada por ella… ¡Pero qué coño! Quiero ver a Jacob. Y no puedo dejar a Millie sola con mis padres. Espero que se lleve bien con Lisa y que la noche sea decente…

***Darren**: ¡Obvio que sí! ¿Te ape cenar? No iré solo.*

***Jacob**: ¿Y eso? ¿Tienes novia, cabrón?*

Mi amigo es un marujo. En verdad, entiendo a Jacob. Llevo años sin presentarle a una novia, así que estará flipando. En fin, no es plan de mentirle, así que decido contarle a Jacob la verdad.

***Darren**: No, tío, no es lo que crees. Somos amigos y me va a acompañar a la boda de Dana.*

***Jacob**: Qué tramas eres, bro. Venga, nos vemos esta noche.*

Le mando un emoji del pulgar hacia arriba y me quito uno de mis AirPods para dirigirme a Millie. Tengo que contarle que hemos quedado con mi amigo de la infancia cuya novia es mi exnovia.

Lisa es todo lo contrario a Millie. Quizá no en carácter, pero sí en apariencia. Lisa es una rubia con grandes pechos y unas caderas

bastante prominentes, mientras que Millie es una chica morena que no sabe lucirse. Le doy un ligero golpecito. Se sobresalta y se quita uno de sus AirPods.

—¿Qué pasa? —pregunta, y yo le sonrío.

—Mi colega Jacob me ha dicho de quedar con él y su novia Lisa esta noche.

—¿A ti te apetece? —me pregunta y yo asiento con la cabeza —. Pues ya está. Vamos.

Por un momento pienso en decirle que Lisa es mi exnovia, pero al final decido guardármelo para mí. No quiero ponerla nerviosa, ni tampoco quiero meterme en problemas…

—Guay —respondo y le regalo una sonrisa—. Oye, ¿sabes montar?

Millie agita la cabeza de un lado a otro, incrédula, y tengo que reprimir una carcajada.

—¿A caballo, dices? —pregunta Millie, y yo me río sonoramente.

—Mujer, si quieres, también puedes montarme a mí, pero...

Ella se incorpora de repente y me da un pequeño manotazo.

—¡Darren! —susurra, sonrojada—. Calla, hombre…

—Perdóón… —respondo, aún sonriente—. Claro que me refiero a caballo. Nuestra finca está rodeada por un prado enorme. Podemos dar un paseo por allí si quieres.

—Hace mucho tiempo que no monto… —dice Millie, pensativa —. Pero creo que aún puedo dar un paseo a medio galope.

—Pues decidido: daremos un paseo por la mañana, después del desayuno.

—No será esto una táctica para pasar el menor tiempo posible con tu madre, ¿verdad?

Millie me mira, interrogante, y yo aprieto los labios. Me asusta lo poco que ha tardado en destapar mi treta, pero no se burla de mí, sino que muestra un interés sincero. Es una cualidad que aprecio mucho en ella. Millie nunca se ha reído abiertamente de algo que sabe que me molesta. Me toma en serio. Cualquier otra persona se metería conmigo por tener tanto miedo de enfrentarme a mi madre o me soltaría el rollo de que no todo es tan malo como yo digo. Pero

Millie es capaz de ceder para hacer que todo el mundo que la rodea se sienta mejor.

—Bueno, da igual —dice Millie, encogiéndose de hombros—. En fin, sí, nos daremos una vuelta.

Asiento y le sonrío. Luego se vuelve a poner el AirPod en la oreja y se gira hacia su MacBook.

***

A ambos lados del camino que lleva a la finca de mis padres hay una larga hilera de fresnos. De niño, solía contarlos a menudo, pero luego perdía la cuenta y acababa frustrándome. Un poco más allá, se encuentra la magnífica mansión del siglo XIX, en cuyo recibidor hay una imponente escalera doble. La miro desde lejos, impasible. Hace casi un año que no vengo, y mis padres no pueden culparme por ello. Este nunca ha sido un hogar en el que se nos haya tratado a Dana y a mí con cariño y dulzura. Para nosotros siempre ha sido un lugar frío y lleno de indolencia.

Mi madre siempre ha estado más preocupada por ser una madre modelo a ojo de los demás que por divertirse y disfrutar de las cosas buenas de la vida. Mi padre es diferente, pero casi siempre suele ceder ante los deseos de mi madre. En cuanto a Dana… Bueno, digamos que siempre ha sabido sobrellevar las exigencias de la alta sociedad, a diferencia de mí.

Si alguna vez tengo hijos, no permitiré que crezcan en un bloque blanco hecho de piedra, sino en una bonita casa con jardín y el espacio suficiente para albergar aquello que les haga felices. Bueno, para entonces espero haberme comprado una casa de ciertas dimensiones.

Miro a Millie y de nuevo, me sorprende su reacción. No parece haberse inmutado por la inmensidad de nuestra finca, a diferencia de las chicas con las que me he relacionado en el pasado. Más bien parece que está tasando la propiedad.

Después de escudriñar el entorno, me mira y sonríe.

—En esa enorme casa blanca es donde crecí yo —le explico, y ella asiente—. Ahí es donde vamos a quedarnos estos días. Tiene

dos alas, y he pedido que nos dejen el ala de invitados.

Millie vuelve a asentir y yo señalo por la ventana los grandes establos donde está el ganado. Le explico que aquí es donde se encuentra la principal fuente de ingresos de nuestra empresa, y ella se ríe al referirme a los animales como fuente de ingresos. Al lado está nuestro establo, que alberga diez de los caballos más valiosos del sur de Estados Unidos. Mi propio caballo, Hurricane,[1] apenas vale un centavo según mi madre, pero yo lo adoro. Mi abuelo me lo regaló cuando cumplí diez años. Más allá de los establos, hay dos grandes casas de invitados y el complejo que uno de nuestros arrendatarios dirige para nosotros.

—Impresionante… —dice Millie—. ¿Y lo tenéis todo en el mismo sitio?

—¿A qué te refieres? —pregunto, mientras giro el coche para aparcar justo delante de la puerta principal, detrás del coche de mi padre.

—Según tengo entendido, es mejor separar rigurosamente el espacio consagrado a una empresa del de la residencia de su propietario —responde, y yo frunzo el ceño.

Millie no parece querer dar más detalles.

Cuando tenga ocasión, quizá debería averiguar a qué se dedican sus padres. Desde luego, no es tan pobre como aparenta. Lo tengo más claro que el agua, vaya. Es evidente que no le impresiona lo más mínimo el lujo con el que llevo intentando agasajarla desde esta mañana.

Aparco el coche y apago el motor. De repente, estoy nerviosísimo. No quiero estar aquí, y daría lo que fuera para no tener que pasar los próximos días con mi familia. Sé que es muy triste decirlo y que no está bien. Al fin y al cabo, este es mi hogar, el lugar donde crecí y, sin embargo, no veo la hora de volver a coger el avión de vuelta a Chicago.

—¿Lista? —le pregunto mirándola a los ojos.

Millie asiente, yo hago lo mismo y ambos salimos del coche.

De repente, la puerta principal se abre de golpe y mi hermana sale corriendo. Dana lleva una blusa azul con un fino lazo negro

atado al cuello, unos vaqueros ajustados y unos zapatos negros. Su melena negra cae sobre sus hombros y forma suaves ondas.

—¡Darren! —exclama, alegre, y yo corro hacia ella, tan radiante como siempre.

Feliz como un niño pequeño, abrazo a Dana, que, a pesar de sus tacones, es bastante más bajita que yo. Ahora me doy cuenta de lo mucho que la he echado de menos estos últimos meses.

—Hola —murmuro, mientras la levanto por los aires—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —contesta ella, dándome un abrazo antes de separarse y mirar a Millie.

Está junto al coche, observándonos con interés. Sonrío, me doy la vuelta y me acerco a ella. Sin pensarlo, la rodeo con el brazo y tiro de ella.

—Te presento a mi hermana Dana —digo señalando a mi novia falsa—. Dana, esta es Millie, mi novia.

No me gusta mentirle a Dana, y no creo que sea justo para ella, pero no puedo decirle la verdad y fingir que Millie es mi novia delante de mamá. Además, existe el riesgo de que se lo diga a Willmore, así que tendré que mentirle a Dana a la cara y fingir que estoy saliendo con Millie. En cuanto pueda, hablaré con ella y dejaré las cosas claras.

—Hola —dice Millie mientras estrecha la mano de Dana—. Muchas gracias por invitarme.

Sorprendida, mi hermana parpadea y se ríe.

—No tienes que darme las gracias. He visto la sonrisilla que has dibujado en la cara de Darren, así que aquí siempre serás bienvenida.

Miro fijamente a mi hermana, que me lanza una mirada victoriosa, y luego a Millie, cuyas mejillas están ligeramente sonrojadas. Vaya, Dana ha conseguido desconcertarme y avergonzar a Millie en menos de cinco frases. Había olvidado su poder.

—Sí —contesta Millie alegremente, mientras me mira—. Siempre me sorprende ver lo que le hace feliz…

No tengo ni idea de qué insinúa Millie, pero ha conseguido romper el hielo. Sin dudar ni un segundo, mi hermana coge a Millie

de la mano y tira de ella hacia la casa.

—Debes de estar agotada por el vuelo y el viaje hasta aquí. Vamos a tomarnos un café.

Millie mira hacia atrás y me busca. En cuanto nuestros ojos se encuentran, asiento con la cabeza y le digo que vaya sin problemas. Mientras tanto, yo ayudaré a una de nuestras sirvientas con el equipaje y luego averiguaré en qué habitación vamos a dormir.

Millie sigue a Dana al interior de la casa y yo me dirijo al maletero de mi coche.

—¡Darren!

Levanto la vista y veo a mi abuelo caminando hacia mí, sonriente. Ha aparcado el coche detrás del mío.

—¡Abuelo! —digo, sorprendido, y tiro de él para darle un abrazo lleno de afecto—. ¿Cómo estás?

Mi abuelo es la única persona en este lugar de mierda, aparte de Dana, que me apoya. Sabe que quiero convertirme en deportista profesional y es el primero que me anima a conseguirlo. Siempre ha sido como un padre para mí, o al menos ha ejercido más que el mío propio, y por eso tenemos una relación tan cercana. No creo que las cosas cambien en el futuro. Aunque ahora mi padre está intentando enmendar los errores del pasado y es él quien me está pagando la universidad. Además, parece que empieza a mostrar cierto interés por el fútbol, pero no sé hasta qué punto es genuino. Ahora soy un hombre adulto y ya no busco su aprobación. Me da igual, sinceramente.

—Estoy bien —dice mi abuelo, y yo sonrío.

Este año va a cumplir ochenta años y sigue tan fuerte como siempre. Desde que mi abuela murió inesperadamente de cáncer hace quince años, ha estado viajando por el mundo y manteniéndose alejado de la finca porque él y mi madre no tienen una buena relación.

—¿Cómo está mi campeón universitario? —me pregunta.

Fue el único que me llamó después de ganar el campeonato. Lo hizo al día siguiente, pero es que un hombre mayor. Pensó que querría celebrarlo con los chicos esa noche y no quiso «molestar».

—Yo también estoy bien —le digo—. Ojalá hubieras estado en Mineápolis.

—No pienso perderme la próxima, chaval —me promete y me da una palmadita en la espalda—. ¿Has visto a Dana?

—Sí —le digo, sacando primero mi maleta y luego la de Millie del maletero—. Está muy emocionada. Bueno, casi siempre lo está, pero esta vez es exagerado.

—Parece que tiene muchas ganas de casarse con ese inútil —refunfuña, y yo asiento con la cabeza.

El abuelo también se opone a que Dana y Willmore se casen. Pero van a acabar casándose, nos guste o no. El abuelo tiene al menos la opción de desheredar a Dana cuando ella diga el «sí, quiero». Pero no se atreve a hacerlo. Yo tampoco lo haría. Tiene que haber otra forma de deshacerse de ese cerdo.

El abuelo también asiente y mira el equipaje.

—¿Dos maletas? —pregunta, y me mira con las cejas arqueadas.

—Sí —respondo—. La segunda es de mi...

—¡Darren!

La voz de mi madre me hace dar un respingo y todo mi cuerpo se tensa. Mi madre continúa:

—Por fin estás aquí. ¿Dónde está tu novia?

---

[1] *N. de la T.* En inglés, «huracán».

10

Millie

Dana es muy simpática, pero tiene el *hype*[1] por las nubes. Se le llena la boca hablando de su boda. Está loca por casarse, y eso que aún faltan tres días. No quiero ni saber cómo estará cuando llegue el día de la ceremonia.

Es evidente que también es una chica muy educada y divertida. Se nota que hace todo lo posible para que me sienta cómoda en su presencia. Yo también, pero estoy nerviosa por conocer a sus padres. Y por Willmore. Darren no me los ha descrito como unas personas muy agradables. ¿Cómo se supone que voy a relacionarme como si nada con la gente que le enfada y le hace sentirse tan vulnerable?

—Dana, cariño…

Una voz áspera me pilla por sorpresa, y acto seguido, levanto la vista. Un hombre joven camina hacia nosotras. Calculo que tiene unos veintitantos, quizá unos treinta y pocos. Al igual que Dana, tiene el pelo oscuro, pero lo lleva recogido hacia atrás. Luce unos vaqueros y una camisa blanca con un parche de jugador de polo. Lleva la cara bien afeitada y, a diferencia de Darren, no parece que le guste que la tinta deje huella en su piel. Su futuro cuñado es todo lo contrario a él.

Me levanto y junto las manos delante de mí. Dana también se levanta y se acerca a su prometido. Le rodea el cuello con los brazos y lo besa. Willmore la agarra por las caderas y la atrae hacia sí. Sus manos se deslizan hasta su trasero y se lo pellizca, y Dana suelte una risita. Aparto la mirada, incrédula.

Qué vergüencita…

—Dejad que os presente.

La voz de Dana me saca de mis pensamientos y levanto la vista. La hermana de Darren continúa:

—Esta es Millie, la novia de Darren. Millie, este es mi prometido, Willmore.

A Dana se le ilumina la cara y, si Darren no me hubiera contado esas barbaridades sobre Willmore, nunca habría creído que la estaba engañando. Los dos parecen muy felices.

—Hola —digo y me acerco a Willmore.

Empuja suavemente a Dana y me estrecha entre sus brazos. Como no me lo esperaba, me doy de bruces con su pecho. Avergonzada, le miro, con los brazos aún entre nosotros. Estoy un poco tensa, pero a Willmore no parece importarle. Al contrario. Sin ningún pudor, deja que sus manos se deslicen por mis caderas hasta llegar a mi culo. Todo mi cuerpo se queda petrificado y no sé qué hacer. ¿Por qué se atreve a tocarme? Me siento muy incómoda. Y es aún peor que lo haga delante de su prometida... Espero que Darren llegue pronto. Willmore no se atreverá a hacerlo delante de él. Estoy segura de que no lo hará. Pero bueno, mientras tanto, no puedo pegarle una bofetada al prometido de su hermana. Sobre todo porque estoy aquí para celebrar su boda.

Willmore, en cambio, ni se plantea soltarme el culo y se acerca más a mí.

—Encantado de conocerte —me susurra—. No pensaba que un tipo como Darren pudiera echarse una novia tan mona…

Suelto un «hola» a regañadientes y lo aparto con un empujón discreto pero firme. No quiero pasarme con la fuerza, para no liarla y que tenga que darle explicaciones a Dana, pero al menos quiero hacerle retroceder. ¡Qué cerdo! Soy la novia del hermano de Dana, o eso cree él, ¿y no tiene nada mejor que hacer que sobarme el culo?

Pero me toca disimular, así que simplemente suelto:

—Sí, encantada…

Willmore sonríe y me guiña un ojo antes de acercarse a Dana. Quiero salir pitando de esa habitación, pero no puedo. Por un lado, no sé adónde ir y, por otro, no puedo contarle a Darren lo que ha hecho Willmore. Le daría una paliza.

—¡Dana! ¡Millie!

Gracias a Dios… Al oír a Darren gritar, exhalo, aliviada. Ni un segundo después, aparece por la puerta del enorme salón, seguido

por su madre y otro hombre. Su madre es la versión mayor de Dana. Lleva el pelo oscuro recogido en un moño perfecto a la altura de la nuca y su maquillaje es llamativo y atrevido. No es sutil, como el de mi madre. Lleva un vestido azul oscuro de cuello alto que le llega hasta las rodillas y unos zapatos de tacón negros. Tiene una presencia imponente; lo reconozco. El hombre que camina a su lado me recuerda a mi abuelo, con su camisa blanca, sus vaqueros oscuros y su cuerpo regordete, pero por suerte, tiene mucho más pelo en la cabeza.

—Hola —dice Darren, ignorando a Willmore y acercándose a mí —. ¿Todo bien?

Asiento con la cabeza y me acerco a él. No sé si se lo esperaba o si le parece bien, pero no quiero volver a estar cerca de Willmore. Darren me rodea la cintura con el brazo y me planta un beso en la frente. Eso me tranquiliza y me hace sonreír.

—Y tú debes de ser Millie… —dice su madre mientras se acerca a nosotros—. La chica que ha conseguido encauzar a mi hijo de una vez por todas.

Suelto una carcajada en mi interior. Me encantaría ser la chica que encauzase a su hijo, pero eso nunca sucederá. Darren nunca se enamorará de mí. Y yo me pillé de él incluso antes de conocerlo. Ni siquiera su vida sexual ha podido achantarme. Cuanto más tiempo paso con él, más y más me enamoro. Soy un caso perdido cuando se trata de Darren Andrews.

—No ha sido fácil, pero al final me ha salido bien la jugada —respondo con descaro, mirando a Darren, que levanta las cejas.

Dana se ríe suavemente y su madre parece impresionada. Al menos no me lanza una mirada de desaprobación.

—Encantada de conocerla, señora Andrews.

Le tiendo la mano, pero ella se limita a asentir.

Ups, qué incómodo...

La señora Andrews se dirige a Dana.

—Vamos, tenemos mucho de qué hablar —dice, después de perder todo el interés en mí.

No es que me haya ofendido, ni mucho menos, pero estoy un poco confusa. Lo menos que podía haber hecho era darme la mano.

Solo por educación, ¿no?

—Hola, Willmore —dice, dirigiéndose a él con mucho más afecto.

El susodicho besa a su futura suegra en la mejilla y le sonríe. Vaya, quizá estos dos deberían casarse, en vez de arruinarle la vida a Dana. Bueno, quizá mis pensamientos sarcásticos estén fuera de lugar, pero Willmore parece ser tan asqueroso como Darren dijo que era. Después de todo, me ha sobado delante de Dana. Ojalá ella pudiera verlo por sí misma y mandarlo a paseo antes de la boda.

—Millie…

La voz de Darren me saca de mi estupor y lo miro. Él me dice:

—Hay alguien más a quien quiero que conozcas.

Asiento y me giro hacia el hombre que debe de ser el abuelo de Darren.

—Este es mi abuelo, Daniel Andrews padre. Abuelo, esta es Millie.

—Hola, bonita —dice, mientras me saluda cordialmente y me estrecha la mano—. Mi nieto tiene un gusto excelente para las mujeres…

Halagada por su cumplido, le regalo mi mejor sonrisa y me acurruco en brazos de Darren.

—Gracias —le susurro.

Si esas palabras hubieran salido de la boca de Willmore, me habrían parecido repulsivas, pero su abuelo parece decirlo sinceramente. Creo que se alegra de que su nieto sea feliz.

—¿Alguna vez has dudado de mi gusto por las mujeres, abuelo? —pregunta Darren, moviendo las cejas.

Cómo me gustaría poner los ojos en blanco…

—Nunca —responde su abuelo, apretando el brazo de Darren —. En fin, si me perdonáis, chicos, los negocios me llaman. Hasta luego.

Le sonreímos y sale del salón. Ahora estamos solos con Willmore, que nos lanza una mirada altiva. Qué imbécil... Me muero de ganas de decirle que mi familia es una de las más influyentes de los Estados Unidos. Así se enterará a quién le acaba de tocar el culo. Me pregunto cómo reaccionaría si acabara con el negocio de su

familia. Solo me haría falta una llamada a Mineápolis. Se lo merece tantísimo... ¿Cómo se puede tener una forma de ser tan repugnante, y aun así, conseguir a una mujer como Dana? No lo entiendo.

—Tienes buen gusto… —suelta, y el cuerpo de Darren se tensa.

Darren da un paso hacia Willmore, con actitud amenazante, y me empuja detrás de él. Willmore no parece impresionado. Sonríe a Darren con arrogancia y me mira. Yo le devuelvo la mirada.

—Ha sido un placer conocerte, Millie…

El muy cerdo se da la vuelta y sale del salón.

—Será hijo de puta…

El pecho de Darren se hincha con cada respiración. Está muy tenso.

—No debería haberte dejado sola…

—No ha pasado nada —le aseguro.

Darren se vuelve hacia mí de forma brusca y me mira con rabia. Aprieta la mandíbula y juraría que quiere pegarle un puñetazo a la pared para relajarse un poco.

—¿Que no ha pasado nada? —me dice, furioso—. Te ha desnudado con la mirada. ¿No te has dado cuenta?

Claro que me he dado cuenta. También ha hecho cosas mucho peores, pero no puedo decírselo. Si las miradas de Willmore le molestan tanto, no me imagino cómo se pondrá si se lo cuento. Como un loco, probablemente.

—Darren —le digo, poniéndole las manos en el pecho—, por favor, cálmate. No sirve de nada ponerse así.

Me mira y asiente de mala gana.

—Vamos arriba —responde—. Así te enseño nuestra habitación y nos arreglamos para cenar con Jacob y Lisa.

Sin esperar a que le responda, me coge de la mano y tira de mí detrás de él. No llegamos muy lejos, porque su madre nos detiene en el pasillo.

—¿Adónde vais? —pregunta la señora Andrews—. Dana y yo estábamos tomándonos un café. Venid al salón; insisto.

—Mamá… —responde Darren, molesto—. Llevamos horas viajando y nos gustaría asearnos un poco.

Su madre duda un momento y luego asiente.

Sin responder, Darren me sube por la imponente escalera del vestíbulo, y me deja el tiempo justo para echar un vistazo a la casa. A excepción de unas cuantas fotos en el salón, no veo nada personal. La casa es tan fría como sus dueños.

En el piso de arriba giramos a la derecha, e inmediatamente, a la izquierda para llegar al pasillo. Dudo que consiga orientarme en esta casa. Demasiadas habitaciones y pasillos. Se nota que es una casa antigua y laberíntica. Nuestra mansión de Mineápolis también es grande, pero se construyó en los años ochenta del siglo pasado, no en los ochenta del siglo XIX.

—Ya hemos llegado —anuncia Darren unos minutos después, mientras abre la puerta.

Le sigo al interior y miro a mi alrededor. La habitación está pintada de un tono beis claro y una cama enorme ocupa gran parte de la estancia. Tiene las patas negras, y la ropa de cama es gris. Hay mesillas a ambos lados y un pequeño diván de madera clara a los pies de la cama. Me sorprende ver que nuestro equipaje ya está allí.

—¿Te gusta? —me pregunta Darren mientras se sienta en la cama.

—Sí —le digo, sonriente—. Es bonita…

Ignorando a Darren, me dirijo a las ventanas que van del suelo al techo y contemplo la imponente propiedad de los Andrews. Reconozco las casas de invitados que mencionó Darren antes de aparcar, así como algunas reses pastando en el prado. Es la primera vez que estoy en una auténtica granja sureña.

—Es bastante grande, ¿eh?

Me giro para mirarlo y lo encuentro justo detrás de mí. No me había dado cuenta de que se había levantado de la cama. Siento su aliento en mi cuello y sus dedos en mis caderas. El corazón me late más deprisa y aprieto los labios para no emitir un sonido indecente. Las manos de Darren no pierden el tiempo, sino que recorren mis costados de arriba abajo hasta que se abren paso por debajo de mi jersey. Vamos demasiado abrigados para el tiempo que hace en

Austin. La piel se me pone de gallina cuando dibuja pequeños círculos en mi vientre.

Mi respiración se acelera y, sin poder controlarla, me apoyo en su pecho. Siento su sexo duro contra mis riñones. No puede ser por mí, ¿no? Mierda, ¿qué estamos haciendo?

—No has dicho nada más… —dice de repente para romper el silencio—. ¿Significa eso que te gusta?

Mi mente se queda en blanco. ¿Se refiere a las vistas o a sus dedos acariciando mi piel?

De repente, me da la vuelta y me coloca frente a él. En sus ojos hay un brillo juguetón que me pone la piel de gallina. Me miró de la misma forma la primera vez que me besó. Yo ya no sé qué hacer. Darren y yo somos amigos, ¿no? No quiero cagarla otra vez.

Con el corazón encogido, lo empujo y paso por su lado para poner distancia entre nosotros. Me vuelvo hacia él. Su mirada se posa en mí. Ninguno de los dos dice nada, aunque ambos notamos la tensión.

—¿Cuándo hemos quedado con Jacob y Lisa?

Intento cambiar de tema para serenarme.

—A las siete —responde, con los labios apretados—. Esto... Voy a hablar con mi abuelo. Quédate aquí si quieres. Esta es tu casa.

Asiento con la cabeza y, antes de que pueda decir nada, se va.

Lo miro irse, con los ojos muy abiertos, y vuelvo tambaleándome a la cama, donde está mi bolso. Saco el iPhone de los vaqueros y marco el número de Sienna. Necesito desesperadamente el consejo de mi mejor amiga.

—¡Holii! —dice, toda alegre—. ¿Habéis llegado bien?

—Ajá… —respondo, mientras me dejo caer sobre la cama.

Observo el techo, que está decorado con estuco. Es increíblemente bonito y da a la habitación un aire clásico.

—¿Millie? —pregunta, y yo suspiro—. ¿Qué pasa, cielo?

—No va a salir bien… —suelto.

Ha sido una idea improvisada y no lo hemos pensado bien. Ni Darren ni yo. Intento coger aire y me dirijo a mi amiga:

—No va a funcionar, Sienna. Yo... no puedo... No con él. Tenemos que dormir en la misma cama y...

—Respira hondo —me dice, como si quisiera reñirme y calmarme a partes iguales—. Tú puedes con todo. A ver adónde os lleva el asunto. A Darren le gusta estar contigo, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Sí, pero... —digo, agobiada, y luego me siento una vez más —. Hemos estado a punto de besarnos hace unos minutos, pero me he apartado. Y como me sentía rara después de casi hacerle una cobra, le he preguntado cuándo habíamos quedado con sus amigos esta noche. ¡Solo quería distraerle! Y ahora se ha ido…

—Oh, Millie… —susurra—. Supongo que él tendría otra cosa en mente…

—Eso no es lo peor —continúo, cerrando los ojos—. El prometido de su hermana... Es un cerdo, tía.

—¿Qué quieres decir? —pregunta alarmada, y abro los ojos para mirar a la puerta.

No quiero que nadie me oiga.

—Me abrazó cuando nos presentaron... y me agarró del culo.

—¿Qué?

Sienna berrea y tengo que alejar el iPhone de mi oreja por un momento.

—Es que… ¿Qué hace? Soy la supuesta novia de su futuro cuñado y va y me coge del culo. ¿Qué se supone que debo hacer? Darren no es tonto. Ha visto cómo me mira, pero no puedo contárselo. Evitar a Willmore tampoco es una opción. Se va a casar… Por eso estoy aquí.

—Tienes que decírselo a Darren.

—¿Estás loca? —exclamo, y me quedo callada al ver que la puerta chirría y se abre justo después.

Darren entra en el dormitorio y alza las cejas, interrogante.

—Espera un segundo —le digo a Sienna, volviéndome hacia él —. Estoy hablando con Sienna.

—Ah… Bueno, mi padre está aquí —dice secamente—. Tira.

Asiento y me bajo de la cama.

—Tengo que irme. Luego hablamos.

—Vale —responde Sienna—. Intenta divertirte de todos modos.

Después de colgar, sigo a Darren en silencio escaleras abajo para conocer a su padre.

---

[1] *N. de la T.* Como sustantivo, la palabra *hype*, del inglés, se refiere a un estado de emoción excesivo.

11

Darren

Desde que intenté besar a Millie junto a la ventana y ella me hizo la cobra, la cosa está un poco tensa. Tengo que admitir que me ofendió que no quisiera besarme. Sé que, en el fondo, ella lo deseaba tanto como yo. Y todo por culpa de este percal absurdo y estresante en el que me ha metido mi familia. Nunca debí aceptar las exigencias de mamá. Así me habría ahorrado lo de acostarme con Millie, y no estaría tan rayado. Millie seguiría sin interesarme y podría volver a mi vida salvaje en el campus. En lugar de eso, ahora no consigo sacármela de la cabeza. Haga lo que haga, Millie me parece monísima a todas horas.

«Monísima», ¿sabes o qué? Ahora sí que la he liado…

Darren Andrews no usa palabras como esa. «Sexy» o «tía buena», sí, pero no «monísima». ¡Monísima es una cervatilla, por ejemplo!

Giro la cabeza hacia ella, molesto. No aparta la vista de la ventanilla mientras vamos al sitio en el que hemos quedado con Jacob y Lisa. Si no hubiera pasado tan a última hora, le habría dicho a mi amigo que al final, nada. Pero ahora me toca aguantarme e intentar disfrutar de la noche.

Espero que Lisa no mencione que estuvimos saliendo. No creo que a Millie le siente muy bien. Pero es cierto que ella me ha rechazado hoy. Es posible que se la sude lo que hice en el pasado.

Creo que me he comido la cabeza para nada. Además, no puedo dejarla sola en casa mientras Willmore ande por allí rondando. Antes la miró con esos ojos lascivos que tiene… ¡Qué asco me da!

Agarro con fuerza el volante e intento sacar al cerdo de Willmore de mi cabeza. Ese tipo es capaz de prender la chispa de mi mal genio, y eso que ya de por sí, suelo estar de mala hostia.

—Darren… —dice Millie después de todo un trayecto en silencio—. ¿Qué le has dicho a Jacob?

—¿A qué te refieres? —le pregunto, mientras lamo los labios.

Los tengo sequísimos.

—¿Le has dicho también que soy tu novia o...?

—No —le contesto, para tranquilizarla—. Le he contado la verdad. Creo que es lo mejor.

—Yo también —contesta Millie en voz baja, mirando de nuevo por la ventana—. Así mantendremos la compostura. No es plan de tener que estar tocándonos todo el rato.

¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Acaso no le gusta que la toque? Pues no es la sensación que me da en general. Si no, no habría intentado besarla en mi habitación. Millie me gusta; es un hecho. Cuando hace un rato se acurrucó a mi lado en el salón, mis vaqueros empezaron a apretarme de repente. No puedo negar que la deseo. ¡A ella!

Hace unas semanas, me importaba una mierda. Todo esto es culpa de Denver, Jake y Tyler. Nunca debí preguntarles a esos tres si tenían idea de quién podía dar el pego como mi novia. Ya tengo veintidós años, joder. Es hora de que me enfrente a mi madre y le diga de una vez por todas que no soy quien ella cree que soy.

Bueno, o quizá no sea el momento adecuado... Si me peleo con mi madre justo antes de la boda de Dana, le romperé el corazón a mi hermana. Nuestra lucha eterna tendrá que esperar.

—También podríamos fingir delante de Jacob y Lisa... Así practicamos para mañana por la noche —propongo, para pillarla por sorpresa—. Entiéndeme; tendremos que ser más cariñosos para que sea creíble.

Por el rabillo del ojo veo que Millie me mira. Tiene los labios apretados y su pecho sube y baja a un ritmo irregular. No parece que le haya entrado la flojera al oír mi propuesta… Pero bueno, es que ya sabía que tendría que hacerse pasar por mi novia. Ese era el plan.

—Sí, claro… Y luego me dirás que estaría bien ensayar unos cuantos besos —me contesta, tajante, y yo sonrío.

La verdad es que no me importaría, pero sé que le jode que le diga estas cosas. Se nota que está molesta. A Millie no le está resultando tan fácil como intentaba hacerme ver al principio. Quizá ahora se esté dando cuenta de dónde se ha metido. Pero es demasiado tarde ya para echarse atrás. Mi familia ya la conoce.

—Pues sí. No estaría mal…

—Sigue soñando —dice, sonriendo de forma sarcástica y sacudiendo la cabeza—. Vete haciendo a la idea de que no.

—¿Y te crees que no sospecharán si no nos besamos? —refunfuño—. Habrá que comportarse como una pareja, ¿no?

—¡Y yo qué sé, Darren! —exclama.

Millie me mira con los ojos muy abiertos, y temo que se eche a llorar. ¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué se pone así? ¡Es de cajón! Tenemos que besarnos para que parezca real. Además, se me da muy bien besar. Así que, por esa parte, no tiene de qué preocuparse.

—No sé qué decirte, ¿vale? Quería ayudarte, por eso accedí a este paripé, pero ahora... No sé si puedo y encima, el novio... bueno, el prometido de tu hermana es un cerdo.

Dejo a un lado sus palabras llenas de sinceridad y desesperación y me concentro en la parte de mi cuñado de mierda. Sospecho que no puede ser nada bueno, porque si no, no se habría puesto así. Fijo que ha pasado algo, y juro por Dios que voy a hacer que Willmore pague por ello. Ya es bastante malo tener que aguantar que ese inútil manosee constantemente a mi hermana. No creo que se atreva a hacerle daño, y puede que la quiera a su manera, pero no sabe estarse quietecito cuando se trata de otras mujeres. Ni siquiera ha podido resistirse a mi novia, según parece. Bueno, a mi falsa novia, para ser exactos.

—¿Qué ha hecho ese imbécil? —grito, mientras aprieto el puño derecho—. Como te haya tocado...

—No, no… —me tranquiliza Millie de inmediato, y luego suspira —. No he dicho nada, da igual. Olvídalo.

—Ni de coña —contesto bruscamente—. ¡Dime qué te ha hecho!

Por suerte, llegamos al aparcamiento del restaurante. Dejo el coche cerca del local y apago el motor. Me desabrocho rápidamente el cinturón y miro a Millie. El *parking* está bien iluminado, así que puedo ver sin problema cada gesto, cada emoción que se dibuje en su rostro. Millie se arrepiente de habérmelo dicho.

Será cerdo hijo de puta...

Seguro que por eso llamó a Sienna. Para pedirle consejo a su mejor amiga.

—¿Por eso hablaste con Sienna? —le pregunto con cautela, mientras alzo las cejas.

—No.

—Millie… — digo, entre suspiros.

Le cojo suavemente la barbilla entre el índice y el pulgar para obligarla a mirarme a los ojos. Me mira con ojos desafiantes y, aunque sé que no es el momento, me pone cachondo verla así. Sus labios me atraen como por arte de magia, y entonces me acuerdo de ella, chupándome el pulgar. Pero esos pensamientos están fuera de lugar. Me imagino la horrible jeta de Willmore y vuelvo al momento presente.

—Cuéntamelo, por favor… —pregunto en voz baja.

Intento relajarme y suelto a Millie. No tiene sentido retenerla e intentar sonsacárselo. Además, tengo que concentrarme en Willmore para olvidar que quiero tirarme a Millie en el coche. Me vuelve loco. Esta chica me hace perder el control. ¡Joder! Ya no soy un adolescente que anda cachondo por la vida. De normal no me cuesta tanto relajarme, pero en presencia de Millie... En fin, no lo consigo.

—¿Qué más da? —pregunta, sacudiendo la cabeza—. Te digo que no ha pasado nada…

—Dime qué ha hecho ahora mismo o te juro que volveremos a casa y le meteré una paliza.

Millie pone los ojos en blanco.

—¿Ves? Justo eso quería evitar —responde, como si quisiera echarme la bronca—. A veces se te va y te vuelves un animal, y eres incapaz de ver otra cosa que no sea lo que te obsesiona.

Tiene razón. Asiento y le pongo la mano en la mejilla. Con suavidad, le paso el pulgar por la barbilla, de donde la he agarrado de una forma un tanto brusca. Millie se relaja, pero no dice nada.

—Millie… —insisto—. Confía en mí, por favor…

Millie suspira y entonces, cede.

—Quiso abrazarme después de que Dana nos presentara —responde en voz baja—. Fue muy brusco y se me acercó demasiado. No fue nada exagerado, pero...

—Lo voy a matar…

—No.

Ahora es Millie quien me pone la mano en la mejilla. Su tacto es suave y cálido. Me reconforta. Me mira a los ojos y continúa:

—No servirá de nada. Tampoco será de mucha ayuda que vaya al altar con la nariz rota.

—Bueno, a mí sí me sirve —respondo, molesto—. Nada me gustaría más que meterle un puño y romperle esa napia...

—Darren, por Dios… —dice entre suspiros, y luego se aleja de mí.

Millie se desabrocha el cinturón, abre la puerta del copiloto y luego dice:

—Anda, vamos al restaurante…

Millie sale del coche y yo hago lo mismo. Cierro el SUV[1] y ambos caminamos en dirección al local.

—Buenas noches.

Un empleado del restaurante nos saluda nada más cruzar la puerta. El hombre no aparta la vista de su iPad, y se apoya en un pequeño mostrador de madera junto al que esperan los clientes hasta que les atienden.

—¿Tienen reserva?

—Sí. El apellido es Porter —respondo y él asiente.

—Adelante. Que tengan una buena noche.

—Gracias —decimos Millie y yo al unísono mientras entramos en el restaurante.

Jacob y Lisa están sentados en una mesa del fondo. Hace casi un año que no veo a mi mejor amigo de la infancia y a mi exnovia.

—Ahí están —le digo a Millie mientras los señalo.

Jacob nos ve y levanta la mano brevemente para saludarnos de lejos.

Cuando llegamos a su mesa, se levantan. Le doy la mano a Jacob y beso a Lisa en la mejilla.

—¡Hola, chicos! —digo con tono alegre—. ¡Qué bien que hayamos podido quedar! Os presento a... Bueno, esta es Millie. Millie, estos son Jacob y Lisa.

—Hola —dice Millie con una sonrisa, mientras les da la mano—. Encantada de conoceros.

—Encantado —responde Jacob, mientras Lisa la mira.

Millie no parece darse cuenta, porque su mirada permanece fija en mi amigo. Me pregunto si le gustará Jacob. ¿Pero qué coño me pasa? Aunque le gustara, está fuera de su alcance, porque tiene novia. No creo que Jacob sea tan tonto como para tirarle la caña a Millie.

— Bueno, ¿nos sentamos? —digo.

Millie asiente y se sienta en la silla de la izquierda, la que está enfrente de Jacob. Yo hago lo mismo y enseguida se acerca un camarero y nos da una carta a cada uno.

Jacob inicia la conversación después de que pidamos la bebida.

—Bueno, contadnos: vais juntos a la uni en Lincoln, ¿no?

—Sí —responde Millie—. Bueno, más o menos. Yo estoy en el primer año de empresariales, y Darren está en el último curso. En realidad, nos conocemos porque tenemos amigos en común.

—¿Amigos? —pregunta Lisa—. ¿Qué clase de amigos?

Pongo los ojos en blanco. No me gusta ese tonito interesado con el que se dirige a ella.

—Denver, el colega de Darren, y Sienna, mi mejor amiga, son pareja —responde Millie alegremente, y luego me mira y sonríe.

—¿Ah, sí? ¿Y nunca ha habido nada entre Darren y esa tal Sienna?

A Millie casi se le salen los ojos de las órbitas. No me corto un pelo y le lanzo una mirada de enfado a Jacob. Podría decirle a su novia que se callara un rato. Lisa va a jodernos la noche si sigue en ese plan.

Aparte de que Sienna a mí no me interesa en ese sentido, ¿para qué suelta semejante pulla? Por otro lado, ella y Jacob empezaron a salir justo después de que lo dejáramos, así que no sé a qué viene todo esto. Además, fue ella quien rompió conmigo, así que no le permitiré que vaya de sufridora. Nada de «pobrecita» esta noche.

—¿No? —contesta Millie, por desgracia—. ¿A qué viene eso?

—Hostia… —dice Lisa, sonriente, y me mira sin dudarlo—. No te lo ha dicho, ¿verdad?

¿De qué coño va? Lo nuestro se acabó, y ella es feliz con Jacob.

Mi amigo mira a su novia igual de molesto. Esto no tiene nada que ver con Millie, así que no sé por qué se empeña en meterla en medio.

—¿Qué es lo que no me has dicho? —pregunta Millie, mientras me mira—. ¿Qué pasa, Darren?

Frunzo los labios y resoplo despectivamente. Ya sabía que Lisa podía ser una zorra, pero nunca la había visto así. Parece que quiere que Millie y yo discutamos. Además, como hoy ya estamos calentitos, lo va a conseguir.

—Nada —mascullo, y miro desesperadamente a ver si el camarero viene a tomar nota.

¿Por qué nunca está cuando se le necesita?

Respiro hondo y me dirijo a los demás:

—¿Ya sabéis qué queréis comer?

—¿Pero a ti qué te pasa? —pregunta Millie, mientras me pone la mano en el antebrazo.

Al sentir que me toca, me entran escalofríos. Millie me obliga a mirarla y luego pregunta:

—¿Me vas a decir de una vez qué insinúa Lisa?

—Disculpe —digo para llamar la atención del camarero, que se acerca corriendo—, nos gustaría pedir la comida, si puede ser.

Miro a mi alrededor. Jacob me sigue el rollo y pide un filete de ternera. Yo hago lo mismo y me dirijo a Millie.

—¿Qué quieres comer? —pregunto con una sonrisa, pero ella no contesta.

Desde luego, Lisa se ha lucido. Quiero que estos días sean lo menos estresantes posible. No creo que pida tanto. Luego ya volveré a mi vida en Lincoln. Sin mi madre, sin Willmore y sin Millie.

Bueno, ya sé que lo de Millie será difícil, porque estamos en el mismo grupo de amigos. Pero al menos podré evitarla hasta que sepa controlar mis hormonas.

—Tomaré una ensalada de pollo con aliño de yogur —dice Millie, mientras le devuelve la carta al camarero—. Gracias.

Lisa también se pide una ensalada y el camarero se va.

—Me alegra ver que Dana te está tratando...

—No cambies de tema —interrumpe Millie secamente—. ¿A qué se refiere Lisa? ¿Has tenido algo con Sienna?

De repente, me quedo blanco, e intento respirar hondo para serenarme. ¿Sigue enfadada? Pues claro que no he tenido nada con Sienna, porque me gustaría seguir vivo. Denver me habría descuartizado. Casi se carga a Tyler, y ni siquiera estaban saliendo cuando pasó todo. A Jake y a mí nos costó mucho separarlos.

—¡No! —exclamo, apretando inmediatamente el puño delante de la boca para amortiguar la voz.

Necesito calmarme.

—Claro que no, joder. ¿Qué voy a hacer con Sienna?

—¿Entonces qué ha querido decir?

Molesto, gimo y cedo ante su interrogatorio incesante.

—Lisa es mi exnovia, ¿vale? ¿Estás contenta?

Millie palidece y me aparta la mirada sin hacer ningún comentario. La miro con la esperanza de que se le pase el enfado en los próximos minutos, pero parece que no llega el momento. Se queda ahí, sentada a mi lado, en silencio, y pálida como un muerto. Lisa también parece haberse dado cuenta de que ha cometido un error, porque me mira con cierta culpabilidad.

—¿Y vas a ir a la boda de Dana con Darren? —pregunta, volviéndose hacia Millie—. ¿La has conocido ya?

—Sí —responde Millie.

Ahora solo dice monosílabos…

—¿Cuándo? —dice Lisa, que nunca se rinde.

—Esta tarde —contesta, sonriente—. Dana es un amor. Está emocionadísima…

A Millie se le ilumina la cara cuando habla de mi hermana. Sus palabras hacen que se me encoja el corazón. Me hace muy feliz que Dana le caiga tan bien.

—¿Y vosotros? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —dice Millie, cambiando de tema mientras mira a Lisa y Jacob.

—Cuatro años ya —responde Lisa, mirando cariñosamente a Jacob—. Pero no te flipes, aún no nos vamos a casar.

—¿Estás segura? —bromeo.

Lisa se ríe y Jacob, también.

De repente, la tensión de la mesa desaparece y todos los presentes retomamos la conversación despreocupadamente.

Ahora que hablamos del tema, no quiero casarme antes de los treinta, si es lo hago algún día. Hay que escoger bien con quién pasar el resto de tu vida... De momento tengo el mejor, o mejor dicho, *el peor ejemplo* en mi propia familia.

—¿Te gustaría casarte algún día? —le pregunta Lisa a Millie, y yo la miro con interés.

Me inquieta la idea de que otro hombre se case con ella, pero me deshago de ese pensamiento tan rápido como puedo. ¿Por qué me iba a importar a mí con quién se case Millie? Menuda estupidez.

—¡Claro que sí! —responde Millie, con los ojos brillantes—. Pero aún hay tiempo, y primero tengo que encontrar al hombre perfecto.

—Qué respuesta tan poética… —dice Lisa, sonriente, y me guiña un ojo—. A veces tienes que besar a unos cuantos sapos para encontrar a tu príncipe azul.

Lisa estrecha las manos de Jacob y lo mira a los ojos.

—Sí… —dice Millie, divertida, sonriendo de lado—. Es bastante más fácil encontrar a alguien que te salga rana...

---

[1] *N. de la T*. Por sus siglas en inglés, «vehículo utilitario deportivo».

12

Millie

Aunque de primeras no sabía por dónde coger a Lisa, poco a poco me he acostumbrado a ella, y me ha caído muy bien al final. También he hablado bastante con Jacob, así que podría decirse que la cena ha ido bien, ¿no?

Los cuatro salimos del restaurante y nos despedimos en el aparcamiento.

—Bueno, nos vemos en la boda —digo, abrazando a Lisa y luego a Jacob.

—Va a ser genial, ya lo veréis —responde Lisa, feliz, y le da dos besos a Darren.

El muy idiota no ha abierto casi la boca después de que yo le hiciera el vacío. Debería haberme dicho que Lisa era su ex. No es que me haya sentado muy bien. Es una chica preciosa con el pelo largo y rubio, tiene unos pechos turgentes y unas curvas perfectas. En fin, Lisa es cien por cien su tipo. No sé cómo sería cuando estuvieron juntos, pero está claro que es un mujerón, a diferencia de mí. Yo nunca seré así, y odio no poder cambiarlo. Primero Darren intentar besarme hace unas horas, ¿y ahora esto?

Después de despedirnos de Jacob y Lisa, caminamos en silencio hasta el coche y subimos. Parece como si los últimos días, en los que hemos estado de buen rollo, jamás hubieran ocurrido. Cuanto más tiempo llevo en Texas, peor me siento.

¿Qué esperaba de este viaje? ¿Que Darren se enamorara de mí? Menuda estúpida. Eso no va a suceder jamás. La semana que viene volveremos a Lincoln, a nuestra vida de siempre, y pasaremos el uno del otro, igual que hacíamos antes de este viaje.

Darren es un sapo, y uno de los gordos, ¡no un príncipe! Y desde luego, no es mi príncipe azul.

Darren arranca el coche y conduce sin apartar la vista de la carretera. Yo giro la cabeza hacia la ventanilla y veo pasar las luces

de la ciudad. La tranquila carretera rural nos lleva de regreso a la finca de los Andrews.

Ahora que está todo oscuro, da un poco de miedo. No me gustaría estar aquí sola.

—Me gustaba más cuando había luz —digo, porque ya no soporto el silencio entre nosotros.

—¿Tienes miedo? —pregunta Darren, mirándome con una sonrisa—. No te preocupes, yo te protejo.

Me guiña un ojo, lo que me hace soltar una risita. Le tomo la palabra.

—¿Sabes si hay animales salvajes por aquí? —le pregunto con seriedad.

—Puede que sí… —dice divertido.

Un segundo después, nos detenemos delante de la casa. Las luces exteriores siguen encendidas y Darren aparca el coche detrás del de sus padres.

Hasta ahora había intentado omitir que tenemos que dormir en la misma cama. Pero ahora ya no puedo, porque se acerca la hora. Nunca he dormido en la misma cama con un hombre. Nadie había estado en mi cama hasta que Darren y yo nos acostamos.

Bueno, vale. Mi hermana y yo dormíamos en la misma cama cuando éramos niñas, y Sienna también tuvo que hacerlo después de la macrobronca que tuvo con Denver hace unos meses. Pero aparte de eso...

Nerviosa, entro en casa y subo con él las escaleras hasta el segundo piso. El silencio entre nosotros es incómodo a más no poder.

—Después de ti… —dice Darren, dejándome pasar a la habitación.

Dejo el bolso en el suelo y coloco el iPhone en la mesilla de noche junto a la cama.

—¿Quieres pasar al baño primero? —pregunta Darren de inmediato y se acerca a su maleta.

—No, tranquilo —respondo, cada vez menos segura de mí misma.

Las últimas horas habían ido muy bien. Apenas me sentía cohibida a su lado. Pero ahora el nerviosismo que tan familiar me resulta en presencia de Darren ha vuelto. El corazón me late con fuerza en la garganta.

¿Qué pasará en los próximos minutos? ¿Cómo será la primera noche? ¿Intentará Darren besarme de nuevo? Las preguntas se suceden en mi mente como los vagones de un tren de mercancías. Nerviosa, me apoyo en un pie y luego en el otro.

—En serio, lo que quieras…

—Venga, pasa —murmura mientras me señala el baño—. Me gustaría ducharme algún día…

—Vale —murmuro, mientras me acerco a mi maleta para coger el pijama y desaparecer en el baño.

Una vez allí, me tomo mi tiempo. Veinte minutos después, ya no me quedan motivos para estar aquí encerrada, evitando a Darren.

Me miro por última vez en el espejo, yergo la espalda y respiro hondo. No tengo nada que temer. Darren me necesita. Si por algún casual se me escapara algo que no toca, su torre de mentiras se derrumbaría como un castillo de naipes, y él sería el único perjudicado.

Pero la chica que veo en el reflejo me confirma que no sería capaz de hacer algo así. Me da igual cómo se comporte conmigo en los próximos días: no quiero causarle problemas a Darren. Sé que está sufriendo, tanto por su mala relación con su madre como por la boda de su hermana, que está al caer. No es el momento de pegarle una puñalada trapera. No puedo hacerlo.

Cuando volvamos a Lincoln, todo seguirá como siempre. Darren fingirá que no existo y yo seguiré suspirando por él desde la lejanía.

Vuelvo a la realidad, salgo del baño y una vez pongo un pie en la habitación, me quedo helada. Darren está desnudo. Está de espaldas a mí, así que no puedo ver mucho, solo sus glúteos firmes. Pero joder, ¡con eso yo ya…!

Dios, está tan bueno que se me tensa el cuerpo entero. Se me ponen duros los pezones y me alegro de haberme dejado puesto el

sujetador. Suelo dormir sin él, porque me resulta incómodo, pero dado que voy a dormir con Darren, creo que es mejor llevarlo.

Me ignora, se pone los calzoncillos y se da la vuelta. Me siento como una cervatilla a la que han sorprendido en el bosque, pero no puedo evitarlo. No esperaba que estuviera desnudo.

—Al final me he duchado en mi antigua habitación —me dice, sonriéndome—. Has tardado demasiado para mi gusto.

—Ah, vale… —respondo mientras me acerco a la cama.

Retiro rápidamente las sábanas y luego la manta antes de meterme debajo. Darren me observa y luego se acerca a mí con el iPhone en la mano.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice mientras se sienta a mi lado en el borde de la cama.

Insegura, le miro y asiento con la cabeza, con el corazón palpitante en el pecho. No sé si quiero oír lo que va a preguntarme. Teniendo en cuenta la forma en la que me lo ha dicho, seguro que lo paso mal.

—Sí —digo con voz forzada—. Claro que puedes.

Mis dedos juegan nerviosos con el dobladillo de la manta.

—Vale —dice él.

Darren apaga la lámpara del techo con el iPhone y enciende la luz del cabecero.

La habitación se baña en una luz tenue y romántica y, cuando me giro para mirarle, el corazón se me para un momento y luego empieza a latir el doble de rápido. Darren me mira y se relame los labios con nerviosismo.

—Tu primer beso… ¿Fue conmigo?

Estoy tan sorprendida por estas palabras que me entra un escalofrío. Se me revuelve el estómago y frunzo los labios, avergonzada.

—¿Qu-qu-qué? —tartamudeo, para asegurarme de que le he oído bien.

—El otro día, en tu habitación… —repite—. ¿Fue tu primer beso?

Está claro que le pareció horrible. De hecho, lo hice tan, tan mal que se cree que fue mi primer beso. Me muero de vergüenza, y

quiero huir de la cama, pero él me sujeta de los brazos.

Darren intenta tranquilizarme y, por segunda vez en el día, me coloca los dedos índice y pulgar bajo la barbilla y me obliga a mirarlo.

—Millie… —susurra Darren—. Tranquila. Mírame.

Desisto de mi intento de huida y le miro a los ojos. No parece que esté intentando burlarse de mí.

—Bueno, ¿entonces, qué? —vuelve a preguntar—. ¿Fue tu primer beso o no?

—No —respondo—. El segundo.

Debo de estar loca. ¿Cómo se me ocurre confiar en él? Darren ha besado a cientos, puede que a miles de chicas, y yo voy y le suelto que esa fue la segunda vez que me han besado en toda mi vida. Espero que no le dé por indagar más en lo que pasó entre nosotros. Porque él fue el primero y estoy segura de que ya lo sabe.

Trago saliva y apartó la mirada.

—¿Has besado al menos a un sapo? —pregunta, lo que me hace reír.

Nunca habría imaginado que lo preguntaba por eso y que Lisa había herido tanto su ego.

—Se podría decir que sí…

Darren se ríe suavemente.

—¿Solo a un sapo? —pregunta, para tantear el camino.

—A un sapo y a un tiracañas —respondo con una sonrisa, y él dedica otra.

Darren se inclina en mi dirección. Siento su aliento caliente en la cara. Su nuez de Adán se retrae levemente, cierra los ojos y posa sus labios sobre los míos. Jadeo, esperanzada. Darren aprovecha y me mete la lengua en la boca. Le rodeo el cuello con los brazos y lo atraigo hacia mí. Él acepta encantado la invitación y desliza su cuerpo sobre el mío.

Sus manos empiezan a explorar mi cuerpo y yo gimo suavemente cuando me coge los pechos y los amasa suavemente.

Nuestros besos se vuelven cada vez más apasionados y mi pijama no tarda en caer al suelo. Darren deja que sus ojos ardientes se deslicen hacia mi bajo vientre. Trago saliva y le pongo la mano en

la mejilla. Levanta la cabeza y en sus labios se dibuja una sonrisa sincera que hace que me estalle el corazón. Si no estuviera ya a sus pies, me habría enamorado aún más de él.

Darren se separa de mí y yo vuelvo a recostarme en los cojines. Entonces mete la mano en el primer cajón de la mesilla y saca unos condones. Mi pecho sube y baja a un ritmo frenético. Una vez más, él toma la delantera. Mientras yo sigo absorta en nuestro beso y miro al suelo, donde está mi ropa, él ya está pensando en lo que viene después. Darren lanza el paquete de condones encima la cama y coge el primero que pilla.

—Espera… —digo mientras me apoyo en los codos y busco sus ojos—. ¿Quieres acostarte conmigo otra vez?

—¿Sí?

Darren contesta en forma de pregunta y afirmación al mismo tiempo, y me mira para analizar mi reacción. Luego insiste:

—Es obvio, ¿no?

Para constatar sus palabras, me agita el condón en la cara. Pongo los ojos en blanco y le aparto la mano de un manotazo. La baja y deja el condón en el colchón, justo a nuestro lado.

—Ya, bueno… no me refería a eso exactamente.

Este chico me pone nerviosísima.

—¿Y entonces qué quieres decir?

—Pues que… No quiero volver a despertarme sola —confieso —. No quiero que te vayas otra vez. No creo que pueda pasar por eso otra vez...

—Lo sé —me interrumpe, y luego me besa dulcemente en los labios—. No pienso irme, ¿vale?

La sonrisita de Darren, que tan loca me vuelve, se dibuja en sus labios y luego vuelve a coger el condón.

—Vale…

Un poco más tranquila, le pongo la mano en el cuello y tiro de él hacia mí. Darren sonríe y me besa.

—Quítate la ropa interior… —me dice, con voz ronca.

Un agradable escalofrío me recorre la espalda.

Sin apartar los ojos de él, para apreciar cómo reacciona a mi cuerpo, me pongo de rodillas. Me paso las manos por la espalda y

me desabrocho el sujetador antes de deslizarlo por los hombros. Él sonríe cuando la tela resbala por mi cuerpo y deja mis pechos al descubierto. Mis pezones se han endurecido y están impacientes por recibir un poco de atención. Tiro el sujetador a un lado de la cama y lo miro. Darren se inclina y me rodea el pezón derecho con la boca. Se me escapa un gemido. Lo agarro del pelo con fuerza y dejo que lo muerda suavemente.

—Ahora las bragas… —murmura, fijando los ojos en la parte sensible que hay entre mis piernas.

Me tumbo boca arriba y estiro las piernas. Darren se desliza hacia atrás en la cama para dejarme más espacio. Me quito las bragas y las dejo caer al suelo. Estoy desnuda delante de él.

Sorprendentemente, no me avergüenzo lo más mínimo. De hecho, su mirada y el brillo lujurioso de sus ojos me confirman que le gusta mi cuerpo.

—Ahora tú —le digo, atrevida, mientras señalo sus calzoncillos.

Darren sonríe y se incorpora en la cama para quitárselos. Su sexo duro asoma de repente y me apunta, y yo me muerdo el labio. Darren desliza la mano sobre él con tanta naturalidad que, por un segundo, siento la tentación de apartar la mirada, avergonzada. Luego saca uno de los condones de su envoltorio y se lo pone.

Sin decir nada, me acerca a sus muslos y me acaricia la entrepierna con su sexo.

—¿Crees que...? —dice, mientras se tumba encima de mí.

Su sexo roza el mío. Cierro los ojos, deseando que se aventure en mi interior.

—¿Crees que podemos hacerlo esta vez sin preliminares?

Abro los ojos y me encojo de hombros. No creo que duela como la primera vez. Eso es lo que dicen todas las chicas con las que he hablado. Aparto el ansia febril de tenerle dentro por un instante y recuerdo que Joy me dijo una vez que prefería estar ella arriba, porque así podía controlar cuándo bajar la pelvis.

—¿Podemos probar otra postura? —pregunto, vacilante.

Una vez más, mi corazón late con fuerza, porque no sé cómo reaccionará Darren. Sé que le gusta tener el control en la cama.

Bueno, lo digo porque me lo demostró la última vez. No es que hayamos hablado de su vida sexual en el campus…

Darren se queda callado y asiente. Parece sorprendido, pero luego sonríe ampliamente.

—Claro que sí —asiente, mientras se separa de mí—. ¿Cuál?

Me sube el calor a las mejillas. Hablar de guarradas no es lo mío, aunque claro, no es que esto sea hablarle guarro. Dios, me maldigo por haber esperado tanto y no tener ni idea de por dónde tirar. No estoy preparada para hablar abiertamente de lo que quiero en el sexo.

—He oído que es más fácil para la mujer cuando está arriba, así que... Bueno, así podré bajar la pelvis cuando... cuando esté lista.

Creo que no puedo estar más roja después de soltarlo, pero Darren no dice nada. Solo se tumba boca arriba y me coge de la mano.

—Ven aquí —me indica, con dulzura—. Pasa la pierna por encima de mí y siéntate encima.

Hago lo que me pide y me siento sobre sus muslos, justo debajo de su miembro. Las manos de Darren bajan por la parte posterior de mis muslos hasta llegar a mi culo y lo agarran con fuerza.

—Levanta la pelvis —gime, y mi pubis roza su erección—. Coge mi polla con la mano y métetela…

Su voz es ronca. Es evidente que está excitado. Tengo que admitir que esta postura me pone a mil y ya tengo ganas de hacerlo. Me muero al verle debajo de mí, con esa mirada ardiente…

Darren tiene los abdominales bien marcados. Tiene una tableta en la que me encantaría perderme. De repente, sus manos se clavan en mis caderas y me distraigo ligeramente de las vistas.

Respiro hondo y me armo de valor para agarrar su miembro. Darren cierra los ojos mientras lo deslizo entre mis muslos y lo coloco justo en la entrada de mi sexo.

—Joder… —jadea—. Ahora baja poquito a poquito…

—¿Así?

Apoyo la mano libre en su estómago. Sus abdominales se tensan al contacto con mi piel y echo la cabeza hacia atrás, sin poder contener un gemido.

Dios, ¡sí! Creo que me encanta tener el control sobre cuándo y hasta dónde me penetra.

—Dios, Millie… —gime Darren y su pelvis empieza a moverse.

Me empuja desde abajo para meterla y sacarla. Siento un vaivén de lo más agradable, y le miro. Sus labios pronuncian una sola palabra:

—Muévete…

Gimo cuando vuelve a empujarme y apoyo los dedos en su pecho. No tardamos mucho en encontrar el ritmo. Mi pelvis se restriega contra la suya una y otra vez con movimientos circulares. Darren me agarra con fuerza por las caderas y acelera el ritmo. La fricción me hace gemir cada vez más fuerte.

Darren se endereza y sus labios hacen un eco apasionado sobre los míos mientras sus manos se posan en mi culo.

Parece que él también lleva la voz cantante en esta postura.

—Lo siento, nena… —gime—. Me muero por metértela hasta el fondo…

Al principio, me quedo helada, y grito cuando nos da la vuelta y me coloca debajo de él. Le miro con las pupilas dilatadas y él sonríe. Se inclina y me planta un suave beso en los labios.

—¿Estás bien?

Su pulgar izquierdo me acaricia la mejilla.

—Nunca he estado mejor —respondo—. Ya no me duele…

Darren coloca mi pierna derecha sobre su hombro y rodea su cintura con la izquierda, y me penetra hasta que ya no puede más. Gimo y entierro los dedos en las sábanas.

Poco después, veo las estrellas. Esta vez, solo siento placer, y agradezco que el polvo sea más largo. No me duele lo más mínimo, a pesar de que no hemos pasado por los preliminares.

—Córrete, Millie… —dice, animándome, mientras me acaricia el clítoris con el pulgar izquierdo—. Córrete en mí, nena…

Se me eriza el vello del cuerpo y mis músculos se contraen alrededor de su sexo. Darren devora mis labios con fervor y, unos

segundos después, llegamos juntos al clímax.

13

Millie

Darren me mira desde el lado opuesto de la mesa del desayuno y sonríe. Es como si tuviéramos un sucio secreto del que su madre no debiera enterarse. Bueno, en realidad, por ahí van los tiros. Le devuelvo la mirada y sonrío también.

Anoche fue increíble, y creo que necesito un descansito antes de volver a acostarme con él. Esta mañana, en la ducha, me ardía la entrepierna. Creo que es lógico, después de haber gastado todos los condones y de haberme corrido por tercera, cuarta y casi quinta vez. Tuvimos un maratón de sexo en toda regla. Fue como el tipo de noche que se suele leer solo en novelas románticas. No creía que fuera posible que me pasara algo así. ¡No soy un personaje en la pantalla de un *e-book*! Sienna y Joy van a flipar cuando se lo cuente.

—¿Qué planes tienes hoy, Millie?

La voz de la madre de Darren me saca de mis pensamientos.

—Vamos a salir un rato a montar —respondo con una sonrisa.

—¡Sí! No se me ocurre un plan más apetecible… —interrumpe Darren, guiñándome un ojo.

Me entran ganas de darle una patada en la espinilla por debajo de la mesa, pero temo pegarle a su madre sin querer. Estaría bien que no soltara comentarios así delante de los demás.

Aun así, estoy muy contenta de haber podido hablar de sexo con él. Hace unas semanas, habría sido impensable.

—¿Cómo que «a montar»? ¿A caballo? —contesta la señora Andrews, de todo menos emocionada—. Tenemos una cena importante esta noche, y la boda es pasado mañana. ¿Y si te haces daño?

—Mamá, por favor… —dice Darren, mientras pone los ojos en blanco—. A Millie se le da muy bien cabalgar.

Estoy segura de que ese comentario va por lo que hicimos anoche. Sé de sobra que Darren se está imaginando nuestros

polvos, y que se acordará de todo. De mí, sentada a horcajadas sobre él; de mis dedos arañándole el pecho; y por último, de él corriéndose dentro de mí con un gemido sonoro. Yo tampoco puedo quitármelo de la cabeza.

Intento apartar esas imágenes de mi mente y me vuelvo hacia su madre.

—Me gustaría ver su propiedad, señora Andrews —digo, amablemente, mientras sonrío—. Darren me ha dicho que es una maravilla.

—¿Ah, sí? —contesta ella, levantando las cejas con escepticismo.

—Por supuesto.

El tono cantarín de mi voz me hace daño en los oídos, pero la señora Andrews me mira, radiante, así que añado:

—Quiero descubrir todo lo que pueda.

—¡Me alegra oír eso! —exclama, y por primera vez desde que he llegado, siento que me dedica una sonrisa sincera—. Y dime… ¿te gusta el fútbol, Millie?

La pregunta me pilla desprevenida. Después de todo, Darren me dijo que ella lo odiaba. Quizá sea eso lo que quiere. Espera que yo también lo odie y que interfiera para que su hijo jamás cumpla su sueño. Desafortunadamente, no soy la nuera que busca. Bueno, la *falsa* nuera...

—Sí, mucho —le digo sinceramente—. Me gusta ver los partidos, sobre todo cuando juega Darren.

Lo miro y le dedico una sonrisa de lo más auténtica, llena de amor. Es una verdad como un templo: me encanta verle jugar. La temporada pasada demostró que le espera un futuro prometedor en la NFL. Aunque falte otro año, me encantaría presentárselo a mi abuelo e invitarlo a una prueba. Creo que Darren es justo lo que estamos buscando: un jugador defensivo con experiencia en las jugadas en campo profundo.[1]

—¿Ah, sí?

La señora Andrews levanta sus cejas negras y perfectamente depiladas. Parece intrigada.

—Vaya, querida. Eso no me lo esperaba. Pensaba que te interesarían deportes mucho más... civilizados.

Toma ya. Así que ahora cree que estoy por civilizar... Con eso ya me lo ha dicho todo. Ahora sé lo que opina sobre el futuro de su hijo. Respiro hondo y miro a Darren, cuya expresión es cada vez más sombría. No quiero aparentar que soy la heredera de los Minneapolis Warriors, pero tampoco puedo dejarlo pasar.

Me encanta el fútbol. Es toda mi vida, y estoy deseando dirigir el club. No seré la dueña al cien por cien, porque mi abuelo tendrá voz y voto hasta que muera, pero la responsabilidad principal estará en mis manos. El consejo de administración y nuestros asesores estarán ahí para apoyarme. Como CEO,[2] poseeré el cincuenta y un por ciento de los Warriors y siempre tendré la última palabra.

—Soy de Mineápolis —le explico, con una sonrisa—. El fútbol allí es como una religión, y bueno... He crecido con él. Mis padres me llevaban al estadio cuando era muy pequeña. El ambiente allí es una pasada. Imagino que nunca habrá ido a un partido…

—No —dice, con una expresión severa—. Es un deporte brutal y los partidos duran una eternidad.

—¿Ni siquiera para ver a Darren? —pregunto y ella niega con la cabeza.

—No.

Dios, esta mujer es más fría que el pasillo de los congelados.

—Es una pena… —respondo con sinceridad.

Me cuesta mantener la sonrisa. Se porta fatal con Darren, y él no se lo merece.

—Su hijo juega de una forma impecable, y tiene una gran carrera por delante en la NFL. Creo que va a ser el mejor defensa de la historia.

Darren levanta la vista y se queda boquiabierto. Por supuesto, no sabe lo mucho que sé sobre el tema y que estoy más que capacitada para evaluar su talento. Es un jugador que está a años luz de los demás, y juega con mucha más destreza que Denver, Tyler y Jake. Pero él se piensa que solo lo digo porque soy su novia (falsa) y tengo que defenderle. Y bueno, por el momento, lo acepto.

—Es muy amable por tu parte defender a Darren, pero no tienes por qué hacerlo —dice su madre con frialdad, dirigiéndole a su hijo una mirada que hace que me estremezca.

Empiezo a preguntarme si quiere a Darren. Parece que no ha terminado. Su madre continúa:

—No ganará dinero jugando al fútbol y...

—Mamá, no sigas por ahí —interrumpe Darren, dejando ruidosamente los cubiertos en el plato—. ¿No puedes alegrarte de que se me dé bien? Ni siquiera te pido que vengas a ver mis partidos. Solo quiero que me respetes.

—Es ridículo.

—¿Lo es? —pregunta, mientras arquea las cejas y la mira desafiante—. Tan ridículo que me hará más rico de lo que tú serás nunca. Eso es lo que quieres, ¿no? Prestigio y poder. El fútbol puede darme ambas cosas algún día.

—¿Y si no? —responde ella—. Entonces no te quedará nada, y por tu estúpida actitud, nuestra familia...

—¡Millie, vámonos!

Darren se levanta tan rápido que su silla se inclina hacia atrás y se cae al suelo estrepitosamente.

—Vámonos ya.

Miro a su madre, que respira con fuerza e intenta contener su ira. Abre la boca para decir algo, pero finalmente, se calla. Quizá sea lo mejor. No es cuestión de que la discusión vaya a más.

—Discúlpenos —susurro, siguiendo a Darren fuera del comedor.

Darren no dice ni una palabra mientras atraviesa el vestíbulo de la casa y sale al jardín.

—¡Darren! —grito tras él, porque a estas alturas ya tengo que correr para seguirle el ritmo—. Espérame, anda.

Se detiene y se da la vuelta para que pueda alcanzarle. Está de pie, con los brazos en jarras. Su pecho sube y baja con vigor.

—Lo siento… —jadeo, y luego me llevo una mano al pecho para normalizar la respiración.

—¿Qué sientes? —me pregunta, mientras da un paso hacia mí.

Darren me coge de las manos y tira de mí hacia él. Sonriente, le miro mientras entrelaza sus manos con las mías y me pasa los brazos por la espalda.

—Has sido muy amable al ponerte de mi parte y defender mi sueño.

—No te estaba defendiendo —le respondo—. Reconozco el talento cuando lo veo, y tú lo tienes. Más que Denver y los demás.

El corazón me va a estallar en el pecho. Le estoy revelando un poco más de la verdadera Millie. Pero Darren no se da cuenta. Enarca las cejas y levanta ligeramente las comisuras de los labios. No me cree. Y como no puedo decirle por qué debería hacerlo, me doy por satisfecha con su reacción. Al menos le he animado un poco.

—Vamos a por los caballos —dice, mucho más relajado—. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

—De acuerdo —respondo, y empezamos a caminar cogidos de la mano—. Pero créeme, vas a llegar a la NFL.

No puedo evitar recalcarlo.

—Oh, Millie… —contesta mientras me mira—. Puedes decirme simplemente que quieres un beso. No tienes por qué hacerme la pelota.

—No te estoy haciendo la pelota —respondo indignada, y me paro en seco—. ¿De qué me sirve eso a mí? Y además, ¿quién ha dicho que quiera besarte?

Darren se ríe y me pone la mano en la mejilla. Se me pone la piel de gallina cuando me pasa el pulgar por la mejilla. Luego se inclina y me da un beso dulce y tierno. Le devuelvo el beso y me inclino hacia él.

—Vámonos, anda —dice Darren, contentísimo.

Luego se separa de mí y me coge de la mano para llevarme a rastras al establo.

***

Detenemos los caballos en un lago que también forma parte de la propiedad de los Andrews. Darren me sonríe y señala el

pequeño muelle de madera que se adentra en el agua.

—Solía venir aquí para pensar y alejarme de mi madre —dice con una leve sonrisa—. Nuestros invitados no suelen interesarse en el lago. Aquí tendremos paz y tranquilidad.

Darren se baja con elegancia de su semental, Hurricane, y lo ata a un árbol cercano. Su caballo mide prácticamente 1,80 metros. Mientras Darren lo montaba sin problemas, he tenido que esforzarme para no quedarme mirándolo embobada. Mi yegua, Lady, es bastante más pequeña.

—Deja que te ayude a bajar.

Darren se para a mis pies, con los brazos extendidos. Me bajo de la silla de la forma más sexy que puedo. Él me agarra por la cintura y me baja con cuidado.

—Gracias —susurro y me acurruco contra él.

Sus manos me rozan las caderas y me vienen a la mente los recuerdos de la noche anterior.

—De nada —responde Darren, rozándome la oreja con los labios—. Estoy aquí para lo que quieras.

Me suelta y ata también a mi yegua al árbol. Me coge de la mano como si fuera lo más natural del mundo y me lleva con él hasta el pequeño muelle. Andamos en dirección a la parte más honda del lago y nos sentamos en el borde.

—Quítate los zapatos y los calcetines —me dice, mientras se quita los suyos—. El agua está fría, pero no helada.

Asiento con la cabeza y me quito las zapatillas. Luego las dejo a mi lado en el muelle y me quito los calcetines.

—¡Dios! —grito—. ¡El agua está congelada!

Inmediatamente, saco los pies.

—Oh, venga ya... —dice Darren, mientras me hace señas para que me vaya—. Está perfecta, exagerada.

Me río, sacudo la cabeza y miro al otro lado del lago. El agua está en calma. Hay unos patitos que nadan de vez en cuando, pero nadie nos molesta.

—Darren —le digo mientras lo miro, y él me devuelve la mirada —, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Planeaste todo esto? —digo, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Quiero decir, cuando me pediste que viniera aquí contigo, ¿tenías en mente… lo que hicimos?

Hace tiempo que me ronda esa pregunta por la cabeza, aunque sea de forma inconsciente. Acostarse con alguien una vez es una cosa. Dos, tres veces, incluso unas cuantas más, ya es algo distinto. Yo no esperaba perder la virginidad con Darren, ni mucho menos en estas circunstancias. Quería perderla con alguien que estuviera enamorado de mí. Y bueno, es evidente que Darren no lo está. Aunque bueno, desde que estamos aquí, las cosas entre nosotros han cambiado.

—¿Quieres saber si planeaba acostarme contigo? —me pregunta y yo me encojo de hombros.

—Me siento como si, en algún momento... bueno... nos hubiéramos olvidado de lo que pasó esa noche.

Respiro hondo y me agarro al borde del muelle para aferrarme a algo. Luego continúo:

—Fue mi primera vez; eso no es ningún secreto, y me dolió. Quería que pararas y...

—Millie, Millie… —dice, mientras me toca el hombro suavemente, pero no me atrevo a mirarle—. Lo sé.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Levanto la cabeza y le miro atentamente. El reproche en mi voz es inconfundible.

—¿Tienes idea de lo mucho que me dolió? De repente había algo dentro de mí que simplemente no cabía, Darren.

—¿Vale, y qué habrías hecho tú? —dice, respirando hondo, y luego aprieta la mandíbula—. Claro que me di cuenta de que eras virgen. Pero tanto si era yo u otro tío, te habría dolido.

—Ya, bueno…

—Millie —susurra, y luego me estrecha la mano—, no pretendía hacerte daño a propósito, y no me excitó verte así. Pero me di cuenta de que no había nada que pudiéramos hacer para evitarte ese dolor.

—Eso no es justo —digo—. Los tíos siempre os lleváis la parte más divertida.

—Oh, vamos...—dice, y luego me da un codazo en el hombro —. No es culpa mía. No soy un tío tan especial, así que no puedo controlar el dolor. Lo que está claro es que no quería hacerte daño, créeme.

—Te creo…

Tras pronunciar esas palabras, me acurruco contra él. Han cambiado muchas cosas entre nosotros en los últimos días. Tengo que asimilarlo y e intentar entender lo que me espera. Cada día me enamoro más y más de él.

—Es solo que no sé cómo tomarme lo que pasó…

—Yo tampoco —dice con sinceridad, mientras se relame los labios, nervioso.

De repente, se me encoge el corazón. ¿A qué se refiere? Todo ha pasado tan rápido entre nosotros… Me he pasado meses deseándolo en silencio. Y ahora estamos aquí, sentados, hablando de lo que se supone que hay entre nosotros. No debería haber empezado esta conversación. Solo voy a conseguir decepcionarme, porque estoy segura de que él no siente lo mismo por mí.

—Bueno —murmuro, cruzando las manos sobre mi regazo—. No pasa nada. Todo bien.

—¿Todo bien? —me pregunta y yo lo miro—. Quiero decir, ¿de verdad crees que está bien que tú y yo no tengamos ni idea de en qué punto estamos?

—No —le digo—. Pero no sé qué decir. Hasta hace dos semanas, pensaba que no sabías ni quién era y ahora... nos acostamos una y otra vez.

—Pues claro que sabía quién eras —dice, en su defensa—. ¿Por qué piensas eso?

—Oh, por favor… —digo, mientras una expresión agria se apodera de mi cara—. Nunca me hablabas directamente, y pasabas de mí. Siempre me pareció que aceptabas que formara parte del grupo por Sienna, pero por lo demás, te importaba un bledo si me unía a los planes o no.

—A ver, es cierto que tampoco me fijé en ti desde el minuto uno, pero…

Bajo la mirada y aprieto los labios. Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? De todas las chicas que le rodean, soy la más aburrida con diferencia. Por eso Darren finalmente me invitó a la boda. Porque no se la liaría si algo no salía bien. Estaba seguro de que mantendría la boca cerrada. Fijo que se pensaba que yo no era más que la ratoncita asustada que aparento ser en Lincoln.

—Siempre he notado que te pone incómoda estar conmigo.

Sorprendida, le miro. Nunca me he sentido incómoda a su lado. Solo me cuesta actuar con normalidad.

Darren continúa:

—Nunca has sido muy habladora ni has intentado hablar conmigo cuando quedamos todos. Y a mí eso no me gusta —continúa—. Aquí eres muy distinta, Millie. Mucho más abierta, divertida y... atrevida. Me gusta más esta Millie que la que conocí hace unos meses, cuando Sienna y tú os juntasteis con nosotros.

—¿En serio?

Se me acelera el corazón cuando levanto la cabeza para mirarle. Darren sonríe y me mira a los ojos.

—Pues claro... —dice, mientras sacude la cabeza, incrédulo—. ¿Por qué eres tan diferente en Lincoln? No lo entiendo. Tienes un sentido del humor de locos. Me lo has demostrado una y otra vez desde que estamos aquí. También eres de lo más inteligente. Sabes cómo tratar con mi madre, con Lisa...

—Solo necesito tiempo para acostumbrarme a las personas —digo, en tono de disculpa.

—Pero conmigo... ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Seis meses? ¿Y no te han parecido suficientes?

—Bueno, lo tuyo es otra cosa…

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—No quieras saber tanto… —respondo, molesta, y él se ríe.

—Te pones muy sexy cuando me vacilas.

—¿Crees que eso es sexy? —le miro, sorprendida—. Pensaba que te tiraría para atrás.

Darren sonríe y se inclina hacia mí. Nuestros labios casi se tocan.

—Hay ciertas cosas de ti que me parece de lo más sexy —admite, y yo siento un cosquilleo—. Me parece sexy que me defiendas con tanto brío delante de mi madre. Me parece sexy la forma en que te subes las gafas cuando trabajas con el portátil…

Me río suavemente.

—Chiss, calla. Me parece extremadamente sexy que seas tan calladita de puertas afuera, pero tan atrevida en el sexo. Y bueno, me parece de lo más sexy que por fin hayas dejado de llevar esos horribles disfraces de monja...

—No son disfraces. Son vaqueros y blusas.

—Ah, disculpa. Bueno, pues eso, sor Millie —repite, sonriendo con picardía—. Me parece especialmente sexy la forma en que te diriges a mí cuando no puedes ocultar lo que sientes, algo que ha pasado varias veces en las últimas veinticuatro horas. Y para serte sincero, me muero de ganas de seguir picándote. En fin, hay miles de cosas que me parecen sexys de tu forma de ser, pero tú eres incapaz de verlas por ti misma.

Al oír el discursito de Darren, me quedo sin palabras. Nunca he pensado en mí misma de esa manera, y jamás habría creído que otra persona —especialmente Darren— pudiera verme así.

«Sexy» nunca ha sido la palabra con la que me han descrito en el pasado. Muerta de vergüenza, le miro con una cara que es de todo menos sensual.

—Yo creo que las palabras que buscas son puritana, seria, aburrida, y bueno... todo lo que no te atrae en absoluto.

Espera... ¿acabo de confesarle de forma indirecta que estoy enamorada de él? Se me está yendo la olla…

—Nuestra primera vez fue... bueno, un desliz, por mi parte y no debería haber ocurrido —dice, y cuando quiero protestar me pone un dedo en los labios—. Pero eso no significa que me arrepienta y que no haya pensado en ello varias veces. Llevo intentando sacarte de mi cabeza desde entonces, pero no puedo. Estoy muy rayado, porque nunca me había pasado. ¡Míranos! No somos ni remotamente parecidos y, sin embargo... creo que eres la única que me entiende.

—Darren —susurro y beso su dedo—, ¿intentas decirme de una forma muy rebuscada que te gusto?

—Puede…

Darren se ríe para hacer más llevadera la situación en la que se ha metido. Está claro que nunca le ha dicho a uno de sus ligues lo que siente por ella. Aparte de Lisa, no conozco a nadie con quien haya estado saliendo. Por eso, sé que está siendo sincero ahora mismo.

—Bueno, ya que nos estamos sincerando… ¿Me vas a decir por qué te comportas de esa forma?

Sonrío y asiento con la cabeza. Él se aparta de mí y temo que vuelva a poner cierta distancia entre nosotros, pero no lo hace. Darren me sube a su regazo y me rodea con los brazos. Sonrío, me acurruco contra él y disfruto de su cercanía.

—Como habrás notado, mis padres tienen mucho dinero…

Poco a poco le voy contando la verdad. Bueno, al menos la parte superficial. Lo de «mucho dinero» se queda corto. Mi familia es una de las más ricas de Estados Unidos. Podría comprar toda esta propiedad y aún me sobraría dinero para comprar otra igual. Si la madre de Darren supiera quién soy realmente y lo que puedo ofrecerle por su ganado y sus tierras, besaría el suelo que piso. Y justamente por eso, no quiero que lo sepa. Sería como volver al instituto. Para ella, solo sería un maletín lleno de dólares.

—En el instituto, no lo pasé especialmente bien, porque muchas chicas querían ser mis amigas. Yo era más rica que ellas y esperaban que me las llevara a algún que otro evento o de viaje al destino que estuviera de moda entonces. Como iba a un colegio solo de chicas, era aún más complicado. Todo giraba en torno a quién tenía qué, lo guay que eras y a qué grupo pertenecías. Sienna, Joy y Phoenix han sido las primeras amigas que he hecho de verdad. Y no sé si eso habría ocurrido si no hubiera actuado como lo hice.

Darren no dice nada, solo asiente. Me acerca y me besa en la frente.

—Estoy seguro de que les encantaría la Millie que he conocido estos últimos días. No lo dudes. Deja de fingir, Millie. Y si a alguno

de ellos no les gusta quién eres, que se vayan a paseo. Habrá que ser imbécil…

No puedo evitar reírme y le miro. Darren se inclina y me besa.

—Y por cierto, lo admito —suelta—. Intento decirte de una forma un poco rebuscada que me gustas.

---

[1] *N. de la T.* En fútbol americano, los jugadores defensivos tienen ciertas responsabilidades dependiendo de su posición en el campo. Algunos, como el *safety* y el *cornerback* se ocupan, entre otras cosas, de cubrir los pases hacia el campo profundo.

[2] *N. de la T*. Por sus siglas en inglés, *chief executive officer*, esto es, la directora general del club, en este caso.

14

Darren

La conversación en el lago fue hace ya unas horas. El hecho de que le haya admitido a Millie que me gusta, aun a mi manera, sigue pareciéndome extraño. Sobre todo porque es la verdad, y nunca esperé decir algo semejante. Es más, cuando la elegí para llevarla a la boda, lo hice porque pensaba que sería más fácil dejarlo todo atrás una vez pasase la ceremonia.

Pero mira tú por dónde, me gusta Millie.

En los días que llevamos conociéndonos, me ha dejado boquiabierto, y no puedo dejar de pensar en ella. Me hace mucho bien, y no dudó en defenderme cuando mi madre se puso especialita. Pero Millie no es la persona que finge ser en Lincoln; ahora lo sé. Sé que hay algo que me oculta, pero no aún sé el qué. Ya sabía que tenía dinero. Bueno, que sus padres lo tienen. Eso me quedó claro en cuanto vi el contenido de su maleta. Llevaba un montón de ropa de diseño que yo ni siquiera podría permitirme: Gucci, Prada, Chanel... de todo un poco, vaya. Hasta su pijama viejo es de Agent Provocateur, una marca de lencería muy cara; lo sé por mi hermana. El término «de buena familia» se le queda corto a Millie.

¿Por qué no me dice la verdad? ¿Por qué no me dice a qué se dedica su familia? Bueno, probablemente aún no confíe plenamente en mí, pero eso es algo que yo puedo cambiar.

Me abrocho los últimos botones de la camisa y cojo el pañuelo de bolsillo rojo que Millie me regaló para esta noche. Sonrío y le doy la vuelta mientras lo sostengo en la mano. Debe habérselo encargado a un sastre, porque la tela es idéntica a la de su vestido. La he visto antes, mientras me cambiaba de espaldas a ella, porque no quería que la viera todavía. Luego se ha metido en el baño, llevando ya ese precioso vestido rojo fuego.

—Millie… —la llamo mientras cojo mi pajarita—. Date prisa, venga…

Lleva siglos en el baño, pero no le hace falta. Es preciosa. Tendría que estar ciego para no darme cuenta. No sé cómo no pude fijarme en ella antes. He tenido meses para hacerlo.

Bueno, quizá sí lo sepa.

Soy un idiota superficial. Nunca hago el esfuerzo de conocer a las chicas. La mayoría de las chavalas con las que me acuesto me abren las piernas sin necesidad de conocernos de antemano. Ya sé que Millie también estaría dispuesta a ello, pero en el fondo, ella es distinta. No creo que jamás me canse de mi Millie Mouse, como suele llamarla Joy.

De hecho, en un principio no tenía intención de tocarla, más allá de unos besos inofensivos delante de mi familia. Pero las cosas se me fueron de las manos. Desde el primer beso, con ella ha sido diferente a lo que he tenido con cualquier otra chica. Me recuerda un poco a mi época con Lisa, solo que mucho mejor. El sexo con Millie es cada vez más intenso, porque ya va sabiendo lo que quiere y no duda en decírmelo. ¡Y joder! Cuando se deja llevar, es pura dinamita.

La puerta del baño se abre de golpe y levanto la cabeza.

—Ya estoy, pesado… ¿Qué te parece?

Millie gira sobre sí misma. Cierro los ojos y los abro para asegurarme de que esto es real.

—¿Quién eres y qué le has hecho a Millie?

Se ríe alegremente y me guiña un ojo.

—¿Sorprendido? —me pregunta y yo asiento con la cabeza.

—Mucho más que eso… —admito—. Joder, estás deslumbrante.

—¿Deslumbrante?

Millie se ríe una vez más y se pone la pulsera.

—Pensé que este vestido sería lo suficientemente sexy. ¿Estás de acuerdo?

¿He mencionado alguna vez que esta chica es una descarada cuando coge confianza?

Millie está increíble. Si le dijera a alguien del campus que esta preciosa joven y la Millie que vemos en Lincoln son la misma

persona, se reiría en mi cara.

Joder, qué buena está…

El vestido rojo brillante que lleva tiene un sutil escote que deja entrever sus pechos. Dos finas cadenas de oro a cada lado le sirven de tirantes. Pero lo que más me llama la atención es la abertura de la tela en su pierna izquierda, que le llega hasta la cintura. Se ha planchado su precioso pelo marrón y ahora sus mechones caen de forma hipnótica sobre sus hombros. Se ha maquillado de una forma mucho más llamativa y excitante que de costumbre.

—Vaya… Estás preciosa —le digo mientras me acerco a ella.

—¿Entonces te gusta? —pregunta tímidamente, mientras me sonríe.

—Sí —suelto, desesperado, tirando de su mano hacia mí—. Me gusta mucho. Y ni se te ocurra volver a decir que no eres sexy. Estás increíble, joder.

—Tú también estás bastante sexy —responde, tocándome el dobladillo de la solapa.

Sus mejillas adquieren un ligero rubor que hace juego con el fabuloso vestido que lleva. Me dan ganas de cogerla en brazos y tumbarla en la cama que tenemos detrás.

—Voy a ponerme los zapatos y nos vamos, ¿vale?

—De acuerdo —digo y la suelto.

Millie pasa por mi lado y jadeo cuando la veo de espaldas. El puto vestido tiene una abertura en la espalda que le llega hasta la rabadilla.

Al verla, se me pone dura e intento acomodármela en los pantalones del traje. Por delante, es un diez, pero al verle la espalda, no creo que pueda aguantarme mucho más. Es imposible que lleve sujetador debajo. No creo ni que lleve uno sin tirantes, o esa especie de copas que se pegan a las tetas para sujetarlas. ¿Y qué coño pasa con las bragas? Echo otro vistazo a la abertura, que no llega hasta el punto de tener que cubrirlas. Además, el vestido es ceñido… ¿Significa eso que no lleva bragas?

—¿Darren? —dice Millie, risueña—. ¿Estás soñando despierto?

—Pues sí, para qué mentir.

La agarro y la estrecho contra mí, y pongo la mano en su espalda desnuda. Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Llevas algo debajo?

—¿A qué te refieres?

—Ya me has oído.

Deslizo la mano derecha por su cadera hasta la abertura del vestido.

—¿Qué estás haciendo? —exclama Millie, agarrándome de la muñeca cuando intento meter la mano por debajo de su vestido.

—¡Darren! Darren, para…

—Solo quería asegurarme de que llevabas bragas debajo —respondo con indiferencia.

—Claro que llevo bragas. Del color de mi piel y muy apretadas.

—Yo también tengo algo que me aprieta —murmuro y la beso —. Joder, es que estás tan buena y ese escote… Me cago en todo. No voy a sobrevivir a esta noche.

—Claro que vas a sobrevivir, idiota —responde ella, y luego parpadea un par de veces—. Respira hondo e intenta controlarte. Ya está.

Sus labios se deslizan por los míos y se aprieta contra mi cuerpo. No sé si lo hace a propósito. De normal, me cuesta interpretar su forma de actuar. Con otra chica, no dudaría que se me está insinuando, pero conociendo a Millie, fijo que no sospechará que me encantaría tumbarla boca abajo en la cama y follármela duro por detrás. Pero no puedo hacerlo ahora por falta de tiempo, y no sé si podré hacerlo en un futuro muy cercano. Aún no está preparada.

—Tenemos que irnos —le ordeno y la empujo—. Menos mal que llevas bragas.

—¿Por qué no iba a llevar bragas? —pregunta, molesta—. Eso es un poco asqueroso, ¿no? Y antihigiénico.

—Sí, qué tonto soy… —respondo frívolamente.

Ella entrecierra los ojos y lo le contesto:

—Pero supongo que no llevarás sujetador, ¿no?

—No, pero no te preocupes, me he puesto un par de pezoneras.

Millie pone los ojos en blanco y suelta:

—Bésame, neandertal…

—Sí soy. Bueno, no puedo negarme a un beso tuyo —respondo, mientras nuestros labios se acercan.

Cuando se aparta y coge su iPhone y su bolso de la cama, saco mi móvil del bolsillo trasero y le hago un gesto con la mano para que se acerque.

—Ven aquí, anda —le digo.

—¿Qué haces?

Sin mediar palabra, la empujo hacia el espejo del suelo al techo que hay en la esquina de nuestro dormitorio. Le rodeo la cintura con el brazo libre y la atraigo hacia mí. Millie se pone de lado a mi vera, con la pierna que tiene la abertura del vestido en primer plano. Me pone la mano izquierda en el pecho. Sonreímos y saco una foto de los dos.

—Luego me la pasas, ¿vale? —me dice, y yo asiento con la cabeza.

Primero la envío a la conver grupal con Tyler, Jake y Denver.

***Darren**: ¡Mi cita de esta noche!*

Luego escribo un montón de emojis de llamas.

***Tyler**: ¿Disculpa? ¿Esa es Millie?*

***Jake**: Pero bro, ¿qué le has hecho?*

***Denver**: Lol[1], Sienna lo está flipando.*

***Tyler**: ¡No solo Sienna! ¡Luce tremendo pibón!*

Al principio me río, pero cuando leo el mensaje de Tyler, se me forma un nudo en la garganta. Siento una necesidad imperante de dejarles claro que es mía. Millie me mira y levanta las cejas.

—¿De qué te ríes? —pregunta con curiosidad.

—A los chicos les encanta tu conjunto —le digo guiñándole un ojo.

—¿Qué has hecho? —grita, y me quita el iPhone para mirar la foto—. Joder, Darren... No hagas eso, que me siento incómoda.

—¿Pero qué dices?

No entiendo por qué se pone así. Le quito mi móvil y le digo:

—Estás preciosa. Deberías saberlo.

—Por favor, pregunta la próxima vez…

Millie intenta sonar severa, pero no lo consigue. Sonrío, la acerco y la beso:

—No te preocupes, te pasaré la foto.

—No es por eso —responde con un suave suspiro—. Me veo tan diferente en ella…

—¿Y eso es malo? —pregunto, inclinando ligeramente la cabeza.

Millie se encoge de hombros.

—¿Nos hacemos otra? ¿Sin que se te vean las piernas, quizá?

A Millie le gusta su cuerpo. De hecho, estoy seguro de que no tiene ningún problema con él. Ahora solo le queda asumir que es sexy.

—Sí —dice Millie, y yo le sonrío.

Vuelve a acurrucarse contra mí y yo levanto el iPhone, y entonces hago un selfi. La foto ha quedado preciosa, incluso más que la del espejo, porque salimos riéndonos a carcajadas y parecemos infinitamente felices.

Y por extraño que parezca, así es como estoy: ¡feliz!

—Me gusta —dice ella—. Salimos muy contentos.

***

—Vaya, estás despierta… —le digo cuando vuelvo al dormitorio a la mañana siguiente.

Después de la cena y la fiesta que siguió, caímos rendidos en la cama. Mi sueño de arrancarle ese vestido rojo y follármela hasta el amanecer se quedó en nada. Pero ahora que lo veo ahí, tirado en

la silla de la esquina de mi habitación, la escena se reproduce en mi mente.

—Mmm… —balbucea, mientras se estira bajo las sábanas—. ¿Te has dado una ducha ya?

—Sí —digo, acercándome a la cama.

Millie recorre mi cuerpo con la mirada y yo me dejo acariciar por sus preciosos ojos. Me gusta que cada vez sea más abierta. Apenas queda rastro de la joven tímida de nuestro grupo. Si alguien me hubiera dicho hace unas semanas que esta era la verdadera Millie, no lo habría creído.

Con la toalla enrollada alrededor de las caderas, me detengo frente a ella y me apoyo en el colchón. Me inclino hacia Millie y la beso suavemente. Me pone la mano en la mejilla y me devuelve el beso.

—Vuelve a la cama, por fa… —murmura—. Aún estoy demasiado cansada para levantarme.

Me alejo y dejo caer la toalla. Como era de esperar, aparta la mirada. No puedo evitar reírme y vuelvo a inclinarme sobre ella. Millie me mira la polla. No puede contenerse.

—No seas tímida… —le susurro—. Ya la has visto antes, en todo su esplendor.

—Cállate y métete en la…

Millie no acaba la frase, porque de repente, la puerta se abre de par en par. Inmediatamente, me incorporo para ver quién se atreve a interrumpir mi polvo mañanero. Dana está en la puerta, mirándonos.

—¡Ay, no! —grita—. ¡Perdón, perdón!

No necesito ser adivino para saber qué se le pasa por la mente a mi hermana. Me pongo de pie, aún desnudo e inclinado sobre mi chica. Estaba dispuesto a seguir besándola, pero una mirada de Dana corta de raíz el deseo que siento por Millie. Mi hermana está blanca como la nieve, llorando y temblando.

—¡Dana! —grita Millie, saltando de la cama—. ¿Qué ha pasado?

Me tambaleo hacia atrás y me tapo. Mi hermana no necesita verme la polla ahora mismo. Corro a mi maleta, saco un par de

bóxers y me los pongo.

Mientras tanto, Millie abraza a Dana y la empuja al pequeño sofá de nuestro dormitorio. Yo me siento en la mesa, frente a ella.

—Yo… No quería molestaros, pero es que…

—No molestas —le aseguro, cogiéndole la mano—. ¿Qué ha pasado?

Por desgracia, me lo veo venir. Willmore debe de haber hecho algo horrible para que mi hermana finalmente abra los ojos. Por suerte, ha sido justo a tiempo. En realidad, si no estuviera así de jodida, le estaría agradecido a ese puerco, porque mañana, ella le habría dado el «sí quiero». En fin, se suponía que iba a ser el mejor día de su vida, pero aquí estamos.

—Deja que te traiga un poco de agua —dice Millie, mientras se levanta.

Asiento con gratitud. Es importante que Dana mantenga la calma, con independencia de lo que tenga que decirme.

—Dana —susurro mientras me siento a su lado—, ¿qué ha pasado?

—Ayer... ayer todo iba bien —solloza—. La cena fue agradable y... y realmente pensé que se había acabado lo de tomarme el pelo.

Dana solloza más fuerte y su llanto se intensifica cuando Millie vuelve del baño con un vaso de agua y se sienta en la mesa frente a mi hermana.

—Toma —le dice—. Bebe un poco.

—Gracias.

Dana coge el vaso y continúa:

—Yo... Bueno, no quiero molestar, pero... No sabía a quién acudir.

—Que no molestas —digo inmediatamente—. No pasa nada.

—Te acabo de ver desnudo encima de tu novia —susurra Dana —. Por favor, no me digas que no molesto, porque…

—Bueno —me encojo de hombros—. Técnicamente, cinco minutos más tarde habría sido peor…

—Cállate un rato, Darren. Da igual, en serio —dice Millie, con dulzura, ahora que se dirige a mi hermana—. Dinos qué ha pasado.

Dana sonríe brevemente y la mira.

—Yo… Bueno, no sé si Darren te lo ha contado, pero Willmore me ha engañado alguna que otra vez…

Me encantaría reírme despectivamente, pero Dana no se lo merece. Ya está bastante mal, y al oír cómo se refiere a lo que ocurrió en el pasado, todo mi cuerpo se tensa.

—Ayer me retiré poco después que vosotros, porque hoy tenía un par de compromisos. Tenía la prueba final del vestido, el peinado y el maquillaje. En fin, tengo que estar en todo. Willmore quería quedarse y le dije que vale.

Dana sacude la cabeza y rompe a llorar de nuevo.

—Cuando me he despertado, no estaba en la cama. Al principio pensé que ya se habría levantado o que estaría en el baño. Pero no estaba, así que fui al comedor y pregunté por él. Nadie lo había visto. Después de eso... Empecé a preocuparme. Su hermano tampoco sabía dónde estaba.

Intercambio una mirada furtiva con Millie. Esto tiene mala pinta… Millie frunce los labios y mira a Dana con compasión.

—Bueno... Pues fui a una de las casas de invitados a hablar con Emma.

Trago saliva. Conozco a la mejor amiga de Dana desde la infancia. Eran inseparables. Aunque puedo adivinar lo que viene a continuación, no quiero oírlo. ¿Emma y Willmore? No puede ser verdad. No se habrá atrevido a acostarse con su mejor amiga… O peor me lo pones, Emma no se habrá atrevido a acostarse con él, ¿no? Solo de imaginarme a Tyler tirándose a Millie, me hierve la sangre.

—Entré y... y bueno, al ver la ropa tirada en el salón, me extrañé, pero no pensé que... Bueno, a Emma le gusta divertirse.

Dana se ríe amargamente y yo aprieto los labios. Sé muy bien que a Emma le gusta el roneo. Me he acostado con ella muchas veces. Y Willmore, ese cerdo asqueroso, parece que también.

—Y entonces... entonces lo vi, allí tumbado… con ella. Mi prometido, mi... mi futuro marido y... mi mejor amiga.

Dana llora, desconsolada, e intenta secarse las lágrimas con dejadez.

—Oh, Dana… —dice Millie, abrazándola—. Lo siento mucho...

—Es solo que… ¡He sido tan tonta! ¿Cómo he podido estar tan ciega? —dice, enfadada—. Le he contado a Emma lo que Willmore me ha hecho en más de una ocasión. Ella sabe que nuestra relación no iba muy bien y ahora resulta que se acuesta con él.

Aprieto las manos y me pongo de pie. No aguanto más esta mierda. No puedo imaginarme lo que debe sentir mi hermana. Dana está hecha polvo, pero encima, todo esto ha pasado el día antes de su maldita boda. Claro que quería impedir que se casaran, pero no de este modo. No el día de antes, y mucho menos por culpa de su mejor amiga y el inútil de su prometido.

—¿Qué pasó después? —pregunto, y Dana y Millie me miran.

—Willmore se acercó a mí y yo intenté alejarlo —dice Dana entre sollozos—. Le di una bofetada y él... también me dio una a mí. Luego dijo que más valía que me fuera acostumbrando, que era algo normal para un hombre.

Sin decir ni pío, me levanto de sopetón, salgo de la habitación y me dispongo a pegarle una paliza a Willmore. ¿Qué coño se cree el muy gilipollas?

—¡Darren! —grita Millie, pero la ignoro—. ¡Para! ¡No sirve de nada ponerse violento!

Claro que no va a servir de nada que le pegue un puñetazo en la cara, pero no puedo dejarlo estar. No solo lleva años humillando a mi hermana, sino que ahora se atreve a ponerle la mano encima por sus propios errores de cerdo asqueroso. Esto ha ido demasiado lejos. Pienso vengarme dándole una somanta de puños.

Corro por el pasillo y bajo las escaleras, donde me encuentro con mi padre a mitad de camino.

—¿Dónde está? —suelto, mirándole fijamente.

El abuelo aparece detrás de él y me mira con cierta severidad.

—¿Por qué estás tan de mala uva? —me pregunta mi padre, en lugar de ser útil—. ¿Y a quién buscas?

—A Willmore —respondo—. ¿Dónde está ese cerdo?

—Darren, no…

Dana está de pie junto a las escaleras con Millie. Mi hermana me grita:

—¡Basta, por favor!

Dana está hecha un lío y mi novia... Pero ¿qué hostias digo? ¿En qué estaba pensando? Millie no es mi novia, y estoy harto de toda esta farsa que ha durado días, semanas, incluso. Todo ha sido un error. La boda, el viaje, lo que ha pasado entre nosotros... Pero me ocuparé de eso más tarde.

—Bueno, —le digo—. ¿Alguien me va a decir dónde está Willmore?

—Te está esperando en el comedor —responde irritado mi padre, y yo me planteo brevemente si pegarle también un puñetazo.

¿No se da cuenta de lo que está pasando o no quiere porque teme las consecuencias?

Sin decir nada más, paso por su lado y me dirijo al comedor.

---

[1] Por sus siglas en inglés, *laugh out loud*. Es una expresión que utilizan los jóvenes (generalmente en WhatsApp o las redes sociales) para expresar que algo les hace reír, pero cuyo uso ha evolucionado hacia la incredulidad o el sarcasmo.

15

Millie

Darren no consigue calmarse. Dana y yo intentamos seguirle el ritmo, quizá para evitar el desastre que se avecina. Pero cuando llegamos al comedor, ya es demasiado tarde. Darren ha agarrado a Willmore, que con sus vaqueros blancos y su polo, parece un niño pijo a punto de salir a jugar al golf. La señora Andrews grita mientras su hijo agarra a su futuro yerno y lo estampa contra la mesa. Los platos caen al suelo y la comida vuela por todas partes.

Dana grita, detrás de mí. Su padre y su abuelo hacen lo mismo.

—¡Hijo de puta! —grita Darren, mientras golpea a Willmore en la cara—. ¡Te voy a matar, imbécil de los cojones!

Luego le pega dos puñetazos más. Se oye un par de huesos crujir, pero Darren no se detiene, ni siquiera cuando su madre le grita. No es posible que esto esté pasando. La sangre brota de la nariz de Willmore y Darren vacila ante los gritos de su madre. Willmore aprovecha el despiste y le golpea. Darren retrocede, pero Willmore se levanta de un salto, le golpea varias veces y luego le da un puñetazo en la nariz. Ahora él también sangra.

—¡Basta! —grita Dana, empujándome para interponerse entre ellos.

Darren se detiene inmediatamente y mira a su hermana.

—Parad de una vez, por favor…

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero la furia de su hermano es implacable.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Darren se limpia la sangre con agresividad.

—¿Ha sido la primera que te ha puesto la mano encima, o ese cabrón te ha pegado antes?

—Ha sido la primera vez —dice Dana, sujetando los puños de Darren—. Para, por favor.

—Sí, para un poco —dice Willmore, y luego tose para escupir la sangre que tiene en la boca—. No vas a conseguir nada así...

—Cállate —gruñe Darren—. He aguantado esta mierda durante demasiado tiempo. Debería arrancarte la polla de cuajo.

Entiendo su ira y desesperación, pero esto no nos lleva a ninguna parte. No solo está haciéndole daño a su hermana; también se está haciendo daño a sí mismo.

Willmore tiene la nariz desencajada y el ojo izquierdo hinchado.

—¿A qué viene todo esto? —pregunta de repente la señora Andrews.

Cada vez estoy más cabreada con esta tía. Tiene que haberse dado cuenta de que la situación ha ido a peor.

—¿No puedes comportarte por una vez, Darren?

—¿Pero qué...?

Darren sacude la cabeza y aparta las manos de su hermana.

—Venga, díselo. Díselo de una vez… —dice, mirando a Dana.

Ella respira hondo y se vuelve hacia su madre.

—He pillado a Willmore en la cama con otra —le dice entre lágrimas—. Con Emma, para ser exactos. Y cuando me he enfrentado a él, me ha pegado.

—Con...

La señora Andrews se queda callada para procesar las palabras de su hija. Palidece de inmediato, pero no me creo que ella también haya estado tan ciega ante el comportamiento de Willmore todos estos años. Después de un instante en silencio, grita:

—¡Fuera de mi casa, desgraciado! Siempre te he apoyado, ¡pero esto es demasiado!

Willmore parpadea. Hasta ahora, nunca había tenido problemas con su futura suegra. Parece que le afecta su reacción. Me alegro de que, al menos, ella esté de parte de sus hijos. Sobre todo por Darren, porque hace tan solo unos segundos, le estaba echando la bronca.

De repente, el abuelo de Darren se sitúa junto a Willmore y le agarra de la parte superior del brazo.

—Ya has oído a mi nuera. Sal de esta casa ahora mismo y no vuelvas a acercarte a Dana —le dice, amenazante—. O que te rompa la nariz será el menor de tus problemas.

Willmore jadea, indignado, pero luego se da la vuelta y se aleja a toda prisa.

Paso por delante de Dana en dirección a Darren y lo agarro del brazo. Él sigue en calzoncillos, y yo, en pijama. Podríamos estar desnudos en la cama, haciendo el amor, pero en lugar de eso, estamos aquí abajo, después de que él y su cuñado se hayan pegado.

—Venga, vamos a subir a la habitación —susurro—. Voy a curarte, anda...

Darren no dice ni una palabra, pero yo le cojo de la mano y, sin perder ni un segundo, lo arrastro escaleras arriba. Al salir del comedor, pasamos junto a su abuelo y su padre, que no ha dicho nada aún. Su madre sigue sin habla. No sé si está bien sacarlo de allí y dejar a Dana sola, pero no hay nada más que pueda hacer por su hermana.

Subimos en silencio las escaleras hasta nuestra habitación. Una vez allí, empujo a Darren encima de la cama y voy al baño. Abro el grifo y pongo una pequeña manopla de baño justo debajo del chorro. Luego vuelvo a la habitación con ella y una toalla seca en la mano.

Darren está sentado en la cama mirando su iPhone.

—Hola, guapo —le digo y me mira—. ¿Quieres que cure esa herida?

—Si la cura de la que hablas es un revolcón en pleno suelo, sí.

Darren sonríe y me pone a horcajadas sobre su regazo. Dejo la toalla a nuestro lado y le limpio la sangre de la nariz y el labio con la manopla húmeda. Darren me deja hacerlo sin abrir la boca.

—Puedes pillarte el vuelo de vuelta esta noche, si quieres —dice de repente, y al principio creo que no le he oído bien.

—¿Por qué? —le pregunto, y reculo un poco para mirarle—. De todas formas, nos vamos pasado mañana.

—Yo no voy, no —dice apretando los labios.

—¿Qué quieres decir con que no vienes? —pregunto, dando toquecitos con la toalla para secar sus heridas.

Darren me agarra la mano para detenerme en seco.

—Yo me quedo —dice con firmeza—. Dana me necesita. Toda su vida se ha ido a pique y…

—Entonces yo también me quedo —le digo—. No quiero dejarte aquí solo.

—No —dice con rudeza.

El corazón me late en pleno estómago. La frialdad de su voz me deja de piedra.

—Tienes los exámenes y yo… tengo que hacer esto... Solo.

No sé qué decir, así que me levanto de su regazo. Su rechazo me golpea con fuerza. Para mí, ya habíamos superado lo de cerrarnos al otro cuando las cosas iban mal. No le entiendo. ¿Me he estado imaginando lo que ha pasado entre nosotros estos últimos días? No puede ser. Puede que no tenga la experiencia que tienen otras, pero no soy idiota.

—Tengo el primer examen la semana que viene —le recuerdo —. Quiero quedarme, Darren.

—Te he dicho que no —responde con dureza, y luego se pone de pie para poner distancia entre nosotros.

Le miro sin entender lo que sucede.

—¿Y qué vas a hacer aquí? Tu hermana está destrozada y seguro que quiere que la dejen en paz.

—¿Y quién se va a encargar de avisar a los invitados de la boda, de limpiar la mierda que Willmore se ha dejado en nuestra casa, de ayudar a Dana a mudarse? ¡Vivían juntos, Millie! ¿Te crees que eso lo va a hacer mi madre? Estará ocupada intentando salvar el estatus social de mi hermana en cuanto se le pase el instinto maternal. No te creas que estará ahí para rescatarla.

—Bueno, vale, pero ¿y tu abuelo y tu padre, qué? —digo, y miro a Darren, interrogante—. No quiero dejarte aquí solo. No es que quiera meterme en tus asuntos familiares, pero cuando pasa algo así, necesitas a alguien a tu lado.

—Soy un tipo duro y valiente, nena.

Darren tira de mí para acercarme. Le rodeo con los brazos desesperadamente, con la esperanza que no me eche. Pero es en vano… Ha dejado claro que ya no me necesita aquí. Yo solo era un medio para dar el pego una boda que ya no se celebrará.

Me rompe el alma que toda esta realidad paralela se haya esfumado de repente, pero un final doloroso es probablemente mejor que un sinfín de dolor.

Dana debe sentir lo mismo.

—Bueno... Voy a hacer las maletas —murmuro, resignada, y me alejo de él.

Me doy la vuelta para que no vea que estoy a punto de llorar. No quiero irme, pero no me deja otra opción. Sin mirar a Darren, voy al baño para vestirme y tener un momento a solas. Todas las cosas maravillosas que hemos vivido juntos, las conversaciones que hemos tenido... No me creo que quiera tirarlo todo por la borda. Lo que pasa es que ahora está completamente fuera de sí.

—¿Quieres que te pille el vuelo de vuelta? —dice, desde la habitación, pero no contesto.

Se me saltan las lágrimas. Por un momento, creí que todo iría de maravilla, pero mira qué desastre... Darren continúa:

—Bueno, te pillo el billete y, si quieres, puedo llevarte al aeropuerto.

La tristeza da paso a una ira descontrolada en cuestión de segundos. Me doy la vuelta y abro la puerta de sopetón. Darren sigue de pie en medio de la habitación, con el iPhone en la mano, esperando mi respuesta.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —exclamo—. ¿Quieres que me vaya sin más? De ahí lo del vuelo, ¿no?

—Pero pensaba que…

—¡Pues no pienses tanto! —le grito—. ¿Por qué me haces esto? A lo mejor estaba equivocada, pero lo dudo mucho. No hace ni una hora que querías acostarte conmigo, ¿y ahora me echas de tu vida?

—No digas eso…

—¿Cómo que no? Es obvio que eran todo apariencias, ¿no?

Darren traga saliva y niega con la cabeza. Pero no quiero discutir con él. Será mejor que me reserve un vuelo, ¡porque me largo de aquí!

—No ha sido por las apariencias, pero ¿qué piensas hacer aquí?

Le ignoro, voy hacia mi maleta y empiezo a guardar mis cosas. Darren no dice nada más y me observa un rato hasta que no aguanta más.

De repente, me agarra de la mano y tira de mí hacia él.

—No han sido solo las apariencias, Millie —me asegura, intentando encontrarse con mi mirada, pero yo la evito—. Pero tengo muchas cosas de las que ocuparme ahora mismo y... eso lleva su tiempo.

—¿Crees que no lo entiendo? —le pregunto—. Claro que lo entiendo, Darren. Lo que no entiendo es que después de los últimos días y de todo lo que ha pasado entre nosotros... Bueno, ¿qué digo? Me has utilizado igual que a todas las demás.

—Yo no...

Darren frunce los labios. Parece que mi comentario le ha ofendido. Me mira en silencio unos segundos y luego grita:

—¿Cómo puedes pensar eso, Millie?

—¡No! ¿Cómo puedes echarme sin más? —le digo, furiosa.

Se queda callado y me doy la vuelta. Recojo mis cosas, mientras él se viste y reserva un vuelo a Chicago a última hora de la tarde. Tendré que pedirle a Sienna que venga a buscarme. No me apetece especialmente, pero no veo otra forma de volver a Lincoln.

—Tu vuelo sale a las cinco —dice Darren, como si no pasara nada—. Puedo acompañarte y…

—No quiero que me lleves —mascullo, y cierro la maleta—. Ya he pedido un taxi.

—Pero...

—Pero nada —le interrumpo—. Voy a despedirme de tu familia.

Ignorando a Darren, salgo por la puerta con el bolso en el hombro y bajo al salón. Parece que ya se ha calmado todo el alboroto de antes.

Los padres de Darren y Dana ponen cara de sorpresa cuando aparezco con el bolso, seguida de Darren con mi maleta.

—Millie…

Dana se levanta de un salto y se acerca a mí.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—Me voy a casa —le digo—. Quería despedirme y daros las gracias por vuestra hospitalidad.

—No te irás por lo de esta mañana, ¿verdad?

Dana me pregunta, preocupada, y mira a su hermano.

—No —le digo para tranquilizarla—. Ha sido un placer conocerte.

Sigue pareciendo abrumada, pero me estrecha en sus brazos.

—Ha sido un placer conocerte a ti también.

Dana se acerca a mí para abrazarme más y aprieta con fuerza. Luego, me susurra al oído:

—Espero que Darren vea lo que tenéis y luche por ti.

Sorprendida, la miro, pero ella solo me guiña un ojo y me libera de su abrazo. Yo también lo espero, pero estoy tan decepcionada con él ahora mismo que no quiero volver a verlo. Me ha utilizado, y ahora que ya no me necesita, me echa. No esperaba que fuera tan insensible como para arrebatarme mi virginidad y fingir que sentía algo por mí. No me lo esperaba ni aun viniendo de él.

—Es una pena que te vayas tan pronto, Millie —dice la señora Andrews—. Espero volver a verte pronto.

—Sí… —murmuro.

No sé qué más responder. El señor Andrews también se despide de mí de forma educada, pero algo distante. Esta familia no forma parte de mi vida, sí que me doy la vuelta y salgo de casa, ignorando a Darren.

Mi taxi está esperando en la entrada y Darren me sigue para darle al conductor el dinero del viaje y ayudarle a guardar mi maleta.

—Buen viaje —me dice de nuevo y me vuelvo hacia él—. Te llamaré cuando vuelva a Lincoln.

No digo nada, porque no sé qué pretende que le diga. No tiene por qué llamarme, y el hecho de que su familia esté de su parte

desmiente sus palabras. Como si eso no bastara para romperme el corazón, da un paso hacia mí. Darren se agacha para besarme, pero me doy la vuelta en el último segundo y oigo que jadea, asombrado.

—Ni lo intentes —susurro—. No quiero que me humilles más con toda esta farsa.

Me doy la vuelta definitivamente y subo al taxi. La puerta se cierra tras de mí y el conductor sube también.

—Arranque —le digo.

El taxista asiente y arranca el motor.

Miro a Darren por la ventanilla. Tiene los labios apretados y las manos en los bolsillos.

Se me saltan las lágrimas y me pregunto qué he hecho para merecer esto.

16

Darren

Dos semanas más tarde.

Entro en el establo para sacar a Hurricane de su cuadra y llevármelo a dar un paseo, como he estado haciendo casi todos los días durante las dos últimas semanas. Desde que se canceló la boda de Dana y Willmore, he pasado la mayor parte del tiempo en esta zona de la finca. Necesitaba alejarme del drama familiar.

Suspiro y me acerco a Hurricane para acariciarle la mancha blanca que tiene en la frente. El animal relincha suavemente y me da un golpecito con el morro en la mano. Nunca pensé que sería capaz de quedarme en Texas durante dos semanas seguidas, y mucho menos si tenía que convivir con mi familia, concretamente con mi madre, para qué mentir. Sin embargo, aquí estoy, y me siento como en casa.

El abuelo y yo informamos a los invitados de que se había suspendido la boda, y luego ayudé a Dana para que pudiera marcharse de casa de Willmore. Mi madre tuvo la sensatez de echarnos una mano, en lugar de regocijarse en la autocompasión (que ya es decir). Willmore se puso chulo y amenazó con presentar cargos contra mí, pero luego el abuelo le dejó caer que, si lo hacía, él le exigiría que le devolviera el dinero que había invertido en su empresa cuando empezó a salir con Dana. ¡Y sorpresa! De repente, jamás volví a saber nada de ese gilipollas. Dana va poco a poco a mejor, y a veces se ríe con las bromas que hacemos. Menos es nada, ¿no?

Mi padre ha estado intentando acercarse un poco más a mí. Habla conmigo y me pregunta por mi vida en Lincoln, algo que antes habría sido impensable. Anoche estaba practicando cómo lanzar el balón en el patio trasero, y él vino y se unió. No dijo ni mu. No me

acribilló a preguntas, ni me dejó caer que el fútbol no tiene ningún futuro. Solo disfrutamos de un momento padre e hijo.

Me siento a gusto en Texas, pero sigo echando de menos mi verdadero hogar, sobre todo a Millie.

Abro la cuadra de Hurricane y lo saco por el cabestro, para ponerle la silla y quitarle el ronzal de cabezada.[1] Es hora de prepararlo para el paseo.

Ahora que lo pienso, no sé por qué envié a Millie a casa. Cada vez que recuerdo la expresión de su rostro cuando fui a besarla por última vez junto al coche, se me rompe el corazón. No la rechacé porque lo nuestro no significara nada para mí, sino porque no sabía cómo afrontar que ella siguiera aquí después de lo que pasó con la boda.

Mi familia es tan peculiar, tan retorcida y desestructurada, que no quería que ella tuviera que lidiar con ellos. Apenas nos conocemos; solo nos hemos acostado unas cuantas veces. ¡Y han sido increíbles, por cierto! Así no es como me imagino empezando una relación seria con una chica. Sí, ya sé que soy un gilipollas y me he acostado con más chicas de las que puedo contar, pero con Millie… Bueno, quería hacerlo bien por una vez. Nada más lejos de la realidad, claro. Desde que se fue, todo ha ido de mal en peor. Los primeros días, ignoró mis llamadas y me dejó en leído. Ahora los mensajes no llegan ni a entregarse, ni tampoco consigo llamarla. Debe haberme bloqueado.

Tal vez debería admitir que he echado a perder lo que tenía con Millie, pero me está costando recuperarme del golpe.

Los estribos hacen un sonido metálico al chocar con las hebillas de la silla de montar, y yo aprieto la cincha de cuero del vientre de Hurricane.

—¿Estás listo, chico?

Mi caballo levanta la cabeza y yo lo conduzco fuera de la cuadra en dirección al patio, mientras Dana se acerca a Lady en la cuadra de enfrente.

—Hola —me dice, mientras intento erguirme sobre el lomo de Hurricane—. ¿Te importa si salgo contigo a montar?

—No —respondo, esperando a que me alcance—. En absoluto.

—Vale, genial —responde Dana—. ¿Vamos al lago?

—Sí, ¿por qué no?

Espoleo a Hurricane y Dana hace lo mismo con Lady. Cabalgamos uno al lado del otro en silencio y a un ritmo pausado.

—Gracias, Darren —dice de repente y yo la miro.

—¿Por qué? —le pregunto—. No tienes por qué dármelas.

—No podría haber superado las dos últimas semanas de no ser por ti —admite—. Estoy segura de que me habría planteado perdonarle…

—¡Dana! —exclamo indignado, mientras sacudo la cabeza—. ¿Estás loca? Ese cabrón no te merece. ¡Jamás lo ha hecho! ¿Por qué no le dejaste antes?

—No lo sé… —murmura, encogiéndose de hombros.

Dana parece muy triste. Es normal, teniendo en cuenta que su relación se ha ido al traste, pero diría que también está aliviada de no haberse casado con él. Comprensible, la verdad.

—Hemos estado juntos mucho tiempo, y yo... No estaba segura de querer tirarlo todo por la borda. También tenía cosas buenas, ¿sabes?

—Te engañaba constantemente, Dana. ¡Y al final acabó haciéndolo con tu mejor amiga! —gruño y la miro—. Y encima se atrevió a pegarte, cuando la culpa era solo suya. No te mereces eso, Dana. Nadie lo merece.

—Lo sé… —responde ella con rotundidad—. Ya lo he asumido. Más vale tarde que nunca, ¿no?

—Es cierto —digo, y le sonrío sinceramente.

Y yo debería aplicarme el cuento… No sé a qué espero para volver a Lincoln a toda prisa y hablar con Millie.

Dana y yo llegamos al lago y bajamos de nuestras monturas. Luego atamos los caballos a un árbol. Tal y como hicimos Millie y yo hace dos semanas, andamos por el muelle y nos sentamos en el borde, en la parte más honda del lago. Inmediatamente, mi mente viaja a aquella tarde, cuando nos dijimos lo que sentíamos el uno por el otro. Y, sin embargo, en menos de veinticuatro horas, lo eché todo a perder.

Anda que…

Me siento el muelle y doblo las piernas en dirección a mi torso, para apoyar los antebrazos en las rodillas. Dana se sienta a mi lado.

—¿La echas de menos? —me pregunta mi hermana, y yo asiento vacilante—. ¿Por qué le dijiste que se fuera?

—No lo sé… —digo, rascándome ligeramente la cabeza—. Después de hacer que Willmore entrara en razón…

—Le rompiste la nariz, Darren…

Mi hermana intenta sonar severa, pero no puede evitar sonreír de oreja a oreja después de recordar la escena.

—Está bien… —admito—. Después de ese pequeño altercado, Millie y yo subimos a la habitación. Una vez allí, se me fue la pinza. Fue como si no supiera cómo actuar, ahora que ya no teníamos que seguir fingiendo. Me costaba creer lo que sentía por ella…

—¿Cómo, cómo? ¿Que estabais fingiendo?

Dana levanta las cejas y luego sonríe.

—Mira, supe que había algo raro entre vosotros en cuanto la vi.

No puedo evitar reírme y asentir.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Porque era demasiado divertido verte enamorado de una chica que no encajaba con tu tipo.

—Ah, estupendo... Y no estoy enamorado de ella.

—¡Oh, venga ya!

Dana se ríe bien a gusto. Por primera vez en dos semanas, se ríe a carcajadas. No me encanta que sea en estas circunstancias, pero al fin la veo un poco más feliz, y eso es lo importante.

—La forma en que la mirabas y lo posesivo que eras con ella... No lo habrías hecho si solo hubiera sido una treta. Si no es tu novia, ¿quién es ella entonces, Darren?

Dana me mira y se aparta un mechón de pelo de la cara. Me encojo de hombros y digo con sinceridad:

—No lo sé. Millie es la mejor amiga de la novia de Denver, Sienna, y bueno, es de mi grupo de amigos en Lincoln, y por eso nos conocemos. Pero dudo que sea quien dice ser…

—¿A qué te refieres? —pregunta mi hermana, alzando las cejas.

—Antes de que nos conociéramos mejor a raíz de vuestra boda… Bueno, ya sabes a lo que me refiero. El caso es que pensaba que...

—Bueno, bueno, ¡para el carro!

Dana levanta la mano y se ríe.

—No sigas por ahí. Empieza por el principio y luego ya hablaremos de quién es o quién deja de ser.

—De acuerdo —digo, y luego respiro hondo y le sonrío. —Millie empezó empresariales en Lincoln el otoño pasado. Conoció a Sienna en una clase a la que iban juntas y se hicieron amigas. Así es como entró en nuestro grupo. En Lincoln siempre ha sido muy tímida, reservada y algo... aburrida. Pero siempre me ha impresionado lo mucho que sabe de fútbol. Pero bueno, muchas aficionadas entienden bastante de este deporte. En fin, con lo de tu boda, creí que ella sería la candidata perfecta para que mamá estuviera calladita. Además, necesitaba a alguien en quien pudiera confiar. Ella no fue mi primera opción, pero... Bueno, da igual. Es que Phoenix está en Europa.

—Tienes una forma muy extraña de encontrar el amor verdadero —suelta Dana con una sonrisa.

Al escuchar a mi hermana, pongo los ojos en blanco y luego sigo:

—Bueno, fui a verla para preguntarle si estaría dispuesta a ayudarme… Ella aceptó y, de repente, estábamos tan cerca el uno del otro... No llevaba la ropa aburrida de siempre, ¡estaba tan sexy…!

La recuerdo de pie frente a mí, con su top negro y sus *leggings*. No era un conjunto fuera de lo común, pero a diferencia de cómo solía vestirse, estaba preciosa.

—La besé... y nos acostamos.

—¿En serio? —pregunta Dana, incrédula, y luego pone los ojos en blanco—. ¿Tan rápido fue la cosa?

—Obvio, hermanita —respondo y omito que Millie era virgen.

Dana me descuartizaría si se enterara.

—Después de eso, surgió la chispa entre nosotros.

—Se llama amor a primera vista —dice mi hermana.

Ahora soy yo quien pone los ojos en blanco. Amor a primera vista, ¡qué tontería! Habría sido amor a primera vista si me hubiera enamorado de ella la primera vez que la vi. Pero no fue así. Solo me fijé en ella cuando la necesité. Siempre estaba ahí, pero tan lejos de mí... Cuando finalmente me digné a conocerla, descubrí que era genial.

Mierda, si es que no tengo arreglo... Esto no me puede estar pasando…

—Darren —dice Dana, mirándome cariñosamente—, no hay nada malo en que te enamores de ella aunque no te lo esperaras. Lo sabes, ¿no?

—Ya, supongo… —murmuro, mirando hacia el lago—. Siempre pensé que me gustaba mi vida en Lincoln, y me sigue gustando, pero Millie me entiende como nadie lo ha hecho hasta ahora. Además, sabe cómo comportarse en nuestro mundo. Por eso te digo que no sé mucho sobre quién es en realidad. Apenas habla de su familia y de su vida antes de la universidad, pero sé que nos parecemos más de lo que creíamos. Dana, sé que no quería irse…

Susurro la última parte porque me duele en el alma haberla echado.

—Lo sé —dice Dana con simpatía—. ¿Y entonces por qué le pediste que se fuera?

—No quería agobiarla con mis problemas.

—Darren, por Dios… —gime mi hermana—. Si fuera un tío, te daba una que te dejaba tonto, pero como no lo soy, tendré que aconsejarte.

Me río suavemente y ella me mira mal.

—No digas que no quieres agobiarla con tus problemas porque, hasta cierto punto, tus problemas también son los suyos. No puedo creer que tenga que explicarte lo que es tener pareja. Tienes veintidós años, chaval. Es normal que Millie quiera estar a tu lado, al igual que también lo estaba cuando todo iba bien. Pero tú, pedazo de inútil, la mandaste a casa en taxi.

—Sé que fue un error —refunfuño—. No hace falta que me regañes. Me ha estado ignorando desde entonces... ¿Estás contenta?

—Tiene más agallas de lo que pensaba.

—¿Y eso a qué viene? —pregunto, molesto.

—Viene a que esa chica sabe perfectamente lo que quiere y quién es —dice Dana—. Millie es de todo menos una niña tímida que se come con los ojos a la gran estrella de fútbol de Lincoln.

—Y a mí me gusta que me…

—Darren —me interrumpe Dana, y después me pega en el brazo—. Ni te atrevas a decirlo. Me importa un pepino tu vida sexual.

No puedo evitar reírme. No iba a soltar una guarrada, joder... Solo creo que la forma en que me mira Millie es preciosa. Siempre tiene ese increíble brillo en los ojos y me sonríe de la forma más sincera posible.

—No estaba pensando en sexo hasta que lo has mencionado —murmuro—. Gracias por eso, hermanita.

Eso me recuerda que no me he acostado con nadie en dos semanas y que necesito crónicamente echar un polvo. Me muero de ganas de hacérselo a Millie, pero mientras me siga ignorando, no creo que sea posible.

—¿Y ahora estás pensando en cerdadas?

Mi hermana se lo está pasado en grande.

Será cabrona…

Me mira, suelta una risita y luego dice:

—Perdón… ¡Lo siento!

—¿Qué vas a sentirlo, Dana? —digo, sonriente y le guiño un ojo—. ¿Y tú piensas mucho en eso?

—No desde que...

Dana se detiene y sacude la cabeza. Luego dice:

—Volvamos a Millie y a ti. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé —admito—. Mientras esté aquí, siento que no puedo hacer nada.

—Lo que te pasa es que tienes miedo.

Dana chasquea los dedos. Está empezando a desquiciarme que se ría tanto de la situación.

—¿Y qué si lo tengo? —digo, apartando la vista—. No quiere saber nada de mí.

—Pero ¿vas a rendirte tan pronto? —insiste Dana—. ¿Acaso te rendiste cuando pediste la beca, o cuando querías entrar en el equipo? ¿Lo echaste todo a perder cuando mamá y papá te dijeron que tenían otros planes para ti?

—Eso fue diferente…

—¿Por qué, Darren? —me pregunta Dana, mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Porque sabías que esta vez podía no salir bien?

—Sí, ¿vale?

Odio admitir que, con el tema de Millie, estoy acojonado. Pero tampoco puedo negarlo. Temo que vuelva a rechazarme. Le hice daño, y me di cuenta cuando ya era tarde, y ahora no tengo ni idea de cómo pedirle perdón. No se me da bien disculparme. Y cuando pienso en los patéticos intentos de Denver de hacer las paces con Sienna, me rayo e intento pasar del tema.

—Todo va a salir bien, ¿y sabes por qué? —dice Dana, sonriéndome—. Porque cuando le expliques a Millie por qué lo hiciste y por qué eres como eres, lo entenderá. Lo tengo clarísimo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¿No me habías dicho que erais más parecidos de lo que creíais?

—Sí, pero...—digo, sacudiendo la cabeza—. No sé si eso se aplica a todo. Quiero decir, sé que lo que aparenta en Lincoln dista mucho de la realidad. Pero no tengo ni idea de cómo es de verdad.

Dana asiente y se saca el iPhone del bolsillo del vaquero. La miro curioso, pero mi hermana no dice nada y teclea.

—La primera vez que vi a Millie, su cara me resultó familiar —dice mi hermana, y mis ojos se abren de par en par—. Al principio no sabía dónde la había visto, y se lo pregunté a Willmore, pero él tampoco se acordaba. En fin, estuve dándole vueltas varios días y al final, caí en la cuenta. Se parece a una antigua compañera mía.

Confundido, miro a mi hermana. Ella fue a Harvard. Los días en los que Millie viste bien, es probable que se parezca a la chica promedio de esa universidad. Millie no es una chica estadounidense de clase media, como demuestran su porte, su elocuencia y su forma de vestir. La ropa de que había en su maleta era mucho más cara de lo habitual. Una chica normal no podría permitirse esos lujos. Ni siquiera Dana y yo tenemos ropa tan cara. El vestido rojo, con el que aún sueño, lo confeccionó una joven diseñadora Chicago. Vamos, que ni de coña está al alcance de una chica de clase media. Durante nuestra conversación junto al lago, me dio ciertos indicios de a qué esfera pertenecía, pero no reveló lo suficiente de sí misma como para que yo dedujera quién era.

—Mira —dice Dana, enseñándome el móvil—. Aquí, a mi izquierda, está Maya McDonald.

Cojo el teléfono y miro a la belleza morena que está junto a mi hermana. Efectivamente, se parece muchísimo a Millie. Los ojos, la nariz, el pelo... Pero podría ser solo una coincidencia, ¿no?

—¿Bueno, y? —pregunto, mientras le devuelvo el móvil—. Sí, se parecen, pero ¿a dónde quieres llegar?

—Darren, hijo… —dice Dana—. ¿Y tú eres el que juega a fútbol?

—¿Qué tiene que ver esto con el fútbol? —pregunto, confuso —. ¿Te importaría explicármelo?

—Maya McDonald dirige desde hace un año la franquicia McDonald, que incluye a los Minneapolis Warriors —me explica mi hermana, y yo me enderezo de repente.

Conozco ese equipo del norte de Estados Unidos. Es uno de los mejores de la NFL, y todos los pollitos que quieren entrar en la liga sueñan con que los seleccionen. Los mejores jugadores del *draft* de cada año no tienen muchas posibilidades de acabar en ese equipo, porque siempre acaban seleccionándolos otros de una división menor.

—El club lo sigue dirigiendo su abuelo, Roger McDonald.

Dana me enseña una foto del anciano al que tanto conozco y respeto. Es admirable lo que ha conseguido en las últimas décadas. Toda su familia trabaja en el negocio, de una manera o de otra.

Roger lleva casi cuarenta años dirigiendo el club con estricta disciplina, o al menos eso nos cuentan internamente. Imagino que su hijo Harold tomará pronto el relevo.

—¿Y qué? —insisto—. Ve al grano, Dana.

—Maya me contó que tenía una hermana pequeña y, según se rumorea en Harvard, será ella quien suceda a su abuelo dentro de unos años. Supongo que, al final, se saltarán una generación —me dice Dana, mientras me enseña el iPhone—. ¿Y sabes cómo se llama esa chica? Millie McDonald. Enhorabuena, hermano, la chica de tus sueños es la futura dueña de un club de la NFL.

Le arrebato el iPhone a Dana y miro fijamente la pantalla. Todo esto me parece tan surrealista que me cuesta creerlo. Ahí está, mi Millie Mouse, en el Target Field, con su abuelo. La foto tiene menos de tres semanas. Debieron de sacársela en la época de los exámenes de la uni. Millie nos dijo que tenía que estudiar y que no podría venir a vernos. En realidad, no vino porque no quería que supiéramos que algún día será la dueña del lugar.

Pero ¿qué coño? ¡Millie va a heredar un club de fútbol!

Eso explica por qué le entusiasma tanto el deporte al que quiero dedicar mi vida. Ahora entiendo por qué se pone tan profesional cuando habla de fútbol con nosotros. Sabe tantísimo que podría poner en evidencia a algún que otro entrenador. Y bueno, no nos olvidemos de lo que me dijo sobre mi futuro. Sabe muy bien de lo que habla, porque algún día heredará ni más ni menos que un club de fútbol.

Madre mía, ¡me he enamorado de una de las jóvenes más ricas de los Estados Unidos!

---

[1] *N. de la T*. Un ronzal es una cuerda que se abrocha a la cabezada de cuadra por un extremo, y que se utiliza para poder guiar al caballo mientras el jinete no está montado en él.

17

Millie

Dos días más tarde. Lincoln, Illinois.

Por enésima vez, cierro la conver con Darren y tiro el iPhone sobre mi cama. Ha vuelto a Lincoln y quiere hablar conmigo. Han pasado más de dos semanas desde que me echó de su casa. Era más fácil evitar la confrontación cuando sabía que aún estaba en Texas. Pero ahora que ha vuelto a la ciudad, me siento fatal. Le echo de menos. Además, hoy es el cumpleaños de Joy y es inevitable: habrá que verse.

¡Maldita sea! No quiero echarle de menos, porque sé que él no me echa de menos a mí. Darren lleva dos semanas dándome la chapa para que no le cuente a nadie lo que pasó en su casa y cómo es su familia. No entiendo a su madre. A mis ojos, no se comporta como tal. Es una mujer frígida que solo se preocupa por evitar que deshonren a su familia. Le da igual si sus hijos sufren o no.

En los últimos días, he sentido la tentación de responder a sus mensajes para decirle de quedar. Me gustaría saber cómo está Dana y si ha superado la ruptura con Willmore. Pero no tengo el valor de preguntárselo a Darren. Estoy segura de que si le doy la mano, me cogerá el brazo entero.

Aún no logro entender por qué quiso echarme. Sospecho que él mismo no sabía cómo actuar. Puedo entenderlo, en cierto sentido. Tenía todo tan reciente, y allí estaba yo, rondando y exigiéndole una explicación por la forma en que me había tratado. No fue muy inteligente lo de pasar tiempo a solas y acostarnos una vez tras otra.

Bueno, esa es mi opinión. Lo quiero todo de él, y si no, mejor que no intente acercarse a mí.

¡Que te den, Darren Andrews!

No le conté a Sienna ni a Joy los detalles de mi regreso. Solo les dejé caer que me fui después de que se suspendiera la boda,

porque la familia tenía muchas cosas que resolver y yo tenía que estudiar. Afortunadamente, no lo cuestionaron y se dieron cuenta de que no quería hablar de ello. Desde entonces, intento borrar a Darren de mi vida, pero como era de esperar, solo ha funcionado a medias.

Aprobé todos los exámenes aunque apenas estudié. No podía dejar de pensar en Darren. Ese imbécil me vuelve loca. No se merece que piense en él, día sí, día también.

Salgo del pequeño baño de mi habitación, que me da grima, y me dirijo al armario. Por suerte, Amanda está con su familia en Alabama. Si estuviera aquí, no tendría ni un momento de paz. No dejaría de preguntarme por Darren y por el viaje a Texas. Conociéndola, es la última persona con la que quiero hablar del tema. Para eso, directamente me subo a una mesa de la cafetería de la uni y me pongo a gritar que nos acostamos.

El viaje a Texas también me enseñó que tengo que volver a ser yo misma, y dejar de jugar a ser la chica tímida. Por culpa de esa misma chica, me metí en todo este lío. Yo no soy así, y Darren tiene razón. No necesito esconderme. Mis amigos me quieren por cómo soy, así que no han sido solo imaginaciones mías.

No siempre he fingido, ahora que lo pienso. He conectado tanto con Darren que casi le revelo quién soy. A ver, puede que nunca sea capaz de relacionarme con los demás tan bien como Sienna. Si ella no se hubiera acercado a mí en aquella clase, no nos habríamos hecho amigas. Y está claro que jamás podré hablar de ciertas cosas con tanta franqueza como lo hace Joy, o cantarle las cuarenta a Darren como Phoenix hizo con Jake. Pero ya no quiero ser una ratoncita aburrida y callada.

Es hora de mostrarles a mis amigos quién soy realmente. Si se parecen en algo a las interesadas de mi insti, supongo que tendré que decirles adiós. También tendré que contarle la verdad a Darren en algún momento, si es que volvemos a hablar.

Me gustó mucho que dijera que era sexy. Me hizo sentir bien. Nunca había recibido un cumplido tan bonito de un chico, ni mucho menos de semejante bombón. Quiero esperar a esta noche para

decirles la verdad a Sienna y Joy. Prefiero estar segura. O tal vez lo estoy retrasando porque tengo miedo de cómo reaccionarán…

Alguien llama a la puerta y me saca de mis pensamientos. Enarco las cejas y pienso un segundo. No he quedado con nadie, ¿no? Quizá sea alguien que busca a Amanda. En fin, en cuanto se lo cuente a mis amigos, me mudaré a mi apartamento y me libraré de esa petarda buscona de una vez por todas.

Me pongo rápidamente la camiseta y abro la puerta. El corazón me late con fuerza y me entran ganas de pegar un portazo. De todas las personas que podían estar al otro lado, me encuentro a Darren.

—Hola —me dice, sonriente—. Has estado evitando mis llamadas y me has dejado en visto durante dos semanas, así que bueno, había pensado en pasarme por aquí…

Abro la boca y la vuelvo a cerrar, incapaz de responder.

¡Qué fuerte! ¿Cómo se atreve a presentarse aquí?

No puedo articular palabra, así que miro a Darren. Tiene la barba más larga que cuando me fui. Lleva una sudadera negra con el escudo de los Lincoln Tigers, unos vaqueros y una chaqueta bastante abrigada. Todavía hace mucho frío en Illinois.

—No tengo tiempo para esto —respondo, evitando su mirada —. Nos vemos luego, en el cumple de Joy.

Intento cerrar la puerta, pero él la bloquea con el pie.

—Por favor, Millie… —susurra—. Déjame que te explique lo que pasó…

—No quiero oír tu explicación —le digo, muy digna—. Entiendo que no me quieras en tu vida ahora que ya no me necesitas, pero…

—Pero ¿qué dices? Nada más lejos de la realidad —me interrumpe, y luego asoma la cabeza para echar un vistazo al estudio—. ¿Estás sola?

—Sí —le digo—. Pero no por eso voy a dejarte pasar.

—Bueno, si quieres grito lo que tengo que decirte en medio del rellano, y así todo el mundo podrá oírme —responde, con una sonrisa victoriosa en los labios.

Aprieto los puños. Tiene que estar de coña.

—¿Es eso lo que quieres, Millie? Estoy dispuesto a hablar de nuestra vida sexual con muuuuchos detalles…

Entrecierro los ojos hasta que casi lo pierdo de vista y respiro hondo. El muy gilipollas... Pues claro que no quiero que se ponga a gritar como un desquiciado.

—De acuerdo —cedo y doy un paso atrás—. Adelante…

—Gracias —dice Darren en voz baja y entra en la habitación.

Su loción de afeitado acaricia mis fosas nasales e intento no dejarme llevar por los recuerdos. Necesito pensar en otra cosa. Algo que no tenga que ver con Darren. Pero bueno, ¿en qué iba a pensar si no?

Después de cerrar la puerta, me doy la vuelta y me cruzo de brazos.

—¿Qué querías decirme? —pregunto, alzando las cejas.

—¿Cuándo te has vuelto tan enfadica? —dice, sonriente, pero enseguida sacude la cabeza al ver que no me río con su bromita—. Perdona…

—Estoy furiosa, Darren —le contesto, levantando las manos en señal de exasperación—. La palabra «enfado» se me queda corta. Me pediste que te acompañara a casa de tu familia. Te acostaste conmigo y me dijiste que te gustaba. ¿Por qué leches me echaste de casa y me alejaste de ti cuando más me necesitabas? Me dijiste que me comportara como la verdadera Millie, y eso hice. Supongo que eso tampoco te gusta, así que, ¿qué quieres de mí, Darren? ¡Dímelo!

Me mira con los labios apretados y, justo cuando estoy a punto de decir algo más, me agarra con fuerza y me empuja contra él. Jadeo de asombro cuando su brazo izquierdo me rodea la cintura y me hace presa de su agarre. Su mano derecha se desliza por mi cuello.

—A ti, entera —murmura, lamiéndose los labios—. Te deseo con locura, y eso me aterra. Yo nunca... Quiero decir... Jamás había sentido…

Darren se calla un instante y cierra los ojos.

—Estoy enamorado de ti, Millie.

Me sobresalto, porque no puedo creer lo que está diciendo. Darren esboza una sonrisa tímida y sigue mirándome. Busco el

rastro de la mentira y la maldad en sus ojos, pero no las encuentro.

Está diciendo la verdad.

—¿Qué pasa? —me pregunta, y su mano pasa de mi cuello a mi mejilla.

Me la acaricia suavemente con el pulgar y luego dice:

—¿No me crees?

—Sí, te creo —respondo apresuradamente—. Solo lo estoy… procesándolo.

—¿Por qué? —dice, sonriente—. ¿No querías que te dijera la verdad?

—Sí, claro… —digo, mientras respiro hondo y le miro a los ojos —. Es que me ha pillado por sorpresa que tú también sientas algo por mí…

—Lo entiendo. No es que me haya portado muy bien contigo.

—No. Para nada… —digo, mientras me apoyo en él—. Y para que lo sepas, yo también estoy enamorada de ti. Y ahora que te conozco mejor, podría decirse que incluso más que antes.

—¿Estabas enamorada de mí antes? —me pregunta, sorprendido.

Pongo los ojos en blanco. Creo que, en el tema del amor, este chico no tiene muchas luces…

—Darren, hijo… —le digo—. ¿Por qué si no habría accedido a perder la virginidad contigo y a que me arrastraras a semejante circo? Pensé que, tal vez, si llegabas a conocerme un poco más, podría llegar a gustarte…

—Oh, nena…

Darren me coge la cara con ambas manos y me besa suavemente.

—Siento haber sido un imbécil durante tanto tiempo…

—No eras un imbécil —le aseguro, dejando que mis dedos bailen por su sien—. Simplemente vivías en la ignorancia.

—Bueno, eso no me hace menos imbécil —dice, y no puedo evitar reírme.

—Pero ahora ya has salido de la ignorancia… —digo, sonriente, e inclino ligeramente la cabeza—. Así que bésame, por fa.

—Buena idea —asiente, y luego aprieta sus labios contra los míos.

Anhelante, me rindo al beso y me acurruco contra él. Darren me agarra con fuerza. Sus manos me rodean la cintura y dejo que sus músculos se apoderen de mi cuerpo.

¡Maldita sea! He echado tanto de menos esto... Lo he echado de menos a él, vaya.

El beso se vuelve más apasionado y abro un poco los labios para que me meta la lengua. Las manos de Darren recorren mi cuerpo hasta llegar a mi culo y me coge en brazos. Me lleva hasta la cama y se sienta en ella, conmigo en su regazo.

Nos separamos y le miro. Me devuelve la mirada y vuelve a besarme.

—¿Cómo está Dana? —le pregunto como puedo, y él sonríe.

—¿Quieres hablar de mi hermana ahora que nos estamos reconciliando? —pregunta—. Me estás cortando un poco el rollo…

—Lo siento —murmuro—. Claro que no quieres hablar de ella. Solo he pensado que…

—Tranqui, no pasa nada. Está bien. Se lo está tomando de una forma bastante *chill*.[1] Me ha hecho prometer que te saludaría de su parte —dice, sonriente— y me dijo que le encantaría volver a verte.

—A mí también —respondo, contenta.

Pero por ahora estoy feliz de tener a Darren conmigo y no tener que evitarlo toda la noche.

—¡Mierda! —exclamo y él abre mucho los ojos—. ¡La fiesta!

—¿Qué pasa? —pregunta, irritado.

Quiero levantarme, pero Darren me agarra con fuerza por las caderas y me vuelve a sentar en su regazo. Me aprieta con tanta fuerza que puedo sentir su sexo duro debajo de mí. Su miembro presiona contra la tela de sus vaqueros, deseoso de salir a mi encuentro.

—La fiesta de Joy... —le explico—. Bueno, quiero decir… ¿Qué hacemos?

Darren frunce las cejas. No parece entender lo que quiero decir. Pero es evidente, ¿verdad? Le estoy preguntando si estamos

juntos o no. Normalmente es lo que se suele hacer cuando dos personas se enamoran, ¿no? Bueno, y de paso, me gustaría saber si vamos a ir a la fiesta ya o qué. Me muerdo el labio y le miro con ojos ansiosos, porque aún no ha dicho nada.

—¿Qué quieres hacer? —responde, con una sonrisa.

—Pues quiero… Ya sabes lo que quiero.

—Vale, ¿pues entonces, qué? —pregunta—. Millie, sé lo que quieres y yo quiero lo mismo, pero necesito que lo digas en voz alta.

—¿Por qué? —refunfuño.

Se ríe y me planta un beso en los labios. Tengo que acostumbrarme a esto. Estos besos, que ahora podemos darnos en cualquier momento, son nuevos para mí, pero eso no lo hace menos bonito.

—Porque es importante —dice—. Quiero que me digas lo que quieres hacer conmigo. Y así podremos divertirnos…

Con las últimas palabras, su voz adquiere un tono mucho más sosegado, y sus labios rozan mi cuello hasta llegar al lóbulo de mi oreja, que muerde suavemente. Ya me ha dejado claro que la fiesta le da bastante igual.

—Darren… —le regaño—. No cambies de tema. ¿Vamos a la fiesta o no?

—Te deseo, nena —susurra, mientras me quita la camiseta—. Llevo dos semanas sin pensar en otra cosa que en tu cuerpo y, no, no digas lo que se te está pasando por la mente…

—¿Qué crees que estoy pensando? —pregunto, levantando las cejas.

—No estoy aquí porque el sexo sea increíble, sino porque tú lo eres.

Sonrío, le miro y poso mis labios sobre los suyos. Le rodeo el cuello con los brazos y froto mi entrepierna con su sexo duro. Darren gime mientras me besa y me desabrocha el sujetador para bajarme los tirantes poco a poco. Me mira y me pasa las manos por el costado, hasta llegar a mis pechos. Sus manos los acarician suavemente. Siguen siendo pequeños, pero parece que a Darren le gustan, y cuando se agacha ligeramente y se lleva los pezones la boca, me olvido de lo demás.

[1] *N. de la T.* En inglés, el adjetivo *chill* hace referencia a alguien tranquilo. Los jóvenes lo utilizan habitualmente, como muchos otros anglicismos, y a veces se puede insertar en expresiones como «ir muy *chill*» o «estar de *chill*», que es similar a «estar de tranquis».

18

Millie

—¿Adónde vas?

Darren me atrae hacia él mientras intento levantarme de la cama.

—Quédate quieta —dice.

—Quiero arreglarme para la fiesta.

Me doy la vuelta en sus brazos y le miro, sonriendo. Los dos estamos desnudos y tumbados en mi pequeña cama, que ni siquiera es lo bastante grande para que quepa Darren. Me atrae hacia él y me pasa los dedos por mi espalda desnuda.

—¿Qué tal si nos quedamos aquí? —sugiere, besándome el hombro—. Creo que me merezco una buena bienvenida, ¿no?

—¿Una bienvenida?

Sacudo la cabeza al oír sus palabras y él aprieta su pelvis contra la mía.

—Darren, no.

Le pongo las manos en los hombros para alejarme de él. Cuando la parte superior de mi cuerpo se levanta ligeramente, él aprovecha y me cubre los pechos de besos.

—Apuesto a que Sienna y Denver también están follando sin parar —continúa sin pudor y yo pongo los ojos en blanco—. Las segundas partes pueden ser buenas…

—Lástima que hayamos quedado en una hora. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Vaaaaaale —gruñe y me suelta—. ¿Te quedas a dormir en mi casa esta noche?

Le miro, sorprendida, y asiento con la cabeza. Me gusta que quiera que me quede con él y que volvamos a estar tan unidos como en Texas. Además, la cama de Darren seguro que es mucho más grande. Ahora que lo pienso, nunca he estado en su habitación en Lincoln. Solo nos hemos acostado en mi cama.

—Nunca he estado en tu casa —digo, mientras le acaricio el pecho—. ¿Qué debo esperar?

—Una cama mucho más grande.

Darren sonríe y me roba un beso. Luego me da un azote en el culo, y me hace gemir.

—Venga, a arreglarse. Cuanto antes lleguemos a casa de Joy, antes podremos volver a casa —dice Darren.

Me río y salgo de la cama. Darren se pone de lado y me mira descaradamente mientras me pongo la ropa interior. Sorprendentemente, no me siento incómoda. Cuando estoy con él, pierdo la vergüenza, pero me da miedo que se le escape algo esta noche. Me pregunto cuánto sabrán los chicos…

Trago saliva y me muerdo el labio. La primera vez que nos acostamos, y más tarde, cuando lo hicimos varias veces en Texas, todavía no era algo oficial. Probablemente fuese una chica más en su lista. Me sube la bilis a la boca al pensar en él hablando de acostarse conmigo delante de los chicos.

—¿Millie? —dice Darren, que está de pie frente a mí—. ¿Va todo bien? Te has puesto blanca... ¿Te he hecho daño?

Me acaricia el culo en la zona en la que me ha azotado y niego con la cabeza.

—No —digo sinceramente, mientras le beso en el pecho—. Solo estaba pensando en los chicos…

—Vaaale —dice, levantando las cejas—, ¿y en qué estabas pensando exactamente?

—¿Se lo has dicho? —pregunto, mirándole con urgencia.

—¿Decirles qué?

—Lo nuestro... Quiero decir, ¿les has contado a Denver, Jake y Tyler lo nuestro?

—No. Bueno, no lo que te imaginas —me explica—. Estuve hablando con ellos sobre a quién llevar a Texas. Después de que nos acostáramos por primera vez, me rayé porque me di cuenta de que había sido algo más que un polvo para divertirnos… En fin, ahí se lo conté a Tyler.

—Ah —digo, simplemente—. Y... ¿qué dijo?

—No mucho —responde Darren—. ¿Qué se supone que iba a decir? Se cabreó conmigo por haberte dejado ahí sola…

—Sí, bueno, entiendo a Tyler. Y como lo vuelvas a hacer, no vengas a buscarme.

—Lo sé… —dice, sonriente, y me besa suavemente—. ¿Se lo has dicho a las chicas?

—Sí —digo—. Me echaron una de esas miraditas y… bueno, me derrumbé. ¿Te enfadas?

—No. —dice Darren, con sinceridad—. ¿Y tú, estás enfadada?

—No —respondo con una sonrisa—. Solo me daba palo que te burlaras de mi falta de experiencia. Te he oído hablar de las chicas con las que te acuestas de normal cuando estás con los chicos y…

—A ver, a ver, a ver… Las cosas, claras.

Suavemente, Darren me levanta la barbilla con el dedo índice y me mira fijamente.

—No eres uno de mis rollos de una noche; nunca lo has sido. Eras mi amiga. Y nosotros jamás hablamos de ello si nos acostamos con nuestras amigas. Bueno, vale, nadie lo ha hecho hasta ahora, excepto Denver. Pero él ya no habla de lo que hace en la cama con Sienna, al menos no como solía hacerlo antes. A veces, cuando soltamos una cerdada, asiente como para dar a entender que lo han hecho, para qué mentir. Pero no le preguntamos sobre lo que le gusta a Sienna. Sabemos que no querría hablar del tema. Así que bueno, lo que tú y yo hagamos en la cama no es asunto de Denver, Tyler o Jake.

—Gracias —digo aliviada—. Joy y Sienna fliparon un poco con lo nuestro.

—¿Cómo se supone que debo tomarme eso? —dice Darren, arqueando las cejas—. ¿Qué les has dicho?

—Uuuuh… ¿Te preocupa? —digo, burlona.

Él me da un codazo en el costado y yo confieso:

—Les dije que me corrí porque me lo comiste y... que no fue la última vez que hiciste que me corriera. Eso les impresionó y se quedaron flipando. Y luego les dije que me gustó mucho.

—¿Aunque te doliera?

Darren me mira con arrepentimiento y dolor, y asiento.

—Supongo que forma parte de la experiencia —digo, encogiéndome de hombros—. Pero después estuvo genial. Prometido.

Para recalcar mis palabras, le beso en los labios. Me guardo para mí el hecho de que Sienna me preguntara lo grande que era su pene.

Darren se ríe de repente, cosa que no entiendo. Habría esperado que se enfadara.

—Eres la mejor, ¿lo sabías? —se burla de mí y me roba otro beso.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque te has puesto en plan adorable, y ahora estoy cachondísimo. Me muero por tumbarte en la cama y…

—Pues lo normal, ¿no? —pregunto levantando las cejas.

—¿El qué?

—Pues... que cuando acabas de empezar con una persona, solo piensas en una cosa.

—Claro que es normal —dice Darren, casi horrorizado, y me besa apasionadamente—. Pero dentro de un año y medio, seguirás pensando en esa única cosa. El sexo conmigo es una fantasía, nena.

Ignoro la parte en la que se pone a fardar sobre sus habilidades en la cama. Lo único que me importa es que siga queriendo estar conmigo dentro de un año y medio.

***

Después de un rato largo hablando sin parar, Darren aparca su Audi frente a la resi de Joy y ambos nos bajamos del coche. Sienna, Denver, Tyler y Jake nos están esperando. Todos echamos mucho de menos a Phoenix, especialmente en noches como esta. Sigue siendo parte de nuestro grupo, y se nota que nos falta alguien. Darren rodea el coche y se acerca a mí. Sin saber qué hacer, me detengo.

Me mira inquisitivamente y levanta las cejas.

—¿Estás bien? —me pregunta, y yo asiento con la cabeza—. ¿No quieres que sepan que estamos juntos? No pasa nada, Millie...

—No, no es eso —le aseguro—. Quiero que lo sepan. Solo que no estoy segura de cómo se lo van a tomar...

—¿Por? —dice Darren, frunciendo el ceño.

Suspiro por tener que explicárselo, pero la razón es evidente.

—Son nuestros amigos y... y quizá piensen que es raro que seamos pareja. Podría dañar la dinámica del grupo.

—¿La dinámica de grupo? —pregunta incrédulo—. ¿Por qué dañaría la dinámica del grupo? Lo de Sienna y Denver no ha cambiado las cosas, ¿no?

—No, pero ¿y si queremos hacer algún plan sin ellos, y ellos quieren apuntarse a toda costa?

Enseguida me doy cuenta de que estoy buscando desesperadamente razones para evitar que nuestros amigos hagan preguntas.

—Millie…

Darren eleva la voz y me hace dar un respingo. Luego, continúa:

—Si no quieres hacerlo oficial, me parece bien. No tenemos por qué precipitarnos, pero no pongas excusas.

—¿De verdad?

—Sí. Venga, vamos a saludarlos. Como si fuéramos amigos...

Le sonrío, agradecida de que me dé esa opción. Darren me devuelve la sonrisa, cierra el coche y echa a andar. Nos acercamos a nuestros amigos, uno al lado del otro. Saludo primero a Sienna con un abrazo, luego a Tyler, Denver y Jake. Darren hace lo mismo.

—Aquí tenéis la tarjeta de felicitación —dice Denver, mientras me pasa el sobre—. Eran quince dólares cada uno, ¿no?

La tarjeta es azul, como el pelo de Joy, y en ella se lee «Feliz cumpleaños» en letras garabateadas. Tyler me ofrece su espalda para que le escriba una dedicatoria y firme.

Durante unos segundos, miro los nombres de la tarjeta y me quedo prendada al leer «Sienna x Denver» bajo una dedicatoria. Si tuviera el valor de ser sincera con nuestros amigos, mi firma sería «Millie x Darren», en lugar de nuestros nombres por separado. Después de firmar, le paso el bolígrafo a Darren. ¿Y qué hace el muy

idiota? Escribe «x Darren» justo al lado de mi nombre. Jake y Denver sonríen y Sienna me guiña el ojo.

—Bueno, ahí van treinta dólares de nuestra parte.

Sin hacer ni un comentario, Denver coge el dinero.

—¿Qué haces? —pregunto indignada, pero Darren se ríe y Tyler sale corriendo.

—Oh, ¡venga ya! —dice, de repente—. No somos idiotas. Ya sabemos que no sois solo amigos…

Me siento tontísima por haber dudado de su reacción.

—Nos alegramos mucho por vosotros —dice mi mejor amiga, y yo pronuncio un «gracias» a media voz.

Darren me abraza por detrás y me planta un beso en la mejilla. Inmediatamente, me hundo en sus brazos.

—Son nuestros amigos, Millie. ¿Qué esperabas? —me dice.

—Lo sé —murmuro—. Lo siento, chicos…

Los tres asienten y no dicen nada más, y Darren me suelta, porque tampoco es plan de hacerlo público delante del resto de los asistentes a la fiesta.

Después de entrar en la gran sala del sótano de la residencia, nos encontramos con Joy y la felicitamos. Sienna le da el regalo. Joy echa un vistazo rápido a la tarjeta y me mira, sorprendida. Sus cejas se levantan como sintiera la necesidad de confirmar sus sospechas en silencio. Me muerdo el labio mientras Darren le guiña un ojo y ella lo entiende inmediatamente.

—¿Vamos a por cerveza? —dice Denver, volviéndose hacia los chicos—. Me muero de sed.

—Toma —dice Darren, entregándome las llaves del coche—. Me fío más de ti que de mí.

Cuando se han ido, me doy la vuelta y Sienna me mira con los ojos abiertos como platos.

—Cuéntanoslo todo. YA —dice, y Joy asiente, ansiosa—. Queremos todos los detalles, especialmente si son guarros.

—Bueno, tampoco hay mucho que contar... Nos hemos reconciliado y ahora estamos juntos.

De repente, las dos me abrazan.

—¡Me muero! ¡Qué fuerte, tía! ¡Qué contentas estamos por ti! —exclama Joy, y Sienna asiente—. Se vuelve muy dulce cuando está contigo. Jamás me lo habría imaginado, viniendo de un tiarrón como Darren…

Asiento con la cabeza, porque estoy de acuerdo con mi amiga. A simple vista, cualquier persona que no conozca a Darren no podría creer lo que hay detrás de esa fachada de *canallita* del campus. Y no me refiero únicamente a su familia, sino a cómo me trata y cómo se dirige a mí. Darren es muy atento conmigo.

—Gracias, chicas —contesto—. Y sí... es aún mejor de lo que me esperaba…

—Bueno, seamos realistas, llevas un huevo colada por él… —suelta Joy, y Sienna le da un codazo—. ¿Qué? Es verdad.

Joy se ríe y nos guiña el ojo antes de despedirse. Es su fiesta, así que tiene muchos invitados a los que saludar. Sienna y yo vamos a la cocina a por algo de beber.

—¿Habéis echado el polvo de reconciliación? —pregunta, de repente, y yo la miro con los ojos como platos.

Ah, pues... ¿Tan obvio es que nos hemos acostado? Debo de haberme puesto roja como un tomate, porque mi mejor amiga no puede contener una risita al mirarme.

—Me tomaré tu reacción como un sí.

—Sabes que no se me da muy bien todo esto…

—¿Echar un polvo? —pregunta, y pongo los ojos en blanco—. Es broooma... Bueno, ¿y qué tal? ¿Te gustó?

—Mucho —respondo ahora, mucho más segura de mí misma, y ella me guiña un ojo.

Pedimos unas copas y nos dirigimos adonde está el mogollón en la fiesta. ¡Habrá que socializar! Sin embargo, no le quito los ojos de encima a Darren. ¡No puedo dejar de mirarle, lo siento! Su compañero de piso, Ethan, está con él, junto con otros jugadores de fútbol, entre ellos Denver, Tyler y Jake. Sienna y yo nos ponemos a hablar con Hannah, que también estudia empresariales. Parece que a todos nos fueron bien los exámenes y nadie siente que la ha cagado por no estudiar lo suficiente.

Doy un sorbo a mi cocacola y veo que Tiffany se acerca a Darren. Sé que hace tiempo se acostó con ella. Bueno, como con tantas otras chicas... No me resulta fácil ignorarlo, y esta noche me siento como si estuvieran poniéndome a prueba. Darren me ha dicho que está enamorado de mí, pero no confío en Tiffany.

Estoy celosa, no puedo negarlo.

Tiffany se acerca a él, le agarra el antebrazo y se lo acaricia con sus uñas postizas. Darren se ha arremangado el jersey y ella le pone las garras justo encima de su piel tatuada.

—La muy zorra… —gruño—. Habrá que decirle que se guarde las uñas de gatita, ¿no?

Sienna me sonríe y chasquea la lengua.

—Odio ser yo quien te lo diga, pero tienes que marcar tu territorio. Cuando empecé a salir con Denver, yo misma pensé que todo ese paripé absurdo desaparecería y que los chicos les pararían los pies, pero fíjate tú por dónde, no es el caso. A Tiffany & Co.[1] les da bastante igual que los chicos les digan que no una y otra vez.

—No me parece bien meterme ahí —digo, molesta—. No quiero que Darren piense que no confío en él. Es nuestra primera noche como novios…

—Millie, esto no tiene nada que ver con la confianza —dice Sienna—. Darren es tu novio y tienes que hacérselo saber a Tiffany. Y también tienes que dejarle claro a Darren que su vida de soltero se ha acabado. No pasa nada por estar celosa. De hecho, sería raro que no lo estuvieras.

—¿Tú crees?

Mi amiga levanta las cejas y yo suspiro.

—Bueno, vale, voy… —digo, a regañadientes.

Sienna y yo nos acercamos a ellos. No es nada fuera de lo normal y Tiffany tampoco ve motivos para soltar a Darren. Denver sonríe a su novia y la atrae a sus brazos, y Brittany —la mejor amiga de Tiffany— resopla. Pues va a ser que Sienna tiene razón. Hay que confiar en los chicos, pero sin dejar de marcar nuestro territorio.

—Hace tiempo que no nos vemos… —suelta Tiffany, mientras se apoya en Darren.

Su top escotado consigue tapar a duras penas sus pechos turgentes, que rozan el brazo de mi novio. Al ver semejante imagen, se me revuelve todo por dentro. Darren no la mira y sigue hablando con Jake. Hace como si no supiera que Tiffany está pegada a él. Sé que soy una chica educada, pero hoy tengo la mecha tan corta que la cojo del brazo y tiro de ella.

Al principio se queda atónita, pero vuelve en sí más rápido de lo que me gustaría.

—¡Eh! —grita Tiffany, mientras me mira, enfadada—. ¿Qué haces, tía?

Darren también se da la vuelta y, de repente, todos los ojos de la fiesta se fijan en nosotros.

Mierda, ¿qué he hecho?

Nerviosa, miro a Sienna, que asiente para animarme.

—Quítale las manos de encima de Darren.

Tiffany me mira y luego mira a Brittany, que se ríe a carcajadas. Tiffany hace lo mismo y me da un empujón, y yo doy un paso atrás. ¿Qué le pasa? Más le vale parar. Yo no he hecho nada, excepto pedirle que no toque a mi novio.

—Espera, que me quede claro… —dice, arrogante, como si estuviera claro que no soy nadie, y luego arquea las cejas—. ¿Eres tú quien me lo ordena? ¿Tú? ¿Quién coño eres, pava?

Tiffany cruza los brazos delante de sus pechos, y los presiona hacia arriba para marcarlos aún más.

—Eso da igual —respondo con calma—. Aparta las manos de mi novio.

—¿Tu… qué?

A Tiffany se le suben los colores a las mejillas, y mira a Brittany para confirmar lo que acabo de decir. Ella se encoge de hombros.

—¿Que tú eres su novia?

Y como si su tono arrogante y venenoso no fuera suficiente, señala a Darren con sus uñas postizas.

—Lo soy —respondo con la misma vehemencia, y doy un paso al frente en su dirección—. Soy la novia de Darren, y más te vale alejarte de él, o si no…

—¿O si no… qué? —me interrumpe, mientras se acerca a mí, sacando pecho—. Darren nunca se acostaría con una santurrona como tú.

—Ya, bueno… ¿A ti te parece que esté mintiendo?

—Que te estás flipando un poco, sí —dice ella, mirando alrededor—. Chicos, esta pava está un poco cucu…[2]

Pongo los ojos en blanco y miro a Darren. Está de pie entre nosotras, observando el espectáculo en silencio. Igual que la mitad de los asistentes a la fiesta, vaya.

—Podéis creer lo que queráis. Eso no cambia el hecho de que soy su novia.

—Nunca le he visto prestarte la más mínima atención —suelta —. ¿O me equivoco?

—¿Y qué quieres que haga? —contesto—. ¿Que me coja de la mano y me arrastre allá adonde vaya con sus colegas? O mejor aún, ¿querrías que os enviara un difundido a todas las animadoras para deciros que su polla ahora está fuera de vuestro alcance?

Sienna jadea, y algunos jugadores de fútbol silban, pero entonces Darren los mira y estos se callan *ipso facto*. Podría haberme ahorrado la parte de su polla.

La actitud de Tiffany me pone de los nervios. No es el centro del universo, y menos del de Darren. Actúa como si fuera su novia y va pavoneándose por el campus como una reina. Me saca de quicio que las animadoras actúen como si los chicos fueran de su propiedad, solo por la fama que se han ganado en el campo.

No es la primera vez que veo esa actitud. ¿Cuántas veces habrá tenido que pedir mi abuelo a los nuevos jugadores del club que espabilen porque sus novias se comportaban como las diosas de Taggart Field?[3]

—A ver que te lo explique una vez más. Esta vez iré despacito, por si quieres tomar notas —digo, dando otro paso hacia Tiffany—. Todo ese rollo de cogerme de la mano sin descanso, besarme delante de los demás, ir gritando a los cuatro vientos lo increíble que es nuestra relación... Darren no lo necesita, y yo tampoco. Estamos juntos porque queremos, no porque necesitemos que nos aclaméis.

Si Tiffany y los demás supieran quién soy, todo el equipo de fútbol estaría haciendo cola para intentar algo conmigo. O esa es mi sospecha. Estoy tan cabreada… No sé de dónde he sacado el valor para plantarle cara a Tiffany. Yo no soy así. De hecho, me aterra el conflicto. Por eso siempre me hago pequeñita e invisible. Pero su actitud absurda ha sido la gota que colma el vaso.

—¿Ah, sí? —dice Tiffany, que vuelve a mirarme despectivamente—. Bueno, chica, que sepas que Darren se hartará pronto de ti, porque no hay nada que puedas ofrecerle.

Para recalcar sus palabras, saca pecho. Por supuesto, su delantera es mucho más prominente que la mía. Mis vaqueros, mi camisa lisa y mis botas no pueden competir con su traje de fiesta. Su vestido no deja nada a la imaginación.

—Como si alguna vez fueras a vivir la vida de una mujer de un jugador... Sigue soñando. ¿Alguien te ha echado algo en la bebida? Es que me da la sensación de que, de repente, hablas mucho, ¿no?

Tiffany consigue enfadarme tanto que estoy dispuesta a soltarle que soy la heredera de un club de la NFL y que vengo de una familia multimillonaria. Pero no he construido esta vida aquí para echarla a perder en la primera pelea por Darren. Aunque, bueno, cabe la posibilidad de que Tiffany no me crea y siga haciéndome parecer una loca. Ahora que lo pienso, sí que parece una locura. Es bastante improbable que haya una estudiante millonaria en una universidad como Lincoln.

—No quiero vivir la vida de la mujer de un jugador —contesto —. Porque, a diferencia de ti, me gusta todo de Darren, no solo su reputación y su fama como jugador. Estoy segura de que si algún día se desgarra el ligamento cruzado anterior,[4] dejará de importarte.

Darren empuja a Tiffany para alejarla de mí y me agarra del brazo. Inmediatamente, el cuchicheo a nuestro alrededor se vuelve casi un barullo.

Dios, qué vergüenza…

—Venga, vamos a rematar esta escenita tan sexy que has montado…

Mi novio sonríe y me pone las manos en el culo. De repente, el barullo da paso al jaleo entre los presentes.

—Me has puesto tan cachondo, nena... Los celos te sientan bien.

—Eres un caso… —susurro—. O sea, que has disfrutado… ¡Será posible!

—Claro que he disfrutado con que mi novia casi se pelee porque estaba celosa —continúa, divertido—. Solo te deseo a ti, Millie. Y lo que has dicho... Ya sé que no me quieres por mi fama en el campus.

Sonriente, le miro y le rodeo el cuello con los brazos.

—Supongo que ya lo he hecho oficial, ¿no?

—No del todo. Yo, en cambio, estoy a punto de hacerlo, nena —dice, mientras posa sus labios apasionadamente sobre los míos.

---

[1] *N. de la T*. Tiffany & Co. es una lujosa marca de fama mundial que vende principalmente artículos de joyería y otros accesorios. En este caso, Sienna se refiere a Tiffany y compañía, esto es, a otras chicas sexualmente liberadas, pero hace un juego de palabras con el nombre de la empresa.

[2] *N. de la T.* Tocada, loca.

[3] *N. de la T*. Estadio de fútbol americano de la Ferris State University, en Míchigan.

[4] *N. de la T.* Uno de los cuatro ligamentos principales de la rodilla.

19

Millie

Un mes más tarde.

Salgo de la cama y me visto. Darren está dormido boca abajo. Tiene el brazo izquierdo bajo la almohada y el derecho estirado junto a su cuerpo tonificado. Sonrío, lo miro y me inclino para besarlo en la espalda. Ha pasado un mes desde la fiesta de Joy y aún no puedo creer que fuera capaz de enfrentarme a Tiffany. Hace unas semanas no me habría atrevido. Pero cuando la vi tonteando descaradamente con mi novio, algo dentro de mí se desató. No podía quedarme mirando. Ninguna chica lo habría hecho, porque sienta como una patada en pleno estómago. Sigo pensando que no se va a cortar ni un pelo, pero al menos está avisada. Teniendo en cuenta el beso de película que me plantó Darren justo después, no se atrevió a volver a acercarse a él. Bueno, al menos esa noche.

Por otra parte, ser la novia de un jugador de fútbol parece haberme elevado a una nueva posición social en la uni. De repente, me saluda gente que antes nunca se había fijado en mí. Es exactamente el mismo efecto que genera mi dinero. Lo odio.

En fin, creo que tengo que contarles la verdad a mis amigos. Ya va siendo hora de poner las cartas sobre la mesa. Tengo que confesarles quién soy, qué estoy destinada a hacer y, lo más importante, de dónde vengo. No puedo ocultárselo a Darren por más tiempo.

De repente, suena el tono de mi iPhone y no tardo en coger la llamada.

—Hola, abuelo —digo, de buen humor—. ¿Cómo estás?

—Hola, cariño —me saluda y no puedo evitar sonreír—. Estoy bien, ¿y tú?

—Yo también, gracias.

—Tengo una gran noticia para ti.

—¿Ah, sí?

Miro a Darren, que sigue profundamente dormido.

—¿De qué se trata? —digo, susurrando.

—El *draft* de este año está al caer. Aunque ya hemos seleccionado a los jugadores de esta temporada, quiero empezar a echar un vistazo a los del año que viene.

Mi estómago ruge de incomodidad, y me vuelvo hacia Darren.

—Creía que de eso se encargaban nuestros cazatalentos en el Combine[1] —digo, mientras respiro hondo—. Además, es demasiado pronto para empezar a buscar para el año que viene, abuelo.

Tengo que disuadirle. Es inconcebible que venga aquí con todo su séquito, y menos para ver a los jugadores del año que viene. Mi novio es uno de ellos. Además, estoy en la habitación de Darren y podría despertarse en cualquier momento.

—Nunca es demasiado pronto para mirar al futuro —dice, orgulloso—. He hecho una lista de los jugadores que me gustaron en la final universitaria del campeonato de principios de año.

Trago saliva y me paso los dedos por el pelo, nerviosa. El año que viene Denver, Jake, Tyler y, por supuesto, Darren, irán al *draft*. No me imagino a mi abuelo evaluando las habilidades de mi novio. Sería un poco raro, pero también me sentiría orgullosísima si confirmara que Darren es tan bueno como creo.

—¿A quién tienes en tu lista? —pregunto.

Siento que el corazón me late en plena boca.

—A Denver Jones, el *quarterback*, y a Darren Andrews, un *defensive end*. ¿Los conoces?

Aunque me incomoda la idea de que mi abuelo quiera ver jugar a Darren, no puedo evitar sonreír. Me alegro mucho por él. Los Minneapolis Warriors son un equipo muy bueno. Hemos ganado un par de veces la Super Bowl, pero por desgracia no hemos llegado a la final estos últimos años. Por eso mismo, mi abuelo quiere sacar la artillería pesada. No siempre se puede conseguir a los mejores fichajes. Por eso es más inteligente seleccionar a jóvenes talentos a largo plazo. Darren encajaría perfectamente en nuestra línea defensiva.

—Sí, los conozco a los dos.

Finjo sorpresa y me siento en el borde de la cama.

—¿Por qué lo preguntas, abuelo?

—¡Perfecto! —dice mi abuelo, de repente, demasiado entusiasmado para mi gusto—. Entonces puedes venirte conmigo. ¿Qué te parece? Eso me hará parecer más cercano y amigable.

—Tú ya eres amigable, abuelo… —le respondo, intentando pensar cómo salir de este embrollo.

No quiero ir con él. Eso implicaría tener que revelar a todos mis amigos y al resto del equipo que soy la maldita heredera de una franquicia de fútbol. ¡No puedo hacerlo! Eso haría añicos todo lo que he construido en los últimos meses. También podría arruinar mi relación. No sé cómo reaccionará Darren cuando se entere de que soy una McDonald. Sobre todo porque se lo he estado ocultando.

—No tengo tiempo —miento—. Tengo cosas que hacer.

—Pero tu madre dijo que tenías un semestre libre… —contesta, sorprendido.

Gimo de frustración, y Darren se despereza, todavía amodorrado, en la cama.

—Por favor, Millie, hazlo por tu abuelo…

—N-n-no sé... —tartamudeo—. Nunca he hecho una aparición oficial a tu lado y esos jugadores de los que hablas son mis amigos…

—Eres como ellos. Además, te conocen y confían en ti, y por ende, confiarán en mí —me explica—. Quiero tener a los mejores jugadores en mi... en *nuestro* equipo, y si Denver Jones y Darren Andrews son los mejores, no hay duda de que los necesito. Eres una McDonald, Millie. Que no se te olvide.

—Lo sé —digo, volviéndome hacia Darren, que está abriendo poco a poco los ojos—. Tengo que irme.

—¿Entonces vendrás, Millie?

—Esto... Sí, iré —acepto, queriendo colgar antes de que mi novio se despierte del todo.

—Me alegra oírlo, cariño. Nos vemos la semana que viene.

—¡Adiós! —farfullo, y luego cuelgo.

Bajo el iPhone y me paso los dedos por el pelo. Esto no puede estar pasando. En cuanto los jugadores se enteren de que viene mi

abuelo, se van a volver locos. Sobre todo Darren y Denver.

Abro la conver con Sienna y Joy. Tengo que contárselo a mis amigas y pedirles consejo.

***Millie**: Chicas, ¿estáis libres?*

Envío el mensaje y me levanto de la cama. Parece que Darren ha abierto los ojos y me mira, somnoliento, mientras me pongo la chaqueta y cojo el bolso. Se incorpora y deja al descubierto su musculoso torso. Sonriente, le miro. Mi iPhone vibra de repente.

***Joy**: Depende… ¿Cuándo?*

***Sienna**: No le hagas caso… ¡Claro que sí!*

***Millie**: Pues ahora mismo…*

Sin pensármelo dos veces, les envío la dirección de mi apartamento en la ciudad. Si tengo que hacerlo, lo haré bien. Quiero que lo sepan todo. Así tengo menos que explicarles y más que mostrarles. Es hora de que por fin sepan quién soy.

***Millie**: Venid a esta dirección. Allí os espero.*

—¿Tienes que irte? —pregunta Darren, somnoliento.

Asiento con la cabeza y me inclino sobre él. Me pone la mano en la mejilla y tira de mí para darme un beso.

—¿Nos vemos luego? —me pregunta.

—Claro, cielo.

Suelto una risita y vuelvo a besarle, antes de añadir:

—He quedado con Joy y Sienna.

—Pásatelo bien, anda…

—Gracias.

Lo beso una última vez y, poco después, me separo de él y salgo de su habitación.

***

Estoy de pie frente a la entrada del complejo de apartamentos más lujoso de Lincoln, esperando a Sienna y Joy. Nerviosa, me apoyo sobre un pie y luego sobre el otro. El portero me mira con curiosidad. No puedo culparle. Al fin y al cabo, suelo entrar directamente en el edificio. Seguro que no tarda en acercarse. Llevo aquí más de diez minutos, así que...

—¡Millie!

La voz de Joy me saca de mis pensamientos y levanto la vista.

—Perdón por llegar tarde —dice, mientras Sienna agita la mano.

—Hola —digo, mientras abrazo primero a Joy y luego a Sienna —. ¡Qué bien que hayáis podido venir!

Las dos asienten y miran la fachada del edificio detrás de mí. Me muerdo el labio y junto las manos.

—Bueno, os he escrito porque... —digo, mientras abro la conversación—. Quiero deciros algo, o más bien, *enseñaros* algo. Por eso estamos aquí.

Vacilante, señalo el edificio que tengo detrás. El portero me mira y yo asiento.

—Vamos.

—¿Ahí dentro? —pregunta Joy sorprendida, señalando al portero que ya nos está abriendo la puerta—. Este es el edificio de apartamentos más caro de Lincoln. Solo los ricachones viven aquí.

No me digas… —pienso para mis adentros, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

—Buenas tardes, señorita McDonald.

El portero me saluda amistosamente con la cabeza. Los ojos de Joy y Sienna se abren de par en par.

—Hola —digo e indico a mis amigas que me sigan.

Las dos miran atónitas el lujoso vestíbulo.

—¿Esto es mármol? —dice Sienna, maravillada—. Vaya…

—Ajá… —murmuro, sonriendo—. Hay que coger el ascensor. Vamos.

Mis amigas caminan detrás de mí como dos patitos siguiendo a mamá pato. Cuando saco la tarjeta del bolsillo y la acerco al lector de tarjetas del ascensor, sueltan un gritito al unísono. Las puertas se abren y entramos. Sienna y Joy siguen mirando a su alrededor con asombro.

—Bueno… —dice Joy tras una larga pausa—. ¿Nos vas a decir qué hacemos aquí, Millie Mouse? ¿Has conseguido un trabajo en este sitio?

—No —digo—. Frío, frío… Es algo muy distinto.

—¿Distinto? —pregunta Sienna—. ¿A qué te refieres con eso?

—Lo verás en un minuto.

Marco la combinación que hace que el ascensor se dirija directamente a mi apartamento y me apoyo en la pared. Cierro los ojos y dejo que los últimos segundos de mi vida en los que me ven como a una igual se escurran entre mis manos. Todo en mi interior me dice que estoy haciendo lo correcto, pero tengo un miedo terrible a su reacción. No quiero perderlas. Me moriría si lo hiciera. Es la primera vez en mi vida que tengo amigos de verdad. Joder, ¡tengo hasta novio! Un novio increíblemente sexy y maravilloso. No quiero echarlo todo a perder porque tengo más dinero del que jamás podré gastar.

Las puertas del ascensor se abren con el sonido de una campanita y paso por al lado de Sienna y Joy para entrar al apartamento.

—¿Venís? —les pregunto—. Es por aquí…

Lentamente, mis amigas echan a andar y me siguen hasta el enorme salón. Dejo el bolso sobre la mesa del comedor y las miro. Siguen atónitas, y sus ojos vagan por la estancia. No puedo creer que tenga que vivir aquí sola. Es demasiado grande para mí, y en realidad hay espacio suficiente para fundar una hermandad. Si hubiera tenido el valor de decírselo a mis amigas hace meses, podría haber vivido con ellas. Ahora quiero vivir aquí con Darren. Bueno, si es que no me deja cuando se entere de quién soy. Tengo mucho miedo de decírselo porque él se ha sincerado conmigo una y otra vez. Me avergüenza no haber confiado en él del mismo modo.

—Dios, qué apartamento más grande… —dice Sienna para romper el silencio—. ¿De quién es?

—Mío.

Mis amigas dejan caer sus bolsos dramáticamente y se oye un ruido sordo. Ambas están con la boca abierta.

—¿Tu-tu-tuyo? —tartamudea Joy—. ¿Tienes un apartamento en el edificio más caro de Lincoln? ¿Estás de coña?

Suspiro y sacudo la cabeza.

—No —digo—. No es una coña, no. Mis padres me compraron el apartamento cuando me mudé aquí, pero yo solicité una plaza en la red de residencias del campus.

—¿Pero por qué? —pregunta Sienna, mirando a su alrededor—. Este apartamento es una locura. A Denver y a mí también nos dieron la opción de conseguir un apartamento en este edificio. No era el ático, claro, pero seguía estando fuera de nuestro alcance a pesar de todo el dinero que recibe de sus patrocinadores. Pero… ¿en qué trabajan tus padres, por Dios? Quiero decir... ¿quién eres, Millie?

Frunzo los labios y respiro hondo. Joy me mira igual de confundida y yo cruzo las manos en mi vientre. Me han hecho la pregunta del millón, y ahora tengo que responder. Ya no hay excusas. Les he dejado entrar en mi vida real y ahora tengo que enfrentarme a las consecuencias.

—¿Podemos sentarnos? —pregunto, señalando el gran sofá que hay en medio de la habitación—. Y así os lo explico.

Mis amigas intercambian una rápida mirada. Veo el escepticismo en sus ojos, pero finalmente asienten y me siguen. Sienna y Joy se sientan en el sofá y yo me dejo caer en la silla frente a ellas.

Empiezo por la parte más importante.

—Me llamo de verdad Millie McDonald; no he mentido sobre eso —digo, respirando hondo—. Tampoco es mentira que tengo una hermana que se llama Maya y que soy de Mineápolis. Soy tímida. No me gusta hablar de ciertas cosas, ni mucho menos de una forma tan abierta como lo hacéis vosotras.

Los labios de Joy se curvan en una sonrisa cómplice.

—También soy educada y comedida, como siempre he sido con vosotras. Lo que más me importaba al llegar a Lincoln era no encontrarme con nadie conocido, y poder sacarme la carrera con la calma, pasando desapercibida si era posible. Me fue bien los primeros meses, pero luego pasó lo de Darren y acabé convirtiéndome en el centro de atención.

Asienten, pero no dicen nada.

—Mi familia es rica. Muy, muy rica.

Ahí están las palabras que pueden cambiarlo todo. Respiro hondo y añado:

—Somos multimillonarios.

Sienna y Joy se incorporan y jadean. Solo puedo rezar para que esto no salga mal.

—Conocéis a los Minneapolis Warriors, ¿verdad? —pregunto con cautela, aunque sé la respuesta.

—Pues claro que sí —dice Sienna—. En su estadio es donde se jugó la final universitaria, ¿no?

—A la que no fuiste porque «tenías que estudiar» —me reprocha Joy, como lleva haciendo estas últimas semanas.

—Sí que fui, chicas… —confieso.

De nuevo, sus ojos se abren de par en par.

—Vi todo el partido y estuve allí mismo, animando. Pero lo hice desde el palco familiar…

Dejo deliberadamente la frase en el aire para darles tiempo a procesar esta información.

—¿Estabas en el…? —balbucea Sienna—. ¿Estabas en el palco familiar? Me he perdido.

Mi amiga levanta las manos, exasperada, y Joy asiente con la cabeza.

—Mi familia es dueña de los Minneapolis Warriors —digo, como si no fuera nada—. Soy la heredera de una de las mayores franquicias de la NFL del país, y figuro en el testamento de mi abuelo como sucesora legítima. Dentro de unos años, dirigiré el club como propietaria y accionista mayoritaria.

De repente, se instaura un silencio espantoso entre nosotras. El corazón me late con fuerza en la garganta y siento que tengo una

piedra en el estómago. Mis amigas siguen calladas y se dirigen miradas un tanto desconfiadas.

—Necesito un cubata —dice Joy, y Sienna asiente—. ¿Eres una puta McDonald? ¿Qué coño? ¡Tu familia es una de las más ricas del país, Millie! Tienes *jets* privados, yates, mansiones y, aun así, ¿estás viviendo en un cuchitril con Amanda?

Se me escapa una risilla por lo bien que lo ha resumido, pero luego asiento. Ha dicho la verdad. Lo tengo todo y he renunciado a ello para tener amigos y una buena vida universitaria.

—Sí… —susurro—. Siento haberos ocultado mi vida durante todo este tiempo. De verdad que lo siento. Pero al principio no confiaba lo suficiente en vosotras, y luego me dio palo…

—¿Por qué iba a darte palo? —pregunta Sienna sin comprender—. ¿Te avergonzabas de esto? —dice, mientras señala mi enorme cocina y la terraza del ático.

—Claro que me avergüenzo, Sienna —digo, mientras me paso una mano por el pelo—. Vosotras dos tenéis que vigilar cada céntimo que os gastáis, porque dependéis de vuestras becas. Si vuestra habitación cuesta cien euros más de lo que esperabais, eso supone un problema para vuestros padres. Y yo voy y solicito una de esas habitaciones para dejar todo esto atrás.

—Eso es muy superficial —comenta Joy secamente, y Sienna le da un codazo en el estómago—. ¡Ay! ¡Perdón!

—Eso por ser siempre tan insensible —dice ella.

—Al menos digo la verdad… —dice Joy para defenderse de la acusación de Sienna.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunta mi mejor amiga—. Al principio no confiabas en nosotras, así que ¿por qué ahora sí?

Respiro hondo y aprieto las manos.

—Nunca he tenido amigos de verdad —confieso, y siento cómo mis mejillas enrojecen—. Mis padres me enviaron a uno de los mejores colegios privados de Minnesota, que además era solo para chicas. A mi hermana le fue bien allí, pero a mí no. De todas las niñas ricas, yo siempre fui la más rica. En esos colegios todo depende del dinero que tenga papá, de tamaño de su yate y de si se va de vacaciones a Aspen o a Los Hamptons. Yo era siempre la que

tenía la frivolidad más grande, lo mejor, lo más caro de todo… Eso atraía a muchas chicas con malas intenciones.

—Oh, Millie… —susurra Sienna—. Lo siento mucho.

—Solo querían ser mis amigas porque querían montarse una fiesta en yate o volar a París en mi *jet* privado. Me prometí a mí misma que, en la universidad, no dejaría que eso me volviera a pasar. Yo… no espero que lo entendáis, ni tampoco que me perdonéis. Os mentí y os engañé. Fingí tener problemas que nunca tendré. Pero yo... solo quería tener amigas de verdad por una vez en mi vida, y una rutina universitaria digna de alguien normal.

Las lágrimas corren por mis mejillas y me las seco. Ahora que me he desahogado, me siento mejor.

—Para que me quede claro —dice Joy y yo la miro—. Eres rica. Bueno, mejor, ¡estás forrada! Estás a punto de heredar de un club de la NFL, y has hecho todo esto para ser nuestra amiga. Quiero decir… ¿te importaba más ser nuestra amiga que tener todo este lujo?

—Bueno, he de decir que me he venido a dormir aquí un par de veces, cuando no podía soportar a Amanda —confieso y ellas resoplan—. Bueno, en fin, sí. Cuando me di cuenta de que realmente erais mis amigas, porque os caía bien y me decíais de quedar una y otra vez, y me incluíais en vuestro grupo… Bueno, y cuando conocí a los chicos... me entró miedo de perderos. A todos vosotros.

—Darren no lo sabe, ¿verdad?

La afirmación de Sienna me hace llorar de nuevo.

—No —digo, sacudiendo la cabeza—. No puedo decírselo. No reaccionará bien. No después de que me sincerara y le contara por qué me comportaba de una forma tan distinta en Texas. Le dije la verdad a medias. Seguro que se enfadará, porque él me lo contó todo y…

—Oye —dice Sienna agarrándome las manos—, puede que Darren se enfade, sí. Pero lo entenderá si se lo explicas como nos lo has explicado a nosotras.

—¿Todavía... queréis ser mis amigas? —pregunto, mirándolas con asombro.

—Pues claro que queremos, tonta… —dice Sienna y Joy asiente.

—Escucha, Millie Mouse —dice Joy, guiñándome el ojo—. Somos tus amigas. Y los chicos, también. Y bueno, todos cometemos errores o hacemos daño a alguien alguna vez.

Joy mira a Sienna, que le sonríe y asiente. Me pregunto a qué viene esa mirada cómplice, pero no es momento de preguntar.

—Pero somos amigas —continúa Joy—, y sabemos que hiciste esto para que no se aprovecharan de ti. Yo, y estoy segura de que hablo también en nombre de Sienna y Phoenix, que aún no sabe nada de esto, pienso que es una mierda que estuvieras rodeada de esas pijas idiotas en el insti.

—No podría estar más de acuerdo, amiga —dice Sienna—. Formas parte del grupo, y estoy segura de que Darren lo entenderá.

Me pongo de pie y las abrazo a las dos.

—Sois las mejores —digo en un suspiro, mientras me seco las lágrimas—. Quiero enseñaros otra cosa.

Me miran con curiosidad y les hago un gesto para que me sigan. Sonrío y subimos juntas las escaleras a la otra punta del largo pasillo de mi apartamento. Poco después, abro una puerta de un empujón.

—Bienvenidas al paraíso... —digo, mientras entro en uno de mis dos vestidores—. Este es el vestidor de bolsos y zapatos. Tengo otro justo al lado para la ropa.

Las miradas incrédulas de Sienna y Joy me hacen reír a carcajadas mientras se abalanzan sobre mis artículos de diseño, sin apenas atreverse a tocarlos.

—¿Qué número de pie calzas? —pregunta Joy.

—Un treinta y siete.

—¡Yo calzo una treinta y nueve! —dice ella, quitándose las zapatillas—. Me caben fijo.

Toda contenta, la veo meter los pies en un par de Louboutin[2] «So Kate» de la talla treinta y siete, y me doy cuenta de que he hecho lo correcto.

[1] *N. de la T*. El *National Scouting Combine*, esto es, la exhibición nacional para la búsqueda de talentos, es un evento de cuatro días que permite a los cazatalentos de la NFL evaluar a los mejores jugadores universitarios elegibles para el *draft* del año. Los jugadores solo pueden acudir con invitación.
[2] *N. de la T*. Famosa marca de calzado de lujo de Christian Louboutin, que se caracteriza por unos zapatos de tacón con una suela de un llamativo color rojo.

20

Darren

Sin dejar de gemir, me dejo llevar en el interior de Millie y apoyo su pierna derecha en mi hombro para penetrarla hasta el fondo. Empujo la pelvis hacia delante y siento que mi polla choca con la parte más profunda de su coño. Siento un placer indescriptible. Disfruto de sus súplicas. Quiere que la haga correrse. Hasta ahora, me he contenido con Millie. No le he dejado ver que a veces necesito follar duro por un motivo en concreto, como liberar tensiones. ¡Y hoy es uno de esos días!

Estoy tan sumamente enfadado con mi novia que debería haberla castigado sin sexo.

No le di mucha importancia cuando se fue esta mañana, aunque escuché a cachos su conversación telefónica. Por desgracia, puse la oreja lo suficiente para estar seguro de que hablaba con su abuelo.

Millie aún no me ha dicho quién es, y hasta hace poco, no me importaba tanto como para preguntárselo. Sin embargo, ahora mismo no puedo dejar de darle vueltas al asunto. Cuando empezamos a salir, pensé que quizá necesitaría más tiempo para confiar en mí, pero creo ya me he ganado su confianza, ¿no?

Cuando Millie se fue, el entrenador Flanders me llamó para que fuera a su despacho. Inmediatamente, pensé que habría hecho algo mal y fui con el coche al campo. Tenía un mal presentimiento.

Pero cuando llegué allí, me sorprendió ver que Denver también estaba esperando al entrenador.

Una vez en su despacho, el entrenador Flanders nos dijo que un cazatalentos de los Warriors le había llamado hacía escasamente una hora. Según nos dijo, el propio señor McDonald, así como algunos miembros de su equipo de cazatalentos, estaban dispuestos a venir a los entrenamientos de la próxima semana para vernos jugar a Denver y a mí. Al oír esa buena noticia, nos emocionamos e

intentamos indagar un poco más, pero por desgracia, el entrenador no pudo decirnos nada concreto. Se limitó a decir que estaba muy orgulloso de que hubiéramos llamado tanto la atención un año antes de nuestro *draft*.

Denver se puso a hablar sobre su glorioso futuro, pero yo no podía dejar de darle vueltas al temita. No sabía qué pensar y me preguntaba si mi novia habría tenido algo que ver. Por un lado, no me extrañaría que Millie hubiera enviado a su abuelo a Lincoln para verme jugar, lo cual me enfada bastante, pero pensándolo bien, si me ficharan el año que viene, sería perfecto. Yo podría mudarme a Mineápolis, y ella podría terminar la carrera allí. Pero ¿de verdad quiero que mi novia sea mi jefa algún día? No tengo ni idea de adónde nos va a llevar esta relación, y cada día que pasa y me sigue ocultando su pasado, aumentan las dudas. ¿Por qué no confía en mí?

Vuelvo a la realidad al sentir que estoy a punto de llegar al orgasmo. La embisto por última vez y me corro dentro de ella. Como Millie no es una de las muchas chicas con las que me he acostado en el campus, le froto el clítoris hasta que ella también se corre. Mi novia aprieta su coño alrededor de mi polla y siento que tengo ganas de gritar de placer. Gimo, me derrumbo sobre ella y respiro hondo. Necesito unos segundos antes de poder moverme de nuevo.

Millie me pasa los dedos por los hombros con dulzura.

Normalmente, la besaría y la abrazaría después de sacársela, pero esta vez me contengo y me pongo de pie. Me quito el condón y, después de hacerle un nudo, lo tiro a la papelera que hay bajo el escritorio.

Ahora que lo pienso, pronto tendré que buscarme mi propia casa para no estar pendiente de si Ethan aparece de repente en el piso. Estaría bien que Millie y yo tuviéramos nuestra propia casa. Ella ya no quiere vivir con Amanda y se pasa los días aquí. Pero teniendo en cuenta lo que pasó esta mañana, no qué pensar de todo esto.

—Darren… —dice con su vocecilla dulce, y yo me sobresalto—. ¿Te pasa algo?

Claro que se ha dado cuenta de que algo va mal. Nunca había estado tan frío después de acostarme con ella.

Me vuelvo hacia ella y busco mis calzoncillos, que están en el suelo. Aún no le he dicho que el entrenador Flanders nos ha contado lo de la visita de su abuelo. Me pregunto cómo verá Millie el futuro. Yo voy a ser un jugador de fútbol famoso, bueno, al menos ese es mi sueño, y ella va a ser la heredera de un club de fútbol. ¿Y no piensa decírmelo nunca? ¿Y si la burbuja nos estalla en la cara? Pero en vez de contarme la verdad, decide quedar con sus amigas a comer, o lo que sea que estaba haciendo con Sienna y Joy.

—Darren…

Su voz se llena de urgencia. Millie levanta de la cama y se pone la ropa interior

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te has comportado… así?

—No sé de qué me hablas. Hemos follado; ya está.

—Bueno, en realidad… Es como si tú solo…

Como siempre, se corta y no puede terminar la frase, pero por primera vez, no me parece mono que se lo calle. Estoy cabreado. Es todo una farsa, ¿no? ¿Hay algo en ella que sea real? ¿Cómo voy a saber cuándo hace algo de verdad y cuándo juega con mis sentimientos? Ya no reconozco a mi propia novia.

—¡Ah, ya entiendo! Te he follado duro, ¿no? Eso es lo que intentas decirme —contesto, molesto—. Al menos así sabrás cómo me gusta.

Pero ¿qué digo? Ella no necesita saber las burradas que hago en la cama. Además, me gusta el sexo con Millie tal y como es.

—¿Qué te pasa? —vuelve a preguntar—. ¿Por qué me sueltas esas cosas? ¿Quieres hacerme daño?

—¿Por qué me mientes? —le grito, mientras noto cómo la carótida me late de una forma un tanto peligrosa.

Estoy muy enfadado. Su mirada de sorpresa me hace ver que no sospechaba que yo lo supiera. Parece confusa.

—Ahora vas de víctima, ¿no?

—¿A qué te refieres con que te estoy mintiendo?

—¡Basta! —le grito—. ¡Sé quién eres y sé que tu abuelo vendrá a vernos jugar a Denver y a mí la semana que viene!

Millie suelta un grito ahogado y se tambalea hacia atrás. Luego, se golpea las pantorrillas contra el marco de la cama. Yo me

quedo quieto y pongo los brazos en jarras. Me mira, y cuanto más nos miramos, más vidriosos se vuelven sus ojos.

—Lo siento… —dice por fin—. No era mi intención.

Al menos sabe a lo que me refiero. Algo es algo.

—¿Entonces por qué lo has hecho? —le pregunto, un poco más calmado—. ¿Por qué no me has dicho la verdad?

—Porque no lo sabía nadie —responde—. No te lo dije a ti, pero tampoco a las chicas... A nadie.

No salgo de mi asombro. Realmente… ¡O sea que se lo ha callado todos estos meses! No me lo puedo creer. ¡Ella y Sienna son mejores amigas!

—¿Ni siquiera se lo has dicho Sienna? —pregunto, un poco más tranquilo, y Millie niega con la cabeza.

Se le saltan las lágrimas y solloza en voz baja.

—No —responde—. No se lo conté a nadie porque, al principio, no confiaba en nadie. Y luego... luego no pude decíroslo porque llevaba siendo un secreto tanto tiempo que…

—¿Me incluyes en el mismo saco que a los demás?

—Sí, Darren. Yo…

—Pues muchas gracias —gruño, mientras me pongo un jersey y unos vaqueros—. ¿Me lo ibas a decir algún día?

Millie me mira, atónita. Cojo mi iPhone, las llaves y la cartera.

—¿Qué haces? —me pregunta, aterrada, mirando a un lado y a otro.

—Necesito un poco de espacio para pensar.

—¿Qué?

—¿Tengo que ser más explícito? —murmuro—. Necesito alejarme de ti.

—¡No puedes hacer eso! —grita—. ¡Al menos déjame explicarte por qué lo hice!

—¿Y qué piensas explicarme? —pregunto, mientras cojo mi chaqueta—. No me has contado lo más importante que hay que saber sobre ti, es decir, de dónde vienes, quién es tu familia y todo lo que constituye la base de nuestra relación. Pero yo, Millie, yo te lo he contado *todo*.

Millie respira hondo y se acerca para cogerme la mano. La aparto con rabia y me alejo de ella.

—¿Crees que lo he hecho para engañarte? —pregunta, incrédula—. Sabes que no soy así.

—¿Qué sé yo de ti, Millie?

La ira hierve en cada fibra de mi cuerpo y necesito gritarle:

—¿Acaso te llamas así?

—No seas ridículo.

Millie sacude la cabeza con la misma rabia y luego grita:

—¡Claro que me llamo así! ¿Por qué no me lo preguntaste, Darren?

—No me vengas con esas ahora…

No quiero que intente pasarme la pelota. Era ella quien tenía que haberme contado la verdad.

—Fuiste tú quien me ocultó la verdad. Ahora no le des la vuelta a la tortilla.

—Pero ¿qué sentido tiene que lo supieras y no me lo hayas dicho antes? —pregunta—. Muy interesante tu forma de actuar, Darren... ¿Y se puede saber cómo lo descubriste?

—¿Y qué coño querías que te dijera? —farfullo, esquivando su segunda pregunta—. «Oye, nena, ¿es verdad que eres dueña de un club de la NFL y más rica que el puto presidente de los EE. UU.?».

—¿Y qué habría cambiado que lo supieras desde el principio?

—¡Todo! —exclamo, enfadado—. Lo habría cambiado todo, Millie. Dime, ¿tu abuelo viene a verme porque soy buen jugador, o porque tú se lo has pedido…?

—No te atrevas a decir eso.

Millie levanta la mano y camina hacia mí.

—No te atrevas a decir que le pedí a mi abuelo que viniera a verte jugar. De hecho, es todo lo contrario: Intenté que no viniera.

Levanto las cejas y la miro. ¿Está intentando decirme que quiso convencerle de que viniera porque no me considera lo bastante bueno? Estoy ya es de risa. No sé cómo sentirme. Mi novia de diecinueve años cree que sabe más de fútbol que su abuelo, que lleva cuarenta años dirigiendo el club. Si no lo veo, no lo creo.

—¿Crees que no tengo madera de jugador profesional?

—No tergiverses mis palabras, Darren —dice ella, sacudiendo la cabeza—. Si no quieres una explicación y necesitas distancia, lo entiendo. Pero yo... Sé de lo que hablo en el tema del fútbol. No hay razón para alejar a mi abuelo de ti. Claro que me preocupa ser tu jefa algún día. Pero yo sé que tienes talento, y me da igual que no me creas, como también sé que quiero a los mejores jugadores en mi equipo. Y tú eres uno de ellos. Me enorgullece que mi abuelo, con toda su experiencia, haya visto eso en ti y quiera verte jugar. De verdad, no puedes imaginarte lo contenta que estoy por esa parte, pero intenté evitar que viniera porque temía que se me fuera todo esto de las manos.

—Tenías miedo de que descubriera la verdad —la interrumpo —. Te la suda lo demás, ¿verdad? ¡A la mierda la visita de tu abuelo! ¡Es mejor seguir con la mentira!

—Pues sí, tuve miedo, ¿vale? —admite—. Claro que tuve miedo, porque la bola era demasiado gorda ya. No sabía cómo decírtelo ni a ti ni a las chicas. Tenía tanto miedo de perderte que no me salían las palabras.

—¿Y no pensaste que eso podría empeorarlo? —pregunto, negando con la cabeza.

—Sé que la he cagado, Darren, pero piensa lo que todo esto ha supuesto para mí. Separar mi vida en Lincoln y en Mineápolis no ha sido fácil. Pues tener que contártelo es mucho peor. Y sí, admito que lo he pospuesto durante mucho tiempo, porque esperaba que, de algún modo, pudiéramos dejar todo esto a un lado.

—A un lado, dice… —digo, mientras me río secamente—. Oye, ¿y por casualidad, eras virgen, o eso también formaba parte de tu actuación perfecta? La chica dulce y tímida de Minnesota... Tenía que ser el paquete completo, ¿eh?

Millie rompe a llorar. Joder… Ya se me ha ido la flapa del todo, pero no consigo chapar la boca. No puedo contenerme. Estoy tan enfadado con ella que mi razón ha desaparecido.

—¿Cómo puedes decir algo así? —solloza, secándose las lágrimas con brusquedad—. ¿Tienes idea de cuánto me dolió cuando...?

Sacude la cabeza, porque una vez más, no puede decirlo. No estaba actuando. Ahora lo sé.

—Millie… —le digo, cogiéndole la mano para disculparme, pero me la aparta de un manotazo.

Siento mucho haberme pasado. No quería hacerle daño. Solo quería hacerle ver lo que pensaba. Pero he sido un bestia y he ido demasiado lejos. Una vez más.

—Nena, no era mi intención…

—Ni la mía… —dice con calma—. Fue mi primera vez, Darren. Todo lo que hemos hecho juntos estas últimas semanas han sido primeras veces para mí. Y supongo que tú ni siquiera recordarás la tuya. Me he abierto a ti y he sido cada vez más sincera contigo, excepto por lo de mi familia.

—Lo siento —murmuro, mordiéndome el labio—. No pretendía echártelo en cara. Sé que fue tu primera vez.

—¿Ahora, de repente, lo sabes? —susurra—. ¿Entonces ya no soy una zorra?

—Nunca he dicho que lo fueras.

—Pero lo has pensado…

—No. Y no sigas por ahí.

No le permitiré que insinúe que creo que es una zorra.

—No pensaría eso jamás. Tú... lo eres todo para mí.

—Déjame en paz, Darren —murmura y pasa por mi lado—. Tenía la esperanza de que me escucharas e intentaras entenderme. Tú, el que finge ante todos que viene de una familia estupenda en la que todo es perfecto. La vida no es perfecta y todos cometemos errores. Siempre te he escuchado, apoyado y he estado ahí para ti. Y por una vez, te he pedido que hagas lo mismo. Pero tu solución es cuestionar todo lo que tenemos porque cometí un error. UNO, Darren.

Y antes de que pueda decir nada más, Millie cierra la puerta y me deja solo con mis pensamientos.

21

Millie

—¡Es un gilipollas! —grito, mientras aparto a Sienna para entrar en su piso—. Hola, Denver.

—Hola… —dice, mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Te refieres a Darren?

—Pues claro que hablo de Darren —le suelto al novio de mi mejor amiga. —¿De quién si no?

Después de que discutiéramos ayer, estuvo ignorando mis llamadas durante todo el día. Le he enviado una docena de mensajes y le he dejado algún que otro audio, pero no ha respondido. Parece que Darren me la está devolviendo por lo que hice en su momento. Supongo que debería sentirme mal por cómo me comporté, pero la verdad es que no. Reaccionó de forma exagerada y fue a hacer daño. Nuestra vida sexual y todo lo que tenemos no tiene nada que ver con mi familia. ¿Qué tendrá que ver mi dinero con lo que siento por él? El amor no tiene cuenta bancaria y esa es la parte buena de todo esto. Somos tan diferentes, y a la vez tan parecidos, que estábamos predestinados a encontrarnos.

Entiendo que Darren esté enfadado y yo le haya sorprendido para mal, pero se piensa cosas que no son. No le mentí porque no confiara en él, sino porque, en ese momento, estaba de embustes hasta el cuello. Tampoco planeé que mi abuelo viniera a este estúpido entrenamiento la semana que viene. ¿Tan ingenuos son Denver y Darren para creer que esto significa algo? Mi abuelo tiene cierto interés en ellos, eso es todo. Si les da por cagarla en la última temporada universitaria antes del *draft*, ¡hasta luego! Puede que Darren conozca el juego en el campo, pero yo conozco lo que sucede fuera del estadio, porque llevo en el cotarro desde que era pequeñita. Ahora que lo pienso, puede que sea una obsesa de los negocios, teniendo en cuenta la forma en la que hablo de mi novio y de Denver.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Sienna después de quitarme la chaqueta y dejar el bolso, un Hermès Birkin,[1] ya que no tengo nada que esconder, en el sofá.

Denver me mira, incrédulo.

—¡Lo sabía! —suelto—. Todo este tiempo, sabía quién era, ¿y crees que se dignó a dejármelo caer? ¡Claro que no!

No tengo ni idea de si Denver sabe de qué estoy hablando, pero me da lo mismo.

—¿Lo sabía? —pregunta mi mejor amiga, asombrada.

Asiento con la cabeza y me froto las sienes. No sé cómo se ha enterado. Mi familia nos mantiene a Maya y a mí lo más alejadas posible de la prensa. Nos hicieron una foto antes de los exámenes finales de la universidad, pero él no la habría encontrado si no hubiera sospechado de antemano.

—¿Cómo? —pregunta de nuevo Sienna.

—¡Yo qué sé! —le digo—. Pero el caso es que no me lo dijo, así que ya da igual. Luego se le fue la olla y me acusó de algo que no tenía nada que ver.

Miro a Denver. No quiero entrar en detalles delante de él. El novio de mi mejor amiga es lo bastante espabilado como para levantarse e irse. Se despide de Sienna con un beso y se marcha.

—Siéntate —dice, señalando el sofá.

—Gracias —murmuro y me siento—. Darren estaba muy raro ayer cuando volví a su piso después de quedar con vosotras. Pensé que tenía un mal día y luego... Bueno, nos acostamos.

Hago una pausa y sacudo la cabeza, antes de añadir:

—Fue un poco extraño... Se comportó como un bestia.

—¿Te hizo daño? —pregunta Sienna, alarmada, con los ojos como platos.

—¡No, no! ¡Para nada! —exclamo—. Él nunca haría eso. Es solo que me lo hizo… Pues más duro, ya sabes…

—Sí, bueno, me lo imagino —dice secamente, mientras asiente.

—Después se levantó, se quitó el condón y se vistió. Eso tampoco lo hace nunca. Siempre suele abrazarme y mimarme. A lo

mejor es que soy demasiado sensible y...

—¡Y una mierda! —me interrumpe Sienna, apretándome la mano—. Es lo más normal del mundo cuando se hace el amor. Denver y yo también nos abrazamos. Bueno, sigue.

—Después de que tirara el condón a la basura y se levantara, le pregunté qué le pasaba. Nunca le había visto así... Le dije que el polvo había sido distinto esta vez y que, bueno… Que parecía que solo había follado él. Bueno, eso es lo que me gustaría haberle dicho, pero no pude. Ya sabes que no se me dan muy bien estas cosas. Pero en fin, él sacó sus conclusiones y se cabreó aún más.

—¿Que se cabreó?

—Sí… —suspiro—. Darren sí quiso hablar del tema y me dijo que al menos ahora sabía cómo le gustaba. Fue tan… ya sabes, como antes. Nunca había sido así conmigo. Sabe que no me gusta y... en fin, da igual.

Me seco las lágrimas y sacudo la cabeza. Luego, continúo:

—Le dije que no soltara esas cosas, que me hacía daño. Luego empezó a acusarme de haberle mentido. Me echó en cara de todo, empezando por lo de que mi abuelo venga la semana que viene y... y me preguntó si había sido maquinación mía. En fin, discutimos como dos desquiciados. Está enfadado porque no le dije lo de mi familia, y eso lo entiendo. Pero Darren me acusó de haberlo fingido todo.

—¿Perdona? —pregunta Sienna indignada—. Fijo que le han dado con el balón en la cabeza cuando no llevaba casco, porque no procesa. O sea, esto tiene que ser una coña… ¡Tú le quieres, Millie!

—Bueno, pues él me acusó de ser una zorra calculadora y... me dejó caer que quizá hubiera fingido que era virgen cuando nos acostamos por primera vez. Eso último me destrozó, aunque no sé muy bien por qué. Quizá porque siempre he querido reservarme para el hombre adecuado. Alguien que me quisiera por cómo soy y no por mi dinero. Hasta ayer, estaba segura de que Darren era ese chico…

—Oh, Millie… —susurra, mientras me estrecha entre sus brazos.

—Luego me pidió perdón por la pullita sobre mi virginidad, pero por lo demás, fue un desastre —digo entre sollozos—. Vamos, fue exactamente lo que me temía…

Sienna suspira y me abraza de nuevo. Me acaricia la espalda con dulzura y yo me aferro a mi mejor amiga, llorando. Sigo enfadada con Darren, pero también desesperada. ¿Qué hago ahora? Ya no es solo que esté colada por él… ¡Le quiero! Quiero estar con él y construir un futuro a su lado. Pero ahora mismo parece que no vamos a poder hacerlo.

—¿Has intentado llamarle o algo? —pregunta Sienna en voz baja y yo asiento con la cabeza.

—Sí, pero pasa de mí —murmuro—. Supongo que tendré que esperar a que él me llame o me escriba.

—Se le pasará… —dice ella, apretándome la mano con ánimo —. Darren tiene el genio corto. Deberías saberlo, después de toda la movida de Texas. Entrará en razón y te perdonará.

—No sé... —le digo, mientras la miro, insegura—. Piensa que no creo en él y que convencí a mi abuelo para que viniera porque creo que no es lo suficiente bueno como para valerse por sí mismo.

—Está disgustado, Millie… —me tranquiliza Sienna—. ¿Recuerdas cuando Denver pensó que yo estaba colada por Tyler? Se enfadó mucho y me ignoró durante días. A veces los tíos necesitan un poco de tiempo para pensar, y Darren ahora está en esa fase. Lo tienes pillado por los huevos, como diría Joy. ¡Se ha enamorado de ti!

—¡Qué bruta es! En fin, eso espero… —miro a Sienna y cojo los pañuelos que me tiende.

Hago un esfuerzo poco entusiasta por secarme las lágrimas y luego la miro y añado:

—Gracias por estar ahí…

—Para eso están las amigas —dice, mientras señala mi bolso —. Y por cierto, ¿es un Birkin auténtico?

Sienna se levanta y coge mi bolso.

—Uno de tantos… —admito, mordiéndome el labio—. ¿Te gusta?

—¿Acabas de decir «uno de tantos»? —me pregunta mi amiga mientras abre los ojos, impresionada.

—Sienna, cielo —suspiro—, crecí en un nivel lujo que no podrías ni imaginar. Denver probablemente firmará un contrato de un millón de dólares el año que viene, pero eso sigue siendo una miseria comparado con mi herencia. Sé que estos bolsos son preciosos, al igual que mis zapatos de diseño, pero no significan nada para mí... No los tengo para presumir. No me importa el precio. Puede que te parezca una locura, pero ese bolso vale tanto para mí como un bolso de veinte dólares para ti.

—A lo mejor Darren tampoco sabe cómo encajar todo esto… —dice ella de repente, y luego deja mi bolso de nuevo—. He estado pensando mucho estas últimas horas, y Joy y yo hemos vuelto a hablar del tema.

Contengo la respiración y mi corazón empieza a latir más rápido. Sabía que hablarían del tema y que le darían mil vueltas. Al fin y al cabo, no todos los días te enteras de que tu mejor amiga está forrada.

—Todavía estamos un poco en *shock* y tenemos que procesarlo primero. Lanzas un bolso de veinte mil dólares sobre el sofá de mi piso como si fuera una baratija... Todo esto te da igual, pero a nosotras, no. No te ofendas, pero estamos un poco abrumadas por toda esta riqueza y por el lujo, también. No quiero alarmarte, pero es mucho que asimilar. Especialmente para Darren. Hasta hace poco, eras una chica normal, de una familia modesta de Minnesota, y ahora resulta que tu familia es una de las más ricas del país. Encima, de serie, tienes algo que a los chicos les apasiona. Está claro que nos quieren, pero viven por y para este deporte, Millie.

—No solo ellos viven para este deporte… —digo, y Sienna se ríe—. ¿O sea que crees que Darren se ha agobiado y está asustado por lo que pueda pasar?

—No lo sé, pero es muy posible —concluye, y luego me abraza —. Dale tiempo.

—¿Se lo has dicho a Denver? —pregunto, cambiando de tema, ya que ha escuchado parte de nuestra conversación.

—No —dice Sienna—. Eso no depende de mí.

—Vale… —asiento con la cabeza—. Si te pregunta, puedes decírselo. Ya se ha descubierto el pastel, así que... En fin, me voy a casa y... bueno, puede que Darren me responda en algún momento.

Sienna asiente y me planta un beso en la mejilla.

—Si necesitas algo, dímelo.

—Eso haré… —respondo, cogiendo mi bolso—. Ya hablamos.

Sienna me abraza de nuevo y salgo del apartamento.

***

Me siento en la cama de mi cuarto y espero un mísero mensaje de Darren. Prefiero quedarme en mi apartamento, porque no quiero ver a Amanda. Ha vuelto y lleva días acosándome. Pero Darren no tiene ni idea de que tengo un apartamento. De repente, suena el tono de mi iPhone, y lo cojo con un tembleque incontenible. Espero que sea Darren.

¡Error! Es mi hermana... En fin, habrá que contestar a la llamada.

—Hola, Maya, ¿cómo estás?

—¡Hola! —responde alegremente, y eso me hace sonreír—. Yo bien, ¿y tú?

—No muy bien…

No quiero decirle la verdad, pero ¿qué sentido tendría mentirle? Maya no suele tardar mucho en pillarme cuando estoy mosqueada, así que es hora de contárselo a mi hermana.

—Darren y yo hemos discutido.

—¿Por qué? —me pregunta directamente.

—Pues porque al final se ha enterado de quién soy y... se le ha ido la pinza —le digo—. Discutimos y yo acabé yéndome de su piso. Insinuó que le estaba mintiendo y que no quería que el abuelo le viera jugar, pero también que yo había orquestado todo esto… En fin, una mierda.

—Lo siento mucho… —dice, con sinceridad—. Pero ya sabes lo que viene ahora: te lo dije.

—Lo sé… —admito a regañadientes—. Sienna y Joy se lo tomaron a buenas, y pensé que Darren también lo haría. Pero en

lugar de eso, se puso como una furia y ahora me ignora.

—¿Crees que se le pasará?

—Pues puede, pero de momento no parece que sea el caso… —confieso—. Tiene un ego bastante grande y lo sentirá como un ataque.

No puedo evitar soltar una risilla y Maya hace lo mismo.

—Bueno, ¿por qué me has llamado? —le pregunto.

—¡Voy a ir a Lincoln con el abuelo la semana que viene! —grita, emocionada, por el auricular—. ¡Me hace mucha ilusión verte a ti, a tus amigos y, por supuesto, a tu amorcito!

—Vaya... —digo, sacudiendo la cabeza por la palabra que ha elegido para referirse a Darren—. ¿Cómo que «mi amorcito»?

—Pues a ver, por aquí no me dejan llamarlo «tío bueno» o «bombonazo» —dice Maya con retintín—. A Preston no le hace gracia. Pero bueno, vaya joyita, ¿eh? Le he cotilleado el perfil…

—¡Maya! —chillo, incapaz de creer que sea tan descarada con Darren—. ¡Estás prometida!

—Ni re rayes. Quiero a Preston a muerte, idiota —responde, seria—. Además, ¿cuántos años tiene Darren? ¿Veinte?

—Veintidós.

—Bueno, en ese caso...

—Ahora en serio, Maya… —digo, con un tono más firme—. No sé si se le habrá pasado para entonces…

—Bueno, por ahora es un león que no deja de rugir, pero en un par de días, volverá a ser un tigre mimosín…

—¡Anda que no te gusta soltarlas! —digo, con una sonrisa—. En fin, tengo que esperar a que entre en razón. No hay nada más que pueda hacer, así que, de momento, le daré el tiempo que necesite.

—Todo irá bien —dice Maya, alegre—. Venga, nos vemos la semana que viene.

Sonrío.

—Estoy muy contenta de que vengas —digo con sinceridad—. Sienna y Joy te caerán genial. Son las mejores, y Darren... bueno, él es increíble.

—Me muero de ganas de conocerlos —dice mi hermana, y luego suelta una risita al teléfono—. ¡Hasta la semana que viene!

Me despido y cuelgo.

Suspiro, apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos. Un par de segundos después, llaman a la puerta.

Salto de la cama y corro hacia la puerta. La abro de un tirón y al ver quién está al otro lado, el corazón me da un vuelco.

—Hola —dice Darren, mientras se humedece los labios.

Parece nervioso, y tiene las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

—¿Te viene bien que hablemos?

—Claro que sí —le digo y le invito a pasar.

Darren me lo agradece y entra en el apartamento, y yo cierro la puerta tras él. Antes de dirigirme a él, respiro hondo para prepararme para la conversación que se avecina. Le quiero y no quiero perderle por haber cometido un error. Es lo mejor que me ha pasado, aparte de mis amigas. Si Darren rompe conmigo, caeré en un pozo y no sabré cómo salir de ahí. Comparados con esto, los rifirrafes con las chicas de mi antiguo instituto son una tontería. Si decide alejarse de mí, Darren me romperá el corazón, y de paso, el alma.

—Millie… —dice en voz baja.

Siento que se acerca a mí y, cuando sus manos me tocan la cintura, doy un respingo.

—¿Recuerdas cuando hablamos de los sapos y los príncipes?

No puedo evitar reírme y asentir.

—No quiero volver a ser el sapo para una chica que... que significa tanto para mí —dice en voz baja, y yo me tenso—. Lisa me dejó porque el fútbol era toda mi vida, y yo... Estoy a punto de hacerte lo mismo. Tú también vives para este deporte, y bueno... Tengo que meterme eso en la cabeza. Lo que dije ayer y la forma en la que actué... En fin, no te lo merecías. Tenías razón. No quiero que nadie sepa lo rota que está mi relación con mis padres, especialmente con mi madre. Y tú lo encubriste para protegerme. Por favor, dame una oportunidad de ser tu príncipe.

Las lágrimas corren por mis mejillas y me vuelvo hacia él.

—Te quiero —suelto y Darren me mira con los ojos muy abiertos.

Esta no era la clase de situación en la que quería encontrarme cuando le dijera que le quería por primera vez. En fin, tendré que aceptarlo.

—Tú también tenías razón. Tenía mucho miedo. ¿Recuerdas lo que te dije sobre mis problemas en el instituto?

Darren asiente y me acerca a él.

—Ahí empezó todo. Ahora ya sabes que mi familia es multimillonaria. No estamos hablando de que pasemos las vacaciones en nuestra casa de campo o de que organicemos fiestas y bailes desproporcionados. Estamos hablando de que tenemos yates y mansiones y *jets* privados, y yo... Quería ir a la universidad sin que nadie lo supiera. Por eso no te lo dije. No sé si me habrías mirado o tratado de la misma forma si hubieras sabido quién era. Y no necesito una respuesta a eso, Darren. Lo único que quiero es que me perdones y me des otra oportunidad.

—A ti te daría cien oportunidades más, sin pensármelo —dice apartándome un mechón de pelo.

Se acerca un poco más, hasta que al fin estamos pegados, y me besa suavemente.

—Yo también te quiero, Millie.

Emocionada, le devuelvo el beso y me acurruco contra él.

—Aún tengo una pregunta —le digo cuando nos separamos.

—¿Cuál? —dice Darren, arqueando las cejas—. Creía que ya habíamos zanjado el tema.

—¿Cómo te enteraste de quién era yo? Todas las fotos públicas son superantiguas. Nos hicieron una en la final universitaria, pero no la habrías buscado si no hubieras sospechado de antemano…

—Fue por Dana.

—¿Por Dana? —digo, desorientada—. ¿Cómo es que Dana sabía quién era?

—Pues… Resulta que conoce a tu hermana. Maya y ella fueron juntas a Harvard. Le sonaba tu cara, y se puso a investigar, porque sabía que Maya tenía una hermana pequeña.

—Oh, vaya…—digo, asombrada.

—Ya, lo sé... —dice, sonriente, y me besa dulcemente—. A mí también me pilló por sorpresa. Estaba preparado para cualquier cosa, pero no esperaba que fueras una McDonald.

—¿Y crees que...? —digo, relamiéndome los labios—. ¿Crees que eso es malo?

—Para nada.

Darren me levanta la barbilla y me mira a los ojos.

—Te quiero, nena. Tanto si tienes miles de millones... Bueno, suena un poco a locura, pero en fin, tanto si tienes miles de millones en la cuenta, como si no.

—Yo también te quiero, Darren.

---

[1] *N. de la T.* Modelo de bolso de mano de la lujosa marca francesa, hecho con cuero curtido de forma vegetal.

22

Darren

Una semana más tarde.

—Cariño… —digo, mientras paso la mano por la espalda de Millie—. Levanta, venga…

—Quita, pesado…—gime y me da una bofetada, lo que me hace reír.

Vuelvo a la cama y me arrimo a ella. Como era de esperar, se acurruca contra mí y aprieta su precioso culo contra mi polla.

Desde que aclaramos las cosas, nuestra relación se ha vuelto más íntima. Hemos hablado de nuestra infancia, de nuestras hermanas y de nuestra pasión por el fútbol.

Anteayer empezamos a trasladar las cosas de su estudio a su apartamento. Ahora que todo el mundo lo sabe, no quiere vivir con Amanda ni un día más y ha rescindido el contrato de alquiler inmediatamente. Para el caso, puede permitirse la penalización. Cuando fue a la administración de la resi, adoptó una actitud dominante que me puso cachondísimo, así que acabamos follando en el coche. Millie sacó a la jefa que lleva dentro, y encima llevaba ese vestidito negro que tanto me gusta, y unos tacones de diez centímetros, así que no pude resistirme. Luego volvimos al estudio e hicimos el amor en su cama por última vez. Al fin y al cabo, allí empezó todo.

Millie vive ahora en su apartamento y casi siempre estoy con ella. Es agradable tener cierta intimidad; algo que no pasa en mi piso compartido. Aún no hemos hablado de irnos a vivir juntos; no quiero forzarla.

Hoy es el gran día. Su abuelo y su hermana llegan a Lincoln para verme jugar mañana en el entreno, y llevo unos días de lo más nervioso. Intento no hacérselo ver a Millie. No es por nada, pero además de ser mi primera prueba seria en el mundo del deporte,

también es la forma en la que voy a conocer a la familia de mi novia. ¿Por qué no puede decir simplemente que lo de su familia era coña y que en realidad es la tímida chica de Minnesota que todos conocíamos?

Como yo, Millie tiene muy buena relación con su abuelo, por eso la nombró sucesora en su testamento. Millie no asumirá el relevo hasta dentro de tres años. Para entonces, me habrá fichado un club de la NFL y espero haber encontrado cierta estabilidad. Intentamos no darle muchas vueltas al tema, pero es inevitable.

—Estás pensando en ello otra vez, ¿verdad? —me pregunta en voz baja, mientras dibuja pequeños círculos en el dorso de mi mano.

—¿Pensando en qué? —le pregunto.

—En el futuro.

Millie se gira en mis brazos y me mira.

—Tú sabrás lo que te deparará el futuro el año que viene, y yo tendré que enfrentarme a ello en un par de años. ¿Y si...?

—Oye… —susurro, mientras la beso suavemente—. Ya está. No hay nada más que hablar.

—Pero no quiero que... nos distanciemos por eso —me dice, como me ha dicho muchas otras veces antes.

Tiene miedo. No es la primera vez que sale el tema del futuro. Han sido varias veces ya en los últimos días.

—Voy a aceptar la herencia. Vayas donde vayas, eso no cambiará. Puedo ir contigo al principio, pero al final tendré que volver a Mineápolis.

—Millie —digo, ahora con más firmeza, y tirando de ella—, estamos hablando del futuro. Todo eso será dentro de tres, cuatro o cinco años. Deja de preocuparte por eso.

—No puedo evitarlo —responde ella—. El fútbol, este club, siempre lo ha sido todo para mí, y yo... Estaba convencida de que nunca antepondría nada ni a nadie en mi camino. Pero eso ha cambiado.

—No.

La empujo para que se ponga boca arriba y me inclino sobre ella. Millie abre los ojos como platos. Sus manos se posan en mí, y yo apoyo los brazos a ambos brazos de su cara.

—Eres una McDonald, y vas a hacerte cargo del club. Has nacido para dirigirlo algún día, y no quiero que olvides el sueño de tu vida y todo por lo que trabajas aquí porque estés enamorada de un tío contra el que quizá tengas que competir.

—Prefiero tener que competir a que juegues con nosotros —dice Millie, bajando la mirada—. Imagínate que la cagas y te llamo a mi despacho. ¿Qué haríamos entonces?

Mis labios se curvan en una sonrisa lasciva. Tengo una idea muy concreta de cómo sería esa situación. Tal y como me lo imagino, la mesa de su despacho cumpliría un papel imprescindible.

—Mmm...—murmuro, mientras le planto una serie de besos dispersos en el cuello—. Pues te escucharía, te daría la razón, te prometería que lo haría mejor la próxima vez, y luego te follaría encima de la mesa. ¿Te parece?

—¡Darren! —chilla, y luego me pega un puñetazo en el pecho —. ¡Hablo en serio!

Gruño y agacho la cabeza.

—No podemos controlar el futuro, cariño —digo, mientras tiro de ella para acercarla a mi boca—. Pero nos queremos y haremos que funcione.

—De verdad crees que podemos hacer que funcione, ¿no? —me pregunta, perpleja.

—Claro que lo creo —contesto, mientras asiento con seguridad —. Ahora deja de preocuparte por eso y abre las piernas.

Millie se sonroja cuando me meto entre sus piernas y acerco mi torso a su pecho. Se ha vuelto increíblemente abierta estas últimas semanas. La comunicación en la cama es cada vez mejor. Millie aún no me dice guarradas, pero sí me pide lo que quiere que le haga. Me encanta que sea tan tímida. Por eso me enamoré de ella, pero he de admitir que me pone a cien la mujer de negocios que lleva dentro.

—No puede ser que te sonrojes cada vez que te diga que quiero follarte…

—¡Darren! —exclama y me río con fuerza mientras deslizo la mano entre nuestros cuerpos y paso mi polla por sus labios vaginales.

—Mmm… Estás mojadita.

—Para ya.

—¡Ni de coña! —murmuro, empujando ligeramente la pelvis hacia delante. Sus labios se abren y noto que se tensa—. Te gusta que te hable así, ¿verdad?

Nos besamos con ternura.

—Probemos algo nuevo —sugiero, mirándola a los ojos.

Junto con su miedo a todo lo nuevo, siempre está ese deseo irreprimible por descubrir. Si hubiera que atribuir a una persona la frase «las apariencias engañan», sería a Millie.

—¿Como qué? —susurra, mientras me enderezo y me arrodillo.

—Una nueva postura —digo, relamiéndome los labios—. ¿Confías en mí?

—Pues claro, tonto —responde con prontitud.

La cojo de la mano y la ayudo a salir de la cama. Millie se queda perpleja mientras tiro de ella hacia el gran ventanal del dormitorio, con vistas a los terrados de la ciudad.

Es un día lluvioso. La niebla se cierne entre las casas, así que no me preocupa que nadie nos vea. Además, las ventanas hacen efecto espejo, algo que descubrí ayer.

—Apóyate contra el cristal con las palmas de las manos —le ordeno.

—¿Contra el...?

Mi novia abre los ojos y me mira, jadeante. Su tez se enrojece un poco más. Sonriente, le pongo la mano en la nuca y tiro de ella hacia mí. Como Millie es bastante más pequeña, tengo que obligarla a ponerse de puntillas para que su boca llegue a la mía. Mis labios encuentran los suyos y la beso con avidez. Mi mano libre recorre su espalda hasta llegar a la piel desnuda de su culo. Antes de hundir mis dedos en sus deliciosas nalgas, le doy un azote, y ella separa sus labios de los míos levemente para jadear. Joder, esto es aún más excitante de lo que pensaba.

En las últimas semanas, lo hemos hecho muchas veces con ella arriba. Me encanta que se ponga encima de mí, porque es una buena postura para un polvo improvisado en el coche. Millie siempre necesita algo de tiempo para acostumbrarse a una postura y

descubrir si le gusta. Cuando se pone encima de mí, se siente segura porque así piensa que tiene el control. No se da cuenta de que soy yo quien suele regir los movimientos de su pelvis.

—Date la vuelta —le pido—, pon las manos en la ventanilla y empuja tu cuerpo hacia atrás.

Ella hace lo que le digo y yo la miro.

Joder, de repente me ha entrado un calor horrible…

Su cara se refleja en el cristal y su espalda está ligeramente arqueada.

—¡Pero nos van a ver! —dice Millie, girando la cabeza para mirarme.

—No —murmuro, mientras beso el hueco entre sus omóplatos —. No pueden vernos. Las ventanas tienen espejos y la niebla es demasiado espesa.

Mis manos bajan por sus costados hasta sus caderas. Se le pone la carne de gallina y tiembla ligeramente. Con la mano derecha, le abro un poco más las piernas. Millie gime mientras juego con su clítoris y deslizo dos dedos en su interior.

—Sí, Darren… —gime, y se desploma hacia delante.

Joder, qué buena está…

Millie empuja su espalda hacia delante y me ofrece su culo de lleno. Me gustaría darle otro azote, pero creo que es demasiado pronto para eso. Primero tiene que disfrutar de esta postura. Tiene que confiar plenamente en mí, porque no puede verme ni tocarme.

Me inclino sobre ella, le pongo una mano en la cadera y sigo metiéndole los dedos de la otra.

—Te quiero… —le digo besándole los omóplatos.

Mi novia empieza a temblar y yo le susurro:

—Te gusta, ¿verdad?

—Tal vez…

Me río suavemente y deslizo mis dedos dentro de ella un par de veces más.

—Me vuelves loco, nena…

Tiene que saber lo increíble que es esto para mí.

—Estás tan buena… Y eres toda mía…

—¡Darren! —susurra—. ¿Siempre tienes que decir esas cosas?

Me río y empiezo a besarla por la espalda hasta llegar al culo. Sonrío, le muerdo suavemente la nalga izquierda, y la hago gritar.

Luego saco los dedos. Millie gime de frustración y sustituyo los dedos por la lengua. Dejo que se deslice por su húmeda hendidura y le succiono el clítoris. Su pelvis se balancea hacia delante y hacia atrás, lo que me obliga a agarrarla con más fuerza para mantenerla en su sitio.

—Quédate así… —le exijo, y luego me aparto ligeramente para coger un condón del cajón de la mesilla.

Millie toma la píldora, pero no queremos correr riesgos. Lo último que nos hace falta es que se quede embarazada. No llevamos mucho tiempo juntos. Claro que quiero tener hijos, y seguro que ella también, pero todavía no ha llegado el momento.

Abro el envoltorio y me pongo el condón. Millie me mira por encima del hombro y se le pone la piel de gallina. Vuelvo a agarrarla por las caderas y acaricio la entrada de su coño con mi polla. Gemimos al unísono y dejo que su humedad bañe mi miembro. De forma involuntaria, mueve el culo para disfrutarlo aún más, y eso me pone aún más cachondo.

—No te muevas, nena.

Ella se para en seco y gime con fuerza mientras se la meto de un solo empujón. Su coño me da la bienvenida y tengo que contenerme para no penetrarla hasta el fondo como un animal.

El sexo suave no ha desaparecido de nuestra relación. Al principio me costó acostumbrarme, pero lo hice por Millie. Me di cuenta de que era más importante para mí estar con ella y hacerle el amor que ir buscando el sexo salvaje en otras mujeres. Podría decirse que he cambiado, y ahora no pienso igual en el sexo. Aun así, no quiero renunciar a follármela duro de vez en cuando o a echar uno rapidito en el coche.

Empiezo a moverme dentro de ella, y se la meto a un ritmo constante. Millie gime y su pelvis se mueve al compás de mis embestidas. Me da que nuestra primera vez en esta postura no durará mucho, porque estoy demasiado cachondo.

Me agacho ligeramente y junto mis manos con las suyas sobre el cristal. Así puedo acceder mejor a ella, ir hasta el fondo, y puedo

besarla cuando gire la cabeza.

Seguimos así un rato, follando y besándonos, y poco después, nos corremos a la vez.

***

Aparco el Porsche de Millie en el aparcamiento privado del aeropuerto de Chicago y apago el motor. Me encanta conducir su coche. Sonriente, la miro. Luego me inclino y le robo un beso. Después de nuestra sesión de sexo salvaje frente a la ventana, volvimos a la cama e hicimos el amor otra vez. Pero poco después tuvimos que ducharnos, vestirnos y salir.

—¿Estás emocionada? —le pregunto.

Ella sonríe ampliamente y asiente.

—Mucho —responde, mientras me acaricia la mejilla—. ¿Y tú?

—Yo también.

Nos separamos y salimos del coche. Millie busca su bolso en el asiento trasero. Es un accesorio de diseño por el que mi madre mataría; lo tengo clarísimo. Cuando lo encuentra, me coge de la mano.

La primera vez que me enseñó el vestidor en el que guarda los zapatos y bolsos, me quedé flipando. Mi novia tiene todo aquello con lo que una mujer sueña. Se nota que se siente cómoda en su piel y que le gusta mostrar quién es realmente. Y eso incluye gastarse enormes cantidades de dinero en cosas ridículas si así lo quiere.

Desde lejos, veo acercarse a ese imbécil, el trabajador del aeropuerto que le tiró fichas a Millie la última vez que estuvimos aquí. Menudo sonrisitas.

—Espérate, que ya estamos todos... ¿Qué quiere ese ahora?

—Señorita McDonald… —dice, saludándola y luego me señala con la cabeza—. Hola, señor Andrews. El avión de su abuelo llegará en cinco minutos, señorita. Síganme.

—Hola, señor Broderick —dice Millie, mientras le estrecha la mano—. Me alegro de volver a verle.

—El placer es todo mío, señorita McDonald —responde él, guiñándole un ojo—. Y esta vez, en el lugar adecuado del

aeropuerto.

Millie se ríe y él hace un gesto para que le sigamos. No entiendo una palabra de lo que dice y me gustaría estampar la cara de ese notas contra el suelo. ¿Sigue sin entender que es mi novia?

—¿De qué conoces a ese imbécil? —susurro, para que no pueda oírme.

Millie me mira mal.

—No es un imbécil —dice poniendo los ojos en blanco—. Es el encargado de los clientes que vuelan en *jet* privado.

—Ajá…

—Darren…

Millie se detiene, y yo freno en seco, y la miro. Mi novia tiene una sonrisa en los labios.

—No estarás celoso, ¿verdad?

—¡Claro que no! —suelto.

No se me notará tanto, ¿no?

—Vale, lo que tú digas…

Mi novia suelta una risita y me besa suavemente. Luego añade:

—Eso espero, porque yo solo te quiero a ti.

Millie me mira con cariño, se da la vuelta y echa a andar tras el tal Broderick. La sigo y la cojo de la mano. No me fío de este tipo, y si la conoce desde hace tanto tiempo como ella dice, quizá sepa cosas de Millie que yo no sé. Cosas que la hacen feliz y que yo no puedo ofrecerle ahora.

Sacudo la cabeza. Parece que me estoy volviendo loco poco a poco. ¿Yo, celoso de un trabajador del aeropuerto?

—Por aquí, señorita McDonald —dice, y le seguimos hasta la pista, donde acaba de aterrizar un *jet* privado—. No tardarán mucho en desembarcar.

—Gracias —dice Millie, volviéndose hacia mí.

Mi novia me abraza y me sonríe. Le devuelvo la sonrisa y la beso suavemente. No le quito los ojos de encima al chaval este que tanto nos mira.

—¡Estoy supernerviosa!

La alejo un poco para que podamos darnos la vuelta de cara al avión. Los empleados del aeropuerto se acercan al *jet* privado y la puerta se abre. Millie está cada vez más emocionada y sonrío mientras apoyo la barbilla en su cabeza.

—¡Ahí está! —exclama Millie cuando su hermana sale del *jet* privado y baja las escaleras.

Maya lleva el pelo castaño recogido en una coleta y luce un abrigo y unos vaqueros con botas de tacón.

—¡Ay, qué bien que esté aquí! —dice.

—Síganme.

El señor Broderick nos hace un gesto para que le sigamos y Millie echa a andar de inmediato. La sigo a paso ligero. Poco después, su abuelo baja del *jet* privado y mi corazón da un vuelco. ¿Cuántas veces he imaginado conocer al dueño de un equipo de la NFL, estrecharle la mano y hablar con él? Y ahora ese hombre es el abuelo de mi novia.

—¡Maya, abuelo! —exclama Millie.

Mi novia los saluda, emocionada. Su hermana le devuelve el gesto con la misma emoción y camina hacia nosotros.

—¡Por fin estáis aquí! ¡Me moría de ganas de veros!

—Nosotros también estamos muy contentos.

Me quedo a unos pasos de Millie y las observo a ella y a su hermana. No se parecen tanto como piensa Dana. Al contrario. Maya es un poco más alta que Millie y tiene el pelo y los ojos más oscuros.

—¡Hola, abuelo!

Millie lo abraza y él le sonríe.

—Hola, cariño —le dice cariñosamente—. ¡Qué alegría estar por aquí! El equipo no llegará hasta mañana por la mañana.

Sus ojos se posan en mí y levanta las cejas.

—No sabía que ibas a traer a uno de los jugadores.

Sonrío para mis adentros y Maya aprieta los labios.

—No… —dice Millie, volviéndose hacia mí.

Me coge de la mano y tira de mí hacia él.

—Darren es mi novio, abuelo.

El señor McDonald me mira, confuso, y claramente sin palabras. Le entiendo perfectamente. Probablemente, no se lo

esperaba, y no sé si pensará que es algo bueno. Soy un jugador universitario y quiero entrar en un equipo de la NFL el año que viene. Está claro que no confía en mí y piensa que me estoy aprovechando de Millie. Se me forma un nudo en el estómago.

—Hola, señor McDonald… —digo, armándome de valor y le estrecho la mano—. Es un placer conocerlo.

Espero que este hombre imponente no pueda ver que estoy hecho mierda por dentro ahora mismo.

—¿Y tú eres el novio de mi pequeña Millie?

Me mira de arriba abajo. Se abstiene de saludarme. Bueno, no pasa nada. Asiento, vacilante.

—Sí, señor…

Me siento incómodo con este interrogatorio. Maya sigue sonriendo y parece divertirse.

—Bueno, llevamos saliendo un tiempo ya…

—Ah, pues muy bien —responde, monótonamente—. Porque quiero asegurarme de que no te estás aprovechando de Millie para jugar en mi equipo.

Tras esas palabras, me quedo helado, y Millie se pone roja.

—¡Abuelo, por Dios! —grita mi novia—. ¿Cómo puedes pensar que Darren está conmigo por eso? Solo hace una semana que sabe que soy tu nieta.

—¿Ah, sí?

El señor McDonald me mira y se ríe. No comparto su humor.

—Solo estoy bromeando, chico. Ya veo que la haces feliz.

Sé que lo dice para calmar a Millie y no arruinarle el día. El señor McDonald no confía en mí; puedo verlo en su cara. De repente, aparece en mí el malestar que solo siento cuando tengo que tratar con mi madre. Con ella, nada de lo que hago está bien.

—Y ella me hace feliz a mí —respondo con voz firme y rodeo a Millie con el brazo.

—Espero que sigas diciendo eso mañana, cuando te muela a palos después del entrenamiento —replica con cara seria.

Después, besa a su nieta en la mejilla, pasa junto a ella y sube sin decir palabra a la limusina que le espera. Maya le sigue después de hablar un poco con Millie. Me vuelvo hacia mi novia y la miro,

horrorizado. Pocas veces me he sentido tan expuesto como ahora mismo.

—Ha ido bastante bien, ¿verdad?

Millie aplaude, entusiasmada, y luego añade:

—¡Aún quiere verte jugar!

23

Millie

Salgo de la limusina y miro a mi hermana hacer lo mismo. El entrenamiento es hoy, y todavía no sé si mi abuelo quería poner a prueba a mi novio con sus ridículos comentarios de ayer. Sé que a Darren le incomodó la situación, así que anoche cancelamos la cena. Se acostó temprano y lo dejé solo.

Las temperaturas han subido en los últimos días y ahora puedo llevar un abrigo de lana. Debajo llevo un vestido ajustado, unas medias negras y unos tacones altos. Mi hermana va vestida de forma similar.

—¡Abuelo! —digo, para saludarlo de forma efusiva, e inmediatamente, me pongo seria—. Bueno, ¿qué, te gusta Darren?

Sonrío y espero ansiosa la respuesta.

Teniendo en cuenta el numerito del aeropuerto, anoche no pegué ojo. Darren lleva toda la semana nervioso por este entrenamiento y lo entiendo. No solo va a conocer al dueño de una de las mayores franquicias de la NFL, sino también a dos de las personas más importantes de mi vida. Y la actitud de mi abuelo no se lo puso precisamente fácil.

—No me fío de él.

Mi abuelo suelta semejante comentario, y luego se queda tan ancho, como si lo que pienso yo no importara. Un segundo después, se pone las gafas de sol.

—¿Por qué? —le pregunto, dolida.

—Pues porque es como era yo en la universidad —responde—. El terror de las nenas. ¿A que sí? Y además, es un jugador de fútbol. Eres demasiado buena para él.

¿Pero qué le pasa a este hombre? ¿Acaso ha hablado por teléfono con Joy?

Pongo los ojos en blanco, molesta.

Maya se ríe y yo le dirijo una mirada asesina. Mi hermana se calla inmediatamente y se aleja unos pasos de nosotros.

—Eso no es verdad —le digo.

—Ah, ¿no? —dice, con suficiencia—. Quiere ser deportista de élite y tú, cariño, eres el billete perfecto para su gran sueño.

Me cabrea que no le dé el beneficio de la duda a Darren. ¡Se merece una oportunidad! Además, pensé que mi abuelo me apoyaría, como siempre ha hecho. Quiero a Darren y él me quiere a mí. Se enamoró de mí antes de saber quién era y adónde podía llevarle eso. Aunque, como he dicho ya otras veces, todo eso es accesorio, porque no podemos influir en el *draft*.

—Y ya sabes cómo funcionan las cosas en el *draft* —contraataco—. Si Darren es tan bueno como dijiste la semana pasada, tampoco es que tengamos ninguna oportunidad de ficharlo en nuestro equipo. Acabará en Florida o Nueva York. ¿Qué sentido tiene?

Mi abuelo se vuelve hacia mí y se quita las gafas de sol antes de dirigirme una mirada severa.

—Su hermana fue a Harvard con Maya, Millie —dice, molesto —. Sabía quién eras, de sobra.

—No hables sin saber, abuelo.

Molesta, pongo los ojos en blanco. Por el rabillo del ojo, veo a Darren caminando con Denver y otros jugadores hacia el campo, donde les espera el entrenador Flanders. Mi novio lleva el casco en la mano y bromea con Denver. Se le ve despreocupado, y espero que siga así. Miro a mi abuelo y él levanta las cejas.

—¿No te lo ha dicho? —me pregunta, lanzándome una mirada interrogante.

—Claro que me lo ha dicho —respondo, alzando la barbilla—. Pero siento decirte que creo en las coincidencias. Fue Dana, la hermana de Darren, quien se acordó de Maya y vio el parecido entre nosotras.

—¿Y por qué no te lo dijo? —continúa el abuelo.

¿Para qué seguir con todo esto? No entiendo qué pretende. Si no le gusta Darren, mejor que se deje de cuentos.

—¿Cómo voy a saberlo? —contesto, mientras aprieto los puños —. No hemos hablado mucho más del tema y, además, no conoces a Darren. Deja de juzgarlo.

—Bueno, eso es verdad, pero no quiero que te haga daño.

—¿Y por qué estás aquí, entonces? —pregunto ahora, cogiéndole del brazo—. ¿De verdad te interesa lo más mínimo, o quieres ver cómo me meto la hostia, con perdón, porque estoy enamorada de un jugador de fútbol? Sabías que esto podía pasar. Tiene mi edad y la seguirá teniendo dentro de unos años.

No creo que mi abuelo sepa cuánto me duele tener esta conversación. Me lo esperaba de mis padres, pero no de él. Siempre pensé que querría que fuera feliz, con independencia de a quién eligiera. Pero bueno, según parece, eso no importa cuando se trata del trabajo de toda su vida.

—Estoy preocupado, Millie —balbucea—. ¿Por qué no podías fijarte en un estudiante normal, como Preston?

Por desgracia, cuando mi abuelo pronuncia estas palabras, Maya ya no puede escucharnos, porque está charlando con un par de cazatalentos. Sé que ella tampoco aprobaría lo que está diciendo.

—Porque quiero a Darren —respondo, indignada—. Y nadie va a cambiar eso. Puede que me dé de bruces con la realidad, pero así son las cosas, abuelo. Soy adulta y necesito vivir las cosas por mí misma. Además, ¿cómo sabes que Preston tiene buenas intenciones con Maya? Tal vez solo esté esperando el momento oportuno para…

—¡No digas tonterías! —dice, regañándome—. Preston es buena persona, y lo sabes.

—Claro que lo sé —admito con pesar—. Lo siento, es que…

—No quiero que Darren te haga daño —dice, y puedo sentir la sinceridad en sus palabras—. Te he visto muy cambiada aquí, y en el buen sentido. Ahora eres feliz, y no quiero que él lo arruine.

—No lo hará —le prometo, dando un paso hacia él para hablar en voz baja—. Y te lo vuelvo a preguntar: ¿te interesa su forma de jugar o no?

—Sí.

Mi abuelo asiente y mira a Darren, que ya está calentando. Luego, añade:

—Claro que me interesa. Pero si vamos a salir al campo a enseñarles lo que es bueno, espero que seas mi compañera, no su novia. Sobre todo si se comporta como un imbécil.

—Por supuesto —le digo—. Cuenta conmigo, abuelo. Además, Darren no hará nada raro. No es tonto.

—Muy bien.

El abuelo me abraza y me besa en la mejilla. Luego sonríe y dice:

—Me tiene miedo, ¿verdad?

—Pues sí…

Después de admitirlo, echo a andar y pronto alcanzamos a Maya y al resto del equipo.

El entrenador Flanders se acerca y le da la mano a mi abuelo. Hasta ahora, no me ha mirado, y parece que no me ha reconocido.

—Buenas tardes, señor McDonald —dice, exuberante—. Me alegro mucho de que esté aquí. Denver Jones y Darren Andrews son los números diez y quince.

—Gracias —responde mi abuelo—. Espero mucho de esos dos...

El entrenador asiente y estrecha la mano de Maya. Luego sus ojos se detienen en mí.

—¿Qué haces tú aquí?

Ni siquiera parece saberse mi nombre. Para colmo, suelta:

—Le dije al periódico de la universidad que no viniera y, como puedes ver, ninguna de las novias de los otros jugadores está aquí.

¿Quién se cree que es el entrenador Flanders? Vale, entrena a un equipo que ganó el campeonato universitario, pero nada más. Además, a mí jamás se me ocurriría ir al encuentro del dueño de un club de la NFL y de su nieta, por no mencionar al séquito de personal de seguridad y cazatalentos que nos acompañan, sin haber indagado un poco de antemano.

—Sí, ya lo veo —le digo con una sonrisa—. Me llamo Millie McDonald, por cierto. Soy la futura dueña de los Minneapolis Warriors. Veo que ya has saludado a mi abuelo y a mi hermana, ¿no?

La cara del entrenador palidece, y atónito, mira a mi abuelo y a mi hermana, que le sonríen con suficiencia. Maya espera tan poco de los hombres en este negocio como ellos esperan de las mujeres. Vamos a reventar la NFL en unos años. Es muy raro que un club tenga una dueña, en femenino, y si encima se trata de dos mujeres jóvenes… En cuanto se haga oficial, seremos pioneras en este mundo.

—Bueno, en ese caso… A darle caña al entrenamiento, ¿no? —dice, con la voz temblorosa, y yo asiento con la cabeza.

El entrenador Flanders retrocede y reúne a los chicos a su alrededor. Darren levanta la cabeza y me sonríe, y yo le devuelvo la sonrisa. Soy una profesional, pero no puedo evitar hacerle esa pequeña concesión.

Durante la siguiente media hora, el entrenador les hace ejecutar todo tipo de jugadas para mostrarnos los puntos fuertes de los jugadores; en concreto, de Darren y Denver, porque al fin y al cabo, el abuelo ha venido a verlos.

El día que nos reconciliamos, Darren me contó que se enteró de lo de mi familia por su hermana, pero eso no explica por qué Dana no me dijo nada. Tampoco sé por qué Darren se lo calló. Habría sido más fácil que me lo hubiera preguntado, ¿no? Le habría dicho la verdad.

Echando la vista atrás, me parece rarísimo que no me pillaran antes. Había más de cien invitados en la cena de ensayo de la boda, así que imagino que en el banquete, habría habido el doble. Había un riesgo enorme de que alguien de la alta sociedad de Austin me reconociera, pero mi cerebro de enamoradiza simplemente se convenció de que no sucedería.

—Ese chico tiene que meterse más en el juego.

Mi abuelo me saca de mis pensamientos y señala a Denver.

—Se queda demasiado tiempo al margen. ¡Así no hay forma de que sus receptores[1] puedan cubrirle!

Estoy de acuerdo con mi abuelo. Observo a Denver lanzar un pase. Puede que en la universidad aún le sirva su técnica, pero en la NFL se lo comerán vivo.

—Sí, siempre lo hace —respondo con sinceridad, aunque me cueste decirlo—. Piensa demasiado. Lo digo en serio, se puede ver cómo piensa hacia dónde lanzar el pase. Un buen defensa no tardaría mucho en pillarle.

—¡Pues eso no me gusta nada!

El abuelo se muestra severo, y le dice a sus cazatalentos que descarten a Denver. Frunzo los labios y siento la tentación de suplicarle que le dé otra oportunidad a Denver. Pero sé cómo son las cosas en este negocio, y Denver ha echado a perder la oportunidad.

—¿Qué opinas de Darren? —le pregunto, mirándole.

El corazón empieza a latirme más deprisa y me balanceo, nerviosa. Necesito que le guste.

—¿Qué piensas tú de él? —dice, levantando las cejas—. Y quiero una respuesta sincera.

—Es rápido, y sus rutas[2] son perfectas —digo, enfatizando sus puntos fuertes—. Pero le falta corpulencia de cara a la NFL. Al menos unos seis kilos.

Como su novia, eso último no me encanta. Con un par de kilos más, parecerá uno de esos machotes mazados.

Qué grima…

—Yo también lo creo.

Su aprobación hace que mi corazón se llene de orgullo. Mi abuelo me pregunta de nuevo:

—¿Y qué más?

—Creo que... —respiro hondo—. Sigo pensando que va a ser el mejor *defensive end* de la historia. Solo le queda musculare un poco más, para poder desmantelar las jugadas ofensivas de la NFL. Así no tendrá ningún problema a la hora de hacer picadillo a los *quarterbacks* del otro equipo.

Mi abuelo gira la cabeza y me mira, meditabundo. Al principio no puedo descifrar lo que está pensando, pero luego sonríe.

—Yo también lo creo —asiente—. Tiene una gran carrera por delante. Como mínimo, lo fichan en la primera ronda. El día que se enfrente a ese Jones en el campo, se lo va a zampar de un solo

bocado. Lo quiero en mi equipo, pero no tengo ni idea de cómo vamos a conseguirlo.

No me esperaba una reacción tan positiva, y me quedo callada. Pero mi abuelo puede deducir lo contenta que estoy de que piense lo mismo que yo, porque se me escapa una sonrisilla.

—Bueno... una forma de conseguir a Darren sería sentarnos en la *war room*[3] esta temporada e intentar asegurarnos la elección en la primera ronda.[4]

Mi abuelo me mira horrorizado, y yo pongo los ojos en blanco.

—Es broma, abuelo… —le tranquilizo—. ¿No tenemos forma de negociar?

—Déjame ver qué puedo hacer —contesta—. Oye, ¿quién es ese que lleva el número diecisiete?

—Ese es Tyler Connor —digo y el abuelo asiente—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me pregunto por qué no me había fijado en él antes…

El abuelo parece realmente sorprendido.

—Me gusta cómo corre. Es bueno, ¿eh?

—Sí, la verdad. Tyler vino de Ohio el otoño pasado.

—Está bien bueno… —dice Maya, y yo pongo los ojos en blanco.

El abuelo se da la vuelta y le dice algo que no consigo oír a uno de los cazatalentos.

—Estás prometida, te lo recuerdo. —le digo a mi hermana.

—Y tú eres una aguafiestas —contesta, y luego me saca la lengua.

Me río y me encojo de hombros.

Al ver cuánto se ha esforzado, confirmo que Darren desea a toda costa ganarse a mi abuelo, como deportista y como persona. En el plano deportivo, ya se lo ha ganado, pero en lo personal... En fin, espero que el abuelo le dé la oportunidad que se merece.

El entrenador Flanders hace sonar el silbato para poner fin al entrenamiento y se acerca a nosotros, rebosante de orgullo. El abuelo se pone justo a nuestro lado.

—¿Qué os ha parecido? —pregunta orgulloso, mirando a mi abuelo.

No puede ser… Aún se creerá que su forma de entrenar tiene algo que ver con que Darren y Tyler jueguen como juegan. Bueno, me toca hablar por los dos.

—Pues nos gustaría hablar con Darren y Tyler.

El entrenador Flanders hincha las mejillas. Su pecho sube y baja frenéticamente. Debe de estar enfadado porque le he contestado antes. No quiere hablar conmigo y mira a mi abuelo, que parece ser la única persona a la que respeta.

—¿Tyler? —pregunta, sorprendido—. Habíais venido a ver a Denver y a Darren, ¿no?

—Hemos cambiado de opinión —le digo, mientras sonrío—. ¿Te supone algún problema que ya no nos interese Denver?

—No —refunfuña—. ¿Quieres hablar con ellos aquí mismo o en mejor el palco? Os hemos preparado un pequeño tentempié.

Me encantaría contestar que queremos hablar con ellos ahora, pero Maya prefiere que vayamos al palco. El abuelo está de acuerdo, así que habrá que ir.

***

Llevamos media hora esperando a Tyler y Darren. Los nervios se me están comiendo viva, porque es la primera vez que voy a dirigirme a mi novio en mi rol de heredera de un club de la NFL. Darren y yo hemos hablado en más de una ocasión sobre lo que nos depara el futuro. El *draft* es impredecible, pero podríamos negociar con otros equipos si nos lo proponemos. Dado que es un *defensive end* y no un *quarterback*, hay bastantes probabilidades de que no sea una de las cinco primeras elecciones de la primera ronda. Sin embargo, todo depende de cómo juegue en la última temporada en la uni. Si se lesiona, hasta luego.

—No estés tan nerviosa —dice Maya—. Te quiere y sabe que este es tu trabajo.

—Ya, lo sé… —digo en voz baja—. ¿Le has dicho al abuelo que fuiste a la universidad con la hermana de Darren?

—Sí —dice Maya encogiéndose de hombros—. Lo busqué en Instagram y encontré a Dana. No me lo esperaba. Era una chica muy maja, por cierto.

—Mmm…

—¿Qué pasa?

—Bueno, ahora ya, nada —respondo—. Darren me dijo a última hora que se había enterado por Dana... y hoy no dejo de darle vueltas.

—No te preocupes —me tranquiliza mi hermana, y luego me estrecha el brazo con firmeza.

—Ese chico está enamorado de ti. Es jugador de fútbol, no actor. No sabe fingir.

—Tienes razón… —digo.

Unas fuertes voces procedentes del pasillo interrumpen nuestra conversación. Poco después, entran en el palco el entrenador Flanders, un supervisor del equipo directivo de los chicos, y Darren y Tyler. Los dos parecen un poco desorientados.

Cuando Darren me ve, sonríe y yo le devuelvo la sonrisa.

Los dos llevan pantalones de chándal y sudaderas con el escudo de los Lincoln Tigers. Darren aún tiene el pelo mojado y no puedo evitar sonreír. Está tan guapo…

—Señor McDonald… —dice el entrenador Flanders—. Señorita McDonald… Señorita McDonald…

¡Vaya! Parece que ha aprendido la lección. Ver para creer. Aun así, su actitud prepotente me molesta. Espero no tener que lidiar con él en los próximos meses.

Me siento bien ahora que puedo ser yo misma… Estoy en mi elemento. Decirles la verdad a mis amigos y a Darren ha sido la mejor decisión que he tomado nunca.

—Hola —digo, sonriendo a Tyler y Darren—. Buen entrenamiento.

Me cuesta meterme en el papel porque Tyler y Darren me miran con cierto escepticismo. Miro a mi abuelo y él me pide que continúe.

—Sabemos que vuestro *draft* será el año que viene, pero queremos que sepáis que nuestro club os seguirá muy de cerca la

próxima temporada. Si seguís jugando así o incluso mejor, puede que consideremos ficharos llegado el momento.

Tyler parece sorprendido. No puede creerse lo que le digo. Darren sonríe, con cautela. Esto es tan nuevo para él como para mí.

—¿Por qué no nos acompañáis? Así podremos hablar un poco más —dice ahora mi abuelo.

Los dos se sientan a la mesa. Sigo a Maya y me quedo detrás de Darren. Con disimulo, le pongo la mano en el hombro y se da la vuelta.

—Hola —digo en voz baja, y él sonríe.

—Hola. ¿Quieres sentarte a mi lado?

—Claro —respondo, mientras me dejo caer en la silla.

Él me pone la mano en la pierna y yo pongo la mía en la suya.

—Has estado genial, cielo.

—¿Tan genial que estaría dispuesta a ficharme, señorita McDonald?

—Todavía tengo que pensármelo —le digo con sinceridad, apretándole la mano—. Ya veremos dentro de un año.

—Ya me lo imagino —dice Darren, mirando nuestras manos entrelazadas—. Estás muy sexy cuando sacas la jefa que llevas dentro, por cierto.

Darren habla en voz baja y no creo que los demás le hayan oído. Aun así, me sonrojo. Él se limita a sonreír y me pellizca ligeramente la pierna. Luego se vuelve hacia mi abuelo. Ambos se ponen a hablar sobre el entrenamiento y Darren escucha los consejos que le da sobre cómo mejorar de cara a los próximos meses.

—No creo que a Millie le haga mucha gracia que engordes veinte kilos… —dice Maya, en tono burlón.

—Pues va a tener que hacerlo si quiere cumplir su sueño —respondo, apoyándome en Darren.

Mi hermana se ríe y se vuelve hacia el entrenador Flanders, que quiere hacerle unas preguntas.

—Lo que yo te diga —dice Darren, para recalcar sus palabras —. Eres la más sexy cuando te pones en modo jefa.

Una oleada de calor recorre mi cuerpo, porque sé exactamente lo se le pasa por la cabeza. Feliz de tener al mejor chico del mundo a mi lado y de poder vivir mi sueño sin tener que esconderme, me inclino hacia Darren.

—Oye, Millie… —dice mi abuelo, y yo me vuelvo hacia él—. Es buen chaval.

Sonriente, miro a Darren y asiento, satisfecha.

---

[1] *N. de la T.* En fútbol americano, un *wide receiver*, esto es, un «receptor abierto» o «ala abierta», es un jugador especialista en la recepción de pases, y que, dependiendo de cuál sea su punto fuerte, suele clasificarse en experto en velocidad o en posesión.

[2] *N. de la T.* En fútbol americano, una ruta es el camino que sigue un receptor, *tight end*, o un *back* para desmarcarse y poder atrapar un pase.

[3] *N. de la T*. La *war room* es una sala en la que se encierra el personal de gerencia de un equipo de fútbol americano durante el *draft* para analizar la situación, consultar el *draft board* (donde aparecen los posibles fichajes) y tomar las decisiones convenientes.

[4] *N. de la T*. En la primera ronda del *draft*, cada equipo dispone de diez minutos para decidir su elección o *pick*, y comunicársela al personal de la liga. Una vez entregada, se hace oficial, y entonces el tiempo empieza a correr para el equipo que elija en siguiente lugar. Quien tenga la *first round pick* es quien se asegura el mejor jugador.

Epílogo

Darren

Aeropuerto de Chicago, seis meses después.

Saludo con la cabeza a la amable azafata del *jet* privado de Millie, y sigo a mi novia al interior del ostentoso avión. Es la tercera vez que viajo en el *jet* de la familia McDonald. La primera vez, volamos a Mineápolis para el cumpleaños de su abuelo. Allí conocí a los padres de Millie, Roger McDonald hijo y Jennifer. Fueron muy amables y me dieron la bienvenida a su familia. Preston, el marido de Maya, también es un tío genial. Se casaron la semana pasada, y fue una boda preciosa.

En Pascua, fuimos a visitar a mis padres. Gracias a Millie, ahora me llevo mejor con mi madre. Adora a mi novia y sigue pensando que es una broma que Millie vaya a heredar una franquicia de la NFL. Dana se mudó a Australia a vivir con nuestro tío, después de que él viniera a la finca para aprender un poco más sobre ganadería. Mi hermana necesitaba alejarse un poco de este lugar. Me alegro de que por fin siga su propio camino y no el que mis padres querían que siguiera.

Yo crecí en un ambiente bastante opulento, pero la vida de Millie es una locura. De hecho, me asusta ver la forma tan despreocupada que tiene de gastarse el dinero. Por otro lado, sé que su familia probablemente gane más dinero en una hora que la mía en un año.

El interior del *jet* tiene una zona en la que acomodarse. Las sillas y el sofá beis de enfrente combinan a la perfección con la moqueta y las paredes blancas.

—Podríamos haber cogido un vuelo comercial —digo, y ella se ríe.

—Mientras yo viva, no volveré a pisar un vuelo comercial —dice, y luego frunce los labios—. Si eso es lo que quieres, allá tú, pero yo no lo soporto.

—A veces desearía que volviera la antigua Millie —digo, entre suspiros y la acerco—. Te quiero, pero no necesitamos todo esto.

—Yo lo necesito —dice, apartándome—. Ahora deja de quejarte y empieza a disfrutarlo. Señorita Bellingham, queremos una botella de agua en cuanto alcancemos la altitud de crucero.

Millie se sienta en una de las sillas y yo me siento frente a ella. Me sonríe. Mi novia rebosa felicidad. El nuevo semestre empieza la semana que viene y queremos pasar los últimos días juntos antes de que empiece de nuevo el estrés de la vida cotidiana. A mí me habría bastado con encerrarnos en nuestro apartamento durante una semana y pasarnos los días en la cama, pero mi novia tiene otros planes.

—¿Recuerdas cuando hablamos de Hawái? —me pregunta, cogiéndome las manos entre las suyas.

Le devuelvo el gesto y asiento con la cabeza.

—Sí, el día en que volamos en un avión comercial y sobreviviste. ¡Flipa!

—Bueno, y tú sobreviviste a un ataque de celos por el señor Broderick —me responde de inmediato, guiñándome un ojo—. Hoy ha salido huyendo en cuanto te ha visto…

—Ese tío está colado por ti. No me cansaré de decirlo.

Millie pone los ojos en blanco y yo me inclino sobre la mesa y la beso.

—Incluso después de todos estos meses, todavía no sabes lo sexy que eres —susurro—. ¿Por qué?

Llevamos juntos casi medio año y Millie sigue poniéndose roja cuando le hago un cumplido o le digo lo caliente que me pone mientras follamos.

—¡Es que soy así! —me explica—. Y dentro de unos años, todavía no me habré acostumbrado. Además, eres el primer tío que me lo dice abiertamente.

—Sí, porque los demás eran todos idiotas…

—Tú también lo eras —me acusa, y yo rechisto.

—Vale, vale… —cedo y me reclino sobre mi asiento—. Yo también fui un idiota.

—Te quiero, Darren.

El brillo de sus ojos hace que el corazón me dé un vuelco.

—Yo también te quiero, cariño.

La azafata nos dice que nos abrochemos los cinturones y el avión se pone en marcha. No tardamos mucho en despegar. Millie se enreda un mechón de pelo oscuro en el dedo y mira su iPhone.

—Oye, nena… —pregunto desabrochándome el cinturón.

—¿Qué?

—Aquí hay cama, ¿verdad?

Mi novia me mira e inmediatamente se ruboriza. Ahí está, mi chica, toda roja. Sonrío de forma provocativa. Me levanto y le tiendo la mano. Vacilante, la coge y me deja que la ponga en pie.

—¡No, para!

Millie mira hacia la puerta cerrada que nos separa de la azafata y el piloto.

—Disculpe, señorita… —digo, atrayéndola hacia mí.

La beso apasionadamente y la levanto. Millie me rodea el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Me gustaría comentarle las ventajas del club de millas platino. Es nuestro tercer vuelo en este *jet* y aún no lo hemos bautizado. ¿Le interesa?

Traga saliva y abre mucho los ojos. Como siempre, se muestra escéptica cuando le propongo probar algo nuevo, pero también emocionada y ansiosa por lo que está por venir.

Sonriente, la llevo a la cama de la estancia contigua.

***

Doy las gracias al chófer y le doy una buena propina. Luego sigo a Millie hasta la imponente villa con playa privada cerca de Honolulú. Por supuesto, mi novia no ha escatimado gastos con nuestro alojamiento. Un buen hotel cerca de la playa con una cama cómoda habría estado bien. Pero Millie insistió en una casa propia.

Como he dicho, aún me estoy acostumbrando al ritmo de vida que ella da por sentado.

Sonriente, la acerco a mí y la beso suavemente.

—Es bonito, ¿verdad? —pregunta con los ojos brillantes—. Quería que la casa fuera para nosotros solos…

Frunzo el ceño. Esa frase puede significar cualquier cosa, viniendo de Millie. La semana pasada fuimos de compras y le dije que un traje me parecía bonito, pero que no me gustaban algunos detalles. Y la muy majara me encargó uno a medida y a mi gusto.

—Para nosotros solos… ¿hasta cuándo? —pregunto, con cuidado.

—Pues… Para siempre, ¿por ejemplo? La he comprado.

Millie sonríe. Abro los ojos y suelto un grito ahogado. Ni de coña habrá comprado esta lujosa casa en Hawái…

—Disculpa, ¿qué? ¿Has comprado este casoplón? —balbuceo, e intento tragar saliva—. Pero… ¿quién va a pagarla? Bueno, vaya pregunta… Tú, claro.

Parece que, en el futuro, no seré yo quien lleve el dinero a casa. Mi novia tiene una idea muy clara de cómo funcionarán las cosas, y también tiene los medios para hacer este tipo de locuras.

—Sí —dice encogiéndose de hombros—. Es que la vi y… no pude resistirme. Esta será nuestra casa, Darren. Siempre podemos venir aquí y estar solos. Los dos solos.

Está emocionada y le brillan los ojos. Millie se acurruca más cerca de mí y me planta unos cuantos besos dispersos en la barbilla. Me aparto y le acaricio el pelo. Ladea la cabeza para que pueda mirarla a los ojos.

—Tienes que dejar de hacer esto, nena —le digo—. No puedes seguir comprándolo todo solo porque me gusta. No hacía falta, sobre todo porque no lo necesito.

—Te has enfadado, ¿verdad? —dice con naturalidad, y yo pongo los ojos en blanco.

—No... Pero no puedes comprar una mansión o un coche nuevo así como así. Hay que hablar las cosas, Millie. Ya sé que es tu dinero y no te lo puedo prohibir, pero si es para los dos, tenemos que hablarlo.

—Lo siento… —dice ella—. Voy a tener que acostumbrarme a que decidamos las cosas juntos. Es que una se habitúa a comprar lo que sea cuando le viene en gana... Aunque sea una mansión de siete millones de dólares.

—¿Cuánto dices que ha costado la casa? —jadeo—. Pero ¿estás loca?

—Soy una mujer de negocios —dice orgullosa, plantándome un beso en los labios—. Ya tenemos a gente interesada en alquilarla. Recuperaré el dinero enseguida. No te pongas así, Darren.

Mi novia hace un gesto con la mano y se aleja, contoneando las caderas.

Dios, me encanta esta mujer.

—Tú…

La agarro de los muslos y me la echo al hombro. Millie grita y yo le azoto en el culo.

—Eres increíble, nena…

Millie se ríe mientras la llevo al dormitorio principal y la tumbo en la cama grande.

***

El sol se ha puesto, pero aún hace un calor espléndido cuando me meto en el *jacuzzi* del patio.

—Joder… —gimo mientras me recuesto—. Qué bien se está…

Me siento frente a uno de los chorros de masaje y cierro los ojos. El agua burbujea a mi alrededor y me siento como en otro plano astral.

—¿Puedo unirme?

Abro los ojos y veo a mi novia caminando hacia mí con un bikini rojo de lo más revelador. Me encanta cuando se viste de rojo. Me recuerda a ese vestido de diablesa que llevó a la boda de mi hermana. El vestido que nunca pude quitarle.

—Me encanta cuando te vistes de rojo… —digo, esta vez en voz alta.

—¿Por qué?

Millie deja dos botellas de agua en la pequeña repisa que hay justo al lado y se mete en el agua conmigo. La cojo de las manos y la subo a horcajadas a mi regazo. El agua baña sus pechos pequeños y firmes y me paso la lengua por el labio superior al contemplar las vistas.

—Me recuerda al vestido de Austin —le digo.

—Ese día tardé poco en arreglarme, pero me quedé casi diez minutos delante del espejo del baño, con miedo a salir.

—¿Por qué, nena?

Sus manos recorren mi pecho desnudo y me rodean el cuello.

—Me sentía tan... desnuda. Era la primera vez que me ponía un vestido así, y encima, delante de ti. Me sentía insegura.

—Estabas impresionante —le aseguro, besándola—. Siempre lo estás.

—¿Siempre? —me pregunta ella, alzando las cejas—. Recuerdo cuando me dijiste que…

—Quiero decir últimamente —admito.

—Ah, eso pensaba…

Millie suelta una risita y se lanza a mis labios. Me encanta cuando toma la iniciativa. Mis manos bajan por su espalda y se paran en los cordones de la parte de arriba de su bikini. Solo tengo que deshacer el nudo y ¡puf! Bikini fuera.

Y eso es justo lo que hago. Primero ataco el nudo de la espalda, y luego el del cuello. El top cae al agua delante de nosotros y yo lo empujo descuidadamente a un lado. Luego le acaricio los pechos y se los palpo con dulzura.

—Sí, Darren… —gime, y luego deja caer la cabeza hacia atrás para que pueda acceder a su cuello—. Sigue…

—Dime una cosa —digo, separándome de ella.

Me mira y se echa un poco hacia atrás para que pueda verle mejor los pechos.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuándo te enamoraste de mí?

La pregunta sale de mi boca espontáneamente. Recuerdo cuando me gritó que nunca habría aceptado ir a la boda de mi hermana si no hubiera sentido algo por mí.

Millie se ruboriza y yo enarco las cejas. Esto se está poniendo emocionante.

—Sinceramente, cariño… —murmura—. En el primer momento en que te vi.

—¿Cómo?

—Nada más llegar a Lincoln...

Millie se ríe y sacude la cabeza.

—Era mi segundo o tercer día y estaba buscando una sala. Estaba en el vestíbulo del edificio principal y entonces entrasteis por la puerta Denver, Jake y tú. Escuché el barullo a mi alrededor y levanté la vista. Y allí estabas tú. Te vi por primera vez y… me enamoré de ti.

—Pero... —digo, vacilante—. Toda la treta de la boda fue meses después…

—Sí —contesta Millie, sacudiendo la cabeza—. Bueno, es evidente que estaba enamorada de ti en secreto. Todo el mundo lo sabía, creo, pero tú nunca me prestaste atención.

Su voz suena más fuerte de lo que esperaba. Tiro de ella para acercarla a mí. No sé qué decir, porque es verdad: nunca le presté atención.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

Las yemas de mis dedos bailan por su espalda desnuda y sus pezones se ponen de punta.

—¿En serio? —dice, arqueando las cejas con actitud burlona—. ¿Crees que debí haberte dicho que estaba enamorada de ti?

—Bueno, quizá no de una forma tan cantosa, pero podrías haber intentado hablar más conmigo.

—No fui capaz —objeta ella.

—¿Por qué? —le pregunto, mientras le beso el cuello—. Estoy seguro de que podríamos haber encontrado una forma de comunicarnos.

No me hace falta levantar la cabeza para saber que está poniendo los ojos en blanco.

—Cada vez que intentaba hablar contigo, me quedaba en blanco... En fin, estabas ahí, y en mi cabeza intentaba formular la frase perfecta, pero… Bueno, encima me costaba cerca de cinco

minutos el hacerme a la idea de hablar contigo, pero claro... Supongo que tardaba demasiado. Tú estabas tan tranquilo y rebosabas confianza por todos los lados... En fin, me hice a la idea de que no te interesaba lo más mínimo.

—¿Sabes a qué me suena esa historia? —digo, sonriente, e inclino la cabeza—. A esas comedias románticas en las que todo el mundo tiene miedo de acercarse a su *crush*.[1]

—Sienna, Phoenix y Joy intentaron convencerme de que me olvidara de ti, pero yo quería estar contigo. Lo tenía clarísimo. Y entonces me dijiste de ir a la boda de tu hermana esa noche y…

La abrazo y la beso. Ya no tenemos que hablar de ello. Para ser sincero, no entiendo a Millie. Somos todos parte del grupo, y si ella hubiera sido la mitad de lo abierta que es ahora, le habría prestado más atención. No intento excusar mi tontuna. Seguramente habría visto su verdadero carácter si me hubiera esforzado un poco más y hubiera pasado por alto su mal gusto para vestir. Pero ahora ha dejado todo eso atrás, y su ropa es una pasada.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Cuándo te enamoraste de mí?

Sabía que ella me haría la misma pregunta.

—En algún momento entre nuestra primera vez y mi conversación con Dana —digo, abrazándola más fuerte—. La verdad es que no lo sé...

—Eso es una franja muy amplia…

—Pero es verdad —digo, mientras le acaricio las caderas—. Al principio no quería creerlo, y... cuanto más tiempo pasábamos juntos y más te abrías a mí, más evidente era que sentía algo por ti; algo que no era solo amistad. Y me di cuenta de que estaba enamorado de ti cuando Dana me preguntó si te echaba de menos.

—¿Me echaste de menos?

—Ni te lo imaginas —confieso, y luego la beso—. Porque te quiero.

—Yo también te quiero.

El corazón me late más deprisa, como siempre que me lo dice.

Con dulzura, me quito la tela innecesaria que separa nuestros cuerpos y levanto a mi novia para colocarla sobre mi miembro

erecto. Millie gime y mece sus caderas sobre las mías.

—Darren… —gime, mientras encontramos el ritmo.

—¿Sí? —susurro, mirándola a los ojos.

—Me alegro de haber tenido que besar solo a un sapo. Porque creo que muy pocas chicas tienen la suerte de encontrar a su príncipe a la primera.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, *crush* es una persona que le hace gracia a otra, esto es, alguien por quien se siente cierta atracción o fascinación, normalmente de forma pasajera.

TOMO III

El futuro padre perfecto

1

Phoenix

Brístol, Inglaterra.

Pese a que estamos en abril, hoy está lloviendo de una forma casi desmesurada en Brístol, pero teniendo en cuenta los últimos meses, ya estoy acostumbrada. El mal tiempo no es más que un reflejo de mi estado de ánimo. Cuando me fui, tenía el presentimiento de que el trabajo y mi estancia en Europa serían una experiencia maravillosa, pero al cabo de unas semanas, todo se fue al garete.

Al principio la cosa iba bien, pero luego empezó todo. Vomitaba con cierta regularidad y me pesaba el cuerpo. Dos semanas después, mi amiga Sadie me obligó a ir al médico al ver que no mejoraba, y me diagnosticaron lo impensable: ¡Estaba embarazada!

Cuando llegué a Brístol, estaba de ocho semanas. Ahora estoy de casi siete meses, así que el bebé no tardará en nacer.

Pasado mañana vuelo de vuelta a Chicago y en casa nadie sabe que estoy embarazada. No me atrevía a decírselo a mi familia ni a Jake. No me parecía bien soltárselo por teléfono, y cuando me di cuenta de que faltaba poco para presentarme con una barriga enorme, me entró el pánico.

¿Qué pensarán? ¿Cómo asimilarán la noticia? Sinceramente, me da una vergüenza horrible no haber usado los anticonceptivos como tocaba. Menudo desastre…

Me doy la vuelta y me miro de perfil en el espejo de mi habitación. Como es de esperar, se me ve mucho más la barriga desde esta perspectiva. Me la acaricio, sonriente.

Tengo diecinueve años. Dentro de unas semanas cumpliré veinte y estoy embarazada. No he acabado los estudios ni tengo un título que me lleve a alguna parte y el padre de mi hijo no quiere saber nada de mí. Dicho así, mi futuro no pinta muy prometedor. Creo que es evidente por qué he mantenido mi embarazo en secreto.

Mi compañera de piso, Sadie, que es australiana, ha sido un pilar para mí: mi amiga y confidente durante todo este tiempo. Ahora falta cada vez menos para que me vuelva a Estados Unidos y no sé cómo sobrellevar la situación y contárselo a mi familia. Aunque bueno, se ve a la legua que es bastante grave.

Daré a luz en menos de tres meses. Vamos, que mi peque nacerá a finales de verano. Mi niña chiquitina…

Cuando me enteré de que iba a tener una hija, derramé un torrente de lágrimas de alegría. Estando embarazada, había llorado ya de pánico y desesperación, pero en ese momento, no pude contener la felicidad. Por primera vez, me sentí unida a mi niña. Siempre había imaginado que tendría una hija.

Aunque tenga que ser como madre soltera, porque su padre no sabe nada del embarazo. Cuando Jake eligió ser amigo de mi hermano antes que mi pareja, me lo dejó bastante claro.

Lo mío con Jake empezó hace ya años. Es el mejor amigo de Denver, por lo que ha estado rondando por casa desde que éramos niños. Cuando mataron a nuestro padre en Irak hace cinco años y medio, Jake estuvo apoyando a Denver todo el tiempo. Ellos tenían dieciséis años y yo trece, y creo que entonces ya estaba colada por él.

La primera vez que nos besamos fue hace tres años, en Navidad, bajo un ramillete de muérdago. Jake había venido a ver a mi hermano, pero aún no estaba en casa. En realidad, creo que lo hizo a propósito y que sabía de sobra cuándo llegaría Denver.

Fuimos corriendo del salón a la cocina a por algo de beber y entre y risa y risa… surgió la magia. Cuando entramos juntos en la cocina, mi madre nos dedicó una enorme sonrisa y señaló el muérdago del techo. Mi corazón dio un vuelco cuando me di cuenta de lo que quería decir.

Jake sonrió y tiró de mí. Le susurré que no podíamos hacerlo, porque para empezar, teníamos a mi madre al lado, pero me acercó aún más y posó sus labios sobre los míos. El beso fue embriagador, o así lo recuerdo yo…

Estoy segura de que para él fue uno de tantos. Tenía casi diecinueve años y había besado a muchas chicas. Denver, cómo no,

llegó a casa justo cuando nos estábamos besando, pero se lo tomó a buenas después de que mamá le contara lo del muérdago.

Sin embargo, con el paso de los años, surgió la chispa. Una cosa llevó a la otra y nos acabamos acostando, pero Jake dejó claro desde el principio que para él solo era sexo. Después de todo, es el mejor amigo de Denver y yo soy su hermana pequeña; no iba a romper el código de colegas por mí…

Ahora que echo la vista atrás, debería haber rechazado a Jake la primera vez, cuando me dijo que Denver jamás se enteraría. Sin embargo, estaba… bueno, estoy enamorada de Jake, así que no pude obviar mis sentimientos. Siempre mantuve la esperanza de que, con el tiempo, viera que podíamos ser algo más. Solíamos discutir por eso a menudo, y al final, siempre acabábamos en la cama. El polvo de reconciliación era una fantasía, eso está claro, pero una de las últimas veces, el condón debió de romperse. Y ahora, o mejor dicho, dentro de tres meses, tendremos una hija.

Me acaricio la barriga y suspiro.

—¡Hola! —Sadie se asoma a la puerta—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien… —respondo, mirándola—. Hoy está activa…

Sadie se acerca a mí y sonríe.

—Pareces preocupada… ¿Qué te pasa?

Le devuelvo la mirada y me siento en la cama.

—Pues de todo un poco… —murmuro—. Mi familia no sabe que estoy embarazada y Jake tampoco. No quiero volver a casa.

—Claro que quieres…

Sadie piensa que debería haber vuelto a Estados Unidos en cuanto me enteré de que estaba embarazada. Por eso no me extraña que diga:

—Echas de menos a tu familia, ¿verdad? Al final van a tener que enterarse, Phoe. Seguro que te apoyan…

No me atreví a decirles por teléfono que estaba embarazada, y cuando me llamaban por FaceTime, disimulaba la barriga con unas posturas de lo más bizarras, casi siempre tapándome con una almohada o una manta gruesa. Las primeras semanas fueron especialmente duras porque mi madre me echaba una miradita

desconfiada. Acababa preguntando y me quitaba lo que tuviera encima para fingir que todo iba bien.

Me masajeo las sienes y miro a Sadie. Tiene razón, pero eso no cambia el hecho de que no sé cómo decírselo. Todos estaban en contra de que me fuera a Europa con el programa Work & Travel[1]. Ahora, cuando se enteren de que me he pasado la mayor parte del tiempo vomitando y apoyada en la taza del váter, embarazada y sola en un país extranjero y en otro continente, van a flipar. Y lo entiendo perfectamente…

Cuando el pasado Día de Acción de Gracias les dije que quería dejarme los estudios para ver qué me deparaba la vida por Europa, mamá, John y Denver se opusieron. No era la primera vez, dado que tras graduarme en el insti, me habían disuadido de cumplir mi sueño. Aquella vez se habían salido con la suya. Sin embargo, hace más de medio año, Madison, su novio Fynn y Sienna me dijeron que se alegraban mucho por mí y se pusieron de mi parte. Al final, mamá, John y Denver me dieron su aprobación.

La última vez que vi a Jake fue unos días antes de irme a Brístol. La verdad es que no quería volver a verle, porque ya estaba demasiado disgustada por tener que irme, pero él no cejaba en su empeño, así que acabé cediendo. Pasó a por mí y fuimos a comer algo. Hablamos, estuvimos recordando buenos momentos y luego me llevó a casa y me deseó un buen viaje. Tenía la esperanza de que me pidiera que me quedara y estuve cruzando los dedos hasta el último minuto, pero Jake no dijo nada.

Está claro que no me quiere y que es tan leal a Denver que ni siquiera se plantearía tener algo serio conmigo. Lo nuestro era solo sexo, como me había advertido en un principio…

—Oh, Phoe… —Sadie me acaricia la espalda—. Todo va a salir bien.

—Eso espero… —resoplo y la miro—. No tengo trabajo ni dinero y no sé qué haré si me echan de casa…

—Nadie te va a echar de casa —dice Sadie con severidad, sacudiendo la cabeza—. Tu familia te quiere y cuidará de ti y de tu peque. Y si no, haré lo que haga falta para llevarte a Melbourne.

Al escuchar sus palabras, no puedo evitar reírme. Cada vez que me asusto y pienso que la situación va a poder conmigo, me invita a ir a Australia.

«Y luego ya veremos cómo nos las apañamos…» —suele añadir mi amiga.

—Primero tengo que contárselo a mi familia —digo—. Encontraremos alguna manera de… encajar la situación.

Un tanto falta de confianza, le dedico una sonrisa a mi amiga, pero sé que no hay solución posible.

Mamá se echará a llorar y pensará que he echado mi vida a perder.

Denver me pegará tal bronca que me provocará un parto prematuro.

Bueno, puede que Madison esté feliz de ser tía…

Pero Jake… Jake nunca sabrá que es su hija.

---

[1] *N. de la T*. En español, «Trabaja y viaja».

2

Jake

Lincoln, dos días más tarde.

Salgo de las duchas del estadio y me dirijo a los vestuarios. Esta semana empezamos a entrenar para la próxima y última temporada de la uni. Denver, Darren, Tyler y yo, y algunos jugadores más, tenemos la esperanza de jugar en la NFL la próxima primavera. Hay que decir que nosotros cuatro somos los que más papeletas tenemos de conseguir que nos seleccionen. De hecho, Darren y Denver han hecho algún que otro entrenamiento de prueba para los cazatalentos de diferentes equipos, entre los que se incluyen los Minneapolis Warriors, que ahora todos sabemos que son propiedad de Millie, la novia de Darren.

Cuando descubrimos que Millie Mouse —así la llama Joy—, la ratoncita tímida y mojigata del campus, viene de una familia multimillonaria y que es la futura dueña de todo un imperio futbolístico, nos quedamos a cuadros. Darren nos lo contó unos días después de enterarse. Tenía que procesar lo que Millie le había confesado. Todos nos quedamos en *shock*, pero desde entonces, Millie ha cambiado. Para mejor, diría yo, porque ahora es mucho más abierta y a veces hasta suelta alguna que otra palabrota, lo cual es inevitable cuando estás con Darren Andrews.

¿Y Darren? Bueno, tiene a Millie en un pedestal, como no ha tenido a ninguna otra. Aunque siempre ha sido de los que buscan un polvo rápido y sin ataduras, me da que ha encontrado a la adecuada. Sin embargo, según dicen, ambos tienen un poco de miedo de lo que pueda pasar cuando fichen a Darren. Pero bueno, están decididos a hacer que funcione.

Denver lleva un año y medio con Sienna y se le ve tan feliz como a Darren. A estas alturas, el comienzo de la relación de mi amigo y Sienna es una historia más de la que reírse.

Darren se mudó con Millie a su ático unas semanas después de que le soltase la bomba. Y Tyler… Bueno, es el único del grupito que sigue viviendo la vida de soltero conmigo.

No entiendo por qué Darren, de todas las personas, renunciaría a su antigua forma de vivir tan rápidamente, y más sabiendo que tuvo que presentar a Millie a su familia por necesidad.

Por otro lado, no sé si yo seguiría soltero si hubiera sido sincero hace seis meses. De hecho, probablemente estaría en una relación y la chica de mis sueños estaría aquí conmigo. Pero por desgracia, ya no tendría un mejor amigo, porque Denver nunca toleraría que saliera con su hermana pequeña.

Denver lleva siendo mi mejor amigo más de diez años y conozco a Phoenix prácticamente desde entonces. Al principio pensaba que era una plasta, pero según fue creciendo, y tras el fallecimiento de su padre, me fue cayendo cada vez mejor. Sin embargo, siempre me las arreglé para mantener las manos lejos de ella, hasta el fatídico día de Navidad de hace tres años.

Solía ir a casa de los Jones porque sabía que Phoenix estaba en casa. Por aquel entonces, intentaba acercarme a ella, para averiguar si la atracción que sentíamos era fruto de mi imaginación o no.

La señora Jones había colgado muérdago en la puerta de la cocina que daba al salón. Phoenix y yo acabamos de pie bajo el ramillete y la señora Jones insistió en que nos besáramos. Recuerdo que Phoenix me miró con sus grandes ojos azules mientras yo tiraba de ella hacia mí. Con las manos en sus caderas, me incliné ligeramente y posé mis labios sobre los suyos. El beso fue genial: el mejor que me habían dado en la vida. Phoenix y yo nos olvidamos del mundo que nos rodeaba hasta que la señora Jones carraspeó y nos separamos, sobresaltados. Me separé de ella de inmediato y Phoenix me miró con ojos tristes.

Para colmo, Denver entró por la puerta de casa en ese preciso instante y quiso saber qué estaba pasando. La señora Jones le puso al corriente y pensé que me mataría ahí mismo, pero Denver no se tomó el beso en serio.

Después de aquello, pasaron casi dos años hasta que nos acostamos por primera vez. Luego seguimos haciéndolo con

frecuencia hasta que Phoenix se marchó a Europa.

Cuando me lo contó, me quedé de piedra. Algo dentro de mí quería detenerla, pero finalmente decidí dejar marchar a Phoenix y permitir que el océano pusiera distancia entre nosotros. No he sabido nada de ella desde entonces. Lleva casi siete meses ignorándome y tengo que aceptarlo. Al parecer, Phoenix también está distante con Denver y su familia. Tal vez haya encontrado lo que buscaba y ahora sea feliz.

Se me encoge el corazón y me duele con tan solo pensar que, tal vez, esté con otro chico, que otra persona pueda hacerla más feliz de lo que yo jamás podría.

Siendo sinceros, nunca he tratado de hacerla feliz. Al menos no como le habría gustado a Phoenix. Nunca me jugué el cuello por ella y siempre la traté como un rollete secreto que me la ponía dura. Bueno, eso sigue sucediendo. El sexo con Phoenix era genial, y aunque me he acostado con otras chicas durante los meses en los que ha estado fuera, nunca he sentido lo mismo que con ella.

Me quito la toalla y la tiro al cesto de la ropa sucia. Desnudo, me dirijo a mi taquilla y la abro.

—Hola —Denver se acerca a mí, también desnudo, y saca un par de calzoncillos de su taquilla—. Buen entrenamiento el de hoy, ¿eh?

—Sí, la verdad… —le digo y me pongo un bóxer y unos vaqueros —. Espero que seamos capaces de defender el título[1]…

Darren sale de las duchas e interviene en la conversación.

—Claro que lo seremos… ¿Te vas ya al aeropuerto? —pregunta, volviéndose hacia Denver.

Levanto las cejas y miro a mi mejor amigo.

¿Qué dice Darren?

Si Denver va al aeropuerto de Chicago, solo puede significar una cosa: que Phoenix vuelve a casa.

Se me acelera el pulso. Estoy deseando volver a verla y hablar con ella. Quiero arreglar las cosas y, suponiendo que Phoenix siga por la labor, pedirle salir. De hecho, quiero hacerlo delante de Denver, aunque eso implique que mi mejor amigo no me dirija la palabra en un tiempo.

Sienna, Joy, Darren, Millie y Tyler saben el rollo que nos traíamos. El único que no lo sabe es Denver y estoy seguro de que Sienna tampoco se lo ha dicho. Puede que esté haciendo la vista gorda por su amiga…

—Sí —responde Denver—. Phoenix no sabe que Sienna y yo vamos a recogerla. Mamá y John tenían un compromiso con Madison.

—¿Por qué no has dicho nada? —pregunto, colocándome la camiseta.

—No sabía que te importase tanto…

Levanto las cejas y le pregunto en silencio si va en serio. Darren se ríe a mi lado y me dan ganas de darle un puñetazo en la cara. El muy idiota tendría que estarse calladito. Claro que me importa que Phoenix vuelva a casa. Llevo meses esperando este momento.

—Claro que me importa… —respondo indignado—. Somos buenos amigos, ¿no?

—Hace meses que no preguntas por ella, tío… —dice Denver, cerrando la taquilla.

En eso tiene razón. No lo he hecho para protegerme, para no coger un avión a Brístol y pedirle de rodillas que me perdone. En lugar de eso, preferí fingir que Phoenix ya no estaba en mi vida. No importaba cuánto la echara de menos y cuántas veces deseara tenerla aquí conmigo. Sobre todo en Navidad, o cuando ganamos el campeonato universitario en enero… No estar con ella se me hizo insoportable.

El campeonato ha sido el mayor logro deportivo de mi carrera hasta el momento, y cuando vi a Denver con Sienna, pensé inmediatamente en Phoenix. Quería hacerla girar en el aire y darle un beso con sabor a victoria. En lugar de eso, respondí a su mensaje con un simple «gracias» y decidí no caer en la tentación, sino ir en contra de lo que me dictaba el corazón.

Ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿Y por eso crees que no me importa? —le suelto a mi mejor amigo.

Tyler, que pasa por nuestro lado, levanta las cejas. Es igual de capullo que Darren y le hace muchísima gracia que no le diga la

verdad a Denver.

—Vale, tío, lo siento… —dice mientras suena su iPhone y contesta a la llamada—. Hola, nena.

Miro a Tyler y Darren sonreír. Obviamente, es Sienna.

—Conque Phoe está de vuelta… —Darren chasquea la lengua—. ¿Y ahora a dónde se va?

—¡Yo qué sé! —susurro, recogiendo mi bolsa de deporte—. Nadie se ha dignado a decirme que volvía hoy.

—Pues pregúntate por qué… —interviene Tyler, guiñándome un ojo—. Yo creo que la chica se alegrará de verte…

El sarcasmo de mi amigo me sienta como una patada.

—Tío, Tyler —le reprende Darren—, no seas capullo…

Suspiro y le doy una palmada en el hombro a mi colega.

—Tiene razón —admito—. Ni de coña se alegrará de verme…

Me echo la bolsa al hombro y sonrío a Tyler y Darren antes de salir con ellos del vestuario. Que Phoenix vuelva a Lincoln es algo que necesito procesar, pero prefiero hacerlo solo.

Solía hablar con Denver todo el tiempo, pero ahora que está con Sienna y bueno, que no puedo contarle lo de Phoenix, nos hemos distanciado un poco. Sigue siendo mi mejor amigo, obviamente, pero es diferente. Denver cree que ya no quiero hablar de esas cosas con él, así que no me cuenta nada de Sienna ni de él.

Denver, que estaba caminando delante de nosotros, se frena en seco.

—Sienna no puede venir —dice Denver abatido, mirándome—. ¿Puedes llevarme tú?

—¿Yo? —pregunto—. Pero si sabes que me trae sin cuidado Phoe…

Denver pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Pues no vengas… —gruñe y yo rechisto.

Sus hermanas siempre han sido su punto débil. Lleva sintiéndose responsable de Phoenix y Madison desde que perdieron a su padre a una edad tan temprana. Denver cree que tiene que asumir ese papel y a veces se le olvida que es solo su hermano. Ser responsable está muy bien, pero no de una forma tan obsesiva. Después de todo, solo tenía dieciséis años cuando murió el teniente coronel Jones. Ese día,

Denver dejó de ser un adolescente. Nunca digirió la muerte de su padre, a diferencia de sus hermanas y su madre, pero eso es algo que no me atrevo a decirle. Seguro que me descuartizaría.

—Denver —Le agarro del hombro y le miro atentamente—, cálmate, tío. Claro que te llevaré al aeropuerto, y si no quieres que vaya, puedes coger mi coche. Darren o Tyler me llevarán a casa.

Denver me mira y suspira.

—Perdona… —responde—. Vamos a recoger a Phoenix, anda. Seguro que le hará más ilusión verte a ti que al plasta de su hermano mayor.

Lo dudo mucho. Aun así, no puedo negar que me alegra que Denver quiera ir conmigo. He echado muchísimo de menos a Phoenix estos últimos meses.

—¡Qué va! —contesto, dándole un codazo a Denver—. Eres su hermano. Es evidente que te ha echado de menos a ti y no a mí.

Por suerte, Darren y Tyler guardan silencio. Ojalá lo hicieran siempre.

—Si tú lo dices… —dice Denver.

—Tú también la has echado de menos, ¿verdad?

—Un poco, quizá… —responde él, echándose la mochila al hombro—. Venga, vamos. No quiero llegar tarde.

***

Denver mira por la ventanilla mientras tomamos la interestatal hacia Chicago.

—¿Estás nervioso? —le pregunto y me mira.

—No… —dice entre suspiros—. Es solo que… No sé… Ya sabes cómo es Phoe. ¿Y si quiere irse a Sudamérica o a Australia? No puede huir de sus responsabilidades el resto de su vida.

—Denver… —respondo, tratando de expresar lo que pienso de una manera que no me haga chocar con mi mejor amigo.

Aunque haya echado mucho de menos a Phoenix y probablemente tenga gran parte de la culpa de que se fuera, sé que hizo lo correcto. No estaba preparada para ir a la universidad después del instituto, pero no se atrevió a decírselo a su madre ni a

Denver. Aunque me ofrecí a hablar con Denver varias veces, ella nunca quiso. Por eso no me lo pienso dos veces y continúo:

—Phoenix no estaba preparada… No lo estaba al acabar el insti y no lo estaba hace seis meses. Me he pasado mucho tiempo estudiando con ella, y simplemente… No lo entendía. No estaba hecha para la economía.

—Debería haberse esforzado más.

Como me esperaba una respuesta como esa, pongo los ojos en blanco. Luego Denver añade:

—No estaríamos donde estamos si no nos hubiéramos esforzado más.

—A nosotros nos apasiona el fútbol; no puedes comparar lambas situaciones. Phoenix odiaba sus estudios, ¿vale?

Sin querer, alzo la voz y respiro hondo, con cuidado de no empezar una discusión. Luego, añado:

—Lo intentó por ti, pero no se le daba nada bien…

—Pues que hubiera estudiado otra cosa, ¿no?

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que quizá no fuera lo suyo? —le dejé caer—. ¿Alguna vez le preguntaste qué quería hacer? Claro que no, ¿por qué ibas a hacerlo?

—¿Por qué me tocas la moral de esa forma? —gruñe Denver—. Phoenix es mi hermana y solo yo sé lo que es mejor para ella.

Ahora sí que he tenido suficiente.

—Así es, Denver… ¡Es tu hermana! Y tú eres su hermano, no su padre. En lugar de hacer constantemente lo que tu padre habría hecho para ayudar a tu madre a criarla, no habría estado de más darle un abrazo de vez en cuando y decirle que no pasa nada si algo no le gusta. Como hacen los hermanos mayores.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! —grita.

Era de esperar que se le fuera la olla de inmediato. Denver sigue con su arrebato de ira y suelta:

—¿Y qué se supone que tenía que hacer? ¿Tienes idea de cómo fue para mí?

—¡Me cago en todo, Denver!

No me apetece discutir con él, especialmente sobre este tema, pero si se trata de que Phoenix tenga una oportunidad justa de

decidir su futuro, esta conversación llega con mucho retraso. Por eso, añado:

—Yo estuve allí, tío. Todo el tiempo. Fui yo quien bebió contigo para olvidar, y fui yo quien eligió contigo el traje para el funeral. Fui yo quien os llevó al entierro. A Phoe, a Mad, a tu madre y a ti. Sí, era tu padre y sí, sé que no puedo ni imaginarme el dolor que sentiste y tampoco querría hacerlo, pero eres mi mejor amigo desde que éramos niños. Moriste ese día con tu padre… una parte de ti murió con él. Y esa parte es la que está machacando a Phoenix.

Denver se queda en silencio, mirando por la ventana. Yo hago lo mismo, aprieto los labios y no digo nada. Una vez más, es evidente que no procesó la muerte de su padre. A diferencia de su madre, Phoenix y Madison, la terapia familiar no funcionó con Denver. Durante años, ha mirado a John como a un intruso y no ha valorado el bien que ha hecho en la vida de su madre.

—¿Eso es lo que piensas? —suelta—. ¿Que estoy… muerto?

—Una parte de ti lo está, sí. Te has olvidado de lo que es ser hermano e hijo. Un día también serás padre, está claro, pero… Madison y Phoenix son tus hermanas. Tu madre sabe lo que hace, y está cumpliendo con todo lo que tu padre habría querido. Entiendo que quieras apoyarla y hacer que tu padre esté orgulloso, pero estás destrozando la vida de Phoenix por el camino.

—Lo único que quiero es que ella llegue a algo en la vida —contesta desesperado—. Y la única forma de que eso ocurra es que vaya a la universidad y madure.

—Aún no ha cumplido los veinte —le digo—. ¿Qué esperas que haga? ¿Qué hacías tú antes de Sienna? No te hagas el moralista. A ti también te gustaba…

—No se trata de su vida sexual. ¡Eso no me importa, joder!

Denver frunce los labios de repugnancia. Me alivia saber que no se interesa por esas cosas y que, por tanto, no sabe lo que pasó entre nosotros. Luego, mi mejor amigo añade:

—Se trata de su carrera. Le exijo mucho, pero es por su propio bien. A mí me encanta el fútbol, pero jamás he descuidado los estudios.

—Tú no eres Phoenix —aclaro por última vez—. Los jugadores de fútbol tenemos una disciplina muy distinta en la uni y ya sabemos lo que pasa cuando dejamos de lado los estudios…

—Bueno, puede ser… —admite—. Intentaré ser mejor hermano. La echo de menos.

—Ya lo sé, ya…

—Espero que su estancia en Brístol le haya servido de algo y que ahora sepa lo que quiere hacer con su vida —dice Denver—. Y lo digo en serio, Jake. Creo que le metí demasiada caña.

—Sí, eso está claro… —le respondo—. Estoy seguro de que te dará otra oportunidad…

Sonrío a Denver y tomo la salida en dirección al aeropuerto.

---

[1] *N. de la T*. Se refiere al puesto de campeones universitarios, que ganaron en el año en que Denver y Sienna comenzaron a salir.

3

Phoenix

Es extraño volver a pisar suelo estadounidense al bajar del avión. El vuelo me ha afectado más de lo que esperaba. Estoy harta no, lo siguiente, de estar sentada. Me duelen las piernas y no creo que la pequeñaja de mi barriga esté muy contenta de haber cruzado el Atlántico. En total, el vuelo ha durado casi veinte horas, contando la escala en Lisboa. Demasiado tiempo para una embarazada.

—Perdona… —Levanto la cabeza y miro a la amable empleada del aeropuerto—. Soy la señora Turner. Te acompañaré a la recogida de equipajes y luego a la salida.

—Vale —le digo, sonriéndole—. Gracias.

Me pongo las manos en la barriga mientras seguimos avanzando. Poco a poco me sumerjo en mi antigua vida, que a la vez parece tan nueva y distinta. Dentro de dos meses seré madre. Mi vida dará un cambio radical, que se extenderá también a mi familia. Mi madre y John serán abuelos, Madison y Denver serán tíos. Todo será nuevo y diferente, lo cual me preocupa, pero estoy impaciente por tener por fin a mi pequeña en brazos.

—¿De cuánto estás? —me pregunta la señora Turner señalándome la barriga.

—De veintiséis semanas —respondo con una sonrisa en los labios.

—¿Y te has ido tan lejos?

La señora Turner parece preocupada de verdad y me muerdo el labio por la culpa. Sé que no es habitual volar a estas alturas del embarazo, pero no quería que mi hija naciera en Inglaterra. ¡De ninguna manera!

—Soy estadounidense —respondo—. Nací en Chicago y no supe que estaba embarazada hasta que llegué a Inglaterra.

—Ah… —responde ella—. ¿Van a venir a recogerte?

Hasta ahora he hecho un gran trabajo ignorando el hecho de que mamá y John van a venir a por mí, pero es hora de volver a la

realidad. En unos minutos estaré frente a ellos y el jersey fino que llevo hoy no va a esconder mi barriga, no hay duda. Al menos no tengo que anunciarlo a lo grande… Lo verán enseguida.

—Mi madre viene a recogerme —respondo, y ella asiente.

Juntas llegamos a las cintas de equipaje y esperamos a que salga mi maleta. Pasado un rato, la diviso a lo lejos y se la señalo. Al estar embarazada, no podía cargar con la mayoría de mis cosas, así que las dejé en Brístol. De todos modos, nunca recuperaré el cuerpo que tenía antes. Me compraré ropa nueva después del parto y ya está.

La señora Turner saca mi maleta de la cinta de equipajes y la deja a mi lado.

—¿Llevas más equipaje?

—No —digo con una sonrisa—. Gracias…

—Entonces vamos a la salida.

—Sí —murmuro y me pongo las manos en la tripa—, vamos.

Mientras la sigo por la sala de recogida de equipajes y paso por la aduana hacia la salida, el corazón me late cada vez más deprisa. Cada vez estoy más nerviosa y no puedo creer que vaya a volver a ver a mi familia después de más de medio año. La preocupación por el embarazo da paso a un sentimiento de alegría al pensar en el reencuentro.

Los he echado mucho de menos en Brístol, sobre todo a mi madre. Hubo muchos momentos en los que deseé que estuvieran a mi lado, porque tenía muchas preguntas, o en los que necesitaba que alguno viniera a apoyarme.

Sadie no ha conseguido llenar el hueco de no tener cerca a mis seres queridos. Sin embargo, ha sido un apoyo increíble para mí todos estos meses y, en cuanto pueda, iré a Australia a verla o la invitaré a Chicago. Sin ella, me habría sido imposible hacer muchas cosas en Inglaterra.

Dejo de pensar en mi amiga y pongo la espalda recta. Luego me agarro la tripa con ambas manos.

—¿Crees que puedes ir sola desde aquí? —me pregunta la mujer, tendiéndome el asa de la maleta.

—Sí. Muchas gracias… —susurro—. Adiós.

—Adiós —dice ella, repitiendo mis palabras—. Y buena suerte cuando alumbres.

La señora parecía mayor, pero me ha pillado desprevenida al usar un verbo tan viejuno como «alumbrar» para referirse al parto. Lo normal habría sido decir «dar a luz», ¿no?

—Gracias —le digo, confusa.

Me doy la vuelta, respiro hondo y recorro la terminal de llegadas con la mirada, buscando a mi madre y a John. Con valentía, doy un paso tras otro, pero no consigo verlos. Esto está a rebosar, así que no hay forma de localizarlos.

—¡Phoenix!

Una voz que me resulta demasiado familiar me llama y me doy la vuelta. Oigo que se dirigen a mí una vez más:

—¡Estamos aquí!

Radiante y con los brazos extendidos, Denver viene hacia mí. En ese momento, me olvido del bebé y de todas mis preocupaciones. Suelto la maleta y dejo caer el bolso mientras corro hacia él.

—¡Qué alegría que estés en casa! —exclama mientras me coge en brazos y me hace girar por los aires.

Gritando, me aferro a él, apenas consciente de que su cuerpo ejerce presión en mi barriga. Denver se detiene bruscamente y me deja suavemente en el suelo.

Me empuja ligeramente de los hombros para apartarme y averiguar qué había exactamente entre nosotros. Cuando ve mi barriga, abre los ojos de par en par.

Me mira fijamente; es incapaz de emitir ningún sonido. Siento un tremendo malestar y me llevo las manos a la tripa para protegerla. Denver me fulmina con la mirada y me muerdo el labio nerviosa, porque no dice nada. No pienso ponerme a llorar aquí mismo.

—Hola, Denver —consigo decir—. Yo también me alegro de verte.

Me entran náuseas, pero como estoy acostumbrada a estar embarazada, no tardo mucho en buscar una papelera por si necesito vomitar, aunque sea delante de cientos de personas en el aeropuerto de Chicago.

Denver fija su mirada de asombro en mi tripa, pero sigue sin decir nada.

Y si antes tenía ganas de vomitar, ahora tengo el doble. Detrás de Denver, Jake me mira interrogante.

—¡Hola! ¡Has vuelto!

Obviamente aún no ha echado un vistazo a mi tripa; de lo contrario, no estaría tan alegre.

Asiento y me fuerzo a sonreír.

—Sí… —murmuro—. Es una alegría estar de vuelta, ¿verdad, Denver?

Mi hermano me mira, todavía en *shock*, pero asiente. Denver da un paso hacia mí y me da otro abrazo, tan fuerte que apenas puedo respirar. De todos modos, lo rodeo con los brazos para asegurarme de que está bien. Con dificultad, lucho contra las lágrimas que han empezado a brotar de mis ojos.

—Lo siento… —digo con voz ronca—. Es que… No podía decírtelo por teléfono.

No sé por qué una disculpa es lo primero que sale de mi boca. Sin embargo, es la verdad. No podía decírselo por teléfono; no me parecía bien.

Denver me aparta y me seca las lágrimas.

—Vámonos a casa —dice, sin responder a mis palabras.

Aprieto los labios y asiento con la cabeza. Mi hermano hace una pausa y luego dice:

—Jake conduce.

—Oh… —murmuro, apartando la vista de Denver para dirigirla a Jake.

Hasta ahora, he evitado mirarle directamente, pero ya va siendo hora de levantar la cabeza. ¡Hay que ser valiente!

Está guapísimo. Mucho más que hace seis meses. Lleva una camiseta blanca que deja ver su cuerpo musculoso. Las mangas cortas se amoldan a sus bíceps firmes. Lleva la barba bien recortada y me mira con sus ojos marrones y la misma amabilidad de siempre. Espero que nuestra hija tenga sus ojos.

—Hola —le contesto al fin, soltando a Denver.

No tiene sentido aferrarme a él e impedir que Jake vea mi barriga, ¿no? Quizá le diga que estoy embarazada de casi seis meses. Puede que así… ¡Mierda, aún podría pensar que es el padre! Nos acostamos al menos una vez más después de que me quedara embarazada —según mis cálculos— y él lo sabe. Y tengo la barriga demasiado grande para el quinto mes.

—Hola —dice suavemente—. ¿Quieres que te lleve las maletas?

—Sí, estaría genial… —dice Denver antes de que tenga oportunidad de responder—. Gracias.

Jake asiente y pasa junto a nosotros. En ese momento, Denver se aparta de mí y le deja a Jake una vista clara no, clarísima de mi barrigón. Se detiene y me mira fijamente. Al igual que Denver, es incapaz de decir nada.

Me vuelvo a poner las manos en la barriga para protegerla de sus miradas indiscretas. Y yo que pensaba que la mirada de Denver me incomodaba… ¡No es nada en comparación con la de Jake! Intento adivinar lo que se le pasa por la cabeza, y cuando me muerdo el labio por la culpa, levanta las cejas.

Desvío la mirada lo más rápido que puedo. Estoy segura de que habrá notado que me siento culpable. Tendrá muchas preguntas que hacerme, y con razón.

Estas últimas horas he estado pensando mucho en cómo sería volver a verle. Sobre todo en el dónde y el cuándo. Pero ahora está frente a mí, con Denver, y van a llevarme a casa. Las dos personas que no quería que se enteraran de mi embarazo, así, de repente, son las primeras en saberlo. Me siento muy incómoda y solo quiero salir pitando de vuelta a Inglaterra.

—¿Nos vamos? —pregunta Denver y yo asiento.

Mi hermano me rodea con el brazo y me lleva a la salida. Jake me sigue con el equipaje.

Permanezco en silencio de camino al coche. Me acomodo en el asiento de atrás, contenta de que Denver no esté sentado a mi lado.

—¿Dónde está mamá? —pregunto y Denver se vuelve hacia mí.

—Está con John y Madison —responde.

—¿Y Sienna? —sigo preguntando.

—No ha llegado a tiempo al estadio… —responde con desaire.

Le molesta que me dedique a hablar de cosas triviales, que ahora mismo carecen por completo de importancia. Aun así, continúa:

—Darren me llevó al entrenamiento esta mañana y le pedí a Jake que me llevara al aeropuerto. ¿Responde eso a todas tus preguntas?

Denver se dirige a mí con un tono tenso, así que me limito a asentir. Está cabreado y quiere respuestas. A cada segundo que pasa, percibo cómo se le va acabando la paciencia.

—¿Adónde queréis que os lleve? —pregunta Jake de repente y yo doy un respingo—. ¿A casa de vuestra madre o a la tuya, Denver?

—A mi casa —responde mi hermano como si fuera algo evidente.

—¡No! —grito, mientras noto cómo el pánico se despierta en mí.

Ni de coña voy a ir a la casa de Denver y Sienna.

—Quiero ir a casa de mamá…

Es probable que Denver quiera contarle a nuestra madre su versión de mi embarazo antes de que yo tenga la oportunidad de hacerlo. No me extrañaría, y es algo que debo evitar a toda costa.

—Llévame a casa, Jake… —le ruego.

—Jake —objeta Denver—, vamos a Lincoln. Se queda conmigo.

—¡Denver, por favor! —le imploro desde el asiento trasero, sacudiendo la cabeza con vehemencia. —Puedo cuidar de mí misma y esperar a que vuelvan mamá y a John. No te necesito para eso.

—No —vuelve a objetar Denver.

Me estoy volviendo loca. Él no tiene derecho a decidir dónde me quedo y dónde no. Soy lo bastante mayor para decidir por mí misma. Eso es lo que he estado haciendo durante los últimos meses y me ha funcionado.

—Jake —le digo—, por favor, llévame a casa de mi madre…

—Vas a quedarte con Sienna y conmigo por ahora. Cuidaremos de ti. Luego decidiremos qué hacer.

Jadeo. Pero ¿se le ha ido la pinza o qué? Darren ha debido placarle con todas sus fuerzas en un entreno, porque no rige. Estamos en el siglo XXI y no necesito la aprobación de Denver para vivir mi vida.

—¿Que podéis cuidar de mí? —grito—. ¿Qué coño significa eso? ¿Y qué es eso que hay que decidir? ¿Qué tenéis que decir Sienna y tú sobre mí, sobre mi bebé?

La rabia me carcome y aprieto los puños.

—Pero ¿te estás oyendo, Phoenix? —gruñe Denver, dándose la vuelta.

Tiene la cara roja como un tomate y añade:

—Sabes exactamente lo que significa. Ya te he dicho que tenemos que decidir qué hacer a continuación. No vas a poder valerte por ti misma en las próximas semanas. Estarás mejor con Sienna y conmigo.

Le brillan los ojos al mirarme. Respiro hondo, con las fosas nasales dilatadas y echando humo. Sin embargo, me repito una y otra vez que debo mantener la calma. Estoy embarazada y no debería alterarme de esta forma, y menos por el testarudo de mi hermano.

—¿Eso crees? —susurro—. No vas a decidir nada, Denver. Por si no te has dado cuenta, no eres la primera persona a la que acudo cuando algo va mal.

—¡Estás embarazada, Phoe! —exclama, gesticulando de forma agresiva con las manos—. Vas a venirte a vivir con Sienna y conmigo. Fin de la discusión.

—Estoy embarazada de siete meses —le digo bruscamente, antes de darme cuenta demasiado tarde de que me he delatado—. ¿Qué crees que he estado haciendo desde entonces?

—No sé si quiero saberlo… —suelta—. Se te ha debido ir la olla pero bien. ¿Cómo no te volviste a casa en cuanto te enteraste? ¿Y a qué viene ese ego? Podría haberte pasado algo en Brístol. A ti y al bebé. Eres tan inmadura… No tienes ni puta idea de nada, Phoenix. Por eso me toca cuidar de ti.

Sus palabras me duelen porque no son ciertas. Puedo cuidar de mí misma y también del bebé. Estoy bien y no soy una inconsciente. Sienna también podría quedarse embarazada, ¿y qué hará Denver si eso ocurre? ¿La trataría como me trata a mí?

—No eres mi dueño, Denver —respondo con tristeza—. Estamos en el siglo XXI y no tengo por qué obedecerte hasta que me encuentres un marido. Ya sé que estoy embarazada y que voy a necesitar ayuda en las próximas semanas, pero no te atrevas a hablarme así.

Sus consejos, aun bien intencionados, me ponen de los nervios. Ya soy mayorcita para cuidar de mí misma. Al bebé no le ha faltado de nada estos últimos meses. Se está desarrollando perfectamente. No quiero que se sienta libre de decirme lo que nos conviene a las dos. Es su tío, no su padre.

Me hermano se recuesta en silencio.

—Aun así, creo que es mejor si te… cuido por ahora.

Estoy segura de que quería decir otra cosa, pero debe haber pensado que «cuidar de mí» suena mejor que «decidir por mí». Porque eso es lo que Denver quiere hacer: ¡controlarme!

—No sabes de lo que hablas, Denver…

—Soy tu hermano mayor, y por eso te digo…

—¡Basta!

La voz de Jake nos silencia de inmediato y dice de nuevo:

—¡Basta ya, los dos! Voy a llevarte a casa, Phoe.

—Gracias —le digo, sonriéndole.

Sé que puede verme por el retrovisor.

—Y luego ya podréis hablar —continúa y suspiro—. Hasta entonces, no quiero que abráis la boca, ninguno de los dos. Sois peores que dos buitres peleándose por la carroña. Quizá deberíais empezar por el fondo de la cuestión.

—Jake… —dice Denver—. Esto no es por…

—No es por el embarazo… —gruñe—. Eso es lo que ibas a decir, ¿verdad?

Para mi alivio, Denver finalmente no dice nada. Ya no tengo energía para lidiar con él. En el fondo, sé que esto es solo un pequeño respiro hasta que lleguemos a casa. Jake ha aceptado llevarme a casa de mis padres, pero eso no significa que Denver haya terminado de decir lo que piensa. Aunque suene extraño, me gustaría que Jake se quedara y mantuviera a Denver a raya. Pero no puedo pedírselo y tampoco soy capaz de hablar con él.

En silencio, miro por la ventana y veo pasar las casas del barrio. Mamá y papá se alegraron mucho cuando nos mudamos a Chicago, ya que así no tendríamos que atravesar el país para ver a papá. Por supuesto, fue duro no haber pasado tanto tiempo con él como hacían otros padres. Y lo fue aún más para Denver, que aún no ha

asimilado la muerte de papá y, a menudo, se pasa cuatro pueblos conmigo por esa misma razón.

Sin embargo, a mí me da que no solo se preocupa por mí como un hermano mayor, sino que también se las gasta de padre, como si se lo debiera. De todos modos, hoy se ha pasado de la raya. No dejaré que me trate así. Al fin y al cabo, es mi hija, no la suya.

Jake aparca el coche en la entrada.

—Ya hemos llegado —dice apagando el motor.

Denver se desabrocha el cinturón y sale sin decir palabra. Dudo un momento y me desabrocho yo también, sin querer aprovecharme de la amabilidad de Jake. Lo ha hecho por Denver, no por mí. Seguro que solo quiere llegar a casa.

—Oye, Phoe… —Levanto la vista al escuchar que se dirige a mí —. ¿Quieres que entre y… bueno… lo mantenga bajo control un rato?

Como era de esperar, sonrío y asiento.

—Sí, me vendría genial… —susurro—. Gracias.

Jake no contesta. En lugar de eso, sale del coche y se dirige al maletero. Poco después, consigo moverme. Cojo mi bolso del asiento de al lado y salgo también.

—Deja que lleve yo el equipaje —le dice Jake a Denver—. Tú ayuda a Phoenix.

Denver se muestra reacio al principio, pero asiente y se acerca a mí.

—¿Necesitas ayuda? —me dice con cautela, casi inseguro.

Al parecer, la reprimenda de Jake ha servido de algo.

—No —murmuro, poniéndome las manos en la barriga—. Estoy… Estoy bien, gracias.

—Vale. Pasa, anda…

Asiento y paso junto a Denver en dirección a la puerta principal, donde Jake nos está esperando.

Creí que todo sería muy, muy distinto.

4

Jake

Phoenix y Denver pasan por delante de mí, entran en casa y van directos al salón. Me tomo un momento antes de seguirlos porque todo esto es demasiado para mí. Desde que vi a Phoenix en la terminal de llegadas del aeropuerto y posé los ojos en su barriguita, no he podido pensar con claridad. Es un milagro que haya conseguido traer el coche hasta aquí sin provocar un accidente.

¡Phoenix está embarazada de siete meses!

A menos que se acostara con otro aparte de mí, el bebé es mío.

¡Yo soy el padre! ¡Vamos a ser padres!

Joder… Me bebería un copazo ahora mismo. Algo bien cargadito…

Bueno, todo eso son conjeturas. No sé si me era fiel. Nunca excluimos a otras personas de la ecuación, pero a juzgar por la cantidad de veces que me pidió que nos diéramos una oportunidad y cerrara la relación, no creo que hubiera nadie más. Phoenix me fue fiel, como yo a ella, aunque nunca dijimos que tuviéramos que serlo. Y por eso sé que soy el padre del bebé. Eso sí, no estoy preparado para ello…

Claro que quiero tener hijos y formar una familia algún día, pero antes de eso, quería jugar unas cuantas temporadas en la NFL, forrarme y encontrar a la pareja adecuada. Pero ahora parece que todo eso va a ocurrir en menos de tres meses, con veintidós, casi veintitrés años. Putadón.

Dejo el equipaje de Phoenix en el pasillo y los veo a ella y a su hermano en el salón. Entro lentamente en la estancia y me apoyo en el marco de la puerta con los brazos cruzados, observándolos.

Desde la pelea en el coche, Denver se comporta de una forma distinta. Me habían entrado ganas de pegarle un puñetazo, pero ahora ayuda a Phoenix en todo lo que puede, la cuida como si fuera una piedra preciosa. Es tan protector que va a sacarla de quicio. Porque así es Phoenix: no le gusta que la cuiden, y mucho menos si quien lo hace es su hermano.

Ella puede cuidar de sí misma, y por desgracia, eso es lo que ha hecho estos últimos meses. Nos ha ocultado su embarazo de una forma impecable.

Cuanto más pienso en ello, más me enfado. ¡Está embarazada! No se trata de un resfriado ni de un rasguño. ¡Tiene una personita creciendo dentro de ella!

Me cabrea que se quedara en Brístol y no se volviera cagando leches a Estados Unidos. Denver tiene razón: ha sido una irresponsable. Podría haberle pasado cualquier cosa allí. Podría haber perdido al bebé y ni siquiera nos habríamos enterado.

Denver se sienta en el sillón frente a su hermana y la mira. Ella sigue apoyando las manos en la barriga y se la acaricia como si quisiera protegerla. Miro a Phoenix y veo lo mucho que quiere al bebé que lleva en la barriga y cuán dispuesta está a cuidarlo.

Me quedo donde estoy, esperando a ver si alguno de los hermanos se atreve a hablar del embarazo que Phoenix nos ha estado ocultando todos estos meses.

Sigo sin creerme que esté embarazada. ¿Por qué no volvió a casa y nos pidió ayuda? Ha estado sola en Brístol todos estos meses sin nadie que la cuidara, la llevara al médico, le sujetara el pelo mientras vomitaba…

Tengo entendido que las embarazadas vomitan mucho los primeros meses. Habríamos estado ahí para ella, la habríamos ayudado con todo. Su madre, John, Madison, las chicas, Denver… Sé que hasta Darren y Tyler se habrían ofrecido a cuidar de ella. Por no decir que, si me hubiera dejado, yo también lo habría hecho.

—¿Había alguien en Brístol que te ayudara con todo esto? —pregunta Denver.

Parece que se me ha adelantado y ha dicho justo lo que estaba pensando.

—Sí —dice Phoenix con una leve sonrisa—. Sadie, mi compañera de piso, que ha pasado a ser mi amiga, ha sido un gran apoyo para mí.

—Muy bien… —dice Denver—. ¿Cómo está el bebé?

—Hoy un poco inquieto —Phoenix se frota la barriga—. Ha sido un vuelo muy largo…

—¿Quieres tumbarte? —le pregunta, y ella asiente inmediatamente y se levanta con dificultad.

Su expresión muestra lo mucho que le cuesta ponerse en pie. El embarazo está haciendo mella en su cuerpo. Al fin y al cabo, ya son casi siete meses. Aun así, está preciosa. Ha engordado unos kilos y le han crecido los pechos. Ahora tendrá una talla más y me resulta muy sexy. Además, pese a su lucha interna, todavía tiene ese brillo en los ojos que tanto me gusta. Me pregunto cómo será en las próximas semanas, cuando el bebé siga creciendo.

—Venga, deja que te lleve a tu habitación…

—No… Puedo hacerlo sola —Phoenix rechaza su ayuda y coge el bolso—. Voy a llamar a Sadie y a decirle que he llegado bien.

—¿Estás segura? —pregunta Denver, angustiado.

—Sí —responde Phoenix—. Cuando llegue mamá, dile que suba y Denver…

—Dime.

—No le digas ni una palabra sobre mi embarazo —le pide a su hermano—. Soy yo quien tiene que decírselo.

—Sí, claro… —murmura él, metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Si necesitas algo, péganos un grito.

—Contaba con ello… —responde Phoenix, mirándome.

Le devuelvo la mirada, sonriendo ligeramente mientras ella me dirige una sonrisa y luego dice:

—Gracias Jake…

Bueno, puede que solo sea un estúpido «gracias» y solo lo diga porque la he traído a casa y me he ofrecido a ayudarla, pero significa mucho para mí. Espero que podamos hablar en algún momento.

Se da la vuelta y sube las escaleras hasta lo que solía ser su cuarto. Estaba al lado de la habitación Denver, así que cuando éramos pequeños, se dedicaba a espiarnos. Además, sé que Phoenix llevaba un registro de las chicas con las que quedábamos y de lo que pensábamos de ellas cuando éramos adolescentes.

Sin poder evitarlo, sonrío.

—¿Y ahora por qué sonríes?

La voz de Denver me saca de mis pensamientos y le miro.

—Estaba pensando en ese registro que tenía ella de las chicas con las que estábamos, en el que apuntaba cuándo quedábamos y qué pensábamos de ellas.

—¡Ah, sí! —Él también se ríe—. Lo tenía todo anotadito, y luego se acercaba a las chicas de su clase y les decía que teníamos una ETS.

—Cierto…

—Mmm…

Denver se deja caer en el sofá y apoya los antebrazos en los muslos. Luego entierra la cara en las palmas de las manos. Me separo del marco de la puerta y me acerco a él.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

Y me pregunta a mí, precisamente…

Me saca de quicio que Denver se culpe de que Phoenix esté embarazada. Es su hermano y, aunque fuera su padre, son cosas que pasan. Y esto encima me complica tener que decirle que soy el padre del bebé. Sé que me matará en cuanto se entere.

—¿El embarazo? —pregunto de todos modos, sentándome en el sillón orejero en el que antes estaba él y mirándole.

Levanta la cabeza y asiente. Me aventuro a abrir la boca y suelto:

—No sé qué puede haber pasado…

Me siento fatal y no quiero tener esta conversación con él. Y menos sin hablar antes con Phoenix.

—No quiero ir con reproches ni sermones. No es algo que lleve muy bien…

—¿Y eso te sorprende? —pregunto, alzando las cejas—. Te lo dije de camino al aeropuerto. No puedes seguir hablándole así, ¿y qué has hecho? ¡Justo lo que no debías!

Denver aprieta los labios y se pasa los dedos por el pelo.

—¡Está embarazada, Jake! —exclama, señalando hacia las escaleras para enfatizar sus palabras—. A los diecinueve años. Es como si quisiera confirmar todo lo que te he dicho en el coche. ¿Qué va a pasar ahora?

—Está embarazada, Denver —le tranquilizo—. No es una drogadicta ni ha matado a nadie. Vas a ser tío.

Una sonrisa se dibuja en sus labios y eso me hace reír. Pero se desvanece rápidamente cuando recuerdo que yo podría ser el padre. Porque estoy casi tan preparado para ser padre como él para ser tío. Nada y menos. Phoenix sabe desde hace seis meses que va a ser madre. Ha tenido mucho más tiempo para asimilar la situación.

—Sí… —responde Denver con una sonrisa—. De locos, ¿eh?

—Si es niño, acabará jugando a fútbol, como nosotros —digo para distraerme—. Será genial, ya lo verás. Y si es niña… la apuntaremos a clases de etiqueta social para que no se parezca mucho a su madre.

—Estás más emocionado que yo —dice de repente—. Y ni siquiera tienes nada que ver con el bebé…

Sin saber qué decir, asiento rápidamente y decido que es mejor irme a casa. Tengo mucho en lo que pensar, sobre todo en cómo acercarme a Phoenix para hablar con ella. Porque ahora no se trata solo de nosotros, sino también de un bebé.

—Debería irme… —digo y me pongo en pie.

Denver me mira interrogante, pero asiente. Luego digo:

—Vamos hablando, ¿vale? Estoy aquí, por si necesitáis ayuda. Si surge algo, avísame.

—Sí, eso haré. Y seguro que Phoe, también —Denver también se levanta y me abraza—. Gracias, Jake, por todo… Sé que a veces soy un imbécil. Pero es que la quiero y… solo quiero lo mejor para ella.

—Lo sé —le digo, dándole una palmadita en el hombro—. Y ella también lo sabe. Todo sea dicho, creo que será mejor que sea niño. Como cabrees a otra chica Jones con tu carácter sobreprotector, serás la próxima víctima.

Denver pone los ojos en blanco y me da una palmada en la espalda.

—Adiós, tío…

—Nos vemos… —respondo, y finalmente me doy la vuelta para salir de casa de los Jones y dirigirme al coche lo más rápido posible, porque necesito pensar.

Cuando cierro la puerta principal, me invade una sensación de alivio. Por primera vez, la tensión me abandona y noto que puedo volver a respirar. Estoy mucho más tranquilo.

Puede que sea padre, ¡joder!

También me pregunto cuánto tiempo más va a tardar Phoenix en hablar conmigo. Tiene que decirme si es mi hijo. En realidad, ya debería haberlo hecho. De ser así, la habría traído a casa y me habría ocupado de ella y del bebé. Es lo que toca, tanto si estamos juntos o no. Poco importa. Si vamos a ser padres, vamos a hacerlo juntos.

A menos que yo no sea el padre y por eso ella no haya dicho nada… Confuso ante esta posibilidad, me alboroto el pelo y me entran ganas de gritar. Se me va la olla con tan solo pensar que puede haber habido otros hombres en su vida… O en su cama.

Ha sido la única mujer por la que he estado babeando años y años. Phoenix significa mucho para mí y tenerla aquí de vuelta me lo ha demostrado una vez más.

Frustrado, camino hasta el coche y subo. Descanso el cuello en el reposacabezas y cierro los ojos.

¿Sabrá Phoenix si es niño o niña? Joder, necesito averiguar si soy el padre o no. Me preocupo por el bebé, al igual que por ella. Alguien tendrá que cuidar de los dos… Y no le corresponde a Denver hacerlo.

Tras unos minutos cavilando, arranco el motor, cojo el acceso y conduzco por la calle para volver a casa y darme el gusto de echar un trago, algo que necesito desesperadamente.

5

Phoenix

Unos días después.

Mi madre y John se quedaron en *shock* al ver que estaba embarazada. Les costó no flipar en colores al enterarse de que iban a ser abuelos. A diferencia de Denver, me llevo bien con John y me cae genial. Evidentemente, echo de menos a mi padre, pero no tanto como Denver. Tengo clarísimo que John será el abuelo de la peque en la tierra, y papá será su abuelo desde el cielo. Así se lo explicaré a mi niña cuando se descubra que John no es mi padre.

Y hablando de papás… Llevo casi una semana en Chicago, evitando a todo el mundo. A Denver, mis amigos, y por supuesto, a Jake.

No lo he visto desde que me recogió en el aeropuerto y descubrió el bombo. No ha venido a verme, ni me ha llamado, ni me ha escrito… No se ha preocupado por ver cómo estaba. No me viene mal, porque no sé cómo enfrentarme a él. Es el padre de mi hijo y no tengo ni idea de cómo decírselo.

Las cosas entre nosotros ya eran difíciles en su momento y siguen siéndolo. Cuando lo vi de nuevo, se me aceleró el corazón. Ahora tengo claro que, a diferencia de lo que pensaba antes de irme a Inglaterra, no puedo dejar atrás nuestro pasado. Vamos a ser padres y Jake no es tonto. Sabe que ya estoy embarazada de siete meses; es evidente que habrá deducido que es el padre. Sinceramente, espero todos los días a que aparezca en mi puerta y me pregunte si podemos hablar.

Solo de pensar en esa conversación que tenemos pendiente, se me revuelve el estómago. No sé qué decir, ni siquiera si debemos discutir… No sé cómo explicarle que no lo quiero en mi vida, porque Jake no lo aceptará. Es imposible que dé media vuelta y se marche después de desearme que me vaya todo bien con nuestra hija.

«Si es niño, acabará jugando a fútbol, como nosotros. Será genial, ya lo verás. Y si es niña… la apuntaremos a clases de etiqueta social para que no se parezca mucho a su madre.»

Había salido de la habitación para ir al baño y entonces escuché sus palabras. No quería espiarlos, pero cuando los oí hablar del bebé, me paré en seco. La idea de que nuestro hijo jugara al fútbol como él o de ver que se preocupaba por que nuestra hija fuera tan bocazas como yo me conmovió. Estuve a punto de echarme a llorar, pero ya estoy aprendiendo a controlar mis emociones.

Aun así, me gustó comprobar que ve las cosas de forma tan positiva. Parece que aún puede ver lo mejor de mí. No me juzga como Denver, que una vez más, debe pensar que soy la mayor decepción de su vida. Ya sé que mi hermano está preocupado por mí, pero exagera.

Jake, en cambio, fue considerado e intentó ayudarme. Le reconozco el mérito, aunque tenemos pendiente una conversación muy desagradable. Puede que no me culpe por quedarme embarazada, pero sí por haber pasado tanto tiempo en Brístol y no haberle dado la oportunidad de estar ahí durante mi embarazo.

—Hola.

Doy un respingo y levanto la vista. Madison está en la puerta y me sonríe. Me alegro de que haya superado la fase gótica del otoño pasado y haya vuelto a su pelo rubio natural, que apenas le llega a los hombros, porque el tinte negro se lo estropeó.

Su novio, Fynn, le hace mucho bien.

—¿Puedo pasar?

—¡Claro! —digo, guardando la cartilla de maternidad, que cambié por la de Inglaterra en la consulta del ginecólogo hace unos días.

Mamá me arrastró hasta allí enseguida para poder comprobar por sí misma que todo iba bien.

—Pasa —le digo a mi hermana.

Madison me sonríe y se sienta. Tiene un libro en la mano.

—Esto es para ti —dice—. Fynn y yo lo vimos en una librería y pensé en comprártelo.

Sonriendo, lo cojo.

—Los nombres más bonitos del mundo… —digo, leyendo el título —. Oh Mad… Es perfecto, gracias.

Estrecho el libro contra mi pecho y sonrío.

Mi familia se preocupa mucho por mí y tengo que admitir que disfruto estando con ellos. Madison, en particular, está muy emocionada y ya ha añadido una cuenta atrás en su *smartphone* para el nacimiento de la nena. Mamá es un poco más pragmática y dice que es poco probable que salga de cuentas en la fecha prevista.

—Ah, estáis aquí… —Mamá se para en la puerta y nos mira—. ¿Puedo pasar yo también?

—¡Pues claro! —le digo, y nos apartamos un poco para hacerle un hueco a mi lado—. Mira lo que me ha comprado Mad…

Le doy el libro y se ríe. Mamá y papá nos pusieron a los tres los nombres de las ciudades donde nacimos, o donde papá estuvo destinado por última vez. Me parece bonito, pero no voy a seguir con la tradición.

—¿Tienes algún nombre en mente? —me pregunta mamá, y yo asiento con la cabeza.

Les conté ya que era niña. Denver rechistó, indignado, y dijo que no podía ser verdad, y Madison se echó a reír. Mamá se rio entre dientes y dijo que no importaba mientras el bebé estuviera sano.

—Voy a ponerle dos nombres —digo cogiendo de nuevo el libro —. Nunca habría podido seguir adelante sin mi amiga Sadie, así que ese será su segundo nombre. Pero aún no sé cuál ponerle en primer lugar.

—¡Pues ahora tienes un libro para decidirte! —Madison sonríe—. Me he tomado la libertad de marcar mis favoritos y he puesto unos cuantos pósits junto a ellos.

Al escuchar a mi hermana, caigo en la cuenta de que hay unos papelitos con anotaciones en el libro.

—Gracias —respondo—. Muy considerado por tu parte…

Mamá se ríe y sacude la cabeza. De fondo, un par de voces un tanto escandalosas llenan el ambiente. Levanto la vista y dejo el libro en la cama detrás de mí.

Reconozco esas voces y no sé si estoy preparada para enfrentarme a ellas. Llevo días evitando a mis amigos. La única que

me ha visto es Sienna, cuando se ha pasado a ver a Denver. Puede que haya engañado a mi madre y a John, y que Madison no tenga ni idea de lo que pasa en mi vida… Denver no quiere verlo, está claro, pero Sienna, Millie y Joy saben exactamente quién es el padre de mi hijo. Por no mencionar a Darren y Tyler. Tengo la sensación de que no van a cejar en su empeño hasta que hable con Jake.

—Hola —dice Sienna, de pie en la puerta con Millie y Joy—. ¿Estás lista para una visita de tus chicas?

—Pues…

Busco frenéticamente una excusa para echarlas, pero mi madre da una palmada como si supiera que iban a venir. Se levanta de un salto y anima a Madison a que haga lo mismo.

—¡Claro que sí! —dice mi madre, como si no fuera mi decisión—. Me alegra tanto que hayáis venido…

Me muerdo el labio y mi madre y Madison salen de la habitación para dejar espacio a mis amigas.

Mi madre cierra la puerta y ellas guardan silencio mientras me miran, expectantes. Las recorro con la mirada y no digo nada. Vi a Sienna hace apenas unos días y está exactamente igual que antes de que me fuera. El pelo de Joy, en cambio, es ahora turquesa en las puntas en lugar de azul oscuro, y Millie… ¡Millie está increíble!

No tengo ni idea de lo que le ha hecho Darren, pero está guapísima. Ha cambiado sus blusas lisas y sus aburridos vaqueros por unas medias, una falda vaquera y una camisa holgada. También se ha arreglado un poco. Se ha maquillado y lleva el pelo en un estilo totalmente nuevo.

Cuando me enteré de que Darren y ella eran pareja, casi me da un parraque, pero me alegré mucho por mi amiga. Al fin y al cabo, adonde el corazón se inclina, el pie camina…

Y ese es, sin duda, el caso de Darren y Millie. Son tan diferentes y, aun así, da miedo lo bien que se complementan. También me he enterado de que la familia de Millie es dueña de un club de la NFL y ella es multimillonaria. No puedo decir que mis amigos hayan andado faltos de salseo estos últimos seis meses…

Los he echado mucho —muchísimo— de menos. Sé que tenía a Sadie, pero ella no conocía a Jake ni tampoco a la pieza más jodida

del tablero: mi hermano. Por eso siempre era difícil hacerle entender cuál era la situación.

Me levanto de la cama e inmediatamente me echo a llorar. Me siento culpable e insegura, porque no sé cómo me tratarán.

—Oh, Phoe…

Millie es la primera en acercarse y darme un abrazo.

Joy y Sienna se ponen cada una a un lado.

—No pasa nada, ¿vale? Ahora estamos aquí…

—Lo siento mucho —sollozo—. Quería decíroslo… Pensé en hacerlo tantas veces, pero no podía… Me moría de vergüenza.

—Más te vale estar de coña —dice Joy, sacudiendo la cabeza.

Millie me seca las lágrimas y me lleva de vuelta a la cama. Joy vuelve a intervenir:

—No tienes nada de lo que avergonzarte, ni nada por lo que disculparte. Somos tus amigas y ahora estamos juntas en esto.

Me recoloco en la cama, apoyo las manos en la barriga y miro a mis amigas.

Sienna y Millie se sientan cada una a un lado. Joy acerca una silla y se sienta frente a mí.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta Millie, sonriente.

—Bastante bien. Se me ha pasado el *jet lag* y bueno… me siento un poco mejor y con más energía.

—Muy bien —responde, sonriente—. ¿Y el bebé? ¿Va todo bien?

—Sí —Me acaricio la barriga—. Está bien y además…

—¿Es niña? ¡Toma! —gritan Joy y Millie, tan fuerte que me tengo que tapar los oídos.

Sienna sonríe y me guiña un ojo. Denver se lo habrá dicho antes, pero le agradezco que se lo haya callado hasta ahora. Ha reaccionado muy bien.

—Sí —confirmo—. Es una niña.

—¿Estás emocionada? —Joy hace la pregunta del millón—. En plan, ¿estás… preparada? Perdón, no sé por qué he dicho eso. *Sorry*, tía.

—No pasa nada —respondo con una sonrisa—. Al principio fue un difícil, pero ahora estoy contenta. Cuando me enteré del sexo, fue la primera vez que sentí una conexión con ella. Oí los latidos del

corazón mucho antes, pero el sexo… No sé, fue un momento precioso para mí. Una pasada…

—Vas a ser una supermamá —dice Millie, apretándome las manos—. ¿Ya has elegido el nombre?

—Quiero que su segundo nombre sea Sadie, como mi amiga, la de Inglaterra —les digo a mis amigas, al igual que hice con mi madre y mi hermana—. No podría habérmelas arreglado sin ella. Pero aún no he decidido el primer nombre como tal. Probablemente sea algo corto, y nada de nombres de ciudades.

Todas nos echamos a reír. Es evidente que hay que romper con la tradición de mis padres.

—¿Os gustaría tocarme la barriga para ver si notáis algo? —les pregunto, mientras las barro con la mirada.

—Sí —dicen al unísono, estirando la mano para tocarme el vientre.

Sonriendo, Joy, Sienna y Millie lo acarician.

—Es increíble que vayas a tener un bebé… —dice Millie—. Y encima una niña. ¡Qué ilu!

—Oye, y hablando de cosas que nos hacen ilu… —Me hago eco de sus palabras—. ¿Darren y tú…?

—Sí. —dice, mirándome avergonzada—. Todo bien.

—Creo que ahora domina más posturas que yo… —afirma Joy, mientras rebusca en el bolso para sacarse un zumo.

—¡Joy! —chilla Millie, como era de esperar, y yo me río a carcajadas porque me alegro mucho de tenerla cerca otra vez.

Por lo visto, en los últimos seis meses no ha cambiado tanto como yo pensaba. Mi amiga suelta:

—¡Lo que Darren y yo hacemos en la cama no es asunto de nadie!

—Por favor, no actúes como si fuera solo en la cama… —continúa Joy imperturbable, guiñándole un ojo—. Ese tío te ha corrompido de los pies a la cabeza, Millie Mouse…

Millie pone los ojos en blanco y yo me río.

—Darren y tú… ¡Quién lo iba a decir! Es casi tan increíble como esto… —digo, señalándome el estómago.

—¿Lo sabe Jake?

Joy pregunta de repente y tardo dos segundos en palidecer. Aprieto las manos con fuerza alrededor del vientre. Esperaba que alguien lo dejara caer. Sabía que querrían hablar de ello, pero no me imaginaba que quisieran hacerlo en nuestro primer reencuentro.

—No —les digo—. No lo sabe. Bueno, al menos no lo que estáis pensando…

No puedo decir en voz alta que no sabe que él es el padre. No, porque eso implicaría reconocerlo ante los demás.

—Me he perdido, chicas… —dice Millie.

—Jake la recogió en el aeropuerto porque no me dio tiempo a ir a por Denver con el coche —explica Sienna—. Lo siento mucho, Phoe. Jamás te habría puesto en esa situación si lo hubiera sabido…

—Lo sé —le aseguro, apretándole la mano—. Creía que mamá y John vendrían a buscarme, por eso no pregunté. Pero cuando llegué, ahí estaba Denver… y Jake detrás. Se quedaron helados.

—Oh, Phoe… —dice Sienna, acercándome de nuevo a ella.

Derramo un par de lágrimas mientras mis amigas me miran en silencio.

—Denver se puso hecho una furia —sollozo—. Me gritó y… y si no fuera por Jake, me habría llevado a vuestro apartamento. Dijo que él decidiría qué hacer conmigo y con el bebé.

—¡Será imbécil! —exclama Sienna enfadada—. Le dije que te dejara en paz y que no se metiera en tu futuro.

—Es que estoy embarazada —digo elevando la voz, con el tono del inútil de mi hermano—. Tendríais que haberlo visto… Se quedó de piedra.

—Pero eso no le da derecho a hablarte así —insiste Sienna—. Por mucho que le quiera yo… Bueno, ¿y luego, qué?

—Denver y yo estábamos discutiendo y Jake se puso de mi parte. Me trajo aquí y se ofreció a quedarse por si Denver volvía a explotar.

—Qué vergüencita me da mi novio a veces… —murmura Sienna y le aprieto la mano.

—No digas eso —le digo—. En ese momento, Denver estaba tranquilo, muy tranquilo. Me preguntó si podía ayudarme y si todo iba bien. Jake no dijo nada. Se quedó ahí parado.

—Vale —dice Sienna—. ¿Y Jake no te ha dicho de hablar?

—No —le digo—. No he sabido nada de él desde entonces, y creo que es mejor que siga siendo así…

Miro a mi alrededor interrogante, pero no estoy segura de que mis amigas piensen lo mismo que yo.

—¿Qué creéis vosotras? —me atrevo a preguntar.

—Es el padre —dice Millie en voz baja, lanzándome una mirada recelosa—. Tiene derecho a saberlo. Creo que está esperando una señal por tu parte. ¿Qué otra cosa va a hacer? No es tonto y sabe atar cabos, ¿no?

—Por desgracia, no es tan estúpido como esperaba —suspiro—. Ojalá lo fuera…

Joy, Millie y Sienna me miran con cara de reprobación.

—Entonces sabrá de cuánto estás y que él es el padre —me riñe Joy.

—Se va a cabrear conmigo… —concluyo—. Estoy de siete meses. Se ha perdido todo el embarazo…

Miro a mis amigas, que guardan silencio. ¿Qué van a decir? No he hecho muy bien en ocultarle mi embarazo a Jake. Debería habérselo dicho antes.

—¿En serio, chicas? —refunfuña Joy mientras mira a Millie y Sienna—. ¿Por qué siempre tengo que hacer yo las preguntas difíciles?

—Porque a ti se te da mejor… —responde Millie.

Joy le lanza una mirada asesina que me hace reír incluso en esta horrible situación.

—A ver, Phoe… —Joy me mira seriamente y respira hondo—. ¿Qué esperas que haga Jake? Quiero decir, estás embarazada de él y se lo has ocultado durante más de medio año. Ahora estás aquí, él lo sabe y aún no le has dicho nada.

—Ya, lo sé, ya… Quizá vaya a su casa y le diga de hablar las cosas.

—Es una buena idea, sí… —interviene Sienna—. Sabemos que te da miedo tener esa conversación, pero no puedes seguir huyendo del conflicto. Se merece la verdad.

Asiento y me quedo callada.

—Y siempre estaremos aquí para ti, con independencia de cómo reaccione Jake —añade Millie—. Haremos turnos en la sala de partos si hace falta. Te conseguiré el mejor obstetra de Illinois y una habitación privada para que tengas intimidad. Cerraré parte del ala del hospital para que todas podamos estar contigo.

La miro confundida y Joy y Sienna se ríen.

—Acostúmbrate —Joy me guiña un ojo—. Desde que sabemos que nuestra Millie Mouse es en realidad Millie la multimillonaria, nos mete esos comentarios hasta en la sopa. ¡Chiclín, chiclín![1] Deberías ver la habitación de los zapatos…

—¿Has dicho la habitación de los zapatos? —Abro los ojos de par en par—. Eso tengo que verlo.

Riendo, nos abrazamos y me alegro de tener a mis amigas durante las últimas semanas del embarazo.

Aun así, he de admitir que no querría que hubiera nadie más que Jake en la sala de partos cuando nuestra hija venga al mundo.

---

[1] *N. de la T*. Onomatopeya que hace referencia al dinero, como imitando el sonido de una caja registradora.

6

Jake

Llevo días sin poder sacarme a Phoenix de la cabeza y no dejo de coger el móvil para llamarla, pero al final siempre acabo convenciéndome de que es mejor esperar a ver si ella da el paso. Por un lado, no quiero presionarla y obligarla a hablar conmigo, pero por otro, no puedo más. Necesito saber si el bebé es mío o no.

Todo apunta a que sí y cualquiera que hubiera prestado la más mínima atención en clase de mates o biología deduciría que yo soy el padre. Así que dadas las circunstancias, ¿cómo hostias voy a aguantarme las ganas de decirle de hablar?

Nunca follamos sin condón. Lo tengo clarísimo. No importaba lo cachondos que estuviéramos, siempre pensamos en ponérnoslo.

Recuerdo una vez que fuimos a casa de los Jones después de una fiesta. Phoenix dijo que no se encontraba muy bien y la acompañé a casa. Denver no le dio mucha importancia, como de normal, vaya. Pero las náuseas eran solo una excusa para irse. Nos acostamos y usamos uno de los condones de emergencia de Denver. Tenía provisiones para un regimiento. Hasta el día de hoy, está convencido de que fue Phoenix quien le robó uno, pero no sabe con quién se acostó.

Además, ella se tomaba la pastilla anticonceptiva. Pero en algún momento tuvo que vomitarla, porque si no, no me cuadra. Y encima, es evidente que el condón se rompió.

¡Me cago en la puta!

Llevo meses imaginándome cómo sería si las cosas cuajaran entre nosotros. Pero ahora nada de eso importa, porque vamos a ser padres. Lo más importante es nuestro hijo. Quiero cuidar de él, tanto si Phoenix quiere como si no. Pero no sé cómo reaccionará. El año pasado, cuando nos despedimos, no acabamos muy bien que digamos, y este embarazo no deseado complica enormemente las cosas entre nosotros.

De hecho, es como si nos arrebatara la oportunidad de intentarlo de nuevo, porque ahora sí que hay algo que nos ata al otro para siempre. Aunque descubramos que no estamos hechos el uno para el otro, vamos a tener un bebé. Tenemos que asumir la realidad antes o después, y eso es algo que Phoenix tiene que procesar. No puede excluirme de todo esto.

Me reconcome que aún no me haya llamado ni escrito. Quiero ayudarla y estar presente en el último trimestre del embarazo.

Pero ¿qué haré si no me deja ejercer de padre? ¿Contratar a un abogado y demandarla para que me concedan el derecho de visita? Si las cosas se pusieran muy feas, me lo plantearía, la verdad.

Niego con la cabeza. Primero tengo que averiguar si soy el padre.

Joder, vaya movida… Esto es muy complicado.

—¿Qué tal, crack? —Miro a Tyler, que sostiene dos botellas de cerveza y me sonríe—. ¿Quieres una cerveza?

—Gracias —digo y se la quito de las manos.

Tyler y yo vivimos juntos desde hace unas semanas. Él estaba harto de sus compañeros de piso y a mí me sobraba una habitación, así que decidimos ayudarnos entre colegas y se mudó a mi piso. Mejor darle la habitación a mi amigo que a un desconocido.

Brindamos y doy un sorbo a mi cerveza.

—¿Quieres hablar? —pregunta con cautela, mirándome.

Me encojo de hombros. No sé. Me gustaría hablarlo con Denver, y creo que Tyler lo sospecha, pero mi mejor amigo es la última persona del planeta con la que puedo hablar del tema. Si se entera de que me acosté con su hermana y la dejé preñada, se le irá la perola. Hasta que Phoenix confirme que soy el padre, voy a evitar contárselo a Denver. Y puede que después, tampoco, porque no tengo cojones de confesarle la verdad, aunque sea mi mejor amigo… ¡Manda huevos!

—No sé, tío… —murmuro, arrancando cachitos de la etiqueta de la botella.

Vaya manía más estúpida me he buscado.

—Vale —dice Tyler, dando un sorbo a su cerveza—. No tenemos por qué hablar de ello. Pensaba que te vendría bien estar con un amigo y ya está. Está claro que no vas a decírselo a Denver…

Qué bien me conoce… o mejor dicho, nos conoce.

—No, desde luego —confirmo—. Me acribillará…

—¿Acribillarte? ¿No crees que eso es un poco… exagerado? —responde Tyler—. A lo mejor se alegra de que seas tú y no un…

Levanto las cejas y él alza las manos en forma de disculpa.

—Vale, vale —dice—. No quieres hablar del tema. Lo pillo.

—No es eso… —Suspiro y vuelvo a sentarme—. Phoe ya habrá hablado con todo el mundo; intuyo que hasta con Darren y contigo. Pero pasa de mi jeta.

En verdad, ni de coña habrá hablado con Darren y Tyler, pero tengo la sensación de que preferiría hablar con cualquier desconocido antes que conmigo.

—Darren y yo no hemos hablado con ella —dice Tyler, y eso me tranquiliza un poco—. Además, no digas gilipolleces. Darren seguro que sabe más del tema porque Millie es su novia. Pero por lo demás, andamos por la vida sin tener ni idea. Bueno, teóricamente, todos lo hacemos, ¿no?

Me guiña un ojo y suspiro. Esta vez no se refiere al embarazo, sino al rollito que nos traíamos de antes.

Claro que lo hacen, porque los arrastramos a todos cuando decidimos no contárselo a Denver. Hasta Sienna está en el ajo.

—Es que… Solo quiero saber si es mi hijo —digo mirándole.

Tyler crispa ligeramente las comisuras de los labios y asiente. Al ver que mi amigo me entiende, sigo:

—Sé atar cabos. Todos somos capaces de hacerlo. Phoe dice que está embarazada de siete meses. Eso significa que se quedó embarazada en Acción de Gracias. Por entonces, aún nos acostábamos día sí, día también.

Intento bloquear las imágenes que me vienen a la cabeza: la forma en la que se sentaba encima de mí mientras yo se la metía hasta el fondo, lo caliente y húmeda que estaba, la manera en que la cubría con mi cuerpo y la besaba cientos de veces… Pero eso es cosa del pasado y tengo que olvidarlo. Phoenix y yo… Todo ha quedado reducido a un rollete fugaz.

—Todo esto es culpa mía —balbuceo, dando un sorbo a mi cerveza—. Ella me quería… Quería que estuviéramos juntos, pero yo

la rechacé una y otra vez. Puede que se fuera a Inglaterra porque era lo que quería hacer después del insti, pero si le hubiera dado una oportunidad… Quizá se habría quedado. Seguiría embarazada, pero yo podría haberla ayudado desde el primer día.

Tyler me escucha y asiente.

—Yo fui así de estúpido una vez —murmura, con aspecto muy triste e introvertido—. Me largué… Bueno, más bien mis padres y yo nos mudamos y no le di explicaciones a la chica en cuestión. Y sé que nunca me lo perdonará. Pero Phoe y tú aún tenéis una oportunidad. Va a tener un hijo tuyo, cabrón…

—No sé si es mío —le digo.

—¿Y de quién va a ser si no? —Tyler levanta las cejas—. Si os pasabais los días juntos…

—Vale, vale… —cedo—. Pero no quiere hablar conmigo, tío. Oye, ¿a quién te refieres? ¿Qué no nos has contado?

—Ya te lo contaré en otro momento —dice, guiñándome un ojo —. Es una larga historia. ¿Cómo surgió lo vuestro?

Sonrío y hago memoria.

—Supongo que hace unos cuatro años. Phoe se hizo mayor y se convirtió en una mujer. Yo ya sabía que era guapa, pero con el tiempo, la niña petarda dio paso a una adolescente. Nunca pude decírselo a Denver. Él seguía pensando que era insoportable. Solía ir a casa de los Jones antes de la hora que le decía a Denver, con la esperanza de que ella anduviera por allí.

—¿Y estaba? —pregunta Tyler, haciéndome asentir.

—La mayor parte del tiempo, sí. Y entonces llegaron las Navidades. Su madre había colgado muérdago del marco de la puerta y fuimos a la cocina a por algo de beber. Denver llegaba tarde. Bueno, de hecho, fui a casa de los Jones temprano una vez más para ver a Phoenix —Sonrío sin poder evitarlo, lo que provoca la risita de Tyler—. Nos pusimos bajo el muérdago y bueno, la señora Jones nos lo señaló. Los dos habríamos preferido evitar la situación, sobre todo yo. Claro que quería liarme con ella, pero ¿delante de su madre? Ni de coña. Pero a la señora Jones no hay quien le rechiste, así que nos besamos. Estuvimos ahí un buen rato. Cada vez nos besábamos más lento, tanto que al final, la señora Jones carraspeó.

Nos separamos, y me alejé más de lo necesario. Creo que a Phoenix le dolió que la apartara. En ese momento, me pareció lo correcto, y cuando su madre nos miró, sonriente, me quedé aún más rayado. Luego Denver entró y su madre le contó lo que había pasado.

—¿En serio? —dice Tyler, confundido—. Pensaba que la mujer no habría dicho ni mu.

—Creo que, o no sabía que había algo entre nosotros, o quería comprobar si yo lo negaría al instante. Pero bueno, no lo hice. Simplemente no dije nada. A Denver le pareció divertido y no se lo tomó en serio. Después de eso, pasaron casi dos años hasta que nos acostamos por primera vez.

—¿Y por qué nunca te has atrevido a tener algo serio con ella? —pregunta y suspiro.

—Pues porque no puedo —respondo, y suena como una excusa poco convincente—. Denver es mi mejor amigo y siempre ha dejado claro que sus hermanas eran intocables. Sobre todo Phoenix, porque es la más cercana en edad, no como Madison. Y como somos prácticamente hermanos, no quería apuñalarle por la espalda.

—¿De verdad es por eso, Jake? —pregunta y sacude la cabeza sin entender—. ¿No crees que no estarías en este lío ahora mismo si le hubieras echado huevos? Denver es así en general, no solo contigo. Se comporta como si fuera su padre.

—Ahí le has dado… —murmuro—. Ese es el problema.

—¿Y qué problema tenéis Phoe y tú? —pregunta mi colega—. ¡Aparte de Denver, claro!

—Ninguno, es solo que no quería arruinar mi amistad con Denver. No hay más. No quería arriesgarlo todo por una tía, y bueno, pensé que una vez que se hubiera ido, me olvidaría de ella. Pero no ha funcionado, para qué mentir. Estaba deseando que llegara el día en que volviera a casa y cuando la vi… ¡Toma bombo! Si lo hubiera sabido, me habría asegurado de arreglar las cosas antes de que se fuera. El embarazo lo complica todo…

—Hombre, pues claro… —Tyler suspira—. ¿Pero no crees que a Denver le va a molestar más que no se lo digas? Eres su mejor amigo y conoces a Phoe desde que era pequeña. No creo que piense que haya mejor chaval para su hermana que tú.

—Como sigas así, vas a conseguir que vaya a hablar con él… —bromeo, intentando ocultar mis inseguridades.

Tyler pone los ojos en blanco y, en verdad, lo entiendo, porque vaya mierda de respuesta le he soltado… Como me siento en confianza, continúo:

—Al principio solo lo dejaba caer, pero el verano pasado empezó a insistir. Yo siempre cambiaba de tema. Discutíamos a todas horas, pero siempre encontrábamos la manera de volver a los brazos del otro, hasta después de Acción de Gracias, cuando me dijo que se iba a Inglaterra.

—¿Y estaba embarazada ya?

—Supongo que sí.

—Dios, tío —Tyler suspira y se rasca los pelos de la nuca—, tienes que arreglar las cosas. Ve a por Phoenix y oblígala a hablar del tema. No hay otra forma, porque no tiene pinta de que vaya a hablar contigo por su cuenta.

Por desgracia, estoy de acuerdo con Tyler. A este paso, Phoenix no me lo dirá nunca. Para empezar, es demasiado orgullosa, y además, conociéndola, puede que le dé vergüenza haberse quedado embarazada. No es culpa suya, es más bien culpa nuestra. Pero ahora tenemos que quedarnos con lo bueno de todo esto.

—Pero no quiero imponerme —le corto—. No quiero forzar a Phoenix a hablar para que me dé respuestas. Para mí es importante que salga de ella, porque es la única forma de que hablemos con la calma sobre cómo vamos a ocuparnos del bebé.

—Joder, tío… —dice Tyler, dándome una palmada en el hombro —. Qué maduro por tu parte. Yo estaría flipando.

Me echo a reír. No sé si lo llamaría madurez, porque me siento como si se estuviera gestando una tormenta en mi interior. Ahora mismo soy como un niño indefenso que intenta fingir que lo tiene todo bajo control. Pero bueno, al menos que de momento, doy el pego.

—La verdad es que… —Sacudo ligeramente la cabeza—. Me cago encima solo de pensar en tener esta conversación con ella. Ni siquiera estoy seguro de querer oír lo que tiene que decirme. Le he hecho mucho daño. Si hubiera hablado con ella cuando estaba fuera,

no tendríamos semejante dramón ahora mismo. Todo esto es culpa mía y Phoenix lo sabe de sobra. No se va a quedar calladita; la conozco.

—Sí, puede que sea culpa tuya —dice Tyler, dando un sorbo a su cerveza—, pero está embarazada y tú eres el padre. No debería habértelo ocultado durante siete meses, y menos estando en otro país y ¡qué coño! En otro continente… ¿A qué espera Phoenix? Yo creo que tiene miedo a la confrontación, como tú. Lo que pasa es que, a diferencia de ti, ella está en mejor lugar, porque no tiene que forzar una conversación para obtener respuestas.

Miro a Tyler y asiento. Va a tener razón y todo. Ya puede seguir callándose quién es el padre… Sé que no se ha atrevido a decirlo, porque si no, la señora Jones ya se habría pasado a verme.

—Con un poco de suerte, Joy le soltará lo que tiene que oír. Puede que Sienna y Millie intenten que entre en razón, pero bueno, está claro que Joy va sobrada en este tipo de situaciones.

Miro a Tyler y asiento. Joy siempre ha sido la única de las cuatro en abrir la boca cuando las demás callan.

—No eres su novio, su hermana o su hermano, Jake. Eres el padre del bebé. Tienes derecho a plantarte en su casa y, sobre todo, a pedirle explicaciones sobre tu hijo. También tienes ciertas responsabilidades y ella debe dejarte cumplir con ellas. Y nadie, repito, nadie: ni Denver, ni Darren, ni yo estamos en situación de decirte cómo sobrellevar lo de Phoenix.

Me quedo callado al escuchar sus palabras. Tyler tiene razón. Nadie tiene derecho a decirme cómo actuar. Aun así, me resulta difícil ignorar por completo la opinión de Denver. Es mi mejor amigo.

—Es que es la hostia de complicado… —gimoteo—. No quiero discutir con Phoenix ni con Denver. ¡Solo quiero hablar, coño!

—Pero todavía no has actuado —aclara Tyler—. Estás ahí, esperando a que pase y hablando conmigo del tema, que es muy distinto. Estás aquí sentado preocupándote mientras pasa el tiempo y tú sigues sin formar parte de la vida de tu hijo. ¿Qué le vas a decir cuando el peque crezca y te pregunte cómo fue el embarazo?

—Mierda, tienes razón —Me levanto y dejo mi botella de cerveza —. ¡Tengo que hablar con Phoenix!

Tyler me mira con una sonrisa y se levanta también.

—No deberías sentirte mal por Denver, pero haz lo que creas que es mejor para ti. Bueno, para ti, para Phoenix y para el bebé. Es tu hijo. Ahora sois familia.

—¡Qué dices! No somos una familia…

—Por la forma en que hablas de ella, parece que aún te importa mucho —dice, encogiéndose de hombros—. Dale una oportunidad, a ver adónde llega el asunto.

—Lo que tú digas —digo, molesto—. Gracias, Tyler. Me ha venido bien hablar del tema.

—De nada —dice, guiñándome un ojo.

—Bueno, bueno, ¿quién era esa chica a la que perdiste? —digo, metiendo presión—. Ahora me pica la curiosidad.

—La mismísima Joy —confiesa.

Sorprendido, abro los ojos de par en par y me quedo sin habla. Me esperaba muchas cosas, pero no que Tyler y Joy hubieran tenido algo en el pasado. ¿Nuestra Joy? Sí, bueno, ¿y qué más?

—Venga, a callar. Esfúmate, anda.

—No, no, creo que me voy a quedar un rato más a escuchar vuestra historia —contesto, dejándome caer en el sofá—. No eres el único al que se le da bien escuchar y dar consejos…

Tyler coge su cerveza, suspira y se sienta a mi lado.

7

Phoenix

—Hola, mamá… —Entro en la cocina y me siento a la mesa.

—Hola —dice ella, mientras se sienta con una taza de café en la mano.

Miro con anhelo esa bomba de cafeína y frunzo los labios.

—¿Puedo tomar un sorbito?

—No —responde inmediatamente, y suspiro.

Tengo tantas ganas de beberme un café y atiborrarme de comida grasienta sin sufrir ardores de estómago ni otras consecuencias desagradables…

—Serás mala… —me quejo.

—He estado embarazada tres veces y he dejado el café las tres veces.

—¿Qué intentas decir, mamá? —Levanto las cejas a modo de pregunta y ella se ríe.

Creo que con una vez ya he tenido suficiente.

—Nada, nada… ¿Cómo te encuentras? —dice, para cambiar de tema.

Han pasado casi dos semanas desde que llegué a casa y se acerca el octavo mes de embarazo. Me siento sana y fuerte. No tiene por qué preocuparse, pero entiendo que lo haga de todos modos. Es mi madre.

Mis hermanos me preguntan constantemente cómo estoy. John y mis amigas también están pendientes de mí. Tyler me escribió hace unos días para preguntarme si todo iba bien y si estaba emocionada por el bebé. Me alegré mucho de que se interesara por mí. Hasta Darren me envió saludos a través de Millie. Mi amiga cree que el temita le asusta. Como si hablarle tanto del tema implicara que Millie quiere un bebé… Vaya gilipollez. A ella le interesa mucho más convertirse en una mujer de negocios para poder dirigir su imperio familiar.

La única persona de la que aún no sé nada es Jake. No sé si no quiere tener nada que ver con el tema y se desentiende del bebé, o si está tan perdido como yo sobre cómo lidiar con la situación. Denver no me ha dado recuerdos de su mejor amigo, y Millie, Joy y Sienna tampoco saben nada de él. Pero no me atrevo a enviarle un mensaje para decirle de hablar.

Suspiro. Es el padre de mi hijo. Hay que aclarar las cosas, porque después de mucho pensarlo, quiero que esté en la vida de su hija. Perdí a mi padre cuando tenía trece años. Fue demasiado pronto y no quiero que mi hija crezca sin un padre.

Jake no tiene por qué estar conmigo si no quiere, y puede enfadarse, lo entiendo perfectamente, pero debería hacerse cargo de su hija. Aun así, tengo que afrontar el hecho de que puede que no quiera tener nada que ver con el bebé, por mucho que me duela. De ser el caso, no sé cómo le explicaré algún día que su padre no quiere ni verla.

Ahora mismo, sin embargo, tengo más miedo de su reacción que de que me rechace, así que me cuesta escribirle. Y no sé cómo explicarle a Denver y al resto de mi familia que Jake es el padre. Puede que mamá, John y Madison se lo tomen bien. Al fin y al cabo, Jake les cae genial y lo consideran un miembro más de la familia desde hace años. ¿Pero Denver?

Odio pensar en cómo reaccionará. Se pondrá hecho una furia; eso está claro. La pagará conmigo. Bueno, con los dos, y de hecho, es más probable que con Jake, ya que siempre ha sido un pesadito con lo de no tocar a sus hermanas. Y encima, de todas las personas del mundo, la caga su mejor amigo desde la infancia. Ve tú y líala así de parda. Duro, ¿eh? Pero bueno, lo peor que podía pasar, el embarazo, ya ha sucedido, así que ahora solo nos queda decírselo.

—Oye, hija… —Miro a mi madre—. ¿Cuándo es tu próxima cita con la ginecóloga?

—El martes —le digo—. ¿Quieres venirte?

—Es Madison la que quiere ir.

—¡Ah, vale! —respondo, sonriendo—. Está casi más emocionada que yo.

Mamá se ríe y asiente mientras sorbe su café, y yo vuelvo a gemir melancólicamente.

—Yo también estoy muy emocionada —responde con una sonrisa —. Mi primera nieta. ¡Eso es algo especial!

—Lo sé, mamá. Dile a Madison que se venga y…

De repente, suena el timbre y levantamos la vista. Mamá me sonríe y desaparece por el pasillo para abrir la puerta principal. Me quedo en la cocina y me recoloco en la silla. Sonriendo, me pongo las manos en la barriga y me la acaricio. Como tantas veces en las últimas semanas, mi pequeñaja me da pataditas en la tripa.

—Pasa —oigo decir a mi madre y levanto la vista—. Phoenix estará encantada de verte.

Inmediatamente, me siento recta en la silla y miro hacia el pasillo. El corazón empieza a latirme más deprisa. Tal vez sea…

—¿Eso cree? —Una voz ronca me hace sacudirme violentamente y me siento un poco más erguida.

No puede ser: ¡Jake está aquí! Ha venido a ver cómo estoy… Bueno, cómo estamos. No recuerdo la última vez que me emocioné tanto al verle. Seguro que fue en nuestro primer beso o la primera vez que hicimos el amor.

Cuando pasábamos tiempo juntos, me entendía sin necesidad de decirle nada. Nunca había motivos para estar nerviosa a su lado. Pero ahora es diferente.

—¡Pues claro! —Mamá se ríe—. Eres de la familia, ¿no?

Me levanto de la silla y yergo la espalda, queriendo enfrentarme a Jake con la mayor confianza posible. No quiero que piense que soy demasiado débil o que estoy abrumada por la situación. Aun así, me agarro a la mesa con la mano derecha y me apoyo la izquierda en la barriga.

Mamá y Jake entran en la cocina y, una vez más, no puedo evitar fijarme en lo guapo que está. Lleva una camiseta negra con el escudo de los Lincoln Tigers, unos vaqueros rotos y unas deportivas.

—Hola —me dice con una leve sonrisa y las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros—. ¿Cómo estás?

—Hola. —Le miro insegura—. Bien, ¿y tú?

—Bien, gracias.

Continúa sonriéndome y le guiña un ojo a mi madre. Ella se despide de nosotros con un gesto de la cabeza, coge su café y se mete en el salón. Nos quedamos solos y eso no me gusta.

Jake no dice nada al principio, solo se queda quieto, mirándome. Si está esperando a que yo empiece la conversación, es que se está arrepintiendo ya de haber venido. Pero joder, lo ha decidido él, ¿no? Sí, ya sé que estoy siendo una ridícula y que tengo mucho más que decirle de lo que él tiene que decirme a mí, pero no me atrevo a iniciar la conversación.

Le miro nerviosa y me muerdo el labio.

—¿Lo llevas bien? —dice para romper el silencio.

—Sí.

Ahora respondo con monosílabos.

—Muy bien.

Y así, sin más, la conversación parece haber terminado. Aprieto los dientes y respiro hondo. Si no hablo con Jake ahora, probablemente nunca lo haré.

—Deberíamos hablar… —digo nerviosa.

No es una pregunta, ni una petición, sino una afirmación. Tenemos que hablar. No nos queda otra.

—Sí —responde, y noto que relaja los músculos—. Deberíamos. ¿Quieres que nos demos un paseo?

—Buena idea —le digo, sonriéndole—. Ve, ahora voy yo.

Jake se adelanta y me espera en la puerta. Yo le sigo y aprovecho para ponerme unas zapatillas y una chaqueta finita que estaba en el perchero del pasillo. Salimos de casa, pasamos junto a los coches y tomamos el camino entre nuestra casa y la del vecino, que lleva a una pequeña zona apartada en la parte trasera del barrio. No hace falta que todo el vecindario oiga nuestra conversación. No hay quien se los quite de encima desde que se enteraron de que estaba embarazada cuando volví de Brístol.

Guardamos silencio durante los primeros metros. No creo que pueda volver a dar el primer paso. No me siento lo suficientemente valiente.

—¿Por qué no me escribiste o me llamaste? —Jake vuelve a romper el silencio.

No era la pregunta que esperaba y me detengo bruscamente.

Tengo en la punta de la lengua un «también podrías haberlo hecho tú», pero no es el momento de soltar algo así. Decidí quedarme en Brístol estando embarazada y no le dije que esperaba un hijo suyo. La culpa es mía. De hecho, podría írsele la pinza ahora mismo y lo entendería perfectamente.

—Tenía miedo —le digo mirándole—. Primero tuve que aceptar que estaba embarazada y luego… Luego empezó a pasar el tiempo, se me hizo bola y no tuve el valor de hablar contigo.

—Entonces es verdad, ¿no? —murmura con un hilo de voz, relamiéndose los labios nerviosamente mientras me mira la barriga —. Es mío.

Respiro hondo.

—Sí —respondo.

Me he quitado un peso enorme de encima. Poder decirlo por fin, sin discusiones, en este momento, me hace sentir bien. Aunque sé que no durará. Ahora Jake está en el sarao y, por lo que parece, quiere implicarse en el futuro y en las decisiones que tendremos que tomar por la niña.

—¿Qué piensas de todo esto? ¿Quieres… bueno… formar parte de esto?

Vacilante, vuelve a meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros y me mira. Da un paso atrás y yo sigo avanzando hasta que me doy cuenta y me paro a cierta distancia.

—No es que acabe de enterarme de que ese bebé es mío… —continúa, y yo trago saliva—. En realidad, lo he sabido desde que le dijiste a Denver de cuánto estabas y… ¡Joder, Phoe! ¿Por qué?

—Tenía miedo. Ya te lo he dicho.

—¿De mí? —Frunce el ceño y aprieta la mandíbula—. ¿De qué tenías tanto miedo como para mantenerlo en secreto durante siete meses?

Jake me señala con rabia la barriga.

—¡Pues de todo! —grito, rodeándome la barriga con los brazos para proteger al bebé.

Una vez más, me siento estúpida. Tengo delante al padre de mi pequeña, a su figura paterna, y quiero protegerla de él. Aunque

tenga todo el derecho a enfadarse conmigo.

—Estaba tan abrumada con todo y… apenas podía soportar estar embarazada.

—Por eso deberías habernos llamado. Te habríamos traído a casa.

—¿Y qué habría pasado entonces?

Joder, no quiero gritarle. Todas las emociones que creía tener bajo control salen a la superficie. El miedo y la desesperación, sentimientos que no puedo gobernar, me arrollan como un tren de mercancías. Lo miro y añado:

—Todo el mundo se me habría echado encima. Habría sido peor que ahora. Todos habrían querido cuidarme. Ay, pobre chica embarazada, que es demasiado estúpida para usar métodos anticonceptivos y no le dice a nadie quién le hizo esto…

—¡Estás siendo injusta, Phoe! —Molesto, me mira y me muerdo el labio—. Tu madre, Denver, Mad y John te habrían acogido en casa sin rechistar. Igual que ahora. ¿Puedes ponerte en mi lugar por una vez? Hace seis meses que sabes que vamos a tener un hijo y me has dejado poco más de diez semanas para prepararme. ¿Te parece normal?

—No sé qué quieres que haya de normal en todo esto…

—Phoenix —gruñe, apretando la mandíbula—, ¿por qué eres tan testaruda? ¿No ves que intento apoyarte?

Siendo sincera, esa no ha sido mi sensación en estos últimos minutos. Ahora mismo solo me acusa, como hicieron mi madre y Denver. Con la pequeña pero sutil diferencia de que Jake tiene motivos para hacerlo. Tiene razón: yo llevo meses preparándome para el nacimiento de nuestra hija y él solo ha tenido unas semanas.

—Lo siento —susurro—. No me enteré hasta la octava semana, justo después de llegar a Brístol. Pasé las dos primeras semanas con la cara pegada a la taza del váter. Por eso Sadie me llevó al médico, en lugar de dejarme culpar al desfase horario, al trabajo y al nuevo entorno. Cuando me enteré de que estaba embarazada, me quedé en *shock*, pero en ningún momento pensé en abortar. Supe enseguida que tú eras el único que podía ser el padre.

—Bueno, por algo se empieza… —responde, echando a andar—. ¿Qué pasó después?

—Me dieron náuseas matutinas hasta pasado el tercer mes. Para entonces no me moría de ganas de que llegara el bebé, pero por supuesto me aliviaba que estuviera sano.

—¿Por qué no tenías ganas? —me pregunta—. Ahora estás emocionada, ¿no?

—Por supuesto —digo inmediatamente y le sonrío, y Jake me devuelve la sonrisa—. Estoy feliz como una perdiz. En aquel momento, todo me parecía tan… confuso y difícil de asumir… Quería empezar de cero en Brístol, descubrir qué hacer con mi vida, ¿y qué pasó? Que todo mi mundo se vino abajo. Mejoró con el tiempo, y cuando me enteré de que iba a ser una niña, fue como si renaciera de mis cenizas.

—¿Es niña? —Jake sonríe—. Hala…

—Sí —digo y me detengo.

Él hace lo mismo y se vuelve hacia mí. Me sobresale la barriga de la chaquetilla, ya que no me la he abrochado.

—Fue tan bonito… Me emocioné de repente y fue como si todo cobrara sentido…

—Te creo.

Jake sigue caminando y yo le acompaño. Durante los siguientes minutos permanecemos en silencio. Necesita asimilarlo todo; lo entiendo. Pero la conversación aún no ha terminado. Aún queda la parte más difícil.

¿Cómo vamos a hacerlo?

Lo veo dispuesto a implicarse en todo esto, y parece que va en serio, así que tenemos que encontrar la manera de trabajar juntos, y antes de nada, decirle a todo el mundo que él es el padre. Bueno, por todo el mundo, me refiero a nuestras familias. Nuestros amigos, excepto Denver, lo saben desde hace mucho tiempo.

Me pregunto cómo es posible que alguien pueda andar por la vida tan ciego como mi hermano. En algún momento ha debido darse cuenta de que Jake y yo éramos algo más que amigos, ¿no?

—Voy a cuidar del bebé —dice Jake en medio del silencio—. Es nuestra hija, y no importa cómo acabemos tú y yo: eso no va a

cambiar. Cumpliré con mis responsabilidades, pero espero también tener los derechos que eso implica.

—Oh… Esto… Sí, vale —tartamudeo, sonriendo ligeramente—. Si eso es lo que quieres, adelante…

—Sí, eso quiero —responde, un poco distante—. Lo que pasó entre nosotros no debería afectar a lo que está por venir. De ninguna manera. Los dos somos responsables del bebé y nos ocuparemos de él… De ella, perdón.

Aunque mi parte racional sabe que no se equivoca y que necesitamos tener una relación amistosa para superar los próximos meses y años, me duele el corazón a más no poder. No es nada nuevo que quiero a Jake, ni tampoco que la niña que llevo en mi vientre nunca me dejará olvidarle.

¿Qué estoy diciendo? Aunque no estuviera embarazada, nunca olvidaría a Jake. Llevo tanto tiempo perdidamente enamorada de él que he asumido que tendré que vivir con ello para siempre. Jake piensa que no debemos dejar que el pasado afecte lo que nos depara el futuro, y con razón. Nuestra hija es lo primero. Todo lo demás tiene que pasar a un segundo plano. Además, en unos nueve meses, él podría acabar en la otra punta del país, y entonces yo seré la única responsable de nuestra pequeña.

—Estoy de acuerdo contigo —digo con mucha más entereza de la que esperaba.

Quizá si sigo diciéndome a mí misma que estoy de acuerdo, acabaré asumiéndolo. Ya he conseguido alejarme de él antes; bueno, más bien huir de él, así que puedo volver a hacerlo.

—El martes tengo cita con la ginecóloga para hacerme una ecografía y una revisión. Normalmente, me acompaña mi madre y esta vez quería hacerlo Madison, pero si te apetece, puedes venir conmigo. Así la verás por primera vez.

El rostro de Jake se ilumina tanto que me siento como si mirara directamente al sol. Al principio parece plantearse abrazarme, pero se abstiene educadamente. Creo que es mejor para los dos que no nos toqueteemos mucho.

—¿De verdad quieres que te acompañe? —pregunta, y yo asiento.

—Tendrás que verla antes de que nazca, ¿no?

Se ríe y yo hago lo mismo. Me encanta ver que ahora estamos mucho más cómodos. Y como si nuestra hija pudiera sentirlo, patalea.

—Mira. —Mi cerebro se apaga de repente y me apresuro a cogerle las manos y llevármelas al estómago. Me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Sientes las pataditas?

Jake abre los ojos de par en par e inconscientemente me acaricia el vientre. Se me acelera el pulso ante esta suave caricia y frunzo los labios para evitar que mis emociones se descontrolen. Tengo los sentimientos a flor de piel con el embarazo.

—Hala… —dice—. Está dando patadas… ¡Qué fuerte! ¿Cada cuánto lo hace?

—Varias veces al día —respondo en voz baja—. Se mueve mucho y, según la ginecóloga, está muy sana y todo va bien. Vamos, que no hay nada de lo que preocuparse.

—Vaya… —añade—. Es increíble. En plan, noto sus piececitos…

Sonriendo, miro a Jake y pongo mis manos sobre las suyas. Mi corazón late más rápido y me siento aliviada de que hayamos podido hablar las cosas a buenas. Ahora tenemos que pensar en nuestro futuro.

8

Jake

Unos días después de mi conversación con Phoenix, hemos quedado con todos en un restaurante en el centro de Lincoln. Será la primera vez desde el regreso de Phoenix que volveremos a estar todos juntos y me muero de ganas.

Desde que hablamos del bebé, Phoenix y yo hemos estado en contacto casi todos los días. Le pregunto cómo está, me responde y me envía fotos de su barriga. Dice que crece cada día, pero a mí no me lo parece. Aun así, me parece bien que me involucre tanto en el proceso. Al fin y al cabo, el bebé que está en su barriga también es mío.

Nuestra conversación fue mucho mejor de lo que pensaba. De hecho, me imaginaba que ambos explotaríamos y nos gritaríamos el uno al otro sin tregua. Por suerte, no fue así. Vale, puede que desde entonces digamos lo que pensamos sin filtro, pero ahora nos entendemos mucho mejor.

Sé que Phoenix tenía miedo y entiendo que no supiera cómo decírnoslo. Pero bueno, sigo pensando que al menos debería habérmelo dicho a mí, antes que a su familia y amigos. Habría ido a buscarla inmediatamente. No contemplaba otra opción.

Tyler y yo entramos en el restaurante y vemos que Darren, Millie y Joy ya están sentados en nuestra mesa de siempre. Aunque han pasado ya seis meses, sigue pareciéndome increíble que Darren y Millie sean pareja. Bueno, y todo lo que tiene que ver con la familia de Millie ya, flipas… Nunca me habría imaginado que era multimillonaria y que heredaría un club de la NFL. Es increíble lo mucho que ha cambiado desde que empezó a salir con Darren y se fueron a vivir juntos. Por otra parte, regaña a Darren tan a menudo que casi nos resulta entretenido a los demás.

Quién lo ha visto y quién lo ve: Darren, el canallita de la universidad, está tan enamorado de la chica más tímida del lugar que se olvida de todo lo demás cuando ella está cerca. Y para qué

mentir, a mí también me gustaría tener una relación tan íntima. Se quieren y no se cansan de decírselo.

No dejo de preguntarme qué habría pasado si el otoño pasado no hubiera sido tan cobarde y le hubiera dicho a Phoenix que quería intentarlo. Se lo habría contado a mi familia, a mis amigos y, sobre todo, a Denver. Y ahora no estaríamos en semejante berenjenal. Seguiría embarazada, pero los últimos meses habrían sido muy diferentes.

Cuando dejé claro durante nuestra conversación que quería que fuéramos amigos porque era lo mejor para el bebé, Phoenix puso cara de decepción. O eso me pareció. Perdió la sonrisa un instante, pero la recuperó tan deprisa que no estoy seguro de si fueron imaginaciones mías.

En realidad, no quería decir eso. De hecho, me encantaría intentarlo y resucitar nuestra relación. Simplemente, no quise asustar a Phoenix al dejárselo caer, y en su lugar le propuse lo de ser amigos. Solo quería decirle que siempre estaré ahí para ayudarla.

En verdad, creo que el tiempo dirá lo que sentimos el uno por el otro. Por ahora, el bienestar de nuestra niña es la máxima prioridad. Mi bebé y sus patadas de campeonato… Es increíble la energía que tiene la pequeñaja, como la llama cariñosamente Phoenix.

Mañana tiene cita con la ginecóloga y estoy impaciente por ver a mi niña por primera vez en vivo y en directo. Phoenix me envió una ecografía de su última cita y ya tiene la carita casi formada. Pude verle hasta los ojos. Fue increíble y cuando se lo enseñé a Tyler tampoco daba crédito.

Me siento mejor desde que hablé con él. Nunca ocupará el lugar de Denver en mi vida, y creo que él lo sabe, pero es un buen amigo y sé que está dispuesto a ayudarme.

—Hola —digo, volviéndome hacia Darren—. ¿Todo bien, *bro*[1]?

—Sí, tío… —dice mi amigo y me giro hacia su novia.

—Hola, Millie —La saludo con un abrazo—. ¿Cómo vas?

—Bien, ¿y tú? —pregunta ella—. Supongo que llevas una vida bastante emocionante ahora mismo.

A diferencia de Joy, que nunca se anda por las ramas, Millie se las arregla para hacer preguntas de forma muy sutil y coqueta, y aun así sabe por dónde pillarme.

—Sí —respondo, sonriendo ampliamente.

Me aseguro de que Denver no está cerca antes de volverme hacia ella y añadir:

—Mañana voy a llevar a Phoe al ginecólogo. Será la primera vez que vea al bebé.

—¿Entonces podemos felicitarte ya o qué? —bromea Darren, dándome una palmada en el brazo—. Enhorabuena, papá…

—Supongo —Sonriendo, miro alrededor de la habitación y mis ojos se posan en Joy.

La veo coger aire y añado:

—Ahórrate lo que quiera que fueras a decir.

—¿Pero tú qué te piensas? —Se ríe, echándose el pelo turquesa hacia atrás—. Me alegro por ti, hombre…

Le devuelvo la sonrisa para darle las gracias.

—Bueno, al grano —dice Joy juntando las manos sobre la mesa —. ¿Qué se siente cuando te sale el tiro por la culata?

Pongo los ojos en blanco mientras Tyler y Darren estallan en una carcajada sonora. Darren se calla de inmediato al ver que Millie le echa una mirada asesina. La miro agradecido y me vuelvo hacia Joy.

—Bueno… —murmuro—. Para empezar, que conste que estoy emocionado y…

—¡Ahí estáis!

Doy un respingo al oír la fuerte voz de Millie y me doy la vuelta. Denver viene hacia nosotros, sonriendo, seguido de Sienna y Phoenix. No podría estarle más agradecido a Millie por intervenir tan rápido antes de que Denver oiga algo que no debe. Hay que decirle la verdad ya, pero antes he de acordar con Phoenix la mejor manera de hacerlo. Cuanto más tiempo se lo ocultemos, y más cuando todos los demás lo saben, más se enfadará.

—Hola. —Le digo a Denver—. ¿Tan despacio conducías?

Pone los ojos en blanco, lo que me hace reír, y se vuelve hacia Tyler. Luego saludo a Sienna y finalmente a Phoenix. Me alegro de poder abrazarla sin que a Denver le parezca raro. Está muy guapa

con ese vestido corto de ante rojo, que tiene un escote pronunciado. Se le ciñe alrededor de la barriga, lo que hace que parezca aún más grande. Por encima lleva una cazadora de cuero, y en las piernas, unas medias y unas botas.

Obviamente ha engordado, y tiene los pechos hinchados, pero siempre me parecerá sexy a más no poder. Su larga melena rubia le cae en suaves ondas sobre los hombros.

—Hola —susurro—. ¿Cómo vas hoy?

—Todo bien —dice Phoenix—. Hoy está tranquilita, así que he podido descansar.

—Pero no demasiado tranquilita, ¿verdad? —pregunto alarmado, y ella niega con la cabeza.

—Tranquilita no significa que se esté quieta todo el rato.

—Ah, vale, vale… —respondo, separándome de ella.

Phoenix pasa por mi lado y saluda al resto del grupo. Luego Tyler le acerca una silla y ella se sienta entre los dos. Le miro para darle las gracias. Phoenix se lleva las manos a la barriga y mira con nostalgia el cóctel de Joy y la cerveza de Darren.

—Ni se te ocurra —dice Denver, y ella pone los ojos en blanco.

—Gracias por esa orden innecesaria —refunfuña—. Ni os imagináis lo que es. Los primeros meses no se te queda nada en el cuerpo, y luego no soportas las tonterías del día a día. Además, esta pequeñaja da tantas patadas que parece que está en una rave. Y me pisa constantemente la vejiga. Ahora en serio —Señala a Joy, Sienna y Millie—: nunca os dejéis convencer de hacer algo así.

La miro con incredulidad, pero Phoenix ni se inmuta.

—No te preocupes —dice Joy—. El chico por el que voy a perder la cabeza aún no se ha materializado en este plano astral.

De repente, Tyler empieza a toser y todos le miran. Intenta disimularlo, pero por un momento me pregunto si lo de esos dos se ha acabado de verdad y no es lo que intentan hacernos ver.

—Oh, venga… —dice ni más ni menos que Darren—. Algo bueno tendrá…

—Sí —dice Phoenix con naturalidad—. Con suerte, en diez semanas habrá terminado todo.

—Bueno, pero… —responde Joy—. Antes de eso, vas a tener que empujar para forzar un agujero que hace unos años era demasiado estrecho para una polla.

—¡Joy! —chilla Millie y Darren se ríe a carcajadas—. ¡Eres un desastre! ¡Qué desagradable!

—Solo estoy siendo sincera, Millie Mouse… —Sonríe—. Sé que serás capaz de soportar el dolor del parto con entereza.

—¿Podemos dejar de hablar de… —Denver vacila— de las partes íntimas de mi hermanita y de cuánto pueden darse de sí?

Si Denver supiera la de veces que he dado de sí las partes íntimas de Phoenix, como él dice, ahora mismo se me lanzaría a la yugular, cuchillo en mano. Phoenix le mira y se ríe.

—¿Te incomoda todo esto? —le pregunta dulcemente.

A veces es tan cabrona…

—¡Sí! —La mira indignado—. ¿No es evidente? Estamos hablando de tu…

—¿Vagina? —Le ayuda Phoenix y me río—. Algunos lo llaman coño o…

—Ya está. Lo pillo —gruñe Denver—. No quiero oír nada más al respecto.

Phoenix sonríe casi maliciosamente a su hermano mientras la camarera se acerca. Denver y Tyler piden unas cervezas y Sienna, un agua.

—Un agua para mí también —dice Phoenix con una sonrisa llena de dolor.

La camarera asiente y me mira. Y es entonces cuando me doy cuenta de quién es. Joder. La mirada de Denver lo dice todo y Darren se hunde cada vez más en su silla.

Creía que Virginia ya no estaba en Lincoln, pero supongo que me equivocaba. Después de que Phoenix se fuera y yo tuviera que seguir con mi vida, sobre todo con mi vida sexual, me encontré con ella una noche que los chicos y yo salimos de fiesta. Bueno, Tyler no estaba, por algún motivo que no recuerdo. Estuve de rollo con ella hasta hace unas semanas. Lo dejé porque no me sentía muy a gusto. Virginia no se lo tomó bien, como era de esperar.

—Hola, Jake —dice fingiendo amabilidad, ladeando la cabeza—. ¿Qué te pongo?

—Una Coca-Cola —respondo, saludándola con la cabeza—. Gracias.

—Se te ve muy tranquilo hoy… —me dice alzando sus cejas perfectamente arqueadas.

Para colmo, estira la mano y me pasa las uñas por el hombro antes de añadir:

—¿Por qué no me vuelves a llamar? Si se te antoja, claro…

Chasquea la lengua, se da la vuelta y desaparece de nuestra mesa. Se hace un silencio incómodo. No me atrevo a mirar a Phoenix. Finalmente, lo hago, y su mirada me va directa al corazón. Está dolida. Antes tenía las manos descansando sobre la barriga, pero ahora aprieta los puños. La conozco desde hace tiempo y sé que no le ha gustado la conversación. A mí tampoco me habría gustado oír algo así.

Virginia y yo no tuvimos nada serio: solo sexo. Pero en el fondo, siempre supe que solo la estaba utilizando para superar lo de Phoenix. Pretendía olvidarla y no funcionó, por eso rompí con ella.

—¿Esa es tu ex? —Phoenix me lanza una mirada dolida—. Qué bien…

—No es mi ex —respondo—. Estuvimos… En fin, solo nos acostamos un par de veces.

Phoenix vuelve a mirarme y yo miro a Denver. No parece prestarnos atención y está hablando con Darren.

—Claro que sí, campeón… —susurra Phoenix—. No desaproveches tu talento…

Abro la boca para contestar, pero Phoenix se gira y se pone a hablar con Millie y Joy. Frunzo los labios y me reclino en la silla. Se suponía que no tenía que enterarse.

***

Cierro la puerta del apartamento detrás de mí y me quito las zapatillas. Tyler también se quita los zapatos.

Phoenix no me ha dirigido la palabra en toda la noche. A Virginia no parecía importarle la presencia de Phoenix. Siguió tonteando conmigo, como si pretendiera conquistarme de nuevo. Al final me tocó pagar la cuenta y ella me dio una notita con su número junto con el cambio. Por si lo había borrado…

Phoenix se levantó sin decir palabra y salió del restaurante. Sienna la siguió. Nadie se preguntó por qué, y es más, Denver no dijo nada. Se limitó a balbucear algo sobre que su hermana tenía náuseas otra vez. Luego me levanté y salí también, pero Phoenix ya había subido al coche y se había marchado.

—Me encantaría retorcerle el cuello a Virginia —digo, enfadado, mientras saco el iPhone del bolsillo de los vaqueros—. Ahora Phoe no va a querer hablarme.

—Esa chavala es perversa, ¿eh? —dice Tyler, entrando en el salón —. ¿Por qué te acostaste con ella?

—Creo que la respuesta es obvia… —murmuro, abriendo el chat de Phoenix.

Todavía no me ha contestado.

—No se ha pensado dos veces lo de dejarte caer que quiere volver a acostarse contigo, ¿eh?

Le lanzo una mirada molesta a Tyler y me dejo caer en el sofá.

—¿Quieres una cerveza? —me pregunta y yo asiento.

Tyler va a la cocina y yo me reclino en mi asiento. Me cabrea que nos hayamos encontrado con Virginia.

—Sabes que no tienes que darle explicaciones a Phoe, ¿verdad? —pregunta Tyler al volver al salón con la cerveza—. Lo de Virginia fue solo un rollo…

—Eso díselo a Phoe —respondo, dejando la cerveza después de haberme bebido la mitad—. Está cabreada porque me acosté con ella cuando estaba en Brístol.

—No le debes nada —contesta—. No estabais juntos, ¿no?

—Nunca hemos estado juntos —le corrijo—. Phoe quería que lo estuviéramos, pero no fue el caso. Aun así, en todo este tiempo no he podido dejar de pensar en ella.

—Supongo que para ellas es lo mismo —especula Tyler—. El deseo y la realidad…

Suspiro y me inclino hacia delante.

—Tengo que llamarla. Mañana queremos ir juntos al ginecólogo. Necesito saber a qué hora he quedado con ella.

Sin esperar la respuesta de Tyler, le doy una palmada en el hombro y me meto en la habitación para llamar a Phoenix. Me alivia oír el sonidito repetitivo de la señal. Al menos no me ha colgado directamente.

—¿Qué quieres? —Su voz fría me hace dar un respingo y me siento en la cama.

—¿A qué hora te recojo mañana?

—Se me ha olvidado decirte que va a venir Madison.

Abro los ojos con incredulidad. No puedo creer lo que estoy oyendo. Tremendo absurdo. Ahora Phoenix ha decidido que no quiere que vaya con ella por lo de mi rollete con Virginia.

—Eso no es cierto y lo sabes —le respondo, no queriendo empezar otra discusión con ella—. ¿A qué hora?

—¡Que te he dicho que voy con Mad! —insiste y suelto un gruñido—. Nos vemos.

—¡Sí, mañana!

No voy a dejar que me aleje de ella porque se haya picado. ¡Joder! Era obvio que iba a acostarme con alguien en estos últimos meses. Si no hubiera estado embarazada, seguro que ella también habría ligado con un inglés. Respiro hondo y añado:

—Sé que estás molesta por lo de Virginia, pero no es asunto tuyo. Es mi vida privada, Phoe.

—¿Ah, sí? —dice a través del altavoz y me imagino lo roja que debe tener la cara y lo cerca que estará de explotar.

—¡Sí! —Me levanto enfadado y empiezo a pasearme por la habitación—. Ahora dime a qué hora quieres que esté allí mañana, o iré a tu casa cuando me venga en gana. No creo que quieras que haga eso.

Como su madre, John y Madison no saben que soy el padre, acordamos vernos en la parada de autobús de su calle. Joy será su coartada. Sienna y Millie también están al corriente. Increíble circo para poder estar juntos en un momento tan bonito…

—¡No te atreverás!

—¿Estás segura? —le pregunto—. No te debo nada, así que…

¡Cliiiiiic!

Atónito, me quedo mirando la pantalla del móvil. No puede ser. ¡Me ha colgado! Estoy a punto de volver a marcar su número cuando recibo un mensaje suyo.

***Phoenix**: 15:30h*

***Phoenix**: ¡Solo hago esto por el bebé y porque no quiero que crezca sin su padre!*

Respiro hondo y fijo la vista en el mensaje y en lo que quiere decir en realidad. Para Phoenix es importante que yo forme parte de la vida de nuestra hija, porque perdió a su padre muy joven. Es lo correcto, y me alegro de que, a pesar del enfado, siga siendo una prioridad para ella. Aun así, la discusión iba sobre Virginia, y todavía no lo hemos resuelto.

***Jake**: ¡Nos vemos mañana! Aunque no es que me apetezca especialmente…*

Me encantaría escribirle y pedirle disculpas, pero le diga lo que le diga, Phoenix no lo aceptará. Habíamos avanzado mucho en estos últimos días, pero todo esto nos ha estallado en la cara como una pompa de jabón y ahora tendremos que volver a empezar.

***Phoenix**: Será mejor que vengas a las 15:15h. No hay mucho sitio donde aparcar.*

Le mando el emoji del pulgar hacia arriba, lanzo el iPhone adonde no pueda verlo y, frustrado, voy al baño a darme una ducha, para luego meterme en la cama. Creo que me vendrá bien dormir. Así me relajo un poco. Aunque creo que Phoenix no ha hecho más que asomar la cabeza en lo de Virginia y mi vida sexual.

---

[1] *N. de la T*. Del inglés, *brother*, apócope que utilizan los jóvenes para dirigirse a sus amigos. Podría traducirse por «colega» o «tío».

9

Phoenix

Camino por la calle hasta la parada de bus en la que hemos quedado Jake y yo. Me habría gustado enviarle un mensaje esta mañana para decirle que la médica estaba enferma o que no me encontraba lo bastante bien como para acudir a la cita. No me apetecía verle después de lo de anoche. Anda que yo también… Pensar que no había estado buscando tirarse a otras durante estos meses… ¡Pues claro que lo había hecho!

Me dolió ver a esa chica tirándole la caña. Se le notaba que le gustaba Jake tanto como a mí y no me hizo mucha gracia verlo. Él le habrá hecho el amor muchas veces, tantas como a mí. Ella lo habrá acariciado con las manos y le habrá lamido el cuerpo y él habrá hecho lo mismo con las manos, la boca, la lengua… Me da angustia solo de pensar en que la hiciera correrse como a mí, sentir que podía tocar el cielo con los dedos…

En mi mente veo imágenes de mí tumbada delante de él con las piernas abiertas. Jake siempre solía separarme los muslos con sus anchos hombros para acceder mejor a mi sexo. Era increíble sentir su lengua en mi clítoris y sus dedos hundidos en lo más profundo de mi ser, pero ahora no es más que un vago recuerdo…

No me he acostado con nadie desde que me enteré de que estaba embarazada. No me apetecía tampoco, hasta ahora. Es que Jake… Joder, me encantaría hacerle el amor una vez más, sentirlo dentro de mí, pero no es nada más que un deseo estúpido. Jake ha estado con otras chicas y yo tengo que empezar a prepararme para el parto.

Un coche que pasa por mi lado frena de repente y yo me detengo. La ventanilla del lado del copiloto está bajada y Jake me sonríe ampliamente.

—¿Necesita que la lleve, señorita Jones?

Me río y le miro, sentado en el asiento del conductor.

—No sé qué decirle, Sr. Sullivan… —Inclino la cabeza—. Estaba esperando a un caballero.

—Anda, Phoe, sube.

Abro la puerta del acompañante y me dejo caer en el asiento. Jake me mira y dice:

—Hola…

—Hola —digo, abrochándome el cinturón.

—¿Cómo estás? —pregunta Jake, volviéndose hacia el frente.

—Bien, ¿y tú?

—Bien —responde, concentrándose en el tráfico.

Nos sumimos en un silencio que es de todo menos cómodo. Los dos sabemos lo que pasó ayer y que tenemos que hablar de ello. El hecho de que se acostara con Virginia me hundió. No solo por mi estado, que no me hace parecer el culmen del *sex appeal*[1] ahora mismo, sino porque me cuesta entender por qué se interesa tanto por otras chicas.

Ayer me arreglé por primera vez después de… ni se sabe. Quería estar guapa para Jake. Según ha ido avanzando el embarazo, he evitado ponerme ropa ajustada y escotada. El vestido rojo de ante de ayer fue una excepción. Aunque vi cómo me miraba el escote de reojillo, me faltó una reacción evidente por su parte. Cuando me preguntó si todo iba bien, se refería más a nuestra hija que a mí.

Junto las manos y miro en silencio por la ventanilla mientras nos acercamos al centro de la ciudad.

—Tengo que decírselo a mis padres —dice de repente, y trago saliva.

Sí, está claro… Yo también. Mamá y John tienen que saber que Jake es el padre de mi hija, pero no sé por dónde empezar.

—Ya lo sé, ya —respondo—. Tienes que decírselo.

—¿Se lo has dicho a tu madre? —pregunta—. ¿Alguien sabe siquiera que soy el padre?

—Sienna, Joy y Millie —respondo y él pone los ojos en blanco.

—No pongas esa jeta…

—Me refería a tu madre, John y Mad —dice con más claridad—. A Denver lo dejo fuera de momento…

—Ay, Denver… —murmuro—. Si no fuera por él, las cosas no serían tan… tan… bueno, tal y como son.

—Eso es mentira —contesta Jake a la defensiva—. Si no fuera por Denver, ni siquiera nos conoceríamos…

—¿Eso crees?

—Sí —dice con firmeza—. Al menos no desde hace tanto tiempo…

—Y debería haber sido así…

—¿Vas en serio? —responde, mirándome un momento—. ¿Crees que lo que había entre nosotros…?

—¿Qué había entre nosotros que no hayáis tenido Virginia y tú?

Vale, he sacado el tema, aunque no quería. Me cago en todo. No quiero que Jake piense que estoy al mismo nivel que Virginia. Soy mucho mejor chica y más sensata que ella. En el campus todos saben que ha extendido su telaraña sobre varios jugadores de los Tigers. Por desgracia, de todos, ha tenido que hacer buenas migas con Jake.

—¿En serio vas a discutir sobre lo que pasó entre Virginia y yo?

—No.

—Bien —responde Jake—, porque no tienes derecho a hacerlo.

—¿Por qué? Si puede saberse… —siseo.

—Porque no estamos juntos y… y nunca lo estuvimos, Phoe —dice, como si no fuera obvio—. Nos acostábamos y…

—No puedo creer que sigas pensando eso —le digo, respirando hondo—. Sabes que no fue así, Jake. En ningún momento. Tú… simplemente fuiste demasiado gallina para decirle a Denver que…

—¿Qué, Phoe? —vocea—. ¿Que yo también estoy enamorado de ti? Es eso lo que ibas a decir, ¿no?

—Sí.

Me alegro de que tenga que mirar a la carretera, porque acabo de admitir que sigo enamorada de él. Y él también está enamorado de mí, ¿no? En fin, no creo que pudiera discutir sobre este tema si tuviera que mirarle a los ojos.

Jake agarra el volante con tanta fuerza que se le pone blanca la piel de los dedos. Tiene la mandíbula apretada y veo claramente que

está cabreado. Conmigo, consigo mismo, con nosotros y, sobre todo, con la situación.

—Oye, Jake…

—Déjalo, Phoe —me interrumpe—. Es lo que hay. No podemos hacer nada…

—Pero…

—He dicho que no podemos hacer nada.

Esta vez no replico y miro por la ventana. ¿Por qué nuestras conversaciones suben de tono (en el mal sentido, claro) cuando no hablamos de nuestra hija? En el pasado parecía que estábamos en el mismo punto y Jake tuvo muchas oportunidades de hablar con Denver.

Ahora tendrá que hacerlo él, porque si no, lo haré yo misma. Uno de los dos tiene que sincerarse con mi hermano. Y el mejor momento para hacerlo es antes de que me ponga de parto.

—Tienes que decírselo a Denver —le dejo caer—. No puede seguir siendo un secreto. Si se lo dices a tus padres, bueno… Tendré que decírselo a mi madre y a John, y por extensión, a mis hermanos.

—Sí, pensaba hacerlo —responde, molesto—. Gracias por recordármelo.

—Yo también puedo decírselo —Me ofrezco, porque no es justo dejárselo todo a él—. No me importa hacerlo. Nos va a matar de todos modos, así que qué más da.

—Siempre nos quedará el optimismo… —Jake se ríe y sacude la cabeza—. De puta madre.

—Ya, bueno… —susurro—. De todas formas, todo esto es culpa tuya. No quisiste decírselo, y siempre me trataste como si fuera tu secretito, tu placer culpable. Hasta tonteabas con Sienna delante de mí porque sabías que no podía decir nada.

—No empieces otra vez… —gime—. ¿No ves que eres una paranoica? Sienna no me interesaba, y aunque lo hiciera… ella quiere a Denver y él la quiere a ella. Solo intentaba despistar a tu hermano.

—¿Y herir mis sentimientos? —susurro—. Has tonteado con tantas chicas, les has hecho casito después de los partidos y yo…

—¿Y con quién he acabado siempre? —pregunta, mirándome brevemente—. ¿Con quién me acostaba por la noche después de un partido, con quién me iba de las fiestas? Contigo, Phoe.

—Sí, en secreto…

—¿Qué quieres de mí? —gruñe—. Ya sé que tengo que decirle a Denver que te dejé embarazada y que estábamos de rollo. Pero eso y nada más. No éramos pareja, así que no te debo nada, y no es culpa mía que lo del sexo no te haya importado mucho los últimos meses.

—¡Eres un imbécil! —grito, teniendo que contener las lágrimas—. ¿Crees que a algún tío le pone tirarse a una embarazada? Por no hablar de cómo me habría sentido yo al respecto…

Aparto la mirada. Tengo lágrimas en los ojos, pero me las seco rápidamente para que no las vea. A veces Jake es un gilipollas. No tiene derecho a juzgarme así. Seguro que no le habría gustado que me hubiera puesto modo guarrona en Inglaterra como él hizo aquí.

—Perdona, Phoe —dice ahora, mucho más conciliador—, no quería decir eso…

—Cállate, Jake —le respondo—. Estás soltero y siempre lo has estado. Siento haber sido tan estúpida como para pensar que tal vez pudiera despertar algo en ti, algo que te hiciera apuñalar a tu mejor amigo por la espalda.

Jake no contesta, y poco después aparca el coche en una plaza vacía a pocos metros de la entrada de la consulta del ginecólogo. Apaga el motor y nos desabrochamos los cinturones. A juzgar por los últimos minutos, la visita al gine va a ser un desastre. Salgo del coche y cierro la puerta.

—Hay que andar un poco —le digo, y él asiente.

En silencio, caminamos el uno al lado del otro hasta la consulta del médico. Jake me abre la puerta y entra en el edificio detrás de mí. Las paredes son de color beis pálido y hay unas cuantas fotos de recién nacidos que le sorprenden; se le nota en la cara.

—Hola —saludo a la recepcionista—. Soy Phoenix Jones. Tenía cita para una revisión.

La recepcionista introduce mis datos en el ordenador.

—Por favor, pase a la sala de espera y siéntese, señorita Jones —me dice amablemente—. La llamarán enseguida.

—Gracias —respondo mirando a Jake—. Hay que esperar un pelín.

—De acuerdo —contesta y me sigue.

Saludo con la cabeza y de forma amistosa a las dos embarazadas de la sala de espera y me siento en las cómodas sillas con Jake. Es la primera vez que tengo el placer de venir a este sitio con el padre de mi hijo. Jake vuelve a mirar la decoración de la pared y los innumerables carteles informativos sobre diversas enfermedades y el parto.

—Supongo que nunca has estado en la consulta de un ginecólogo…

—No —responde—. ¿Tanto se me nota?

—Sí.

Me río entre dientes y me pongo las manos en el vientre. Suavemente, acaricio el bombo que seguirá creciendo en las próximas semanas.

—Es… curioso.

—Recuerdo la primera vez que estuve aquí —digo, mirando a mi alrededor—. Como a la mayoría de las chicas, me daba palo sentarme en esa silla y que el médico me examinara. Bueno, en mi caso, la doctora Austin es un amor, pero sigue siendo raro.

—Ya veo… —dice Jake—. ¿Cuántos años tenías entonces?

—Dieciséis.

No le digo que fue justo después de nuestro primer beso. Me excitó tanto que estaba segura de que pasaría algo más entre nosotros. Tremenda gilipollez, lo sé. Él se distanció de mí después de eso. Pero mi ingenuo corazón adolescente creía firmemente que Jake sería el primer chico con el que me acostaría.

—Señorita Jones… —Levanto la vista y veo a la amable recepcionista—. Adelante.

Jake y yo nos levantamos y la seguimos. No puedo evitar fijarme en que me posa la mano derecha en el hombro. Aunque llevo una camisa y su piel no toca la mía, se me eriza el vello de los brazos.

Mis hormonas deben de estar descontroladas a tope para que un simple roce me afecte tanto.

La recepcionista nos guía a la sala de exploración y nos sentamos en las sillas frente al escritorio. Sonrío y miro a Jake. Tiene los dedos entrelazados y las manos en el regazo. Me hace gracia lo nervioso que está.

—Buenas tardes, Phoenix —me saluda la doctora Austin, tendiéndome la mano—. Ah, ¿y buenas tardes, señor…?

—Sullivan —se presenta Jake—. Jake Sullivan.

—Muy bien, señor Sullivan… —murmura, tomando asiento frente a nosotros.

La doctora Austin tiene unos cuarenta años y tiene esta consulta desde que tengo uso de razón. Madison y mamá también vienen aquí. A mi hermana pequeña le recetaron la pastilla anticonceptiva hace unos meses. Quería que viniera con ella, pero por desgracia estaba en Brístol.

—¿Cómo te encuentras, Phoenix?

Como la doctora Austin me conoce desde hace años, me llama por mi nombre.

—Estoy bien, gracias —respondo, acariciándome la tripa—. Está muy activa, pero por lo demás estamos bien.

—¿Cómo va el dolor de espalda? —me pregunta amablemente.

—Mejor.

—Supongo que ya te habrás recuperado de ese vuelo interminable… —responde, y luego mira a Jake—. ¿Eres amigo de Phoenix? Bueno, puedo tutearte, ¿no?

—Sí, sí… —Se aclara la garganta y vuelve a mirarme, como si necesitara mi aprobación para decirle que él es el padre—. Soy… bueno… Soy el padre del niño.

La doctora Austin abre los ojos de par en par y vuelve a mirarme, como si necesitara confirmación. Asiento tímidamente.

—Muy amable por tu parte lo de acompañarla —dice—. Confío en que estés al tanto de todo hasta ahora.

—Sí —responde él y ella asiente.

—Vamos a pasar a la ecografía. Túmbate, Phoenix. Y tú puedes ponerte detrás de mí —dice, mirando a Jake.

El padre de mi niña asiente y ambos nos ponemos de pie. Como esto ya es rutina para mí, me acerco a la camilla, me destapo la tripa y me tumbo. La doctora Austin se sienta en el taburete frente a la máquina, me pone una gran cantidad de gel en el abdomen y luego me presiona ligeramente con la sonda de ultrasonido. Jake está de pie detrás de ella y mira a la pantalla y luego a mí, y así sucesivamente. Es evidente que está emocionado: va a ver a nuestra niña por primera vez.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —le pregunta a Jake.

—Dos semanas —responde él, y ella asiente.

La doctora Austin me pasa la sonda de ultrasonido por el vientre y yo sigo los movimientos en la pantalla. Sonriente, observo los rasgos de nuestra hija y miro a Jake. Él mira la pantalla, totalmente absorto.

—Todo va bien —dice la doctora Austin cuando termina—. Se está desarrollando como esperaba. Los latidos son fuertes y no he visto nada raro.

—¡Qué bien! —digo contenta, mirando a Jake.

Él me devuelve la sonrisa.

La doctora Austin da por terminada la ecografía y me pasa una toalla para que me limpie el vientre.

—Deme si quiere, lo hago yo —dice Jake rápidamente y se la quita de las manos—. Gracias.

La doctora asiente con una sonrisa y dice:

—Enseguida vuelvo.

Antes de que pueda decir nada, la doctora desaparece y Jake me tiende la mano para ayudarme a sentarme. Sin embargo, no estoy del todo contenta. Después de la discusión en el coche, quiero poner la mayor distancia posible entre nosotros. Jake, en cambio, me mira sonriente y me limpia el gel del estómago.

—Gracias —susurro cuando termina.

—No es nada —responde él, tirando la toalla al cesto de la ropa sucia que hay en un rincón de la sala de exploración—. Gracias por dejarme venir contigo. Ha sido increíble.

—De nada.

Me bajo de la camilla y volvemos a las sillas frente al escritorio de la doctora Austin. Jake se sienta a mi lado y la doctora aparece por la puerta.

—¿Aún quieres apuntarte a esas clases de preparación para el parto de las que estuvimos hablando? —me pregunta y yo asiento.

En realidad, no quiero, porque sé que la mayoría de las mujeres irán con sus maridos y yo me sentiré como una niña pequeña que ha conseguido quedarse embarazada a los veinte años. Pero la doctora Austin y mi madre han insistido en lo importante que es.

—¿Vas a venir con nosotras? —Se dirige inesperadamente a Jake.

Él se sonroja. Parece que le cuesta encontrar las palabras.

—Esto… ¿Quiere que vaya? —Jake abre mucho los ojos—. No sé qué decir…

—Bueno, a ver… —La doctora Austin parece confundida—. Estarás con Phoenix durante el parto, supongo…

—Todavía no hemos hablado de eso —digo para salvarle de sus preguntas—. Hablaremos del tema en los próximos días.

—De acuerdo —dice con poca confianza.

El ambiente se ha vuelto tenso desde que ha sacado el tema. Sé que la doctora se muere de ganas de preguntar cómo nos las apañaremos en el futuro. La conozco lo suficiente como para saber que está preocupada.

—Voy a apuntarte a la primera clase y a decir que llevarás a un acompañante, Phoenix. Así ya decides tú con quién ir.

—De acuerdo —digo, cogiendo la cartilla de maternidad, en la que está la ficha de inscripción para las clases de preparación al parto, así como las últimas imágenes de la ecografía.

—Y antes de que se me olvide —me dice—, aún no has decidido el hospital en que quieres tener al bebé.

—Es verdad… —respondo, dándome cuenta una vez más de cuántas cosas importantes se me olvidarían si no fuera por ella y por mi madre.

—Aquí tienes información sobre los mejores hospitales de Chicago, pero también puedes elegir tenerlo en casa.

—¡No, por Dios! —exclamo, lo que la hace sonreír.

Estoy segura al cien por cien: mi niña nacerá en un hospital moderno y equipado con lo que sea necesario para el parto.

—La última vez te recomendé una comadrona… —continúa.

Se me había olvidado, aunque le había prometido que me pondría en contacto con ella. Probablemente me lo haya notado en la cara, porque la doctora Austin suspira.

—Se te había olvidado, ¿verdad?

—Perdona —murmuro, frunciendo los labios—. Todo esto es demasiado y yo… No sé si podré… soportarlo.

Me da vergüenza decirlo. Cada vez que tengo que admitir lo abrumada que estoy por el embarazo, me siento un poco inepta. ¿Cómo será cuando llegue el bebé?

Doy un respingo cuando Jake me coge la mano y me la aprieta. Sorprendida, le miro. No me lo esperaba. Acto seguido, dibuja una sonrisita en los labios.

—¿Podría darme la información de contacto? —pregunta amablemente a la doctora—. Yo… Bueno, nosotros nos ocuparemos de todo. Me encargaré del papeleo de Phoenix. En fin, me refiero a que la ayudaré…

—Por supuesto —dice la doctora Austin, entregándole a Jake una tarjeta—. Esta es la información de contacto de Julia Barber. Es una comadrona joven, pero muy competente. Atiende a muchas madres jóvenes, y creo que congeniaréis enseguida, Phoenix.

—Gracias —dice Jake, guardándose la tarjeta—. La próxima vez que vengamos, lo tendremos todo resuelto.

—Me alegra oírlo —responde la doctora Austin, poniéndose en pie.

Nos levantamos también y nos despedimos

—Bueno, un placer, Jake…

—Lo mismo digo, doctora Austin.

Salimos juntos de la consulta. Ahora que cuento con el apoyo de Jake, me siento más segura. Todo irá bien.

---

[1] *N. de la T*. En español, «atractivo sexual».

10

Phoenix

Jake se ha implicado mucho estas dos últimas semanas. Se ha ocupado de todos los trámites, nos ha apuntado a las clases de preparación al parto, se ha puesto en contacto con la comadrona y ha concertado una cita en el hospital para visitar el área de maternidad. Me ha costado acostumbrarme a que se preocupe tanto por mí, pero es bueno saber que está dispuesto a cuidar de mí y del bebé.

No hemos hablado de nosotros desde la pelea en el coche. Evitamos el tema de Denver y nuestras familias, porque en cuanto surge, nos peleamos. Millie me dijo que Jake salió con Darren y Tyler anoche. No dejo de pensar en si habrá conocido a alguna chica y se la habrá tirado.

Hace tanto tiempo que no me acuesto con alguien que ni siquiera recuerdo lo que se siente al tener una polla dentro de mí. Me temo que va a ser así durante bastante tiempo. Durante las primeras semanas después del parto, me dolerá demasiado el abdomen y muchas otras cosas, así que dudo que pueda pensar en follar. Además, tendré que dedicarle toda la atención mi hija y no tendré tiempo para quedar.

—¡Phoenix! —me llama Madison desde arriba y salgo de mi habitación—. ¡Ha venido Jake!

Se me acelera el corazón de inmediato. Le dije que no viniera a verme a casa, ¿no? Eso solo traerá problemas. Al final, mi madre, John y Madison acabarán sospechando. Ni siquiera Denver viene aquí tan a menudo.

Antes de que pueda contestar a mi hermana, Jake baja las escaleras y se planta delante de mí, sonriendo.

—Hola —me saluda alegremente—. ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí otra vez? —le suelto sin saludarle siquiera, arrastrándole detrás de mí hasta mi habitación—. ¡Te he dicho que no te pases por casa!

—Tranquiiiila… —suspira, dándome un beso en la mejilla que me produce un cosquilleo en la piel y hace que las mariposas de mi estómago cobren vida.

Esos pequeños gestos me hacen volar y hacen que me sienta aún más atraída por él. También me da la sensación de que me mira como si le gustara lo que ve. Quiero decir, que le gusta de verdad, como si mi cuerpo le siguiera pareciendo sexy, aunque esté embarazada. Pero entonces pienso en Virginia y en su cuerpo y mi autoestima cae en picado.

—Estoy tranquila —le digo, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver cómo estás.

Jake me sonríe cariñosamente y se sienta en mi cama. Da unos golpecitos en el hueco que hay a su lado y yo me dejo caer entre suspiros. Jake se vuelve hacia mí y me pone la mano derecha en la tripa. Lo miro y me muerdo el labio mientras me pasa la mano cariñosamente por el bombo.

Es increíble lo rápido que se ha abierto a la paternidad en estas últimas semanas. Está feliz y deseoso de descubrir cosas nuevas. Porque eso es lo que le hace feliz: su hija. No creo que le emocione pasar tiempo conmigo…

¿Por qué me quejo todo el tiempo? Es bueno que quiera cuidar de su hija y ser parte de su vida.

—¿Podrías, por favor…?

Pongo la mano sobre la suya y estoy a punto de apartarla cuando levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos, y entonces olvido lo que quería decirle.

Jake me mira y se acerca. Me roza el hombro y cuando se inclina unos centímetros más, me roza la barriga con los abdominales. Nunca se había acercado tanto para acariciarme la tripa. Pero vaya, es porque tengo cuidado de no dejarle invadir mi espacio personal. Intento no acercarme demasiado a él, no vaya a ser que me enamore aún más, si es que eso es posible.

—¿Qué quieres que haga? —murmura y yo me muerdo los labios nerviosa.

Deseo pedirle que me bese más que nada en el mundo. Pero su boca, curvada en una sonrisa, no debe volver a tocar la mía. Todo pensamiento sensato desaparece cuando se acerca.

—Yo… —susurro, tragando saliva mientras él se acerca aún más.

Entonces dice las palabras exactas que no quiero oír.

—Voy a besarte. Llevo tanto tiempo deseándolo…

Me va a estallar el corazón; lo presiento. Contengo la respiración y no puedo pensar en otra cosa que no sea su boca sobre la mía y sus manos sobre mi cuerpo. Le he echado tanto de menos estos últimos meses…

Jake se acerca, pero unas fuertes voces del pasillo hacen que nos separemos. Se levanta justo a tiempo, porque poco después, la puerta de mi habitación se abre de golpe y aparece Denver.

Tengo el corazón en la garganta y siento pánico. Nos ha pillado… Denver se va a volver loco.

Mi hermano nos mira con los ojos como platos. Sienna entra corriendo tras él, con Madison detrás.

—¿Qué hacéis los dos aquí? —pregunta Denver y fija la mirada en Jake.

—Pues… Quería ver cómo estaba Phoenix.

Eso es lo primero que se le ocurre. Al menos no es mentira.

—¿Por qué? —gruñe, como si fuera su novia y no su hermana pequeña.

—Porque somos amigos…

—¿Y por qué no has llamado?

Denver no parece creerse ni una palabra de lo que le dice. Me mira a mí y luego a Jake.

—¡En serio, tío! ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de Phoenix?

Miro a Sienna, que ahora se acerca a Denver y le coge de la mano. Él mira a su novia un segundo y luego se gira de nuevo hacia nosotros.

—¿Ahora solo puedo visitar a Phoenix con tu permiso? —se atreve a decirle Jake, lo que parece confundir a Denver.

—No —dice con pesar, sacudiendo la cabeza—. Es que estoy… sorprendido. No sabía que estuvieras tan preocupado por ella.

Denver echa una última mirada a Jake y se vuelve hacia mí.

—¿Cómo estás, Phoe? Mamá dijo que te dolía un poco esta mañana. Nos preocupamos y vinimos a ver cómo estabas.

Denver parece realmente preocupado y señala a Sienna. Ella asiente, pero yo miro a Jake. Se ha puesto pálido y me mira casi con pánico. El dolor de esta mañana no ha sido para tanto. Ha sido un pinchazo que parece que ahora se repite más a menudo. Mi cuerpo se está preparando para el último empujón. El parto está cada vez más cerca.

—No ha sido para tanto… —Me encojo de hombros.

Jake parece aún más preocupado, pero yo añado:

—Mi cuerpo se estará preparando para el parto.

—Es demasiado pronto —dice Jake, y Denver asiente.

Es agradable ver que están de acuerdo en algo.

—No va a pasar nada —les tranquilizo—. Os he dicho que es normal, me estoy preparando… De todas formas, no deberíais estar más nerviosos que yo, ¿no?

Me río, esperando que se echen atrás por la pregunta. Y uno de ellos lo hace, pero Jake no lo deja pasar tan fácilmente.

—Uno no se convierte en tío todos los días… —dice Denver, guiñándome un ojo—. Y como Jake es hijo único, será como si fuera su sobrina…

Denver se ríe de su broma. Jake solo consigue esbozar una sonrisa cansada. Por suerte, Sienna distrae a Denver.

—Vamos arriba —dice cogiéndole de la mano—. Mad, Fynn y nosotros dos íbamos a pedir comida a domicilio. ¿Os apetece?

—Sí —digo rápidamente—. ¡Claro!

—Genial —dice Sienna, tirando de Denver detrás de ella antes de que pueda protestar.

Cierran la puerta de mi habitación y me tumbo en la cama. Con cautela, miro a Jake. Tiene los brazos en jarras y parece enfadado. Suspiro.

—Iba a decírtelo… —digo, en un patético intento de calmar la situación, pero él me interrumpe.

—No. Sé que no —Me mira, molesto—. Porque aparentemente no es gran cosa. Al fin y al cabo, solo soy el tío Jake…

Enseguida me doy cuenta de que no está enfadado, está dolido.

Mierda, no quería hacerle sentir así…

Cuando se trata de nuestra hija, es evidente que él está por encima de su mejor amigo. Pero es que Denver tiene la ventaja de ser mi hermano.

—Jake… —murmuro—. Ya sabes cómo es Denver…

—Claro que lo sé —responde, agachándose frente a mí—. Pero es que… es mi hija, y me vuelve loco que no lo sepa. Es mi mejor amigo. Tiene razón, vosotros, bueno, no, Mad y él, son los hermanos que nunca tuve.

Se me acelera el corazón y le sonrío. Me ha excluido a propósito. Hombre, era de esperar que a estas alturas no me considerara una hermana, pero me alegra que nunca me haya visto como tal, ni cuando éramos pequeños.

—Entonces díselo —sugiero, posándole la mano en la mejilla.

Le acaricio suavemente el bigote y sonrío cuando me raspa las yemas de los dedos, como tantas otras veces. Jake se deja hacer, me apoya las manos en las rodillas y se inclina hacia mí. Ladeo la cabeza y también me acerco a él. Justo cuando siento su aliento en la cara, se aparta de repente.

—Es demasiado arriesgado. Denver podría volver… —susurra, pero me doy cuenta de lo difícil que le resulta resistirse.

—Ya, es verdad… —contesto, incapaz de ocultar mi decepción—. Tienes razón.

Maldito sea mi hermano y sus amistades tan duraderas. En verdad siempre lo he admirado, porque de pequeña nunca tuve una mejor amiga. Pero luego llegó Joy. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que Denver siempre fue un obstáculo para que yo hiciera amigas. La mayoría de mis *besties*[1] estaban ansiosas por aprovecharse de mi amistad para meterse en la cama de Denver.

—Quizá hoy sería un buen momento, ya que comemos juntos —me atrevo a decir, intentando que Jake se lo cuente a Denver.

Me mira y se encoge de hombros.

—O quizá no…

Me levanto para subir las escaleras antes de que Denver vuelva. Contra todo pronóstico, Jake tira de mí hacia él. Me sobresalto al

notar que me rodea el estómago con los brazos por detrás y me apoya la barbilla en el cuello. Se me pone la piel de gallina y las mariposas de mi estómago revolotean sin cesar. Jake me besa suavemente el cuello.

—Phoe, yo… —murmura—. Me moría por besarte…

—¿Querías… besarme? —digo, jadeante.

—Sí —responde—. Eso es lo que he dicho. ¿Estás despistada por el embarazo?

—Más bien estoy enorme… —susurro, y él se ríe suavemente.

—Yo creo que estás buenísima. Y estas ya… Ni te cuento.

Sus manos suben y me tocan la parte inferior de los pechos. Gimo. El embarazo los ha vuelto mucho más sensibles. De forma involuntaria, aprieto el culo contra su polla.

—¡Phoe, joder! —Jake me agarra los pechos con ganas y yo jadeo—. ¡No te me restriegues, que sabes que…!

Mientras dice esto, me masajea los pechos. Gimo cuando me agarra el pezón con el índice y el pulgar.

—¿Que sé… qué? —repito, con la respiración agitada—. ¿Qué Denver está arriba preocupándose por lo que hacemos aquí?

—Eres y siempre serás una descarada —contesta, sonriente y separándose de mí—. Anda, subamos antes de que vuelva a bajar la brigada antivicio.

Le miro y asiento, pero lo único que quiero es hacer lo nuestro oficial, para poder besarnos sin miedo a que nos pillen.

—Primero deberíamos hablar con tu madre —dice, sacándome de mis fantasías—. Ella podría darnos algún consejo sobre cómo decírselo sin montar un drama.

—¿Quieres… quieres estar ahí cuando se lo diga a mi madre y a John?

Han empezado a hacer preguntas sobre quién es el padre estos últimos días. De hecho, discutí con el novio de mi madre por primera vez en cuatro años. Sé que John tenía razón: es importante que el padre esté involucrado en todo esto. No solo debe tener contacto con el bebé, sino también pagar la manutención. Sin embargo, me tomé a mal los comentarios de John y le acusé indirectamente de no querer dar de comer a mi niña. Se levantó y se fue sin decir nada.

Unas horas más tarde, arreglamos las cosas, pero el ambiente está caldeadito…

—Sí —dice Jake con una sonrisa—. Creo que eso podría facilitarte las cosas. Pero si no quieres que esté…

—Claro que quiero que estés —contraataco apresuradamente—. Por favor…

—Muy bien —Jake me sonríe de una forma alentadora—. Vamos arriba.

Asiento y le acompaño. A mitad de la escalera, oigo a mis hermanos discutir sobre si pedir pasta o comida griega.

—¡Le toca decidir a Phoe! —dice Sienna, sonriéndome—. ¿Qué pide esa tripilla?

—Pasta —digo.

Madison levanta los brazos en señal de victoria y le saca la lengua a Denver. Él pone los ojos en blanco y le quita el folleto a su novia. Al verlos, suelto una risita.

—No es justo que elija la única persona que cambia tantas veces de opinión como yardas alcanzo yo en un pase —refunfuña Denver.

—Tan lejos no lanzas el balón… —suelta Sienna, y Denver abre los ojos como platos.

Nos reímos de nuevo. Jake le da una palmada en la espalda a su colega y coge el folleto de comida a domicilio.

—¿Por qué no pedimos dos pizzas familiares? —sugiere—. En honor a la grandeza de todas esas yardas…

—Vete a la mierda —gruñe mi hermano, volviéndose hacia su novia—. Pagarás por esto, criatura perversa…

—Me muero de ganas… —responde Sienna con un tonito sugerente que nos provoca arcadas a Madison y a mí.

—¿Para seis personas? —interrumpe Fynn, volviendo al tema de la pizza—. ¿No es pasarse un poco?

—Phoe come por dos —dice Jake, y yo pongo los ojos en blanco —. Y Denver y yo podríamos comernos una entera…

—Está bien —cede—. ¿De qué las pedimos? Yo me encargo de apuntar.

—Hawaiana y peperoni —decide Denver, reavivando la discusión con Madison.

Nuestra hermana pequeña no come ni piña ni salami.

—Voy a sentarme —murmuro—. Esto va para largo…

—¡Espera, que voy contigo! —dice Sienna.

—Y yo voy a por las bebidas. Fynn, ¿te vienes?

Jake le hace señas al novio de mi hermana pequeña para que le siga.

En el salón, me dejo caer en el sofá y me pongo las manos en la barriga.

—Lo siento —dice Sienna de repente, mirándome con ojos tristes —. Vio el coche de Jake y no hubo forma de pararle los pies.

—No lo sientas —la tranquilizo—. Tenemos que decírselo, o mejor dicho, Jake tiene que hacerlo.

—Pues sí, la verdad… —asiente Sienna, apretándome la mano—. A Jake le ha dolido que Denver le haya dicho que será tío, ¿verdad?

—Sí… —suspiro, pasándome una mano por el pelo—. Se le ve muy feliz, y ha hecho mucho por mí en las últimas dos semanas. Sé que todos me ayudáis, pero es que Jake…

—No tienes que darme explicaciones, Phoe —susurra Sienna para que nadie nos oiga—. Sé que Jake es importante para ti. Si yo estuviera embarazada… Denver también lo sería todo para mí.

—¡Ya nos hemos decidido! —Denver entra en el salón y se deja caer en el sillón de la tele. Madison se sienta en el sofá de al lado—. ¿Dónde están Jake y Fynn?

—Pillando algo de beber del sótano —le digo, echándome hacia atrás. Suspirando, me acaricio el estómago—. Vuestros gritos la han despertado.

Las patadas cada vez son más fuertes y eso me agota.

—¿Puedo tocarte la barriga? —pregunta Madison, y Denver se inclina también.

Asiento y dejo que mi hermana me acaricie. Los tres siempre hemos tenido una relación muy estrecha, a pesar de ser tan diferentes. Pero mi embarazo nos ha unido aún más. Denver no ha tenido tantos ataquitos sobreprotectores.

—¡Qué pasada! —exclama Madison, mirando a Denver con los ojos muy abiertos—. Si fuera un niño, apuesto a que también sería

jugador de fútbol. Un pateador[2] o algo así…

—¿Me dejas tocar a mí también? —me pregunta Denver y yo asiento.

Me acaricia la barriga con suavidad. Para mi sorpresa, emocionalmente hay una gran diferencia entre el tacto de mi hermano y el de Jake. Denver rebosa alegría por su sobrina, pero las caricias de Jake me llegan al corazón.

—¡Ya estamos aquí! —dice Jake, de pronto.

Fynn deja la caja de bebidas y el Jake dice:

—¿Qué hacéis?

Luego se coloca detrás de mí y apoya las manos en el respaldo del sofá. Casi me roza el cuello con las yemas de los dedos.

—Estamos viendo a ver si da pataditas —responde Denver con orgullo—. No puedo creer la fuerza con la que patea esta niña…

—Ajá… —dice Jake, y sigo su mirada—. ¿Y las pizzas?

—Al final van a ser una hawaiana y una vegetariana —dice Denver distraídamente—. ¿Te importa pedirlas?

Jake asiente y saca el iPhone del bolsillo. No puedo medir su reacción con las manos de Denver en la tripa. No estará celoso, ¿verdad? Eso sería absurdo. ¡Es su padre! Será él quien la sostenga en la sala de partos y también el primero en cambiarla.

—¿Estás nerviosa? —pregunta Fynn, sentándose junto a Madison.

—Un poco —digo, contenta cuando cesan las patadas—. Pero no tanto como vosotros…

Señalo alrededor de la habitación.

—¡Es que es tan emocionante…! —dice Madison—. Es la primera vez que nace un bebé en nuestra familia. Me pregunto si cabremos todos en la sala de partos.

Abro los ojos como platos y miro a mi hermana. Espero que esté de coña.

—Ya las he pedido —nos dice Jake cuando vuelve—. Tardarán unos cuarenta minutos. ¿Qué pasa?

Sonríe, pensando que seguimos hablando del bebé. Parece mucho más relajado que antes.

—Hablábamos de cuando dé a luz —dice Madison, y él asiente—. Me pregunto si cabremos todos en la sala de partos. Técnicamente, tú ya te vales por dos, pero alguien tendrá que ocupar el lugar del padre…

Ella se ríe, pero un silencio incómodo se cierne sobre el grupo. Sobre todo porque el futuro padre está presente. Miro a Sienna, que no dice nada. Denver también guarda silencio y se aparta de mí.

—Es obvio quién entrará con ella —vuelve a intervenir Jake, guiñándole un ojo a Madison—. Yo.

—¿Tú? —exclaman mis hermanos al unísono.

Siento calor y frío al mismo tiempo y agarro la mano de Sienna para que me apoye. Cuando le dejé caer que tenía que contárselo a Denver, no me refería a ya mismo. Creo que a Jake se le ha ido la flapa. Aunque pensándolo mejor, sería como quitar una tirita: rápido y doloroso. Para Denver, claro.

—Es muy sencillo —dice—. Solo puede ir una persona. Y todos los demás tenéis pareja. John y tu madre, Fynn y tú, Denver y Sienna… Así que solo quedo yo. Así Phoe podrá lanzarme lo que quiera a la cara. No me lo tomaré como algo personal.

Le miro y no puedo evitar sonreír.

—Estás como una cabra… —contraataco—. ¿No has pensado que a lo mejor quiero estar sola?

Le guiño un ojo a Jake para que sepa que estoy bromeando. Claro que quiero que esté allí conmigo. De hecho, solo quiero que esté él. Ni mi madre, ni mis hermanos, ni ninguno de mis amigos.

—¡Ni de coña! —exclama Denver—. Aquí estamos todos para apoyarte. Ya está decidido quién irá contigo. Da igual lo que digas.

—No sabía que eso funcionaba así… —digo, alzando las cejas con interés.

—Pues claro que sí… —dice Denver y saca una cerveza de la caja.

También les da una a Fynn y a Jake.

—Voy a por unos vasos, chavales… —dice Sienna de coña y se dirige a la cocina.

—Bueno, Denver… —Retomo nuestra conversación—. Repíteme eso último que has dicho.

—Mamá irá contigo —responde con seguridad—. Es una batalla perdida.

—Podemos turnarnos —dice Jake con diplomacia, sonriéndome.

Denver frunce el ceño. Madison y Fynn también le miran interrogantes.

—Quiero decir, estoy seguro de que para Phoe significa mucho que vuestra madre esté allí. Pero dependiendo de lo que tarde, puede que necesite un descanso. Tu madre, quiero decir… Phoe no es que pueda hacer nada…

—Qué bien —murmuro, sonriendo falsamente—. Está guay que podáis tomaros un descanso mientras yo tengo que estar tumbada, puede que hasta doce horas…

—Me habría ofrecido voluntario, pero si va a tardar tanto… —dice Denver en voz alta.

—Me ha parecido oír que estabas dispuesto a ayudar… —contraataco—. Ahora ya no puedes rajarte.

—Lo principal es que puedo ayudar a elegir el nombre —dice Mad de repente, emocionándose—. Y no quiero verte sufrir durante tanto tiempo. ¿Te has leído ya el libro?

Nos enzarzamos en una animada y muy divertida discusión sobre nombres. Ojalá sigamos así de unidos durante mucho tiempo. Me imagino lo bonito que sería que Jake siguiera a mi lado, pero que todos lo sepan…

—A mí me gusta Charlotte —dice Jake—. Es un clásico, fácil de pronunciar y ojo, también es una ciudad…

Le sonrío y él me devuelve la sonrisa. Es la primera vez que hablamos de nombres, también con mis hermanos, Sienna y Fynn. Algunos sugieren nombres de lo más extraño, pero he de admitir que me gusta la idea de Jake. Aunque no estoy muy por la labor de ponerle a la niña el nombre de una ciudad[3].

—Es una pena que no quiera seguir con la tradición de los Jones… —digo—. Nada de nombres de ciudades.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, forma cariñosa de llamar a las mejores amigas. En este caso, se usa de forma irónica.

[2] *N. de la T*. En inglés, *kicker* o *punter*, dos posiciones de fútbol americano.

[3] *N. de la T*. Charlotte está en el condado de Mecklenburg, en Carolina del Norte.

11

Phoenix

Sienna levanta a Denver y lo rodea con los brazos.

—Yo también te quiero, cariño —le ronronea y lo besa suavemente.

Suelto una risita y miro a Madison, que está acurrucada junto a Fynn.

Después de que nos trajeran la pizza, Jake, Denver y Fynn hicieron una incursión en la reserva de *whisky* de John y decidieron relajarse un poquito.

Nos hemos reído mucho en las últimas horas. Me lo he pasado genial y, por una vez, no he sentido que estuvieran todo el rato encima de mí, ni que tuviera que hablar de mi barriga. Simplemente hemos estado charlando como si Sienna, Fynn y Jake fueran nuestras respectivas parejas. Lo cual es cierto para los dos primeros, pero no para Jake y para mí.

—Nos vamos a casa —dice Sienna—. Vamos hablando.

—¿Y qué vas a hacerme en casa, nena? —ronronea Denver sin decoro, agarrando el culo de Sienna.

Me río suavemente y recojo las cajas de pizza para llevarlas a la cocina.

—¡Espera, que te ayudo!

Jake se levanta de una forma un poco brusca y coge los vasos vacíos para seguirme.

—Gracias —digo, oyéndole despedirse de Denver y Sienna de fondo.

En la cocina, pongo las cajas en el cubo de reciclaje que sacamos una vez a la semana y me vuelvo hacia Jake. Pone los vasos en el lavavajillas y camina hacia mí.

Está increíblemente sexy. Lleva el pelo peinado hacia atrás y tiene una sonrisa irónica en los labios.

—Te prepararé la habitación de invitados —murmuro mirándole.

—La habitación de invitados, ¿eh? —murmura, acercándose a mí —. ¿Ahí es donde quieres que duerma?

Me río y me cruzo de brazos. Pues claro que no lo veo allí. Me lo imagino en mi habitación, en mi cama, pero está demasiado borracho. No quiero que pase nada entre nosotros esta noche, porque puede arrepentirse mañana. Aunque nos hemos acercado antes, seguimos sin saber en qué punto estamos. No sé si quiero acostarme con él.

—No —digo mirándole—. Pero estás demasiado borracho para dormir en mi cama…

Jake me mira con cautela y asiente. No me lo esperaba. Me imaginaba que seguiría intentando convencerme de que le dejara dormir en mi cama de todas formas. Pero asiente y se aparta de mí.

—Vale —dice—. Vamos a dormir, anda…

—Claro —digo, pasando junto a él.

Salimos de la cocina y volvemos al salón. Fynn y Madison están sentados en el sofá besándose y me río a escondidas. Jake me mira y también sonríe.

—Espero que usen protección… —me dice entre dientes, y me pongo las manos en la tripa.

—Más les vale —contesto—. Aunque estoy segura de que a mi madre le encantaría tener otro nieto.

—De Denver, quizá, pero no de Mad. Tiene dieciséis años.

Jake me mira asombrado. Es verdad. Si Madison estuviera embarazada, sería un desastre.

—Ya, en esto tienes razón… —suspiro.

—Siempre tengo razón —dice sonriente—. Vamos a la cama. Tú a la tuya y yo a la habitación de invitados.

Asiento y le sigo hasta el sótano. Jake conoce la casa de memoria y sabe dónde están todas las habitaciones.

—Creo que la cama está hecha —le digo—. Ahora te llevo una toalla limpia y un cepillo de dientes al baño.

—Gracias —dice con una sonrisa.

Asiento y me doy la vuelta para entrar en el baño y dejárselo todo preparado.

No me gusta nada estar en esta situación. Los chicos no deberían haberse emborrachado y ahora Jake tiene que pasar la noche aquí. Aunque finge querer dormir en la habitación de invitados, no sé si realmente le entusiasma. Ni siquiera sé si quiero que lo haga. Después de dejarle todo preparado en el baño, salgo y me reúno con él en el pasillo.

—Ya puedes entrar al baño —le digo, y él asiente.

Sonriendo, me meto en la habitación. Desde el pasillo le oigo cerrar la puerta del baño. Intento no imaginármelo en la ducha. El agua cayendo por su cuerpo musculoso, goteando por su pecho tonificado… Así cualquiera sueña despierta…

—¡Mierda, joder! —murmuro, quitándome la camiseta.

Frustrada, me quito los *leggings* y me miro en el espejo. Llevo un conjunto de ropa interior de color negro. Tengo la barriga enorme y seguirá creciendo en las próximas semanas. Antes me sentía más cómoda en mi piel y, lo que es más importante, más sexy que ahora.

El hecho de que Jake se haya acostado con otras mientras yo estaba en Brístol no debería sorprenderme ni dolerme tanto. Es un hombre libre, siempre lo ha sido. Nunca hemos sido pareja.

Suspiro y me acaricio el bombo.

—¿Crees que a papi no le gusta lo que ve? ¡Le encanta!

Chillo, me giro y lo veo de pie frente a mí. Solo lleva una toalla. El agua le gotea del pelo mojado y le cae en el pecho en dirección a su tableta. Hacía meses que no le veía así, y joder, está aún más musculado. Aunque también ha cogido peso…

—¿Qué haces aquí? —digo, aturdida, mirándole con los ojos muy abiertos—. Esta es mi habitación.

—Me preguntaba si tendrías algo de ropa de Denver aquí. Necesito un par de calzoncillos…

—¿Estás sobrio? —pregunto, levantando las cejas.

Riéndose, Jake se acerca a mí y me hace dar un paso atrás. Es mejor mantener cierta distancia mientras esté semidesnudo.

—Bueno, te voy a contar un secretito… —Jake sonríe y se pone justo delante de mí.

Está tan cerca que mi barriga roza sus abdominales. Se me pone la piel de gallina y me relamo los labios por los nervios cuando me

acaricia el costado y recorre mi barriga.

¡Por favor, que pare! ¡Joder, estoy tan confundida…!

Mi corazón amenaza con estallar y las sensaciones que me recorren no me lo ponen más fácil. Juré que me alejaría de él y que no dejaría que esto volviera a ocurrir. ¿Cómo se supone que vamos a cuidar de nuestra hija si somos un desastre emocional?

—Fynn y Denver son fáciles de engañar. Cada vez que rellenaban sus vasos con *whisky*, yo tomaba cocacola diluida con agua.

—¿Que tú… qué? —Le miro atónita—. O sea que podrías coger el coche…

Cruzo los brazos y le miro con las cejas levantadas.

—Podría, sí…

—¿Y por qué no lo haces? —pregunto con sarcasmo, entrecerrando los ojos.

—Pero, Phoe… —Jake se ríe—. ¿Qué haces con los ojos?

—No quiero mirarte y cometer una estupidez —contraataco—. Además, este es mi ojo malvado…

—Tu… ¿qué? —Jake se echa a reír—. ¿Y qué sería para ti una estupidez?

—Tocarte —contesto, mirándole directamente—. Ponerte las manos en el pecho y…

—Y desearme… —termina la frase con voz ronca.

—Por favor, no. No me hagas esto…—susurro, poniéndole las manos en el pecho para apartarlo de mí.

Nunca podré hacerlo si él no pone de su parte. Jake obedece y da un paso atrás, pero sigue acariciándome la barriga.

—Suéltame, por favor…

Me mira por última vez y traga saliva. Su nuez de Adán se esconde levemente mientras da un paso atrás. Parece que ha cedido.

—Perdona, Phoe… —dice, poniendo los brazos en jarra—. No pretendía agobiarte.

No me gusta mi peso ahora, aunque no hay razón para que no me guste. He engordado, sobre todo en las caderas y los pechos, pero tampoco debería importarme. No he perdido la forma de mi cuerpo. Me gusta tener los pechos más grandes. Es bastante

agradable que mi copa B se haya convertido en una C. La última vez que Jake me vio en ropa interior, todavía rondaría el 85-65-90. Bueno, a ojo. Pero ahora estoy a kilómetros de distancia de esas medidas, mientras que él se ve aún mejor, más tonificado que nunca.

—Hay un estante en la habitación de la colada. Allí encontrarás los calzoncillos de John —le digo—. Deberían quedarte bien.

Lo empujo, retiro las sábanas y cojo el pijama. Es el clásico de botones, rosa con corazones negros. Nada sexy, como los que llevaba antes de quedarme embarazada. Esos que tanto le gustan a Jake, y que se sabe de memoria.

—Phoe —se dirige a mí, inseguro—, ¿qué te da tanta vergüenza?

No digo nada, ni siquiera me giro para mirarle, pero noto que se acerca. El aroma del gel de ducha para hombre que le regalé, junto con su propio olor, me acaricia los orificios nasales.

—¿A qué viene esa pregunta? —respondo, ligeramente irritada—. Como te puedes imaginar, no estoy muy a gusto con mi cuerpo.

Respiro hondo y me pongo los pantalones del pijama. Me pongo también la camiseta y estoy a punto de abrochármela cuando Jake me agarra de la muñeca y me da la vuelta para que le mire.

Abro los ojos de forma exagerada, pero antes de que pueda decir nada, me pone la mano derecha en el cuello y la izquierda en la espalda. Me aprieta contra él; no del todo, por mi barriga, pero noto su polla y aprieto los labios.

Está empalmado. Esto no puede estar pasando, no puede estar pasando…

—Jake… —jadeo—. ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —pregunta—. ¿Por qué dices algo así? ¿Por qué te sientes incómoda? Te pones tan sexy, marcando la barriga y los pechos… Joder Phoe… Espero que se te queden así de grandes…

En realidad me hace reír, pero enseguida vuelvo a ponerme seria.

—No va a funcionar, Jake —le digo con firmeza, apartándolo—. No va a ser como el año pasado. Yo no…

Dios, ¿cómo voy a explicarle a este bombón que ya no soy tan flexible en la cama? La tiene tan dura y me pone tantísimo tenerlo cerca… Me entra calor de solo pensar en las posturas que aún

podemos hacer. Desde luego, no son las mejores, pero todo sea bienvenido.

—¿No… qué? —murmura, besándome el cuello—. Estás tan sexy… Llevo años sin dejar de pensar en ti…

Me recorre el cuello con los labios y me acaricia. Se me pone la carne de gallina. Tengo los pezones erectos y gimo suavemente cuando desliza la mano bajo el pantalón del pijama y las bragas para pellizcarme el culo.

—Jake… —jadeo, apretando mi cuerpo contra el suyo—. ¿Qué haces?

—Intentar besarte… —susurra.

Mueve los labios hacia mi mejilla y luego hacia el lóbulo. Sube y me lame la concha de la oreja y, al mismo tiempo, su mano desciende por mis nalgas hasta mi sexo.

—Y tocarte…

Gimo mientras desliza sus dedos en la humedad de mi sexo.

—Mientes tan mal, Phoenix Jones… —murmura mientras me folla con los dedos—. Estás mojada y lista para mí…

—No… No podemos hacerlo como solíamos hacerlo —balbuceo, inclinando la cabeza hacia un lado para dejarle más espacio para moverse.

Jake se ríe.

—Tengo la barriga demasiado grande —añado.

—¿Y crees que eso me supone un problema?

Jake se pone serio de repente y se separa de mí. Me saca los dedos de las bragas y gimo de frustración. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos tener sus dedos dentro de mí.

—Sí… no… —digo pasándome los dedos por el pelo—. No me siento cómoda. Es suficiente para… no querer seguir.

—Estás lo bastante mojada como para hacerlo —añade, y le doy un golpecito en el pecho.

Suelta una carcajada y me estrecha contra él. Siento calor y frío al mismo tiempo y se me endurecen aún más los pezones. Insegura, miro a Jake y él enarca una ceja.

—Phoe, por Dios… —continúa—. Si no lo intentamos, no sabremos si podemos.

—No —digo con firmeza, distanciándome de él—. No quiero…

No puedo hacerle el amor en este estado, por mucho que me exciten sus dedos. Parece que no puedo acabar con el bloqueo de mi mente y dejar que me toque. Necesito recuperar mi antiguo cuerpo. Jake me mira, esperando pacientemente. Probablemente esté intentando averiguar si miento, pero es evidente que no. Lo de no acostarme con él va en serio. No quiero ni siquiera que me den placer oral. Para enfatizar mis palabras, me abrocho la parte de arriba del pijama.

—Vale —acepta mi decisión—. Pero que sepas que te deseo.

—Sé que me deseas —digo, asintiendo—. Lo siento. Ahora mismo no puedo.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí de todos modos? —pregunta de repente, señalando la cama—. Contigo… con las dos.

Sonríe de lado, y me da un vuelco el corazón porque quiere quedarse conmigo a pesar de haberle rechazado.

—Nada de sexo, Jake —aclaro de todos modos.

Tiene que entenderlo, así que añado:

—Lo digo muy en serio.

—Nada de sexo —repite mis palabras y me acerca a él—. Solo dormir.

—De acuerdo —respondo—. Como te he dicho, hay un par de calzoncillos en la habitación de la colada.

Me echa una última mirada escrutadora y sale de mi habitación.

Exhalo lentamente y me meto bajo las sábanas.

¿Qué coño acaba de pasar?

Jake quiere acostarse conmigo, a pesar de todo. Sigo sin creérmelo. La tenía durísima, lo he notado, pero no puedo. No puedo acostarme con él si no estoy cien por cien cómoda y dispuesta a dejarme llevar. Además, no puedo quitarme a Virginia y a su cuerpazo de la cabeza. Un cuerpo que yo también tenía y que quiero recuperar.

La puerta de la habitación se abre de nuevo y Jake entra. Lleva unos calzoncillos, pero va descamisado. Apenas es para seguir torturándome… Sonriendo, se mete en la cama y se une a mí bajo las sábanas.

—Ven aquí… —susurra y me vuelve a acercar a su pecho.

Jake me pone la mano en la barriga y me pasa el otro brazo por debajo de la cabeza.

—Quiero intentar entenderte, Phoe. ¿Qué te preocupa exactamente?

—Antes de quedarme embarazada, me encantaba mi cuerpo, pero ahora…

Hago una pausa. Jake dibuja circulitos en mi barriga.

—Es por la tripa… No creo que nos gustara hacerlo, a ninguno de los dos. Todas las posturas que solían gustarme ahora están fuera de nuestro alcance. No puedo evitar pensar que antes era… mejor.

—De acuerdo —Respira, besándome el hombro—. Entonces esperaremos.

No sé qué decir, porque es una afirmación que hace que mi corazón lata tan rápido que amenaza con explotar. Y, al mismo tiempo, no creo que pueda aguantar. Aun así, cedo ante la idea y cierro los ojos, agotada.

—Buenas noches, Jake.

—Buenas noches, cariño —susurra—. Que descanses.

12

Phoenix

Hoy estoy al fin decidida a decirles a mi madre, John y Madison que Jake es el padre de mi hija. Puede que mi hermana ya lo sepa, pero aún no me ha preguntado al respecto. A la mañana siguiente de nuestra noche con Sienna, Denver, Fynn y ella, entró en mi habitación y, sí, nos pilló juntos en la cama, aunque solo fuera durmiendo. Madison no dijo nada y cerró rápidamente la puerta tras de sí.

Eso fue hace dos días. No puedo seguir evitando contarles la verdad. Le insinué a Madison que, si quería hablar de lo que vio, estaba dispuesta a hacerlo, pero supongo que no quiso. No me sorprende, porque nunca he hablado con ella de mi vida amorosa. Ella sí, pero supongo que es diferente, porque yo soy su hermana mayor.

De todos modos, ¿qué puedo decir de mi vida amorosa? Está muerta no, lo siguiente. Pero yo mismita lo he elegido. No puedo acostarme con Jake. No consigo relajarme ni dejar de pensar en el hecho de que yo solía ser mucho más atractiva. Aunque creo que Jake todavía me encuentra sexy.

Salgo al patio trasero y sonrío a mi madre, John y Madison.

—Hola, cariño —dice mamá—, ¿cómo estás?

—Bien —respondo, acariciándome la tripa—. Gracias.

Me siento con ellos y junto las manos nerviosamente. Ha llegado la hora de decirles que Jake es el padre. Es más, es quien va a cuidar de nosotras, va a estar presente en el parto y quien se ocupará de todo, que para eso es el padre. Pero eso no significa que quiera renunciar a la ayuda de mi familia y mudarme. Estoy contenta de tener una casa grande donde vivir y espacio suficiente para mí y para nuestra hija. Sobre todo en las primeras semanas, en las que el bebé dependerá totalmente de mí. Estoy segura de que la ayuda de mi madre y mi hermana será muy útil.

—Tengo que deciros algo… —susurro, mirándolos nerviosa.

John baja el periódico y mamá me mira sorprendida. Miro a Madison, que baja el móvil y me sonríe. Ahora mismo, me siento como si ella fuera la hermana mayor y no yo.

—¿Qué pasa? —me pregunta mi madre impaciente—. ¿Le pasa algo al bebé?

¿Por qué siempre piensa que le pasa algo al bebé cuando me nota rara?

—No —la tranquilizo—. No es lo que pensáis… A ver, es que… Bueno, es algo mío…

—Phoe intenta deciros quién es el padre —dice Madison para acabar con mi titubeo.

Estoy aturdida, como si todo me diera vueltas, y me fijo en que mi hermana no aparta la vista de mí. Bueno, es evidente que se olía a kilómetros lo que pretendía hacer. Pero ahora no hay tiempo para pensar en qué decir a continuación.

—¿Nos vas a decir quién es el padre? —pregunta mi madre y yo asiento—. ¿Ahora? ¿Después de habernos pasado semanas preguntándotelo?

El tono de reproche en su voz es inconfundible: ha intentado que hablemos del tema muchas, muchas veces. En parte porque quiere que el padre ejerza como tal y asuma sus responsabilidades. Y también, porque tiene derecho a participar en esto. Por otro lado, la manutención sigue siendo un problema, porque no tengo ingresos propios. Mamá y John pueden mantenernos a los dos, pero entiendo por qué quieren que el padre pague la manutención. Hasta ahora, había evitado hablar del tema.

—Tenía miedo —murmuro—. No me atrevía a decíroslo porque… porque… Bueno, en fin, es tan…

—¿Obvio? —Madison me ayuda a seguir y la miro con el ceño fruncido.

—Calla un rato, Mad —susurro—, puedo hacerlo sin que me interrumpas.

—Si no fuera por mí, seguirías intentando encontrar las palabras… —contesta, y tuerce la boca en una sonrisa de superioridad.

¡Me cago en todo! Tiene razón…

—Bueno, confírmanos de una vez quién es el padre… —pregunta John, alzando las cejas—. Quiero decir, solo puede ser Jake, ¿no? Por lo mucho que anda por aquí…

Se me va el color de la cara y Madison deja de reírse de inmediato. Se me enrojecen las mejillas y se me acelera el pulso. ¿Cómo ha podido deducirlo? Jake casi siempre ha venido cuando mamá y él no estaban. Nos preocupamos de que fuera así. Jake estaba seguro de que nadie lo había visto.

—¿Jake? —pregunta mi madre, mirando a John y no a mí, sorprendentemente. Luego se ríe—. Vaya tontería, cariño. Para Jake, Phoe y Mad son sus hermanas pequeñas…

Siento sudores fríos y me froto las manos nerviosa. ¿Por qué no concibe que pueda ser el padre?

—Oh, Lori… —suspira John y le aprieta la mano—. ¡Qué ciegas podéis estar las madres cuando se trata de vuestras hijas!

—No, es que… —Mamá se detiene y me mira—. Di algo, por favor… No será el padre, ¿verdad?

—Sí, lo es —confieso, ruborizándome.

Ahora me siento increíblemente incómoda de que el mejor amigo de Denver, esto es, el chico que siempre ha sido como un hijo para mi madre, sea el padre de su primer nieto. Mamá parece tardar en procesarlo, así que me reitero:

—Jake es el padre.

No me atrevo a mirarla. En lugar de eso, concentro la vista en las manos.

—¡Mírame, Phoenix! —Levanto la cabeza—. ¿El mejor amigo de Denver, tu… bueno… hermanito postizo es el padre de tu…?

—¡Mamá! Jake no es nuestro hermano —Me estremezco ante esa palabra—. Nunca lo ha sido para mí y nunca lo será. Siempre ha sido el chico del que estoy locamente enamorada.

—No puede ser verdad… —continúa mi madre, angustiada—. Te encaprichaste de él cuando eras adolescente, pero ya no…

De nuevo, me ruborizo, porque parece que se lo esperaba. Y entonces recuerdo que ella estaba allí cuando nos besamos por primera vez. Madre mía… ¡Pero si fue ella quien lo inició! ¿Por qué rechaza tanto la idea ahora?

—No es mi hermano, o como quieras llamarlo —susurro de nuevo —. Y nunca lo será. Le entusiasma la idea del bebé y queremos criarlo juntos.

—Pero ¿es el padre? —vuelve a preguntar mi madre—. Vaya… Quiero decir… ¿cómo… cómo ha pasado? No habéis estado juntos nunca, ¿no?

Me muerdo el labio y niego con la cabeza. La conversación se vuelve cada vez más incómoda, porque no quiero admitir delante de ella y de John que solo nos acostábamos.

—Sabes cómo se hacen los bebés, ¿verdad?

No se me ocurre nada más inteligente que decir, y mi madre parece bastante enfadada por mi frívola respuesta. Entrecierra los ojos y respira hondo. Solo lo hace cuando la hemos cagado.

—Dejadnos un rato a solas —dice de repente y miro a mi hermana asustada.

Madison se levanta sin discutir y sigue a John al interior de la casa.

¡Menuda traidora!

Fijo los ojos en la puerta del patio trasero durante unos segundos y luego miro a mi madre.

—¿Estás enfadada? —le pregunto en voz baja.

—Solo estoy decepcionada, Phoe…

—¿Por qué?

—Porque no me contaste lo del embarazo cuando debías —responde, obviamente dolida— y porque te has esperado a decirnos lo de Jake. Nuestro Jake.

—Pero es que se rompió el condón y…

—No me refiero a eso —contesta ella—. ¿Por qué no estáis juntos? ¿Por qué te fuiste a Inglaterra y desperdiciaste tu vida de aquí? ¿Por él? ¿Por Denver?

—Sí… no…

Sus preguntas me azotan en la cara y suspiro pesadamente. No me gusta hablar de esto con mi madre, pero no tengo elección. Tiene que saber la verdad y ¿quién sabe? Puede que así me entienda mejor.

—Lo mío con Jake simplemente… ocurrió. No lo planeamos. Al principio no lo buscábamos, pero nos acostábamos de vez en cuando… Teníamos una especie de rollo, pero no se lo dijimos a nadie. Jake dijo que Denver no podía enterarse. Soy su hermana pequeña y Denver siempre dejó muy claro que yo estaba fuera del alcance de sus amigos.

—No puede ser… —murmura—. Yo no crie a Denver de esa manera y tu padre tampoco. Por no hablar de cómo te trata Jake…

Me sorprende que esté enfadada con Denver.

La relación entre Denver y yo es otro tema, y abrir la caja de Pandora ahora no servirá de nada. Aunque la actitud de Denver sin duda ha contribuido en cierto modo en todo este desastre.

—En un momento dado, intenté hacer entrar en razón a Jake, pero él… siguió insistiendo en que no quería nada más —sollozo, apartando las lágrimas—. No quería estar conmigo, mamá. Su amistad con Denver era más importante para él.

Se levanta y se sienta en la silla junto a mí.

—Oh, Phoe…—Vuelve a sacudir la cabeza—. No doy crédito con la forma en la que Jake se ha comportado contigo y con tu hermano… Bueno, no vayamos por ahí de momento.

—Vale…—digo, sorbiéndome el moquillo—. No supe que estaba embarazada hasta que llegué a Brístol.

—No puedo creer que te dejara embarazada y ahora… ahora no sea capaz de…

—Mamá, por favor… —Suspiro—. No es eso.

—¡Claro que sí! —insiste—. Llevo todo este tiempo preguntándome quién sería el padre y por qué no nos lo decías. Pensé que sería un rollo de una noche o… o algún estudiante con el que no querías tener nada que ver. Pero Jake… Jamás lo habría pensado.

—Nos está cuidando a las dos —me defiendo—. Se ha ocupado de todo estas últimas semanas y… Bueno, me ayuda. Me ha acompañado al ginecólogo, a la comadrona y… va conmigo a las clases de preparación al parto.

—¿Cómo… cómo os las habéis arreglado para ocultarnos todo esto y durante tanto tiempo? Bueno, especialmente a Denver…

—Llevamos escondiéndonos alrededor de un año —Me encojo de hombros—. Supongo que se nos da bien.

—Sí, ya me lo imagino…— murmura, cogiéndome la mano—. Y ahora, ¿qué? ¿Cómo vais a ocuparos de todo esto?

—Somos amigos… Bueno, nos llevamos bien y… y queremos cuidar de la peque.

No voy a decirle que Jake pasó la noche aquí hace unos días y que, en realidad, seguimos siendo más que amigos. Aparte de que no estoy de humor para acostarme con él, no es necesario que lo sepa. El día en que hablemos sobre nuestra relación, se lo diremos. Pero mi madre ya tiene bastante con lo que lidiar.

—Deberías habérmelo dicho mucho antes —me regaña—. Te habrías ahorrado mucho estrés. ¿Y Denver?

—No lo sabe aún. Ni se te ocurra decírselo.

—¿Y cómo vais a apañároslas? —pregunta—. Por lo pronto, cuando des a luz, Jake querrá estar contigo y…

—Denver no entraría en la sala de partos ni aunque le pagaran… —digo de broma, pero mi madre no se ríe.

Tiene razón. La situación se nos está yendo de las manos, y cada día que pase, Denver estará más enfadado y decepcionado.

—Jake quiere decírselo, pero tengo miedo de lo que pueda pasar…

—Tenéis que decírselo —me aconseja—. Se enfadará, ni lo dudes. Sentirá que le habéis decepcionado, pero si se entera de otra manera, será aún peor…

—Lo sé… —susurro—. Pero, sinceramente, ahora mismo tengo otras cosas de las que preocuparme aparte del mal genio de Denver, y Jake, también. Vamos a ser padres, y él se está preparando para la temporada más importante de su carrera universitaria.

—Ya lo sé, ya… —dice, apretándome la mano—. Pero de todas formas, tienes que decírselo a tu hermano. Somos una familia. Y si Denver y Jake están tan unidos como dicen, su amistad podrá con esto y con mucho más.

Eso es verdad. Jake es su mejor amigo, así que Denver lo perdonará y nos apoyará.

—¡Gracias, mamá!

—Tu madre siempre estará aquí, Phoe, para lo que sea… —dice ella, dándome un abrazo—. Me alegro de que nos lo hayas dicho. Jake puede venir cuando quiera. En esta casa siempre es bienvenido.

—Ya lo sabe; créeme —le aseguro.

***

—¿Puré de patatas con Nutella? —Millie me mira con asco—. ¿Estás loca?

—¡Está bueno!

Está asqueroso, pero finjo que es lo más delicioso que he comido nunca.

—Y con sirope de arce por encima… —añado.

A Millie se le llenan los ojos de lágrimas de la arcada que le entra y yo me río a carcajadas mientras volvemos al enorme salón de su ático, que está en el edificio de apartamentos más caro de Lincoln. Lleva unos meses viviendo aquí con Darren.

—Vale, se me hizo raro con el sirope de arce —admito con una sonriente— pero lo demás… Bueno, ayuda cuando tienes que echar la pota…

Millie se ríe y pone los ojos en blanco.

Darren, Tyler, Denver y Jake están sentados en el sofá viendo el partido. Millie se acerca a Darren, se inclina sobre el respaldo del sofá y lo besa. Sonriendo, él se vuelve hacia ella y deja de ver la tele. Ahora solo tiene ojos para ella, y me gustaría que algún día Jake me mirara de la misma forma. Ojalá pudiéramos estar juntos así, en público.

Millie y Darren interrumpen bruscamente su sesión de besos cuando Tyler agarra a Darren del brazo.

—¡Tío, por Dios! —le suelta—. Cuando nos vayamos, puedes lamerle todo el cuerpo si te hace ilusión. Pero ahora estamos viendo el partido…

Millie se sonroja de inmediato y se da la vuelta. Sigue siendo tan vergonzosa como siempre, y eso que Darren es su novio. Sonriente, la sigo fuera, a la terraza, donde Joy y Sienna nos esperan.

Me siento en una silla vacía de su precioso y probablemente valiosísimo juego de ratán y cojo el vaso de agua. Mis amigas están bebiendo Aperol.

—Quiero dejar de estar embarazada ya… —refunfuño, acariciándome la barriga—. Es un coñazo.

—Jo, Phoe… —dice Sienna, acariciándome el hombro—. Un día seremos nosotras las embarazadas y tú podrás disfrutar de lo que se te antoje.

—¿De qué se supone que voy a disfrutar cuando todas estéis embarazadas y yo sea la única que tenga una hija adulta?

—Tienes veinte años, no catorce —suelta Joy—. Y puede que para entonces tengas un segundo en camino…

Pongo los ojos en blanco y bebo un sorbo de agua. Creo que está claro que Jake y yo ya hemos tenido bastante. Ahora mismo ni siquiera dejo que me toque y no tengo ni idea de cómo irán las cosas después del parto. El bebé será el centro de nuestras vidas, sobre todo de la mía. Además, no tendremos una vida sexual muy activa. Eso es lo que dicen la mayoría de los artículos que he leído… Supongo que eso significa que no nos acostaremos. Sobre todo porque ni siquiera sé si el padre de mi hijo quiere algo conmigo.

—¿Phoe? —dice Joy, y yo me sobresalto—. Me estás mirando raro. No quería…

—No, tranquila… —tranquilizo a Joy e intento sonreír.

Sin embargo, me ha dolido bastante y sé que mis amigas se han dado cuenta. Miro hacia la puerta de la terraza, que está cerrada, y suspiro.

—Hace unos días, Sienna y Denver se pasaron por casa. Jake también estaba allí, porque… Bueno, quería ver cómo estábamos la peque y yo. Estábamos a punto de besarnos y justo entonces entró Denver en la habitación…

—¿Que estuvisteis a punto de qué? —exclama Joy—. ¡Dilo, tata![1]

—No. No es bueno… —susurro, con lágrimas en los ojos—. Después de pasar la noche con ellos y con Mad y Fynn, Jake se quedó a dormir. No había bebido tanto como yo pensaba y… la cosa se puso calentita. Me tocó y… quería acostarse conmigo.

Mis amigas me miran con los ojos como platos. A estas alturas, absorben la información como esponjas.

—No pude… Bueno, no quise seguir. Fue como si algo me lo impidiera. La sola idea de acostarme con él me paraliza. No es que no me apetezca, es que no puedo sacarme los pensamientos negativos de la cabeza, porque echo de menos mi antiguo cuerpo. ¿Creéis que estoy loca?

—¡Pero Phoe…! —Joy deja el vaso en la mesa y se sienta en el respaldo de mi silla—. No pienses en eso. No es tan malo como lo ves tú…

—¿Ah, no? —pregunto más bruscamente de lo que pretendía—. ¿Alguna vez te has visto así?

Señalo mi barriga y suspiro profundamente.

—Pronto será tan grande que no podré verme los pies. ¿Cómo hostias se va a tumbar Jake encima de mí y luego…? En fin, da igual…

—Hay otras posturas… —interviene Millie, y suspiro.

—¡Pero no es eso! —digo tercamente—. Quiero… que sea como antes. Pero no lo es, y yo… No puedo dejar que me toque. No puedo. Cuando pienso en sexo, se me congela la mente. Aunque mojé las bragas, no fui capaz de disfrutar de lo que me estaba haciendo…

—¿Y qué ha dicho Jake? —pregunta Sienna, ahora de pie para acercarse más a mí.

Millie sigue sentada y me mira con calma.

—¡Pues lo que me faltaba! —digo casi gritando, irritada por su reacción—. Fue comprensivo y dijo que podía esperar.

—¡Pues perfecto! —dice mi cuñada—. Eso demuestra lo comprometido que está con la situación. Estás embarazada; tu cuerpo está pasando por un gran cambio, y creo que Jake lo está haciendo muy bien. Podría haber reaccionado de otra manera…

—Quizá lo dice para tenerme tranquilita y darme una falsa sensación de seguridad —pienso en voz alta—. Hasta que no figure en el registro como su padre, no tiene ningún derecho sobre nuestra hija. A lo mejor está fingiendo que me entiende y se está follando a Virginia a mis espaldas.

—Jake no haría eso —dice Joy indignada, y Sienna y Millie asienten—. Jamás te la ha jugado así, ni tampoco te ha mentido sobre lo que quería. ¿A que no?

—No, pero aun así, nunca quisimos lo mismo y mira por dónde, acabé embarazada —resoplo—. ¿Por qué soy tan ridícula? ¿Por qué no me puede salir bien como a vosotras? Darren y Millie acabaron juntos después de todo lo que pasó entre ellos, a pesar de que Millie le ocultó tantas cosas… O miraos a Denver y a ti, Sienna. Mi hermano no se hizo ningún favor con sus celos y lo de prohibirles a sus colegas del equipo que se acercaran a ti cuando solo erais amigos. ¿Por qué Jake no puede dar un paso al frente cuando se trata de Denver?

Se me escapan unas lágrimas que no puedo contener, ni siquiera cuando se abre la puerta de la terraza.

—Oye, íbamos a… —Oigo decir a Denver, que se detiene inmediatamente al verme la cara—. ¿Qué pasa, Phoe? ¿Le pasa algo al bebé?

Inmediatamente se acerca y me abraza. Ignora a Sienna y Joy y me ayuda a tumbarme en el sofá junto a él. Ni siquiera sé qué me pasa, pero le rodeo con los brazos y lloro. Por encima de su hombro, veo a Jake en la puerta con Tyler y Darren. Parece confuso y da un paso adelante, pero Darren lo detiene. Parece que dice algo que enfurece aún más a Jake. Con rabia, hace un aspaviento para apartar la mano de su amigo y entra hecho una furia en el apartamento. Tyler le sigue.

Todo esto es culpa mía. Ahora él también sufre porque no puedo decírselo a Denver y él no puede alejarme de mi hermano sin tener que dar explicaciones. Esto me hace llorar aún más y me aferro a la persona que, sin querer, ha provocado de todo este lío: mi hermano.

---

[1] *N. de la T.* Expresión que utilizan los jóvenes que equivale a un «¡Toma ya!» o un «¡Di que sí!».

13

Jake

Cuatro semanas más tarde.

Entro en casa de mis padres y saludo a nuestro labrador, Skipper.

—Hola, chico… —le digo acariciándole la cabeza—. ¿Qué pasa? Estás contento, ¿eh?

Le hablo con voz tontorrona y él mueve la cola alegremente.

Mamá y papá lo compraron cuando me fui de casa hace tres años, al empezar la uni. Me cabreó bastante que, de pequeño, nunca me dejaran tener un perro, pero en cuanto me fui, no tardaron en ir a por un cachorro. Sobre todo porque no tenía hermanos y me habría encantado tener un perrito.

Cuando nací, tuvieron que extirparle los ovarios a mi madre, y mis padres se negaron a considerar otras opciones para tener más hijos.

—¡Mamá! ¡Papá! —exclamo—. ¡Ya estoy en casa!

—¡Estamos en el porche! —responde mi madre, y yo me adentro sonriente en casa para reunirme con ellos en la parte trasera.

Vivimos en el mismo barrio que los Jones. Mis padres conocen a la señora Jones y, por supuesto, conocían a su marido. Que lo mataran en Irak fue un golpe muy duro para ellos. Como Denver y yo somos tan buenos amigos, sus padres solían venir a casa.

—Hola.

Los saludo a ambos. Primero a mi madre, con un abrazo. Luego a mi padre, con un apretón de manos. Skipper corretea a mi alrededor y finalmente se sienta a mis pies.

—¿Cómo está Phoenix?

Mamá está muy emocionada desde que sabe que va a ser abuela. Aunque no se emocionó tanto cuando, hace unas semanas, les dije que Phoenix estaba embarazada de mí. De hecho, mis padres no se molestaron en ocultar su decepción y enfado por no haber tomado ciertas precauciones. Pero luego les ganó la alegría y

quisieron enterarse de todo. Me preguntaron qué tal estaban Phoenix y el bebé y, por supuesto, cómo lo llevábamos.

Mis padres me han prometido todo su apoyo y están deseando tener a la pequeña en sus brazos. No dejan de preguntarme si Phoenix y yo estamos juntos y cada vez que los veo, lo niego.

Pero hoy no estoy aquí para hablarles de Phoenix, sino de la nueva temporada. Es mi último curso en la universidad y en unos meses se decidirá mi futuro. No es ningún secreto que quiero jugar en la NFL, pero nadie sabe dónde acabaré.

Todos los años los entendidos hacen apuestas sobre dónde van a acabar los jugadores, sobre todo en el caso de las superestrellas de la temporada. Yo creo que tengo bastantes posibilidades y, desde luego, no seré «don irrelevante», el último jugador al que seleccionan en el *draft*[1].

—Phoenix está bien —respondo—. No he venido por eso. Os he traído unos pases. Con ellos, podréis asistir a todos los partidos en los que juguemos en casa esta temporada.

—¿Por fin han salido? —pregunta mi padre, emocionado. —Es un poco tarde este año, ¿no? La temporada empieza la semana que viene.

Asiento y me recuesto. Sí, la temporada empieza el mismo finde en el que se estima que nazca el bebé. Phoenix está embarazada de 36 semanas y llevamos unos días atentos a ver si se pone de parto. La bolsa del hospital está preparada y nosotros, listos para el gran día.

Esperamos que, si Phoe da a luz la semana que viene, sea antes del sábado. Necesito jugar el partido de inicio de temporada con la cabeza despejada y no estar pensando en que está de parto o de camino al hospital. Sobre todo porque quiero estar allí con ella. Y Phoenix también quiere, vaya.

—Déjate de fútbol y de historias… —interrumpe mi madre—. ¿Ha ejercitado ya la pelvis para ayudar a que baje la cabecita hasta el canal del parto?

—Que yo sepa, sí. El bebé está bien colocado, como toca.

—Eso está bien —responde mi madre—. ¿Os habéis inscrito en el hospital ya?

—Sí… —suspiro—. Lo hicimos hace semanas, mamá. La comadrona le está haciendo un seguimiento a Phoenix…

Como no estamos juntos oficialmente y Denver aún no sabe que soy el padre del bebé, estoy de los nervios. Es como si hiciera malabares. Siempre que está cerca, debo ir con cuidado, pero quiero pasar el mayor tiempo posible con Phoenix. Y luego está la preocupación de que todo vaya bien y el intenso entrenamiento para prepararme para la nueva temporada.

Si Phoenix y yo fuéramos pareja, nada de esto sería un problema. A mí me encantaría que se mudara con Tyler y conmigo, pero ella no quiere. Es feliz con su familia y tengo que aceptarlo.

Aun así, Phoenix y la peque deberían estar conmigo. Somos una familia, a pesar de que llevamos semanas en punto muerto. Se ha distanciado de mí desde aquella noche en que la que me dijo que no quería que nos acostáramos durante el embarazo. Desde que le ha ido creciendo la barriga, no deja que la toque. Y no será porque no la deseo… Me muero por ella. Estoy tan desesperado que incluso he hablado con su madre sobre ello.

La señora Jones y John…

Curioso. Me pregunto por qué llamo a John por su nombre, pero para mí, ella sigue siendo la señora Jones…

En fin, ambos se tomaron bien que yo fuera el padre de su nieto. En un momento dado, John incluso confesó que llevaba semanas sospechándolo, porque yo no paraba de preguntar por Phoenix y pasaba mucho rato con ella. Pero también me dijeron que me anduviera con cuidado: como la cague con Phoenix, me esperará una buena.

Pero ahora mismo, me es imposible, porque me evita y no deja que me acerque a ella. Su madre me dijo que eso era normal en el último trimestre del embarazo y mi madre dijo algo parecido. Aun así, echo de menos a Phoenix y me pregunto si esto va a seguir así para siempre o si alguna vez volveremos a estar juntos de verdad.

—¿Y no le pasa nada más…? ¿Le duele mucho la espalda? ¿Está reteniendo líquidos?

—Heather… —dice mi padre entre suspiros—. ¿Por qué no dejas al chico en paz? No es que pueda ver a Phoenix por dentro…

—Gracias, papá —le digo, sonriéndole—. Está bien. Está durmiendo mucho y preparándose para el parto.

—¿Vas a estar allí? —pregunta mi madre y yo asiento.

—Por supuesto —le digo—. Es mi hija.

—Pues sí, qué pregunta más tonta he hecho… —suspira pesadamente—. Es que es difícil de entender lo que tenéis vosotros dos. No sois una pareja…

Está claro que lo dice con retintín. Mis padres siempre han apreciado mucho a los hijos de los Jones.

—Todo lo que tiene que ver con el bebé, en la medida de lo posible, lo decidimos juntos. Está claro que Phoenix tiene la última palabra en algunas cosas. Pero lo hacemos juntos, y no tienes que preocuparte: me deja ejercer de padre.

—¿Habéis decidido ya un nombre? —divaga mi madre.

—No —contesto, echándome hacia atrás, molesto—. Ese es otro tema… polémico, la verdad.

No hay manera de que nos pongamos de acuerdo y no tardamos mucho en darnos cuenta. Yo soy más clásico, pero según dice ella, solo se me ocurren nombres aburridos; Phoenix, en cambio, tiene ideas modernas y un poco rarunas. No me sorprende lo más mínimo, teniendo en cuenta su propio nombre y la tradición por la que optaron sus padres.

—El nombre es algo muy importante, Jake… —me recuerda mi madre.

Me limito a asentir y a acariciar al perro, que me pide mimos con la cabeza apoyada en el muslo.

Ya sé que el nombre es importante. ¿Por qué lo dice como si yo no lo supiera? Nuestra hija tendrá que comérselo con patatas durante el resto de su vida.

—¿Cuáles te gustan a ti?

—Charlotte, Emma y Eliza.

—Muy bonitos. Me gustan —Asiente mi madre—. ¿Y a Phoenix?

—Una vez dijo que le gustaba Ivy —refunfuño—. A ella le gustan los nombres cortos y raros.

—¡Ah pues! —Mamá me mira, casi consternada—. No puedes dejar que la llame así. Ivy Sullivan[2]… Eso sí que no.

—Se apellidará Jones —susurro, aun sabiendo que mi madre va a flipar—. Phoenix quiere que tenga su apellido, y los demás Jones, también, claro.

—¡No puedes dejarla hacer eso!

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —pregunto, mirando a mis padres.

Mi padre se queda callado. Supongo que piensa que es mejor no abrir la boca, teniendo en cuenta lo alterada que está mi madre. Lo entiendo. A mí me encantaría poder callarme alguna que otra vez, cuando Phoenix dice algo que no me cuadra, pero no puedo, porque necesito decir lo que pienso. Especialmente cuando me molesta o es algo que afecta a nuestra hija.

—Phoenix quiere que se apellide Jones para rendir homenaje a su familia. Es importante para ella, sobre todo por lo de su padre. Y como no estamos casados, el bebé tendrá el apellido de su madre.

—Jake —dice mi madre, mirándome seriamente—, tú eres el padre, así que la niña tendrá tu apellido. La combinación que más me gusta es Charlotte Sullivan. Suena bien, ¿eh?

—Sí… —respondo con una sonrisa en los labios—. Aun así, es algo que decidiremos juntos.

—Pues no lo parece… —Se levanta y entra en casa.

Desesperado por un poco de ayuda, miro a mi padre. Él sonríe y me aprieta el hombro.

—Le pongas el nombre que le pongas, a tu madre le va a encantar.

—Gracias, papá —murmuro—, pero pienso conseguir un nombre que me guste y Phoenix lo sabe. En fin, tengo que irme.

—Vale, hijo —suspira y me da un abrazo—. Me alegra haberte visto. Mantennos informados, anda.

—Eso siempre —le prometo y entro en casa.

Una vez dentro, me despido de mi madre, a la que no le hace mucha gracia que me vaya tan pronto, pero no consigue convencerme para que me quede.

***

—Hola, Mad —saludo a la hermana pequeña de Phoenix y entro en casa de los Jones—. ¿Dónde está Phoe?

—Hola —responde ella, cerrando la puerta principal detrás de mí —. Está en la cocina, de muy mal humor.

Pone los ojos en blanco para enfatizar sus palabras.

—¿Por? —le pregunto, para que siga hablando.

—No creo que se encuentre muy bien… —responde Madison, esbozando una sonrisa incómoda—. Simplemente ya no quiere estar embarazada, algo que entiendo, la verdad. Y está… bueno, frustrada y no para de llorar.

—¿Que no para de llorar? —Me detengo abruptamente y arrastro a Madison a una habitación en la que Phoenix no puede oírnos—. ¿Por qué llora?

Madison parece avergonzada y aparta la mirada. Intenta evitarme, pero no voy a dejar que se ande con tonterías. La agarro del brazo con demasiada brusquedad y ella se queja.

—Perdona, Mad… —digo inmediatamente—. ¿Qué le pasa?

—Ya sabes cómo es…

—¿Qué le pasa a Phoenix? —pregunto ahora de forma más directa, porque no estoy de humor para andarme con rodeos.

No soporto que Phoenix me haya alejado de ella estos últimos días. Si está preocupada y le da miedo, ¡que me lo diga!

—¿Por qué está llorando? Necesito saberlo, Mad —insisto.

—Tiene miedo de dar a luz —dice finalmente—. Ha visto vídeos y…

—Pero ¿por qué coño…? —gruño.

—Pensamos que la ayudarían y…

—¿Pero estáis locas? —le digo secamente a Madison—. ¡No podéis dejar que Phoe vea vídeos de partos! ¿Por qué no se lo impedisteis?

—¡No fue a propósito!

—¡Bueno, ya me lo imagino, pero…! —exclamo—. Obviamente, la asustó lo suficiente como para hacerla llorar. ¿Pero qué salía en los

vídeos?

—Pues a esas mujeres tuvieron que abrirles… Es algo que se llama episiotomía… —Madison murmura, y creo que voy a vomitar.

Yo también he investigado lo que puede ocurrir durante el parto. Lo de la episiotomía ocurre más a menudo de lo que se piensa. Pero Phoenix no necesita verlo. Mad continúa:

—Ahora tiene miedo de que su vagina sea demasiado pequeña y tengan que…

—No se os puede dejar solas ni cinco minutos… —le suelto a Madison—. ¿Algo más?

—Denver… —susurra—. Todavía no lo sabe, y ella… tiene miedo de su reacción. Ayer volvieron a pelearse porque ella no quiere decirle el nombre del padre y…

—¡Ya basta! —grito, pasando furioso junto a Madison y entrando en la cocina.

Phoenix me mira como si se le fueran a salir los ojos de las órbitas y la señora Jones, también.

—¡Jake! —exclama Phoenix sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—¿Para qué te pones a ver vídeos de partos? —le suelto, y la señora Jones jadea sorprendida.

Al parecer ella tampoco sabía lo que estaba haciendo su hija.

—¿Qué has hecho… qué? —pregunta indignada—. Pero ¿estás loca, hija?

Madison entra en la cocina detrás de mí.

—¿Se lo has dicho? —Phoenix le grita a su hermana.

—Lo siento… Se me ha escapado —susurra Madison, agachando la cabeza—. No era mi intención…

—¡Serás niñata de mierda!

—¡Phoenix! —grita la señora Jones—. ¡Basta ya!

—¡Déjame en paz, mamá! —grita Phoenix, como tantas otras veces en las últimas semanas, y sale furiosa de la cocina en dirección al jardín.

Sus cambios de humor son insoportables. A estas alturas, no se puede hablar con ella sin discutir. Intentamos achacarlo a las hormonas, pero si se pone a ver semejante mierda y encima discute todo el rato con Denver, difícilmente van a mejorar las cosas…

Llevo semanas queriendo decírselo a mi mejor amigo, pero Phoenix no insiste en que lo deje estar. No quiere lidiar con ello hasta después de que nazca la niña. Y como soy imbécil, cedo. Lanzo una mirada de disculpa a la señora Jones, salgo de la cocina y me dirijo al patio trasero.

—¿Qué te pasa? —le pregunto a Phoenix—. ¿Por qué te pones a ver vídeos de episiotomías? ¿Y por qué discutes con Denver?

Phoenix se da la vuelta y pones los brazos en jarras.

—Vaya… —responde débilmente—. ¿Hay algo que no te haya contado Mad?

—Déjala en paz —la regaño—. ¿Qué te pasa? Entiendo que tengas miedo de dar a luz y quieras informarte, pero… No veas vídeos así, por Dios…

—¿Dices que lo entiendes? —grita—. ¡Todo esto es culpa tuya! Me dejaste embarazada. Tú solo querías follarme, y ahora puedes quedarte quietecito, sin hacer nada. ¡No tienes que pasar por esto!

Miro a Phoenix desconcertado. ¿Qué quiere decir con eso? No tiene sentido. ¿No se da cuenta de que estoy sufriendo tanto como ella? Me paso los días preocupados por ella. Mi vida gira en torno a ella y a nuestra hija. Lo único que deseo es que estén bien.

—Sí, he cometido muchos errores últimamente —admito—. Y el mayor fue dejarte marchar, porque tenía miedo de enfrentarme a Denver. Pero ahora que has vuelto, quiero compensarte.

—¡Pues no puedes! —solloza—. ¡Me has arruinado la vida! Voy a ser madre a los veinte… ¡Por tu culpa!

—Basta, Phoenix —gruño, luchando por mantener la compostura —. Podrías haber abortado a las ocho semanas y podrías haber comprobado el puto condón o haberte tomado la píldora como debías. Tú también querías follar, pero siempre sin consecuencias, ¿no?

Hostia puta… ¿Cómo hemos llegado a esta conversación?

En realidad, ya va siendo hora de que nos desahoguemos. Llevamos semanas, meses frustrados. Hasta ahora, hemos ignorado los problemas y ahora, la bomba ha estallado.

—¡¿Llamas a esto «consecuencias»?! —grita señalándose la barriga—. ¡Estoy embarazada, joder!

—Y yo soy el padre —le recuerdo—. ¿O acaso no crees que yo estoy igual de jodido? Quiero que me fichen en la NFL en primavera… ¿Cómo voy a seguir adelante sin vosotras? Intento hacerlo todo bien, Phoe, pero tú también tienes que dejarte ayudar…

—Eso es lo que siempre has querido, ¿verdad? —susurra—. Irte a la NFL, lejos de nosotras… y dejarme a solas con ella. Por eso no quería decírtelo. Porque te vas a ir de todos modos.

—Pues vente conmigo… —le digo, intentando sonar más conciliador—. A mí también me da miedo el futuro, Phoe… No sé si lo conseguiremos: nosotros, el bebé y mi carrera… Pero quiero intentarlo porque…

¡Te quiero!

Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero me las callo. Frustrado, pongo los brazos en jarras.

—Soy su padre. Quiero estar ahí para ella… para ti. Como si fuéramos una familia.

—Lo dudo mucho…

Una voz tajante hace que me estremezca. Phoenix abre los ojos, presa del pánico. Intento darme la vuelta, pero entonces, me tiran al suelo. Denver tiene la cara roja de la ira. Oigo gritar a Phoenix y veo a Millie y Joy sujetándola para que no pueda interponerse entre nosotras, mientras Sienna pide ayuda. Entonces Denver me pega el primer puñetazo.

—¡Cabrón de mierda! ¡Eras mi mejor amigo, joder!

---

[1] *N. de la T*. Así se denomina a la fase de selección de los jugadores que pretenden ser profesionales en ciertos deportes, como en baloncesto (para la NBA) o, en este caso, el fútbol americano y la NFL.

[2] *N. de la T*. Ivy Sullivan es la protagonista de una serie llamada *Sensación de vivir: la nueva generación* (en inglés, *90210*), un drama adolescente de EE. UU.). Deducimos que a la madre de Jake no le encanta el personaje, de ahí que no apruebe el nombre.

14

Jake

No sé cuántos puñetazos me ha dado Denver antes de que Darren y Tyler hayan conseguido quitármelo de encima.

Gruño, me levanto y doy un paso atrás. Me gotea sangre del labio y me la limpio con la mano. Denver forcejea en los brazos de Tyler y Darren, pero ellos no lo sueltan. Inmediatamente me vuelvo hacia Phoenix.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Está de pie frente a mí, asustada, y parece que se le van a salir los ojos de las órbitas. Como siempre, se protege la tripa con las manos Joy y Millie están justo a su lado.

—Estoy bien —susurra, y quiero atraerla hacia mí.

—¡Quítale las manos de encima! —grita Denver—. ¡Soltadme de una puta vez!

Me aparto de Phoenix y miro a Denver. Tiene la cara de un rojo intenso e intenta liberarse con todas sus fuerzas de Tyler y Darren, que luchan por sujetarlo. La señora Jones y Madison también están ahora en el patio trasero, mirándonos sorprendidas.

¡Qué puto desastre!

Esto nos pasa por no decírselo, por hacer caso a Phoenix. Debería haber hablado con Denver hace semanas, cuando me enteré de que era el padre de la niña. Debería haberlo hecho el año pasado, cuando empezamos de rollo, y dejarme de secretos. Es mi mejor amigo. Tal vez incluso lo habría entendido si se lo hubiera contado de forma racional y con calma. Pero ahora es imposible.

—¡Cálmate, hijo! —le dice la señora Jones a su hijo—. ¡Estás asustando a Phoenix!

Denver deja de forcejear y se calma. Doy un paso atrás y me acerco a Phoenix. Me gotea sangre del labio y espero que no me haya dado un puñetazo en pleno ojo. No me vendría muy bien, una semana antes de que empiece la temporada. El entrenador Flanders

me pedirá una explicación si ve que tengo el ojo morado. Denver se ha lucido pero bien.

—¿Prometes dejar en paz a Jake? —pregunta Darren.

Denver no responde. Claro que no, porque le encantaría partirme la cara. Puede que me lo merezca, pero eso no cambia las cosas.

—Sí —dice, todavía cabreado—. ¡Soltadme, hostia!

Tyler y Darren intercambian una mirada y sueltan a Denver. Inmediatamente, da un paso hacia nosotros. Sigue tan enfadado como antes.

—Denver —interviene Sienna—. No ayudas…

Él se vuelve hacia su novia y ella le mira a los ojos. Sé que le está pidiendo en silencio que lo deje estar y vaya con ella, pero él no responde. En lugar de eso, da otro paso hacia Phoenix.

—Ven —dice, agarrándola de la muñeca—. Quiero hablar contigo…

No sé por qué, pero cuando intenta atraerla hacia él y ella no dice nada, me entra el cabreo. Me enfada que Denver sea siempre tan autoritario y controlador con Phoenix. Podría dejarla en paz aunque solo fuera un ratito. Es una mujer adulta y puede cuidar de sí misma. Además, no le debe ninguna explicación. Sin pensarlo, empujo a Denver lejos de Phoenix. Se tambalea hacia atrás, pero se recupera tan rápido que segundos después estamos frente a frente como dos gallitos, pecho con pecho.

—No la toques o tendrás que vértelas conmigo —le digo—. No quiere hablar contigo. Si quieres gritarle a alguien, grítame a mí.

—¡Quita de en medio!

Denver intenta empujarme, pero yo le devuelvo el empujón. Como *wide receiver*[1], tengo que ser capaz de hacer frente a jugadores defensivos muy corpulentos, más incluso que Darren, para despejar el camino. Denver no me supone un problema de normal, pero su ira parece darle una fuerza sobrehumana.

—No —insisto—. Deja a Phoe en paz.

—Va en serio, Jake —me amenaza—. Quiero hablar con mi hermana y nadie, ni siquiera tú, vas a impedírmelo.

—¡Escúchame de una puta vez! —contesto, apartándole de un empujón—. No es solo tu hermana, es la madre de mi hija. Ella no irá a ninguna parte contigo a no ser que quiera. No puedes seguir mangoneando a Phoenix y tratándola de esa forma porque crees que solo tú sabes lo que es bueno para ella. Si no fuera por tu ridículo instinto sobreprotector, no tendríamos este dramita de los cojones.

Molesto, me limpio la sangre del labio y fulmino a Denver con la mirada.

—¿Qué quieres decir? —pregunta—. Dime, ¿te la follaste y le hiciste cargar con esa mocosa o no?

—¡No es una mocosa! —le grita Phoenix, empujándome para plantarle cara.

Le pongo las manos en los hombros, intentando decirle que no se altere, pero me las aparta de un manotazo.

—¡Ni se os ocurra tocarme a ninguno de los dos! Acabas de decir hace cinco minutos que debería haberme deshecho de ella cuando tuve la oportunidad.

Miro horrorizado a Phoenix. Denver y todos me miran incrédulos.

¿Ahora soy el malo otra vez? Esto no puede estar pasando…

—Estábamos discutiendo, Phoe —digo señalando a todos los presentes—. No tergiverses mis palabras. Di lo que he dicho de verdad…

La miro enfadado.

—¿La estás amenazando? —Denver vuelve a interrumpir nuestra conversación.

—¡Cállate, Denver! —le grito—. Estábamos discutiendo como siempre hacéis vosotros y todos sabemos que se dicen muchas cosas en caliente. Ella está frustrada, yo estoy frustrado, y los dos, insisto, los dos dijimos cosas que no deberíamos haber dicho.

Phoenix asiente y vuelve a mirar a su hermano.

—Tiene razón… —admite para mi alivio—. Estábamos discutiendo y ambos hemos dicho cosas que estaban fuera de lugar. Pero tú no te atrevas a llamar «mocosa» a mi… a nuestra hija, ¿me has oído?

Phoenix enrojece y mientras pone los brazos en jarra, da un paso adelante para imponer la barriga de una forma admirable.

—No quería decir eso… —Denver se echa atrás—. Lo siento…

—Más te vale sentirlo… —murmura Phoenix, respirando hondo—. Mira, te has enterado de que nosotros…

—¿De que vosotros, qué?

Inmediatamente, Denver vuelve al modo ataque y yo pongo los ojos en blanco. No hay manera de conseguir que los hermanos hablen así. Denver tiene que aprender que Phoenix es una mujer adulta y… joder, sí… eligió a su mejor amigo.

—¿De que follasteis, de que te dejó embarazada a los diecinueve?

—¡Escúchame, Denver! —grita Phoenix—. Le has prohibido a todo el mundo que se acerque a mí. Me has hecho imposible entablar relaciones sanas en los últimos años. No puedes fingir que todo lo que haces es en nombre de papá. Tú no eres papá.

De repente, el silencio en el jardín es tan denso que se podría oír caer un alfiler. Sé que Phoenix lo ha dicho sin pensar, pero es importante que Denver se dé cuenta de una vez por todas de que se ha pasado cuatro pueblos.

—Phoenix —jadea la señora Jones, mirando horrorizada a su hija —, basta, por favor…

Para ser sincero, ahora siento un poco de lástima por Denver. Aunque todavía me sangra el labio y creo que también me gotea un poco la nariz, no se merecía que su hermana le soltara semejante bomba.

Por desgracia, Denver nunca piensa en la forma absurda que tiene de tratar a sus hermanas, así que en algún momento tenían que hartarse. Esta ha sido la gota que ha colmado el vaso y él está en *shock*, ahora que Phoenix le ha dicho de forma muy clarita y justo delante de nosotros lo que piensa de su actitud.

—No, mamá —responde Phoenix entre sollozos—. ¿Cómo se lo íbamos a decir? Siempre se opuso a que me liara con uno de sus amigos. Y al final, de todos, acabé acostándome con su mejor amigo. ¿Cuándo habría sido el momento oportuno para confesar?

Con sus últimas palabras, se vuelve hacia Denver.

—Cuando volviste a casa embarazada, como muy tarde — responde Denver, negando con la cabeza, ofendido.

Frunzo los labios y permanezco en silencio.

—Podríais habérmelo dicho entonces. ¿Por qué no lo hicisteis? Ninguno de los dos…

—Ya sabes por qué —digo—. Porque nunca lo habrías aceptado. Siempre has repetido que tu hermana era intocable, que ni se nos ocurriera acercarnos a ella… ¿Cómo iba a contarte que lo hacíamos a tus espaldas? No has sido capaz de darte cuenta en las últimas semanas tampoco…

Denver guarda silencio y me mira un momento.

—¿De verdad tenéis tan poca fe en mí? —me pregunta y niega con la cabeza—. Quiero decir… alguien de los presentes se enteraría, ¿no?

Ahora recorre el jardín con la mirada, fijando los ojos en cada uno de los presentes.

—Es imposible que se lo ocultarais a toda esta gente, chicos…

Cuando Denver establece contacto visual, nuestros amigos, su madre y su hermana bajan la mirada. Todos lo sabían y Denver se da cuenta ahora. Exhala con fuerzas y pone los brazos en jarras. Se le acelera la respiración y se relame los labios, como si se estuviera preparando para otra pelea. Lo primero que hace es mirar a Sienna.

—¿Tú lo sabías, nena? —grita—. ¿Darren, Tyler? ¿Nada que decir?

No se atreven a abrir la boca. De todos modos, ¿qué podrían decir que mejorara las cosas? Phoenix y yo no somos los únicos en haberle mentido, sino también su familia y sus amigos. La chica de la que está enamorado le mintió en nuestro nombre.

—Lo siento —dice Sienna—. No me correspondía decírtelo…

—No te correspondía…

Denver sacude la cabeza con rudeza. Lo conozco lo suficiente como para saber que se está esforzando al máximo para ocultar sus verdaderos sentimientos. Hay dos cosas que no puede soportar: las mentiras y vivir en la ignorancia. A sus ojos, lo hemos traicionado, porque no hemos confiado en él.

Levanta la cabeza y se queda mirando a Sienna.

—Todas esas veces en las que te pregunté por el padre del bebé… Te dije lo preocupado que estaba por Phoe una y otra vez, y

tú… lo sabías. Todo este tiempo.

—Denver —solloza Phoenix—, por favor, déjala en paz. Lo hizo por mí.

—No, Phoe —responde—. La quiero, es mi novia y por eso espero lealtad absoluta por su parte. Esto que habéis hecho… —dice, señalando a los que están a un lado del jardín: su madre, Madison, Tyler y Darren, que ahora está abrazando a Millie—. Por no decir lo que habéis hecho vosotros dos…—Ahora nos señala a Phoenix y a mí—. La verdad es que me importa una mierda. Pero esperaba al menos que Sienna me dijera la verdad…

—Denver —susurra Sienna—, no quería mentirte, es que…

—¿Entonces por qué lo hiciste? —le suelta él—. ¿No me quieres? ¿No confías en mí, en nuestra relación? Preferiste que me pasara semanas preocupado por mi hermana…

Joder, hasta yo soy capaz de ver lo mucho que está sufriendo. No queda nada de la rabia inicial. Denver está decepcionado con todos nosotros.

De repente, se va. Sale corriendo. Sienna lo sigue, pero no llega muy lejos porque él le grita tan fuerte que ella retrocede. Joy corre hacia ella para ver si está bien. Desde la distancia veo que está llorando y Joy intenta consolarla.

Todos nos quedamos atónitos.

Miro a la señora Jones, que entra en casa y vuelve segundos después.

—Se ha ido.

—Mierda, joder… —maldigo—. ¿Dónde puede…?

Entonces me doy cuenta de dónde puede estar. En un lugar que suele evitar como a la peste. Un lugar al que nunca va, a menos que esté en un mal momento y necesite hablar con la persona cuya muerte le hizo sufrir tanto que, por extensión, ha acabado afectándonos a nosotros.

—Señora Jones, ¿tiene a mano el pase de visitante para el cementerio del Ejército?

—¿Para qué lo quieres?

—Creo que es adonde va Denver.

—¿Al cementerio? —me pregunta—. ¿Crees que…?

—¿A dónde más podría ir? —le pregunto—. Teniendo en cuenta lo que le ha dicho Phoenix, seguro que va allí.

—Voy a por él.

Está a punto de darse la vuelta y entrar en la casa cuando Phoenix la detiene.

—No, mamá —dice con firmeza—. Voy yo.

Abro los ojos, horrorizado.

—Ni de coña —La detengo—. No vas a ir a allí y…

—No me digas lo que tengo que hacer, Jake —susurra—. Tengo que explicarme y hablar con él. Esto ya no se trata solo de nosotros o del bebé.

Suspiro y la atraigo hacia mí. Soy incapaz de decirle que estoy preocupado por ella y que no quiero que conduzca en su estado.

—Yo te llevo, Phoe —se ofrece Joy, sonriéndome y yo asiento—. No puedes conducir estando embarazada, y menos en este estado. Te espero en el coche.

Odio admitirlo, pero quizá sea buena idea que Joy la lleve. Después de todo, es su mejor amiga. Es más probable que hable con ella que conmigo o con cualquier otra persona.

—Vale. Pues llévame tú.

—Yo también iré —decide Sienna—. Necesito ver a Denver…

Asiento y miro a los demás. Tyler y Darren me miran consternados. Millie está abrazada a su novio.

Phoenix, Joy y Sienna entran en la casa y cogen las cosas para ir al cementerio.

***

Estamos sentados en la cocina bebiendo el café que la señora Jones había preparado. John y Fynn llegaron poco después a casa. Les hicimos un resumen de lo que había ocurrido en las últimas horas. John no tardó en sermonearnos y dijo que era evidente que tenía que pasar. No ayudó en absoluto, pero entiendo por qué le preocupa Denver. Es cierto que no tienen la mejor relación, sobre todo por parte de Denver, pero se nota que John quiere mucho a los hijos de su mujer, pese a que él no tiene ninguno propio. Sé que

también querrá a nuestra hija; será muy buen abuelo para nuestra pequeña.

—Phoenix hará entrar en razón a Denver —vuelve a decir John, apretándome el hombro—. Y si no lo hace ella, lo hará Sienna.

Asiento y me reclino en la silla.

—Estoy segura de que volverán pronto —dice Millie para reforzar las palabras de John.

Al menos Joy nos ha hecho saber que han llegado sanos y salvos al cementerio y que han encontrado a Denver.

—Vámonos a casa. No hacemos nada aquí sentados —Millie se levanta y coge la mano de Darren.

—Me voy con vosotros —dice Tyler, volviéndose hacia mí—. ¿Tú te quedas?

—Sí —le digo, asintiendo—. Nos vemos…

Tyler me estrecha la mano. Darren hace lo mismo y Millie me da un abrazo.

—No te preocupes, Jake… —me susurra—. Lo peor ya ha pasado…

Intento sonreír, pero no lo consigo.

Los tres se marchan y me dejan a solas con John y la señora Jones. Madison y Fynn se han ido a casa de este último y yo me siento como un despojo. Tengo los nervios a flor de piel.

—Todo esto es culpa mía —tartamudeo—. Si no hubiera apuñalado a Denver por la espalda…

—Eso ya no importa —dice la señora Jones para cambiar de tema —. Quizá también sea culpa mía, por no darme cuenta de lo mucho que intentaba asumir el papel de su padre…

Se le cubren las mejillas de lágrimas.

—Lori —susurra John, acariciándole la espalda cariñosamente—, nadie podía saberlo…

—No, pero es mi hijo —solloza ella—. Frank y yo siempre pensamos que Denver sería un buen chico y ahora…

—Lo es, señora Jones —le digo con firmeza—. Es mi mejor amigo y quiere a Sienna más que a nada. Solo está convencido de que tiene que proteger a Phoe y Mad de todos. Quiero decir, a él le cae bien Fynn. No es que nadie sea lo suficientemente bueno para sus

hermanas, lo que pasa es que está ofendido porque se lo ocultamos durante todo este tiempo…

—Lo sé —murmura—. Voy a llamar a Sienna otra vez. Quizá pueda localizarla.

La señora Jones sale de la cocina y me deja a solas con John.

—¿Quieres una cerveza? —pregunta, poniéndose de pie—. Parece que necesitas algo más que un café…

—Sí —digo simplemente.

Sonriendo, abre la nevera y me tiende una botella.

—Gracias.

—¿Sabes? —dice, sentándose a mi lado—. Si alguien sabe lo difícil que es intentar llegar hasta Denver, soy yo. Llevo con Lori casi cuatro años, y durante tres, prácticamente ni me dirigía la palabra. Tuvo que venir Sienna para que se abriera un poco conmigo. Eres su mejor amigo, pero entiendo por qué no podías contarle lo de Phoenix.

—Pues parece que eres el único… Nunca fue mi intención hacerle daño a Denver, ni tampoco mentirle.

—Lo sé, y Denver tiene que aprender que no siempre tiene la razón. Es absurdo que le prohibiera a Phoenix relacionarse contigo o con cualquiera de sus amigos. Él no puede decidir de quién se enamora y con quién es feliz. Quiero decir… ¿acaso Sienna no era la amiga de Phoenix antes de que empezaran a salir?

—No puedes comparar ambas situaciones —le interrumpo—. Sienna y Denver vivían juntos.

—Sí, pero Phoenix siempre ha tenido problemas con sus amigas, porque todas parecían querer llegar hasta Denver. Por lo que parece, Denver hizo exactamente lo que os dijo que no hicierais: se acercó a la amiga de su hermana. Al igual que Phoenix se acercó a ti.

—Mmm…

Miro a John un momento y pienso en sus palabras. No se equivoca. A Phoe siempre le ha puesto triste que la mayoría de las chicas intentaran hacerse sus amigas para ligarse a Denver. Es cierto que el caso de Sienna es diferente, porque ella conoció a Denver primero, pero aun así, las chicas eran amigas cuando él empezó a

interesarse más por ella. Pero bueno, eso da igual, porque no cambia lo que ha sucedido hoy.

—Denver no puede decidir qué está bien y qué está mal. Y eso se aplica tanto para Madison como para Phoenix. Las quiere y sabe cómo son los hombres, especialmente los de vuestro grupo… y por favor, no me digas que no, Jake.

John me guiña un ojo y luego continúa:

—Y si tiene que proteger a sus hermanas de alguien, está claro que empezará por vosotros. Y como no lo ha hecho, se siente como si hubiera fracasado. Después de la muerte de su padre, que fue tan repentina para todos, sintió que tenía que ocupar su lugar.

—¡Pero no tiene que hacerlo! —contesta—. Le ayudé en su momento. Estuve con él todas esas semanas después de la muerte del señor Jones, y Denver… Bueno, algo de él murió con su padre. Ni siquiera Sienna puede traer eso de vuelta.

—No… —dice John—. Pero tú eres su mejor amigo, Jake. Y Phoenix es su hermana. Estará cabreado durante un tiempo, pero te perdonará. Le duele más la traición que lo que ha pasado entre vosotros.

—Pero ya no será lo mismo —Revelo mi peor temor—. Denver nunca podrá volver a confiar plenamente en mí. Y yo… no quería que pasara esto.

—Pero en el momento en que te acercaste a Phoenix, supiste que tu relación con Denver no sería la misma, ¿o no?

Me parece muy gracioso que no quiera decir que me acosté con Phoenix. Pero sí, es verdad.

—Al principio era solo diversión, pero… se convirtió en algo más —murmuro, frotándome la cara nerviosamente con las manos—. Pero he rechazado a Phoe tantas veces… No quería arruinar mi amistad con Denver. Ahora todo se ha ido a la mierda y ella va a tener a mi bebé…

—Creo que ese bebé podría tener un padre mucho peor… —bromea John, guiñándome un ojo—. Si te soy sincero, a menudo me pregunto cuán ciegos están todos por aquí para no darse cuenta de lo mucho visitabas a Phoenix. Por no hablar de la cara de preocupación que me llevabas…

—Sí, yo tampoco lo entiendo —coincido—. Phoenix y yo nunca fuimos muy cuidadosos. No nos liábamos delante de sus narices, pero tampoco guardábamos mucho la distancia.

Hay tantas ocasiones en las que debería haberlo notado… Phoenix y yo hemos estado unidos desde la infancia. Primero como amigos y después como… ¿amantes?

Soy incapaz de contar todas las veces en las que me colaba en su habitación por la noche y Denver no se daba cuenta, a pesar de que el penetrante perfume floral de Phoenix me envolvía por todas partes. Más tarde, en la universidad, siempre era la primera persona a la que abrazaba después de un partido y con la que me iba a casa.

Aunque una vez estuvo a punto de pillarnos. Fue unas semanas antes de que Sienna llegara a Lincoln. Denver tenía el apartamento para él solo y tenía una habitación vacía en el piso. Phoenix y yo volvimos allí después de una fiesta y nos besamos. De repente, apareció por la puerta. Hasta el día de hoy, no sé cómo no se dio cuenta.

—Hay cosas que si no quieres verlas, no las ves —dice John, y yo asiento.

De repente, se abre la puerta principal y nos levantamos de un salto. La señora Jones viene corriendo por el pasillo.

—Denver —dice emocionada—, ¿va todo bien?

—Todo bien, mamá —le oigo decir, y se me acelera el corazón cuando se dirige a mí.

Denver tiene un aspecto horrible. Tiene los ojos enrojecidos y aprieta la mandíbula. Su madre, Phoenix, Joy y Sienna están detrás de él.

—Hola —dice mirándome—, ¿podemos hablar?

—Sí, claro… —digo, siguiéndole en silencio hasta el patio trasero.

---

[1] *N. de la T*. En español, «receptor abierto» o «ala abierto».

15

Jake

Denver y yo nos sentamos en los escalones que separan el porche del césped. Ambos adoptamos la misma pose: apoyamos los antebrazos en las rodillas y nos miramos fijamente. Denver no dice nada y yo tampoco me atrevo a iniciar la conversación. No sé qué estará pensando ni de qué habrán hablado él y Phoenix en las últimas horas. Tampoco sé qué le habrá contado de toda nuestra historia.

—¿Te he roto la nariz? —me pregunta y le miro.

—Creo que no —respondo—. Y si resulta que sí, pues bueno…

—Mmm… —dice Denver—. Siento que se me haya ido la pinza de esa forma tan basta.

—¿De verdad lo sientes? —pregunto, incapaz de contener una carcajada.

—Para nada —responde con sinceridad—. Tío, has dejado a mi hermana… en fin, ya sabes…

—¿Cómo he dejado a tu hermana…? —pregunto—. Ni siquiera eres capaz de decirlo, Denver.

—¿Y eso te sorprende? —pregunta enfadado, mirándome—. Es mi hermana pequeña y tú eres mi mejor amigo. ¿Cómo iba a pensar que vosotros dos… bueno… os acostabais? ¿Por qué, tío?

—¿Me estás preguntando por qué me he acostado con Phoe? —pregunto—. Bueno, ¿por qué te acostaste tú con…? En fin, déjalo. Esto que tenemos los dos… lleva pasando años. ¿Te lo ha contado Phoenix?

—La verdad es que no —dice Denver, mirando al frente—. Lo que sí me ha dicho es que lleva mucho tiempo enamorada de ti y… y que llegó un momento en el que empezasteis a acercaros más el uno al otro.

Aunque la situación es más que incómoda, se me desboca el corazón al oír sus palabras. Es una señal para que deje de ignorar lo que tenemos Phoenix y yo. Superaremos este bache, y ahora que

Denver lo sabe, tal vez nos facilite lo de volver a estar juntos. Y ahora, más tranquilos.

—Vale… —suspiro.

La escasa esperanza de que le hubiera contado todo desaparece.

—En algún momento me di cuenta de que la veía como algo más que tu hermana pequeña. Phoe tenía dieciséis años entonces y nosotros, unos dieciocho.

—Joder, Jake —refunfuña—, ¿esto va en serio?

—¡Que sí, tío! —respondo—. Solía conducir hasta tu casa cuando quedábamos allí, solo para verla. Sobre todo cuando sabía que aún no estarías en casa. Normalmente, funcionaba. Entonces pasó lo de aquella Navidad hace casi cuatro años. Llegué temprano, Phoe estaba en casa y nos sentamos en el salón. Cuando fuimos juntos a la cocina, tu madre señaló el muérdago e insistió en que nos besáramos.

—Me acuerdo —dice Denver—. Pensé que sería una coña por lo de la tradición, ya sabes…

—Eso debió pensar tu madre, pero… —Respiro hondo—. No lo era. Pasaron casi dos años antes de que nos acostáramos por primera vez. Empecé a ayudar a Phoenix con los estudios y nos fuimos acercando cada vez más. ¡Pasábamos tanto tiempo juntos…!

—¿Por qué no me di cuenta? —Me da la sensación de que se lo está preguntando a sí mismo—. Siempre pensé que erais buenos amigos y que simplemente… bueno, os caíais bien. Me alegraba que fuera así, pero nunca pensé que habría algo más.

—Pues por eso nos salió bien la jugada. Bueno, a mí —murmuro —. Estabas tan empeñado en que solo éramos buenos amigos que nunca se te ocurrió que yo la trataba así de bien por otros motivos. Piensa en cuántas veces he acompañado a Phoe a casa después de una fiesta o se ha subido a mi coche después de un partido.

—¡Mierda, es verdad! —gime Denver, pasándose las manos por el pelo—. Esto no puede estar pasando… No he podido estar tan ciego, ¿no?

—Lo estabas, créeme —confirmo—. Phoe y yo nos pasábamos los días juntos… ¿Recuerdas la pelea que tuviste con Sienna en el

restaurante cuando se enteró de que nos habías prohibido salir con ella?

—Por favor, no me lo recuerdes —refunfuña él, sacudiendo la cabeza—. Todavía me lo echa en cara…

Phoenix hace lo mismo; estamos en el mismo barco.

—Phoe se levantó, salió corriendo y yo la seguí —continúo y él asiente.

—Sí, eso me cabreó, la verdad —admite—. Pero yo me concentré en la discusión con Sienna. ¿Qué pasó ahí?

—Phoe me acusó de haberme enchochado de Sienna —suspiro—. Dijo que me habría sido más fácil salir con Sienna antes que con ella, más que nada porque no es tu hermana. Phoenix siempre me ha acusado de no comprometerme con ella por tu culpa, y tenía razón. Discutíamos en un bucle infinito; no solo fue ese día. Pero luego nos acostábamos y…

—¿Podrías omitir esa parte de la historia? —pregunta.

—No —digo, y Denver hace una mueca de asco—. Porque es parte de la historia y es importante. Solíamos acostarnos en cuanto teníamos la ocasión, y supongo que en una de esas veces, se rompió el condón. Justo antes de Acción de Gracias del año pasado, tuvimos una pelea de las gordas, pero esa no terminó con un polvo de reconciliación. Phoe empezó a ignorarme, y cuando intenté disculparme y bueno, puede que decirle que era la única chica para mí, me dijo que se iba a Europa.

—Se fue por tu culpa —suelta Denver—. Dejaste que se mudara a otro continente embarazada, porque no tuviste los cojones de hablar conmigo.

—Sí y no —respondo—. Yo no sabía que estaba embarazada y Phoe, tampoco. Si lo hubiera sabido, habría movido cielo y tierra para recuperarla. En cambio, lo vi como una oportunidad para distanciarnos un poco.

—¿Y te pareció un buen momento para tirarte a Virginia?

—Denver —respondo, molesto porque solo oye lo que quiere oír —, Phoenix y yo nunca… e insisto en esto, nunca tuvimos una relación. Nos acostábamos y teníamos cierta complicidad. Vale,

puede que pasáramos tanto tiempo juntos como las parejas, pero no éramos una pareja. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo —dice secamente—. ¿Y después, qué?

—Después, se fue —digo, encogiéndome de hombros—. Pensé que superaría lo nuestro, pero no fue así. No dejaba de pensar en ella, pero no tenía valor para ver cómo estaba. Tirarme a otras chicas para sacármela de la cabeza no sirvió de nada, solo lo empeoró. Cuando me enteré de que iba a volver, decidí arreglar las cosas y contártelo todo. Creía que sería la única manera de convencerla de que lo decía en serio. Pero el bebé lo cambió todo: se convirtió en la máxima prioridad.

—¿O sea que ese es el percal? —pregunta mirándome—. ¿Está embarazada y tú te tiras a otra para quitártela de la cabeza?

—¿Qué? —exclamo—. ¡Claro que no! No me he acostado con nadie desde que Phoenix volvió. Tío, parece que solo oyes lo que quieres oír.

¿Por qué le estoy contando esto a Denver? ¿Qué le importa a él si he mojado o no?

—Oh —dice Denver, con cara de sorpresa y yo pongo los ojos en blanco—. Jamás lo habría dicho…

—¿Por qué? —contesto indignado, poniéndome de pie—. ¿Tanto te sorprende que siga queriendo estar con Phoe pese a todo?

Denver también se levanta y se acerca a mí.

—A ver, tío —dice con un suspiro—. Necesito asimilarlo, ¿vale? De todos modos, no me gusta este rollito que os traéis.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —responde—. Phoenix es mi hermana pequeña y lo que le hiciste es el colmo, Jake. No le echaste huevos y preferiste no hablar conmigo. Encima, le has roto el corazón varias veces, pero mira tú por dónde: el bebé es tuyo y ella todavía te quiere.

—Pero es que yo…

Denver me corta con un gesto de la mano y cierro la boca.

—Te lo voy a preguntar una sola vez —dice acercándose—: ¿Tú también la quieres o solo la cuidas porque te preocupa el bebé? Hasta que no te inscriban como padre en el registro, no tienes

ningún derecho sobre ellas dos. Los dos sabemos que Phoe no te inscribirá si se entera de que estás jugando con ella.

Respiro hondo. La verdad es no sé qué decir ante esa acusación. Quiero a Phoe y me he dado cuenta en estas últimas semanas. Aunque nunca le he dado muchas vueltas, y mucho menos se lo he dicho a nadie, jamás me he sentido tan mal como cuando la perdí. Y adoro a nuestra pequeña.

—Phoe y el bebé son las personas más importantes de mi vida —digo—. No sé qué nos deparará el futuro ni cómo irán las cosas entre nosotros. Phoe tampoco lo sabe, pero ahora mismo parece que estamos bien.

No es exactamente la verdad, pero no tengo por qué contárselo todo a Denver. Cuando discutimos hace unas horas, se nos fue de las manos, pero puede que solo necesitara sacarlo todo. Bueno, los dos lo necesitábamos. Llevamos las últimas semanas tragando sin parar. Aun así, añado:

—Eso es lo más importante para mí, Denver. No necesito decirte cómo me siento.

—Pues deberías…

—No —digo de forma tajante—. Solo respondo ante tu hermana. Ella es la única que importa. Eres mi mejor amigo, y sabía que lo que tenemos Phoe y yo nos distanciaría, que es justo lo que está pasando. Hace un año, habría pasado lo mismo. No podía decírtelo, Denver. Y cuando intenté contarte lo del embarazo, Phoe no me dejó.

—Bueno, vale —dice, dando un paso atrás—. En fin, no le hagas daño.

—No pretendo hacerlo —le prometo—. Pero no puedes meterte en todo esto. Si lo nuestro no funciona o nos peleamos… no es asunto tuyo. Aunque Phoe sea tu hermana, no es de tu incumbencia. Es nuestra hija, y si Phoenix dice «A» y yo digo «B», no puedes asomar la cabeza y tratar de decidir, o peor, restarme credibilidad.

—Haré lo que pueda —promete—. Sé que no he sido de mucha ayuda comportándome como lo hice. Quizá nada de esto habría

pasado si no me hubiera comportado como… bueno… como una madre pato.

La aceptación es el primer paso para solucionar un problema.

—Me alegra oír eso —digo, encontrándome con su mirada—. Aunque podrías haberte ahorrado la paliza…

—Ya, bueno… —dice Denver—. ¿Te quedas aquí esta noche? En plan, con Phoe…

Madre mía… Pues sí que le cuesta…

—Te da pavor que nos acostemos, ¿verdad? —le provoco un poco ahora.

Últimamente no nos acostamos, pero la mirada que me dirige hace que la mentirijilla valga la pena.

—Chapa la boca —gruñe y le doy un codazo riendo.

—Entra en casa. Vamos a dormir un poco.

—Sí, ya, a dormir…

—Escucha, Denver… —suspiro, reteniéndole de nuevo—. Phoe y yo llevamos meses sin acostarnos. La última vez fue antes de irse a Brístol. No quiere acostarse conmigo, ¿vale?

—¡Me parece perfecto!

—¿Crees que eso es bueno? —pregunto indignado—. ¿Te das cuenta de que no nos acostamos porque ella no quiere? No se siente sexy porque está embarazada.

—¿Estás de broma? —pregunta incrédulo.

—No —murmuro, metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros mientras entramos en casa—. No se atreve a dejarme verla… desnuda.

No creo que la mente de Denver pueda soportar más detalles hoy. De hecho, es probable que nunca quiera escuchar ni una palabra más. Es su hermana pequeña y es mejor no jugar con fuego.

—¿Crees que es algo normal? En plan, si les pasa a todas…

Tardo un momento en darme cuenta de adónde quiere llegar. Ahora parece que le da miedo que Sienna no quiera follar cuando se quede embarazada.

—¿Crees que Sienna no dejará que la toques si está embarazada? —pregunto—. Pero ¿acaso está…?

—¡Tío, por Dios! —grita, sacudiendo la cabeza—. ¡Claro que no lo está! Hay gente en este mundo capaz de ponerse el condón y tragarse una pastilla…

—¡Serás cabrón! ¡Que te jodan! —digo, molesto—. Espero que no te deje ni acercarte con un palo cuando el test dé positivo.

—No puedes hablar en serio —protesta Denver—. Eso serían meses…

—Gracias por señalarlo —me burlo—. Creo que es algo mental. A Phoenix le cuesta asimilar que su cuerpo haya cambiado tanto y cree que no me gusta. Pero no pasa nada… Solo quiero que los próximos días, dependiendo de cuándo quiera venir la peque, sean tranquilos. Después ya veremos.

—Estás *a full*[1], ¿eh? —pregunta de repente, sonriéndome.

—¿Con qué?

—Con lo de ser papá —dice Denver—. Te veo contento.

—Eso es porque lo estoy —confieso—. Y me moría de ganas de hablarlo contigo. No fue planeado, como puedes imaginar, pero estamos muy emocionados. Es genial notar las pataditas o verla en las ecografías, pero cuando la tenga por fin en mis brazos, eso ya será… Flipas.

—¿Estarás en la sala de partos?

—¡Hombre, me dirás…! Y Phoe también quiere que esté, por si eso te preocupa.

—No, no —Denver niega con la cabeza—. El que no quiere estar ahí soy yo.

—¿Ah, no? —le pregunto—. Siempre has sonado como si quisieras… ¿hacer de padre de familia?

—Ni de coña —dice, contorsionando la cara—. Me caería redondo. Ojalá alguien se ofrezca a entrar con Sienna cuando llegue el momento…

—Después de todos estos años, aún consigues sorprenderme…

—Es que no creo que quiera ver a ninguna de los dos ahí tiradas y… sufriendo —me explica con un tono bastante verosímil—. Ni a Phoenix ni a Sienna.

—Vamos, que te da miedo —resumo—. Te da miedo el parto. Quién lo iba a decir…

—Cuando pases por ahí, ya me contarás —refunfuña—. Y entonces, me lo pensaré. Buenas noches, Jake.

—Buenas noches —digo, y nos detenemos en las escaleras.

Denver dormirá arriba con Sienna y yo con Phoenix, en el sótano. Miro a mi mejor amigo y añado:

—Que duermas bien…

—Tú también, y dale las buenas noches a Phoe de mi parte.

—Lo haré —respondo.

Él asiente y corre escaleras arriba mientras yo bajo a la habitación de Phoenix. Llamo sin hacer ruido para no despertarla en caso de que ya esté dormida.

—¡Pasa! —dice en voz alta.

Abro la puerta y entro.

—Hola. ¿Puedo dormir aquí?

—¡Claro! —dice y me acerco a la cama.

La lámpara de la mesilla de noche ilumina la habitación. Está tapada con la sábana hasta la mitad de la barriga. Phoenix ha cambiado su bonito pijama por un picardías bastante sexy. La fina tela de la prenda apenas cubre sus preciosos y grandes pechos. ¿Está intentando torturarme o qué? Está buenísima, joder…

Me quito la ropa, dejo el iPhone en la mesilla de noche a mi lado y cruzo los dedos para no empalmarme antes de meterme en la cama con ella.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto señalando el libro que tiene en el regazo.

—El libro de nombres que me regaló Mad —dice—. Aún no lo hemos decidido…

—Ya lo sé… Cuando estés lista, podemos echarle otro vistazo.

—¿Qué tal con Denver? —me corta—. ¿Habéis arreglado las cosas?

—Sí —le digo, apretándole la mano.

Phoenix exhala aliviada. Le suelto la mano y la rodeo con el brazo, atrayéndola contra mí. Aprieta su cuerpo contra el mío y

tengo que contenerme para no comérmela. No creo que sepa lo sexy que está.

—¿Y cómo lo lleva? —pregunta con cautela.

—Mejor de lo que pensaba…

—Qué bien, ¿no? —responde, acurrucándose contra mí—. Si no, habría sido un desastre…

—Bueno, pero le va a costar un rato asimilarlo… —contesto, mientras le doy un beso en la frente—. Dale tiempo. El tema de que nos hayamos acostado sigue siendo un drama…

—¿Por? —pregunta Phoenix, mirándome.

—No le gusta que lo hagamos. Me conoce desde hace muchos años y sabe lo que me gusta hacer en la cama. Supongo que le da asco que seas tú, su hermanita, quien me dé placer.

Phoenix se sonroja al verme sonreír. Desde luego, no se avergüenza de lo que hicimos, pero quizá le incomode que Denver lo sepa ahora.

—Sobrevivirá —dice de repente.

—Sí, está claro… —le doy la razón y señalo el libro—. Venga, ábrelo.

Phoenix lo abre por su página favorita. Suspiro, la acerco a mí y la escucho leer.

---

[1] *N. de la T*. En el argot de los jóvenes, «a tope».

16

Phoenix

Dos semanas más tarde.

—¡No puedo hacerlo! —grito, intentando incorporarme.

—¡Claro que puedes! —dice Jake, cogiéndome de la mano—. ¡Aguanta!

—No… —resoplo.

Cuando se me pasa el dolor de la última contracción, me tranquilizo un poco y me echo hacia atrás.

Joder, me lo imaginaba tan distinto… Es aún más horrible, más doloroso y peor que todo lo que he leído o visto. ¿Cómo se supone que voy a dar a luz a este bebé? Aún no asoma la cabeza y estoy a punto de desmayarme.

Hace tres horas, mi madre y John me trajeron al hospital. Me puse de parto, y poco después, rompí aguas. Muerta de miedo, me aferré a mi madre, que estuvo a mi lado en la sala de partos durante la primera media hora. No había forma humana de localizar a Jake con el móvil, porque estaba en el entrenamiento. Al final, Sienna irrumpió en el campo y se los llevó a él y a Denver. Ahora ella, mi hermano, mamá, John y Madison están esperando en la puerta. No tengo ni idea de si el resto de nuestros amigos habrán llegado. Creo que Tyler y Darren se han quedado entrenando.

Jake ha estado a mi lado desde entonces. Me tiene cogida de la mano, me limpia la frente y no deja de animarme. Me alegro de que esté aquí para apoyarme. Qué tonta fui al pensar que él no podía formar parte de esto. Las últimas semanas habrían sido imposibles sin él. Ha cuidado tan bien de mí… de nosotras. Ha estado ahí siempre que lo he necesitado y nunca ha antepuesto sus necesidades. Y ahora sé que tenía unas cuantas…

—¡Aaaaah! —chillo y le aprieto la mano.

Esta contracción es más fuerte que la anterior.

—Hola, Phoenix —dice Julia, mi comadrona—. ¿Cada cuánto tienes esas contracciones?

Jake se lo dice de una forma rutinaria, como si nunca hubiera hecho otra cosa. ¿Cómo lo hace? Apenas puedo concentrarme en algo que no sea este dolor insoportable en el abdomen, y él está contando los intervalos entre mis contracciones.

—Ya viene la cabecita… —dice Julia—. Tienes el cuello del útero dilatado, unos cinco centímetros. Va a tardar un pelín…

—Vale… —sollozo—. ¿Cuánto tiempo?

—No sabría decirte —responde sonriéndome.

Se inclina y me aprieta la mano.

—Lo estás haciendo muy bien, Phoenix. Es tu primer parto.

—Sí —jadeo—. ¡Y será el último! Joder, no es justo… ¿Por qué él puede disfrutar y yo tengo que…?

—Porque él es el hombre —dice, guiñándome un ojo—. Jake, asegúrate de que beba lo suficiente, y si le entran náuseas, avisa y le traigo una palangana. Lo estás haciendo muy bien, Phoe.

La comadrona desaparece y miro a Jake. Me aparta los mechones de pelo sudorosos detrás de la oreja y me sonríe.

—Puedes hacerlo —me asegura—. No pienso moverme de aquí…

Siete horas después…

Llevo diez horas de parto y lo único que ha ocurrido es que el cuello del útero por fin se ha dilatado lo suficiente para que la cabeza del bebé quepa por mi pelvis. Pero la última hora ha sido como intentar mantenerme a flote en medio del océano. Jake ha salido de la sala de partos hace unos minutos para ir al baño y beber algo. Estuvo resistiéndose hasta que Julia y yo conseguimos echarlo.

—¡Hola!

Oigo una voz repleta de alegría y veo a mis amigas que vienen hacia mí.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —jadeo, cerrando los ojos mientras siento un pinchazo en el estómago.

—¡Relevar a Jake! —dice Joy, alcanzando la mano que Jake sostenía—. Está fuera comiendo y bebiendo algo. Denver le ha obligado.

—Vale —gimo—. Pero no puede perdérselo, ¿vale?

—Le pillaremos por banda en cuanto la cosa se ponga seria —me asegura Sienna, poniéndose al otro lado de la camilla con Millie—. Bueno, si quieres desahogarte y hay algo que no quieras decirle a Jake… este es tu momento.

—Os quiero, chicas… —sollozo—. Sois las mejores amigas que podría tener…

No dicen nada y me sonríen. Llega otra contracción y aprieto la mano de Joy.

—Madre mía… —jadea Millie mientras mira entre mis piernas.

Mi amiga palidece y suelta:

—No creo que pueda hacer esto… Lo siento.

—No lo sientas —le respondo—. No pasa nada si quieres irte.

—No —dice para mi sorpresa—. Vamos a superar esto juntas. Dentro de unos años, puede que necesite que hagas lo mismo por mí. Sé que Darren no lo conseguirá. Ni de coña. Es un desastre con los nervios.

—Denver también —Sienna se ríe—. Ya me ha dicho que no va a pasar por eso conmigo. Tienes suerte de que Jake esté aquí…

—Sí —resoplo y llega la siguiente contracción.

—Lo estás haciendo muy bien, reina —me dice Joy—. Intenta concentrarte en la respiración. Eso es… Uno, dos y… respira, Phoe.

—¡¿Qué crees que estoy haciendo?! —grito—. Hay algo en mi vagina que está intentando salir y que no debería estar ahí. Joder… ¡No dejéis jamás que esos imbéciles de fuera os preñen!

Las tres sueltan una risita que me hace reír. Afortunadamente, mi cuerpo descansa y me desplomo sobre la almohada, sudando.

—Debo de estar de un sexy ahora mismo… —murmuro, y ellas sonríen.

La puerta de la sala de partos se abre de nuevo y Julia se acerca a mí.

—Veo que te has buscado un buen equipo… —dice alegre—. Bueno, está bien que Jake descanse un rato.

Creo que a mí también me vendría bien un descanso, pero nadie me ha preguntado.

—Ajá… —respondo y me encuentro con su mirada—. ¿Cuánto falta?

Julia me mira entre las piernas y asiente.

—La cabeza debería salir pronto —dice—. Llamaré al médico.

Vuelvo a asentir y me giro hacia mis amigas.

—Vamos a decírselo a Jake —dice Millie—. ¡Venga, Sienna!

Sabía que esas dos no durarían mucho. Joy me sonríe y me echa el pelo hacia atrás.

—El traumita les va a durar toda la vida… —dice.

—¿Y a ti no?

—Bueno, Jake me hizo prometer que no te dejaría sola. Fue su única condición para que aceptara cenar con Denver. Y no pienso abandonarte, Phoe. Venga, que en nada estás.

El médico entra en la sala de partos y me hace un gesto amistoso con la cabeza.

—Hola. Soy el Dr. Gregory.

—Hola —decimos Joy y yo al unísono.

—¿Cada cuánto tienes las contracciones? —pregunta, poniéndose los guantes blancos que le entrega una enfermera.

Julia le informa y él asiente.

—¿Estás preparada para la fase final del parto?

—¿Acaso tengo elección? —contesto.

Parece muy joven. Puede que tenga unos treinta y pocos, pero no mucho más. Menos mal que Jake aún no ha llegado. Está claro que no le va a gustar que este hombre tan guapo me meta la mano entre las piernas, aunque sea su trabajo.

—¿Aún tienes sentido del humor, a estas alturas del parto? —comenta—. Me gusta tu actitud. Bueno, las próximas contracciones serán las peores… Las más intensas, digamos.

—¿Cómo que las peores? —susurro y él asiente.

—Bueno, son las contracciones que traerán a tu bebé al mundo.

—Vale —digo, mirando a Joy—. ¿Te enfadas si quiero que Jake esté conmigo?

—No —responde inmediatamente, soltándome—. Voy a buscarlo.

—No, lo haré yo —dice Julia—. Si él no está fuera ya, Phoenix no debería quedarse sola.

Joy asiente y Julia va hacia la puerta. Miro de nuevo al doctor Gregory y sonríe.

—Con la próxima contracción, saldrá la cabecita ya —me dice—. Eso significa que ya casi está. Vas a tener que apretar los dientes durante los próximos minutos…

—Vale —sollozo y miro hacia la puerta, que por fin se abre.

Julia entra en la sala, seguida de Jake, y me alivia verle. Joy me sonríe y me da un beso en la frente.

—Cuando vuelva a verte, estarás con tu hija en brazos.

—Gracias por todo…

—De nada —dice, apretando la parte superior del brazo de Jake mientras pasa.

Le tiendo la mano y él la coge inmediatamente.

—Dr. Gregory —El médico se presenta—. Supongo que eres el padre, ¿no es así?

—Sí —dice Jake, tan reservado como esperaba—. Soy el padre.

—Sigue hablando con tu novia.

Es evidente que no tiene ni idea de que no estamos juntos. Pero eso no me molesta. Me gusta que crea que somos pareja. El médico añade:

—Las próximas contracciones van a ser muy intensas.

Tiene razón. Una y otra vez, mi cuerpo llega al límite de lo que puedo soportar. Me siento aturdida mientras el dolor se intensifica y luego aminora. Estoy exhausta. Apenas logro escuchar las indicaciones del Dr. Gregory, y la voz de Jake también se desvanece.

—Vamos, una vez más —dice el Dr. Gregory—. Ya casi está…

Lo siguiente que oigo es un fuerte lloriqueo. Unas manos deslizan una máscara de oxígeno en mi boca.

—¡Phoenix! —La voz de Jake resuena en la sala de partos, pero como un eco lejano—. ¡Quédate conmigo!

Y entonces todo se vuelve negro.

***

Parpadeo, lucho contra la luz cegadora y abro los ojos con cuidado. Me duele el cuerpo, sobre todo la tripa.

¡Mi bebé!

¡El parto!

¡Jake!

—¡Jake! —grito, abriendo los ojos de golpe—. ¿Dónde está Jake?

Entonces me doy cuenta de que estoy en una enorme habitación de hospital. Las paredes están pintadas de blanco. Un televisor de pantalla plana cuelga de la pared del fondo, y debajo hay una mesa de madera con dos cómodos sillones de cuero y un frutero encima. Hay un ventanal, algo poco común en un hospital, cubierto con unas cortinas poco tupidas de color azul claro.

¿Qué clase de habitación es esta? Me siento como en un hotel. Sin embargo, el pitido de un monitor a mi lado y las agujas en mi brazo que terminan en una vía me confirman que estoy en un hospital.

—Aquí estamos —dice Jake, y lo miro.

Sostiene algo entre los brazos, envuelto en una manta rosa.

—Estamos bien…

—¿Qué…? ¿Qué me ha pasado? —pregunto con cautela cuando se abre la puerta y entra una enfermera.

—Te desmayaste después de la última contracción y te quedaste dormida.

—¿Qué? ¿En serio? —jadeo—. ¿Y luego… qué?

—Pues seguiste durmiendo unas cuantas horas —explica Jake—. Ya es por la mañana.

Atónita, le miro fijamente y luego a la enfermera, que comprueba mis constantes vitales y la vía.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco confusa —respondo—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Diez horitas. Son las 8:30 h y tu hija nació anoche.

Estupefacta, miro a Jake. Sonríe y se inclina hacia mí. Por fin veo por primera vez a nuestra hija. Tiene la cara un poco arrugada y la cabeza cubierta de una maraña de pelito castaño oscuro, como la de Jake.

—¿Es ella? —pregunto, un poco nerviosa, sin saber qué hacer.

Jake asiente con una sonrisa.

Siempre pensé que, después de nacer, la pondrían sobre mi pecho, cubierta de sangre y de esa cosa blanca… Entonces me imaginé que mi novio se agacharía, me besaría y me felicitaría y me diría lo bien que lo había hecho. En lugar de eso, va y me desmayo, me quedo diez horas roque y mi hija está recién bañada. ¡Parece salida de un huevo!

Fantástico… Esto solo podría pasarme a mí.

—¿Puedo cogerla? —le pregunto, aunque no estoy segura de si debería.

No quiero volver a desmayarme y dejarla caer.

—¡Claro que sí! —dice, mirando a la joven enfermera, que también asiente.

—Le hemos estado dando el biberón, pero imagino que querrás darle el pecho, ¿no? —pregunta la enfermera, y yo asiento.

Incómoda, dejo que Jake me ponga a nuestra hija en brazos y enseguida se me llenan los ojos de lágrimas. Aunque siempre lo había imaginado de otra manera, la sensación de tenerla en brazos puede conmigo.

—Madre mía… —sollozo, apartando la manta en la que está envuelta—. Es… increíble, ¿verdad?

—Sí —dice Jake, acariciándole la cabecita—. Denver se echó a llorar en cuanto la vio.

—Soy la última en verla, ¿no? —pregunto, mientras me vuelven a brotar lágrimas de los ojos—. Lo siento mucho, yo…

—¡Maldita sea! —murmura Jake, sacudiendo la cabeza—. Debería haberme callado. En fin, después de que te durmieras y me calmaran un poco diciéndome que tu cuerpo necesitaba descansar, me la dieron. No podía hacer nada por ti, así que me encargué de la peque. Y bueno, salí al pasillo con ella. Todos nos estaban esperando.

—Sí, ya… —digo, disimulando mi decepción con una sonrisa—. ¿Y dices que Denver se quedó boquiabierto?

—Sí… —dice Jake—. No quería devolvérmela.

Me hace gracia que un bebé pueda emocionar tanto a mi hermano. Le toco la naricita con el dedo. Sonriendo, miro a nuestra

hija y ella lloriquea un poco.

—Creo que quiere volver contigo… —murmuro, a punto de entregársela a Jake cuando la enfermera se ríe.

Había olvidado que seguía allí.

—Tiene hambre… —me dice—. Pásasela un segundo y yo te ayudo.

Jake me quita a la niña y ella sigue llorando en sus brazos. Sinceramente, eso me tranquiliza, porque temía que fuera por mi culpa. La enfermera baja un poco la sábana para que pueda descubrirme los pechos y me ayuda a inclinarme hacia delante. Frunzo los labios porque me duele el abdomen.

—Todavía llevas una sonda urinaria —me dice—. Te la quitaremos cuando termines de darle el pecho. Así podrás lavarte y vestirte en el baño.

—Vale —digo, inclinándome ligeramente hacia delante para que pueda desatarme el lazo de la bata que me rodea el cuello.

La enfermera me ayuda a quitármela y la deja sobre la sábana. Me siento de todo menos cómoda, allí sentada y desnuda delante de Jake. Pero cuando le miro, él solo tiene ojos para nuestra hija y me sonríe brevemente.

Tener al bebé en brazos le hace parecer muy sexy. Le sienta bien.

—Pon a la niña en brazos de tu novia para que pueda llegar al pezón derecho, por favor.

Jake hace lo que ella le dice y me entrega al bebé. Con la ayuda de la enfermera, le coloco el pezón en la boquita. Mi nena lo encuentra inmediatamente en cuanto la ayudamos.

—¡Se ha cogido! —digo casi gritando, mirando a Jake—. Se ha cogido…

Sonríe y se sienta en la silla junto a la cama.

—Cuando haya terminado, llamadme —dice la enfermera—. Luego acompañaré a la mamá al baño.

Jake asiente y ella se va.

Ahora estamos solos con nuestra hija, que se aferra plácidamente a mi pecho.

—¿Qué clase de habitación de lujo es esta? —pregunto mirando a mi alrededor—. Esta no nos la habían enseñado.

Los ventanales flanqueados por esas cortinas azul claro y la lujosa televisión en la pared de enfrente huelen a ricachón. Luego está el hecho de que estoy sola en la habitación y, en lugar de una cama supletoria, hay un sofá con la bolsa de deporte de Jake encima. También hay una mesa muy bien puesta.

Se ríe y acaricia la cabeza de nuestra hija.

—Millie te la asignó. Anoche te pusieron en una habitación normal, pero a ella no le gustó, así que pagó para que te pusieran en el ala del hospital con habitaciones privadas.

—Será posible… —jadeo, mientras me sube el calor a las mejillas —. Qué vergüenza…

—Deberías darle las gracias. Había tres madres más en la otra habitación. Aquí tenemos intimidad.

—Bueno, eso es verdad —le digo—. Espero no haberte asustado demasiado…

Jake oscurece los ojos y traga saliva.

—No vuelvas a hacerme algo así… —me amonesta—. Creía que te habías ido para siempre, joder… Pensé que iba a tener que criarla yo solo cuando se te pusieron los ojos en blanco.

—Lo siento —murmuro—. No era mi intención. Es que me sentía tan cansada…

—No pasa nada —me tranquiliza de inmediato—. La peque está bien.

—Y dale con lo de «la peque» —suelto—. ¿No tiene nombre?

—Todavía no —responde Jake—. No quería decidirlo sin ti.

Le sonrío y asiento.

—Bueno, pues… —digo, mirando de nuevo a nuestra hija y luego a él—. Bienvenida al mundo, Charlotte Sadie Sullivan.

La cara que pone Jake cuando anuncio el nombre que tanto deseaba no tiene precio. Se le llenan los ojos de lágrimas y se inclina hacia mí. Estuvimos discutiendo acerca del nombre durante horas y al final lo aceptó. Accedió a llamarla Ivy Sadie Jones, pero ahora no puedo hacerlo. De no ser por él, no estaría aquí. Estas últimas semanas, él ha sido mi mundo. Y bueno, no me disgusta Charlotte y

estoy dispuesta a que se apellide Sullivan. Los hijos de Denver llevarán nuestro apellido, así que será suficiente.

—¿Hablas en serio? —pregunta, completamente abrumado—. ¿Se va a llamar Charlotte y a apellidarse Sullivan?

—Sí —respondo, pasándole la mano por la mejilla—. De no ser por ti, habría pasado las últimas horas con su tío… Quién sabe cómo habría acabado eso. Eres su padre y me has salvado estas últimas dos semanas, Jake. Nunca lo habría logrado sin ti.

Se me pasa por la cabeza un «te quiero», pero no lo digo.

—Bienvenida, Charlotte Sadie Sullivan —dice, repitiendo mis palabras—. Te queremos.

—Te queremos… —susurro, y él se inclina y me cubre la boca con la suya.

Es la primera vez que nos besamos desde que volví a Chicago. Lo cual es un poco raro, porque llevamos semanas compartiendo cama y cada vez intimamos más. Suspiro y abro los labios. Jake acepta encantado la invitación y me desliza la lengua en la boca. Nos besamos apasionadamente antes de que el pitido del monitor al que estoy conectada nos interrumpa. Jake se separa y levanta las cejas.

—Te estoy excitando mucho, ¿verdad? —me pregunta, sonriente, mientras me acaricia la mejilla—. Tienes el pulso por las nubes.

—Bueno, así probamos cuánto puede aguantar este aparato —respondo con picardía.

Jake se inclina sonriente y vuelve a besarme. Suspirando, me rindo al beso y oigo el pitido incesante de mis constantes vitales.

17

Phoenix

Un mes más tarde.

Las últimas semanas han pasado volando. No asumí de verdad que era madre hasta que nos dieron el alta en el hospital.

Charlotte requiere de toda mi atención las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y la quiero con locura. Nunca creí que fuera cierto lo de que no hay amor más grande que el que se siente por un hijo. Desde el minuto uno, aunque con diez horas de retraso, cuando me permitieron tenerla en brazos, lo ha sido todo para mí. Charlotte es mi vida y no pienso renunciar a ella jamás, pero también exige mucho de mí.

Pasa las noches inquieta y tengo que darle el pecho varias veces. Durante el día es más fácil, pero solo porque mi madre me ayuda. La coge de vez en cuando y la mece hasta que se duerme. Eso me da tiempo para ducharme, comer algo o poner los pies en alto durante diez minutos. Pero sigo siendo la principal responsable de mi niña.

Jake me visita todos los días. Sigue viviendo en su apartamento con Tyler, pero cuida de su hija cuando el tiempo se lo permite. Hace todo lo que puede por mí: la baña, le cambia los pañales, la acuna para que se quede dormidita… Pero por la noche estoy sola con ella. Mi madre, Madison y John me han dicho que puedo despertarles cuando quiera, pero no soy capaz de hacerlo. Necesitan dormir.

A veces me da miedo hacerlo todo sola por la noche, pero no quiero pedirle a Jake que se quede conmigo. Necesita dormir para poder concentrarse al máximo en los entrenamientos y partidos. La situación no es ideal, pero nos las apañamos.

Después de que me besara cuando le anuncié que se iba a llamar Charlotte, me sentí completamente abrumada. Se me aceleró el corazón y me sentí como si las mariposas de mi estómago hubieran montado una fiesta. Fue perfecto.

Nuestra hija interrumpió el segundo beso. Charlotte estaba llena y nos lo dijo en voz alta. Jake se separó de mí y desde entonces no ha vuelto a intentar intimar conmigo. Es como si todo lo que deseaba antes del parto se hubiera esfumado: las miradas, las caricias, las insinuaciones… Todo ha desaparecido. Estamos en punto muerto y eso me está matando. Le quiero y lo único que deseo es formar una familia con él, pero parece que Jake no busca lo mismo.

Saco a Charlotte de la cuna y me la pongo en el hombro.

—¿Puedo cogerla? —pregunta Millie.

Asiento con una sonrisa y se la doy.

—Cuidado con la cabecita —le digo a mi amiga—. Y si llora, mécela suavemente. Así volverá a dormirse.

No es verdad que se duerma, pero no se lo digo a Millie. Sostiene a mi hija con cuidadín y me sonríe.

—¿Cómo te va con Jake? —me pregunta, metiendo el dedo en la llaga.

Suspiro y me echo hacia atrás.

—A cámara lenta —me quejo—. Pensaba que… bueno, que intimaríamos más cuando me sintiera más cómoda con mi cuerpo después del parto, pero nada de nada. A Jake solo le interesa Charlotte, lo cual es genial, pero de alguna manera… me molesta.

—¿Has hablado con él de todo esto?

—¿Hablas en serio? —pregunto—. ¿Alguna vez le has hecho una llamadita de atención a Darren?

—No compares ambas situaciones —contesta Millie—. Te desmayaste después de tener el bebé. Jake pensó que te había perdido. Quizá tiene miedo de hacerte daño si… bueno, si se acerca a ti.

—¡Eso es mentira!

—¿Mentira? ¡Estuviste semanas sin dejar que te tocara porque no te sentías a gusto! No creo que lo haga a malas; probablemente también esté rayado.

—¡Eso fue algo completamente diferente! —No entiendo adónde quiere llegar—. Entonces parecía un hipopótamo…

—Bueno, puede que Jake piense que todavía no estás bien y que el estrés de Charlotte te está afectando.

—Bueno, eso es verdad… —le digo—. Es un bebé…

—¿Ves? —dice mi amiga, guiñándome un ojo—. Y puede que Jake no quiera presionarte. Me atrevería a decir que hay algo que quizá os ayude a acercaros de nuevo, pero no sé si es posible con Charlotte…

—¿Y qué crees que se puede hacer?

Esta conversación se está volviendo un poco molesta.

—Hacer una fiesta. Celebrar que ha nacido la niña.

—Olvídalo —suspiro—. Charlotte no puede estar sin mí durante horas y no quiero que lo esté.

—Ya, tienes razón… —dice Millie inmediatamente—. Perdona…

—No tienes por qué disculparte —respondo, masajeándome las sienes—. Me gustaría volver a hacer algo normal, pero no se puede. Jake sigue con su vida: va a los entrenamientos, queda con los chicos y está menos presente para Charlotte. No digo que no la cuide: lo hace. Es solo que pasa mucho menos tiempo con ella. No deja que el bebé rija su vida.

Millie asiente en señal de comprensión.

—Sinceramente, no sé qué decirte —dice un poco abatida—. Siento que no haya salido como tú querías…

—Quizá no estemos hechos el uno para el otro…

Con tristeza, me encojo de hombros y miro a Charlotte, que sigue durmiendo en brazos de Millie.

—¿Alguna vez pensaste que había algo entre Darren y yo? —me pregunta bruscamente.

—No —digo y Millie alza las cejas—. Lo vuestro me dejó sin palabras.

—Aunque suene raro viniendo de mí y es algo que nunca habría hecho con Darren, ¿por qué no le preguntas si quiere quedar algún día? Tu madre puede cuidar de Charlotte o puedes llevártela. Será como si fuerais una familia.

—No puedo hacer eso —le digo—. Sería humillante. ¿Y si Jake accede, pero solo porque siente que tiene que hacerlo? Sobre todo si nos llevamos al bebé. Será muy raro…

—¿Acaso no lo es ahora?

—Da igual…

—¡Pregúntale!

—¡Que no!

Millie se ríe. Luego le suena el móvil y lo coge.

—Darren pregunta si queremos salir a cenar con ellos.

—¿Quién más va a ir? —pregunto, cogiéndole a Charlotte para ponerla en la sillita Maxi-Cosi[1].

—Tyler, tu hermano y Jake.

—Vale —le digo sonriéndole.

Millie le dice a Darren que vamos y yo empiezo a recoger los trastos. Con un bebé, una tiene que llevar mil cosas…

***

Millie y yo entramos en el restaurante con el cochecito y nos acercamos a la mesa donde están sentados los chicos.

—Mira, hay una silla vacía al lado de Jake —susurra Millie y yo pongo los ojos en blanco.

—Eres una plasta… —refunfuño.

Darren levanta la mano al vernos. Jake y Denver también se dan la vuelta. Están sentados uno al lado del otro, frente a Darren y Tyler. Me alegro de que las cosas se hayan calmado entre ellos y que sigan siendo mejores amigos, como antes. Aunque hay ciertos temas que siguen siendo tabú para Denver y sé que le cuesta no meterse cuando Jake y yo hablamos de ciertas cosas delante de él.

—Hola, cariño —dice Darren mientras se levanta.

Besa suavemente a su novia y le acerca una silla. Tyler se aparta un poco para que Millie pueda sentarse junto a Darren y Jake se levanta.

—¡Hola! Siéntate al lado de Denver. Yo me muevo.

—Gracias —respondo, sentándome al lado de mi hermano.

Denver me abraza y mira a Charlotte.

—¿Cómo estás? —pregunta—. ¿Todo bien con Charlotte?

—Estoy bien, y sí —respondo—. Anoche durmió tres horas seguidas.

—¿Eso es mucho? —pregunta Tyler y yo me río.

—Ese es su récord hasta ahora —suspiro—. De normal duerme apenas dos horas; y a veces una, y luego se despierta.

—¿Porque tiene hambre? —pregunta.

—La mayoría de las veces —respondo—. Pero no siempre. Desde que nació, no he dormido del tirón ni una sola vez.

Sonrío, aunque me cuesta. La falta de sueño me está afectando, y nadie puede ayudarme, porque nadie más que yo puede amamantarla y reconfortarla por la noche.

—Y sigues estando increíble —me felicita Darren guiñándome un ojo.

Me sonrojo un poco y le sonrío. Me alegra oír que sigo estando guapa.

—Gracias, Darren —le digo—. Eres muy amable.

—Es la verdad —dice—. Cuesta creer que tuvieras ese barrigón hace tan solo unas semanas…

—Ya has tenido que cagarla… —gimo, y Millie pone los ojos en blanco.

—No le hagas caso —dice Jake, sentándose a mi lado con Charlotte en brazos—. Hace unas semanas estabas preciosa.

Debo haberme puesto roja como un tomate y me muerdo el labio, avergonzada. Millie me sonríe y yo desvío la mirada. Me siento muy incómoda.

—¡Hola!

Una voz armoniosa me hace dar un respingo y levanto la vista. Casi se me había olvidado que Virginia trabajaba aquí, pero solo casi. Nos sonríe y, al verme, levanta las cejas. Sus ojos pasan de mí a Jake y a Charlotte, que está en sus brazos.

—Ese bebé te sienta bien —le felicita—. Aunque espero que no sea tuyo…

Se me humedecen los ojos y, antes de que nadie pueda reaccionar, me levanto de un salto y me pongo delante de ella.

—Haz tu trabajo y cállate un rato —la regaño—. Y sí, es su hija. ¿Tienes algún problema?

—¿Qué me va a importar a quién deje preñada? —contesta ella, riendo con dureza—. Mientras no me haga un bombo a mí… Tienes muy buen aspecto para alguien que estaba a punto de reventar hace unas semanas…

Jadeo y Denver se pone de pie.

—No le hables así a mi hermana —gruñe, pero lo empujo y miro a Virginia.

—¿Estás aquí para tomar nota y ganar dinero o solo para ligar con Jake?

Jake nos mira y levanta las cejas. Una sonrisa de satisfacción aparece en sus labios y sé lo que está pensando. Sí, estoy celosa. Aun así, me resulta difícil imaginarme a esos dos acostándose. El hecho de que yo no haya querido follar en las últimas semanas no lo hace mejor. Ahora que ha nacido nuestra hija, las cosas son diferentes y Virginia parece querer meterse en todo este asunto.

—Buenooo… —dice, sacando su libretita—. ¿Qué queréis de beber?

Vuelvo a sentarme y cojo a Charlotte porque tengo que mantenerme ocupada. Jake me mira de nuevo y se vuelve hacia Virginia. Sin embargo, me pone la mano en el muslo y me da la seguridad que, extrañamente, necesito delante de la muy imbécil.

Los demás van pidiendo y acabo diciendo:

—Yo quiero agua.

Ella lo anota todo y vuelve a desaparecer.

Respiro hondo mientras los demás empiezan a hablar de la temporada de fútbol y Millie opina al respecto.

Centro mi atención en Charlotte y sonrío al ver que está dormida.

—Oye, no es por nada, pero… —Jake susurra y su cálido aliento me roza la concha de la oreja, lo que me provoca un escalofrío—. Ha sido muy sexy verte tratar así a Virginia…

—¿Qué? —le pregunto, sorprendida.

—Ya me has oído —Me guiña un ojo, divertido—. Me resulta muy sexy verte así de celosa…

—No estoy celosa —le aseguro—. ¿Quieres cogerla otra vez?

—No me cambies de tema.

—¿Quieres o no? —insisto, lo que no hace más que confirmar su teoría.

—Me gustaría cogerla en brazos —dice Tyler de repente.

Le dirijo una mirada avergonzada; no me había dado cuenta de que alguien podría estar escuchando.

—Si te parece bien, claro… —añade.

—Claro que sí —me apresuro a decir—. ¿Puedes…?

Jake asiente y coge con cuidado a Charlotte. Da la vuelta a la mesa con ella en brazos y se la entrega a su amigo. Este sonríe y mira a nuestra hija. Me parece preciosa la forma en la que Charlotte ablanda los corazones de estos jugadores de fútbol rudos y que se hacen los machos. Lo consigue a todas horas.

—Es curioso que solo haga falta un bebé para que os pongáis tan moñas… —comento.

Millie se ríe suavemente y los chicos ponen los ojos en blanco.

—Tiene mi carisma —dice Jake, sentándose a mi lado—. Es imposible no caer rendido ante sus encantos…

Levanto las cejas y me río. Ojalá no fuera en serio, pero es el caso.

—Funcionó contigo, ¿verdad? —me dice—. Y el resultado está en los brazos de Tyler.

Denver resopla y yo le doy un golpecito en el hombro, riéndome. A mi hermano no le molan esos comentarios; probablemente nunca se acostumbre.

—¿Tienes algo que decir? —le pregunto dulcemente, mirándole.

Denver me devuelve la mirada y niega con la cabeza.

—No importa lo que diga. Eso no hará que desaparezcan las imágenes de mi cabeza…

Jake me rodea con el brazo y tira de mí. Una sensación reconfortante me recorre y me da esperanza. Quizá no esté librando una batalla perdida. Tal vez siga interesado en mí.

Denver vuelve a gemir y parece casi aliviado cuando Virginia llega con nuestras bebidas y puede pedirse algo para comer.

—Bueno, bueno… —dice Tyler, entrecerrando los ojos—. El bebé huele que apesta…

Jake y yo levantamos las cejas y finalmente soy yo quien se levanta y releva a Tyler.

—No hagas caso a tu tío el borde… —murmuro mirando a mi hija —. No hueles que apestas.

Menudo pestuzo…

El pañal está llenito, pero no lo admito delante de Tyler. Parece que aún se está recuperando del golpe.

—Perdona —le digo a Virginia—, ¿dónde puedo cambiarla?

—Hay un cambiador en el baño de movilidad reducida.

—Gracias —respondo, llevando a la peque hasta el cochecito y cogiendo la bolsa de los pañales.

—Voy contigo —dice Jake.

—¿Qué queréis comer? —pregunta Denver antes de que nos vayamos.

—Quiero una hamburguesa con *chips* de boniato[2] —digo, y Jake asiente.

—Lo mismo para mí.

Entramos juntos en el baño, cerramos la puerta tras nosotros y pongo a Charlotte en el cambiador.

Jake abre la bolsa y me da el pañal nuevo y las toallitas. Desvisto a Charlotte y le pongo el pañal nuevo.

—¿De verdad creías que no olería? —pregunta, arrugando la boca al coger el pañal con el pastel.

—No —admito—. Pero no quería darle a Tyler esa satisfacción.

—Por Dios… ¡Vaya plasta[3]! —dice, y luego me pone una mano en la espalda mientras visto a nuestra hija.

Intento ignorar su tacto, pero no puedo. Vuelvo a pensar en las palabras de Millie. Quizá debería preguntarle a Jake si…

—¿A qué hora tienes entrenamiento mañana?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda siquiera pensar.

—Por la mañana —dice, tirando el pañal sucio a la basura—. ¿Por qué lo preguntas?

Se me sube el calor a las mejillas, como si hubiera visto a través de mí. Nerviosa, me muerdo el labio.

—Estaba pensando que… bueno… quizá podríamos hacer una excursión mañana por la tarde. Al lago Míchigan, con Charlotte.

Le miro y se me acelera el corazón. Me ha costado lo suyo decirle a Jake de quedar. De repente, pienso que las cosas eran mucho más sencillas antes de que llegara Charlotte. Pero ya no puedo retirar la pregunta.

—Claro que sí —dice—. Buen plan. Paso a por ti sobre las doce. ¿Crees que podrás apañártelas con tu horario de comidas?

Siempre me sorprende lo considerado que es.

—Le daré le pecho justo antes de que llegues, así que tendremos tres horas de paz.

—Genial —confirma—. Entonces la llevaremos mañana al lago Míchigan.

Le sonrío y me vuelvo hacia nuestra hija. Me invade la emoción por la excursión de mañana. ¿Quién sabe? Quizá sea un paso en la buena dirección.

---

[1] *N. de la T*. Marca de cochecitos, tronas y otros accesorios para bebés.

[2] *N. de la T*. Guarnición de boniato frito.

[3] *N. de la T.* Se refiere al pañal.

18

Jake

Durante las últimas dos semanas, he vivido en una montaña rusa de emociones. Para empezar, creí que Phoenix moriría en la sala de partos, pero luego resultó que se quedó dormida ni más ni menos que diez horas. Cogí a Charlotte en brazos y me entró el agobio del siglo. Sin Phoenix, las primeras horas con ella fueron una pesadilla. Por un lado, estaba contentísimo, porque nuestra hija había llegado al mundo y, por otro, no podía quitarme de la cabeza el miedo de perder a Phoenix.

Afortunadamente, todo fue bien y ahora ya nos hemos hecho a la idea de que somos padres. O al menos, eso creo.

Sigo pensando en nuestro beso en el hospital. En aquel instante, me sentía tan en sintonía con Phoenix, con nuestra hija y en general, con el mundo, que solo pude sacar lo mejor de mí. No podría haber hecho nada mejor que besar a Phoenix y no me arrepiento. Por desgracia, tuvimos que separarnos demasiado pronto y, desde entonces, vamos muy, pero que muy despacio. No quiero acercarme demasiado a ella y presionarla. Tengo que andar a tientas para ver lo que quiere Phoenix.

La quiero a ella y a Charlotte, pero ahora mismo no tengo ni idea de cómo seguir adelante. Tyler me ha dicho que está dispuesto a mudarse para que podamos vivir los dos en el apartamento. De todos modos, anda que no queda para dar ese paso… Todavía tenemos muchas cosas que resolver. Quizá la excursión de hoy sea un buen comienzo.

Me sorprendió que Phoenix me preguntara ayer si quería ir de excursión por la tarde con ella y Charlotte. Hasta ahora, no había habido indicios de que quisiera que pasara tiempo con ellas.

Aparco el coche en la entrada de casa de los Jones y salgo. Antes de llegar a la puerta principal, Phoenix la abre y sale. Lleva el bolso colgado del hombro y unos vaqueros negros ajustados que moldean sus largas piernas. Ya no tiene el vientre tan plano como antes de

quedarse embarazada, pero ¡qué más da! Está preciosa; siempre lo ha estado. Además, la nueva Phoenix puede abrirse más a mí. Empezando por esas piernas tan bonitas, para luego apretarme con ellas.

Joder…

No he tenido sexo desde dos semanas antes de que ella volviera a pisar suelo estadounidense. Una eternidad, vaya.

Encima de esos vaqueros tan sugerentes, lleva un fino top de satén que deja ver sus pechos. No parece un conjunto con el que planee darle el pecho a la niña en las próximas horas. Y tampoco es nada que me impida meterle mano, con las ganas que le tengo. Lo sabe de sobra…

—Hola —la saludo con una sonrisa.

—Hola —responde Phoenix.

Según se acerca, percibo el tono intenso de su maquillaje.

—Estás guapísima —le digo, haciéndole el cumplido que se merece.

Phoenix se sonroja, lo que me hace sonreír. Luego añado:

—Bueno, siempre lo estás…

—Creo que no luzco igual sin maquillar y con la babilla de Charlotte en el hombro.

Me río y doy otro paso hacia ella. Phoenix me devuelve la mirada y, cuando la atraigo hacia mí, me pone las manos en el pecho. Siento su calor a través de mi fina camiseta.

—También estás preciosa haciendo de mamá —le digo con sinceridad—. Supongo que ahora estás guapa de una forma distinta…

—Distinta, ¿eh?…—Se ríe—. Ya veo por dónde vas. Hacía tiempo que no me veía así vestida, ¿verdad?

Estoy a punto de contestar, pero entonces John sale por la puerta principal con una sillita portabebés Maxi-Cosi y un cochecito.

—Deja que te ayude —le digo, pasando junto a Phoenix para cogerle la sillita.

Charlotte está haciendo lo que mejor se le da: dormir. O al menos eso es lo que hace en mi presencia. Phoenix la ha visto en todas sus facetas. Charlotte tiene la cabecita ligeramente girada

hacia un lado y está tumbada bajo su mantita rosa con las iniciales «C.S.». En la cabeza lleva un gorrito para protegerse del sol.

—Gracias —dice John—. ¿Os meto el cochecito en el maletero?

—Sí, por favor —respondo, sonriendo mientras Phoenix y yo llevamos la sillita al coche.

La coloco en el asiento trasero y la sujeto con facilidad.

—Gracias por la ayuda —le dice Phoenix a su padrastro antes de despedirse.

—Sin problemas —responde él—. Que paséis buena tarde.

—Gracias —respondo después de dejar la bolsa de los pañales en la alfombrilla de detrás del asiento del copiloto.

Phoenix se sube justo delante de la peque y yo rodeo el coche para sentarme en el lado del conductor.

Me abrocho el cinturón, arranco el motor y miro a Phoenix. Una vez se lo ha abrochado, salgo de la plaza y conduzco hasta la calzada.

—¿Cuándo le has dado de comer? —pregunto, para asegurarme.

—Hace una media hora —responde—. He terminado poco antes de que llegaras.

—Vale —digo, sin saber muy bien de qué hablar con ella si no es de algo controvertido o de nuestra hija.

No creo que sea buena idea hablar del futuro, ni de Denver, ni siquiera de nuestros amigos, y puedo olvidarme de la universidad, porque ni siquiera sé si ella quiere ir. Ahora se dedica exclusivamente a Charlotte.

—¿Cómo va el entrenamiento? —pregunta de repente y saca así el tema del futuro.

—Bien —respondo, poniendo el intermitente y cogiendo el desvío en dirección al lago Míchigan.

—¿Ha ido algún cazatalentos a verte ya?

—No —le digo, sonriéndole—. No vienen hasta febrero, cuando se acerque el momento del *Combine*[1] y el *draft*.

—Ah, vale…

—¿Y tú?

Reúno todo mi valor y saco también el tema del futuro. Alguna vez tendremos que hablar de ello, ¿no? No nos queda más remedio.

—¿Qué planes tienes? —le pregunto.

—Bueno… —Intenta desviar la conversación—. Mi plan de futuro está dormidito en el asiento trasero.

Era obvio que esa iba a ser su respuesta; debería haberlo adivinado. Charlotte es la mejor excusa para no tener esta conversación.

—¿Y el plan a largo plazo? —Me aventuro un poco más.

—Me has pillado —dice Phoenix, mirando por la ventana—. No tengo ni la menor idea…

—Phoe —Suspiro—, tiene que haber algo que te interese. Quiero decir, no puedes pasarte la vida…

Bueno, ¿qué le digo exactamente? ¿Que no puede ser solo madre, hermana, novia? Vaya comentario. Siempre la apoyaré económicamente; es algo que le debo por criar prácticamente sola a nuestra hija. Una hija a la que probablemente solo vea cada pocas semanas en primavera, cuando Phoenix se quede aquí en Chicago con ella.

No quiero ni pensar cómo será no tener a Charlotte y Phoenix a un tiro de piedra cada día. Pero bueno, en algún momento, Charlotte se hará mayor y, con el tiempo, ya no necesitará los cuidados de su madre. Phoenix también tiene a Denver, es evidente, y la ayudará en el plano económico. Nunca la dejaría tirada, eso lo sé, pero tiene que haber algo que ella quiera hacer con su vida. Estoy seguro de que su hermano, al que ya le cabrea que no vaya a la universidad, se alegrará si encuentra algo a lo que dedicarse.

—¿Estás de parte de Denver y mamá? —pregunta de repente—. ¿Quieres que vuelva a la universidad y…?

—¿Cómo te ves dentro de diez o quince años? —le pregunto—. Yo tendré un trabajo, ¿pero tú qué quieres hacer?

—Para eso queda mucho tiempo. Ahora tengo que cuidar de Charlotte —contesta, esquiva—. Algo que debería parecerte una prioridad…

—Claro que es una prioridad. Aun así, creo que deberías hacer algo más con tu vida que ser madre.

—¿A qué se debe esta maravillosa opinión? —deja caer, y pongo los ojos en blanco.

Típico de Phoenix. Se pone en modo ataque cada vez que se da cuenta de que su argumento se tambalea. Eso pasó en la última pelea que tuvimos, cuando me acusó de dejarla embarazada y arruinarle la vida.

—Seguirías por ahí sin hacer nada si no fuera por Charlotte, Phoe…

Es hora de que alguien le diga lo que no quiere oír: la verdad. Estoy harto de que me culpen por este embarazo no deseado. Sí, le complicó la vida, y sí, en parte tengo la culpa, pero no puede seguir así. Si no fuera por el embarazo, ahora estaría en Australia o quién sabe en qué parte del mundo, ignorando su futuro.

—Deja de echarle la culpa al embarazo o de fingir que estabas bien antes de Charlotte. Eso es una mentira como una catedral.

—¿Puedes dejar de reñirme? —suelta.

—No hasta que te des cuenta de que hay más cosas en la vida que lo que estás haciendo.

—Pues no sé el qué… —admite finalmente—. No estoy hecha para la universidad.

—¿Y para qué estás hecha? —pregunto ahora en un tono más tranquilo—. Tiene que haber algo que te guste.

—¿Acaso importa? —contesta—. No soy Sienna ni Millie, yo…

—No tienes que ser Sienna o Millie, pero sí averiguar lo que quieres hacer con tu vida —contesto, un poco molesto—. Déjalo estar, anda…

—Entonces volveré a la universidad. ¿La economía te parece una buena opción?

—Lo que quieras… —suspiro.

No quería que nos peleáramos. ¡Maldita sea! Estaba deseando pasar la tarde con ella y Charlotte, y parece que ya la he cagado a lo grande. Por suerte, me doy cuenta de que hemos llegado al lago Míchigan. Cuando salgamos del coche, se nos pasará. El aire fresco nos ayudará a despejarnos, o al menos eso espero.

***

Dejo el coche en el aparcamiento junto al lago y salimos. Mientras saco el cochecito del maletero, Phoenix se encarga de Charlotte y la sillita. La coge en brazos y la coloca en el cochecito. Cuelgo la bolsa de los pañales del mango y cierro el coche.

—¿Quieres llevarla o lo hago yo? —Señalo el cochecito.

—Toda tuya —dice Phoenix con una sonrisa.

Asiento y empujo el cochecito. Juntos echamos a andar hacia el sendero circular junto al lago. Caminamos en silencio, uno al lado del otro. La discusión en el coche nos pesa a los dos y no parece que sepamos salir de ahí.

—He estado pensando en sacarme la leche —dice Phoenix de repente, y yo la miro.

—¿Por qué?

—Me daría la oportunidad de ser un poco más libre —responde —. Podría estar fuera varias horas seguidas sin que se muriera de hambre.

—Si crees que es lo mejor, hazlo.

—¿No crees que lo sea?—dice, mirándome.

La conversación ha dado un giro tan tenso como la del coche, y estamos a punto de discutir una vez más.

—Phoe —le digo, parándome a mirarla—, te apoyaré en lo que creas conveniente. Si crees que es mejor darle el bibe, pues adelante. Sácate la leche, me parece bien.

—Vale —me dice sonriéndome—. Buscaré un sacaleches.

—Dime cuánto cuesta y te lo pago —le respondo—. Y no me discutas, por favor.

Phoenix sonríe y se acerca. Me roza el brazo con el suyo y la miro rápidamente.

—Gracias —susurra—; lo digo en serio.

Respiro hondo y cierro los ojos un segundo antes de continuar.

—Phoe… ¿Por qué estamos tan mal tú y yo?

Phoenix se detiene y me mira con los ojos muy abiertos. A juzgar por su expresión, no se esperaba que sacara el tema. Pero creo que es conveniente aclarar las cosas y tratar de solucionarlo.

—Me estás evitando, ¿verdad? —me acusa Phoenix.

Pasa por mi lado y empuja el cochecito en mi lugar.

Perplejo, me detengo y la miro. ¿De verdad cree que la estoy evitando? Esta chica me va a volver loco. ¿Cómo voy a estar evitándola? ¡No quiero presionarla, joder!

—¿Eso es lo que piensas? —pregunto con el mismo tonito—. ¿Que te estoy evitando?

—Es obvio, ¿no? —contesta irritada—. Desde que nació, has estado tan… distante. Antes estabas siempre conmigo. Después de que Denver se enterara, hasta te quedabas a dormir, ¿y ahora, qué?

Decepcionada, Phoenix sacude la cabeza antes de añadir:

—Claro… ahora Charlotte está en el mundo y ya no me necesitas.

La miro atónito. ¿Cómo puede una boca tan bonita soltar semejante gilipollez? Es absurdo que crea que ese era el motivo por el que estaba cerca de ella antes de que diera a luz.

—Pero ¿tú te oyes? Espero que no creas eso de verdad…

—Claro que lo creo —dice Phoenix—. De hecho, me parece más que plausible. Así te lo digo.

—¡Plausible! —Me río y la sigo mientras camina—. ¡Vaya gilipollez!

—¿Y por qué te comportas así? —grita, dándose la vuelta—. ¿Por qué no me dejas…? En plan, vale… ya sé que mi cuerpo no está exactamente igual que el año pasado, pero estoy en ello y…

Me quejo con todas mis fuerzas y la atraigo hacia mí, pero antes me aseguro de que el cochecito se mantenga en su sitio. Con las manos de Phoenix entre las mías, la miro fijamente. Tiene los ojos llenos de tristeza y enfado.

—No me importa tu figura —le digo—, pero que conste: estás preciosa.

—¡No lo dices en serio!

—¡Claro que lo digo en serio! —gruño—. También lo estabas embarazada y hace un año. De hecho, me gusta mucho el cuerpo que tienes ahora. Especialmente lo infladas que tienes las tetas.

—¡Pero serás burro! ¡Eso es una machistada!

—Pero querías oírlo, ¿verdad? —respondo con calma—. Estás buenísima, Phoe. Llevo semanas soñando con acostarme contigo. ¿Qué tiene que ver eso con el machismo?

Como era de esperar, se queda callada, lo que me hace sonreír. Sé que ella también está pensando en sexo, y espero que se anime a volver a la carga.

—Juré dejarte a tu bola y darte espacio. Y que eso te haga pensar que ya no te deseo… ¡Joder! ¡Es justo lo contrario de lo que quiero!

Bajo la cabeza y ella traga saliva de una forma bastante visible. Me acerco más a ella, me humedezco el labio inferior y cierro los ojos.

—Te deseo, Phoe —susurro—. Deseo que estemos los tres juntos: tú, yo y nuestra hija.

—Oh, Jake… —susurra ella, inclinándose hacia mí.

Le suelto las manos y le rodeo las caderas con los brazos, para atraerla contra mí. Mientras la estrecho entre mis brazos, siento los latidos del corazón de Phoenix, así como sus pechos perfectos y turgentes apretados contra mí.

—Yo también lo deseo —añade Phoenix.

Al escuchar sus palabras, siento que me va a estallar el corazón. Me acerco lo máximo que puedo a ella y la beso. La mecha de unos fuegos artificiales se prende en mi estómago cuando mi boca se hace con la suya. Phoenix me devuelve el beso con la ferocidad que esperaba. Me aprieto contra su cuerpo, bajo las manos hacia sus preciosas nalgas, que me vuelven loco, y se las agarro. Phoenix gime y yo aprovecho para meterle la lengua en la boca.

Los besos del hospital han quedado en el olvido. Este sí que es un beso de verdad: uno que recordar.

Cuando nos separamos, me sonríe y me pasa los dedos por la mejilla.

—¿Crees que aún podemos darnos una oportunidad? —le pregunto, apoyando la frente en la suya.

—Sí —responde ella, rodeándome el cuello con los brazos—. Claro que podemos.

A punto de explotar de alegría, miro a Phoenix y vuelvo a besarla.

[1] *N. de la T*. El *National Scouting Combine*, esto es, la exhibición nacional para la búsqueda de talentos, es un evento de cuatro días que permite a los cazatalentos de la NFL evaluar a los mejores jugadores universitarios elegibles para el *draft* del año. Los jugadores solo pueden acudir con invitación.

19

Phoenix

Dos semanas más tarde.

—¿Qué haces?

Jake está de pie detrás de mí con Charlotte en brazos, mirándome con escepticismo. Me giro hacia él y bajo la cinta métrica que tengo en la mano.

—Pues ya ves lo que hago —respondo, molesta—. Me estoy midiendo la cintura.

—Deberías estar midiéndote el cerebro —refunfuña, arrebatándome la cinta métrica de la mano—. Vale ya, Phoe. Te presionas demasiado.

Claro que me presiono, pero también lo hago por él. Quiero recuperar mi antiguo cuerpo lo antes posible, y eso no va a ocurrir sin una disciplina férrea y una cinta métrica. Puedo vivir con los pechos más grandes, de hecho me gustan bastante, pero no me siento cómoda con la barriga. No he adelgazado tan rápido como me gustaría. Charlotte ya tiene seis semanas. ¿Cuánto más tengo que esperar? También me veo raro el culo y las caderas. No sé si Jake me verá atractiva de verdad.

Jake deja a Charlotte en la cuna y se acerca por detrás. Me rodea la tripa con los brazos y me tenso. Me siento incómoda y me retuerzo al sentir su tacto.

—Para, nena… —susurra besándome el cuello—. Te he dicho mil veces que estás muy sexy…

—Mmm… ya —digo, un poco rígida—. Pero quiero perder peso…

—¿Por qué?

Me giro y le miro.

—Para ti es fácil decirlo —refunfuño—. Aún tienes la tableta de chocolate, el culo bien puesto, estos brazos…

Se los acaricio, sonrío y añado:

—Eres puro músculo.

—Sí, pero también porque lo necesito para trabajar —responde, besándome apasionadamente.

Suspirando, me acurruco contra Jake.

Me sube las manos hacia los costados y las desliza bajo el dobladillo de mi camiseta. Nuestras lenguas juegan entre sí, en una lucha por dominar al otro. Presionamos nuestros cuerpos y gimo suavemente cuando él aprieta su pelvis contra la mía.

—¡Oye, dejad lo que estáis haciendo! —Nos separamos, molestos, y nos damos la vuelta—. Vale ya, ¿no?

Denver entra en mi habitación sonriendo y se dirige a Charlotte.

—¿No sabes llamar?

Jake lo regaña en lugar de saludarlo, pero luego se acerca a su mejor amigo. Sonrientes, hacen como que se chocan de coña.

—¿No puedes quitarle las manos de encima a mi hermana? —contesta Denver con dulzura.

Pongo los ojos en blanco. Jamás superará el hecho de que estemos haciendo lo mismo que él y Sienna.

—No.

—Toma respuesta —responde Denver divertido—. ¿Qué hay, Phoe?

—Hola —digo ladeando la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—Quería ver a mi preciosa sobrinita —responde—. Y llevármela un rato.

Me tenso y miro a Jake. Me mira con complicidad y me atrae hacia él. Sonríe y me planta un beso en los labios.

—Denver y Sienna se ofrecieron a cuidar a Charlotte hoy —dice Jake, y abro aún más los ojos.

—¿A cuidarla? —pregunto—. Pero ¿cómo que…? ¿En plan canguros?

Sienna entra en mi habitación detrás de Denver.

—Nos la llevaremos, pasaremos el día con ella y tendréis tiempo para vosotros —explica Sienna mientras saca a Charlotte de la cuna —. Así de sencillo.

No estoy segura de poder dejar a mi bebé con dos extraños. O sea, no extraños en el sentido de que no conozca a Sienna y a

Denver, sino de que nunca han cuidado de la niña. No tardo mucho en reproducir mil escenarios absurdos y catastrofistas en mi cabeza.

—Bueno, ya lo has oído —Jake interrumpe mis pensamientos—. Van a cuidar de Charlotte y nosotros a disfrutar de tiempo a solas.

Tiempo a solas…

Qué bien suena eso. Una maravilla. No hemos tenido tiempo para nosotros desde hace… Ni se sabe. A la mamá helicóptero que hay en mí todavía le cuesta renunciar a su hija, pero cedo al pensar en que al fin puedo tener unas horas de tranquilidad con Jake.

—Bueno, vale… —digo sonriente—. Gracias, chicos.

Paso la siguiente media hora ayudando a Sienna a preparar la bolsa de Charlotte y le explico todo lo relativo al biberón y los pañales. A Sienna no parece encantarle mi discursito, pero me da igual. Es la primera vez que dejo a Charlotte con otra persona durante varias horas, y no me siento nada cómoda con ello, aunque haya empezado a sacarme la leche justo para este tipo de ocasiones. A veces soy un poco difícil, lo admito. Pero es mi hija, mi vida, y me resulta difícil confiársela a alguien que no sea Jake durante tanto tiempo.

—¡Vale ya, Phoenix!

Sienna me arrebata la bolsa de la mano mientras salimos de casa hacia el coche nuevo de Denver. Ha cambiado la camioneta por un SUV[1].

—Ya nos las arreglaremos —añade mi amiga.

—Más os vale —murmuro mientras Jake se me acerca con la sillita y me despido de mi niña, toda dormidita.

—Adiós, mi vida —le digo—. Disfruta del día.

La miro por última vez y dejo que Jake la suba al coche. Me quedo con los brazos cruzados, mirando a mi hija mientras sujetan la sillita al asiento. Jake también se despide de ella y cierra la puerta del coche antes de decirle adiós con la mano a Denver y Sienna.

Vuelve hacia mí, me rodea con los brazos y me planta un beso en la frente, que inevitablemente me hace sonreír. Me gustan estas caricias inocentes y cariñosas que me reserva.

—¡Deja de preocuparte tanto!

—No me preocupo —miento—. De verdad que no. Pero es nuestra niña, ¿no?

Jake se aparta de mí y me coge la cara entre las manos. Me pasa los pulgares por las mejillas con ternura y se me pone la piel de gallina.

—¿Qué te apetece hacer? —me pregunta—. Pide lo que sea por esa boquita.

—¿De verdad? —le pregunto y él asiente.

—Sí, de verdad —responde—. Haremos lo que tú quieras.

—No quiero hacer nada.

—¿Qué? —Sorprendido, Jake me mira—. Creía que iríamos a la ciudad o a cenar a un sitio elegante, ¿y ahora me dices que no quieres hacer nada?

—Nada de nada —confirmo y le rodeo con los brazos—. A lo mejor me quedo frita en los próximos diez minutos, porque hace semanas que no pego ojo en toda la noche. Sé que pensabas que sería diferente, pero…

—No —me corta, besándome suavemente—. No me importa si vamos a la ciudad o nos quedamos aquí. Solo quería que pasáramos un rato juntos.

Sonrío y le rodeo el cuello con los brazos.

Mi madre y John se han ido con unos amigos el fin de semana y Madison está con Fynn. Me da que Jake se las habrá apañado para organizar todo esto. Contenta, me dejo caer en sus brazos y le entierro la cara en la nuca.

***

Jake me pasa la pizza y se sienta a mi lado en el sofá.

—Que aproveche —me dice.

Abro la caja y respiro el maravilloso olor a atún y queso gratinado.

—Menudo manjar… —gimo—. ¡Un manjar de los dioses!

—Y hablando de dioses…

—¿Qué dices?

—Tú eres una.

Me echo a reír y echo la cabeza hacia atrás.

—Tus frases para ligar eran mejores antes, ¿no? —Me vuelvo hacia él y sonrío—. Oye, Jake… ¿creías que llegaríamos a este punto?

Jake le da un mordisco al trozo de pizza y sigue masticando con tranquilidad. Después de tragar, vuelve a mirarme.

—Siempre esperé que lo hiciéramos llegado el momento, pero nunca le puse una fecha límite. Siempre has sido la hermana pequeña de Denver.

—Aún lo soy —le recuerdo, mordiendo el trozo de pizza—. Y no fue tan doloroso decírselo.

—¿Estás de coña? —gruñe Jake, lanzándome una mirada enfadada a la paz que juguetona—. Me dio varios puñetazos en la cara.

—Conociéndolo, fue hasta piadoso…

Me río entre dientes y me acurruco contra él. Jake me rodea con el brazo y tira de mí. Siento su calor y me siento tan bien… Estar aquí con él es lo mejor que me podía haber pasado en los últimos meses. Me hace feliz.

—¿Eres feliz? —le pregunto mirándole.

—Sí —responde en voz baja y se acerca más a mí—. ¿Y tú?

—Sí, mucho —susurro—. Jake, yo… te quiero.

Abre los ojos de par en paz y se le cae la caja de pizza cae sobre la mesita. Me quita la mía de las manos y la deja a su lado. Pego un gritito cuando me pone a horcajadas sobre su regazo. El corazón amenaza con estallarme en el pecho, sentada sobre él. Cientos de sensaciones indescriptibles me recorren el cuerpo.

Jake me echa el pelo hacia atrás y me acerca la cabeza a la suya.

—Yo también te quiero. Os quiero a las dos.

Suspiro, pongo los labios sobre los suyos y lo beso suavemente. Jake me devuelve el beso. Desliza perezosamente sus labios sobre los míos hasta que su lengua pide entrar y yo accedo con ganas. Jake aprieta más mi cuerpo contra el suyo, deja que le restriegue la pelvis en el bulto de su pantalón y yo gimo entre beso y beso.

Sé lo que quiere y adónde nos llevará. Y joder, yo también lo deseo. Aun así, no estoy muy segura de estar preparada para

acostarme con él.

Jake me mete las manos bajo la camiseta y me acaricia los costados. Me estremezco de forma inevitable cuando me aprieta ligeramente y me acerca aún más a él.

—Te deseo —susurra, y baja los labios de mi boca al cuello.

Mordisquea la fina piel de mi escote y me hace gemir mientras se restriega contra mí.

—Pero si no estás lista… —añade.

—Llévame al dormitorio —digo, decidida.

Traga saliva y asiente. Inmediatamente, se levanta para que pueda rodearle las caderas con las piernas. Nuestros labios vuelven a encontrarse y Jake me masajea el culo con las manos.

A cada paso, consigo relajarme más y entregarme a él; perderme en nuestro deseo. Anhelo desesperadamente su cuerpo, estar así con él…

Jake empuja la puerta de la habitación y me deja delante de la cama.

—¿Estás segura? —pregunta.

Juguetea con el dobladillo de mi camiseta. Me muerdo el labio y asiento. Jake sonríe y me quita la parte de arriba. La deja a un lado y me mira los pechos.

Alterna la vista entre mi cuello, mis pechos y caderas. No es la primera vez que me ve en sujetador en los últimos días, pero nunca me había mirado como me mira ahora. Jake se inclina y me besa el cuello. Jadeo al sentir cómo me muerde suavemente. Se arrodilla delante de mí y me besa el vientre, el que tanta inseguridad me genera, y que no puedo creer que lo esté excitando.

—Relájate —me susurra, cogiéndome la cinturilla de los *leggings* —. Deja de pensar y disfruta, Phoe.

—Eso intento… —le aseguro.

—Puedes hacerlo, nena.

Su voz es dulce y sensual, y le paso la mano por el pelo. Me mira con tanto amor, pero también con tanto deseo, que me estremezco. Quiero atraerlo hacia mí y besarlo, pero sé que Jake tiene otros planes.

Me bajo los *leggings* y me planta unos cuantos besos dispersos en el vientre.

—¿Puedo?

Engancha los dedos en el dobladillo de las bragas y yo asiento y me dejo hacer. Jake me quita las bragas y las lanza junto al resto de mi ropa. Ahora estoy de pie delante de él y llevo solo el sujetador. Me siento tan insegura como la primera vez que hicimos el amor hace dos años.

Pero ¡es absurdo! Nos hemos acostado tantas veces, conocemos tan bien nuestros cuerpos y lo que nos gusta… ¡Es imposible que haya cambiado en este último año! No hay absolutamente ninguna razón para que me sienta avergonzada e insegura delante de Jake, pero mi cabeza sigue pensando lo contrario.

—Joder… —jadeo cuando desliza su dedo corazón dentro de mí.

—Deja de darle tantas vueltas, Phoe —me riñe mientras me besa el pubis—. Concéntrate en el aquí y ahora.

Para enfatizar sus palabras, desliza suavemente el dedo hacia delante y hacia atrás. Es una sensación agradable y noto que me mojo cada vez más. Jake baja hasta mi sexo y juguetea con la lengua alrededor del clítoris. Gimo y le hundo la mano en el pelo.

—Quítate el sujetador —me ordena—. Por favor…

Asiento y me llevo las manos a la espalda para desabrochar el cierre. Es un sujetador de lactancia beis, nada especial. Pero me es útil, que es lo que cuenta. Lo dejo caer al suelo y Jake me mira. Hay algo en sus ojos que me hace gemir de nuevo. Sé cuándo está caliente y me desea, y joder, esa es la miradita que me está echando ahora mismo.

—Eres preciosa, Phoe —susurra.

Su aliento caliente me acaricia el sexo y me estremezco.

—Me encanta tu cuerpo tal y como es, ¿vale? —añade.

—Vale… —gimo, inclinándome hacia delante mientras desliza un segundo dedo dentro de mí—. Sí, Jake…

Me penetra con los dedos y mueve la lengua en círculos alrededor del clítoris hasta que no aguanto más. El clímax llega y me invade una tormenta de sensaciones. Respiro hondo varias veces,

relajo las paredes y libero los dedos de Jake de un agarre prieto y anhelante.

Se endereza y me mira, sonriente.

—Vaya… —murmuro, acercando mi boca a la suya para probar mi sabor—. Lo echaba de menos.

—Por un momento temí que hubieras renunciado al sexo.

Sacudo la cabeza y le beso. Me sube a la cama y me devuelve el beso. Dejo que mis labios se pierdan en él. Le recorro el cuello y bajo hasta sus pectorales. Unos pelos castaños oscuros los perfilan y me hacen cosquillas bajo los labios. Sigo recorriéndolo con las manos: le palpo los hombros musculosos y los duros pechos hasta llegar al relieve de sus abdominales. Sonriendo, me doy cuenta de que sigue teniendo cosquillas y le pellizco en el costado.

—¿Cómo te atreves a pellizcarme ahí? —me regaña a viva voz.

Jake me agarra las manos y me las junta por encima de la cabeza. Me agarra con firmeza, pero no me duele. Me gusta que me toque como lo hacía antes de que me quedara embarazada.

—No creo que pueda cansarme jamás de tus tetas, Phoe —confiesa llevándose un pezón a la boca.

Gimo y traicionada por mi cuerpo, me levanto para zafarme de su boca. Sigue siendo incómodo. Tengo los pezones demasiado sensibles, aunque a él le parezca que estoy disfrutando.

—Jake —lo detengo—, espera, que me molesta.

Me mira y temo haber metido la pata. Las cosas han ido tan bien los últimos minutos… y ahora le suelto que no quiero que me lama los pechos. Avergonzada, aparto la mirada.

—Perdona, Phoe —susurra, plantándome un beso en la mejilla—. No quería hacerte daño.

—Lo sé —respondo y luego le beso.

Me devuelve un beso rápido y vuelve a centrar la atención en mi cuerpo. Esta vez, se salta los pezones. Me besa el vientre: traza una línea con la lengua desde los pechos hasta el ombligo y me lo lame por dentro. Me arqueo para ponerme a su altura y gimo de placer mientras me masajea con los dedos ahí abajo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me dice para asegurarse de que estoy lista para él.

Asiento. Jake se quita los calzoncillos y le miro la polla erecta. Dura y pesada, le sobresale del cuerpo. La inseguridad vuelve y me aparto de él.

—Phoe… —Jake se inclina sobre mí, con cuidado de no rozarme con el pene—. Si no quieres, no tenemos que…

—No creo que pueda hacer esto todavía —sollozo, mientras las lágrimas de la vergüenza se me acumulan en los ojos.

Estaba tan segura, pero después de que mis pezones se volvieran tan sensibles, ahora me da miedo tenerle dentro.

—Lo siento, Jake…

Sacude la cabeza y se tumba a mi lado. Jake me acerca a él y me rodea el cuerpo con los brazos. Llorando, me apoyo en su firme pecho.

—No tienes por qué pedirme perdón —dice—. No hay prisa.

—Pero tú quieres y yo…

De repente, nos da la vuelta y se pone encima de mí. Con el corazón palpitante, le miro y me muerdo el labio al ver la dureza de su mirada. Está cabreado. ¿Y cómo voy a culparle? Al fin y al cabo, lo he vuelto a rechazar. Seguro que no se había imaginado así nuestro día a solas.

—Claro que quiero acostarme contigo, pero no a cualquier precio. Si te sientes incómoda y no estás preparada, lo entiendo —dice, besándome cariñosamente la punta de la nariz—. Te quiero, nena.

—Yo también te quiero —le respondo, liberando la mano de su agarre.

La deslizo entre nuestros cuerpos y le agarro la polla.

—Pero eso no significa que no podamos hacer nada. Ponte boca arriba.

—Eres increíble…

Una sonrisa se le dibuja en los labios y hace lo que le pido. Hago acopio de valor, busco su sexo erecto y deslizo la mano arriba y abajo.

Arriba y abajo…

---

[1] *N. de la T*. Por sus siglas en inglés, «vehículo utilitario deportivo».

20

Phoenix

Dos meses más tarde.

Charlotte tiene ahora tres meses y medio y está creciendo a un ritmo estupendo. Según el pediatra, todo va bien. Cuanto más crece, más me relajo.

Hace un mes tuve una infección en el pezón que fue de todo menos indolora. Desde entonces, he dejado de darle el pecho y Charlotte solo come a base del biberón. Como habíamos empezado con el bibe de forma intermitente poco después de que naciera, no supuso un gran cambio para ella.

En Lincoln, el otoño parece más bien invierno. El tiempo es cada vez más frío y Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina. Es la primera vez que Jake y yo lo celebramos como una pareja y como padres.

A pesar de las clases y los entrenamientos, intenta ejercer de padre todo lo que puede, pero también entiendo que, a menudo, no pueda. Charlotte y yo hemos probado una pequeña dosis de lo que nos espera a partir del próximo verano. Cuando Jake esté en la NFL, le veremos aún menos que ahora.

Nos fuimos a vivir juntos hace tres semanas. Charlotte y yo nos mudamos a su apartamento, cuando Tyler encontró otro piso. Le estoy muy agradecida por darnos la oportunidad de quedarnos en el apartamento durante los próximos meses. Montamos la habitación de Charlotte en lo que era el cuarto de Tyler. Hemos pintado las paredes de blanco y las hemos rematado con un borde de elefantitos rosas. Su nueva cuna también tiene un elefante pintado.

La habitación de Jake ha pasado a ser nuestro dormitorio, así que tuve que redecorarla por completo: cama nueva, cortinas nuevas, detallitos nuevos… Quitando eso, las habitaciones son las mismas que cuando llegaron los chicos. No es la casa de mis sueños, pero está bien.

El único obstáculo en la relación es nuestra vida sexual, porque no es que tengamos una, como tal. Bueno, no es verdad: hacemos de todo menos acostarnos. Nos besamos sin parar, nos tocamos y saciamos nuestras fantasías con la boca y las manos, pero todavía no hemos vuelto a follar en sentido estricto. Jake finge ser comprensivo y considerado con mi cuerpo, pero ese ya no es el problema. El problema está en mi cabeza, porque me aterroriza que me duela tanto como dar a luz. Sé que es imposible que pase, pero me frena.

—Toma, cielín —le digo a Charlotte, tumbándola sobre su mantita.

Luego le pongo uno de sus libros de tela encima y añado:

—Juega un poco con él.

Mi niña suelta un gritito; últimamente lo hace mucho. Sonrío, me doy la vuelta y voy a la cocina a poner la mesa. Hoy vienen Sienna, Millie y Joy. Mis amigas se han autoinvitado porque creen que no salimos lo suficiente.

Tampoco es verdad. Simplemente tenemos estilos de vida diferentes, y yo no encajo con el suyo. Ellas van a la universidad y yo cuido de Charlotte. Es difícil sincronizarse.

Esta noche hay una fiesta a la que llevan días intentando que vaya, y me da que su visita tiene algo que ver con eso.

Jake quiere ir, lo cual no me encanta, pero no puedo detenerlo. Debería pasar tiempo con Charlotte y conmigo en vez de salir a beber con sus colegas.

Por otro lado, sé que si se lo pidiera, mi madre y John cuidarían de Charlotte, y los padres de Jake se han ofrecido a hacerse cargo de ella varias veces. No dejo de darles la lata con lo de que quiero recuperar mi antigua vida, pero cuando tengo la oportunidad, aunque solo sea por una noche, me echo atrás. A Jake le molesta mi actitud y a diferencia de las ganas que tiene de follar, eso sí se atreve a decírmelo.

Frustrada, dejo las tazas en la mesa y enciendo la cafetera. Necesito un café al día para seguir viva, pero no puedo tomar más, porque me estoy sacando la leche y la cafeína entraría en el

organismo de Charlotte. Y la verdad es que no me hace falta que esté aún más activa.

El timbre me saca de mis pensamientos y abro la puerta del apartamento.

—¡Holii! —me saluda Sienna con un abrazo.

—Hola —le contesto y la dejo pasar.

Luego saludo a Millie y Joy antes de cerrar la puerta tras ellas.

Como era de esperar, se abalanzan sobre mi hija como tres hienas feroces. Quizá deberían tener sus propios bebés. Así Charlotte tendría con quién jugar, pero no creo que a mis amigas les guste la idea.

Por otro lado, es una pena que Charlotte vaya a estar solita en las quedadas de los próximos cuatro o cinco años. Ya hemos decidido organizar un reencuentro al menos una vez al año, vayan adonde vayan los chicos. Esperemos que Joy y Tyler hayan arreglado las cosas para entonces. Desde que se descubrió el pastel, no es que hablen mucho entre ellos.

—Oye, ¿y lo de tener a vuestros propios hijos… qué? —Sugiero, mirando alrededor de la estancia—. Anda, traedla a la cocina si queréis.

Millie coge inmediatamente a Charlotte y la lleva detrás de mí, sonriendo. Apuesto a que será la próxima en quedarse embarazada. A diferencia de nosotras tres, ella no tendrá que mover un dedo para mantener a un niño.

Bueno, Sienna y yo tampoco, si es que Denver y Jake tienen contratos profesionales bien pagados. Pero Millie tiene su propio dinero, mientras que nosotras dependemos un poco de los chicos.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y le paso a Millie el babero de Charlotte para que no le pringue el jersey de Gucci. ¿Cómo puede alguien tener tanto dinero como para gastarse trescientos dólares o más en un jersey? Por no hablar del Birkin[1], que se ha vuelto a poner hoy.

—Gracias —dice con una sonrisa.

Sienna sirve los cafés y es la última en sentarse con nosotras.

—Bueno, al lío. ¿Te vienes esta noche, Phoe? —pregunta Joy, dando un sorbo a su taza.

—Me parece que no —digo, retorciendo la boca—. Pasadlo bien.

—Jo, tía… ¿Por qué no? —Sienna intenta convencerme—. Va a estar guay, ya lo verás.

—No —me niego, y mis amigas ponen cara de decepción—. ¿Por qué estáis a muerte con lo de que vaya?

—Porque somos tus amigas —responde Joy—. Y que seas mamá no significa que tengas que encerrarte aquí. Charlotte es un superbebé… Se porta genial, ¿o no?

—No estoy aquí encerrada —digo mirándola—. Pero no puedo dejarla aquí sola por una fiesta.

—Claro que puedes —dice Joy—. Y Jake también lo piensa.

—Joy… —susurra Sienna y pone los ojos en blanco.

Ajá, así que de ahí viene todo esto. Jake las ha enviado a las tres para convencerme de que vaya a la fiesta. ¿Y por qué no me lo dice él mismo? Y además, ¿de qué va? ¿Ahora se lo cuenta todo a estos? ¿Como que no follamos, quizá? ¿Deberían convencerme también de que le deje mojar el churro?

—¿Os ha dicho eso? —pregunto con amargura, cruzando los brazos—. Cuando quedáis sin mí, ¿no?

—¿Qué dices de quedar sin ti? —Joy sacude la cabeza como si la hubiera acusado de otra cosa—. Todos vamos a la uni y nos vemos para comer. Nadie te está dejando de lado.

—¡Genial! —exclamo, levantando los brazos—. ¡O sea que ahora raja de nuestros problemas en la cafetería de la uni!

—¡Qué va! —interviene Sienna—. Jake nos pidió que habláramos contigo, pero no raja de ti. De hecho, nunca ha dicho nada malo de ti y mucho menos de vuestra relación. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. ¿Qué te pasa, Phoe?

—Nada —respondo, apoyándome en el aparador.

Suspiro, me atuso el pelo y miro a la pared para no tener que mirarlas a los ojos.

—¿Cuánto es el máximo que habéis estado sin follar? —suelto.

Mis amigas parecen sorprendidas por la pregunta y se quedan calladas. Las tres, sin excepción. Tardan un momento en hablar y

entonces escucho:

—Pues de normal una semana, cuando me baja la regla —responde Millie—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y vosotras? —ignoro su pregunta.

—Pues lo mismo —dicen Sienna y Joy al unísono.

—¿Por qué lo preguntas?

Millie insiste. Las tres me miran y suspiro.

—Desde que volví, no nos hemos acostado… —murmuro, mientras me sube el calor a las mejillas, porque me parece de todo menos normal.

Me siento incómoda hasta con mis amigas. Aun así, continúo:

—Durante el embarazo me costaba asimilar lo de la barriga, y después de eso… Bueno, al principio mi cuerpo seguía generándome rechazo. Ahora casi he recuperado mi antigua figura, pero seguimos sin acostarnos.

—Pero ¿nada de nada? —pregunta Joy—. En plan, ¿ni siquiera un toqueteo tontorrón?

—Bueno, eso sí —murmuro, levantando a Charlotte, cada vez más inquieta en brazos de Millie.

Con mi hija en brazos, voy de un lado a otro de la cocina. Sé que quieren que siga hablando, pero me siento muy incómoda. Me cuesta admitir que saca de quicio no poder acostarme con Jake, aunque sea entre amigas.

—El parto ha sido lo más doloroso que he experimentado nunca. Ese desgarro… Va en serio, hace que perder la virginidad parezca un pinchacito de nada en comparación.

Las tres tuercen la boca, y suspiro.

—No quiero asustaros… —Reculo y veo que levantan las cejas—. Vale, lo he pintado como algo horrible, pero es que no me imagino dejando entrar algo… bueno… más ancho que un dedo.

—¿Tanto te duele? —pregunta Sienna, frunciendo los labios.

—No —digo yo, sin dejar de mecer a Charlotte de un lado a otro —. Esa es la cuestión… No me duele. Está todo aquí.

Me señalo la cabeza y ellas asienten en señal de comprensión.

—Te refieres entonces a que todo va guay, pero que cuando mojas un poquito y Jake va a ello… ¿te sientes bloqueada?

Es obvio que Millie está buscando las palabras adecuadas para describir la situación, pero agradezco que sea ella y no Joy quien lo diga. Mi mejor amiga iría directa al grano. La quiero, pero a veces le falta el tacto necesario cuando se trata de asuntos tan delicados. Tyler debió dejarla hecha polvo en su momento.

—Sí, exacto —Confirmo la suposición de Millie—. Me entra el pánico y… no puedo seguir.

Cada vez tengo más ansiedad y se me llenan los ojos de lágrimas. Me siento bien por haberlo dicho, pero también ha sido como admitir en voz alta la dimensión del problema.

—Intento convencerme de que tengo que superarlo, pero luego nos comemos la boca, nos tocamos y, cuando llega el momento, lo alejo. Lo hemos intentado muchas veces. Pero desde hace una semana, ya ni lo intenta.

—¿Cómo que ya ni lo intenta? —pregunta Joy y se levanta.

Sienna hace lo mismo y coge a Charlotte mientras Joy se acerca a mí. Y así, sin más, mi mejor amiga vuelve a estar ahí para consolarme en el momento justo. No sé qué poder tiene.

—¿Quieres decir que ya no intenta… bueno… que lo superes? —pregunta mi amiga.

—Ya no quiere hacerlo —aclaro—. Es Jake quien se está alejando ahora.

—¿Has pensado que tal vez solo tiene miedo de hacer algo mal? —pregunta Millie.

—No lo sé —Respiro hondo—. No… no podemos ir a terapia, ¿verdad? ¿Cómo sería eso? Somos demasiado jóvenes, ¿no?

—Pues yo creo que sería un comienzo —dice Sienna y yo niego con la cabeza.

—¿Y qué se supone que tengo que decir? «¿No hemos follado desde que nació nuestra hija?».

—Tranqui, Phoe —dice Joy—. ¿Has intentado hablar de ello con Jake?

—No —digo inmediatamente—. Solo para disculparme por no poder hacerlo. Pero nunca hemos tenido una conversación como tal.

—¿Por qué no me sorprende? —murmura entre suspiros.

—No puedo hablar con él de eso.

—Vas a tener que hablarlo con él —dice Sienna—. No podéis estar así para los restos.

—Claro que no… Quiero acostarme con él.

Miro a mis amigas y sonríen.

—Quizá debería ir esta noche después de todo —concluyo—. Así me despejo un poco.

Millie también se levanta y las tres me abrazan, pero antes se aseguran de que Sienna no va a aplastar a Charlotte entre nosotras.

—¿Ves? —dice Millie—. Ahora toca olvidarse de la frustración sexual a base de fiesta.

—No puedo creer que haya caído tan bajo… —murmuro, y todas resoplan.

Al menos puedo hacer que mis amigas se rían de mi mierda de situación. Pero antes de poder salir de fiesta con ellas…

—Tengo que conseguir un canguro y un conjunto —digo, separándome de Joy—. Hace mil que no salgo. ¡No tengo ropa!

—Lo sabemos —dice Joy, mientras corre por el pasillo.

Poco después, vuelve con una enorme bolsa de ropa.

—Aquí hay de todo. Vestidos, pantalones, tops y varios conjuntos de ropa interior. Dale las gracias a nuestra amiga la millonetis.

Meto la mano en la bolsa y saco un conjunto de lencería de Agent Provocateur, que fácilmente podría costar doscientos dólares.

—No puedo aceptarlo —digo, mirando a Millie—. Esto es carísimo.

—Al principio no me atrevía a deciros que era multimillonaria porque temía que os aprovecharas de mí, pero ahora me arrepiento porque sois unas guarras desagradecidas —dice, poniendo los ojos en blanco.

—¡Ha dicho «guarras»! —se regodea Joy, y yo pongo los ojos en blanco y vuelvo a guardar el conjunto en la bolsa.

—Bueno, tengo ropa interior, ¿eh?

—Pero nada sexy, ¿verdad? —interviene Sienna, guiñándome un ojo—. Le eché un vistacito a tu cajón el otro día mientras estabas en el baño. Bragas y sujes de lo más aburrido y sosaina. No querrás que lo que Jake tiene en los pantalones se quede indiferente, ¿no?

—Os odio, chicas —refunfuño—. Qué manera de gastarse el dinero…

—No. Ese bolso sí que es un gasto desproporcionado —dice Sienna, señalando el Birkin que lleva Millie.

Nuestra amiga vuelve a poner los ojos en blanco.

—Tienes unas perolas más grandes que las nuestras —continúa Joy con un argumento ridículo—, así que no le va a quedar bien a nadie más, y no hay etiquetas. Olvídate de devolverlo.

—Pues Millie va apañada si piensa que no se lo voy a devolver —contesto con un poco de veneno, pero cuando todas me miran con fastidio, cojo la bolsa—. En fin, gracias…

La puerta del apartamento se abre y me alivia ver que Jake está en casa para rescatarme de mis amigas.

—¡Hola, Phoe! ¡Ya estoy en casa!

Me cuelo entre Sienna y Millie y me reúno con él en el pasillo. Como era de esperar, sigue con la ropa del entrenamiento. Jake deja la bolsa en el suelo a su lado y me acerca a él. Me rodea con los brazos y aprieta sus labios contra los míos.

—Hola, nena —dice, entrelazando las manos en mi espalda—. ¿Todo bien?

—Sé lo que has hecho, Jake Sullivan… —digo, ahorrándome el saludo.

—¿Cómo, cómo? ¿Qué he hecho? —pregunta inocentemente.

—Las chicas han venido a hacerme una intervención para convencerme de que fuera a una fiesta contigo esta noche, ¿te suena?

Entrecierro los ojos a más no poder y me entran ganas de pegarle un puñetazo en el pecho porque él, mejor dicho, porque todos se han compinchado a mis espaldas. Pero Jake me coge la mano y me inmoviliza el brazo en la espalda, así que difícilmente puedo hacerlo.

—Esta noche vamos a ser como éramos hace un año, cariño —me susurra al oído—. Intenta desconectar y olvidar todo esto. Sé que quieres a Charlotte más que a nada, pero tienes que dejarte llevar. Piensa en ti… en nosotros.

Trago saliva y asiento. Jake se inclina y me besa. Me suelta el brazo para que pueda rodearle el cuello con el otro. Me aprieto contra él y le devuelvo el beso.

Joy rompe el silencio.

—Dejaremos al bebé sobre en la mantita del suelo y nos iremos tranquilamente… Ya sabéis, chiquis: usad condón.

—¡Fuera! —dice Jake—. Y gracias, chicas.

Las chicas salen pitando, cierran la puerta y miro a Jake con los ojos muy abiertos.

No irá a… ¿verdad?

—Ahora no podemos, ¿no? —le digo.

Me entra el pánico de pensar que quiera acostarse conmigo.

Jake levanta las cejas y se ríe.

—No se puede, no. Charlotte está despierta y no nos dejará disfrutar. La llevaré a casa de tu madre y John. Pero luego la noche será nuestra…

—Vale —murmuro, mordiéndome el labio.

—Quiero que lo intentemos, Phoe —dice con suavidad pero con firmeza—. Te quiero. Me estoy esforzando, pero… necesito intimar contigo.

Trago saliva y asiento, incapaz de responder, pero agradecida de que sea sincero conmigo. Sé por qué lo dice.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta Jake, separándose de mí.

—Por ser sincero conmigo —respondo—, porque yo no lo soy.

—Phoe —dice, agarrándome la cara con ambas manos—, sé lo difícil que es esto para ti.

—No, no lo sabes —Sacudo la cabeza—. Ni yo tampoco sé lo que es para ti. Tenemos que solucionarlo juntos.

—Lo haremos —dice, besándome suavemente—. Te lo prometo.

Me acurruco contra él. Ojalá tenga razón.

---

[1] *N. de la T.* Modelo de bolso de mano de la lujosa marca francesa Hermès, hecho con cuero curtido de forma vegetal.

21

Jake

Después de dejar a Charlotte en casa de los Jones, John se ofreció a acercarnos a la fiesta de la hermandad. Al principio, a Phoenix se la veía indecisa, y estuvo todo el rato en el coche con la cantinela. Vamos, que no estaba segura de si debía ir a la fiesta. Pero en cuanto llegamos al campus y entramos en la hermandad, donde estaban sus amigas, volvió a ser la Phoenix de la que me había enamorado hace tanto tiempo.

Ahora, pasados unos minutos, la veo florecer, y no hay nada que me haga más feliz.

Las últimas semanas no han sido fáciles. Aunque somos felices juntos, la falta de sexo me está afectando. De verdad que necesito volver a acostarme con ella. Me la chupa como nadie, pero no es lo mismo. Y me cuesta más aún al verla tan sexy como esta noche. ¡Me cago en todo!

Lleva un vestido negro con un escote perfecto para enseñar esos pechos que me vuelven loco. Los tacones negros que calza hacen que sus piernas parezcan aún más largas, de vértigo. La palabra que busco es «excitante». Hace unas horas, cuando salió de la habitación con ese conjunto, se me puso dura y aquí seguimos. Si no fuera por los problemas que tenemos, ya me la habría follado.

Gruño y desvío la mirada de su culo matador hacia Denver. Está charlando con Darren sobre el próximo partido. Tyler ha ido a por más bebidas y ya está de vuelta.

—¿Alguien ha dicho «otra ronda»? —grita segundos después, mientras nos pasa las jarras—. ¡Salud!

—Salud —asiento y bebo un sorbo.

De vez en cuando me doy la vuelta para ver cómo está Phoenix.

—Jake —gime Denver, agarrándome del brazo para que le haga casito—, no se va a mover de ahí, ¿sabes?

—Lo sé —digo para disculparme—. Es que es su primera fiesta desde que…

—Lo sabemos, pero relájate —interviene Darren—. Ya te la follarás después…

Denver emite un sonido ahogado que me hace reír. Darren y Tyler sueltan una carcajada. Aunque estoy perfectamente contento con mi relación, para Denver sigue siendo una pesadilla. Como no tengo hermanas, me cuesta ponerme en su lugar.

—¿Tú querrías saberlo si Dana se follara a Tyler? —gruñe Denver, mirando a Darren con una mueca de asco—. Pues eso, te callas.

—Denver, tío… —Suspiro—. Ni siquiera hemos entrado en detalles…

—No hace falta —contesta—. Me basta con saber que te gusta follar contra la pared.

Pongo los ojos en blanco.

—Millie y yo lo hicimos en la piscina cubierta el otro día.

Darren cuenta como si nada otra historieta sobre su vida sexual, que parece ser, con diferencia, la más activa de todos nosotros. Satisfecho, añade:

—Os lo recomiendo encarecidamente, chicos.

—Lástima que no tengamos novias cuyos padres tengan piscinas cubiertas —dice Tyler—. Eso me recuerda que hace mucho que no mojo. ¡Nos vemos, cracks!

Sonriente, le veo marcharse y sacudo la cabeza.

—¿Creéis que se estará tirando a Joy? —pregunta Darren de repente, tras unos segundos de silencio.

—Me cuesta imaginármelo —respondo y recuerdo cuando me habló de su pasado con Joy.

Tyler parecía frustrado y no creo que nada haya cambiado en ese sentido.

—Joy le está evitando, ¿verdad? —añado.

—Yo creo que es solo un pique. Los que se pelean se desean.

¡Ojo! Darren el filósofo…

—¿Puede alguien iluminarme, por favor? —pregunta Denver—. ¿Cómo que Joy y Tyler?

—¿No lo sabes? —pregunto sorprendido, alzando las cejas—. Creía que había sido el último en enterarme.

—Pues parece que no —refunfuña Denver—. Bueno, cuenta. Soy todo oídos.

Miro a Darren y él suspira.

—Se conocieron en el instituto. Joy perdió la virginidad con él después ir detrás de él durante todo el verano —concluye Darren y yo asiento—. A la mañana siguiente, el mierda seca se mudó a Ohio con sus padres y no volvieron a verse hasta que Tyler le metió la lengua en la garganta a Sienna.

—¿Tenías que recordármelo? —pregunta Denver hoscamente—. Casi lo había olvidado. Bueno, rarete lo de que estuvieran juntos, ¿no?

—No lo estaban —corrijo a mi mejor amigo—. Al menos eso es lo que dice Tyler. Solo se acostaron y Joy se picó después.

—Eso me suena… —murmura Darren.

Sí, la verdad es que Darren tampoco se hizo un favor con lo de Millie en un principio.

—A Phoenix… ¿fuiste tú quien…? —pregunta Darren.

—¿Qué? —pregunto, dando un sorbo a mi cerveza.

La miro. Qué buena está con el conjunto de esta noche… Cuando se ríe, se le mueve el pelo de un lado a otro, como si flotara, y desearía enterrarle las manos en la melena mientras la empotro contra la pared más cercana.

—¿Te refieres a si la desvirgué yo? —continúo.

—¡Tíos, por Dios! —Denver se tensa de nuevo y pone cara de asco—. No quiero saberlo. Es mi hermana pequeña, coño…

—No —digo, ignorándole—. No fui yo. No todo el mundo tiene tanta suerte como tú: el hombre que encontró a la chica adecuada a la primera.

Darren sonríe estúpidamente y Denver también parece animarse un poco. Dios mío, cómo echaba de menos hablar abiertamente con mis amigos. De alguna manera, habíamos perdido la chispa con todo el caos del último año.

—Es que soy un máquina —dice Darren, lleno de confianza en sí mismo, mientras se bebe la cerveza.

Una risa brillante nos saca de nuestra conversación. Giro la cabeza y, de repente, veo a Millie detrás de él. Por suerte, no ha

oído el resto de la conversación. Habría querido que se la tragara la tierra de la vergüenza.

—¿De qué te ríes tanto? —le pregunta Darren a su novia, confundido.

—Está cegada por tu ansia de guarroneo —responde Phoenix por ella.

Le paso el brazo por los hombros y la atraigo hacia mí. Darren hace lo mismo con Millie.

—¿De qué estabais hablando? —pregunta Phoenix.

—Pues de todo un poco —respondo vagamente y ella alza las cejas—. De lo que nos gusta hacer…

—Pinta que estaban hablando de sexo —dice Sienna mientras se une a nosotros—. Es el único *hobby* que tienen en común además del fútbol, pero han bebido demasiado para hablar de deportes.

—¿Podemos volver a hablar de Tyler y Joy? —pregunta Denver al grupo—. ¿De verdad soy el único que no lo sabía?

Nos mira con reproche. En concreto, le dirige la mirada a Sienna. Debe estar más que acostumbrada a sus cambios repentinos de humor, así que sonríe con dejadez.

—¿El qué no sabías? —pregunta Millie, mientras le dirige a Darren una mirada que podría hacer que le menguase la polla hasta dejársela como una uva pasa.

Como sigamos por ahí, alguien no va a mojar esta noche…

—Que solían enrollarse —continúa Denver.

Millie abre los ojos como platos.

—Perdona, ¿qué? —pregunta, mirando a Phoenix y a Sienna con los ojos muy abiertos.

Ambas apartan la mirada como si hubieran encontrado algo fascinante en el suelo.

—Pero Jake… ¿Por qué has tardado tanto en soltarlo? —añade.

—Solo lo sé desde hace unos meses —Me justifico—. No como otros, que lo saben desde hace mucho ya…

Ahora soy yo quien acusa a Phoenix con la mirada y ella suspira.

—Sí, bueno, yo lo sé desde hace dos años —admite—. Desde que conocí a Joy, vaya.

—¿Y tú? —pregunta Denver, volviéndose hacia Sienna—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Pues hará más o menos un año —responde ella—. Joy me lo contó después de la movida del beso con Tyler. Me quiso explicar por qué se había distanciado de mí después de aquello. Y bueno, la razón era Tyler. ¿Y tú qué, Darren?

—Lo sé desde la noche que en que Millie y yo… —Hace una pausa. Mejor que piense antes de hablar, sí—. Cuando fui a pedirle que viniera a Texas conmigo y la lie pardísima.

Con todo y con eso, Millie se sonroja de inmediato. Me gustaría verla en acción en un futuro próximo, haciéndole la vida imposible a un jugador. No me lo imagino, pero por lo que cuenta Darren, no es solo la ratoncita buena y tímida que todos pensamos. Mi mejor amigo no se lo calla tampoco. ¿Cómo si no íbamos a saber cómo es el sexo en un *jet* privado o en una playa privada de Hawái?

—Tyler me dijo que cometió un error similar una vez y que no han hablado en cinco años —dice Darren.

Asiento, porque me encaja con lo que sé.

—¿Y qué dice Joy de todo esto? —pregunta Millie al grupo.

—Lo mismo que Tyler, pero añade que ella fue la víctima de todo este asunto —responde Phoenix.

—¿Y qué pasó? —pregunta Millie—. ¡Jo, tío, me lo pierdo todo!

—Anda, ven —dice Phoenix entre suspiros y le tiende la mano—. Acompáñame a por agua y te lo cuento.

Retengo a Phoenix un segundo, le sonrío y la beso.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto.

—Sí, genial —responde con una sonrisa—. Todo guay en la fiesta y Charlotte está perfectamente.

—Muy bien —digo, besándola por última vez antes de que se vaya a la barra con Millie.

Me acabo la cerveza y las observo un momento. Luego me vuelvo hacia Sienna.

—¿Tienes un segundo? —le pregunto—. No es nada grave, tranqui.

No lo digo por ella, sino para que Denver no me la líe. La suelta y le hace un gesto a Darren para perderse entre la gente y buscar a

Tyler.

—¿Qué pasa?

—Es por Phoe —murmuro y dejo que mis ojos recorran la habitación para asegurarme de que no vuelve—. ¿Te ha dicho algo alguna vez?

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros. Me refiero a nuestra vida sexual.

Sienna palidece de inmediato, lo que me indica que sabe algo. ¡He dado en el blanco! Ahora solo tengo que escarbar lo suficiente y quizá encuentre las respuestas a mis preguntas.

—Sienna… —Indago—. ¿Qué te ha dicho?

—No puedo decírtelo, Jake —responde—. Es mi amiga y…

—Bueno, ¿y a ti no te gustaría saber el porqué si Denver y tú entrarais en temporada de sequía?

—No me compares, listillo —me sisea—. Acaba de parir, Jake.

—Hace casi cuatro meses —le respondo—. Le he… quiero decir… Todo está bien, ¿sabes?

—Sí, quizá ahí abajo. El problema está aquí —dice Sienna señalándose la cabeza—. Parece que no consigue despejar la mente.

—¿Y qué hago? —le pregunto—. No quiero sonar como un pedazo de cerdo, pero es que me muero por tirármela.

Me paso los dedos por el pelo, porque ha sonado fatal. ¡Me cago en la hostia! Sienna me va a arrancar la cabeza, o me va a soltar un discursito de manual, porque parece que quiero faltarle al respeto a Phoenix.

—Ella también quiere acostarse contigo —Me da esperanzas y me aprieta el antebrazo—. Confía en mí, Jake. Te quiere… Es solo que no sabe cómo hacer que funcione de nuevo.

—He pensado en hacerlo… bueno, sin muchos preliminares.

—¿En serio? —susurra—. Fijo que eso te funciona, máquina.

—No me refería a eso —aclaro—. Quiero decir sin alargarlo demasiado. Que surja, y así no se lo piensa mucho.

—¿Te refieres a un rapidín? —dice ella, alzando las cejas.

—Sí. Es que no sé, joder. Por eso te lo pregunto. No quiero hacer nada malo… Ni tampoco presionarla.

—Supongo que hablar no te llevará a ninguna parte —dice, y niego con la cabeza inmediatamente—. Entonces te merece la pena intentarlo. He oído que hay habitaciones aquí arriba…

Abro los ojos de forma poco disimulada y miro en dirección a Millie y Phoenix. Se dirigen hacia nosotros con algo de beber en la mano. Sienna me dedica una sonrisa cómplice y no puedo evitar preguntarme si debería hacerlo. Si sale mal, no solo no mojaré esta noche, sino que las próximas semanas serán un infierno. Phoenix me lo echará en cara por toda la eternidad, y con razón. Pero tengo que intentar algo, lo que sea, para volver a intimar con ella.

—¿Dónde están Darren y Denver? —pregunta Millie.

—Han ido a buscar a Tyler —respondo con indiferencia—. ¿Por qué no los ayudas?

—Pues…

—Sí, vamos, y así de paso localizamos a Joy —dice Sienna, cogiendo a Millie de la mano—. Venga, fiestera.

Sonriendo, Millie la sigue y yo me vuelvo hacia Phoenix. La atraigo hacia mí, contento. Me rodea el cuello con el brazo izquierdo y tira de mí para rozarme los labios.

—Te quiero —me susurra y yo sonrío.

—Yo también te quiero —le digo, acercando la boca a la suya.

El beso se vuelve rápidamente más apasionado y accedo a su boca. Nuestras lenguas inician un juego erótico. El cuerpo de Phoenix se acurruca contra el mío y le recorro las caderas con ambas manos hasta llegar a su culo prieto. Dios mío… ¿cómo no voy a pecar? Esta chica es pura tentación. Gimo y dejo que mi polla dura le roce el vientre.

Es hora de tantear.

—¿Qué te parece si hacemos bomba de humo y fingimos ser jóvenes otra vez?

Phoenix se ríe de inmediato y se separa ligeramente de mí. Me acaricia el pecho con la mano izquierda y me dibuja circulitos en la camiseta.

—¿Crees que somos viejos? —Pongo los ojos en blanco—. Y por casualidad, ¿cuál sería el plan si nos diera por hacer bomba de humo y ser jóvenes?

Pestañea y me alivia ver que responde a mi jueguecito.

—Creo que arriba hay una preciosa colección de sellos —digo, de perdidos al río.

—¡Jake! —Suelta una risita y se acurruca aún más en mis brazos —. Me encantaría verla.

—¿De verdad? —susurro y vuelvo a besarla—. Me han dicho que hay un cuño especial para ti. Es bastante grande y está buscando a alguien que le gaste la tinta.

Se ríe de nuevo. Estoy diciendo tonterías, pero me alegro de que a ella también le haga gracia y no me riña.

—¿Ah, sí? —Su voz se vuelve un poco más lujuriosa.

Joder, si no la llevo arriba ya de ya, me voy a correr aquí mismo.

—Así es —asiento—. Te va a encantar…

—No lo dudo… —Suelta una risita y me rodea el cuello con los brazos—. Una vez probé un cuño muy especial, y después de gastarle la tinta, me trajo un milagro.

Me quedo quieto mirándola y vuelvo a besarla. Ahora mismo me importa una mierda dónde estemos y que haya un puñado de universitarios mirándonos. Deseo tanto a Phoenix… La quiero con locura.

Bajo la mano en dirección a sus nalgas y se la meto por debajo del vestido. Subo por el muslo hasta su precioso culo. Aunque estemos guarreando, ha dicho algo maravilloso sobre nosotros y nuestra hija.

—¡Jake! —grita Phoenix, pero vuelvo a interrumpirla con un beso —. Será posible… ¡No me pone que nos miren los demás!

Tiene razón.

Me separo de ella y la cojo de la mano. Entrelazo los dedos con los suyos e, impaciente, arrastro a Phoenix detrás de mí escaleras arriba hasta el último piso de la hermandad. No es la primera vez que follamos en una fiesta, pero sí la primera en estas circunstancias. Por un breve momento, me cuestiono mi decisión. Si meto la pata, puede que Phoenix no vuelva a confiar en mí. Miro por encima del hombro y veo una sonrisa en sus labios.

—Por aquí —decido antes de que me dé por cambiar de opinión.

Tiro de ella hacia una de las habitaciones que sé que está libre y con facilidad, la hago girar para empotrarla contra la puerta.

—Oh, vaya —jadea—. Conque quieres hacerlo…

—Te quiero a ti —digo, colocándole las manos a ambos lados de la cabeza—. Esta es tu oportunidad para acabar con el miedo, Phoe.

Veo que empieza a darle vueltas al coco y, por dentro, le pido al cielo que no me rechace. Me desea: sé que quiere hacerlo. Solo tiene que superar esta etapa y dejarme hacérselo de nuevo.

—¿Llevas un condón? —me pregunta, burlona—. No pienso hacerlo sin uno.

Me río a carcajadas y asiento.

Esa es mi Phoe…

—Claro que llevo uno —respondo y lo saco del bolsillo trasero—. Miiiira…

Sonriendo, se lo pongo delante de la cara.

—Vale —dice Phoenix.

Me recorre el pecho con las manos hasta llegar al abdomen y agarra el dobladillo de la camiseta. Me guardo el condón en el bolsillo y disfruto de las caricias. Me roza los surcos de los abdominales con las yemas de los dedos y gimo levemente cuando pasa las uñas por encima. Acerco mi cuerpo al suyo y la aprieto contra la puerta.

—Vale, nena. ¿Contra la puerta o en la cama?

—Contra la puerta —responde para mi sorpresa—. Házmelo, Jake, por favor…

—Phoe, yo…

—No —me interrumpe—. Como vuelva a pensar en el tema, se acabó. Por favor te lo pido…

—Toma. —Le doy el condón a Phoenix—. ¡Ábrelo!

Saco la correa del cinturón por la trabilla y me lo desabrocho, luego hago lo mismo el botón de los vaqueros para deslizarlos hacia abajo junto con el bóxer. La tengo dura a más no poder y estoy ansioso por conquistar la estrechez entre sus piernas.

Le doy un beso apasionado antes de apartarla y arrodillarme frente a ella. Tengo que asegurarme al menos de que está mojada. No puedo hacerlo a lo bestia. Le agarro la pierna izquierda y me la

coloco sobre el hombro. Aparto el vestidito y se lo subo por encima de las caderas.

Dios, es tan sexy…

—Te quiero —susurro, besándole el interior de los muslos—. Me muero de ganas de follarte, nena…

—Oh, Jake… —gime Phoenix, y se oye un ruido sordo cuando echa la cabeza hacia atrás y golpea la puerta cerrada.

Le aparto las bragas y paso los dedos por su sexo húmedo. Phoenix está más que lista para mí.

—¡Joder… sí! —gime—. Te deseo, Jake.

Me enderezo después de acariciarle dos veces más en la carne húmeda y la hendidura, para bañarla en su propia miel.

Me agarro el pene y deslizo mi mano arriba y abajo unas cuantas veces hasta que está completamente erecto.

—Ponme el condón —le ordeno a Phoenix, echando la cabeza hacia atrás, mientras con la manita me la coge y me la enfunda lentamente.

Típico de Phoenix. Se toma todo el tiempo del mundo.

—Ya está bien… —digo.

Se ríe cuando la cojo de la mano y le beso la muñeca.

—Ven aquí —murmuro y la levanto.

Phoenix me rodea las caderas con las piernas y yo la empujo contra la puerta.

—¿Qué te parece así?

—Perfecto.

Paso la mano entre nuestros cuerpos y le coloco el pene en la entrada. Phoenix gime. Despacio, deslizo la punta por sus labios húmedos unas cuantas veces más: le acaricio el clítoris hasta que, finalmente, me animo a penetrarla. Inmediatamente, su cuerpo se tensa y respiro hondo.

Joder…

La miro a los ojos. Phoenix me evita la mirada.

—Mírame, nena —le ruego, pero Phoenix no lo hace—. Phoenix, cariño, mírame…

Levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran. No está llorando, pero sé que tienen mil pensamientos rondándole por la

cabeza. Es como si fuera la primera vez y estuviera sopesando si hacerlo o no. Sé que hace casi un año que no intima con un hombre. Por desgracia, eso me pone aún más cachondo. Sin embargo, poco importan mis necesidades ahora mismo.

—¿Quieres seguir? —pregunto—. No puedo hacer esto a menos que estés cien por cien segura.

—Sí —responde ella—. Házmelo, Jake. Házmelo despacio.

Asiento y le pongo las manos debajo de las nalgas. En esta posición, puedo empujarla con la pelvis sin problemas. Siento cómo deslizo el pene dentro de ella y la oigo gemir suavemente.

Es perfecto. Gime, pero de placer.

—Voy a seguir, ¿de acuerdo? —le digo, para asegurarme de que está bien.

—Sí, por favor —jadea—. ¡Joder, Jake! ¡Sigue!

Phoenix me mira a los ojos y sonríe. Luego se inclina y me besa apasionadamente. Le devuelvo el beso y me hundo en ella de un solo empujón. Me pone demasiado para tomármelo con calma y darle el tiempo que necesita.

—Oh, Dios, sí… —gime Phoenix cuando la saco y vuelvo a metérsela.

Fija los ojos azules en mí. Brillan, así que no puedo evitar penetrarla con todas mis fuerzas.

—Por favor, no pares…

—Jamás lo haría —gimo contra su boca, y le apreso esos labios tan tentadores con los míos—. Te quiero tanto…

—Yo también te quiero —susurra, acurrucándose contra mí—. Te quiero, Jake.

Presiono dentro de ella a un ritmo constante. Toda la frustración sexual de los últimos meses se evapora, y entre nosotros se desata una pasión contenida. Phoenix se acerca un poco más a mí con cada embestida. Me clava las uñas en los hombros y me aprieta a más no poder. Encontramos el ritmo y sentimos cómo fluyen a través de nosotros el alivio, la excitación y el amor.

Por primera vez en casi un año, follamos en una fiesta en una hermandad del campus, con su hermano unos cuantos pisos más abajo.

Y joder, es increíble.

22

Phoenix

Algo hizo «clic» en mi cabeza después de acostarme con Jake en plena fiesta. En cuanto se corrió dentro de mí —claramente en el condón— nos fuimos de la hermandad. No tenemos que recoger a Charlotte hasta mañana al mediodía, así que hay tiempo de sobra para divertirnos en pareja toda la noche.

Entramos en el apartamento y cuando la puerta se cierra, Jake me da la vuelta y me empuja contra la superficie de madera.

—Te tengo un regalito… —le digo, cambiando de postura para colocarme frente a él.

Sonriendo, le planto un beso en los labios y me arrodillo frente a él. Me mira fijamente. El brillo de sus ojos me pone tan caliente… Vuelvo a mojarme y, por un momento, siento la tentación de dejar lo que estoy haciendo y arrastrarlo hasta el dormitorio, pero me contengo. En lugar de eso, le sonrío.

Me arrepiento de haber esperado tanto para acostarme con él. Sorprendentemente, no me ha dolido nada. No había motivos para sufrir de esa manera.

Desabrocho el cinturón de Jake y le bajo la cremallera. Luego le quito los vaqueros y los calzoncillos. Su polla erecta sobresale delante de mí y la cojo. Jake gime y me aparta de él. Al principio me extraña, pero luego me doy cuenta de que se está deshaciendo de las zapatillas, los calcetines, los vaqueros y los calzoncillos.

Sonriente, le miro y vuelvo a buscar su miembro duro. Jake gime y se quita la camiseta. Ahora está completamente desnudo delante de mí. Paseo la vista por sus músculos de acero. Esos hombros anchos y ese pecho tan bien tonificado armonizan a la perfección con sus abdominales y fuertes muslos, en los que hundo los dedos.

Jake me pasa la mano derecha por el pelo para tirar ligeramente de él. Me echa la cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos.

Joder, me vuelve loca…

—Métetela en la boca, Phoe —me dice—. Por favor…

Sonriendo, le miro y me inclino hacia delante. Le doy un suave beso en la punta y me aparto. Soy consciente de que estoy jugando con fuego, pero disfruto demasiado con este jueguecito de poder como para darle lo que quiere así, de primeras. Subo y bajo la mano, apretándole ligeramente el pene. Jake gime con fuerza.

Luego me meto el glande en la boca. Jake echa la pelvis hacia delante y le pongo una mano en el estómago.

—Soy yo quien marca el ritmo —respondo con voz aterciopelada, sonriéndole—, ¿de acuerdo?

—Vale… —jadea.

Me introduzco la polla en la boca, esta vez de forma más profunda. Muevo la cabeza hacia delante y hacia atrás. Jugueteo con la lengua a su alrededor, y me la meto tanto que el glande me roza el paladar.

Vaya, sí que la he metido hondo…

—Joder, Phoe… —Me elogia—. Es perfecto.

Me la saco de la boca. Sonriente, me relamo y le miro. Jake sonríe y me acaricia los labios entreabiertos con el pulgar.

—Eres tan sexy, nena… —murmura—. No puedo creer que seas mi mujer…

Siento un cosquilleo en el cuerpo y se me acelera el corazón. Evidentemente, aún no soy su mujer, pero sé lo que quiere decir.

—Sí que lo soy —le digo y le cojo la polla—, y creo que tengo algo pendiente…

Jugueteo con la lengua alrededor del pene y siento que se pone cada vez más ansioso. Jake quiere controlar la situación; quiere follarme como a él le gusta, pero esta vez no se lo permito. Me la meto en la boca por última vez, hasta el fondo. Gime, cada vez más impaciente, y me agarra el pelo con fuerza.

—Joder, nena —gruñe—. Voy a correrme…

Sigo moviéndome y le deslizo la lengua por la polla una vez más mientras se corre. Disfruto de la sensación de tenerla en la boca y me trago su semen hasta que no queda ni una gota.

—Phoe… —le oigo decir suavemente—. Ven aquí, cariño. Levántate.

Suelto a Jake y me pongo de pie. Me agarra por la cintura y me estrecha contra él. Sellamos nuestros labios y me besa apasionadamente. Le devuelvo el beso y me acurruco contra él. Jake debe de estar probando su sabor, porque me mete la lengua en la boca y juguetea con ella. Desliza las manos por debajo de mi vestido y me toca las nalgas.

—Te quiero —suspiro besándole la nuca—. Lo quiero todo de ti.

Nos quedamos así un momento. Sigue respirando con dificultad y oigo cómo le late el corazón con fuerza en el pecho.

—Yo también lo quiero todo de ti —murmura mientras me levanta.

Grito cuando me sube a los hombros como si fuera un saco de patatas. Me levanta el vestido y me deja el culo al aire. Jake me lo acaricia una vez antes de abofetearme con fuerza.

—Te voy a dar mi opinión sobre esta tarde-noche que he pasado sin bebés a la vista —reflexiona en voz alta—. Con una mujer tan sexy en mi cama, además…

—¿Con una mujer cualquiera? —pregunto.

Jake me baja a su altura y me coge en brazos como a una novia. Le rodeo el cuello con las manos y le miro a los ojos.

—Corrijo: con la mujer más sexy que jamás ha estado en mi cama.

—Eso está mejor —contesto yo—. ¿Y qué es exactamente lo que te pone de esa mujer?

Jake me deja caer sobre la cama y un segundo después está encima de mí. Me roza con la nariz y me besa suavemente.

—Es una bocazas…

Vaya, parece que está enumerando mis mejores cualidades…

—Es una cabezota y siempre quiere tener la última palabra… —Un rastro de besos aterriza en mi cuello y mis pechos; de nuevo, esquiva los pezones—. Además, es… bueno… cómo decirlo…

—¿Atractiva? —sugiero, riendo.

—Bestial.

—¿Bestial? —pregunto, riendo—. ¿En serio?

—Sí —responde con fervor, mientras me besa el vientre—. Y está buenísima; me la comería entera. Sí, es atractiva y, además, es la

mejor madre del mundo.

Jake se endereza para que podamos mirarnos a los ojos.

—Vale, Casanova… —me río y dejo que las yemas de los dedos bailen en su pecho—. Yo también te quiero, y ahora fóllame, por favor.

Jake se ríe y me da un beso de lo más intenso. Le rodeo el cuello con los brazos y tiro de él hacia mí. Abro bien las piernas para que tenga espacio entre ellas.

—Joder, Phoenix —gime—. Te deseo tanto…

—¿Y a qué esperas? —le pregunto, mirándole.

—No voy a follarte otra vez hoy… —adelanta—. No pienso quedarme ahí.

Jake se refiere al rapidín en la hermandad y sonrío. Le paso los dedos por los anchos hombros y bajo por el pecho.

En cuestión de segundos, Jake me ha quitado el vestido y la ropa interior. Me sonríe y me besa el lateral del cuello. Lame suavemente la fina piel de mi cuello y desciende hasta los pechos. Me besa los pezones y va bajando.

—Mmm… —Gimo del gusto cuando me mete la punta de la lengua en el ombligo—. Joder, Jake….

Abro las piernas para que tenga mejor acceso a los muslos y él baja para besarme la cara interna de las piernas. Quiere torturarme, lo sé. Es su forma de vengarse por la mamada.

Me roza el clítoris con la lengua y empieza a lamerlo. Demasiado bueno para ser verdad. Sigue así unos segundos. Miles de sensaciones recorren mi cuerpo y mientras desliza dos dedos dentro de mí, me corro una primera vez. Jake ni siquiera piensa en bajar el ritmo. En lugar de eso, continúa su dulce tortura, sin disculpas. Me abre las piernas con sus anchos hombros. Me lame y succiona el clítoris y curva ligeramente los dedos para follarme con ellos con todas sus fuerzas.

—Sí, Jake… —gimo mientras arqueo la espalda.

Levanto la pelvis de forma involuntaria y esta vez él no me empuja hacia atrás. Me entrego de nuevo al orgasmo y mientras me desplomo con dejadez sobre el colchón, me libera de su agarre.

Me quedo tumbada con los ojos cerrados. Estoy sumida en el éxtasis absoluto, satisfecha. El silencio que invade el dormitorio me hace sentir bien. Cuando Jake se tumba a mi lado y me estrecha contra su pecho, me dejo hacer. Siento cómo le late el corazón bajo mis dedos y suspiro suavemente.

Hace apenas unas horas me quejaba con mis amigas de nuestra inexistente vida sexual y ahora… No puedo evitar reírme en voz alta. Seguro que las muy petardas van a querer llevarse el mérito de todo esto.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta Jake, mirándome.

—Nada —le hago un gesto con la mano y le miro directamente a esos brillantes ojos marrones—. Todo va bien.

—¿De verdad? —insiste Jake, mientras me da la vuelta para recorrerme la espalda con la mano.

Dibuja circulitos en ella, al igual que yo hice en su pecho hace un momento.

—Sí —digo, rodando sobre mi estómago para mirarlo—. ¿Por qué lo dudas?

—No lo dudo —dice, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Solo me alegra verte así.

—¿Así cómo? —pregunto—¿Follando?

—Satisfecha —Sonríe—. No voy a volver a follarte hoy; ya te lo he dicho.

Se me pone la piel de gallina y le miro con cariño.

—¿No? —pregunto, ladeando ligeramente la cabeza.

—Mañana más —murmura, besándome la comisura de los labios —. Y pasado mañana, y en algún momento en que sepa que Denver nos escucha.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Así que crees que follarte a su hermana estando él en casa es buena idea? —Levanto las cejas—. No me gustan los mirones, y menos si es mi hermano.

—Basta con que sepa que vamos a hacerlo —explica Jake, y puedo imaginar claramente el gusto que debe sentir al restregárselo a Denver.

—¡Serás bestia! —suspiro y me acurruco contra él—. A mí tampoco me encantan las historias sexuales que cuenta Sienna; créeme.

—Denver exagera —dice Jake—. Puedo entender que no quiera oír detalles, pero aún no soporta que te toque y te bese delante de él.

—Dale tiempo —le ruego a Jake, para defender a Denver—. Y no tenemos que hablar de él ahora, ¿sabes? Impresionante…

—Tú sí que eres impresionante —murmura, haciéndome girar sobre la espalda.

Jake se apoya con los antebrazos a ambos lados de mi cabeza. Sonriendo, me pasa el dedo índice por la nariz y me chincha dando un par de toquecitos con el dedo. Suelto una risita.

—¿En serio? —pregunto, y él asiente.

—Sí —dice sonriendo—. Abre las piernas.

Hago lo que me dice y siento cómo se desliza entre ellas. Me roza el coño con la polla y ambos gemimos. La desliza varias veces por mis labios vaginales, aún estimulados. Abre el cajón de la mesilla y saca un paquete en el que hay una cantidad exagerada de condones.

—¿Vas a tomarte la pastilla? —me pregunta mientras abre el paquete.

—Aunque lo hiciera, no follaríamos sin condón.

—Te quedaste embarazada con condón —me recuerda—, así que…

—Sí, porque no pudiste esperar y te lo pusiste mal —le acuso.

Me molesta que la culpa sea siempre de la mujer. Yo usé anticonceptivos, al igual que él. De hecho, para ser exactos, fue doble protección. Cómo íbamos a saber que ninguno de los dos funcionaría…

—¿Ah, sí? —pregunta moviendo las cejas.

Jake saca un condón del envoltorio y se lo pone.

—¿Se pone así, señorita Jones? ¡Enséñeme!

Le cojo la polla y aprieto. Jadea y me lanza una mirada llena de maldad.

—Parece que encaja, ¿no?

—Qué bien… —resopla y se inclina hacia mí.

Apenas roza los labios con los míos cuando entra en mí. Va metiéndomela con calma y disfruto de cada centímetro de él. Jake está tenso porque no quiere precipitarse. Le encantaría follarme, pero se contiene. Por mí, por nosotros.

Gimo cuando me penetra hasta el fondo, después de que le rodee las caderas con las piernas. Nuestros labios se encuentran. Nos besamos apasionadamente y nos entregamos por completo a nuestro acto de amor.

Esto no es follar, no es perversión como en la fiesta, esto es hacer el amor.

—Joder, Jake… —suspiro, mientras levanto la pelvis para recibir sus embestidas.

—Dios, cariño… Adoro estar dentro de ti.

—Sí…

Acerco la boca a la suya. Jake me devuelve el beso y entrelaza nuestros dedos por encima de mi cabeza.

Poco después, casi llegamos al clímax, ¡e insisto: casi! El muy cabrón me la saca y me sonríe con picardía. No puedo creer que se atreva a hacer eso.

—¿En serio? —exclamo—. ¡Estaba a punto!

—¿Se me ha olvidado mencionar que la paciencia no es una de tus virtudes?

—¿Qué te pasa? ¿Has desayunado payaso hoy? —le pregunto frustrada.

Jake me la mete y nos da la vuelta para ponerse bocarriba. Ahora estoy encima de él, pero sigo teniéndola dentro.

Le dejo caer las manos en el pecho y él me fija las suyas en el culo.

—Adelante… Sírvete —dice, como si me hubiera preparado un banquete. Y joder… vaya delicia—. Móntame hasta correrte.

Le recorro los duros pectorales con las manos y rodeo sus pezones erectos. Jake tiene la boca entreabierta. Está tan excitado…

El pánico de hace unas horas parece una realidad lejana. Cuando empiezo a mover la pelvis, desaparece casi por completo. Fui una estúpida al pensar que su polla ya no me cabría. Siempre lo hizo y

siempre lo hará. Quizá necesitara el polvo de la fiesta para cambiar de mentalidad. Y ahora no puedo dejar de gozármela. Jake y yo volvemos a follar y pienso hacer que todo el mundo se entere.

Sigo follándomelo hasta que se corre dentro de mí y yo no tardo mucho en llegar al clímax.

Empapada en sudor, me derrumbo sobre él. Jake me la saca, pero no hace ningún movimiento para apartarme de él o deshacerse del condón. Se limita a abrazarme. Me acaricia la espalda y me susurra una y otra vez cuánto me quiere.

Y yo hago lo mismo.

Epílogo

Phoenix

Adelaida, Australia, dos meses más tarde.

Como los Lincoln Tigers no llegaron a la final del campeonato universitario, aprovechamos para tomarnos nuestras primeras vacaciones en familia con Charlotte. Cuando le pregunté a Jake si le parecía bien que visitáramos a Sadie en Australia, aceptó de inmediato. De hecho, estaba tan emocionado que les contó nuestros planes a Denver, Darren y Tyler. Darren y Denver se lo contaron a Sienna y Millie, y al parecer, una de ellas se lo dijo a Joy. Así que bueno, nuestros amigos decidieron unirse al plan de cabeza.

Los padres de Sadie tienen una enorme hacienda en una zona rural a dos horas en coche de Adelaida. Darren, en particular, estaba entusiasmado con la idea de pasar unas vacaciones allí. Aunque no le gusta admitirlo, tiene cierto apego a su familia y al rancho ganadero de Texas.

Los padres de Sadie tienen varias casas de vacaciones, en dos de las cuales podemos alojarnos. Jake, Charlotte y yo compartimos casa con Denver y Sienna. Joy, Tyler, Millie y Darren se quedan en la otra. Hay que pasárselo bien antes de que los chicos vuelvan a Estados Unidos para el *Combine* y, más tarde, para el *draft*.

Al principio no me apetecía mucho que vinieran todos, porque quería pasar un tiempo a solas con Jake y Charlotte. Pero luego pensé que podría ser divertido. Dentro de unas cuantas semanas, nuestras vidas cambiarán para siempre. El destino de los chicos también determinará en cierto modo nuestro futuro: el de Sienna, Millie y el mío, claro.

Joy está soltera y puede quedarse en Lincoln si quiere. A menos que algo pase entre ella y Tyler… Pero lo dudo mucho. Mi mejor amiga intenta no dirigirle la palabra a no ser que sea estrictamente necesario. Además, Tyler la evita. Probablemente yo también lo haría

si Jake me gritara cada vez que abro la boca. A veces es muy dura con él.

Accedemos a la zona de llegadas del aeropuerto, donde normalmente hay unas cuantas personas con carteles de bienvenida, y buscamos a mi amiga, pero no consigo localizarla. Nos vimos por última vez el pasado junio, antes de que yo volara a casa. Sadie siempre me había dicho de ir a Chicago a vernos, pero cuando me fui de Brístol, hizo las maletas y se fue a España para trabajar en un complejo hotelero cerca de Barcelona. De allí viajó a Italia y luego volvió a Australia, después de pasar por Alemania y Francia. Visitó todos los lugares a los que dijimos de ir juntas antes de que yo supiera que estaba embarazada.

Charlotte tiene ahora cinco meses y estamos todo el rato pendientes de ella. Hemos sobrevivido al vuelo, pero solo porque Millie nos ha dejado volar con el avión familiar de los McDonald, aunque le dijimos que no era necesario. De todos modos, insistió. Dijo que nunca volvería a volar en un avión comercial. Su novio parecía incómodo y ya es decir, porque Darren Andrews difícilmente se incomoda.

Para Charlotte, en cambio, ha sido mano de santo, porque así he podido dormirla en la parte trasera cuando me ha apetecido. Lleva una semana tomando leche de fórmula. Además, le están saliendo los dientes, por lo que Jake y yo estuvimos replanteándonos el viaje un tiempo. Hace unos días se pasó la noche llorando. Fue horrible y, desde luego, no es el planazo que tenía en mente para unas vacaciones, pero la semana pasada ya estuvo tranquilita. El pediatra al que fui a ver anteayer me dijo que le habían salido los primeros dientes de leche y que ahora estaría un poco más calmada. Mi madre y la madre de Jake también lo confirmaron.

—¡Phoenix! —Levanto la cabeza y veo a Sadie saltando emocionada—. ¡Estamos aquí!

Sin pensármelo dos veces, le dejo el cochecito a Jake y corro entre los transeúntes hacia ella, que me espera con los brazos abiertos. Me alegro mucho de verla. Riendo, me abraza y yo le devuelvo el abrazo.

—¡Qué ganas tenía de verte! —exclamo—. ¡Te he echado tanto de menos…!

—Yo también te he echado de menos —responde ella—. No puedo creer que estés aquí.

Los demás no tardan en unirse a nosotros. El hermano de Sadie está justo a su lado.

—Hola —Me presento—. Soy Phoenix.

—Yo soy Kyle —responde con un tono agradable—. Encantado.

—Deja que te presente a mi gente —continúo, dándome la vuelta —: estos son mi hermano Denver y su novia Sienna.

—Hola —dice Sienna y Denver hace lo mismo—. Encantada de conoceros por fin.

—Hola —Sadie los saluda—. Encantada de conocer por fin también al famoso hermano de Phoenix. Me ha hablado mucho de ti.

—Te habrá dicho solo cosas buenas, supongo —responde, y nos reímos.

Claro que solo he dicho cosas buenas de él… ¿Qué más podría decir? Vaya egocéntrico es a veces…

—Estos son Joy y Tyler —Continúo presentando al grupo y Sadie también los saluda—. Y ellos son Millie y Darren. Millie es la dueña del avión en el que hemos venido.

—Oh… —Sorprendida, Sadie mira a Millie—. ¿Eres la dueña de un avión? En plan… ¿de la aerolínea?

—No —explica Millie, y tengo que reprimir una carcajada. Es probable que los demás hagan lo mismo—. Mi familia tiene un *jet* y nos lo han dejado.

—¿Un… *jet*? —Sadie se atraganta con sus propias palabras por un momento—. ¿Un *jet* privado, dices?

—Sí —dice Millie encogiéndose de hombros—. Pero no es para tanto…

—No, para nada… —murmura Darren, acercándola a ella—. Gracias por invitarnos. Mi familia también tiene una granja en Texas. Me encantaría ver cómo funcionan las cosas en Australia. A mi hermana le gustó mucho cuando visitó a nuestro tío en Sídney.

—¿Ah, sí? —pregunta Sadie con una gran sonrisa—. Seguro que te sentirás como en casa con nosotros.

Entrecierro los ojos para descifrar la reacción de Millie y sonrío para mis adentros. Como era de esperar, se pone celosa.

—Y este es Jake —Termino la ronda de presentaciones con una sonrisa y me acurruco en brazos de mi novio.

—Hola —la saluda él—. Me alegro mucho de conocerte. Phoenix lleva semanas hablando de ti…

Me río y saco a Charlotte del cochecito. Por suerte está despierta y mira con curiosidad a Sadie.

—Y esta es probablemente la personita a la que más ganas tenías de conocer —Le guiño un ojo a Sadie—: Charlotte Sadie Sullivan.

—¿Le has puesto mi nombre? —pregunta Sadie, con los ojos muy abiertos, y asentimos.

—Phoenix dice que habría estado perdida sin ti —dice Jake, señalándome—. Así que jamás podremos agradecértelo lo suficiente.

—Ay, qué vergu me está entrando… —susurra Sadie, mientras las mejillas se le tornan de un delicado tono rojo.

—Es la verdad —le aseguro a mi amiga, mientras dejo a Charlotte en el cochecito.

Le pongo el chupete y le doy el mordedor.

—Vale —dice Sadie, dando una palmada de motivación—. Antes de que me ponga moñas, deberíamos ponernos en marcha. Tenemos dos coches. Yo puedo conducir uno y uno de vosotros tendrá que conducir el otro. Kyle tiene cosillas que hacer y volverá más tarde con uno de nuestros empleados. ¿Alguien tiene experiencia conduciendo por la izquierda?

—Yo —responde inmediatamente Darren, levantando la mano—. Estuve un par de semanas en Inglaterra.

—Genial —dice Sadie, entregándole una de las llaves—. Phoe, tú vienes conmigo. El cochecito no cabe en el otro coche.

—Vale. Entonces iremos nosotros tres… —Miro a mi alrededor y señalo a Jake y Charlotte— y Sadie, Denver y Sienna. Tyler, Joy, Millie y Darren, vosotros id en el coche más pequeño.

—Perfe, pues nos las apañamos así —Sadie parece conforme y nos indica el camino.

—Sí, perfe… —murmura Millie, recalcando las palabras de mi amiga.

Luego tira de Darren detrás de ella y Joy y Tyler los siguen.

Lanzo una mirada interrogativa a Sienna y ella se limita a sonreír.

—Supongo que alguien está celosa de que a Darren le guste la granja de Sadie —dice sonriente.

Sacudo la cabeza porque estoy segura de que Sadie no tendrá absolutamente ningún interés en Darren y camino hacia ellos junto a Jake.

Mi novio me sonríe y me da un beso dulce.

—¿Preparada para nuestras primeras vacaciones familiares? —me pregunta y yo asiento.

—¡Nací preparada!

Unos días después…

Me siento en el regazo de Jake y le rodeo el cuello con los brazos.

—Se ha quedado dormida… —le digo, besándole suavemente—. Los demás se han ido a montar a caballo.

—Así que estamos solos, ¿eh? —señala, tirando de mí para ponerme a horcajadas sobre su regazo.

Desde que acabé con mis miedos hace dos meses, hemos tenido sexo tan a menudo como antes de quedarme embarazada. Y ahora somos oficialmente pareja.

—Sí, eso parece —confirmo y vuelvo a besar a Jake.

Me desliza las manos por la espalda y luego por debajo de la camiseta.

—¿Cuánto tiempo crees que dormirá Charlotte?

—Mucho tiempo, espero —susurro, acurrucándome contra él.

Me baja las manos por la espalda hasta llegar al culo.

—¡Mis ojos! ¡Mis pobres ojos!

Gimo resignada y apoyo la frente en la de Jake. Algún día mataré a Denver. Hace tiempo ya que sabe que su mejor amigo y yo somos pareja, así que es normal que seamos cariñosos entre nosotros, ¿no?

—Ignóralo —me dice Jake entre dientes y me besa de nuevo.

—¿Cómo vamos a ignorarlo? —murmuro contra sus labios y él gruñe —. Ya sabes cómo es.

—¡Por desgracia, sí!

Jake me aparta de su regazo para que pueda sentarme con normalidad.

Denver, Sienna y Sadie se acercan y se unen a nosotros.

—¿Teníais planes, chicos? —pregunta mi hermano innecesariamente.

—Pues ahora que lo dices, queríamos follar —gruñe Jake—, ya que por una vez nuestra hija está durmiendo. No hemos tenido mucho tiempo para ello las últimas semanas porque le están saliendo los dientes.

—Ya, ya… —Denver le hace un gesto con la mano, como si no le importara—. A este paso, acabaréis haciendo otra sin querer. Deberías agradecérnoslo a Charlotte y a mí.

Sienna, Sadie y yo ponemos los ojos en blanco.

—Sabes que te comportas de forma absurda, ¿no? —pregunta Jake—. ¿Ah, ya lo sabías? Vale, vale…

—¿Y tú te has dado cuenta de que sigues tirándote a mi hermana pequeña?

—Ya lo hemos pillado —interrumpe Sienna a Denver y lo besa—. Y tú te tiras a la amiga de tu hermana, así que todos contentos.

Denver suspira y sube a Sienna a su regazo.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunta Sadie, mirando a mi hermano.

Denver sonríe cariñosamente a Sienna.

—A mi chica le asignaron la habitación vacía de nuestro antiguo piso, porque la dirección de la residencia me inscribió en el registro como la señorita Denver Jones —dice y Sadie se echa a reír—. Un día, Sienna se plantó en el salón con el bolso y una maleta, convencida de que yo era el novio de esa misteriosa Denver Jones. Y el resto, bueno… Se lo debemos a mi encanto.

—Sí, claro… —dice Sadie, entre risas—. Estoy segura de que las tienes a todas a tus pies…

Jake me apoya la cabeza en la curva del cuello para aguantarse la risa. Está claro que lo ha dicho con sarcasmo.

—¿Veis? —Denver se vuelve hacia Sienna y hacia mí con una seriedad admirable—. Por fin, una mujer que lo entiende.

—Tío —rechista Jake—, ¿no ves que te está vacilando?

Denver la mira, desconcertado, y todos soltamos una carcajada. No me creo que se haya tomado lo que le ha dicho Sadie al pie de la letra. Se le ve angustiado al pobrecito…

—¡Ya estamos aquí, peñita! —dice Joy, sentándose junto a Sadie —. Vaya tierras te gastas… ¡Y menuda granja!

—Sí —confirma Sadie mientras Tyler, Darren y Millie se sientan.

A Millie no le cae bien Sadie. Es una pena… Cree que Darren puede interesarse por ella porque ambos tienen tierras. ¡Pero vaya gilipollez! No creo que a Darren le importe algo más que no sea la granja. Quiere a Millie más que a nada en este mundo. Pero tal vez yo también lo haría si hubiera una chica que encajara con lo que Jake ha visto en casa.

—Los pastos son aún más grandes que los nuestros en Texas —dice Darren—, pero la tierra es peor.

—Ganamos dinero criando toros para que los monten en rodeos. Nos ocupamos de los animales con otros fines y no para la actividad ganadera, como hacéis vosotros.

—En eso tienes razón —contesta Darren, acercando a Millie.

Menos mal que lo ha hecho; de lo contrario, a mi amiga se le iría la olla. Puede que Darren no sea tan tonto como pensábamos las chicas. Desde que está con Millie, es diferente. En el buen sentido. Se hacen bien el uno al otro.

Lo mismo digo de mi hermano y Sienna. Después de la muerte de papá, Denver estaba hecho una furia y se encerraba en sí mismo. Mientras mamá, Madison y yo íbamos a terapia, Denver intentaba llenar el vacío con el fútbol. Gracias a Sienna, le ha dado a John una verdadera oportunidad y ahora va a visitar la tumba de papá más a menudo. Ahora sabe que John no pretende ocupar su lugar, pero papá ya no está y Denver tiene que seguir adelante.

Joy ha sido mi mejor amiga desde que llegué a la universidad. Nos conocimos en una fiesta. Las cosas no han ido muy bien entre

nosotras en los últimos meses, porque no puedo soportar esa actitud prepotente y descarada con la que va rondando por ahí. Antes me divertía que siempre las soltara una detrás de otra. Pero con el tema Charlotte y de los problemas con Jake, se puso demasiado intensa. Aunque siempre intentaba actuar con seriedad y sé que no pretendía hacerme daño, me costaba aguantarla.

Estas semanas ha ido a mejor. Espero que encuentre al chico adecuado, de verdad. Puede que sea Tyler, aunque ahora no lo parezca.

—Te quiero —le digo a Jake mientras le miro a los ojos.

—Yo también te quiero —dice en un suspiro y me besa suavemente.

Le devuelvo el beso y entonces veo que se ilumina el monitor del vigilabebés.

—Bueno, ya voy yo… —digo levantándome.

Joy me sigue. Sonrío, la miro y asiento.

Juntas entramos en casa. A diferencia de nuestro apartamento, la cuna de Charlotte está en nuestra habitación.

Abro la puerta y me acerco a la cuna. Mi niña tiene los ojos abiertos y está jugando con su mordedor.

—Falsa alarma —digo aliviada y miro a Joy.

—Tía, anoche me acosté con Tyler… —suelta, sin más—. ¿Y ahora qué coño hago, Phoe?

¡Y se suponía que no había nada entre ella y Tyler!

¡Pues vamos listos!

TOMO IV

El final feliz perfecto

1

Joy

Después de casi tres años en la uni, mi tiempo en Lincoln está llegando lentamente a su fin. Este verano me graduaré en Psicología y me mudaré. Antes de empezar a estudiar en el norte de los EE. UU., ya sabía que algún día me iría a vivir a California. Pero para eso aún faltan unos meses, así que quiero pasar el mayor tiempo posible con mis amigas: Phoenix, Millie y Sienna.

En el último año y medio nos hemos hecho cada vez más íntimas. Bueno, también están sus novios: Jake, Denver y Darren; y Tyler, claro. El hecho de que seis personas del grupo estén emparejadas y que Denver y Phoenix sean hermanos no siempre facilita las cosas.

Conocí a Phoenix en una fiesta cuando estaba en segundo, y esta me presentó a su hermano Denver, a Jake, y un poco más tarde, a Darren. Cuando Sienna llegó a Lincoln hace año y medio y los astros se alinearon para que acabara en la habitación vacía del apartamento de Denver, se unió al grupo, y poco después, llegó Millie.

Tyler fue el último en aparecer. Se trasladó de la Universidad Estatal de Ohio al Lincoln College y se coronó como el octavo miembro del grupo. Como Denver y Sienna, Darren y Millie, y Jake y Phoenix son pareja, Tyler y yo solemos sentarnos al margen de los tortolitos, y la verdad es que me da bastante igual. De hecho, puedo entender por qué mis amigas prefieren ponerse al lado de su pareja antes que conmigo cuando nos vamos de cena o salimos de fiesta.

El problema es mi pasado. A diferencia de los demás, no conocí a Tyler en la uni, sino antes: mucho antes.

Nuestro *diner* de confianza está a unos quince minutos a pie del campus, en una calle tranquila. La camioneta de Denver y el Porsche de Millie están aparcados fuera. Abro la puerta y el sonidito de un timbre avisa al personal de que he entrado en el local. Mis amigos están sentados en un rincón del restaurante, en el sitio de siempre.

Los chicos son muy conocidos en la uni, así que los fans —sí, los tienen— no dejan de acercarse a nuestra mesa para pedirles un autógrafo o una foto.

Al ver a mis amigos, suspiro. Tyler ya está sentado en la mesa y, como de costumbre cuando quedamos todos, solo hay una silla vacía, y está a su lado.

A veces siento que las chicas están metiendo mano para forzar nuestra relación, porque casi siempre me toca sentarme a su lado o ir con él a los sitios. No se dan cuenta de que yo no quiero.

Yo no soy como Millie, que le dio otra oportunidad a Darren después de que él la ignorara cientos de veces, ni como Phoenix, que tuvo la santa paciencia de aguantar a Jake hasta que, por fin, se dio cuenta de que ella era la indicada para él.

Tyler y yo nos conocimos hace seis años. Fuimos juntos al insti y pasamos un verano juntos. Pero cuando estaban a punto de terminar las vacaciones, de la noche a la mañana, se mudó a Ohio con sus padres y no se le ocurrió decírmelo. Ni que hubiera tenido tres meses enteros para dejarlo caer…

Desde que Tyler está en Lincoln, he tratado de evitarlo, lo cual es tremenda mierda, porque Denver, Jake y Darren se han convertido en sus mejores amigos. Ninguno es capaz de entender por qué estoy resentida; de hecho, me tachan de vengativa.

En fin, ¿qué se puede esperar de tres futbolistas hormonados cuyo segundo deporte favorito es el sexo? Es casi un milagro que los tres estén casadísimos, especialmente Darren. Es el que menos esperaba que fuera fiel, pero él y Millie son perfectos el uno para el otro y la quiere a morir.

Cuando me encontré a Tyler en el campus hace un año y medio, me quedé sin palabras. No podía creer que hubiera vuelto a mi vida después de tantos años. Al principio, no me reconoció. No me extrañó lo más mínimo, ya que la Joy de veintiún años y la de los quince tienen muy poco en común.

Antes llevaba el pelo negro, al natural, y tenía un estilo mucho más sencillo. La última vez que le vi, aún no me había teñido las puntas. Ahora las llevo azules, pero puede que me las cambie en un tiempo. Y aunque antes me avergonzaba de mis raíces asiáticas,

porque no encajaban en el supuesto ideal de mujer estadounidense, ahora las adoro.

La familia de mi padre es de Shanghái y llegó a Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Algunos de sus parientes eran todavía unos niños, pero al final, encontraron su sitio en una pequeña ciudad de Kentucky. La familia de mi madre, en cambio, es estadounidense.

Mis padres se conocieron en la universidad, cuando mi padre estudiaba Medicina y mi madre, Filosofía. Al igual que Tyler, no tengo hermanos ni hermanas. Por eso me gusta tanto estar con mis amigos y con la familia de Phoenix. Además, solo viajo a Kentucky para las ocasiones especiales y los cumpleaños de mis padres y abuelos.

No recuerdo exactamente cuándo me reconoció Tyler, pero en algún momento, se puso delante de mí y me preguntó si yo era una tal Jolene Lin. Su Jolene. Se me aceleró el corazón y no pude hacer otra cosa que asentir. Al principio parecía cortado, pero luego se puso a hablar y me dijo de quedar.

¿Y qué hice yo? Di media vuelta y me fui. No quería hablar con él, ni siquiera escuchar lo que tenía que decirme. Además, me llamó Jolene, algo que nadie hace en Lincoln. Aquí soy Joy para todo el mundo y quiero que siga siendo así. A pesar de que le dije que no me llamara Jolene, lo sigue haciendo. Ya tengo bastante con que mis padres me llamen por mi verdadero nombre; estaría bien prescindir de él en la universidad.

¡No me pega! Es demasiado educado y repipi. Vamos, todo lo que he dejado de ser.

Joy es mucho mejor. Tiene gancho: ¡es un nombre que lo peta!

Además, Tyler perdió el privilegio de llamarme Jolene cuando desapareció a la mañana siguiente de desvirgarme y se mudó a Ohio con sus padres. Hasta hoy, no le he dado la oportunidad de explicarse, y tampoco pienso hacerlo. No quiero oír sus excusas. No quiero que me suelte que solo tenía diecisiete años y que no le quedaba otra que marcharse.

Eso ya lo sé. Es obvio que no podía quedarse solo en Kentucky a los diecisiete años. El problemita es que en todas las semanas en las

que estuvimos juntos, no dijo ni una palabra. Habría estado bien que lo hubiera hecho, ¿no? No se molestó en acabar con la farsa hasta que consiguió desflorarme.

Yo era una ingenua, claro está. Pensé que estaba viviendo algo único con alguien especial. Al fin y al cabo, Tyler lo era para mí. ¿Y qué resultó ser al final? Un imbécil.

Debería haber esperado. Mi primer novio, Anthony, habría sido un candidato mucho mejor para mi primera vez. En vez de eso, me tiré a Tyler y ahora estoy atada para siempre a los recuerdos de esa noche con un tremendo gilipollas.

El padre de Tyler era médico en la base militar de Lexington cuando mi padre trabajaba en el hospital de allí. Vivíamos en la misma calle y nos conocíamos desde hacía años. Como era de esperar, cuando trasladaron a su padre a Ohio, Tyler y su madre tuvieron que mudarse con él.

Ahora que echo la vista atrás, no sé si me habría negado a acostarme con él aun sabiendo lo que iba a pasar. Yo estaba muy enamorada de Tyler, y puede que aún lo esté.

En los últimos años, no ha habido nadie en quien me haya fijado con otras intenciones que no sea follar. A pesar de que salí con Anthony, no conseguí sacarme a Tyler de la cabeza. Entre unas cosas y otras, no he sido capaz de alejarme de él, y eso me pone nerviosita.

—Hola, chicas —saludo a mis amigas y beso a Millie, Sienna y Phoenix en la mejilla—. Siento llegar tarde. ¿Qué tal, tíos?

Me siento en la silla vacía al lado de Tyler e intento no mostrar lo mucho que me molesta tener que ocuparla. Espero que Tyler no me fuerce a hablar, porque quiero pasar de él.

Sienna dice que no debería darle tanta importancia al asunto y que no tendría que hacerle feos a Tyler, sino ser más amable. Me gustaría ver cómo reaccionaría ella si la obligaran a sentarse al lado de Denver en caso de que él la dejara tirada.

—¿De qué habláis? —pregunto al grupo, cogiendo la cocacola que alguien debe haber pedido para mí.

—De las vacaciones en Australia —dice Millie—. Estamos debatiendo si coger un vuelo comercial o ir en nuestro *jet*.

Con «nuestro *jet*» se refiere al avión de su familia.

Sonrío porque lo dice y se queda tan pancha, como si nuestras familias fueran como la suya. Desde que descubrimos que nuestra Millie Mouse es en realidad Millie la multimillonaria, ha sido un no parar. Nada parece ser demasiado para ella, y para qué mentir, todos salimos ganando con ello.

—Vamos a pillar un vuelo comercial —dice Darren, y Millie pone los ojos en blanco—. Sobrevivirás. ¡La clase *business* es muy cómoda!

—No puedo permitirme un vuelo hasta Australia y lo sabes —digo, mirando a Darren.

¿Qué se cree? Yo no tengo patrocinadores; tan solo una beca y el dinero de mis padres. Volar en clase preferente hasta Melbourne me es imposible.

Él rechista y Millie sonríe.

—Pues entonces habrá que coger el *jet* —concluye ella, cogiéndole la mano a su novio—. Joy ha dicho que sí, y Phoe y Jake, también. Ya somos cuatro.

—Denver, Sienna, Tyler y yo estamos en contra —añade Darren —. Cuatro contra cuatro es un empate, nena.

Darren sonríe a Millie. No es la sonrisa que solía dirigirle a las chavalas que se llevaba a la cama cuando le apetecía un polvo, no. Es una sonrisa cariñosa que la hace suspirar de inmediato.

—¿Qué creéis que sería mejor para Charlotte? —pregunto, mirando a Phoenix y a Jake.

Todavía me cuesta creer que mi mejor amiga haya sido madre hace cinco meses. Jake y ella hacen la pareja perfecta. Aun así, tuvieron que pasar casi dos años «solo acostándose» y Phoenix se tuvo que ir al extranjero y descubrir que estaba embarazada… Todo para encontrarse.

Aunque seamos claros: Jake nunca le echó huevos a lo de apoyar a Phoenix y anteponerla a su amistad con Denver. Pero bueno, al final, Jake no lo hizo tan mal y no destrozó a Phoenix.

Bueno, no de la manera convencional. Dejó que huyera a Brístol, Inglaterra, lo cual no es mucho mejor. Pero cuando volvió con un

tripón de embarazada, se ocupó inmediatamente de ella y de su hija, Charlotte.

—El *jet*… —dice Jake entre suspiros y mira a Darren como disculpándose—. Lo siento, tío, pero tiene un dormitorio y así podremos dejar a la peque sobando, o darle de comer allí.

Darren murmura algo y levanta las manos.

—Bueno, pues nada —refunfuña—. Habrá que irse en el *jet*, entonces.

—¡Perfecto! —Millie se acurruca contra Darren—. La peque estará más que contenta en el dormitorio del *jet* y nosotros, también.

—¿En serio? —pregunto, levantando las cejas—. ¿Nadie va a querer unirse al club de millas platino[1]?

Tengo clarísimo que hay más de uno en el grupo que estaría dispuesto a hacerlo.

—¡Llegas tarde! ¡Nosotros ya somos miembros!

Darren sonríe tan ampliamente que Millie se sonroja.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que te guardes eso para ti? —susurra Millie.

Después de un año con él, debería saber que el chaval nunca aprenderá.

—Vamos, Millie… —dice Sienna de coña—. En la piscina cubierta, en el *jet* privado… ¿Hay algún sitio en el que no lo hagáis?

—Te has olvidado del ático y sus ventanales con vistas a Lincoln. ¿Lo habéis hecho alguna vez contra las ventanas? —pregunto, lo que avergüenza aún más a Millie.

—En fin, paso… —refunfuña—. Y más te vale no decir nada.

Millie le lanza a su novio una mirada de advertencia.

—¡Yo no he abierto la boca! —dice, negando con la cabeza.

—Bueno, eso es un sí —Denver resume sus reacciones y le coge la mano a Sienna—. ¿Alguien más quiere confesar?

—Pues… Nosotros lo hicimos el otro día —dice Phoenix mientras le sonríe a Jake de forma provocativa.

Todo el mundo sabe que Denver no quiere saber nada de la vida sexual de su hermana y su mejor amigo.

—Bueno, se acabó el tema —interrumpe—. ¿Qué hay del viaje? ¿Qué te ha dicho Sadie?

Sadie es la amiga de Phoenix, a la que conoció durante su estancia de Work & Travel[2] en Inglaterra. Sadie estuvo con Phoenix durante la mayor parte de su embarazo y cuando vayamos a Australia, verá a Charlotte por primera vez.

—Sadie ha dicho que nos va a ceder dos casas de la hacienda. Tendremos que pagar la comida como los demás huéspedes, pero no el alquiler vacacional.

—¿Está segura? —pregunta Sienna—. Podríamos pagar doscientos dólares cada uno.

—Ya se lo dije —responde Phoenix—, pero ella no quiso. Tendremos que dividirnos en dos grupos de cuatro en las casas. Eso sí, Jake y yo queremos quedarnos en la que tiene un dormitorio arriba y otro abajo, por Charlotte. Así, cuando se ponga quejicosa y llorona, no os molestará tanto.

—Sabes de sobra que Charlotte no nos molesta —dice Sienna poniendo los ojos en blanco—. Lo más lógico sería que los cuatro, o sea Denver y yo, y Jake y Phoenix, compartiéramos casa por Charlotte, y vosotros cuatro os quedarais en la otra.

Sienna nos señala a Darren, Millie, Tyler y a mí.

Miro a mi alrededor. No estoy nada de acuerdo con esta distribución. Para variar, el hecho de que Tyler y yo no seamos pareja vuelve a ser un problema. Si Millie y Darren tampoco lo fueran, los cuatro podríamos compartir casa sin pegas. Pero así, ellos dos harán sus cosas de pareja y nosotros… No quiero ni pensar cuánto tiempo tendré que pasar con Tyler en un espacio tan reducido.

—Me parece bien —dice Tyler, asintiendo, y Millie y Darren hacen lo mismo.

Molesta, miro a Tyler y enarco las cejas. Este chico no puede ir en serio, de verdad que no. ¿Cómo no se da cuenta de que no quiero estar en la misma casa que él? Ni hoy, ni mañana, ni en los próximos años.

—¿Qué pasa? —pregunta—. Creo que tiene sentido distribuirse así.

—¿Eso crees? —susurro—. ¡Pues nada, oye!

—¿Cómo quieres que nos dividamos si no? —pregunta, molesto —. Yo también pienso que lo mejor para Charlotte es que comparta casa con las personas más cercanas a ella.

—Sí, por ejemplo, sus padres —contesto—. Que yo sepa, esos son Jake y Phoenix.

—Pero Denver es su padrino —argumenta Tyler.

—¡Pero si la niña no está bautizada!

—Bueno, es su padrino hipotético —dice Tyler—. A ver si lo que pasa es que no quieres compartir casa con Millie y Darren…

¡El muy cabrón…!

No tengo ningún problema en compartir casa con Millie y Darren, y esa sonrisilla de sobrado me dice que lo sabe perfectamente.

—¡Sabes de sobra que esto no es por Millie y Darren!

—Claro que lo sé —dice Tyler encogiéndose de hombros—. De todas formas, vamos a estar juntos todo el tiempo durante esas tres semanas. Lo que pase por la noche da igual.

Molesta, me cruzo de brazos.

—Aún me lo pintas mejor… —susurro—. Oye, ¿no tenía Sadie un hermano buenorro, así, con un rollo vaquerito?

Claro que lo tiene. Se llama Kyle y es de buena familia. Ya puestos, quizá debería pensar en divertirme en tierras australianas. Después de todo, estoy soltera y nadie puede decirme qué hacer.

—No te sientas obligada a volver a la casa —dice Tyler con una mirada irritada—. Puedes quedarte a dormir con él; así tendremos un poco de paz y tranquilidad.

Se comporta como un niño pequeño, pero ¿qué esperaba? La madurez nunca ha sido lo suyo. Ni ahora ni hace seis años.

—Bueno, ahora que ya nos hemos apañado, sigamos —Jake suspira—. El vuelo durará dieciocho horas desde Chicago, y haremos una parada para repostar en Honolulú, ¿no, Millie?

—Correcto —confirma ella—. Tenemos que estar en el aeropuerto una hora antes del despegue. Habrá alguien allí, esperándonos. Luego subiremos al avión, ¡y en marcha!

La escucho de refilón, porque no consigo apartar los ojos de Tyler. Me pasa muy a menudo y me saca de quicio, como todo lo que tiene que ver con él.

¿Por qué no puedo ignorarlo? No puede ser tan difícil, ¿verdad?

Por desgracia, tengo que admitir que hoy está buenísimo. Se pasa. Lleva el pelo rubio más corto por los lados. Aunque lleva una sudadera con el escudo de los Lincoln Tigers, se le marcan esos hombros tan anchos que tiene, así como su pecho musculoso.

Tyler no puede ser más guapo; eso no se lo quita nadie. Ya apuntaba cuando era adolescente, pero ahora está aún más musculado. De repente, me mira y yo le aguanto la mirada un instante.

Luego aparto la vista y vuelvo a mirar a Phoenix. Ella sonríe y yo suspiro. Está claro que ya me ha pillado otra vez mirándole.

—¿Joy? —Miro a Sienna, confundida—. ¿Vas a venir conmigo o qué?

—¿Adónde? —pregunto, porque no le estaba prestando atención.

—A la fiesta —me recuerda—. Mañana por la noche, por el fin de temporada.

—No —le digo—. Esa fiesta es para los jugadores y sus novias, ya sabes.

Como era de esperar, todos en la mesa ponen los ojos en blanco, pero no me importa. No soy la novia de ningún jugador y no tengo nada que hacer en una fiesta como esa, así que me quedo en casa.

No quiero que los demás se hagan a la idea de que iré con Tyler, porque no pienso hacerlo. Saben que no somos pareja, así que es evidente que me invitan por pena, porque mis amigos van a ir.

—Pero… —dice Sienna.

—Que no, tía —susurro—. Déjalo estar.

Veo que quiere decir algo más, pero cambia de opinión. Ya va siendo hora de que entiendan que Tyler y yo no somos pareja y que eso afecta a la dinámica del grupo.

—Bueno, chicos, yo me voy —dice Tyler, poniendo diez dólares sobre la mesa—. Nos vemos mañana por la noche. Adiós, Jolene.

—Espera, voy contigo —dice Denver, poniendo también dinero sobre la mesa para pagar su parte y la de Sienna—. Nos vemos esta

noche, cariño.

—Hasta luego, amor —responde ella con una sonrisa después de que él le dé un beso de despedida.

La bebecina del grupo, Charlotte, también se despide de su tío de una forma especial, y poco después, Denver y Tyler salen de la cafetería.

Las miradas de los demás lo dicen todo.

—¿Qué? —les suelto a mis amigos que se han quedado—. Decidle que se corte un poco y ya.

—¿Que se corte con qué? —pregunta Darren—. ¿Con lo de dejar claro que quiere que pruebes lo que esconde en los pantalones?

—Gilipollas… —gruño y Sienna, Millie, Phoenix y Jake se ríen—. Creía que lo tenías controlado, amiga.

Levanto las cejas y miro a Millie.

—Lo tenía… —Suelta una risita y se acurruca junto a su novio.

¿Cómo puede alguien ser tan asquerosamente feliz? Bueno, cómo pueden serlo los seis…

Millie añade:

—Pero solo dice la verdad, Jolene…

—*Jolene, Jolene, Jolene, Jolene… I beg you, please don't…*

—¡Cállate un siglo, Phoe! —le grito, pero no puedo evitar sonreír mientras entona el clásico de Dolly Parton.

---

[1] *N. de la T*. Joy se refiere al *Mile High Club*, que es una forma de llamar a un supuesto club al que pertenecerían las personas que tienen relaciones sexuales cuando están a bordo de un avión. La traducción es cosecha propia para estas novelas (véase *El novio falso perfecto*).

[2] *N. de la T*. En español, «Trabaja y viaja».

2

Tyler

El eco de los tonos graves a través de los grandes altavoces del pabellón es ensordecedor. Estamos celebrando que se ha acabado la temporada, aunque no hayamos llegado a la final del campeonato universitario. Habría estado bien, pero perdimos contra Arizona en los *playoffs*[1]. El partido estuvo muy reñido y quizá podríamos haberlo hecho mejor en el último cuarto, pero ahora ya no tiene sentido darle vueltas. No ganamos; así son las cosas.

—Hola —me saluda Darren con un apretón de manos.

Busco a Millie, pero no la veo.

—¿Has venido solo?

—Sí —suspira—. Millie no se encuentra bien. Cree que se ha intoxicado con algo que ha comido.

—A lo mejor está embarazada… —bromeo y él pone los ojos en blanco—. Perdón, perdón, no tiene gracia…

—Pues no, ni puta gracia —refunfuña y yo sonrío—. Millie y yo tenemos ciertas aspiraciones, y en ellas no hay cabida para un bebé.

Darren se ha convertido en mi mejor amigo en el año y medio que llevo en Lincoln. Cuando me mudé de Kentucky a Ohio, me costó hacer amigos.

Fue como si se repitiera el patrón del instituto. En la uni, las cosas no fueron mucho mejor, así que me alegré cuando me ofrecieron trasladarme a Lincoln. Aquí por fin encontré amigos de verdad: Darren, Jake y Denver.

Por eso entiendo cómo se sentía Millie al principio. No es que podamos comparar exactamente nuestras situaciones, pero a ella también le costaba hacer amigos porque tenía algo especial; algo que la diferenciaba del resto. A ella le sobraba el dinero, y a mí me despreciaban por mi talento.

Después de lo que pasó en mi primera fiesta, del beso con Sienna, la novia de Denver, no parecía que fuera a asentarme nunca.

Era mi primera noche en Lincoln y estaba tan contento de que me hubieran invitado los chicos…

Denver y Sienna no estaban saliendo en ese momento, pero a mi colega no le hizo mucha gracia que le metiera la lengua hasta la garganta a su chica. Para ser sincero, no recuerdo por qué lo hice. Puede que la viera muy triste y me entraran ganas de animarla. Aunque no sé si un beso era la mejor manera de hacerlo… Por suerte, al final todo salió bien y Denver entendió que yo no quería nada de ella.

Hay otra mujer que acapara toda mi atención: Jolene Lin.

O bueno, Joy, como prefiere que la llamen. Al principio, no podía creer que fuera ella. Hacía cinco años que no la veía. Los dos hemos cambiado, pero Joy no solo lo ha hecho físicamente. Nunca pensé que la hija del médico de mi calle, que era tan dulce y mona, pudiera convertirse en una *femme fatale*.

Joy está buenísima y lo sabe. Su pelo teñido de azul le sienta tan bien como ese maquillaje juguetón y la ropa ajustada que suele llevar. Es increíble y daría lo que fuera por volver a sentir su precioso cuerpo bajo el mío.

Algunos de los chicos del equipo se han acostado con ella. No me encanta, pero no tengo motivos para impedírselo. Según dicen, es una fantasía en la cama. Recuerdo que cuando hicimos el amor fue cautelosa y se la veía insegura. Pero bueno, así estamos todos la primera vez, ¿no?

Ambos hemos ganado experiencia con el paso de los años. Pero ¡joder! No parece que a Joy le interese repetir. Aun así, intenta picarme y me suelta que quiere enrollarse con el hermano de Sadie en Australia. Mira que no debería importarme, pero me molesta, para qué mentir.

Hace unos años, metí la pata. Me fui justo después de acostarme con ella y no le dije que nos íbamos a mudar a Ohio. Ahora, Joy se está vengando con su actitud por lo que le hice.

Cada vez que quedamos, no se molesta en ocultar que no le encanta estar conmigo y que me echaría del grupo si pudiera. Pero no voy a dejar que consiga lo que quiere.

Además, no estoy ciego: la he pillado mirándome a escondidas alguna que otra vez.

—Millie no está embarazada —Darren me saca de mis pensamientos—. Le ha bajado la… ya sabes.

—Entonces debes tener los huevos casi morados —me río entre dientes y le doy un codazo.

—No, ya me alivié ayer —responde orgulloso—. Me mataría si supiera que te lo estoy contando.

—Creo que me has contado cosas peores…

—Sí, puede… —dice Darren y le sigo hasta la barra.

Como era de esperar, Phoenix y Sienna están allí. Pero a diferencia de Darren, yo puedo ir a darme una vuelta entre las animadoras.

—Hola, Tyler —me saluda Phoenix y la abrazo.

Luego saludo amistosamente a Jake.

—Hola —le digo—. ¿Cómo vas, tío?

—Todo bien, ¿y tú?

—Lo mismo, crack —respondo y saludo a Sienna y Denver.

Nos vamos a Australia la semana que viene y no tengo ni idea de qué me espera allí. Tenemos tres parejitas en el grupo, así que imagino que querrán pasar tiempo juntos.

Joy no está del todo equivocada cuando dice que va a ser incómodo para nosotros. Y ya sé que ni de coña va a querer salir a pasear conmigo mientras los demás están haciendo sus cosas de pareja. Quizá debería plantearme cancelar el viaje e ir a visitar a mis padres a Kentucky. No los he visto desde que se mudaron allí, después de que mi padre se retirara del Ejército. Han pasado casi dos meses desde entonces.

Aun así, esta será la última vez que nos vayamos todos juntos de vacaciones. Nuestro futuro se decidirá en abril. Tendremos que demostrar lo que sabemos hacer en el *Combine*[2] a principios de marzo, para llamar la atención de los cazatalentos de la NFL.

Denver, Jake, Darren y yo tenemos todas las papeletas de llegar a la liga profesional más importante del mundo. Ya han venido a vernos varios cazatalentos a los entrenamientos. Lo que queda por

ver es en qué parte de Estados Unidos acabaremos. Es poco probable que nos seleccionen para el mismo equipo; solo Darren y yo podríamos tener la suerte de encontrar uno que necesite un *defensive end*[3] y un *running back*[4].

—¿Te hace una cerve? —pregunta Denver, tendiéndome un botellín.

—Sí, gracias —digo, brindando con mis amigos mientras Phoenix saca el iPhone del bolso.

—Tengo que irme —dice—. A Charlotte le están saliendo los dientes y no hay forma de que mi madre la calme.

Jake la mira, preocupado, y la aparta a unos pasos de nosotros para hablar con ella. Ser padre a una edad tan temprana no siempre es fácil. Me cuesta imaginarme siendo padre en los próximos cuatro o cinco años. Denver y Darren piensan lo mismo que yo. Jake, en cambio, dice que Charlotte es lo mejor que le ha pasado en la vida. Le tomo la palabra, pero no voy a seguir sus pasos.

Parece que discuten un poquito, pero finalmente, Phoenix le besa y se marcha sola.

—¿Te quedas? —pregunta Denver y Jake asiente.

—Phoe cree que debería disfrutar de la noche. De todos modos, Charlotte tampoco se calmará en mis brazos…

—Vale —dice Denver—. Pues nada, parece que soy el único con novia por aquí.

Denver tira de Sienna hacia él con una sonrisa.

—¿Eso ha sido una indirecta para que me vaya? —pregunta ella, alzando las cejas.

Denver niega con la cabeza y se dan un beso tan indecente que apartamos la mirada, molestos. Esos son mis amigos: siempre tienen que dar la nota. Darren y Jake tampoco pueden evitarlo; no les importa cómo reaccionemos los demás.

—Necesito otra cerveza —dice Darren—. ¿Quién se apunta?

—Yo —digo.

Jake niega con la cabeza.

Antes de conocer a Phoenix y mudarse con ella para darle a Charlotte una verdadera vida en familia, estuvimos viviendo juntos

un par de meses. A veces echo de menos pasar tiempo con él, pero accedí de todos modos a cederle mi habitación a sus dos chicas.

Qué menos, ¿no? Ahora vivo en un apartamento chiquitajo de dos habitaciones, cerca del pabellón.

—Millie y yo hemos vuelto a hablar del tema —dice Darren mirándome—. Si a Joy le supone un problemón, podemos compartir habitación tú y yo.

—No —le corto antes de que pueda terminar—. No debería ponerse así. Además, fijo que hay un sofá de los cómodos en la casa.

—Pero…

—Darren, en serio, no vas a dormir en la misma habitación que yo durante casi tres semanas.

—Ya sé que no —admite apretando los dientes—, pero ya sabes cómo es Millie. No le gusta que la gente se sienta mal e intenta buscar soluciones.

Mi amigo parece claramente molesto por el comportamiento de su novia. Jamás imaginé que esos dos acabarían juntos. Millie y Darren son tan diferentes… Pero son perfectos el uno para el otro.

—Hablaré con Joy —le prometo, dejándome un poco de margen —. Si es que se deja…

A juzgar por la mirada de Darren, creo que está difícil la cosa. Joy está chafándonos un poco las vacaciones con su actitud. Hasta me he pensado lo de ir, pero para qué engañarnos, no es una opción. Somos un grupo y va a tener que superarlo. Total, en dos meses no me volverá a ver…

—Sí, visto lo visto, se te da genial hablar con ella… —se burla Darren y yo rechisto.

—¿Y qué sugieres? ¿Quieres ser tú quien se lo diga?

—Dios me libre —responde de inmediato—. Según tú, soy lo peor que le podría haber pasado a Millie…

—Hombre, ahí estoy de parte de las chicas. Teniendo en cuenta cómo la trataste… —digo, pensando en lo que dijo Joy.

Darren nunca le prestó atención a Millie. Ni siquiera le dirigía la palabra, a pesar de que hasta un ciego habría visto que estaba locamente enamorada de él.

El muy capullo ni siquiera tuvo la decencia de callarse lo de sus ligues delante de ella. Sin embargo, cuando necesitó ayuda, enseguida pensó en la dulce Millie, que estuvo dispuesta a sacarle del apuro. Pero bueno, al final, todo salió bien.

—Hablaré con Joy y le dejaré claro que va a arruinar las vacaciones de todos si sigue comportándose así.

—¿Y de verdad crees que te hará caso? —pregunta y yo me encojo de hombros.

—A ver, en el fondo sabe que es un viaje grupal, y no es culpa mía que Sienna, Millie y Phoenix tengan pareja.

—En realidad sí que exagera un poco… —dice Darren—. Pero ya la conoces. Si no quiere algo, no hay forma de hacerla entrar en razón.

—Lo sé —Suspiro—. De todos modos, ella verá si quiere venir o no. Es su decisión. No creo que pueda hacer que cambie de opinión.

Darren asiente y nos perdemos entre los invitados de la fiesta. Las animadoras no tardan en darse cuenta de que Darren y Jake están solos. Como era de esperar, se abalanzan sobre mis colegas. Se nota que les rebota que ya no estén a su alcance. Aun así, las chicas insisten tanto que casi da vergüencita.

—Hola, Tyler…

Oigo una voz a mi lado y me giro. Ahí está Cassandra.

Es una chavala que me cae genial y que no va tan a saco como la mayoría de las animadoras. Los dos sabemos que lo nuestro es solo sexo y así nos va bien.

—Hola —la saludo—. ¿Cómo estás?

—Pues bien, ¿y tú?

—Yo también —le respondo—. ¿Qué planes tienes para las vacaciones de este semestre?

Cassandra me cuenta que va a ir a casa de sus padres en Nueva Orleans y luego a casa de su hermana en Florida durante unos días para visitar a su abuela. Yo le digo que nos vamos a Australia a visitar a Sadie, la amiga de Phoenix.

Así es como me entero de que ha pasado unas semanas trabajando y viajando por Australia y me da un poco de pena que Phoenix ya no esté aquí. Estoy seguro de que le habría gustado

hablar con ella. Cassandra es, creo, la única animadora a la que las chicas no le han hecho la cruz. Pero vaya, es que es la única que no va pico-pala[5] con los jugadores.

***

Cassandra me rodea las caderas con las piernas y yo se la meto cada vez más duro. Tengo el cuerpo tenso y no puedo concentrarme en la mujer que tengo debajo: no dejo de pensar en Joy.

Lleva semanas pasándome.

¡Hostia puta, esto no puede ser real! Ella nunca pensará en mí de ese modo…

—Joder… —gruño y empujo con más fuerza dentro de Cassandra.

Ella gime y me rodea el cuello con los brazos. Nuestros labios se rozan y aumento el ritmo de mis embestidas. Cassandra gime debajo de mí. Al menos, parece que disfruta, y estoy dispuesto a hacerla llegar al orgasmo.

Molesto, deslizo la mano entre nuestros cuerpos y le rozo el clítoris con el dedo corazón. Como era de esperar, se le tensa el cuerpo y empieza a gemir cada vez más fuerte. La embisto con vigor y le acaricio el clítoris cada vez más deprisa.

Gime, se aprieta contra mí y casi me siento aliviado de que se haya corrido tan rápido. Frustrado, la suelto y salgo de ella.

—¿Qué te pasa? —pregunta inmediatamente, apoyándose en los antebrazos para no quedarse tumbada boca arriba—. ¿Tyler?

Me quito el condón usado y lo tiro a la basura.

—Creo será mejor que te vayas… —digo, poniéndome los calzoncillos—. ¡Ahora!

—¿Irme? —pregunta—. ¿Por qué…? En plan, ¿qué te pasa?

—No tiene nada que ver contigo —le digo.

Probablemente sea la mayor gilipollez que ha oído nunca, pero es la verdad. No es justo que me esté follando a Cassandra mientras pienso en Joy.

—Es que me gustas y bueno… no te mereces que esté pensando en otra persona.

—¿Qué? ¿Estás pensando en… otra persona? —susurra, dolida.

Si pensaba que el «No tiene nada que ver contigo» era lo más patético que podía soltar, ahora me he lucido.

—Lo siento… —murmuro, sonriéndole con impotencia.

—Pues sí, será mejor que me vaya.

Cassandra se levanta de la cama y me doy la vuelta para no mirarla mientras se viste. Cabreado conmigo mismo, apoyo las manos en el escritorio y agacho la cabeza.

Me siento como un gilipollas, pero dejarla sin más no era lo más justo.

—Lo siento —vuelvo a decirle.

—Ya… —murmura ella—. Será mejor que no hagamos esto nunca más.

Me giro y la miro. Cassandra parece triste.

Joder. No quería que pasara esto. Nunca debí utilizarla para sacarme a Joy de la cabeza. Lleva meses sin funcionar… A menos que estuviera tan borracho como para que me la sudara.

—¿Me dejas al menos que te acompañe abajo?

—No, gracias. —dice con insolencia—. Creo que me las apañaré sola.

—Lo siento —vuelvo a decir, esperando que me crea.

Nunca fue mi intención hacerle daño. Cassandra me cae de puta madre y siempre me lo he pasado bien con ella.

—Adiós, Tyler —murmura—. Espero que esa chica sepa lo afortunada que es…

La miro un momento y asiento.

No. Joy no lo sabe, o más bien, no quiere saberlo.

Cassandra me hace un último gesto con la cabeza, sale de mi cuarto y unos segundos después, del apartamento.

—¡Joder, joder, joder! —grito, tirándome del pelo—. ¡Soy más tonto y no nazco!

---

[1] *N. de la T*. Ronda eliminatoria que tiene lugar en los campeonatos universitarios, al igual que en la NFL, para clasificar a los equipos que han empatado con otros.

[2] *N. de la T*. El *National Scouting Combine*, esto es, la exhibición nacional para la búsqueda de talentos, es un evento de cuatro días que permite a los cazatalentos

de la NFL (*National Football League*) evaluar a los mejores jugadores universitarios elegibles para el *draft* del año. Los jugadores solo pueden acudir con invitación.

[3] *N. de la T.* En español, «ala defensivo».

[4] *N. de la T*. En fútbol americano, se llama *running back* al corredor, un jugador que ocupa una posición ofensiva.

[5] *N. de la T*. A por todas, a saco.

3

Joy

Salgo del cuarto de baño de la habitación a la que me mudé el semestre pasado justo cuando llaman a la puerta. Aliviada, porque ya estoy vestida y solo necesito secarme el pelo con una toalla antes de peinármelo, abro la puerta.

Me habría encantado cerrarla de golpe, porque al otro lado me encuentro a Darren, apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta y sonriéndome. Por decirlo amablemente, no es que tengamos la mejor relación. A mí me parece un inútil descerebrado y él piensa que soy una zorra con mucha cara.

Ya antes de que Millie y Tyler se unieran al grupo, me costaba tragarlo. Gracias a Millie, he descubierto mucho acerca de Darren. Me explicó por qué es así. No sabía que sus padres no le apoyan en absoluto y creen que lo del fútbol no tiene futuro. Tampoco sabía que, en realidad, es un chaval bastante tranquilo y que puede ser muy comprensivo.

De no ser por Millie, jamás me habría enterado de todo esto. Por supuesto, ella dice que se lo olía desde el principio, lo cual tiene de verdad lo que yo te diga, pero si así es feliz, no pasa nada. Me parece bien.

Tyler y Darren se han hecho mejores amigos. Eso también hace imposible echar a Tyler del grupo. Aunque bueno, Denver y Jake tampoco me dejarían echarlo. Y como no les ha hecho nada a Sienna, Millie o Phoenix, dejan que siga por ahí campando.

Que Darren se pase por mi casa no puede significar nada bueno. Esta persona no vendría de forma voluntaria ni aunque le pagaran. O bien Tyler lo ha enviado porque no tiene huevos de hablar conmigo, o bien Millie le ha propuesto algo que no le ha gustado. Me decanto por lo segundo; no me imagino a Tyler enviando a Darren.

—La respuesta es no —digo antes de que pueda articular palabra.

Darren se cruza de brazos, como marcando los bíceps. El chaval ha ganado mucha masa muscular en los últimos meses para encajar en el perfil de la NFL. Siempre ha sido musculoso, eso está claro, pero ahora está hecho un máquina.

Como *defensive end*, necesita esa masa muscular. Los jugadores ofensivos de la NFL tendrán una corpulencia distinta a los de la universidad. En cuanto a los *quarterbacks*… Bueno, no creo que sean un problema; fijo que podrá con ellos.

Cuando pienso en el cuerpecito delicado de Millie junto al suyo, me entran escalofríos. Seguro que la aplasta cuando lo hacen. ¡Son casi cien kilos encima de ella! Millie pesa casi la mitad que Darren. Nunca se ha quejado del sexo, pero tampoco tiene con quién compararlo: jamás se ha acostado con otro hombre.

Parece que esté rajando de Millie en plan villana, pero secretamente, estoy celosa. Darren es el amor de su vida y nunca perdió la esperanza de que pudiera surgir algo entre ellos, a pesar de toda la mierda que tuvo que tragar. Yo, en cambio, perdí al chico que creía que era el indicado después de pasar nuestra primera noche juntos. Y Darren Andrews —quién lo habría dicho— volvió arrepentido después de hacerle lo mismo a mi amiga.

¡Venga ya! ¿Será verdad?

—Ni siquiera me has dejado que te pregunte —responde despreocupado, sonriéndome—. Y nos conocemos desde hace suficiente tiempo como para saber que ninguno de los dos es de los que preguntan. No puedo creer que por un segundo me pensara si llevarte a la boda de mi hermana…

Abro los ojos como platos y lo miro fijamente. Pero ¿a quién se le ocurre? No habría salido bien. Nos habríamos matado el uno al otro durante los preparativos. Fijo que uno de los dos no habría sobrevivido al vuelo a Texas.

—¿De dónde sacaste una idea tan estúpida? —contesto—. Menos mal que se lo preguntaste a Millie…

—Pues sí… —responde, y su fachada habitualmente fría y arrogante se resquebraja de inmediato.

Podré decir lo que quiera de Darren, pero adora a nuestra Millie Mouse. Siempre que está con ella, parece más centrado, más

amable y, sobre todo, más reservado. Ella le hace bien, y él a ella. Darren ha reforzado la autoestima de Millie y todos se lo agradecemos. Sin él, estoy segura de que seguiría escondiéndose detrás de sus libros.

—Bueno, ella era más maleable que tú… —responde—. Tú no habrías sido capaz de mantener la fachada para que mi madre se tragara la farsa.

—¿Más maleable? —pregunto, alzando las cejas—. ¿Y todo esto se lo has dicho a ella?

—Pues claro que sí —dice despreocupado y sonriente—. Vamos, Joy. Los dos sabemos que ella jamás se habría ido de la lengua si las cosas hubieran salido según lo previsto…

—¿Desde cuándo las cosas salen según lo previsto? —me pregunto en voz alta, diciéndomelo más a mí misma que a Darren.

—No suele pasar, la verdad —responde él—. Y me alegro mucho de que no fuera así en mi caso. Si no, mi hermana estaría casada con ese gilipollas y yo seguiría…

—¿Follándote a cualquier chavala con falda? —pregunto con voz dulce y le sonrío.

—¡Exacto!

Está de acuerdo conmigo al cien por cien; típico de Darren. Luego va y me admite que Millie le importaba una mierda antes de lo de la boda. Valiente subnormal. Podría haberme dicho que hasta entonces era demasiado tímido para acercarse a Millie, pero todo el mundo sabe que no es verdad.

—¿Puedo pasar? —añade.

Mueve la cabeza y señala mi habitación.

Suspiro y le dejo entrar. Darren pasa por mi lado y cierro la puerta tras él.

—No tengo nada de beber y no quiero que te sientes —digo directamente, mientras me cruzo de brazos—. ¿Qué quieres? Supongo que tiene que ver con Tyler y el viaje a Australia…

—Sinceramente, me importa una mierda si vienes o no.

—Gracias, hombre —refunfuño—. Ni que lleváramos más tiempo siendo amigos que Tyler y tú…

—Dime una cosa: ¿es Tyler el único que se comporta como un niñato o también es cosa tuya? Y no estoy aquí por él, sino por Millie. Se siente mal porque no os lleváis bien. Me ha dejado caer que estaría dispuesta dormir contigo para que yo comparta habitación con Tyler.

Abro los ojos de par en par. Le comería los morros a Millie por habérselo propuesto a su novio. La verdad es que eso minimizaría los problemas. No se solucionaría el asunto, pero sería mucho más fácil lidiar con ello. Solo tendría que evitar a Tyler día y noche, pero eso es fácil: siempre intento hacer lo que él no hace. A menos que nos vayamos todos de viaje y me toque estar con él, claro…

—Millie es muy amable por haberse ofrecido —digo.

Darren pone cara larga y deja ver su desesperación con un par de resoplidos.

—No. Vas a convencerla de que no hace falta —gruñe—. No voy a dormir en la misma habitación que Tyler durante tres semanas.

—No es para tanto, crack…

—¿Y por qué no compartes habitación con Sienna o Phoenix?

—Ellas se quedan con el bebé —respondo—. No se puede.

—Sienna y Denver no tienen un bebé… —susurra Darren, haciendo un claro esfuerzo por calmarse—. Joy, no va a funcionar y lo sabes. No quiero que Millie y yo tengamos separarnos por tus problemas con Tyler.

Miro a Darren y paso por su lado para sentarme en mi cama. Se vuelve y me mira. Obviamente no quiero separarlos a él y a Millie, sobre todo por ella. Es tan generosa… y nos da todo lo que jamás podríamos permitirnos con nuestro dinero. Los chicos, Phoenix y Sienna aún no tienen tanto.

Es posible que, con el tiempo, ellos también puedan alquilar un *jet*. Yo, en cambio, no tengo un novio que sueñe con jugar en la NFL, donde ganará millones, ni tampoco una familia rica. Lo más justo sería que se lo pusiéramos fácil a Millie y la dejáramos dormir en la misma habitación que Darren.

—Bueno, ¿entonces qué, Joy? —Darren insiste y yo lo miro—. ¿Le dirás a Millie y a los demás que te vienes y que te vas a quedar en la habitación que toca?

No me gusta que me hable así, pero en realidad, no es que tenga elección. Darren tiene razón: voy a joderle las vacaciones a Millie si no cedo. Sé que nadie más aceptará compartir habitación conmigo. Todos están casaditos y quieren estar con sus parejas. Podría ligarme a un chico la semana que viene y llevármelo conmigo, pero eso no resolvería mi problema con Tyler.

—¿Acaso puedo elegir? —respondo, poniendo los ojos en blanco —. Me cuesta creer que sí, teniendo en cuenta las molestias que te has tomado para llegar hasta mí…

—No es porque me haya molestado en venir —dice con un hilo de voz—, es porque mi novia está dispuesta a joderse las vacaciones por ti. Eso no está bien, Joy.

—Puede que Millie entienda más de amistad de lo que tú nunca entenderás —respondo con sorna y me pongo en pie—. Sería horrible que no pudieras mojar el churro en tres semanas… Los huevos moraditos… Qué guay, ¿no?

Darren entrecierra los ojos hasta que pierdo de vista sus pupilas. Está claro que le he tocado la fibra sensible con el temita del sexo. Es obvio que solo piensa en eso, y no en cómo me sentiré cuando tenga que compartir habitación con Tyler. Lo ha tenido tan fácil todo este tiempo… Antes de que llegara Millie, nunca estuvo enamorado, así que no se ha llevado ninguna decepción. Para Darren, la vida es una fiesta, y Millie es el premio gordo que tiene para él solito.

—No se trata de sexo. He sobrevivido tres semanas enteras sin tenerlo —Pone los ojos en blanco—. Por desgracia, Millie es demasiado buena para decirte lo mal que te estás portando y está dispuesta a ceder y no pasárselo tan bien solo por complacerte. No es justo.

—Como se nota que nunca te han hecho daño… Solo alguien como tú podría hablar así —digo, quitándome la toalla de la cabeza para desaparecer en el baño.

No quiero que su visita me joda el día. Hoy he quedado con mi grupo de estudio porque pasado mañana tengo examen. Será el último de este semestre y de mi carrera universitaria. Tengo que aprobarlo para poder hacer el TFG. Así que, en realidad, me la pela

que Darren esté aquí. No tengo intención de cambiar nada de mi vida antes de acabar la carrera.

Además, estoy segura de que Darren sabe lo que pasó entre Tyler y yo. Bueno, su versión, que seguro que está edulcorada.

Pobre chico, que tuvo que mudarse a Ohio con sus padres…

Me miro en el espejo y veo a Darren de pie en la puerta detrás de mí.

—Pero ¿tú qué te piensas que soy? —pregunta negando con la cabeza.

—¿De verdad quieres que te responda a eso? —le digo y se ríe.

Darren se humedece los labios y se cruza de brazos.

—Mi primera novia me dejó porque decía que solo me importaba el fútbol —dice—. Así que sí, sé lo que se siente. Estuve a punto de hacerle lo mismo a Millie, y también la habría perdido. No conozco los detalles de lo que pasó entre vosotros, pero deberías hablar con Tyler.

—¿De verdad crees que es lo mismo? —Levanto las cejas y me río—. Qué curioso…

—Nunca te he dicho que sea lo mismo —contesta, y por desgracia, tengo que darle la razón—. Y tampoco creo que sea la persona con la que quieres hablar del tema, ¿verdad? En fin, con esto quiero decirte que a mí también me han hecho daño, porque he cometido errores. Todos lo hemos hecho alguna vez, incluso Millie.

No digo nada; cojo el secador y le digo que me deje en paz.

No puedo hablar con él. Siempre tergiversamos las palabras del otro. Pero antes de que pueda encender el secador para acallar la molesta voz de Darren, él lo desenchufa y se pone a mi lado.

—¿Qué haces? —le grito—. ¿No ves que no quiero hablar contigo? Además, casi me alegra que Tyler lo vaya soltando por ahí…

—Tyler no lo va soltando por ahí y lo sabes —dice—. Venga ya, Joy.

—Pero ¿a que todos saben ya lo que pasó? —suspiro y lo miro—. En fin, paso. ¿Qué quieres de mí? ¿De qué más hay que hablar?

—No todos lo saben y Tyler no va por ahí en plan bocachancla —gruñe—. ¿No puedes al menos intentar llevarte bien con él?

—No me queda otra, ¿no? —vuelvo a preguntar, alzando las cejas —. Los dos sabemos que no tengo otra opción, Darren. Tú mismo lo has dicho: no quieres que… os joda las vacaciones. En fin, haré que lo de Tyler funcione, sea como sea.

—Eso es justo lo que quería oír —responde con una sonrisa y vuelve a poner el enchufe del secador en la toma—. Gracias.

No digo nada y le hago un gesto con la cabeza. Darren lo entiende y se da la vuelta. Con un poco de suerte, me dejará a solas, sopesando mi estúpida decisión.

—Ah, Joy, una cosa más…

—¿Qué?

Volvemos a mirarnos a través del espejo.

—Que sepas que le gustas —dice Darren con una sonrisa—. Quizá, así, al menos intentes darle una oportunidad. Aunque solo sea en plan neutral, del colegueo, por todos nosotros.

Abro la boca para contestar, pero Darren se da la vuelta y, unos segundos después, la puerta de mi habitación se cierra tras él.

Suspiro, dejo el secador y me miro en el espejo. Tengo el pelo húmedo por encima de los hombros y el azul se ve más oscuro. Me lo echo hacia atrás para mirarme a la cara. Como no voy maquillada, me parezco más a mi yo de quince años. Me gustaba esa versión de mí, pero ahora soy más feliz. O al menos eso creía, hasta que Tyler volvió a mi vida.

¿Quién se cree que es para aparecer y joderlo todo tanto que ni siquiera quiero irme de vacaciones con mis amigos?

Suspiro.

¿Qué sentido tiene que le guste a Tyler? No significa nada para mí. Ni ahora ni hace seis años. No debería haber salido huyendo entonces. Podría haber esperado a que me despertara para decirme que se iba a vivir a Ohio con sus padres.

Eso era lo único que quería: no estar sola a la mañana siguiente. Pero Tyler ni siquiera me dio lo mínimo, y por eso mismo, no puedo estar «en plan neutral, del colegueo» con él.

4

Joy

Aeropuerto de Chicago; una semana después.

Hoy es el día: nos vamos a Australia. Llevo un par de días nerviosa a más no poder. Todavía me preocupa tener que estar tanto tiempo cerca de Tyler. No quiero relacionarme con él a no ser que sea estrictamente necesario. Estaba segura de que, una vez termináramos la universidad, podría cortar de raíz con nuestra relación, salvo por las quedadas de rigor del grupo.

Los chicos tendrán que irse a jugar a los equipos que los hayan fichado. Phoenix, Sienna y Millie se mudarán con ellos y construirán una vida juntos.

Yo, en cambio, tendré que hacer el trabajo de fin de grado de psicología y buscar trabajo. Probablemente me mude de Illinois al solecito de California. Los Ángeles o San Diego ocupan los primeros puestos en mi lista de ciudades en las que me gustaría vivir. Después de tres años en el norte pasando frío, así como de una infancia en el Medio Oeste, estoy lista para ir al «estado dorado»[1].

—Hola, bebé —saludo a Phoenix con un abrazo—. Hola, Jake.

—Hola —dice él, dándome un beso en la mejilla.

Luego se gira para que pueda saludar a Charlotte, que está sentada en un portabebés que lleva colgado del pecho.

—¿Aún no han llegado los demás? —pregunto, echando un vistazo a la sala de embarque del aeropuerto.

Millie nos dijo de quedar aquí, donde nos recogería un empleado del aeropuerto y nos llevaría al *jet* privado de su familia.

—Denver aún está aparcando el coche y Sienna está en el baño.

—Ah, vale —digo—. ¿Y Tyler, Darren y Millie?

—No han llegado aún —responde Phoenix—. Espero que todo vaya bien con Charlotte en el vuelo…

Veo su mirada de preocupación, pero no sé qué decirle.

Jake, Denver y Sienna se habrán pasado los últimos días intentando tranquilizarla, pero no debe ser fácil para Phoenix. Recuerdo lo difícil que fue arrastrarla a una fiesta cuando Charlotte era aún más peque. Hubo que obligarla a ir y a dejar al bebé, pero al final, le vino bien salir.

En ese sentido, Phoenix está en un momento de su vida diferente al mío. Por otro lado, yo estoy a punto de graduarme y ella tiene que empezar de nuevo en verano.

Quiere estudiar moda en la ciudad a la que se muden Jake y ella. Sigue siendo un misterio cómo llegó a esa conclusión, pero si le gusta, debería ir a por ello.

—¡Ah! ¡Ahí están! —dice Jake y señala la entrada.

Millie y Darren vienen hacia nosotros cogidos de la mano. Cada uno empuja una maleta delante de ellos, que obviamente —no podía ser de otra manera— es de Louis Vuitton, la marca de lujo. Por no hablar del Birkin[2] rosa de Millie…

Tyler camina junto a ellos. Va hablando con Darren.

Le miro unos segundos. Tengo que admitir que va bastante guapo. Lleva una gorra con la visera hacia atrás y una sudadera negra bajo el abrigo. También lleva unos vaqueros y unas zapatillas blancas.

Darren va vestido de forma similar, mientras que Millie lleva un vestido de lana, unas botas por encima de la rodilla y un abrigo rojo. Ha cambiado mucho en el último año…

—Hola —nos saluda Millie—. ¿Estáis tan emocionados como yo?

—¡Pues claro! —dice Phoenix, mientras los saluda de uno en uno.

Jake hace lo mismo y luego me toca a mí.

—Hola —le digo a Millie—. Ese bolso es nuevo, ¿no?

—No preguntes —refunfuña Darren a mi lado—. Tuvimos que volar a Nueva York para recoger el santo bolsito, porque solo se los entregan a los clientes en persona.

—Un viaje exprés a Nueva York, ¿eh? Lo siento mucho por ti… —finjo teatralmente—. Hola, Tyler.

—Hola —responde—. ¿Dónde están Denver y Sienna?

—¡Estamos aquí mismo!

Oigo la voz Sienna y me doy la vuelta. Denver y ella caminan hacia nosotros, cogidos de la mano. Sorprendentemente, ambos llevan pantalones de chándal y sudaderas con capucha. También van con un abrigo por encima. Yo he optado por unos *leggings* y un jersey de cuello alto.

—¡Vais muy informales! —refunfuña Tyler—. No debería haberos hecho caso…

Mira acusadoramente a Darren y Millie.

—Te dije que podías cambiarte y ducharte en el *jet* —dice Millie en su defensa—. ¡Y gratis!

—Todo lo gratis es bienvenido —contesta Tyler.

—¡Señorita McDonald! —grita una voz.

Justo después, aparece un joven detrás de Darren y Tyler. Es bastante más bajo que ambos, y se cuela entre ellos de una forma un tanto extraña, mirando a su alrededor.

—Hola, señor Broderick —le saluda Millie—. ¡Ya estamos todos!

—Perfecto —responde él—. El *jet* tiene combustible suficiente y la tripulación lo está poniendo a punto. Si les apetece, pueden tomar un tentempié y una copa en la sala VIP antes de que despeguemos.

—¡Por supuesto! —dice con una sonrisa y coge la mano de Darren—. Vaya delante; nosotros le seguimos

Él asiente y se gira de nuevo, indicándonos el camino. Y eso hacemos, desfilando detrás de él, como ocho patitos que siguen a su mamá.

—¡Ay, qué emoción! —dice Phoenix riendo a mi lado—. Nunca había estado en un *jet* privado…

—Pues acostúmbrate —le digo—. Seguro que Jake te consigue uno bien pronto, y si no es él, será tu hermano.

—Así podrás volar a Nueva York para recoger un bolso —añade Tyler.

—Ni de coña… —contesta Jake—. Qué manera de tirar el dinero…

—El próximo que raje de mí se queda en casa.

Millie se gira para mirarnos con ojos severos, o al menos, eso intenta, y todos soltamos una carcajada sonora.

***

Sigo a Darren hasta el *jet* y entro para encontrarme de nuevo a mis amigas dándome la espalda. Las ignoro y observo el avión. Es espectacular. El suelo está cubierto de una moqueta blanca, perfecta para andar descalzo. El interior es muy espacioso; tendrá al menos unos dos metros de ancho. A la izquierda, hay una zona para sentarse, en la que hay cuatro sillones de cuero y una mesa en medio. Millie y Darren, así como Sienna y Denver, ya han puesto el culo allí. Enfrente, hay un sofá donde Jake y Phoenix están sentados y aprovechan para sacar a su hija de la sillita. A la izquierda de la puerta que separa el espacio de la tripulación del nuestra zona privada, hay otros dos sillones de cuero con una mesa delante.

Pues nada, deben de ser para Tyler y para mí.

Inflo las mejillas para que no parezca que voy buscando guerra y me siento a su lado, junto a la ventanilla. Tengo que admitir que el *jet* es un pasote: es enorme, más de lo que me imaginaba, y me cuesta creer que haya un dormitorio y un baño en la parte de atrás. ¡Y encima hay una ducha! Ahora entiendo por qué Millie no quiere volver a volar en un avión comercial.

La azafata entra en nuestra zona y se presenta. Luego le sigue el piloto, que le da la mano a Millie y hace lo mismo. Antes de vivir esta experiencia, cuando volaba, oía la voz del piloto por megafonía, si acaso, y ahora va y me saluda en persona.

A diferencia de un vuelo comercial, todo sucede a una velocidad supersónica, y en cuestión de minutos, estamos en el aire y de camino a Honolulú para repostar, cambiar de piloto y dirigirnos a Australia. Desde el aeropuerto de Melbourne hay al menos una hora de camino hasta la finca de Sadie.

—Tenemos algo que contaros —dice de repente Sienna, y yo levanto la vista del iPhone, sorprendida.

Bueno, inciso: obviamente, el avión tiene Wifi gratis.

Tyler, Millie y Darren levantan la vista, al igual que yo. Phoenix y Jake parecen menos interesados en el asunto.

Frunzo el ceño y miro a mi mejor amiga. Cuando se da cuenta de que la estoy mirando, me rehúye y se centra en Charlotte.

¿Qué está pasando aquí?

Phoenix nunca me evitaría la mirada si no supiera lo que está pasando. Miro a Sienna y a Denver. Ella pone su mano sobre la de él, que está apoyada en la mesa. No veo nada brillante en su dedo anular, pero supongo que puede habérselo quitado.

—¿Qué pasa? —pregunta Millie.

—Bueno… —dice Denver sonriente, apretando la mano de Sienna, y ella hace lo mismo—. Supongo que hace un par de semanas nos descuidamos un poquito…

Enarco las cejas, preguntándome a qué se refiere, y entonces la realidad me da de lleno en la cara. Me tapo la boca con la mano derecha y le clavo los dedos de la otra en el antebrazo a Tyler, que chilla de inmediato.

—¡Ay! —Me mira, molesto—. ¿Era necesario eso último?

Entonces me doy cuenta de lo que he hecho y lo suelto tan rápido como lo he agarrado antes.

—Lo siento —murmuro impasible y vuelvo a separarme de él.

—¡Estoy embarazada! —anuncia Sienna e inmediatamente se echa a llorar—. Bueno, es que… Denver y yo… nosotros… vamos a…

Respira hondo e intenta controlar sus emociones, pero le cuesta.

—¡Vamos a ser padres! —Denver termina la frase.

—Pero ¡eso es genial! —chilla Millie, poniéndose en pie de un salto—. ¡Dejadme pasar, dejadme pasar!

Tyler y yo no podemos evitar reírnos a carcajadas mientras ella empuja a Darren e intenta apartar a Denver del camino para felicitar a Sienna. Le echa los brazos al cuello y la besa en la mejilla. Sienna sigue llorando como un bebé y cuando Darren se levanta, Tyler y yo hacemos lo mismo y caminamos hacia ellos.

—Después de ti —dice Tyler, sonriente, mientras me hace un gesto para que vaya yo primero.

—Gracias —digo, mirando a Phoenix y Jake, que sonríen ampliamente.

Él la rodea con el brazo y tira de ella para acercarla.

—Lo sabías, ¿verdad? —le pregunto a mi mejor amiga.

—Lo siento… —dice Phoenix, levantando las manos—. Nos lo dijeron la semana pasada, en una cena familiar.

Asiento para hacerle ver que lo entiendo. Phoenix es la hermana de Denver y es obvio que la familia va antes que los amigos a la hora de dar noticias.

Además, estoy segura de que todo esto le ha recordado a Phoenix lo de su embarazo inesperado. A diferencia del embarazo de Sienna, el de mi mejor amiga fue de todo menos planeado. Bueno, espera, ¿acaso Sienna y Denver lo buscaban?

—Enhorabuena —le digo a Denver y lo abrazo—. Bien hecho.

—Gracias —dice, antes de que abrace a Sienna.

—Enhorabuena, mi niña. ¿Estás contenta? ¿De cuánto estás?

—Gracias —dice, secándose las lágrimas—. De diecisiete semanas. Estoy… En plan, los dos estamos muy contentos.

Le sonrío y le doy un beso en la mejilla antes de alejarme de ella para felicitar a Denver.

—¿Cuándo os enterasteis? —pregunta Millie de inmediato, cogiendo la mano de Darren—. ¿Lo estabais buscando?

—Lo supimos en Navidad, hace casi dos meses —dice Sienna—. Me entraron náuseas y luego eché cuentas y me di cuenta de que hacía mucho que no me bajaba la regla…

—Eso me suena… —dice Phoenix alegremente.

—Pero entonces, ¿lo planeasteis? —pregunto—. Pensaba que el nacimiento de Charlotte había traumatizado a Darren, Tyler y Denver…

—¿Pero tú la oíste gritar? —pregunta Darren, mirándome—. Eso es inhumano…

—Yo también estuve ahí dentro con ella —le recuerdo—. Claro que la oí, máquina.

—No lo planeamos, no —Denver responde a mi pregunta—. Para nada. De hecho, los dos queríamos esperar, pero simplemente… pasó.

—Sí —dice Jake— y luego te entró el pánico por si te quedabas sin sexo cuatro semanas antes de Navidad.

Se ríe descaradamente, lo que me hace sonreír a mí también. Ya me imaginaba que ese era el mayor problema de Denver…

—Disculpa, ¿qué? —pregunta Sienna con aire acusador, y Denver niega con la cabeza.

—Me alegro mucho por vosotros —dice Millie—. ¿Sabéis ya el sexo del bebé?

—Sí —responde Sienna, mordiéndose el labio para no desvelar nada.

—¿Y bien? —pregunta Darren—. ¿Es niña o niño?

—Uno de los dos —responde Denver y Darren pone los ojos en blanco.

—¿Uno de los dos? —pregunta Tyler—. Jamás lo habría dicho…

—Lo sabemos —explica Sienna—, pero no os lo vamos a decir.

Como era de esperar, todos fruncimos los labios hasta que Darren habla.

—Acepto apuestas —dice de repente—. ¿Quién dice que es un niño, el heredero de los Jones?

—¡No puedes hablar en serio! —grita Sienna indignada—. No vas a apostar por el sexo de mi bebé.

—Mira cómo lo hago —dice Darren encogiéndose de hombros—. ¿Phoenix y Jake tampoco lo saben?

—No —responde Denver, y Sienna lo mira con aire acusador—. ¿Qué?

—No irás a meterte en ese jueguecito de mierda, ¿verdad? —pregunta ella.

—¡Apenas…! —responde él y le da un beso—. Si fuera el hijo de Darren, apostaría por el sexo sin pensármelo dos veces.

—Serás idiota… —refunfuña Sienna, poniendo los ojos en blanco.

—Oye, a mí no me parece buena idea —interviene Millie, mirando a Darren—. Está un poco fuera de lugar; no está bien.

—¿Y cuándo me he portado yo bien? —pregunta Darren y luego la besa—. Bueno, Jake, Phoe, ¿os apuntáis?

—Claro —dice Phoenix—. Yo digo que es chica. Charlotte necesita una primita.

—¡No! Va a ser chico —objeta Jake.

—Yo también digo chico —dice Tyler—. ¿Y tú?

Me dirige una sonrisa y yo se la devuelvo. Me doy golpecitos en la barbilla con el dedo índice para hacerme la pensativa. Finalmente, vuelvo a mirar a Sienna para ver si puedo leer algo en sus ojos, pero sigue ofendida.

—Yo también creo que va a ser un niño.

—¿En serio? —pregunta Phoenix—. ¿Darren? ¿Millie?

—Niña —dice Darren—. Denver no sabe perpetuar un legado.

—¿Qué coño significa eso? —dice Denver—. Ten amigos para esto…

—¿Es una indirecta? —Millie suelta una risita—. Pues yo digo que va a ser chica, también.

—No puedo creer que todos hayáis secundado esta idea absurda —dice Sienna entre suspiros.

Denver se inclina ligeramente y le da un beso dulce. Sienna le devuelve el beso y le apoya la cabeza en el hombro.

—¿Habéis pensado en casaros? —les pregunto.

—No nos dejemos llevar por las emociones —responde Denver indignado—. Primero el bebé, luego ya nos casaremos.

—Pero, por favor, no tardéis mucho y avisadme con tiempo para que pueda comprarme un vestido.

No hablo en serio. Jamás me veréis entrando en pánico por un vestido. No es algo que me quite el sueño.

—Y a mí también, porfa —asiente Millie—. A ver quién de las dos se casa antes…

—¿Qué insinúas? —refunfuña Jake—. ¿Intentas meterle presión a alguien?

Millie pone los ojos en blanco y sacude la cabeza.

—No —dice indignada—. No es lo que pretendía.

—¿Seguro que no? —Jake mete el dedo en la llaga hasta que Phoenix le da un golpe en el brazo.

—Déjala en paz —dice—. Vas a hacer que se muera de vergu.

—Yo lo que necesito es dinero —contraataca Darren—. Si no empiezo a cobrar, no va a haber anillo de compromiso.

En el *jet* privado se oyen risas amistosas. Sienna se une a nosotros, y la que se ofende ahora es Millie.

—Eres un imbécil —murmura, cruzándose de brazos—. Yo no necesito dinero.

—¡Claro que no! —dice Denver, casi burlón—. ¿De quién es este *jet* y el bolso de veinte mil dólares?

Increíble pero cierto: Millie levanta la mano y le enseña el dedo corazón.

---

[1] *N. de la T*. En inglés, *Golden State*, que es como se conoce habitualmente a California.

[2] *N. de la T.* Modelo de bolso de mano de la lujosa marca francesa Hermès, hecho con cuero curtido de forma vegetal.

5

Joy

Melbourne, Australia.

El trayecto del aeropuerto a la finca familiar de Sadie duró casi dos horas. Phoenix ya había mencionado que la hacienda estaba en el interior, pero no esperaba que estuviera tan adentro. La mayor parte del paisaje me pareció muy árido. No vi pasto, ni siquiera un poco de verde, de camino a la granja, pero cuando apareció ante nosotros la pequeña ciudad que se encuentra en las inmediaciones de la finca, todo cambio de sopetón. Es una ciudad chiquitita, mucho más pequeña que Lincoln. Supongo que, como mucho, tendrá unos diez mil habitantes.

—¡Por fin estamos aquí! —Millie sonríe y yo asiento.

Nos desabrochamos el cinturón y abrimos las puertas. Tyler iba sentado delante, junto a Darren. No me fío de un coche que tiene el volante en el lado que no toca, así que me alegro de no ser yo quien conduzca. A Darren no le importa hacerlo y conduce muy bien.

Sadie aparca a nuestro lado y se baja con Denver. Sienna, Phoenix y Jake van detrás con Charlotte.

Miro la casa de madera blanca con tejado de pizarra gris y un porche con múltiples entradas.

—Esta es nuestra casa —dice Sadie sonriendo mientras se acerca a nosotros—. Las vuestras están en la parte trasera de la propiedad. Pero bueno, os digo ya que mi madre os ha preparado una pequeña barbacoa.

Asiento y miro a Darren y Tyler, que están descargando nuestro equipaje del maletero.

—No, dejad el equipaje en el coche —dice Sadie—. Podéis conducir hasta las casas y sacar las maletas más tarde.

—Si es que alguien es capaz de ponerse al volante después… —murmuro e inmediatamente Tyler y Darren me miran mal.

Deben de haberse vuelto a levantar con el pie izquierdo. En fin, es un hecho que después de la barbacoa nadie podrá llevar el coche a la parte trasera en condiciones.

—Bueno, ¿qué te parece? —Sadie se vuelve hacia Darren—. ¿Es como tu casa en Texas?

Darren pone los brazos en jarras y mira hacia la casa con expresión pensativa, y a mí me entran ganas de arquear las cejas. Cualquiera diría que esos dos están tonteando, pero eso sería absurdo. Sadie está siendo educada y a Darren parece que le interesa realmente la finca. Millie no opina lo mismo y lo coge de la mano, muerta de celos.

—Solo es una choza de madera… —le suelta a Sadie, y Tyler jadea a mi lado.

No, eso no es propio de Millie. Normalmente, es ella la que le dice a los demás que se comporten mejor.

—En fin, Darren no se deja impresionar por estas cosas. ¿Vienes o qué?

Darren mira a su novia, luego a Sadie, después asiente y deja que ella tire de él hacia Denver y Sienna.

—¿Qué ha sido eso? —murmura Sadie, mirándome confundida.

—No lo sé —respondo—. ¿Dices que tu madre ha hecho una barbacoa?

Espero que Sadie se aferre a mi forma de distraerla y se olvide de Millie.

—Sí —dice ella, sonriente—. Mi hermano tuvo que llevar una vaca al matadero para prepararla.

—Oh… —Suelto un grito ahogado—. Suena a que ha salido cara la comida…

—¡No, qué va! —Sadie le resta importancia—. Tendríamos que haberlo hecho de todos modos… ¡Ah, ahí está!

¿Cómo que «ahí está»? Pensaba que habíamos conocido al hermano de Sadie en el aeropuerto. No habían mencionado que hubiera otro…

—¡Scott! —Sadie extiende los brazos y Tyler y yo nos giramos para seguirla con la mirada.

Hacia nosotros viene… ¡un tiarrón de los que te dejan sin aliento! Pelo rubio y corto, barbita de tres días y una sonrisa traviesa en los labios.

Kyle y su pelito castaño no eran mi tipo, pero este chaval, ojito…

¡Qué guapo, joder! A lo mejor sí que voy a poder distraerme de Tyler con el hermano de Sadie…

—Hola —responde Scott, abrazando a su hermana pequeña—. ¿Ya estáis aquí?

—Acabamos de llegar —responde Sadie—. Kyle se ha quedado en Melbourne con Pete.

—Ya veo —dice Scott, quitándose los guantes de trabajo y guardándoselos en los bolsillos traseros de sus vaqueros rotos.

Calza unas botas negras. Cuanto más se acerca, más me pone este chico.

—Hola —nos saluda—. Soy Scott, el hermano de Sadie.

Me ofrece la mano amistosamente y yo se la estrecho de inmediato.

—Hola —le respondo—. Yo me llamo Joy.

—Encantado de conocerte —dice, volviéndose hacia Tyler—. Hola, tío, soy Scott.

—Tyler —dice, arisco y yo enarco las cejas al verlo tan antipático.

¿Qué está pasando con mis amigos?

En plan, con Millie y Tyler. Sadie y Scott son superamables y hospitalarios…

—Vamos —dice Sadie, cogiendo la mano de Scott después de que él suelte la de Tyler—. Te presentaré a los demás.

Scott me dirige otra sonrisa y se deja llevar por su hermana.

—Imbécil… —gruñe Tyler a mi lado y le dirijo una mirada interrogante—. Bueno, vamos con los demás.

—¿Y a ti qué te pasa con Scott? ¿Algún problema? —pregunto, levantando las cejas; esto me divierte—. Es simpático y está bien bueno, ¿eh?

No puedo resistirme a soltar eso último.

—Si tú lo dices… —murmura Tyler—. Supongo que eso deja claras tus intenciones.

Dicho esto, me deja allí plantada. Si la situación no fuera tan absurda y ridícula, me reiría.

Scott es demasiado mayor para mí. ¿Cuántos años tendrá? Unos treinta o treinta y cinco. Está claro que no está en mi rango de edad.

***

La barbacoa que nos han preparado los padres de Sadie es increíble. Hay cinco ensaladas diferentes, además de un montón de barras de pan y de cosas para picar. Sadie no exageraba cuando dijo que habían matado una vaca entera solo para la cena.

Todo está riquísimo y nos lo pasamos genial. Millie parece haberse calmado después de su pequeño arrebato de celos.

—¿Quieres más vino? —Tyler me tiende la botella y yo asiento y cojo la copa.

Me la sirve y le sonrío. Claro que estamos sentados uno al lado del otro… Nuestros amigos nos han colocado estratégicamente: no había otra opción. Con nosotros está Sadie; su madre, Francis; su padre, Harry; y Kyle, Scott y sus amigos.

—Gracias —digo—. Te gusta mucho la cerveza, ¿eh?

—La prefiero, sí —responde, guiñándome un ojo—. Aunque todavía no sé qué pensar de esta cerveza australiana…

—Por esa cara que me llevas, estoy segura de que no te ha impresionado —me río entre dientes, y un segundo después, me pregunto por qué me comporto como una tonta del culo.

No soy el tipo de chica que se ríe porque está hablando con un tío bueno. Las otras chicas, quizá, pero ni siquiera ha dicho algo tan gracioso.

—No, la verdad —dice Tyler, dando el último trago a su botellín—, pero desde luego, es mejor que el vino.

—Ya… —Doy un sorbo a mi copa y la vuelvo a dejar sobre la mesa—. ¿Recuerdas ese vino raruno que la señora Bishop solía llevar a la fiesta del vecindario?

No tengo ni idea de por qué de repente se me ha ocurrido hablar de eso. Fue hace años, y a veces es mejor dejar las cosas como están y no remover el pasado. Lo que Tyler y yo tuvimos debería

quedarse en eso y nada más. Pero ahora he sacado el tema de conversación y sería absurdo callarle la boca cuando me conteste.

—Esa *dinosauria*… —responde, poniendo los ojos en blanco—. Solía espantar a los niños porque pensaba que no éramos dignos de beberlo.

Me río y bebo otro sorbo de vino.

La señora Bishop era una mujer muy peculiar, que ya me parecía vieja en su momento. Pero siempre tenía una cantidad inconcebible de vino, y sé que mi madre solía comprarle algunas botellas. Sin embargo, la botella que pilló mi amiga Kayla estaba asquerosa. Bebimos un sorbo y casi nos hizo potar.

Siempre fue amable con Kayla y conmigo, pero su vino daba un ascazo…

—Pero tú no le rompiste la ventana del salón con un balón de fútbol porque quisieras practicar cómo chutarlo…

Me río a carcajadas y Sienna se me queda mirando unos segundos.

Vale, puede que ahora mismo Tyler y yo nos traigamos un rollo un poco raro. No hemos hablado, ni mucho menos nos hemos divertido juntos en año y medio. Si yo fuera ella, también pondría esa cara de escepticismo.

Le sonrío y le señalo el agua con aire juguetón. Mi amiga pone los ojos en blanco y mira hacia otro lado.

—¿Qué hiciste qué? —Reanudo la conversación—. ¿Qué pasó?

—Jason y yo lo teníamos todo preparado en el patio trasero de casa —dice Tyler.

Jason era uno de sus colegas del insti. No creo que estuvieran tan unidos como él lo está ahora con Darren, pero eran amigos.

—Todo iba según lo previsto, hasta que Baron chutó el balón —continúa—. Salió disparado, voló, y luego se oyó un ruido exagerado de cristales rotos. La señora Bishop vino corriendo como una loca en dirección a la valla, balón en mano. Baron y Jason salieron corriendo.

—Claro que lo hicieron… —concluyo—. Yo habría hecho lo mismo.

—¿Ah, sí? —Tyler sonríe y coge otra cerveza del centro de la mesa—. Pensaba que tú eras de las que reconocían lo que han hecho…

Guardamos unos segundos de silencio.

La frase de Tyler puede interpretarse de otro modo. De hecho, soy yo quien podría darle otro significado. Yo siempre admito lo que hago. Él, en cambio… Pero si se me ocurre soltarla, echaré a perder la conversación.

—Jolene —¡Di que sí, chaval! No debería llamarme así—, quiero decir, Joy, yo…

—Buenas… —Scott se sienta a mi lado y me sonríe—. ¿Interrumpo algo?

—No —respondo inmediatamente, contenta de que se haya roto la tensión entre Tyler y yo.

—¿Te gusta el vino? —pregunta amablemente.

—Oh, esto… —Un poco abrumada, asiento—. Está bueno…

—Genial, me alegro —responde—. Es de unos amigos nuestros. Lo hacen ellos mismos.

—¡Ah, qué guay! —digo—. En Kentucky, de donde nosotros…

Estoy a punto de señalar a Tyler para incluirlo en la conversación, pero entonces me doy cuenta de que ya no está sentado a mi lado. Echo un vistazo a mi alrededor y lo veo en la barbacoa, con el padre de Sadie y Denver. No puedo evitar darme cuenta de que él también me está mirando.

¿Qué coño le pasa?

Primero llama «imbécil» a Scott y luego desaparece en cuanto este se sienta a mi lado y se pone a hablar conmigo en plan simpático. Tampoco es que le haya hecho nada, así que Tyler podría darle una oportunidad…

—Iba a decir «de donde venimos Tyler y yo», pero se ha pirado —Miro a Scott para disculparme, aunque no hay razón para hacerlo —. En fin, Tyler y yo somos de Kentucky, y allí no hay muchos viñedos.

—Bueno, en realidad viven a dos horas al oeste de aquí —dice Scott—. Ellos venden nuestra carne y nosotros les vendemos el vino. Todos salimos ganando.

—Me lo creo —respondo con una sonrisa, y él hace lo mismo.

Scott es majo y está más bueno que el pan, pero sigue sin ser Tyler.

Vuelvo a mirar en su dirección y veo que sigue observándome. Aparto la vista de él rápidamente y me vuelvo hacia Scott para seguir con nuestra conversación.

Me habla de la granja y de la vida en el interior. A diferencia de su hermana, él nunca se ha ido de su tierra, más allá de cuando estudió Agricultura y Economía en Melbourne. También monta toros en su tiempo libre, lo que me parece muy arriesgado y peligroso, pero Scott le resta importancia y sonríe.

—¿Y nunca te has caído y te has hecho daño? —le pregunto—. Es mentira, ¿no?

—Claro que es mentira —interviene Sadie—. Se ha magullado y roto las costillas varias veces.

—Eso no cuenta como lesión… —dice Scott, poniendo los ojos en blanco.

Me río y miro a Tyler. He intentado evitarlo, pero él sigue atrayéndome mágicamente, como un imán. Y bueno, no hace falta que diga que me molesta.

Esto no solo me pasa aquí, sino también en Lincoln. Siempre lo busco; sobre todo en fiestas en las que hay muchas chicas que se interesan por él. En el fondo, no me gusta que esté con otras, pero me cuesta admitirlo.

Cuando vuelvo a la realidad, no lo encuentro por ninguna parte.

—¿Dónde está Tyler? —le pregunto a Sadie.

—Acaba de irse, justo después de Sienna y Denver.

Entonces me doy cuenta de que Millie y Darren, así como Phoenix y Jake, tampoco están.

¿Cómo me dejan aquí sola?

—¿Y los demás? —pregunto—. Millie, Darren, Jake, Phoenix…

—Jake y Phoenix se fueron antes que Denver, Sienna y Tyler, y Millie y Darren… —Sadie se encoge de hombros, molesta—. La verdad es que no tengo ni idea de qué ve un tío tan guay como Darren en una tiparraca tan condescendiente y malcriada.

—¿Te refieres a Millie? —pregunto, totalmente desconcertada y arqueando las cejas.

—Pues claro que me refiero a Millie —responde Sadie irritada—. No hay quien la complazca; nada es lo bastante bueno o digno de ella.

—No me creo que te refieras a Millie… —respondo, levantándome —. En fin, yo también debería irme…

—¿Por qué? —pregunta Scott, mirándome—. Creía que estabas cómoda hablando conmigo…

Y lo estaba, pero de alguna manera, no me encanta cómo están yendo las cosas aquí. Puede sonar extraño, pero Millie no está actuando como suele hacer, Tyler está de mal humor, y los otros cuatro solo parecen estar a su bola.

—Sí, perdona —respondo, entrelazando los dedos delante de mí —. Lo siento, creo que debería ir a ver a mis amigos.

Bueno, ¿qué debería hacer exactamente? ¿Ver cómo están?

Los hermanos levantan las cejas. No soy su niñera ni necesito que me digan lo que hacer aquí.

—Haz lo que quieras —suspira Sadie—. Pero dile a Millie que no me interesan sus aires de grandeza. Si no es feliz aquí, estaremos encantados de darle la dirección del hotel de lujo más cercano en Melbourne.

—Sadie… —susurra Scott—. Es nuestra invitada…

—Es una mocosa malcriada que no tiene ni idea de lo que significa vivir en el interior —le susurra su hermano y sale corriendo después de coger dos cuencos de ensalada.

No sé qué hay en el aire hoy, pero se respira tensión.

Miro con cautela a Scott. Pone los brazos en jarra, se humedece los labios y, de repente, se echa a reír.

—Buenoooo… Vaya, vaya… —dice Scott, mientras sigue recogiendo la mesa y yo le ayudo—. Estas próximas tres semanas van a ser muy interesantes…

6

Joy

Unos días más tarde.

Millie, Darren, Tyler y yo hemos venido a la costa a surfear.

Sienna no se encuentra bien. Según Denver, ha pasado mala noche y todavía está en la cama. Ha querido quedarse con ella y lo puedo entender. En cuanto a Phoenix y Jake… Bueno, es difícil ir a surfear con Charlotte, así que se han quedado en la hacienda.

Después de que Darren aparque el coche, salimos para alquilar unas tablas y unos trajes de neopreno en una tienda de surf que nos recomendó Sadie.

Es la primera vez que hago esto y no tengo ni idea de cómo va. Creo que habría sido mejor idea contratar a un monitor de surf para que nos enseñara y nos advirtiera de los peligros del océano. Por otra parte, se supone que hay tiburones en la costa de Melbourne, pero Tyler y Darren dicen que ya saben surfear y que pueden con todo.

Yo me huelo que lo suyo es fardar por fardar, ¡pero bueno, ellos sabrán! No hace falta que recalque lo mucho que me molesta que se pongan en plan marisabidillo, sobre todo Darren.

Millie ha estado de mal humor desde que nos hemos ido de la hacienda. En realidad, lo ha estado desde que aterrizamos en Australia y Darren intercambió un par de palabras con Sadie. Empiezo a preguntarme si es solo porque no se fía de Sadie o si les pasa algo más a Darren y ella.

Siendo sincera, me cuesta imaginarlo. A mis ojos, lo suyo es una relación perfecta. Son jóvenes, están forrados, están cumpliendo sus sueños y, a diferencia de Phoenix y Jake, y pronto de Sienna y Denver, no tienen que cuidar de alguien. Por eso, los problemas que puedan tener son un misterio para mí.

Me echo la bolsa al hombro y sigo a Darren y Tyler hasta la tienda de surf. Los chicos van delante y saludan educadamente al

dependiente. Este nos recomienda unas tablas y nos presta unos trajes de neopreno de nuestras tallas. Guardamos las bolsas en las taquillas y con los neoprenos en la mano, nos dirigimos a los vestuarios.

—¡Miradme, soy Catwoman! —exclamo al salir de los vestuarios con mi ceñido traje negro.

Millie hace lo mismo. El suyo es rojo y, con esos brazos y piernas tan largas, se le ajusta al cuerpo como una segunda piel.

—¡Qué sexy!

Darren se acerca a Millie y la atrae hacia sí. Ella se acurruca en su pecho y le planta un beso en los labios. Atrapados en su mundo, se olvidan de que Tyler y yo estamos presentes.

El traje de Tyler, como el mío, es negro. Tiene las piernas y los brazos completamente cubiertos. Lo observo durante unos segundos y me doy cuenta de que el neopreno no deja mucho a la imaginación.

El traje se le ciñe a la piel y destaca claramente el atractivo físico de Tyler: los hombros y brazos anchos y musculosos, los pectorales y, de paso, el abdomen y las piernas. Parece haber algo especialmente grande entre sus piernas que no quiero mirar demasiado de cerca. Sin embargo, me parece que ya es tarde, porque me pilla mirándolo y, acto seguido, los pensamientos alocados se apoderan de mí.

Hace años que no veo a Tyler desnudo.

—¿Catwoman, dices? —Tyler repite mis palabras y me sonríe—. Estás bastante buena con ese traje, la verdad…

Espero no sonrojarme. No quiero que se dé cuenta de lo feliz que me ha hecho ese cumplido. Al sentir sus ojos clavados en mí, me late el corazón a toda prisa. Tyler tampoco oculta que me está dando un repaso; de hecho, detiene la mirada en mis pechos un segundo antes de volver a mirarme a los ojos y se relame, sonriente.

—Qué calor hace, ¿no? —le respondo—. Como me quede más tiempo aquí, me voy a derretir…

—Y obviamente no queremos eso… —responde—. ¿Nos vamos? Creo que esto va para largo… Necesitan un ratito a solas.

Tyler hace un gesto con la cabeza para señalar a Darren y Millie, que siguen liándose.

—Claro —Cojo la tabla y sigo a Tyler por la playa hasta el agua—. Nunca me he subido a una tabla de surf.

—Yo surfeé una vez en Florida —dice—, pero eso fue hace años. Vamos a ver qué tal se nos da.

—¿Estuviste allí de vacaciones? —le pregunto.

A pesar de que intento convencerme de lo contrario, me sigue interesando lo que haya estado haciendo todos estos años que no nos hemos visto.

—Fue durante las vacaciones de primavera —Me guiña un ojo—. En el primer semestre en Ohio.

—Ah, vale… —respondo.

No hace falta que diga nada más, porque todo el mundo sabe lo que hacen los universitarios de los Estados Unidos en las vacaciones de primavera: follar y beber. Sobre todo follar.

Destierro rápidamente todo pensamiento relacionado con eso.

Me cuesta imaginarme a Tyler con otra chica. Siempre me molesta pensar en ello. Podría decirse que estoy celosa, pero jamás admitiré algo así. Después de todo, no es que quiera nada de Tyler…

Sin embargo, en los últimos días, el ambiente está un poco más calmadito. Hablamos mucho y nos lo pasamos bien. Nunca pensé que llegaría ese momento, pero las cosas no parecen tan tensas en Australia, y tampoco estoy pensando todo el rato en lo que pasó entre nosotros.

A ver, es verdad que Tyler y yo evitamos todo lo que tenga que ver con el pasado, pero de momento, la cosa va bien.

—¿Por qué no nos habéis esperado? —Millie nos alcanza y nos mira con aire burlón—. ¿Acaso queríais estar a solas…?

Sus ojos brillan como si insinuara algo y yo entrecierro los míos.

¡Pero si eran Darren y ella los que se estaban morreando como si no hubiera un mañana!

Que no se atreva a decirme que es cosa mía. Además, sabe que no me gusta estar a solas con Tyler. Despierta sensaciones raras en mi cuerpo.

—Si no recuerdo mal, hace unos segundos os estabais metiendo la lengua hasta la garganta… —digo en voz baja—. ¿Has conseguido llegar a la campanilla?

—Calla, tonta… —murmura Millie, ruborizándose.

—Pero bueno, ¿te has puesto roja? —me burlo de ella y me aseguro de que Darren está fuera de nuestra vista y, lo que es más importante, fuera del alcance de sus oídos antes de continuar—. Oye, ¿os pasa algo?

Millie gira la cabeza y, como yo, parece comprobar si su novio y Tyler pueden oírnos, pero los chicos ya están a unos metros por delante de nosotras, con las tablas.

—Darren se manda mensajitos con otras chicas.

—¿QUÉ? —grito.

Darren y Tyler se dan la vuelta. Inmediatamente, les hago señas para que se metan en sus asuntos y ellos no tardan en olvidar lo que he dicho para concentrarse en sus tablas.

—Oye, ¿os importa si nos metemos en el agua ya? —pregunta Tyler.

Asiento y Millie hace lo mismo.

Mejor; así podemos hablar…

—Bueno, a ver… —Clavo la tabla en la arena justo a mi lado y miro a Millie—. ¿Qué quieres decir con que les escribe mensajitos a otras chicas?

—Pues… le manda mensajes a una tal Cheryl. Es una chica que trabaja en el equipo de fútbol.

—¿Y qué hace esa chica?

—Es asesora de comunicación, o algo así —murmura Millie—. Aconseja a los chicos de cara a las entrevistas y les lleva las cuentas de Instagram y demás.

—Vale, ¿y Darren le manda mensajes… en privado?

Dios, qué mal se me dan estas conversaciones. Sienna y Phoenix son mucho mejores que yo. Tienen mucho más tacto, al menos.

—En plan, ¿se mandan mensajes cuando ella no está trabajando? —añado.

—Eso creo.

—¿Eso crees? —exclamo—. Tía, ¿se lo has preguntado siquiera?

—No exactamente… —murmura Millie, mordiéndose el labio—. Tenía el iPhone en la mesa de la cocina y, cuando pasé, sonó. Lo cogí para dárselo y había mensajes de ella en la pantalla.

—Millie, tíííía… —suspiro, frotándome la frente—. A ver, las cosas claritas: ¿de qué tipo de mensajes estamos hablando?

—Pues le preguntaba qué tal le habían ido los exámenes y si algún cazatalentos había contactado con él.

La escucho pacientemente y me planteo qué coño voy a decirle. Quiero decir, si trabaja para los chicos, no está de más que pregunte, ¿no? Quizá necesite saberlo para aconsejarlos mejor. También puede que sean amigos, como Darren y yo… Bueno, no es un buen ejemplo; más bien como Denver y yo o Jake y yo.

—Bueno, son cosas que esa muchacha necesita saber, ¿no? —respondo—. Así está en mejor posición para aconsejarle.

—Sí, puede ser, pero no es la única…

Madre mía. Como todo esto sea verdad, voy a matar a Darren.

Los miro a Tyler y a él, haciendo equilibrios sobre las tablas. No parece que se les esté dando muy bien; no dejan de caerse al agua. Es justo lo que me esperaba, pero ahora tengo otras cosas en las que concentrarme, en vez de en ellos dos sobre las tablas de surf.

—¿Con quién más se está mandando mensajitos? —pregunto—. ¿De verdad tienes algún indicio de que él, bueno…?

No puedo ni decirlo: se me revuelve el estómago de pensar que Darren sea tan imbécil como para ponerle los cuernos a Millie. No creo que ese idiota pueda encontrar a alguien mejor que ella.

—Pues con una tal Beth —suelta—. La conozco. Trabaja para el periódico de la universidad. La he visto un par de veces en la cafe. Me preguntó por él, de hecho. ¿Y si los dos…? ¿Y si hay algo más? Se la veía muy interesada…

—Pero ¿y él, qué? —pregunto—. ¿También lo viste interesado? ¿Le has vuelto a mirar el móvil?

—¡No! —Millie abre los ojos como platos y sacude la cabeza enérgicamente—. Nunca haría eso. No tengo ni idea de si le interesa esa chica o no.

—Perdona, tía… —Retiro lo dicho y respiro hondo—. Entonces, ¿cómo sabes todo esto?

—Le pregunté una vez, cuando vi su nombre en la pantalla. Se deja el móvil siempre por ahí, como yo.

—¿Y qué te dijo?

—Que quería hacerle una entrevista y que tenían pendiente hablar de ello —responde—, y luego cambió inmediatamente de tema.

—¿Y si eso fue exactamente lo que pasó? —pregunto—. Eso explicaría por qué Darren no te dijo nada más… ¿Y qué hay de Cheryl?

—Me dijo que trabaja para el equipo y que se lleva bien con ella —responde Millie, mirándolos a Tyler y a él—, que lo suyo era una amistad platónica. ¿Crees que lo dijo para hacerme sentir mejor?

Me mira con los ojos como platos.

Está insegura, y la entiendo. Darren es increíblemente guapo, es muy popular entre las chicas de la facultad y todos sabemos que, antes de Millie, era un canallita. Entiendo que aun habiendo estado un año saliendo con él, siga sintiéndose insegura. Sin embargo, no creo que la esté engañando.

—Darren no te pone los cuernos; él nunca haría eso —le digo de forma directa—, así que ya te lo estás quitando de la cabeza.

—¿Y tú qué sabes? —responde ella con brusquedad—. No se esfuerza mucho en ocultar lo increíble que le parece Sadie, ¿no? Él es así. A lo mejor se ha aburrido de mí y por eso…

—¡Millie!

Casi se me quiebra la voz al oír lo que dice. Sé lo mal que se siente, pero no puede hablar en serio. Darren nunca será mi mejor amigo, pero la quiere más que a nada. No la está engañando.

—Darren vino a verme antes de que viniéramos a Australia —le explico, respirando hondo.

—¿Qué? —pregunta ella, mirándolo de nuevo—. ¿Por qué? ¿Qué quería?

—Me pidió que me relajara un poquito con lo de Tyler y me dijo que casi te pierde porque se asustó mucho cuando se enteró de lo de tu familia.

—Sí, ¿y qué? —Millie insiste, tensa—. Una cosa no tiene nada que ver con la otra…

—Darren te quiere. Y mira que yo no daba ni un duro por él… Pero le creo: no quería perderte entonces y no quiere perderte ahora. No es de los que fingen querer a alguien ¿Qué ganaría con eso?

—Por si no lo recuerdas, mi familia puede acabar con su carrera profesional, hacerla añicos, en cuestión de minutos —contesta con mala leche.

—Madre mía, Millie… Pero tú, ¿qué fumas? —le digo—. ¡Te quiere, joder! Todo el mundo lo ve. Y sí, estoy segura de que se le habrán insinuado en más de una ocasión, pero no te pondría los cuernos. ¡Y mira que no me gusta Darren! Encima, dadas las circunstancias, preferiría que no estuvierais juntos. Ya sabes por qué lo digo…

Miro en dirección a los chicos.

A Millie se le dibuja una sonrisa, pero justo después, desaparece.

—Puede que le aburra tener una relación —continúa—. Llevamos un año juntos ya…

—Deja ya de decir gilipolleces. Darren te quiere, pero tampoco puedes esperar que corte todo contacto con otras mujeres. Tanto Beth como Cheryl parecen hablar con él solo de trabajo. Aunque alguna de las dos quisiera algo más, sabe que tiene novia y te lo ha demostrado una vez tras otra. Por la forma en que te mira, no me creo que se haya vuelto menos cariñoso, que paséis menos tiempo juntos o que se esté alejando de ti. ¿Tengo razón o no?

—Sí, la tienes —admite—. ¿Y Sadie, qué?

—Dios, Millie… —gimo—. Habla con él de una vez. Dile lo que piensas y cómo te sientes. No hay nada malo en Sadie. Le cae bien y le interesa su estilo de vida.

—Debe pensar que soy una ridícula… —murmura y yo enarco las cejas—. Tú también lo piensas, ¿verdad?

—No —digo, tirando de ella para abrazarla.

Sonrío y la beso en la mejilla. Luego añado:

—No creo que seas una ridícula; entiendo que estés preocupada. ¿Quién no lo estaría? Pero no creo que Darren te esté dando motivos para sospechar. Se lleva bien con Sadie, eso es todo.

—Espero que tengas razón… —murmura ella mientras coge la tabla—. Le quiero y no quiero perderle.

—No lo harás —le aseguro—. Ahora quita de una vez esa cara larga y empieza a disfrutar de las vacaciones.

—Vaaaale… —dice—. Gracias, Joy.

—De nada…

Sigo a Millie hasta el agua, tabla en mano.

Tyler se acerca a mí, sonriente. Sacude la cabeza y hace volar unas gotitas de agua, que luego le caen por la frente y se quedan atrapadas en sus largas pestañas.

Joder, si llega a estar más bueno, no lo cuento…

—¿Te atreves a probar o qué? —me pregunta y vuelvo a mirar a Millie.

Darren también ha salido del agua y se acerca a su novia. Ella sonríe y lo besa.

Espero que todo salga bien entre esos dos.

—Sí —le digo a Tyler, sonriéndole.

—Pues entonces deja la tabla por ahí. Vamos a coger la mía.

—Vale —respondo y la dejo en la arena.

Luego sigo a Tyler hasta el agua y dejo que me ayude a subirme a la tabla.

***

Tyler y yo salimos del agua entre risas. Deja la tabla a nuestro lado y yo me tumbo en la arena. Se lleva la mano izquierda a la espalda y se desabrocha el traje de neopreno. Deja que la tela mojada se deslice por su torso y se queda semidesnudo delante de mí.

Ahora que se ha quitado esa tela negra, está aún más guapo que antes. Tyler tiene una tableta de chocolate en la que podría perderme, y las gotas de agua que le salpican del pelo al cuerpo y que le bajan poco a poco me tienen a puntito de gemir.

¡Joder, qué bueno que está!

Cuando me pilla mirándolo y levanta las cejas, me giro rápidamente hacia otra parte. Me entran ganas de darme una

palmada en la frente. Como diga una sola palabra al respecto, se me tragará la tierra.

Sin embargo, Tyler no dice nada y se sienta a mi lado. Los granos de arena se nos pega a las piernas y los pies como si fueran terroncitos de azúcar.

Nos quedamos en silencio un momento antes de que hable.

—¿Qué planes tienes después de graduarte?

Sorprendida por la pregunta, le miro. Tyler me sonríe; parece que le interesa de verdad.

—Quiero irme a vivir a California, si puede ser a Los Ángeles o San Diego, y trabajar como psicóloga.

—Qué guay —dice—. ¿Hay algún colectivo con el que te interese trabajar especialmente?

—No. Aunque una vez pensé en alistarme en el Ejército…

—¿Tú? —Tyler parece divertido—. Solías enfadarte mucho cada vez que los del Ejército se iban de maniobras cuando estábamos en Kentucky…

Le miro y pongo los ojos en blanco.

Como vivíamos cerca de la base militar, los aviones de combate solían sobrevolar nuestro barrio y me resultaba bastante molesto. De vez en cuando, veíamos algún que otro tanque.

Sin embargo, trabajar como psicóloga en el Ejército me parece muy interesante, aunque debe ser intenso. Los destinos y las experiencias traumáticas de los soldados no son moco de pavo. De todos modos, mi padre tiene los contactos que hacen falta para conseguir un buen trabajo allí.

—Es que era un coñazo… —respondo con una sonrisa—. Pero solo podría alistarme en el Ejército en Kentucky si quisiera aprovecharme de los contactos que tiene mi padre allí…

—¿Y no quieres volver a casa? —pregunta Tyler y yo niego con la cabeza.

—No —respondo—. Quiero mucho a mis padres, pero no.

—A mis padres les encantaría que me fichara un equipo de Ohio. Solo me tienen a mí.

Asiento para hacerle ver que lo entiendo.

—Lo sé…

—Bueno, ¿nos vamos?

Sorprendidos, levantamos la vista. Darren está de pie frente a nosotros con la tabla de Millie y la suya en las manos.

Tiene cara de mosqueo.

—¿Os venís o qué?

—¿Por qué? —pregunto, mirando a Millie.

Está detrás de él, cruzada de brazos. Parece que han discutido otra vez. No me sorprendería que se echara a llorar.

—Por ella —gruñe Darren—. Bueno, tú te puedes quedar aquí si quieres. Haz lo que quieras.

—No te pases, crack —Tyler reniega a su mejor amigo y se levanta—. Joy no te ha hecho nada.

Darren murmura algo que no conseguimos entender y sigue caminando. Tyler sacude la cabeza, molesto, y me tiende la mano.

—Venga, que te ayudo.

—Gracias.

Sonriendo, le cojo de la mano y dejo que me ayude a levantarme. Tengo el culo lleno de arena, al igual que él. Los dos fracasamos en nuestro intento de quitárnosla, pero nos divertimos mucho intentándolo.

—¿Sabes qué les pasa? —pregunta Tyler cuando ya hemos empezado a movernos.

Se ha ofrecido a llevarme la tabla de surf.

Darren se adelanta, cabreado, y Millie le sigue unos pasos por detrás.

—No —miento—. Pregúntale a Darren.

—Preferiría no hacerlo —refunfuña—. Creo que es algo que tienen que solucionar ellos dos.

—Cierto —respondo—. Es cosa suya.

En silencio, caminamos detrás de Millie y Darren hasta la tienda de surf. Una vez allí, Darren devuelve las tablas y, en silencio, le quita las nuestras a Tyler.

Millie se mete de cabeza en uno de los vestuarios. Suspiro y me giro para seguirla, pero Tyler me detiene.

—Joy, espera —Sorprendida, freno en seco y le miro—. Me gustaría seguir la conversación… En plan, siento mucha curiosidad

por tus planes de futuro. ¿Qué me dices?

El corazón me late tan deprisa que no me sale ni una palabra. No esperaba que quisiera saber tanto de mí.

—Vale —acepto—. Claro que podemos seguir hablando del tema. Me cambio rápido y estoy. ¡Enseguida vuelvo!

Me doy media vuelta y desaparezco en los vestuarios.

7

Tyler

Las constantes discusiones entre Darren y Millie están empezando a ponerme de los nervios. No tengo ni idea de lo que les pasa, pero nos está afectando a los demás.

Y yo que creía que estas vacaciones mejorarían la situación…

Joy vuelve a hablarme con normalidad. En la playa, noté que habíamos conectado. Pero ahora que nuestros amigos están de mala onda, es muy frustrante.

Aunque sea a regañadientes, nos toca ponernos de parte de alguien. Joy no quiere decirme lo que pasa con Darren y Millie, pero fijo que lo sabe. Estoy seguro de que, al menos, sabe lo que piensa ella.

—Buenos días —saludo a Darren, sonriente.

—Buenos días —refunfuña mi mejor amigo, levantando la vista del iPad—. El café está por ahí.

Miro la cafetera y asiento.

—Gracias —respondo, cogiendo una taza del armario antes de sentarme a su lado.

Doy un sorbo al café y lo observo durante unos segundos.

Darren parece cansado, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Está leyendo un periódico estadounidense en el iPad. Espero que la pelea con Millie no haya sido peor de lo que me imagino.

Suspiro, me armo de valor y saco el tema.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto—. ¿Qué os pasa?

Darren me mira y niega con la cabeza.

No me esperaba otra cosa. No es de los que hablan de sus problemas sentimentales con los demás. Siempre hay que sonsacárselo. Aunque, ahora que lo pienso, yo tampoco soy fácil con lo de Joy. No quiero tocar el tema de lo que hay entre nosotros. Es complicado, y hablarlo con mis amigos no lo hace mejor.

—Perdona, tío —digo—. Ignora que te lo he preguntado.

Darren me mira, y de repente, sonríe.

—¿Cómo van las cosas con Joy? —me pregunta, lo que me pilla por sorpresa—. Ayer estuvisteis hablando largo y tendido, ¿eh?

—Pues sí… —Se me dibuja una amplia sonrisa en la cara, que no se le escapa a mi mejor amigo—. Hasta que llegaste tú…

Suspira.

—Lo siento —dice Darren, y me doy cuenta de que lo dice en serio—. Es que… discutimos. Otra vez.

—¿Otra vez? —pregunto—. Bueno, parece que las cosas no están siendo fáciles aquí…

—No es solo aquí —dice, bajando la cabeza—. Millie cree que la engaño.

Me quedo flipando. Si tuviera café en la boca, lo habría escupido.

¿Millie cree que Darren la engaña? Eso es lo más absurdo que he oído jamás.

Vale, Darren siempre se salta un poco los límites de lo que uno puede decir delante de su novia. Con Joy o Phoenix, sus comentarios groseros no serían un problema, pero Millie es diferente. Y Darren todavía deja que otras chicas le roneen, porque puede, básicamente, pero nunca la engañaría. Ahora que ella está en su vida, pasa de las demás y solo tiene ojos para Millie. ¡Y ella solo tiene ojos para él!

No me lo puedo creer…

—Estás de coña, ¿no?

—¿A ti qué te parece? —rechista, rascándose el puente de la nariz—. Perdona, tío…

—No pasa nada —le tranquilizo—. ¿Qué le hace pensar eso?

—Confío tanto en ella que me dejo el móvil en cualquier parte, tanto en casa como aquí. Millie se sabe la contraseña; no es un problema para mí. Por desgracia, últimamente la he pillado con mi móvil en las manos cada vez que recibía un mensaje de otra chica.

—¿En serio? —le pregunto—. ¿Y por qué te escribes con otras…?

—Tyler —me corta de inmediato—, los mensajes eran de Cheryl. Nos llevamos bien, nada más.

—Vale —respondo, asintiendo.

Cheryl es nuestra asesora de comunicación y todos nos llevamos muy bien con ella. Por lo que sé, está soltera, pero nunca ha mostrado interés por un jugador, y menos por Darren.

—Eso es una gilipollez. ¿Y a quién más estás mandando mensajes?

—A Beth, la del periódico —gime—. Quiere entrevistarme. Creo que le gusto. Ha sido transparente con sus mensajitos, pero a mí me la pela. Yo quiero a Millie.

—Y ahora llega Sadie, con la que tienes cosas en común y… —deduzco y Darren asiente—. Supongo que eso no la tranquiliza precisamente.

—Para nada —murmura—. Y ahora no tengo ni idea de dónde está. ¿Joy sigue dormida?

—Sí —digo.

Es extraño poder responder a esa pregunta con tanta facilidad. Antes de haber venido a Australia y de que compartiéramos habitación, habría sido imposible saberlo.

—Vale —dice Darren, bloqueando el iPad—. Puede que esté con Phoenix. En fin, da igual.

—No te da igual —le regaño—. Estás…

—A ver, claro que me importa —me corta.

Se termina el café y pone la taza en el fregadero antes de añadir:

—Pero ¿cómo va a funcionar esto dentro de unos meses si ya se le va la pinza cuando aún vivimos juntos? No confía en mí, Tyler. Tal vez nunca lo haya hecho; no sé. Pero no dejaré que me acuse de engañarla, porque no es verdad. ¡Jamás lo haría! Si veo que sigue dudando de mí, voy a tener que dejarlo. He visto lo que el engaño le hizo a mi hermana.

—Bueno, antes habla con ella una vez más —sugiero—. Haced algo juntos, los dos solos y…

—Sí, bueno, se lo diré.

La puerta principal se cierra de golpe y giramos la cabeza.

Millie aparece en la cocina. Lleva unos pantalones cortos, un top y los AirPods en las orejas. Cuando nos ve, se los quita y los deja en la isla, junto a Darren.

—Buenos días —nos saluda con una sonrisa—. ¿Habéis dormido bien?

Dios, esta situación es de lo más incómoda…

Casi puedo palpar la tensión entre ellos dos. Y yo estoy en medio. Estupendo. Joy nunca aparece cuando más se la necesita.

Darren mira a su novia y sacude la cabeza de una forma casi imperceptible. Millie se sirve un café y se une a nosotros. Soltar una excusa para salir pitando no es una opción. No quiero que Millie se entere de que Darren me ha contado lo que les pasa.

—Buenos días —oigo la voz de Joy y exhalo un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Le recorro el cuerpo con la mirada. Está tan sexy, con esos vaqueros cortos y el escote de ese top, con ese canalillo… Lleva el pelo recogido en una coleta y las puntas turquesas le caen sobre los hombros.

—¿Todo bien? —dice.

—Sí, bien… ¿Tú qué tal? —pregunta Millie, girándose hacia ella—. ¿Qué te ape hacer hoy?

Miro a Darren, que vuelve a negar con la cabeza y mira de nuevo el iPad. Millie no parece querer hacer nada con él. Miro a Joy, que me devuelve la mirada. No tengo planes para hoy, y probablemente, me uniría a lo que quisiera hacer la mayoría, como he estado haciendo los últimos días.

Con un poco de suerte, puede que veamos a los Jones con sus parejas. Sienna, Denver, Jake y Phoenix se están haciendo de rogar y no salen de su burbuja familiar. Si las cosas no estuvieran tan mal con Darren y Millie, solo estaríamos Joy y yo.

—Scott quería enseñarnos a montar toros —sugiere Joy—. Podríamos ir con él a practicar y hacer una barbacoa después. Quién sabe, a lo mejor los demás se nos unen…

—Scott, ¿eh? —digo, en tono de burla—. Por supuesto…

No puedo evitar hacer un comentario sarcástico sobre él. La forma en que coqueteó con Joy la primera noche, cuando vio que estaba a su lado, hablando con ella, no me dejó muy contento. El tío va buscando calentarla. No quiero que Joy se enchoche de él.

—¿Qué te pasa con él? —pregunta Joy—. A mí me parece guay que quiera enseñarnos…

—¡Sí, es la hostia! —exclamo.

Vi cómo la desnudaba con los ojos la primera noche. Lo de enseñarla a montar toros no es por ser amable, precisamente. A él le interesa otra cosa. Además, tampoco creo que quiera que estemos todos allí. Le gusta Joy y quiere follársela, y me pone enfermo que ella quiera follárselo también.

Sé que no tengo ninguna razón para montar un numerito; más bien, todo lo contrario. En los últimos días, hemos conseguido a duras penas tener una relación amistosa y neutral. Mis celos están completamente fuera de lugar.

La verdad es que me siento atraído por Joy; más que nunca. Y el hecho de que se acueste a mi lado todas las noches y siga siendo inalcanzable me está volviendo loco. Lo último que necesito es a ese tal Scott merodeando por aquí.

—A mí me parece un buen plan —dice Millie—. Nos apuntamos.

Rodea el cuello de Darren con los brazos y le sonríe. Él la mira y le planta un beso en los labios.

—Deberías darte una ducha… —susurra él, pero no tan bajo como para que Joy y yo no nos enteremos—. Y yo también, por cierto.

Millie suelta una risita y coge los AirPods y el iPhone. Darren coge su iPad y ambos desaparecen.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —suelta Joy, haciendo pucheros.

Me río y la miro.

—Al menos parece que las cosas van mejor entre ellos…

—Sí —digo, aunque por desgracia, la realidad es muy distinta.

Aun así, no voy a traicionar a Darren admitiéndolo delante de Joy.

—Vamos a ver cómo están los demás. Habiendo un bebé y una embarazada, seguro que no están haciendo lo que estos dos…

Joy se ríe y asiente.

—Buena idea —dice—. Nadie quiere oír lo que pasa ahí dentro…

***

No podemos evitar acabar en un bar de la ciudad, ya que está justo al lado de la granja. Hasta Jake y Phoenix han venido. Los padres de Sadie se han quedado cuidando de Charlotte, aunque les han hecho jurar que llamarán si pasa algo. Además, Sadie no va a beber esta noche, por si tiene que llevar a Jake y a Phoenix a casa.

Tengo una cerveza delante y veo a Joy bailando con Kyle, el otro hermano de Sadie. Mueve las caderas de un lado a otro y se restriega con él de una forma tan seductora… Si no odiara bailar, me acercaría a ella y la apartaría de ese O'Malley.

Pero ¿qué ve en estos chavales de campo? A ver, feos no son, pero ¿qué pueden ofrecerle sino estiércol de vaca y tierra baldía?

—Hola —Phoenix aparece en mi vista—. ¿Estás picado?

—¿Debería estarlo? —pregunto, dándole un sorbo a la cerveza—. ¿Dónde está Jake?

Señala a la barra, donde su novio está de pie con Denver, hablando con Scott. Todo el mundo parece estar enamorado de ese chico. Todos menos yo, claro.

Bueno, Darren tampoco, pero no sé dónde está. Millie y él deben estar follando otra vez, o peleándose. Con ellos no parece haber punto medio. Cuando Joy y yo volvimos esta tarde, nos lo encontramos bajando las escaleras en calzoncillos y con una sonrisilla tonta en la cara.

—¿Cómo te va con Joy?

—Muy bien —murmuro y vuelvo a mirar en su dirección.

Al menos parece que al fin se ha separado un poco de Kyle. Por suerte, la canción lo permite. Es mucho más rápida y tiene más ritmo. Pero pronto suena una lenta, una canción de amor, y se vuelven a juntar.

Intento hacer que me la sude, pero no funciona. Debería desentenderme y dejar que se la follara.

Miro alrededor del bar y veo a algunas chicas australianas bastante guapas.

—Antes solíais ser más discretos… —le digo Phoenix en tono acusador.

—Muy gracioso —dice ella y ladea la cabeza—. ¿Lo erais vosotros con Jake y conmigo?

—¿Cómo puedes comparar eso? —pregunto, alzando las cejas—. El muy idiota te dejó embarazada.

Inmediatamente se acerca y me da un puñetazo en el pecho.

—¡Ay! —gimo de inmediato—. Eso ha dolido.

—Me alegro —sisea Phoenix—. No vuelvas a decir eso. Charlotte es lo mejor que nos ha pasado nunca.

—Lo sé —respondo con una sonrisa—. Aun así, podríais haberlo llevado mejor. Parecíais una mezcla de…

—¿Joy y Darren? —sugiere y me río a carcajadas.

—Sí —digo y Phoenix se ríe también—. Justo eso.

—Es bastante probable que esos dos no se soporten por la misma razón —Se ríe, guiñándome un ojo—. Son iguales. Oye, lo digo en serio, ¿van mejor las cosas?

—¿Cómo que «mejor»? —Me río a carcajadas—. Millie y Darren casi siempre están el uno con el otro, disfrutando de las vacaciones a su manera. Vosotros vais a vuestra bola… En fin, a Joy y a mí no nos queda otra que estar juntos, pero sí, la cosa va mejor.

—Oye, pero…

Phoenix intenta explicarse, pero yo la corto de inmediato.

—No pasa nada —le digo—. Sois una familia. No tienes que disculparte, pero la distribución de las casas nos está uniendo más.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Creo que es bueno —digo y pido otra cerveza, y Phoenix se pide un agua—. Ayer tuvimos una conversación bastante guay. Ahora ya no me ignora ni me chasquea la lengua cada dos segundos. Creo que eso es todo un éxito.

De repente, Jake se acerca por detrás de Phoenix y la abraza. La atrae hacia su pecho y le cruza los brazos sobre los hombros. Phoenix le pone las manos en los antebrazos y ríe con dulzura mientras él le besa la mejilla y le susurra algo al oído.

Miro a mis amigos con un poco no, con mucha envidia. Luego me giro con la cerveza en la mano y me levanto de la silla. Supongo que ese ha sido el final de la conversación con Phoenix.

Estoy paseando por el bar cuando una chica rubia me llama la atención. Lleva una falda vaquera, un top negro y el pelo peinado de una forma bastante inusual para este lugar. Sonriente, me meto la mano libre en el bolsillo de los vaqueros y camino hacia ella. Si Joy puede hacer lo que quiera con Kyle, yo también puedo divertirme un poco.

—Hola —le digo.

Me mira sonriente y dice:

—Hola. No eres de por aquí, ¿verdad?

—No —le contesto—. Soy de Estados Unidos.

—Ah… —Se ríe—. Eres uno de los amigos de Sadie…

—Exacto —confirmo—. Me llamo Tyler.

—Sophie —se presenta y me tiende la mano.

Se la estrecho.

Justo después, tengo un pequeño *déjà vu*. Me transporto al patio trasero de la hermandad, hace un año y medio. Entonces, la rubia a la que le había echado el ojo se llamaba Sienna y no Sophie.

Miro a Sophie e intento ver a través de ella, para comprobar si se siente secretamente atraída por otro chico. No puedo permitirme otro contratiempo más por guarrón.

—Supongo que tú eres de aquí, ¿no? —digo y ella asiente.

—Mis padres tienen una tienda de comestibles aquí en la ciudad —explica—. Hacemos negocios con los O'Malley, como casi todo el mundo en la zona.

—Ya veo —asiento—. ¿Kyle o Scott?

Sophie levanta las cejas y me mira desconcertada. Tiene que estar de coña. Sabrá a lo que me refiero, ¿no? Fijo que alguno de los dos le habrá llamado la atención. Es guapísima y es obvio que está soltera. Tendría sentido que se enrollara con uno de ellos.

—Ninguno de los dos —murmura, sonrojada.

Pese a que el bar está bastante oscuro, la he pillado. Está claro que miente, pero ¿quién soy yo para cuestionarla? Seguro que ya tiene bastantes hombres a sus pies.

—De verdad que no —añade.

Mira a su alrededor frenéticamente. Sus ojos pasan de mí a Kyle y luego, a Joy. Esos dos siguen bailando juntos.

—Esa es Joy —le digo—. Es una amiga.

—Ah, muy bien… —dice Sophie—. Escucha, Tyler, o nos vamos de aquí juntos o me largo sola, pero yo me voy ya.

Aturdido a más no poder, la miro y sopeso mis opciones. Si me quedo aquí, tendré que ver a Joy y Kyle bailar y tontear un poco más. Además, tendré que aguantar las primeras vacaciones en pareja de Phoenix y Jake y el mal humor de Darren. No tengo ni idea de dónde están Sienna, Denver y Millie, pero definitivamente, la noche no va a mejorar.

Creo que lo lógico sería irme con esta preciosa australiana y aprovechar las camas del hemisferio sur.

Sonrío a Sophie, le doy un último trago a la cerveza y la dejo sobre la mesa a su lado.

—Después de ti —le digo—. No soy de aquí, ya sabes…

Ella me sonríe, deja su vaso junto al mío y me saca del bar con la mano a la espalda.

8

Joy

Deben de haber pasado unos minutos desde que vi a Tyler salir del bar con esa rubia. Ahora, pese a que hace un rato de eso, sigo inmóvil en la pista de baile.

No es nada nuevo, ni tampoco nada que me choque en exceso. Tyler se acuesta con chicas, yo me acuesto con otros y los dos vemos cómo el otro lo hace. En un sentido figurado, claro está.

Hasta ahora, siempre he hecho la vista gorda y me he convencido de que no pasa nada, porque no tenemos nada en común, salvo nuestro pasado. Pero ahora todo es distinto.

Desde que estamos en Australia, pasamos mucho más tiempo juntos, aunque sea por necesidad y aunque no hayamos mencionado lo que pasó hace seis años. El caso es que ha habido un acercamiento. Me atrevería a decir que, poco a poco, nos estamos haciendo amigos, lo que hace aún más complicado que se acabe de ir del bar con una chica.

Llevo toda la noche sin quitarle los ojos de encima a Tyler. Aunque me lo estaba pasando genial con Kyle y el chaval me cae muy bien, no podía evitar mirar hacia donde Tyler estaba sentado.

Se me pasó por la cabeza lo de acercarme y tomar una copa con él para que pudiéramos seguir con nuestra conversación de la playa. Recuerdo que me dijo que quería saber más sobre mis planes de futuro, y mi corazón, en fin, se puso a latir como loco.

Justo como lo hacía unos años atrás, cuando él estaba cerca. Ahora, al igual que entonces, siento cositas cuando veo a Tyler, y no me gusta. Y menos aún cuando se acerca a chicas al azar y desaparece con ellas.

¿Qué se cree? ¿Que es un regalo caído del cielo para las mujeres?

¡Joder, Joy, pues claro que lo es!

Todas las mujeres que se le insinúan, aquí o en Lincoln, lo hacen por una razón. Si no lo conociera tan bien, yo misma lo haría. A

veces no sé si se hace una idea de lo atractivo que es y del efecto que causa en las mujeres…

Tyler es educado, amable y buena gente. También es increíblemente sexy y guapo. Vamos, un cóctel letal. Y esa rubia ha caído rendida ante sus encantos.

Molesta, me voy de la pista y me dirijo a la barra.

—Un chupito de tequila —pido.

Alguien se sienta a mi lado y giro lentamente la cabeza. Mi mejor amiga me mira con una sonrisa.

—Que sean dos —pide Phoenix.

—¿Ahora bebes?

—Le toca a Jake estar de guardia —explica—, y parece que necesitas tomarte un chupito con tu mejor amiga.

Sienna aparece entre nosotras.

—¿He oído «mejor amiga»? ¡Hola! —Le hace señas al camarero —. Ponme un poco de agua en vaso de chupito, por favor. Fingiremos que es alcohol.

Este levanta las cejas y mira a Sienna como si estuviera loca.

De acuerdo, puede que lo esté; un poquito.

—Estoy embarazada —añade ella.

—Ah, vale, perdón —dice él—. ¡Marchando!

Phoenix y yo nos reímos en voz baja. Unos segundos después, los chupitos están delante de nosotras. Sienna coge el vasito de en medio y lo huele.

—Mmm… ¡Agua! —dice, y cogemos los otros vasos.

Millie se cuela entre Phoenix y Sienna.

—Oye, oye, ¿sin mí? ¡Hola! —le grita al camarero—. Sea lo que sea esto… ponme uno a mí también.

—Em… —murmura él, claramente confuso—. ¿Uno de agua o de tequila?

—¿Cómo?

—Que si quieres agua o tequila —pregunta—. Tus amigas han pedido de los dos.

—Tequila —dice Millie, aún confusa, lo que nos hace reír de nuevo.

El camarero le pone el vaso delante y ella lo coge.

—¡Salud, chicas!

—¡Salud! —exclama Phoenix mientras levanta el vasito, y nosotras hacemos lo mismo—. ¡Por los hombres a los que queremos y lo imbéciles que son!

—¡Phoe! —grita Sienna—. ¿A qué viene eso?

—No lo digo por mí —dice riéndose—. Yo ya he pasado por esa fase…

—Bueno, al menos una se ha librado ya… —refunfuña Millie, mientras Phoenix y yo apoyamos el tequila en la barra y Sienna hace lo mismo con el agua.

Las tres ponemos cara de que nos ha cortado el rollo, pero ella coloca alegremente el vaso sobre la barra.

—Darren no es un imbécil… —contesta Millie—. Es normal que a veces las cosas no sean perfectas.

Sé a ciencia cierta que Phoenix y Sienna lo ven de otra manera, pero ninguna de las dos dice nada. Yo tampoco. En lugar de eso, pido otro chupito de tequila.

—Yo no puedo tomarme otro —dice Phoenix, levantando las manos en señal de disculpa—. Lo siento, chiquis.

—¡Pues yo sí que me lo voy a tomar! —dice Millie, y le hago un gesto al camarero con los dedos.

Nos sirve el tequila y nos acerca los vasos nuevos a Millie y a mí.

—Bueno… —suspira Millie—. Por los hombres a los que queremos y los imbéciles… En fin, lo que sea.

Nos reímos y volvemos a apoyar el chupito en la barra.

—¿Qué te pasa, Millie? —pregunta Sienna alegremente.

—Cree que Darren la engaña —Intervengo, porque si no, Millie se irá por las ramas en vez de ir al grano—. Y hasta yo creo que es una gilipollez.

—¿De verdad crees eso? —pregunta Sienna—. Odio darle la razón a Joy, pero menuda tontería…

—No sé yo… —dice Millie y luego les cuenta toda la historia a Sienna y Phoenix.

Como yo, las dos piensan que ni de coña es verdad, que debe ser cosa de su imaginación. No creen que sea el caso y le dicen que debería hablar con Darren.

Una vez zanjado el tema, nos ponemos a hablar de lo que queremos hacer en los próximos días.

***

Subo los últimos escalones del porche de nuestra casa y me sorprende ver a Tyler sentado allí.

¿No debería estar con esa rubia australiana con la que quería liarse? A lo mejor se la ha tirado detrás del bar y poco más. Solo querría desahogarse. Quién sabe… En fin, no quiero pensar en ello. No es asunto mío. Aunque me pica la curiosidad. Quiero saber qué ha pasado con ella…

—Hola —dice mirándome.

—Hola —respondo en voz baja, dirigiéndome a la puerta principal.

—Yo no entraría ahí…

—¿Por qué? —Hago una pausa antes de alcanzar el pomo de la puerta.

Tyler sonríe y se levanta.

—Pues digamos que… están en plena sesión de besitos.

—Ah… —Le miro y no puedo evitar sonreír—. ¿Cuánto tiempo crees que les va a llevar?

Tyler se encoge de hombros.

¿Por qué estoy tan nerviosa de repente?

Es una sensación que se apodera de mí desde dentro, y no me gusta. Yo no soy así. Es como si estuviera enamorada, y no. Sienna, Millie y Phoenix están enamoradas, pero yo no. Ellas pueden ponerse nerviositas con los chicos, pero yo jamás me encapricho.

Además, no es que me haya encaprichado de Tyler. ¿Qué término de mierda es ese? ¿Encapricharse? Te puedes encaprichar de una onza de chocolate, en plan, cuando se te antoja. Pero ¿de un chaval? No es lo mismo. Por otro lado, cuando comes chocolate, notas unas mariposillas revoloteando de placer en el estómago, y dicen que cuando se está enamorado de alguien, eso es justo lo que se siente. En fin, estoy muy confundida…

—¡Jolene!

Doy un salto y miro a Tyler. De repente, está delante de mí. Parpadeo y doy un paso atrás. Siento que está demasiado cerca. Noto el calor que emana de su cuerpo y huelo el alcohol que ha bebido esta noche.

¿Habrá seguido bebiendo con ella?

—¿Qué quieres? —susurro—. Oye, he estado pensando…

—¿En qué? —pregunta—. ¿En Darren y Millie?

Mi cabeza se choca con la puerta que tengo justo detrás y levanto la vista. Me encuentro con sus ojos. Tyler dibuja una sonrisa en los labios e inclina ligeramente la cabeza.

Si se acercara un poco más, podría besarme, y sus labios volverían a estar sobre los míos. Siento un cosquilleo en el cuerpo y, contra todo pronóstico, me invaden los nervios. Han pasado seis años y me pregunto si seguirá besando igual que antes.

—Quizá aún tengamos algo que aprender de ellos… —dice, para sacarme de mis pensamientos.

La idea de que pueda aprender algo de Darren y Millie me parece completamente absurda. Al menos en este tema. Quizá en el plano emocional…

Si me pareciera más a Millie, seguro que me enamoraría y acabaría en una relación seria. Pretendientes no me faltan… Pero ya no soy así, y no quiero decepcionarme como hice en el pasado.

Es muy raro que se me ocurran estas cosas justo delante de la persona que me hizo daño hace tanto tiempo.

—¿Tú sabías que Darren pretendía llevarme a Texas? —pregunto y él asiente.

—Nos preguntó a quién podía llevarse —dice Tyler—. Estaba entre Millie y tú.

—¿Y por qué? —pregunto, sonriéndole.

—Bueno… —dice, mientras se humedece los labios—. Se había acostado con todas las demás chicas del campus, excepto contigo, Millie, Sienna y Phoenix.

—Eso es verdad… —respondo, temblando—. Dios, ¿cómo hay tantas chicas que han dejado que Darren Andrews se las folle?

Un escalofrío me recorre la espalda y cierro los ojos con fuerza para sacarme de la cabeza la idea de follar con Darren.

O sea, sí, es muy guapo, pero aparte de eso, no puedo imaginar que el sexo con él sea en absoluto satisfactorio. Aunque bueno, Millie no piensa lo mismo. Y por eso es bueno que la haya elegido a ella.

—Creo que al menos doscientas alumnas y todo el equipo de animadoras pueden darte una respuesta a eso —especula Tyler.

—Y Millie.

—Y Millie —Tyler asiente—. Y aun así, ella es la única que jamás querrá hablar del tema.

—Cierto —digo, sonriéndole—. Pero… ¿doscientas? No te flipes. ¿En serio piensas que son tantas?

Tyler se aparta de mí y retrocede unos pasos. Pone los brazos en jarra y sacude la cabeza.

—¿De verdad estamos hablando de las doscientas chavalas a las que Darren se tiró en el campus?

—Sí —Camino hacia él—. ¡Es una locura! O sea, seguro que, cuando acaba el polvo, es un imbécil que no te da ni las gracias…

—¿Tú das las gracias después de acostarte con alguien? —pregunta Tyler, levantando las cejas—. Ahora quiero saber más.

Le miro interrogante.

¿Cuándo hemos llegado al punto de hablar de mi vida sexual y mis preferencias?

En realidad, solo estábamos bromeando sobre Darren y Millie…

—Yo no he dicho que… —Sacudo la cabeza y le sigo hasta el asiento del porche—. ¿Por qué estamos hablando de esto?

—¿Y por qué no? —pregunta.

Me siento frente a él en la mesita y lo miro. Tyler me mira y se recuesta en el asiento. Normalmente, soy la última persona que se siente intimidada o incómoda hablando de sexo, pero ahora mismo no quiero tocar el tema delante de él. Podría llevarnos al pasado, y no es plan.

Inclino ligeramente la cabeza para mirarle y me dice:

—Bueno, es mejor que especular sobre cómo es Darren…

—Apuesto a que sabes más de lo que te gustaría.

—Sí —admite—, pero no pienso abrir la boca.

—¿Es por el código de colegas? —Levanto las cejas—. No es la primera vez que alguien se lo salta en este grupo…

—¿Lo dices por Denver y Jake? —me pregunta y yo asiento—. Eso fue pasarse, aunque es cierto que, en general, a Denver se le va un poco cuando se trata de las mujeres de su entorno…

—Ya, bueno… También es que le metiste la lengua hasta la garganta a Sienna —digo con un hilo de voz.

Aún me entra mal sabor de boca cuando pienso en lo que pasó.

Sigo dándole vueltas a si ella es su tipo. Pelo largo y rubio, piel clara… Todo lo contrario a mí, igual que la chica de esta noche.

—No me lo recuerdes…

Tyler pone los ojos en blanco.

—¿Por qué? ¿No es tu tipo?

Según lo suelto, me arrepiento de haberle preguntado.

¿Qué más me da si es su tipo o no?

Tyler levanta las cejas y se inclina hacia mí. Cuando se endereza, sus rodillas tocan las mías.

Me sobresalto e intento ignorar las mariposas que siento en el estómago.

—No —dice—. No lo es. Ni siquiera sé por qué la besé.

—¿Y la de hoy, qué?

Me muerdo la lengua bruscamente.

¿Para qué pregunto? Me debo de estar volviendo loca…

No es asunto mío lo que haya pasado con ella y debería tener más cuidado. No quiero discutir.

—¿Sophie? —Levanta las cejas—. Bueno, era guapa, sí.

—Claro que lo era… —murmuro—. Por eso no tardaste ni dos segundos en irte con ella.

Y sigo hablando… ¡Estupendo!

Tyler frunce el ceño y me mira un momento antes de reírse de repente.

—¿Esto va en serio? —pregunta—. Llevas toda la noche restregándote con Kyle, ¿y te pones en plan acusador porque intento divertirme?

—¿Qué? —pregunto, mirándole mientras se levanta y se aleja unos pasos—. No me estaba restregando con Kyle. Que todo el

mundo en esta casa parezca tener un problema con los hermanos que nos alojan gratis no significa que yo lo tenga.

—¿Y qué pasa con Scott? —gruñe—. Dejaste que te tirara la caña la primera noche. ¿Y por qué tuviste que decirme que querías follarte al hermano de Sadie?

Me levanto de un salto, alterada. Las acusaciones de Tyler me vienen por todos los lados; salen de la nada. No puedo creer que haya dicho eso.

Lo de Scott no iba en serio… Bueno, de acuerdo, sí que lo dije de verdad, pero solo para quitarme de la cabeza esas imágenes calentitas que me llevan persiguiendo desde que Tyler reapareció en mi vida.

—¡Era una broma! —grito—. Nunca quise irme a la cama con Scott… ¡Y menos con Kyle!

—Ah, bueno, en ese caso… No pasa nada; todo ok —dice Tyler, en tono de burla.

—Sí, todo ok —siseo—. Me voy a la cama. Espero que Millie y Darren hayan terminado.

—¿Cuál es tu puto problema, Joy? —pregunta—. Tú te follas a los tíos según van viniendo. Yo también follo, ¿sabes? ¿Qué quieres de mí? ¡¿Por qué eres así?! ¿Por qué siempre tenemos que acabar discutiendo?

—¡Porque eres un gilipollas! —le grito.

No puedo creer que me haya hecho llorar.

—¡Porque tienes la culpa de todo! —añado—. Quería reservarme para el chico adecuado. Quería hacerlo bien, pero luego llegaste y estuviste comiéndome la oreja todo el verano y… ¡después te fuiste a tomar por culo, a Ohio! ¡Venga, Tyler! ¡Pregúntame una vez más cuál es mi puto problema!

9

Joy

Lexington, Kentucky, seis años antes.

Ando, nerviosa, de un lado al otro de la habitación. A través de la ventana veo el caminito hacia la entrada de casa, donde está aparcado el Mercedes negro de papá. No hay rastro ni de Tyler.

En cuanto pienso en él, siento unas mariposas en el estómago que ya me resultan familiares. Noto cómo revolotean y me entra un calorcito agradable en pecho. Debería sentirme una tonta, aquí, de pie, pensando en él, pero no puedo evitarlo.

Tyler y yo nos conocemos desde hace años. Nuestros padres trabajan juntos. El mío, en el hospital; y el suyo, en una base militar cercana. Tyler y yo hemos crecido el uno al lado del otro, pero el hecho de que él sea dos años mayor que yo siempre se ha interpuesto entre nosotros. Al menos, hasta este verano.

No me sorprende que haya sido así. Es uno de los chicos más populares del Lexington High School[1], y podría tener a cualquier chica que se le antojara. ¿Cómo le va a interesar la hija de quince años de los amigos de sus padres, o mejor dicho, del compañero de trabajo de su padre? Mido poco menos de metro y medio, tengo las caderas anchas y unos rasgos asiáticos marcados, herencia de la familia de mi padre. O sea, que no soy una animadora, una chica rubia y con un cuerpo increíble…

Paso bastante desapercibida; no me gusta destacar. Tyler, en cambio, destaca, lo quiera o no. Sus anchos hombros, que impresionan bastante en un chico de diecisiete años; su torso, que parece esculpido con cincel… Eso es lo que enseña después de los entrenamientos. Definitivamente, entra en la categoría de chico de mis sueños, y no soy la única que fantasea con él.

Y ese bombón es el que ha pasado casi todos los días conmigo desde el principio del verano. Desgraciadamente, el chollo se me acaba el lunes, porque empiezan las clases una vez más.

Se viene un nuevo curso escolar: el último de Tyler. Después de eso, se irá a la universidad, lejos de Lexington.

Todo el mundo está seguro de que conseguirá una beca deportiva y seguirá jugando al fútbol en la universidad. Tyler sueña con entrar a la NFL y sus padres lo apoyan. Como yo, es hijo único.

El rugido de un motor hace que me sobresalte y corro hacia la ventana. La camioneta de Tyler está aparcada detrás del Mercedes de mi padre y lo veo bajarse de ella. Se me acelera el pulso de inmediato y me muerdo el labio.

Está increíblemente guapo y lleva una gorra con el escudo del equipo de fútbol del insti, una camiseta blanca que se le ciñe perfectamente a ese pecho tonificado y unos pantalones cortos beis.

—¡Jolene! —Oigo gritar a mi madre—. ¡Tyler ya está aquí!

—¡Ya voy! —grito, dándome la vuelta para mirarme al espejo.

Me echo un último vistazo, me aliso el vestido azul de tirantes, me calzo las sandalias y me cuelgo la mochila al hombro. Tyler y yo hemos planeado salir a dar un paseo en barca desde el embarcadero de mis padres. Es una tontería, pero tal vez surja el romance en el lago y me bese.

Solo de pensarlo, se me acelera de nuevo el corazón. He oído a otras chicas alabar las maravillas que hace Tyler en la cama. Aunque, bueno, que yo sea virgen y tenga cero experiencia no me deja en muy buen lugar…

¿Qué puedo ofrecerle a un tío como Tyler?

Pero bueno, un besito que otro no estaría de más…

—¡Jolene…! —La voz de mi madre resuena por toda la casa—. ¡Tyler está esperando!

—No pasa nada, señora Lin… —le oigo decir, y no puedo evitar sonreír.

—¡Que ya voy! —voceo y salgo a toda prisa de mi habitación.

Corro escaleras abajo en dirección a él. Está esperando al pie de las escaleras, con las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos, sonriéndome. Al verle, las mariposas de mi estómago se vuelven locas.

—Hola —Me saluda.

—Hola.

Miro a mi madre, que sigue de pie junto a Tyler. Luego bajo el último escalón y Tyler me abraza.

—Hola —susurra de nuevo—. Estás bien guapa…

—Gracias —susurro, mientras el calor se me extiende por las mejillas—. Tú también…

Sonríe.

—Gracias.

—Bueno, chicos, pasadlo bien.

Mi madre interrumpe nuestro saludo y noto cómo el calor se apodera aún más de mis mejillas. Con lo de que Tyler me abrace y me arrope con ese cuerpo tan fuerte y musculoso, se me había olvidado que seguía ahí.

—Devuélvemela de una pieza, Tyler.

—¡Mamá! —chillo, convencida de que mis mejillas se han vuelto de un rojo aún más intenso.

—Claro que sí, señora Lin —responde Tyler con indiferencia—. Jolene está en buenas manos conmigo.

—Ya lo sé, ya —Suelta una risita—. Solo bromeaba…

—Mamá… —murmuro, todavía avergonzada—. Bueno, vámonos. Si se nos hace tarde, os llamo, ¿vale?

¿Si se nos hace tarde? Dios, tengo que salir de aquí como sea. No se nos va a hacer tarde, porque no hay posibilidad de que pase algo que nos retrase.

—Muy bien, cariño…

Mi madre sonríe satisfecha.

—Vámonos.

Agarro bruscamente la mano de Tyler y lo saco de la casa detrás de mí, riendo.

***

El aguacero que cae sobre Tyler y sobre mí es implacable. En cuestión de segundos, estamos empapados, y apenas conseguimos llegar al cobertizo para botes de mis padres.

Tyler se ríe, cierra la puerta tras nosotros y tira mi mochila al suelo.

—¡Vaya! —Tyler se pasa la mano por el pelo y yo lo miro fascinada—. La gorra no me ha servido de mucho…

—Ya veo, ya…

Miro hacia abajo. El vestido se me pega a los pechos, el vientre y los muslos como una segunda piel. Tengo el pelo hecho un desastre y no tarda en formarse un charco debajo de mí.

—Esto no ha ido como me lo imaginaba…

Intento apartarme la tela mojada de los muslos para que no se me marquen, pero es inútil. Estoy empapada y me siento fatal.

Tyler, sin embargo, está tan guapo como siempre. Se le transparenta la camiseta mojada. La tiene pegada al torso y no deja nada a la imaginación. Puedo ver perfectamente lo que tiene debajo: unos pectorales fuertes y unos pezones erectos que me llaman, al igual que sus inconfundibles abdominales.

—¿Y cómo te lo imaginabas? —susurra.

Las palabras de Tyler me sacan de mis pensamientos y levanto la vista. Lo tengo delante de mí, tan cerca que su torso mojado casi me toca los pechos. El agua le cae del pelo y le resbala por las mejillas, en las que se dibuja la silueta de una barba incipiente.

No dejo de repetirme lo guapo que es. Me siento como el patito feo a su lado. Espero que no le cuente a nadie lo ridícula que ha sido esta excursión y lo tonta que soy.

—¿Jolene? —susurra y levanto la vista para encontrarme con sus ojos.

Me encanta el azul de sus iris. Es como si me envolviera el maldito océano. Me pierdo en ellos; me atrapan y no hay forma de escapar.

—Dime, ¿cómo te imaginabas la tarde? —continúa.

—Bueno, no tan… pasada por agua —Suelto una risita y Tyler también se ríe—. Lo del chaparrón nos ha pillado por sorpresa.

—Ajá… —dice, y juraría que se acerca un paso más—. ¿Y tampoco te imaginabas que la lluvia nos calaría hasta los huesos?

¡Joder! ¿Qué quiere que le diga?

No tengo la confianza suficiente para responder a eso último. Claro que podría pedirle que me besara, pero eso estaría fuera de lugar. Tyler no quiere besarme. Para él, solo somos amigos. No

importa cuánto tiempo lleve enamorada de él, aunque ya sean casi dos años.

Todo empezó cuando me besó en la mejilla en la barbacoa que organizaron mis padres y me dijo que yo era la mejor. Yo tenía trece años y él, quince. A partir de entonces, nuestras vidas tomaron rumbos completamente distintos. Yo seguía siendo la friki con rasgos asiáticos que intentaba ocultar a toda costa, y él pasó a ser la estrella del equipo de fútbol.

Pero ahora, dos años después, y habiendo vivido cosas muy distintas, estamos aquí, mirándonos a los ojos, empapados por la lluvia. Vaya tópico de manual… Por desgracia, esto no es una película romántica, sino el mundo real, y en el mundo real, no hay lugar para Jolene y Tyler.

—La verdad… —digo y vuelvo a mirarle—. No sé qué decirte.

—No pasa nada… —murmura, acercándome más a él.

Sus manos dejan una huella ardiente en la piel húmeda de mis caderas y su cálido aliento me acaricia la cara cuando se agacha en mi dirección. Tyler baja aún más la cabeza y me roza la punta de la nariz con los labios. Suelto una risita e, inevitablemente, hundo los dedos en la tela mojada de su camisa.

—Joy… —susurra, y me sorprende que conozca mi nombre de pila.

Siempre me ha llamado Jolene, y es la única persona que tolero que me llame así. Cuando tus padres te ponen el nombre de una canción de Dolly Parton, te condenan para siempre.

—¿Desde cuándo me llamas Joy? —le pregunto.

—¿Prefieres que te llame Jolene?

—¿En serio quieres hablar de mi nombre ahora? —suelto y Tyler se ríe.

—No, la verdad. Para lo que quiero hacer no hace falta hablar…

Siento que el corazón amenaza con estallarme en el pecho. Me late tan rápido que temo que Tyler pueda oírlo. Sus palabras me atraviesan como una descarga eléctrica. Agarro su camiseta con fuerza y él se ríe suavemente. Entonces se acerca y posa dulcemente su boca sobre la mía.

Es un roce tímido, casi virginal, y sin embargo, lo es todo para mí.

Joder, esto es mejor que mis fantasías…

He tenido unas cuantas, pero en ninguna estábamos empapados en el cobertizo para botes de mis padres.

Tyler gime suavemente mientras el beso se vuelve más intenso, y acerca mi cuerpo al suyo. Le devuelvo el beso y dejo que me meta la lengua, mientras saboreo la sensación de sus labios sobre los míos.

Me agarra con fuerza de las caderas y, mientras me atrae hacia él, siento su polla dura contra mi vientre.

¡Joder! Eso sí que no me lo esperaba…

Nunca pensé que fuera posible ponerle tan cachondo.

Nuestras lenguas juegan entre sí, se esquivan, se buscan, como intentando llevar las riendas del beso. Pronto, Tyler toma el control. Me somete a la voluntad de sus labios y yo le dejo hacer. Me empuja hacia atrás hasta que mis pantorrillas se chocan con el sofá cama.

¿Que qué hace eso ahí? Solemos usar el cobertizo para botes como casa de invitados cuando el hermano de papá y su mujer vienen un par de semanas de Shanghái.

Las manos de Tyler exploran mi cuerpo: me las pasa por los costados, por los muslos y me agarra la cinturilla del vestido. Se me acelera el pulso y me separo de sus labios. No esperaba que fuera a pasar algo así entre nosotros y necesito un momento para recuperar el aliento.

—Joy —Tyler aparta su boca de la mía y me mira con una sonrisa —, no hace falta que hagamos nada si no quieres.

—¡No! —exclamo y me arrepiento inmediatamente cuando él hace una mueca e intenta apartarse de mí—. Quiero decir, es solo que yo… Nunca lo he hecho. Ya sabes…

Vaya, esto es más vergonzoso de lo que imaginaba. No creo que se ría de mí y se pire ahora mismo, pero aun así, se me hace raro decirle que sigo siendo virgen.

Tyler no dice nada al respecto; solo me acerca y me besa. Le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra él. Poco a poco, me sumerjo más en la experiencia y disfruto de sus caricias.

—Voy a quitarte el vestido, ¿vale?

Su voz, excitada, me pone la piel de gallina. Incapaz de decir nada, asiento y levanto los brazos para que me lo quite. La tela mojada cae al suelo y Tyler me mira. Llevo un sujetador y unas bragas de color beis. Agradezco que la Joy del pasado se pusiera un conjunto a juego esta mañana. Con el encaje y el lacito entre las copas del sujetador y en la cintura de las bragas, estoy bastante sexy. Al menos, a Tyler parece gustarle, porque enseguida se le levantan las comisuras de los labios.

—Estás muy sexy… —susurra contra mis labios y vuelve a reclamarlos.

Volvemos a besarnos y él me empuja lentamente hacia el sofá cama que tenemos detrás. Me dejo caer sobre él y me deslizo hacia atrás lo suficiente para ponerme cómoda.

Habría estado mejor hacerlo en una cama, a ser posible en la de Tyler, pero tampoco voy a quejarme. No podríamos hacer lo que estamos haciendo aquí en ninguna de nuestras casas. Mi madre es de las que pega la oreja a la puerta.

Miro a Tyler y él me sonríe. Con un movimiento bastante delicado, se pasa la camiseta mojada por la cabeza y la tira junto a mi vestido. Miro fijamente su torso musculoso y se me escapa un pequeño «vaya». Tiene un cuerpo increíble.

Tyler sonríe como si hubiera oído claramente mi reacción y luego se pone encima de mí.

Su cálido cuerpo ejerce presión sobre el mío y yo abro las piernas, como me había imaginado tantas otras veces, para dejar que se cuele entre ellas. Y eso es lo que hace, apoyando los antebrazos junto a mi cabeza para no aplastarme.

—¿Estás bien?

Modula la voz, pero habla lo bastante alto para que le oiga.

—Sí —respondo inmediatamente—. Lo estoy.

Tyler vuelve a acercar su boca a la mía y me besa suavemente. Me baja las manos por los costados y se abre paso con la izquierda para llegar a la espalda. Me desabrocha el sujetador con una facilidad magistral. Luego, me baja los tirantes por los hombros y lanza la prenda con el resto de la ropa. Justo cuando estoy a punto

de cubrirme los pechos con las manos, porque no estoy muy convencida de si quiero que me vea así, él me las aparta.

—No te tapes —susurra Tyler—. Quiero verte…

Asiento lentamente y bajo las manos. Me besa los pechos, me lame los pezones con la lengua y me los chupa. Gimo y me levanto para llegar mejor a él.

Tyler se aparta y se desabrocha la cremallera de los pantalones. Se los quita y, cuando veo el bulto en sus calzoncillos, no puedo evitar tragar saliva. Sabía que estaba bien dotado, pero siempre esperé no ser una de esas chicas que sienten dolor la primera vez. Ahora ya me lo veo venir.

Tyler se acerca a mí de nuevo y me besa. Le rodeo el cuello con los brazos y le devuelvo el beso. Gimo mientras él me restriega la polla en el sexo.

—¿Estás segura de querer hacerlo? —me pregunta, mirándome a los ojos.

Le miro y asiento lentamente. Ahora ya no hay vuelta atrás: quiero vivir mi primera experiencia sexual con él. Es el indicado para mí; lo sé. Puede que Tyler me quiera; quizá hoy sea el comienzo de algo realmente especial en nuestras vidas.

—Sí —confirmo y le pongo la mano en la mejilla—. Estoy segura.

—Vale —dice y se separa de mí.

Tyler se levanta de la cama y se agacha para alcanzar sus pantalones. Coge la cartera y la abre y justo después, saca un condón. Me había olvidado por completo de los anticonceptivos y ahora me siento una inútil. No me tomo la pastilla. No es que haya tenido motivos para hacerlo hasta ahora, pero es evidente que tenemos que usar protección.

Tyler tira la cartera al suelo y lanza el condón justo a mi lado, en el sofá. El corazón me late cada vez más deprisa y vuelve el nerviosismo de antes. Me había acostumbrado tanto a sus besos y caricias que casi había olvidado lo atacada que estaba. Me sonríe y, de repente, siento que todo va bien.

Tyler se quita los calzoncillos y me deja ver su polla erecta. Gruesa y larga, sobresale de su bajo vientre.

Me muerdo el labio para no gritar. Ni de coña cabe dentro de mí.

—Tranquila, Jolene…

Cuando se dirige a mí, lo hace con una voz dulce. Se sube al sofá conmigo. Tyler me separa las piernas y se pone de cuclillas entre ellas.

—Haces que parezca tan fácil… —gimo mientras me roza el sexo con la puntita.

Todavía llevo las bragas puestas.

—Es que no pasa nada… —susurra, inclinándose hacia mí.

Sus labios rozan suavemente los míos y gimo cuando me roza el clítoris.

—Oh, Tyler…

Mi pelvis se sacude, y mientras repite ese gesto varias veces, él también gime. Luego se detiene y vuelve a mirarme. Tyler me coge la cinturilla de las bragas y me las va bajando poco a poco.

Las tira junto con el resto de la ropa y me muerdo el labio al ver que él me mira descaradamente.

—Eres tan sexy… —murmura mientras me besa en los labios.

Le devuelvo el beso y me relajo al instante. Me he acostumbrado a sus besos y ya no me impresionan tanto. Tampoco lo hace el contacto de sus manos en mis caderas, pero cuando coge el condón, vuelvo a ponerme tensa.

—Tendré cuidado; no te preocupes.

A Tyler le está costando mantener la compostura. No me importa que me jure y perjure que va a tener cuidado. Al final, seguro que me acaba doliendo.

Se pone el condón y se inclina sobre mí. Me planta un beso en los labios y mete la mano derecha entre nuestros cuerpos. Cuando empieza a acariciarme con los dedos índice y corazón, gimo. Levanto la pelvis hacia él, casi de forma automática.

—Joder, sí… —jadea mientras me mete el dedo corazón.

Nunca me habían tocado ahí; ni yo misma me había atrevido.

Me resulta un tanto extraño tener su dedo ahí dentro. Tyler lo mueve hacia delante y hacia atrás hasta que se escucha un sonido acuoso. El roce de sus dedos con mi sexo me moja el vientre y me muerdo el labio. Me gusta esta sensación.

—Estás tan prieta ahí abajo…

Tyler me saca el dedo y coloca la polla en la entrada de mi sexo. Con tan solo sentir los primeros centímetros dentro de mí, me doy cuenta de que esto no va a ser un paseo en barca.

—Tyler… —jadeo, clavándole los dedos en los hombros—. Con cuidado, me duele.

De hecho, «doler» se me queda corto. Según me la va metiendo, más siento la resistencia. No quiero llorar por los nervios, y menos delante de él. No quiero que vea que no estoy disfrutando de esto.

Tyler me pone la mano libre en la mejilla y me seca un par de lagrimillas traicioneras.

—Voy a hacértelo suave. ¿O quieres que pare?

Me cuesta abrir la boca. Me duele mucho y me agarro a sus hombros para que aminore el ritmo. Le digo que pare un segundo y él lo hace, jadeando.

—Lo siento mucho. Siento que tengas que pasar por esto.

—Es que me quema… —le digo, casi en un sollozo—. Espera un poco y ahora seguimos.

Asiente, comprensivo, y me besa dulcemente. Se queda ahí, quieto, unos minutos; luego empieza a moverse dentro de mí.

El dolor disminuye y, poco después, siento ese subidón del que todo el mundo habla y por el que dicen que el sexo es lo mejor que hay en el mundo.

---

[1] *N. de la T.* Instituto Lexington.

10

Tyler

—Te fuiste —dice Joy con desdén—. Después de lo que pasó entre nosotros, me dejaste allí como… como si fuera una buscona a la que solo querías metérsela.

El dolor y la confusión que emana de sus ojos, de su voz… Es como si me clavaran una estaca en el pecho. Sabía que había cometido un error al no despertarla cuando me fui, pero es que me fue imposible.

No quería tener que justificar lo que habíamos hecho y luego mudarme a Ohio de todos modos. Había fijado unos límites y, aunque sabía que estaba siendo un gilipollas y que ella no se lo merecía, necesitaba hacerlo.

Fue un gesto tan absurdo por mi parte que ni siquiera puedo explicarlo ahora mismo. Entonces me gustaba Joy. De hecho, era mucho más que eso: estaba enamorado de ella, y ese verano solo acentuó lo que sentía por ella. Cuando nos metimos en el cobertizo de sus padres, una cosa llevó a la otra y nos acostamos.

Necesitaba que fuera mía, ser el primero. No me arrepiento de aquella noche, pero sé lo que le arrebaté: entregarle su virginidad a su primer novio, que a diferencia de mí, sí se quedó con ella después de hacerlo. Como toca, vaya.

—Lo siento.

No se me ocurre nada más que decirle.

—¿Que lo sientes? —Es imposible no distinguir el tono burlón de su voz—. ¿Sentir el qué? ¿Haberme utilizado, haberme desvirgado? ¡Quería reservarme para el chico adecuado! ¿O es por haberme engañado a saco solo para follar? Después de todo este tiempo, todavía me cuesta creer que hicieras algo así.

Pasa por mi lado y se dirige a la barandilla del porche y apoya las manos en ella. Joy se queda mirando la oscuridad de la noche y yo respiro hondo. Meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y camino en su dirección.

—No te me acerques —dice.

Me coloco a una distancia prudencial junto a ella. Le dejo espacio suficiente para que no se sienta presionada, para no agobiarla.

—¿Me dejas que me explique, al menos? —le pregunto—. Sé que no hay excusa ni razón posible que justifique mi comportamiento de aquella noche, y mucho menos lo que ocurrió a la mañana siguiente. Pero, por favor, al menos déjame que te ponga en contexto.

—¡Ojo, que hay contexto! —Joy se ríe y me mira—. Adelante, me pica la curiosidad…

La conozco lo suficiente como para saber que su curiosidad puede con su ira.

—Siempre has sido demasiado curiosa, ¿a que sí?

—¿Ahora quieres ir por ahí? —dice, sarcástica, mientras me lanza una mirada asesina.

—Sí —Sonrío—. Te conozco, Jolene.

—Me llamo Joy —me corrige.

—Estoy bastante seguro de que en tu DNI aún pone Jolene Lin, no Joy Lin.

—¿Quieres volver a discutir por mi nombre, Tyler?

Le brillan los ojos y recuerdo cómo hablamos de su nombre de pila hace seis años, justo antes de que la noche cobrara vida propia.

—Antes no te importaba que te llamara Jolene…

—Pero no estamos en aquel momento, ¿verdad? —responde, mirando a lo lejos—. Los dos hemos cambiado.

No puedo discutírselo: es un hecho. La chica que antes era tímida e introvertida ha pasado a ser una mujer joven y segura de sí misma. Jolene se ha convertido definitivamente en Joy.

No me importa, me gusta tanto ahora como entonces.

—Sí, tienes razón. Ha pasado mucho tiempo.

—Bueno, ¿y qué quieres, Tyler? —Me mira de nuevo—. Ya sé que he cambiado, por dentro y por fuera, así que ve al grano.

—¿Y por qué lo has hecho? —pregunto, en lugar de explicarme de una vez por todas—. El pelo, el maquillaje, la ropa… Contrasta tanto con lo de antes…

Yo no he cambiado tanto como ella. Sigo con el mismo estilo, el mismo peinado. Lo único es que ahora mi cuerpo tiene más

músculo, está más tonificado.

—Porque no me gustaba la Joy del pasado —admite—. Odiaba que todo el mundo viera mis raíces asiáticas, ¿te lo puedes creer? Quería ser la típica animadora estadounidense, ya sabes: rubia, de piel clara y labios carnosos. Esa era mi idea de la reina del insti.

—¿Y quién es así? —Me río—. Nadie.

—Sienna y Phoenix.

—Bueno, vale —recapacito—. Pero no entiendo por qué las mujeres siempre buscáis un referente. La mayoría de las animadoras eran simplonas, no eran muy interesantes.

—Eso es verdad —Joy sonríe y suspira—. En algún momento, me empezó a gustar ser diferente. Cambié mi estilo, me empecé a vestir un poco más sexy y a maquillarme. De repente, los chicos se interesaron por mí. ¿Y mi pelo?

Se ríe en voz alta, feliz, y el corazón me da un vuelco.

—Quería decolorarme el pelo para teñirme de rubio, así que empecé por las puntas, para probar. Así podría cortármelas si la cagaba. El rubio se volvió verde, y me gustó. Luego el verde pasó a ser azul, y más tarde, turquesa.

Joy se coge las puntas y las levanta para que las vea.

—¿Te teñiste las puntas de rubio? —pregunto—. ¿En serio?

—Así es como conseguí mi estilo —añade—. ¿Cómo es que no me reconociste? Yo lo hice enseguida.

Me alegro de que me reconociera después de tantos años, pero los dos sabemos que no he cambiado tanto.

—Te vi tan cambiada que no estaba seguro —admito.

Estuve días devanándome los sesos, observándola en secreto, pero no me atrevía a hablar con ella. Cuando por fin reuní el valor necesario y descubrí que era amiga de Sienna, me quedé de piedra.

Como era de esperar, Joy no reaccionó muy bien ante todo esto. Y aún estamos en ese punto.

—Bueno, ¿me dejas que te explique por qué actué así?

—Sí…

Joy no parece muy emocionada tener que escucharlo, pero estoy dispuesto a decírselo de todos modos.

—Me gustabas. Adoraba pasar tiempo contigo. Nos conocíamos desde hacía años y, por primera vez, te vi como algo más que la hija del doctor Lin. Sé que no es lo que quieres oír, pero quiero que sepas la verdad.

Joy me evita la mirada, pero sabía que lo haría. Es evidente que está ofendida porque nunca la vi como algo más que eso. La diferencia de edad era abismal. Cuando yo tenía dieciséis, ella solo tenía catorce y aún era una niña.

—Nos entendíamos muy bien y pasábamos mucho tiempo juntos. Hacia la mitad del verano, mi padre me dijo que había encontrado trabajo en Ohio.

—¿Entonces lo sabías de antes? —pregunta, y yo suspiro.

—Sí —respondo, agarrándome a la barandilla del porche—. Quería decírtelo, pero… no me atrevía. No quería joder lo que teníamos por tener que irme.

—Eres un pirado —Joy me mira con desdén y niega con la cabeza una y otra vez—. De verdad te lo digo, Tyler, no tienes arreglo.

—¿Crees que las cosas habrían sido distintas si te lo hubiera dicho? —le pregunto—. Te habrías alejado de mí y…

—No me habría acostado contigo —dice con un hilo de voz—. Habría hecho caso a mi intuición, me habría reservado para el chico adecuado y no lo habríamos hecho en ese cobertizo, en ese sofá…

Cierro los ojos un momento para evitar ver su mirada de decepción. Sé que suena a que estaba jugando con ella, pero no es así. Aún se creerá que esa noche mi cabeza hizo «clic» y me entraron ganas de follármela sí o sí…

Nada más lejos de la realidad. Lo habría hecho semanas antes, pero no me atreví, porque siempre tuve miedo de arrebatarle algo a lo que ni siquiera tenía derecho.

—¿De verdad crees que me acosté contigo por capricho? —le pregunto—. Jolene… Joy, por favor. No puedes hablar en serio.

—Ya no sé qué pensar —responde, evitándome de nuevo la mirada—. No te sorprenderá que te diga que estaba locamente enamorada de ti.

—No…

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —pregunta—. Sabías que no te iba a rechazar.

—Porque yo también estaba enamorado de ti.

Se hace un silencio entre nosotros y ella se da la vuelta.

Me mira con los ojos como platos y luego se arranca a reír. No es que se ría sin más, no, se ríe de mí. Sacude la cabeza una y otra vez, como si fuera el mejor chiste que le han contado jamás.

¡Joder, no es una broma, es la verdad!

Estaba… bueno, estoy enamorado de ella. Siempre ha sido la única para mí. Da igual con cuántas chicas me haya acostado, cuántas veces me haya corrido o masturbado. Siempre fue pensando en lo guapa que estaba aquella noche, y más tarde, la nueva Joy tomó el relevo en mis fantasías.

—¿De qué te ríes? —gruño—. ¿Te parece divertido?

—Perdona —La muy cabrona finge secarse una lágrima del rabillo del ojo—. Pero es que me parece ya…

Furioso al verla burlarse de lo que siento, la pillo por banda.

Joy grita cuando la agarro por la cintura y la empujo contra la barandilla del porche. Me acerco lo suficiente para que sienta mi aliento en la cara y ella abre mucho los ojos, como si no se esperara para nada mi reacción.

Joder. Es tan guapa…

Quiero besarla y follármela contra el poste de mierda que tenemos a nuestra derecha, o darle la vuelta, apoyarla en la barandilla y…

Intento apartar de mi mente la idea de su culo desnudo y respiro hondo.

—Si realmente hubiera querido desvirgarte entonces, sabiendo ya que me iba, no habría esperado hasta la última noche. ¿Para qué aguantar tanto? —La miro sonriente—. Podríamos haber follado una y otra vez.

—¡Pero tú…! —suelta y levanta la mano para pegarme, pero la detengo.

En lugar de eso, la atraigo hacia mí y la beso.

—¡Suéltame! —grita.

—No —le digo—. Necesito que entiendas que te quería, Jolene.

—¡Que no me llames así, joder!

—¿Por qué?

—¡Porque eras el único que me llamaba así y no me hacía odiar mi nombre! —confiesa—. Hasta me gustaba, joder.

—Vale…

—¿Y por qué no me lo dijiste? —pregunta—. Suéltame la muñeca.

—Solo si me prometes que no vas a zurrarme…

—Todo depende de la respuesta que me des…

Ella sonríe y yo le devuelvo la sonrisa.

Hago lo que me pide, no sin antes asegurarme de que sus movimientos están lo suficientemente restringidos como para que no pueda volver a intentarlo.

A mi polla también le gustaría tener libertad de movimiento. Están empezando a apretarme los vaqueros y no me sorprendería que se diera cuenta de lo dura que me la pone.

—No sabía cómo decírtelo porque sabía que te decepcionaría, que te chafaría —le digo—. No dejaba de darle vueltas al asunto, pero al final, no me atreví. Nunca tuve la intención de acostarme contigo.

—No lo estás haciendo mejor.

—¿Y qué quieres que diga? —pregunto—. Cuando te digo la verdad, parece que no te gusta, o mejor aún, coges y te ríes de mí. Y por mucho que insista ahora, tampoco me crees. Estaba enamorado de ti, Joy. Y esa tarde, en el cobertizo para botes… En fin, quise besarte el día anterior, y el anterior a ese, pero justo cuando debería haberlo hecho, me cagué.

—Ojalá te la hubieras guardado en los pantaloncitos aquella noche también…

—Estás empezando a sacarme de quicio —gruño—. No puedo deshacer lo que pasó entre nosotros, y tampoco quiero. Sigo pensando en esa noche, Joy.

Joy abre la boca para decir algo, pero por suerte, piensa antes de hablar y no suelta lo primero que se le ocurre.

—¿Por qué no me despertaste a la mañana siguiente? ¿Por qué me dejaste pensando que solo querías follarme?

Es la primera vez que no me habla con rabia o reproche. Es la primera frase que de verdad refleja lo que sintió, y me odio por hacer que reviva todo esto.

¿Y si no me hubiera ido? ¿Y si hubiéramos amanecido juntos aquella mañana? ¿Y si, al menos, la hubiera despertado para explicarme?

—Tenía miedo a la confrontación —admito con sinceridad—. No habría sido capaz de mirarte a los ojos mientras te dejaba.

—Ah, claro, porque huir es mucho mejor…

—Parece que eso pensé yo… —murmuro—. Lo siento en el alma, Joy. De verdad que lo siento, pero no me arrepiento de que nos acostáramos, de que nos besáramos y de que pasásemos todo el verano juntos, aunque tú pienses lo contrario.

—Pues sí, lo hago —Joy me mira y respira hondo—. ¿Puedes, por favor, apartarte un poquito?

Hago lo que me pide y la suelto.

Joy se detiene, pero no huye, como yo me esperaba. En lugar de eso, me mira, como intentando ver a través de mí. La miro y no digo nada. Frunce los labios y me muero por besarlos para liberar tensiones, pero no me atrevo. Sería una forma de destruir lo que hemos conseguido en los últimos minutos.

Pero entonces ella hace algo que hace que mi mundo se detenga de repente. Joy se acerca a mí, me pone la mano izquierda en la nuca y tira de mi cabeza hacia ella.

—Me voy a arrepentir —murmura—, pero necesito volver a probar tu sabor, volver a sentirte.

Quiero preguntarle a qué se refiere y si está segura, pero entonces aprieta sus labios contra los míos y borra cualquier pensamiento racional de mi mente.

Sin dudarlo, la agarro por la cintura y la siento en la estrecha barandilla del porche. Luego me deslizo entre sus piernas y la atraigo hacia mí. El beso es apasionado, salvaje, y nos bañamos en un deseo implícito del otro. Nos deseamos tanto que duele, y ni siquiera sabemos si lo que estamos haciendo está bien.

Pero cuando me desabrocha los vaqueros y mete la mano, todo deja de importarme.

—Joder… —jadeo—. No me esperaba que hicieras eso.

—Lo sé —Ríe Joy, mordiéndome el labio inferior—. Hazme el amor, Tyler.

Trago saliva y vuelvo a besarla. ¿Cuántas veces me he imaginado este momento? Y ahora está pasando…

La mano de Joy me toca la polla y gimo en su boca. No debería follármela aquí, en la barandilla del porche, pero la deseo tanto que no me importa.

Sin embargo, Joy tiene otros planes: se aparta de repente y me empuja. Al principio, creo que ha vuelto a entrar en razón y se ha dado cuenta de que es una mala idea, pero no. Joy tiene en mente otra cosa. Me baja los pantalones y se arrodilla delante de mí.

Esta mujer es mi perdición y voy a disfrutar de cada segundo que pase con ella.

11

Joy

Debe de habérseme ido la pinza, porque estoy de rodillas frente a Tyler, bajándole los vaqueros. Esta noche ha dado un giro tan inesperado que ya ni siquiera me reconozco. Quería alejarme de Tyler y, después de la avalancha de recuerdos dolorosos que me han golpeado en la última media hora, lo último que debería hacer es arrodillarme y quitarle los pantalones.

Sin embargo, una parte de mí le cree cuando dice que irse era la única manera de evitar hacerme más daño. No me habría encantado que se hubiera quedado a hablar conmigo a la mañana siguiente. Probablemente, me habría echado a llorar y me habría sentado tan mal como lo que hizo en realidad. La única diferencia habría sido que habríamos tenido una conversación incómoda.

Tyler tiene razón: habría perdido las bragas por él en cualquier otro momento. Aunque no me guste oírlo, está claro que podríamos haber follado mucho antes.

Que estuviera enamorado de mí aún me deja sin palabras. No quería faltarle el respeto y reírme, pero me pareció tan surrealista que no pude evitarlo.

Miro a Tyler. Tiene los ojos cerrados, como si esperara pacientemente a ver qué voy a hacer ahora. Me sorprende que confíe en mí lo suficiente como para dejar que se la chupe. Podría morderle la polla lo bastante fuerte como para que se acordara de mí unos cuantos días, pero obviamente, no quiero hacerle eso.

Lo que quiero es dejar atrás esa horrible experiencia del pasado y vivir algo nuevo, con él. Porque me guste o no, no puedo escapar de Tyler Connor.

Tyler se descalza y se deshace de los vaqueros. Luego se quita los calcetines y me mira, expectante.

Me relamo, sonriente y le paso las manos por los muslos, hechos de puro músculo. No son como la última vez. No hay nada en él que

le haga parecerse a su versión con diecisiete años, y eso me encanta.

—¿No tienes miedo de que te muerda la polla? —le pregunto y él se ríe.

Tyler niega con la cabeza y me hunde la mano derecha en el pelo para agarrármelo con fuerza.

—No —susurra—. Sé que no lo harás, porque si no, no podré follarte luego.

—Tienes razón… —admito, bajándole el bóxer.

Su polla erecta sobresale, respingona, en dirección a mi cara. Tiene el glande hinchado y su color rojo oscuro me hace jadear. La deseo con todas mis fuerzas.

Llevo meses sin tener el placer de chupársela a un hombre, así que le agarro la polla y muevo la mano arriba y abajo, arriba y abajo. Tyler gime levemente. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, está guapísimo.

Este chaval es una delicia.

Tyler me apoya la mano en la cabeza con dejadez, mientras yo le rodeo el glande con los labios y deslizo lentamente su polla en mi boca. Gime del gusto mientras me la meto y la saco una y otra vez. Es evidente que Tyler disfruta de que le dé placer, y tengo que admitir que hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien haciendo una mamada.

—Joder… —gime—. Para; si sigues…

Ni siquiera pienso en parar. Quiero que se corra.

—Jolene… —Tyler me agarra el pelo con fuerza y aparta mi boca de su polla—. Quiero estar dentro de ti cuando me corra…

Emocionada, le miro y me chupo los labios. Me levanto despacio y le sonrío. Tyler me devuelve la mirada y me atrae hacia él. Sus labios se encuentran con los míos y le devuelvo el beso. Con delicadeza, me quita la camiseta y luego se ocupa de la suya. Después me coge en brazos y me lleva hasta el sofá del porche.

Tyler me sienta en su regazo y me observa con detalle: primero la cara, y luego los pechos, que están cubiertos por un sujetador negro de encaje.

—Han crecido, ¿no? —me pregunta con una sonrisa y me planta unos besitos en el escote.

Cierro los ojos y disfruto de la sensación de sus labios sobre mi piel caliente. Luego levanto la cabeza para poder mirarle a los ojos. Tyler me mira también y me recorre la espalda con las yemas de los dedos. Se me pone la piel de gallina y aprieto los labios contra los suyos. Nos besamos con ternura y eso me hace olvidar por un instante que solo quiero que me folle.

—Sí que parece que los tienes más grandes… —dice Tyler, rodeándome los pechos con las manos.

Me los masajea y tira de mí para acercarme más aún a él. Su polla me roza a través de los vaqueros.

—Creo que llevas demasiada ropa puesta…

—¿Sí?

Tyler asiente.

—Sí.

Me bajo de su regazo y dirijo los brazos a la espalda para desabrocharme el sujetador. Despacio, me quito los tirantes por los hombros y tiro la prenda al suelo, justo a mi lado.

Luego me desabrocho los vaqueros y me los quito también. Sigo con los zapatos y los calcetines hasta que me quedo delante de él con tan solo unas bragas negras. No me importa desnudarme delante de él. En los últimos años, he aprendido a querer mi cuerpo y a tonificarlo en los lugares adecuados.

A juzgar por la mirada de Tyler, he hecho un buen trabajo. Me mira de arriba abajo mientras se acaricia la polla con la mano. Se le ve tan cachondo que cada vez estoy más mojada. Pongo los dedos en la cinturilla de las bragas y me quito la última prenda que llevo puesta.

Tyler traga saliva cuando me quedo desnuda delante de él.

—Ven aquí…

Su voz es áspera. Está excitado y yo, también.

Solo me he acostado con él una vez: mi primera vez. Y sin embargo, en los años que siguieron, no dejaba de pensar en él. Ambos hemos tenido otras experiencias sexuales y, cuando me subo

a su regazo, me doy cuenta de que somos dos personas muy distintas.

Nos miramos a los ojos. Ya no soy la chica tímida que se sentía incómoda en su piel, y Tyler ya no es el chico guay del instituto al que todos idolatraban. Aquí, sentada en su regazo, le pongo las manos en los hombros y le sonrío.

Tyler me agarra con fuerza por las caderas y, cuando me roza el coño con el glande, los dos gemimos.

—Hay que ponerse un condón —susurra—. Píllalo, está en mi cartera.

Gimo de frustración y me separo de él para cogerlo. Durante una fracción de segundo, pienso en la rubia del bar, pero rápidamente, alejo esa visión. No estaría aquí si se hubiera acostado con ella.

Me acerco a sus vaqueros y busco el condón. Pese a que tomo la píldora y estoy sana no, sanísima, no hay que arriesgarse. Aunque bueno, ha sido Tyler el que se ha acordado del anticonceptivo, no yo.

Saco el condón de la cartera y luego la vuelvo a guardar en los vaqueros. Mientras vuelvo adonde está él, abro el envoltorio, que hace un sonido propio del plástico y lo saco, al fin.

—¿Quieres ponértelo o lo hago yo? —Le tiendo el condón y dejo que me diga qué quiere hacer.

Tyler me coge el condón y se enfunda la polla.

—Vale, o sea que lo haces tú… —concluyo.

—Deja de hablar… —Tyler me sube a su regazo y coloca su polla entre nosotros—. Supongo que ya puedes metértela.

Levanto las cejas y quiero preguntarle si está aludiendo al pasado. No sería justo, porque por aquel entonces, yo no tenía experiencia. Pero Tyler no me da tiempo a responder, a quejarme, y se introduce lentamente dentro de mí, poco a poco.

Su polla hinchada aún se resiste ligeramente al entrar en mi sexo, y gimo contra su boca mientras me la mete centímetro a centímetro.

—Joder, sí… —jadeo cuando me penetra hasta el fondo—. Sí, por favor…

Tyler me hunde las manos en las caderas y aprieta tanto mi cuerpo contra el suyo que no cabría ni un alfiler entre nosotros.

—Sí —susurra—; todavía siento que encajamos a la perfección.

—Sí… —digo entre jadeos—. Es perfecto.

Empiezo a mover la pelvis y Tyler me deja llevar la iniciativa. Sigo subiendo y bajando, acelerando el ritmo. Sus manos me agarran por las caderas y sus labios juegan con mis pezones. Me los acaricia y se los mete en la boca una y otra vez.

Me siento tan bien…

—¡Oh, Tyler! —grito cuando desliza una mano entre nuestros cuerpos para estimularme el clítoris—. Sí, sigue…

Joder, sabe lo que hace y me da justo lo que necesito.

Nuestros besos no son dulces, ni tampoco lo es el polvo. Todo lo contrario: Tyler se pone al mando y me la mete con fuerza, empujando desde abajo.

Me agarro con los dedos a sus hombros cuando, de repente, se gira y me tumba boca arriba en el sofá. Luego pone la pierna derecha en el suelo y la rodilla izquierda en el sofá. Para penetrarme hasta el fondo, me coloca la pierna derecha sobre su hombro.

Suelto un gemido salvaje y me tapo la boca con la mano. Debería recordar que no estamos solos aquí fuera. Pero, joder, ¿cómo no voy a gemir cuando me lo hace tan bien?

Cuando vuelve a embestirme, echo la cabeza hacia atrás.

Ahora que lo pienso, Tyler acaba de joderme de cara al resto los hombres. Primero lo hizo en el plano emocional, y ahora, en el plano físico.

—¡Sí, Jolene! —gime fuerte—. Córrete conmigo, nena…

Y eso es justo lo que hago.

***

Estoy sentada en la cama de nuestra habitación y, de repente, me siento como aquella noche. Después de que termináramos de hacerlo en el porche y nos acordáramos al fin de que podía aparecer alguien, y no solo Millie y Darren, que estaban en casa, recogimos nuestras cosas y entramos. Pero esta vez no nos pusimos a discutir;

en lugar de eso, hubo un silencio incómodo, como suele ocurrir cuando ninguno de los dos es capaz de decir que ha sido solo una noche loca y nada más.

Poco después, salí corriendo al baño y me duché. Los pocos minutos que estuve sola en silencio no sirvieron de mucho, y finalmente, Tyler me preguntó si todo iba bien, y tuve que salir de mi escondite seguro para dejarle entrar al baño.

No puedo evitar arrepentirme de lo que hemos hecho. Más que nada porque fui yo quien lo empezó todo. Le besé y le bajé la cremallera de los pantalones primero.

Para que luego digan que siempre son los hombres los que solo piensan en una cosa…

El polvo ha sido increíble; eso está claro, pero ¿y ahora, qué? Hemos hablado de lo nuestro, pero seguimos estancados en el mismo sitio. Habría sido más inteligente irnos a dormir después de hablar y no tener sexo salvaje. Así, por lo menos, habríamos conservado la remota posibilidad de ser amigos.

Pero ahora que hemos probado lo increíble que es follar con el otro, ser solo amigos va a ser imposible. No solo me he divertido, sino que también me he sentido increíblemente segura y cómoda con Tyler.

Esas no son justamente las primeras cualidades que suelo atribuir a un polvo de una noche. Además, ya nos hemos acostado antes, así que ya no puede ser un rollo de una sola noche.

Molesta, gimo y me paso los dedos por el pelo.

—¡Me cago en todo, joder! —maldigo.

—¿Qué pasa?

Doy un respingo y miro a Tyler, completamente desconcertada. Entra en el dormitorio con un bóxer recién puesto y me mira interrogante.

En realidad, llevo varios días viendo su cuerpo perfecto, así que he acabado acostumbrándome y ya no me pone tan nerviosa.

—Nada —desvío la mirada—. Estoy cansada.

—Vale —murmura, mientras apaga la luz del techo.

La lamparita de la mesilla de noche que tengo al lado sigue encendida, así que aún hay algo de luz. Tyler se acerca a la cama y

se tumba a mi lado en silencio. Huelo el aroma especiado de su *aftershave* y me entran ganas de acurrucarme a su lado. Pero hemos llegado a un punto que estaba evitando a toda costa.

Ninguno de los dos sabe qué decir. Nos ahogamos en un silencio de lo más incómodo.

Noto cómo se mueve la sábana que tengo al lado, pero me quedo quieta. Tyler debe de haberse dado la vuelta.

—Joy… —le oigo decir en voz baja—. Mírame, por favor…

No le contesto. En lugar de eso, miro fijamente al techo, esperando que olvide que tiene algo que decirme. Es probable que no lo haga mañana, ni pasado, pero al final, se le pasará y quizá podamos volver a la normalidad.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado?

Me ha hecho la pregunta del millón. Cojo aire.

No, no me arrepiento, pero temo que él sí. Y esta vez, de verdad. Tengo miedo de que lo que hemos hecho antes solo sea lo que me repito una y otra vez: ¡un calentón! Pero me estoy engañando a mí misma: ha sido mucho más que eso.

No suelo reírme con los tíos con los que me acuesto, ni tampoco dejo que teoricen con mis tetas. No tengo ni idea de si me han crecido, pero es posible. Quiero decir, solo tenía quince años… Bueno, en fin, ha sido mucho más que un polvazo, y eso me asusta. Dentro de unas semanas, tendrá que irse adonde lo manden en la NFL, y nuestros caminos volverán a separarse. Puede que esta vez tengamos al menos una despedida en condiciones, pero volverá a dejarme atrás…

—Yo no me arrepiento —añade.

Se me acelera el corazón. Vuelvo a sentirme viva y me giro para mirarle. Estoy tan cerca de él que nuestras narices casi se tocan.

Tyler sonríe y me coloca suavemente un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No sé, Tyler… —digo con sinceridad, aunque apenas me atrevo a mirarle—. ¿Y si lo hemos complicado todo al acostarnos?

—¿Crees que lo nuestro podía ir a peor? —Tyler alza las cejas confundido, como si no entendiera mi razonamiento—. Llevamos un

tiempo pasando el uno del otro, o discutiendo todo el rato. No teníamos punto medio. No creo que pueda ser más complicado.

—Pues no sé… —respondo, dándome cuenta ahora de lo ilógico que ha sido mi razonamiento—. Perdona, he dicho una gilipollez.

—No es una gilipollez —susurra y me besa en la frente—. Tienes miedo. Lo entiendo.

—Y tú, obviamente, no lo tienes…

Sueno más irritada de lo que pretendía. Estoy hecha un manojo de nervios, mientras que Tyler está tan tranquilo…

—Claro que lo tengo —responde—. No sabemos qué va a pasar en Las Vegas dentro de unas semanas, ni a dónde me voy a mudar… y tú tienes tus propios planes. Estamos otra vez en una encrucijada.

—Sí… —murmuro y me acerco más a él.

Por alguna misteriosa razón, necesito estar cerca de Tyler y él me lo permite. Como hace seis años, me estrecha entre sus brazos.

—No quiero quedarme dormida.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de que no estés aquí por la mañana… —suelto, con el corazón latiéndome en la garganta.

—Eso no va a pasar —me promete—. Como mucho, estaré en la cocina, oyendo gruñir a Darren.

Me río y le miro. Gracias a la tenue luz de la lámpara de la mesilla, veo que me busca.

—No entiendo por qué es tu mejor amigo…

—¿Por qué dices eso? —pregunta Tyler—. Es el mejor amigo que he tenido nunca…

—Lo sé… —Bostezo—. ¿Te importa si pongo mis piernas entre las tuyas… así?

Tyler levanta las cejas, interrogante, y parece que no entiende a qué viene eso, lo cual me confirma que, probablemente, no haya tenido una pareja estable en los últimos años. De lo contrario, conocería este secreto ancestral…

Se me dibuja una sonrisa en la cara.

—No lo sé… —dice—. ¿Es algo bueno o malo para mí?

—Millie, Sienna y Phoe juran que, estando así tumbados, Darren, Denver y Jake no pueden levantarse sin despertarlas.

—De acueeeeerdo… —dice—. Pues adelante…

Deslizo mis piernas entre las suyas y me acerco aún más a él. Quizá demasiado, pero esta noche, no me importa.

—Buenas noches, Tyler.

—Buenas noches, Jolene.

—Que te he dicho que me llamo…

—¡Por Dios! —gruñe—. Duérmete ya, anda. Pienso llamarte así siempre. Buenas noches, nena.

—Deberías currarte un poco más el tema de los apelativos, conejito…

—¿Conejito? —Tyler se ríe de nuevo y noto cómo le vibra el pecho contra mi mejilla—. Buenas noches. Sin más.

—Buenas noches… —digo—. ¿Qué te parece un «cariño» o «amor»?

—Joy, por favor… —Tyler refunfuña entre dientes algo que no entiendo—. Duérmete. Ya mismo.

Tyler apaga la luz y cierro los ojos. No tardo mucho en caer en un sueño tranquilo.

12

Joy

A la mañana siguiente, me despiertan unos rayos de sol dispersos, y parpadeo un par de veces para habituarme a la luz. Pero en cuanto siento el cuerpo cálido y musculoso que se aprieta contra el mío, así como sus piernas entrelazadas con las mías, me olvido de lo que me rodea.

Tyler…

Abro los ojos y veo su cara sonriente.

—Buenos días —murmura con voz soñolienta—. ¿Has dormido bien?

—Sí, como un bebé, ¿y tú?

—Yo también.

Hay algo relajante en estar aquí tumbada, entre sus brazos. Le sonrío y me giro para mirarle. Tyler me mira y me aparta un mechón de pelo para despejarme la cara. Se me acelera el corazón cuando me dibuja unos circulitos en la espalda y se inclina hacia mí, buscándome.

Dios, ¿qué me pasa?

No me reconozco, ni tampoco sé qué le pasa a mi cuerpo. No me gusta sentirme así. En presencia de Tyler, mi frialdad desaparece.

Pongo distancia entre nosotros lo más rápido que puedo y digo:

—Creo que me voy a dar una ducha.

Me separo de Tyler sin más dilación, porque no sé cómo lidiar con esta cercanía. Nos hemos acostado, y aunque anoche hablamos largo y tendido, no creo que debamos estar juntos. En unas semanas, su vida cambiará por completo, y yo también tengo planes con los que quiero seguir adelante. Es el peor momento posible para empezar un futuro juntos.

—Ah, vale… —murmura Tyler y me suelta.

Me mira confuso y se sienta en la cama. Las sábanas se le resbalan hacia abajo y me revelan una vista perfecta de su torso.

Está guapísimo. Aun así, mantengo la compostura y me resisto a volver a la cama con él.

—¿Quieres un café?

—Sí —murmuro—. Un café estaría bien…

Antes de que la conversación se vuelva más incómoda, me doy la vuelta y me dirijo al baño.

—¿Joy? —Le oigo preguntar y parpadeo.

Por favor, por favor, no lo digas…

—Estamos bien, ¿no?

Oigo la incertidumbre en su voz. Ha dicho en voz alta justo lo que me ronda por la cabeza. Pues no sé si estamos bien, la verdad: ayer estaba convencida de que ser sincera con él sobre «nosotros» podía ser algo bueno, pero ahora ya no pienso igual. El polvo lo ha cambiado todo.

—Claro —miento, esperando que mi voz no suene tan patética como me siento ahora mismo—. Todo va genial.

—Bien, genial —responde y le oigo levantarse de la cama y coger la ropa—. Te dejo que te duches. Te espero abajo, con el café.

—Muy bien —le respondo—. Gracias.

Luego desaparezco en el baño lo más rápido que puedo y cierro la puerta tras de mí.

***

Millie, Darren, Tyler y yo hemos ido hoy a montar a caballo. Darren estaba especialmente emocionado: las cosas van mucho mejor entre él y Millie. Tyler y yo, en cambio, hemos intentado ser sutiles con el otro. Vale, hemos hablado con normalidad, pero era evidente que la falta de comunicación de esta mañana aún nos perseguía y se cernía sobre nosotros como una nube oscura. Tenemos que hablar, y tenemos que hacerlo pronto.

—¡Ya estamos aquí, peñita! —digo, sentándome en la silla de al lado de Sadie.

Phoenix está sentada junto a Jake, con Denver y Sienna.

—Vaya tierras te gastas… ¡Y menuda granja! —añado.

—Sí —dice Sadie, mientras Tyler, Darren y Millie se unen a nosotros y se sientan.

Millie agarra inmediatamente la mano de Darren y se acurruca posesivamente al lado de su novio.

Pero ¿aún no se ha dado cuenta de que Sadie no está interesada en Darren? Y de lo que es más importante: a Darren tampoco le interesa ella.

—Los pastos son aún más grandes que los nuestros en Texas —dice Darren—, pero la tierra es peor.

—Ganamos dinero criando toros para que los monten en rodeos. Nos ocupamos de los animales con otros fines y no para la actividad ganadera, como hacéis vosotros.

—En eso tienes razón —contesta Darren, acercando aún más a Millie, que le mira, sonriente.

Miro hacia la derecha, donde está Tyler. Él también me mira y sonríe brevemente. Sin embargo, yo no le devuelvo la sonrisa y desvío la mirada.

De repente, el vigilabebés emite un pitido y se le ilumina la pantalla. Phoenix se levanta, suspirando.

—Bueno, ya voy yo… —le dice a Jake y yo aprovecho el momento en que la pequeña Charlotte necesita a su madre para escapar de la mirada de Tyler.

Además, necesito hablar con alguien sobre lo que hemos hecho. No puedo guardármelo para mí.

Desde que Phoenix volvió de Brístol y se convirtió en madre, estamos pasando una mala racha. Me cuesta entender al cien por cien su estilo de vida, y a veces creo que me paso de tajante con mis contestaciones. Además, ella está muy sensible. Sienna y Millie saben mejor cómo sobrellevarlo, pero Phoenix es y siempre será mi mejor amiga, y sé que ella siente lo mismo que yo.

—Voy contigo —digo y me pongo de pie también.

Phoenix me sonríe y entramos juntas en casa para ver cómo está Charlotte.

Estoy deseando que nazca el bebé de Sienna y Denver. Así ya serán dos chiquitines en el grupo. Aunque, bueno, estoy segura de que Millie y Darren tampoco tardarán mucho en tener hijos.

Phoenix abre la puerta del cuarto en el que duermen Jake y ella y me hace un gesto para que no diga nada.

—Falsa alarma… —dice sonriéndome.

Charlotte está en la cuna, jugando con el mordedor y tiene el chupete al lado.

Phoenix se lo vuelve a meter en la boca, y la peque se agarra y empieza a chupetear.

—Tía, anoche me acosté con Tyler —suelto—. ¿Y ahora qué coño hago, Phoe?

Phoenix levanta la cabeza y me mira con los ojos abiertos de par en par. Abre la boca para decir algo, pero la vuelve a cerrar cuando se da cuenta de que no es capaz de improvisar una respuesta. Veo que está intentando que le funcione el cerebro, para decir algo, al menos.

—Olvida lo que he dicho —me retracto—. Por favor, olvídalo… Esto nunca ha pasado.

—¡Jolene Lin! —Hago un gesto de tericia—. ¡Sí, me refiero a ti! ¿Cómo puedes soltar esa bomba de la nada y luego no querer hablar de ello, tía? ¡Te has acostado con Tyler!

—Porque no es tan importante… —miento, incapaz de creer que esté intentando ocultárselo a mi mejor amiga, pero Phoenix me lee como un libro abierto—. Y porque no deberíamos haberlo hecho.

Phoenix alza las cejas y se cruza de brazos. Eso mismo hacía yo cuando hablábamos de Jake. Quería que lo suyo funcionara y siempre le decía que siguiera intentándolo. Y ahora ella me mira como yo la miraba entonces.

—Bueno, amiga, irrelevante tampoco es… —responde Phoenix—. Desde que estamos aquí, las cosas os van mejor que antes, ¿no?

—Sí, bueno…

—¿Y sigues enamorada de él? —Alza las cejas inquisitivamente, y aprieto los labios, porque no quiero contestar a eso último—. Jooooy…

—¡Joder si lo estoy…! —La miro, molesta—. Vale, estoy enamorada de él, pero eso no cambia nada.

—¡Claro que sí! —exclama Phoenix.

La miro como dejándole caer que estaría guay que todos los que están en el porche, empezando por Tyler, no se enteraran de esta conversación.

Mi amiga baja la voz y añade:

—Estás enamorada de él y él está enamorado de ti. Yo no veo ni media fisura en todo esto. ¡Es perfecto!

—Pues yo creo que es un desastre, un capítulo más en una historia que no salió bien en el pasado, porque encima, se viene una etapa completamente distinta en su vida. Y es obvio que yo, ahí, no encajo.

Phoenix levanta las cejas y se ríe. Luego pasa por mi lado y yo la miro. No entiendo qué pretende.

—¡Sienna, Millie…! —grita en dirección al porche.

—¿Qué haces, tía? —le grito—. ¡Párate!

—¿Podéis venir aquí, por favor? —añade.

—¡Phoenix! —La agarro del brazo—. ¡Estate quieta, tía!

—No te queda a ti ni nada… —responde—. Siéntate ahí, anda.

Señala el sofá de la esquina. La miro desafiante, pero vuelve a señalar en la misma dirección.

—Que te sientes —dice Phoenix, articulando las palabras—. Se viene sesión de terapia.

—No necesito ninguna…

Sienna y Millie aparecen detrás de Phoenix y pongo los ojos en blanco. Con Phoenix aún tenía una oportunidad de escapar, pero ahora que están las tres… ¡ni de coña!

—¿Qué está pasando?—pregunta Sienna—. Sadie se ha quedado sola con los chicos.

—Sí… —dice Millie, refunfuñona—. ¿Qué pasa?

—Phoe, ¿cómo se te ocurre…? —Aprovecho la mala leche de Millie como excusa para que echarlas—. Sadie está sola con…

—Ah, no, no, no, bonita —me corta—. No te atrevas a usar lo celosa que está Millie de Sadie para evitar esta intervención del «consejo de novias».

Frunzo los labios y Sienna y Millie abren los ojos de par en par.

—No creo que Darren se le acerque demasiado… —dice Millie de repente—. Bueno, ¿qué pasa?

—¿Podemos, al menos, cerrar la puerta? —murmuro y Phoenix se da la vuelta, sonriente.

—¿Tan grave es? —pregunta Sienna y mira a Charlotte, que se ha quedado plácidamente dormidita.

—Me da que sí —dice Phoenix—. Joy se ha tirado a Tyler.

—¡Phoenix! —La miro, molesta—. ¿Quieres no chillar tanto?

—Oh, venga ya… —Phoenix le resta importancia al asunto—. A ver si así Tyler se aprovecha de la situación y se lo cuenta a estos…

—Pues por eso mismo deberíamos dejarlo estar —le digo—. No te metas donde no te llaman. No va a funcionar, así que…

—¿Por qué no? —pregunta Sienna, lanzándome una mirada ansiosa—. ¿Por el *draft*?

—Sí, y como ya sabes, amiga, yo tengo mis propios planes, así que no voy a cambiarlos por culpa de Tyler —le suelto a Sienna, injustamente.

En verdad, el chico tiene razón. Los planes de Tyler y los míos podrían encajar perfectamente. Aún no sabemos qué equipo lo seleccionará, y yo no me graduaré hasta dentro de unos meses. Todo sigue en el aire, y Sienna y Phoenix están en las mismas que yo. Está claro que ambas seguirán a los chicos por el bien de sus hijos, y Millie estará pegadita a Darren hasta que le toque heredar su imperio.

Desarmada, me dejo caer en el sofá. Sienna se sienta a mi lado. Phoenix saca de la cuna a Charlotte, que se ha vuelto a despertar, y Millie se sienta en el respaldo del sofá.

—¿Cómo surgió lo de acostaros? —pregunta Millie y yo la miro.

—Pues después de que pretendiera acostarse con esa chica…

—¿Te refieres a Sophie? —Phoenix me interrumpe y yo asiento—. Es maja…

—Bueno, sí, lo que tú digas… Después de que Tyler se fuera del bar con Sophie y nos tomáramos unos chupitos juntas, yo me fui del bar con Jake y Phoenix, en algún momento de la noche. Para mi sorpresa, cuando llegué a casa, Tyler estaba sentado en el porche, en vez de con ella —Suspiro y miro a Millie—. Quería irme a la cama, pero me dijo que sería mejor que no entrara, porque Darren y tú estabais ocupados.

—¿Qué? —jadea, ruborizándose como de costumbre—. Estábamos viendo una peli…

—Sí, bueno, eso es lo que se suele decir… —dice Sienna, entre risas, y Millie pone los ojos en blanco.

—Os juro que estábamos viendo una peli de verdad. Bueno, ¿y luego, qué?

—Al principio estuvimos hablando de buen rollo, pero luego… En fin, la conversación se nos fue de las manos —Sacudo la cabeza un par de veces y me pregunto de nuevo cómo pudo pasar—. Empezamos a hablar de ese beso absurdo entre Sienna y él y entonces… Bueno, pasamos a lo que nos gustaba en la cama, a Kyle, Sophie, Scott… En fin, yo qué sé.

Me entran ganas de levantarme, porque me voy a volver loca de estar aquí sentada, pero Sienna me detiene.

—Sigue —me insta.

—Acabé diciéndole que era un gilipollas —Me río a carcajadas—. Le eché en cara todo lo que pasó en su momento y… me vino todo de golpe. Que me dejó allí tirada, que me partió el corazón y que me sentí muy sola.

Resoplo y me pregunto si de verdad voy a echarme a llorar aquí mismo. No puede ser. No quería volver a llorar por Tyler Connor. Creía que eso era cosa del pasado ya…

—Oye, oye… —dice Millie en voz baja y se sienta a mi otro lado —. No pasa nada, cielo.

—Es que… después de gritarnos un poco, se explicó. Por primera vez, me contó su versión de las cosas.

—Supongo que ha sido la primera vez que le has dado la oportunidad de hacerlo… —dice Phoenix después de volver a acostar a Charlotte.

—Bueno, sí, puede… —admito a regañadientes—. Es que no quería oír lo que tenía que decirme.

—Pero ahora que ya lo sabes… ¿Por qué actuó así?

—Pues me dijo que nunca planeó acostarse conmigo, pero que esa noche, surgió.

—¿Y después, qué? —insiste Phoenix—. No nos hagas sonsacarte los detalles, Joy…

—Dijo que no me lo contó porque no quería que me alejara de él —continúo—. Y que se imaginaba que lo haría. Luego le dije que, por aquel entonces, estaba enamorada él y que sabía que no era nada nuevo para él y él me dijo que…

Cierro los ojos un momento. Todavía no puedo creer que él también estuviera enamorado de mí, y aun así, dejara que pasara todo esto.

—Que también estaba enamorado de mí.

—¡Pero eso ya se sabía! —exclama Sienna—. Tyler no va para actor, ¿eh?

Millie y Phoenix están de acuerdo con ella, como era de esperar, y yo gimo de frustración.

—Sí, que lo supierais ya me ayuda muchísimo… —respondo con sarcasmo.

—Bueno, pero entonces, ¿qué ha pasado? —Phoenix no está dispuesta a darme tregua.

—Pues cuando me lo soltó, me reí de él en su cara —continúo—. No me lo podía creer y a Tyler… no le hizo ninguna gracia.

—¿Y eso te sorprende, hija? —pregunta Sienna—. Porque a mí no. ¿Cómo eres así de bestia?

—Mi reacción no fue la mejor, lo admito… —digo—. Pero no sabía cómo lidiar con lo que acababa de decirme. En fin, Tyler me pilló por banda y me empotró contra la barandilla del porche.

—¿Y luego os acostasteis? —jadea Millie—. ¡Vaya!

—Claro que no… —susurro—. Bueno, no justo después. Me repitió que aquella noche no esperaba acostarse conmigo y que tampoco quería hacerlo, para no aprovecharse de mí.

—¿Y tú le crees? —pregunta Phoenix y yo asiento.

—Sí, ¿y vosotras?

Miro a mis amigas en silencio, expectante. Para mí es importante lo que piensen. Quiero saber si lo que siento es normal y si no me estoy equivocando.

—Yo creo que sí deberías creerle —dice Sienna—. Tyler no es así. Quiero decir, sí, tiene sus movidas, pero en ese momento, no quería aprovecharse de ti. Si no, lo habría hecho semanas antes, ¿no?

—Eso es lo que dijo él —respondo con una sonrisa abatida—. Hablamos un poco más de aquella noche y entonces… Bueno, se me cruzaron los cables y le besé.

—¿Que le besaste? —Phoenix jadea—. Eso sí que no me lo esperaba.

—Pues yo, menos —admito—. Peor aún, le dije lo mucho que le deseaba y me puse de rodillas frente a él.

—¡Joy! —exclama Phoenix casi con entusiasmo—. ¿Se la chupaste sin pensártelo dos veces?

Phoenix sabe que no se la chupo a cualquiera, así como así. Por eso entiendo que se sorprenda.

—Sí, eso hice —suspiro—. El resto ya os lo podéis imaginar…

Miro a mi alrededor y mis amigas no dicen nada. Me miran en silencio, pero agradezco no tener que hablar. Ahora que lo pienso, es casi inconcebible que Tyler y yo hayamos llegado tan lejos.

—Es curioso, ¿verdad? —Millie mira a su alrededor con una sonrisa—. Siempre que hablamos de sexo, nos pides que no nos cortemos con los detalles, y en cuanto te acuestas con un chico que te gusta, no sueltas ni medio.

Hace falta que Millie lo diga para que me dé cuenta. Anda que…

No quiero hablarles del polvo con Tyler porque fue especial. Fue maravilloso, y quiero conservar ese momento para los dos. No lo había pensado hasta ahora, pero es verdad que nunca les he contado cómo fue mi primera vez con Tyler. Solo les dije que fue algo de una noche.

—Lo siento, chicas… —digo, disculpándome sinceramente con mis amigas—. Me acabo de dar cuenta de que tienes razón.

—No tienes que disculparte —dice Sienna, tirando de mí para abrazarme—. A cada cual, lo suyo.

—Sí, y a Joy, la polla de Tyler[1] —suelta Phoenix.

—¡Phoe, por Dios! —grita Sienna—. Lo que intento decir es que está bien que quieras guardarte esto para ti. Fue un momento importante de tu vida y debe quedar entre vosotros. Aun así, esperamos que no te rindas aquí y ahora.

—No lo voy a hacer, no —digo, incapaz de resistirme a hacer otro comentario—. Y antes de que preguntéis, Tyler los eclipsa a todos.

---

[1] *N. de la T.* Aquí, Phoenix reinterpreta el refrán de «A cada cual, lo suyo y a Dios, lo de todos».

13

Tyler

Después de que anoche Joy y yo nos acostáramos, me dio un subidón de los buenos. Bueno, me duró hasta que esta mañana, inesperadamente, se apartó de mí y huyó al baño. Sí, «huyó», no hay otra forma de decirlo.

Cuando se despertó, pensé que todo iba bien. Hasta tenía una leve esperanza de que hubiéramos dado un pasito en la dirección correcta tras nuestra conversación de anoche y el polvo que echamos justo después, pero Joy estaba tan distante…

No entiendo por qué sigue con esas. Sé que todavía me desea tanto como yo a ella. Pero tiene algo en la cabeza que hace que se bloquee y que no pueda conectar conmigo más de la cuenta.

Doy un sorbo a la cerveza que me ha dado Sadie y miro una vez más hacia la casa, donde hace un rato, se metieron Joy y Phoenix, y poco después, Sienna y Millie hicieron lo mismo. No han vuelto a salir desde entonces. Me pregunto qué estarán haciendo ahí dentro. ¿Y si están interrogando a Joy para sonsacarle lo que hicimos?

Vaya gilipollez…

Joy no haría eso, porque le incomoda tener algo conmigo. Pero bueno, también son sus amigas, así que enseguida notarán si algo va mal. Es un hecho.

Aunque hoy hemos hablado con normalidad la mayor parte del tiempo, he notado que me evitaba. Se la veía claramente incómoda por tener que estar a mi alrededor o por quedarse a solas conmigo cuando Millie y Darren se ponían mimosos y se alejaban un poquito de nosotros.

—Estás muy callado… —me susurra Darren y yo lo miro.

—Ya… —le respondo—. Ha sido un día largo.

—¿Un día largo? —Me mira interrogante—. ¿No tendrá más bien que ver con que las chicas no hayan vuelto?

—Oye, a lo mejor son Phoe, Sienna o Millie las que tienen algún problemilla… —suelto más alto de lo que pretendo, y Darren me

mira con una amplia sonrisa—. Bueno, para qué… Me has pillado, tío.

Debo de sonar como un niño pequeño al que le han quitado un balón de fútbol favorito y le han prohibido jugar durante una semana. No es que quiera comparar a Joy con un balón de fútbol, pero me siento un poco así.

No entiendo qué coño le pasa. Pensaba que por fin habíamos avanzado un poquito hacia el camino correcto.

—¿Quieres hablar? —me pregunta Darren con cierta empatía.

—Pues no sé… —respondo y miro fijamente a la nada—. ¿Qué sentido tendría hacerlo?

—Probablemente te haga sentir mejor —Mi mejor amigo señala la barandilla del porche, a unos metros de Denver, Jake y Sadie—. Venga, tira.

Darren se levanta y me mira, expectante.

Suspiro, me pongo de pie y lo sigo. No tengo ganas de hablar con Darren, porque eso no hará que cambien las cosas. Joy no va a entrar en razón así, de repente, ni tampoco me va a echar los brazos al cuello o a decirme que quiere intentarlo. En realidad, lo entiendo, pero solo hasta cierto punto.

Sé que mi vida va a cambiar pronto, pero eso no significa que ella no pueda formar parte de todo esto y que no haya solución posible. Millie tampoco va a seguir a Darren allá adonde vaya. Podemos tener una relación a distancia; no hay nada malo en ello.

—¿Qué ha pasado?

La voz de Darren me saca de mis pensamientos y levanto la vista hacia él.

—Pues anoche Joy y yo estuvimos hablando… del pasado y de lo que tuvimos aquella noche. Y luego me besó.

Darren parpadea un par de veces y abre la boca, pero no dice nada, lo cual es muy raro en él. Es obvio que este asunto le ha dejado sin palabras, casi tanto como a mí.

—¿No dices nada?

—¿Dices que te besó después de hablarlo?

—Sí.

—¿Así, sin más?

—Bueno, discutimos entre medias, y se rio de mí cuando le dije que, en aquel momento, estaba enamorado de ella…

—¿Que hizo… qué? —Darren me mira con los ojos abiertos de par en par y le da un sorbo a su cerveza—. Duro, ¿eh? ¿Y qué hiciste?

—Le dejé claro que no era justo que me tratara así —respondo—. ¿Qué es eso de reírse de mí cuando le confieso lo que sentía por ella?

—Em…

—¿Qué?

—Que aún lo sientes, Tyler. Estás enamorado de ella —me corrige Darren y pongo los ojos en blanco.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

—Nada —responde—. Solo quería asegurarme de que aún lo estabas.

—Gilipollas… —gruño—. ¿Vas a estar tocándome la moral toda la noche?

—No —contesta—. En fin, ¿qué pasó después?

—Se rio de mí, ya te lo he dicho, y luego la agarré y la empujé contra la barandilla del porche para inmovilizarla y que no me pegara. Discutimos un poco más y luego me besó. Y bueno, lo del beso derivó en otras cosas y acabamos follando.

No le digo que Joy me la chupó justo antes, ni tampoco menciono el tonito exacto de nuestra conversación, cuando Joy prácticamente me rogó que se lo hiciera una vez más. No tengo ninguna queja sobre lo que pasó, pero conozco a mi mejor amigo, y sé cuándo suelta comentarios absurdos, así que no voy a darle la oportunidad de que se burle de Joy.

—Enhorabuena, crack… —Darren me da una palmadita en el hombro y mueve las cejas—. ¿Y ahora, qué?

—No lo sé.

Me doy la vuelta y apoyo el culo en la barandilla del porche. Me cruzo de brazos y miro a mi mejor amigo antes de añadir:

—Esta mañana estaba rara. Se levantó y quiso ducharse enseguida, y eso que anoche…

Freno en seco y sacudo la cabeza. Tampoco puedo decirle eso, porque sé que es un bocazas de manual. Millie lo ha domado mucho en el último año, pero el viejo Darren sale a flote de vez en cuando. Aunque, bueno, es mi mejor amigo, así que… ¿Cómo va a darme buenos consejos si no se lo cuento todo?

—¿Anoche…? —Darren insiste y me ayuda a seguir, como si sospechara que no quiero hacerlo.

—Anoche, después del polvo, cuando estábamos en la cama, la vi un poco ida durante unos instantes, como si se arrepintiera. Pero luego se le pasó y nos quedamos dormidos los dos. ¡Si hasta hizo la tontería esa de poner las piernas entre las mías para asegurarse de que yo seguía ahí a la mañana siguiente!

—Uf, típica treta… —dice Darren, incapaz de mantener la seriedad en su voz—. Como le sigas el juego con eso una vez, estás perdido.

—Según parece, no… —gruño y subo el tono sin querer.

Denver, Jake y Sadie nos miran.

Genial. Lo que me faltaba: que Sadie se entere. Como Joy sepa que he hablado con Darren, me mata.

Me río en voz alta, lo que hace que mi mejor amigo me mire extrañado.

—Perdón, tío, es un poco irónico que seas mi mejor amigo y os llevéis como el perro y el gato…

—Bueno, un poco… —Sonríe—. ¿Y esta mañana qué tal?

—Fue como si, de repente, algo le hiciera «clic» en la cabeza. Salió disparada de la cama —Suspiro—. El resto del día hemos estado hablando con normalidad, pero se notaba que seguía siendo un poco incómodo por lo de esta mañana.

—¿Y ahora también?

—Sí —digo, señalando la casa con la cabeza—. Seguro que está dentro y no quiere salir para no tener que hablar conmigo.

—¿Y tú quieres hablar con ella?

—¡Claro que quiero! —respondo indignado—. Lo siento, *bro*. Es que me frustra que los dos queramos lo mismo, pero que Joy tenga tanto miedo de que la deje otra vez que no quiera abrirse conmigo.

—¿Alguna vez le has dicho todo esto o le has preguntado cómo se siente?

—Sí, claro, pero ella no quiere hablar del tema. Pero para ser exactos, también le he dicho que no tengo ni idea de adónde voy a ir después del *draft*. Bueno, y que no quería que todo esto afectara a sus planes de futuro.

—¿Y eso tampoco le gustó, o qué? —pregunta Darren, suponiendo, y yo niego con la cabeza.

—Pues no —respondo—. Pero es que tiene un don para darle la vuelta a todo lo que digo y siempre lo tergiversa para salir ganando según le conviene.

—¿Quieres que hable con ella? —Darren se ofrece totalmente en serio y yo abro los ojos de par en par.

—¡Ni en broma! —exclamo—. Es muy amable por tu parte, pero… le dará un ataque. Sacas todo su mal genio.

—Y eso que no fui yo quien la dejó sola a la mañana siguiente…

Darren se ríe de su comentario, pero al ver la mirada que le echo, se calla enseguida. No quiero ni imaginarme que Joy y Darren hayan tenido algo alguna vez. Cada vez entiendo mejor por qué a Denver se le fue la olla cuando se enteró de ese beso de nada con Sienna.

—Perdona, tío, de verdad que no quería decir eso.

—Lo sé —suspiro—. Ya parezco Denver…

—¿Qué pasa conmigo? —Denver camina hacia nosotros, mirándonos por turnos—. ¿Todo bien?

—Sí, todo va de puta madre —le respondo.

—Vamos, que estás de pena… —Denver sonríe—. ¿Qué pasa? ¿Tiene que ver con la intervención de las chicas de ahí dentro?

Hace un gesto con la cabeza señalando a la casa y pongo los ojos en blanco.

¿Para qué pregunta si ya lo sabe? Vaya inútil…

—Tyler se ha acostado con Joy y…

—¡Darren! —rechisto—. ¿Qué haces, loco?

—Se iba a enterar de todas formas, ¿o es que este grupo ha conseguido alguna vez guardar un secreto? —Mueve las cejas—. Ni siquiera cuando te diste besitos con Sienna…

—Te estás ganando una hostia, colega —refunfuña Denver—. ¿De verdad tienes que sacar el tema todo el rato? ¿No podemos pasar ya al hecho de que Jake dejó embarazada a mi hermana?

—Si te mojas y nos dices quién, según tú, podría haberse tirado a Phoe al mismo tiempo que Jake, como si algún otro pudiera ser el padre, sí. Si no, no.

Me río con la gilipollez que acaba de soltar Darren y luego frunzo el ceño.

—Sí, bueno, puede que esa fuera la única vez en la que no hubo palique en el grupo acerca de algo que era evidente —respondo, molesto—. Gracias por el ejemplo.

—Para eso estamos —responde Darren sonriendo, alegre—. A Joy se le pasará la rayada. Les pasó lo mismo a Millie, Sienna y Phoenix.

—Ah, ¿y cuándo será exactamente? —le pregunto al muy listillo.

—Hombre, vosotros llevabais seis años sin veros desde la última vez —Denver vuelve a unirse a la conversación—. Millie y Darren ya tardaron bastante en arreglarlo…

—Solo fueron cuatro días… —le corrige Darren, aunque no hace falta.

Molesto, sacudo la cabeza y paso junto a ellos para sentarme de nuevo en la mesa en la que estábamos.

Jake me mira interrogante, pero no reacciono. No quiero hablar del tema delante de Sadie. Jake ya se enterará por Phoenix, Denver o Sienna. Además, no me creo que sea el único que no lo sepa. Apuesto a que sabían lo que iba a pasar con Joy y conmigo desde que llegamos aquí y no dijeron nada, los muy cabrones.

—Voy a ver cómo están las chicas… —dice Sadie, y se levanta de repente.

Sabía que se daría cuenta. No hemos sido muy listos al alejarnos solo unos pasos. Y ya cuando Denver se unió a la tertulia, flipas…

—Qué guay que Sadie también lo sepa…

—Hombre, con la de miradas asesinas que le has dirigido a su hermano, creo que le has hecho entender a la fuerza que Joy y tú sois algo más que amigos… —dice Jake.

Gruño y me echo hacia atrás. Sadie tampoco está ciega, pero quizá, al entrar en casa, consiga que las chicas vuelvan.

¡Bingo! Poco después, Millie y Sienna salen al porche.

—Estoy cansada —dice Sienna, poniéndose la mano en la barriga.

De momento no se le nota el embarazo. Cuando Phoenix volvió de Europa, estaba embarazada de siete meses y no había forma de ocultar la triponcia que me llevaba. Sienna, en cambio, sigue siendo delgada y esbelta. No parece que se le vaya a notar mucho el embarazo.

Denver se levanta y acerca a su novia. La mira con una sonrisa y la besa dulcemente en los labios.

—Vamos a la cama, anda… —le dice y luego nos da las buenas noches a todos.

—Que durmáis bien. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana! —decimos Darren, Millie y yo al unísono.

—¿Qué tal si nosotros nos vamos también? —pregunta Darren y mira a Millie con una sonrisa.

Pongo los ojos en blanco, exasperado.

¿Otra vez a follar? Por Dios…

—Oye, que sepas que anoche no nos acostamos —dice Millie de repente, y me doy la vuelta—. Solo vimos una peli y nos quedamos dormidos.

—¡Ah, bueno! Pues muy bien…

—No te preocupes —Darren me mira y luego le dirige a Millie una sonrisilla picantona—. No se va a convertir en un hábito…

—Empezando por esta noche, ¿no? —pregunto.

—Ahí le has dado —Millie le golpea en el pecho—. ¡Ay! ¿A qué viene eso?

—A que siempre vas por ahí largando… ¡No es asunto de Tyler!

No podría estar más de acuerdo con ella: no es asunto mío, y menos mientras Joy y yo estemos hechos un lío. No es muy agradable saber que todo el mundo a tu alrededor tiene una vida sexual increíble, excepto tú.

—Bueno, a veces Tyler no quiere saber lo que hacéis… —respondo.

—¿A veces? —Millie levanta las cejas.

—Más bien nunca —corrijo y le guiño un ojo—. Nunca quiero saberlo.

—Eso está mejor —responde mirando a su novio.

Aparto la mirada y recojo las botellas vacías del porche mientras Phoenix y Joy salen de la casa. Sadie va detrás de ellas.

—Buenas noches —dice Joy, sin mirar a nadie, y sale del porche en dirección a nuestra casa.

Me quedo quieto en el sitio, con las botellas en la mano, viéndola marchar.

¿Qué pasa ahora? Al menos podría esperar a que termináramos de recoger todo esto…

—Ve tras ella —susurra Phoenix, enfurruñada—. Ahora mismo.

—¿Por qué? —le pregunto, y justo después recibo un capón—. ¡Ay! ¿Por qué me pegas?

—Porque eres tonto del culo —Phoenix me arrebata las botellas y señala en la dirección en la que Joy se ha ido—. Estoy segura de que Millie y Darren estarán encantados de quedarse con nosotros un ratito más.

—Pero yo… —intento justificarme.

—Tyler, mueve el culo o vas a conocer la fuerza de mi puño —me suelta Phoenix y yo doy un paso atrás—. Le partiste el corazón una vez, y si lo vuelves a hacer, te juro que te arrancaré los huevos.

—Lo que Phoenix quiere decir… —Jake me salva de su furia y le tapa la boca—. Es que te cubrimos las espaldas para que puedas arreglar todo esto.

—No, no iban por ahí los tiros —Phoenix le aparta la mano a Jake —. Como decía, te arrancaré los huevos y de paso, la polla, como vuelvas a hacerle daño.

—Que sí, que lo pillo… —respondo, levantando las manos como si estuviera desarmado—. No tengo intención de volver a hacerle daño, pero tampoco soy su saco de boxeo. Todos esos cambios de humor me están sacando de quicio ya. Y hablando de cambios de humor… ¿Estás embarazada otra vez?

Arqueo una ceja.

—Piérdete, Tyler…

Riendo, vuelvo a mirar a Phoenix y sigo a Joy a la casa en la que estamos pasando las vacaciones.

14

Joy

Oigo que alguien va pisando gravilla justo detrás de mí y suspiro.

—Hola —Tyler se acerca a mí y me sonríe—. ¿Estás bien?

Me giro hacia él a cámara lenta y me encojo de hombros. Ojalá no me hubiera seguido para preguntarme si estaba bien. Hablar con las chicas no me ha hecho sentir mucho más segura sobre él… sobre nosotros. Ahora estoy hecha un lío, porque cada vez me estoy más lejos de creer que lo nuestro no va a salir bien, pero puede que lo pierda una vez más.

—Sí —respondo, cruzándome de brazos—, ¿y tú?

—Sí, también.

No tengo ni idea de si dice la verdad o no. Sinceramente, no quiero saberlo, porque fijo que no se siente como yo.

—¿Quieres ver otra peli?

Le miro y niego con la cabeza. Ver una peli no es buena idea. Es casi como «quedar algún día para tomar algo». Es un eufemismo para echar un polvo, y eso es lo último que Tyler y yo deberíamos hacer. Aunque follar con él fue increíble. No me importaría hacerlo de nuevo, pero no. Con él, no puede ser. Con tanta distancia por en medio, no va a funcionar.

—No —respondo y veo cómo se le caen los hombros.

¿De verdad se esperaba otra respuesta?

—Estoy cansada. Quiero irme a la cama —añado.

—Más bien quieres evitarme… —susurra, pero le oigo perfectamente.

—¿Y qué si lo hago? —contesto—. Eso es cosa mía.

Tyler se queda inmóvil y yo me dispongo a seguir con mi camino, pero de repente, me agarra de la muñeca y tira de mí hacia atrás. Me doy de lleno con su pecho y levanto la vista. Sus ojos azules buscan los míos y no deja pasar ni un segundo antes de ponerme la mano derecha en la mejilla y la izquierda en la cadera.

Me acerca más a él y siento cómo se me acelera el pulso. Cuando semejante bombón desliza la mano por debajo de mi camiseta para tocarme la piel desnuda y dibujarme unos circulitos en las caderas con las yemas de los dedos, se me desboca el corazón.

—Tyler, por favor… —hago un débil intento de apartarlo—. Para.

Vaya, no solo parezco desesperada, sino también asustada.

¿Qué me pasa? No me reconozco. No me gusta ser así. Nunca un chico había conseguido intimidarme y hacerme dudar tanto de mis propias decisiones como Tyler.

—¿Por qué me evitas? —me pregunta, impaciente.

Aprieta la mandíbula y noto que le está costando controlarse.

—¿Por qué no me das la oportunidad de hacerlo bien esta vez? —añade.

—No puedo… —le digo—. Tyler, por favor, yo… No puedo. Tengo planes de futuro y…

—¿Y qué hay de malo en que hagamos esos planes juntos?

—Pues que no va a pasar —le digo bruscamente, apartándolo, y para mi sorpresa, le pillo desprevenido y me suelta—. El camino de tu vida lleva escrito desde… ¿no sé, el instituto? ¿Qué quieres que te diga, Tyler? Quieres ir a la NFL, pero en la liga no te preguntan qué destino prefieres, ni si te has comprometido con alguien o si te gusta el equipo al que te mandan. ¡Y lo sabes de sobra! No quiero vivir con la maleta a cuestas durante los próximos diez, o incluso veinte años, solo porque te toque ir rondando de un equipo a otro.

Traga saliva y cierra los ojos. Luego sacude la cabeza, y pasan unos segundos antes de que los vuelva a abrir y me mire. Sus hermosos iris azules me recorren de arriba a abajo. Se le ve demacrado, como si por fin se hubiera dado cuenta de que nunca conseguiremos estar de acuerdo.

—¿Estarías dispuesta a intentarlo si me hiciera abogado o… no sé, economista? ¿De verdad es porque el *draft* va a dictar mi futuro, y luego la NFL?

Le miro un momento y pienso. La verdad es que no lo sé. Por supuesto, sería más fácil si él supiera lo que le va a deparar el futuro, porque podríamos tomar decisiones juntos. No dependería

todo de la Liga Nacional de Fútbol, ni de un club en algún lugar del país, o peor me lo pones, del cheque de una franquicia.

¿Pero quién me dice que se vendría a California conmigo si ese fuera el caso?

Quiero ir a Los Ángeles y trabajar como psicóloga. Ese es mi sueño, y he estado esforzándome para conseguirlo desde que empecé la uni en Lincoln. No quiero tener que aparcar mis sueños ahora porque mi novio tenga que viajar por todo el país y no sepa adónde le va a llevar el trabajo de año en año.

—¿Y eso qué importa? —Esquivo su pregunta—. Tengo planes.

—A mí me importa, Joy —gruñe—. ¿Y si me fichara un equipo de California? ¿O de San Francisco o Los Ángeles? Las Vegas está a tan solo una hora en avión, y se puede ir el coche. ¿Qué excusa me pondrías entonces?

La palabra «excusa» hace eco en mi interior. ¿Y si todas estas pegas que me estoy sacando de la manga son excusas para no darle una oportunidad?

Frunzo los labios y le miro.

—No son excusas —suelto—. Deja de intentar colármela.

—No te la estoy colando —contesta él, poniendo los brazos en jarra.

A Tyler se le está agotando la paciencia. Hasta cierto punto, lo entiendo, porque diga lo que diga, acabo con sus esperanzas en cuestión de segundos.

—Es que no entiendo tu razonamiento —añade—. Dices que no quieres tener nada conmigo por la NFL, pero antes de que sea un problema, tengo que encontrar un club siquiera, ¿no? ¿Qué más tienes que reprocharme? ¿Que me iré otra vez? Eso no pasará, Joy, no soy tan imbécil para hacerte algo así.

Mi corazón da un vuelco. No va a volver a dejarme tirada ni a ignorarme durante seis años, pero no consigo librarme de esa vocecita interior que me dice que no me fíe de él. Sigo pensando que es una mala idea.

Si empiezo algo con Tyler, toda la independencia por la que he luchado estos últimos años desaparecerá. Él y su carrera controlarán mi vida en el futuro. La ciudad en la que vivo, la gente con la que

me relaciono, incluso donde trabajo, si eso llegara a manchar su imagen… Si es que consigo encontrar un puesto fijo, claro. ¿Qué sentido tendría aceptar un trabajo si tuviera que mudarme cada año?

—Jolene… —dice entre suspiros y camina hacia mí.

Con tan solo escuchar cómo pronuncia mi nombre, se me pone la piel de gallina. Esta vez no retrocedo, sino que espero a ver qué hace a continuación. Tyler me coge la cara con las manos y tira de mí hacia él.

—No hay nada más que pueda hacer, salvo decirte que quiero intentarlo. Joder, yo… Llevo toda la vida deseándote solo a ti.

Se me para el corazón y abro los ojos como platos.

¿Que solo me desea a mí? No puede ser verdad. No me lo creo.

Tyler es dos años mayor que yo. Ha habido muchas chicas antes y después de mí. Es increíble que me haya elegido a mí.

—Pero… —Sacudo la cabeza—. Eso no puede ser verdad. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —Tyler se ríe y da otro paso hacia mí.

Me baja las manos desde las mejillas hasta la nuca para poder inclinarme la cabeza. El muy cabrón sabe exactamente cómo evitar que me aleje de él.

—No lo sé, pero no he sido capaz de sacarte de mi mente. No puedo mentirte y decirte que no ha habido nadie después de ti. Está claro que no es verdad.

Lo sé de sobra, pero aun así, no quiero oírlo. Por tonto que parezca, no me gusta pensar que ha estado con otras mujeres. Me hace sentir increíblemente incómoda, y quiero decirles a todas que Tyler es mío.

Esto es tan raro para mí… En estos últimos años, solo he tenido una relación estable con Anthony, y luego he tonteado y me he acostado con muchos chicos. No sé si él habrá salido con alguien mientras tanto, pero algo me dice que no.

—No —le digo—. Ya sé que no.

—¿Has estado con alguien en plan serio? —pregunta—. Después de que…

No termina la frase, pero sé lo que quiere decir.

—Tuve un novio estable, sí —respondo, y siento cómo se le tensa el cuerpo.

¡Pero si era él quien quería hablar del tema…!

Sorprendentemente, me suelta y se aparta. De repente, me envuelve el desamor, como si lo hubiera alejado con mis palabras. Me cruzo de brazos para protegerme de los sentimientos negativos.

—Se llamaba Anthony. Lo conocí unas semanas después de que te fueras —continúo.

—¿Y cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Apenas hay expresión en el rostro de Tyler. Su mirada es distante y fría, como si le estuviera diciendo que su carrera se ha echado a perder.

—Casi tres años, hasta que nos fuimos a la uni —respondo—. Queríamos empezar esa nueva etapa de nuestras vidas sin ataduras. No habría funcionado, pero eso ya da igual. En la uni no me eché novio.

Tyler curva las comisuras de los labios y sonríe. Espero que no se piense que he vivido casta y devota como la Virgen María desde entonces, porque no es así. De hecho, estaba muy satisfecha con mi vida sexual hasta que él apareció en Lincoln y lo puso todo patas arriba. Después de eso, quedé con algún que otro chaval y eché un par de polvos… pero no dejaba de soñar con hacer cositas con Tyler.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Has tenido alguna novia?

—No —dice—. Para mí lo principal ha sido siempre el deporte. Lo de ser futbolista y tener novia no siempre sale bien.

No puedo evitar reírme a carcajadas. Tremendo gol en su propia puerta. Lleva días intentando convencerme de que deje atrás las dudas sobre su estilo de vida, y ahora me dice algo así…

—¿Pretendes que ignore tu estilo de vida y vas y me sueltas eso? —Sigo riéndome—. Bien hecho, Tyler.

Rechista y pone los ojos en blanco.

—Bueno, dale la vuelta a la tortilla si eso te hace sentir mejor —suspira—. Lo entiendo, sé que la vida conmigo no es igual a la de un oficinista…

—No, eso desde luego…

—Pero tiene muchas ventajas…

—¿Ah, sí? —Sonrío de forma pícara y le miro—. ¿Cómo cuáles?

—Bueno… —dice, mientras acorta la distancia entre nosotros—. En primer lugar, los trajes me quedan mucho mejor, porque tengo un cuerpo de locos.

—Bueno, esa será tu opinión…

Intento parecer fría, como si no fuera conmigo, pero él sabe que es pura fachada. Desde luego, con sus abdominales de infarto, sus hombros anchos y esos brazos y piernas tan bien esculpidos, verlo con traje es casi una delicia.

—Además, te ofrezco una vida mucho más divertida… —continúa —. Podrás viajar conmigo a los destinos más remotos y a las playas más bonitas.

—Creo que mi oficinista podría ahorrar para darme todo eso…

Tyler pone los ojos en blanco.

—Pero yo follo mejor.

—Tus argumentos dan vergüencita y suenan a pollavieja[1] —digo, pero no puedo evitar sonreír—. A lo mejor no quiero a un tío que folle bien, sino a un tío que esté conmigo.

—Pues aquí me tienes —responde—. Sé lo que quieres y lo que necesitas, y eso incluye que te lo hagan muy, muy bien…

—Como he dicho ya… —digo, gesticulando de repente—. No quiero a un tío que folle bien, sino a uno que esté ahí para mí.

—Joy… —suspira y me coge de las manos, atrayéndome contra su pecho—. Estás tratando de rebajar todos y cada uno de mis argumentos para hacerme ver que no me deseas. Si fuera oficinista, tirarías por otro lado; y si fuera médico o bombero, se te ocurrirían más y más excusas. Es absurdo…

Me besa en la frente y se queda ahí.

Respiro hondo y me pierdo en la sensación de sus suaves labios sobre mi piel. Luego me suelta y da un paso atrás. Le miro. Tyler duda un momento, como si fuera a decir algo, pero no lo hace. En lugar de eso, retrocede y echa a andar hacia la casa.

Pues nada, ya he conseguido lo que quería, ¿no? Ahora Tyler se cree que no le deseo. Debería estar contenta, pero la bola que me

crece en el estómago me dice lo contrario. De hecho, me siento fatal.

---

[1] *N. de la T.* Viejuno, pasado de moda.

15

Joy

Hago girar el vaso de cerveza que tengo en la mano mientras fijo los ojos en Tyler y Sophie. No hay forma de que pueda apartar la vista de ellos: están sentados en la mesa de al lado, con Sadie, Jake y Phoenix. Ella se le acerca cada vez más y no puedo creer que él se esté dejando hacer. Tyler le sigue el juego y responde a sus ridículos intentos de echársele encima. Se ríe de sus bromas y le pone ojitos.

Me ha estado evitando desde que anteayer hablamos de nuestro futuro en el camino de gravilla y le volví a dejar claro que no me veía con él dentro de unos años. Quería que se alejara de mí, pero ahora que lo he conseguido, tampoco soy feliz.

Me duele verlo con otra, sobre todo porque ya ha estado con ella antes. En otro lugar, en otras circunstancias, pero aun así, se fueron juntos del bar. Cuanto más los veo ahí, pegaditos, menos me creo que no pasara nada entre ellos entonces.

«Entonces»… Qué ridículo suena eso. Como si hubiera sido hace meses o años, cuando en realidad, ni siquiera ha pasado una semana.

Sophie es guapa; eso está claro, y puedo entender por qué a Tyler le gusta que ella le tire la caña. Pero viéndola, no creo que sea su tipo.

¡Es absurdo! Sophie luce exactamente igual que Sienna, a la que casualmente, también le metió la lengua hasta la garganta…

—Si la miraras con menos instinto asesino, quizá te sentirías mejor. Es solo una sugerencia…

Sienna pasa por mi lado con una sonrisa de satisfacción y yo pongo los ojos en blanco. Me da igual la cara que lleve. Quiero que Sophie se entere de que no me mola que le coma la oreja a Tyler, ni que esté ahí, zumbando, como si fuera un abejorro.

—¡Ay, tía, déjame en paz! —refunfuño, evitando la mirada de mi amiga.

No quiero ser tan hostil con Sienna, pero todo este asunto con Tyler me está afectando más de lo que me esperaba. Primero intenta convencerme de que es el indicado para mí y luego pasa de mi jeta. Mucho sentido no tiene…

—Dejarte en paz no es una opción —Me sonríe y se sienta en el taburete libre a mi lado—. ¿Qué ha pasado para que estéis tan… bueno… distantes?

—¡Ella! —Señalo a Sophie—. Está ahí, dale que te pego, todo el día encima de él.

—¿Todo el día, dices? —Sienna mira a Sophie y a Tyler y luego a mí; después, sacude la cabeza y suspira—. Se llevan bien, tía, eso es todo. Ya pareces Millie, toda paranoica…

—Oye, yo no… —No puedo creer que Sienna se ponga de su parte—. Te recuerdo que esos dos ya desaparecieron de la manita una vez.

—Bueno, puede, pero ¿sabes qué pasó entre ellos dos?

—Nada —admito resignada, mirando más allá de Sienna hacia Sophie y Tyler—. Al menos eso es lo que dijo Tyler, pero diría cualquier cosa para meterse en mis bragas.

Sophie le ha puesto la mano izquierda en la parte superior del brazo, y apostaría lo que fuera a que le encantaría acariciarle esos bíceps, bajo el dobladillo de su camiseta.

—¿Y por qué crees que va a pasar algo hoy? —pregunta Sienna, alzando las cejas.

Tiene razón. No hay ningún indicio claro de que haya algo entre ellos. Tyler ni siquiera le está roneando de vuelta. Está charlando con Jake.

—¿Estás ciega o qué?

Vaya respuesta más tonta. Por la forma en que me mira Sienna, ella debe pensar lo mismo. Aun así, no quiero imaginarme a esos dos juntos en la cama.

—No estoy ciega —contesta mi amiga, sonriente y guiñándome el ojo—. Solo veo a Sophie tocándole el brazo a Tyler mientras él la ignora. No hay nada en su lenguaje corporal que sugiera que quiere acostarse con ella y lo sabes.

—Ajá…

—Joy —Sienna suspira—, mírame.

Aparto la vista de Sophie y Tyler para poder mirar a mi amiga. Tiene una sonrisa dibujada en la cara; una de esas sonrisas que me dejan ver que me estoy pasando de ridícula. Estoy celosa de Sophie porque está donde yo quiero estar: al lado de Tyler.

—Sé lo que se siente… —dice—. Cuando Denver y yo estábamos empezando, la mayoría de las chicas no creían que fuera algo serio…

Sienna sacude la cabeza, como si hubiera revivido una sensación muy desagradable.

¡Menuda tontería! Denver solo ha tenido ojos para ella desde la primera vez que se conocieron.

—Tienes que confiar en Tyler y creer que lo que te dijo va en serio —continúa.

—Y entonces, ¿por qué lleva dos días evitándome?

—¿Tal vez porque le has dejado claro varias veces que no quieres formar parte de su vida? —Sienna niega con la cabeza—. Su futuro está prácticamente decidido, y estoy segura de que haría cualquier cosa por influir en el *draft*, pero no puede. Nadie puede, ¡ni siquiera Millie! Tyler nunca te obligaría a ir con él si le dijeras que eres feliz en la otra punta del país.

—Lo dices como si todo fuera culpa mía…

—¿Te crees que no lo es? —Sienna arquea las cejas a más no poder y yo gimo—. Habla con él. Seguro que todo se soluciona.

—¿Y si no? —pregunto con cautela, mientras me giro para observarlos de nuevo.

Tyler ha dejado de hablar con Jake para volcar toda su atención en ella. Agarro mi vaso con fuerza, casi incapaz de controlar al monstruito de ojos verdes que llevo dentro[1].

¿Qué mierdas es esta sensación?

Siempre he pensado que Millie exageraba con lo de Darren, pero quizá no sea así. Además, ya no me fío de las rubitas australianas…

—Dios, cómo me gustaría tomarme algo contigo… —Sienna me saca de mis pensamientos y la miro—. Así, los ronquidos de Denver serían más soportables esta noche.

Mi amiga menea la cabeza y no puedo evitar reírme.

—No te rías, que es verdad —dice entre suspiros—. Podría tirar un bosque entero abajo con esos ronquidos…

—Beberé por las dos y te pasaré el alcohol por telepatía —le propongo con una sonrisa—. Te prometo que no le haré daño al bebé.

—¿Telepatía? —Sienna se ríe—. Bueno, por probar, que no se diga…

Sienna y yo nos acercamos a la mesa de Darren, Kyle y Denver. Hay una botella de tequila y unos cuantos vasos en el centro de la mesa. Me hago hueco entre Denver y Darren. Kyle está enfrente de mí, al lado de Sienna.

—Hola, nena —dice Denver, mimoso, mientras le rodea la cintura con el brazo y le acaricia suavemente la barriga—. ¿Estás bien?

—Sí, amor, estoy bien —responde Sienna con una sonrisa y se acurruca contra él.

Miro a esos dos durante unos instantes. Nunca he sentido celos de que mis amigos sean pareja. ¿Por qué iba a hacerlo? Sinceramente, les deseo lo mejor, pero sí que es cierto que cada vez aspiro a más, porque lo que ellos tienen es exactamente lo que yo quiero.

Por desgracia, lo quiero con el chaval equivocado.

—¿Quieres un poco? —pregunta Darren y yo asiento.

Sirve una copa para todos y le echa agua en el vasito a Sienna.

—Yo también quiero. Porfa… —Sadie se une a nosotros y sonríe a Darren.

—¡Dale! —responde él y le sirve un vaso.

—¿Dónde está Millie? —pregunto con más suspicacia de la que me gustaría, mirando a Darren.

Él se encoge de hombros y se vuelve hacia Sadie. Molesta por no recibir una respuesta, le agarro del brazo y le obligo a mirarme. Darren aprieta la mandíbula y en sus ojos se dibujan dos rayos de ira con los que me podría dejar tiesa.

—¿Dónde está tu novia?

Recalco la palabra «novia».

—Mi novia… —gruñe— está donde le dé la gana estar, ¿vale? No tengo ni idea, y antes de que vuelvas a preguntar… Me la pela.

—¿Que te la qué…? —titubeo, y Sienna jadea sorprendida—. ¿Dónde está Millie?

—Déjame en paz y métete en tus asuntos —suelta—. Ya tengo bastante con lo que lidiar. De verdad que no entiendo qué ve Tyler en ti…

Ahogo un grito y miro a Darren con una mezcla de rabia y confusión. No me gustan esas insinuaciones. No quiero que Tyler le hable de nosotros dos a Darren. Ya me molesta que sea su mejor amigo y se lo cuenten todo…

—Menos mal que eso es cosa de Tyler, y no tuya…

—Bueno, quizá pueda convencerlo de que no se acerque a ti…

Darren parece que no tiene ningún reparo en decirme a la cara que quiere que Tyler esté con otra.

—¡Vale ya! —Sienna se aparta de Denver y se interpone entre Darren y yo, con las cejas levantadas—. Ahora en serio, Darren, ¿dónde está Millie?

Él suspira y se pasa los dedos por el pelo.

—La verdad es que no lo sé —confiesa, y veo cómo la preocupación se apodera de sus iris.

Darren actúa siempre como si fuera el jugador más duro del campo —ya sea en el día a día o en el fútbol—, pero cuando se trata de Millie, se convierte en un osito angustiado.

—Hemos discutido… otra vez, y le dije que hiciera lo que le viniera en gana y me piré.

—Genial… —Suspiro—. ¿Ha sido por ella?

Señalo con la cabeza a Sadie.

—¿Por mí? —Sadie se señala a sí misma—. A ver, vale ya. Lo he dicho ochenta veces y lo diré otra vez: no quiero nada de Darren. Me cae bien el chaval, y si Millie no soporta estar con mujeres que no sean sus mejores amigas, si no soporta que su novio se lleve bien con la peña, debería buscar ayudita.

—Cuidado con lo que dices —suelto, a punto de dar un paso al frente, pero Sienna me frena en seco.

Me agarra del brazo con fuerza y me mira como diciéndome que no me precipite.

—Vamos a ver dónde está, Joy, y tú deberías pensar en lo que quieres para el futuro, Darren.

—Mira, Sienna, vete a la mierda…

—¡Eh! —Denver aparece detrás de nosotros—. ¡No le hables así!

—Lo siento, tío —susurra, sacudiendo la cabeza—. No pretendía decir eso…

Le lanzo una última mirada fulminante y paso por su lado para salir del bar y buscar a Millie. No puedo creer que la haya dejado allí sola.

Sienna y yo andamos un par de pasos y vemos a Millie sentada en la acera, frente a la puerta.

—Hola —dice Sienna, y levanta la vista—. Te estábamos buscando…

Millie se encoge de hombros.

—¿Creéis que estoy exagerando? Lo he intentado, de verdad, pero ella… —Millie levanta las manos—. Siempre está con él. Desde que llegamos, no dejamos de discutir.

Sienna y yo nos sentamos a ambos lados de ella. Millie está destrozada y me da una pena increíble verla así. Darren es más tonto que una piedra y no se da cuenta de lo mal que se siente su novia con lo de que tontee con otras.

—Ya casi parece que es cosa de Australia… —refunfuño y Sienna me lanza una mirada confusa.

Estoy segura de que eso no es lo que Millie quiere oír ahora, pero yo también necesito desahogarme un poco. Sophie está pegada a Tyler como una santa lapa.

—¿Qué quieres decir?

Millie me mira interrogante.

Si le cuento lo de Tyler y Sophie, eso solo reforzará sus sospechas sobre Sadie, y eso es lo último que quiero.

—No importa… —Le resto importancia al asunto—. Darren es un idiota, pero…

—Joy —me regaña Sienna—, ¿puedes hablar de él sin insultarle?

—No —respondo con dulzura, y hasta consigo que Millie se ría al escucharme—. En fin, Darren te quiere.

—Vaya, ¿en serio? Pues, chiqui, yo no lo he notado.

Millie sacude la cabeza y se ríe. Jamás la he oído hablar con tan mala uva. Normalmente, siempre se controla y es amable con los demás. Entre la forma absurda que tiene Darren de comportarse y el descaro con el que decimos las cosas en este grupo, se le está empezando a pegar la malicia.

—¿Esto va en serio? —Levanto las cejas—. Lleva un año siguiéndote, allá adonde vas, como un cachorrito a su mamá.

—Pero los cachorros acaban dejando a sus madres atrás, ¿no? —responde de forma arisca, mientras mira fijamente a la puerta del local.

Pongo los ojos en blanco y miro a Sienna.

—¿Cómo te va con Tyler?

Millie me mira y me doy cuenta de que le he puesto en bandeja lo de cambiar de tema. Aunque no quiero hablar de él, lo haré por ayudar a una amiga.

—Está muy pegadito a Sophie.

—A eso te referías antes con lo de Australia, ¿no?

—Sí —digo, también con la mirada fija en la puerta del bar, esperando que Tyler salga y me diga que lo de Sophie es solo un malentendido.

Pero eso no va a ocurrir. Creo que con mi reacción de anteayer, lo he alejado definitivamente de mí.

—Me pidió una segunda oportunidad la otra noche —les digo—. Quiso intentarlo de aquí al *draft* y que después ya me decidiera yo: o sigo con él, o me voy a la otra punta del país a cumplir mi sueño.

—¿Y tú… lo rechazaste? —pregunta Millie con cierto tacto, y yo asiento—. Y ahora se habrá cansado de intentar convencerte, ¿no?

—Eso parece —murmuro—. Probablemente sea lo mejor. No quiero esa vida… Quiero encontrar mi sitio, mi hogar, y no mudarme más.

—Pero quizá nuestro hogar esté donde estén ellos, ¿no? —Sienna me mira y levanta las cejas—. Yo tenía muy claro que mi lugar estaba con Denver, incluso antes del embarazo. El bebé es una razón de peso para irme con él, obviamente, pero creo que la razón más importante de todas es…

Sienna para un segundo y respira hondo.

—Quiero a Denver. Me da igual que vivamos en Nueva York, Chicago o Los Ángeles, y no me importa cuánto tiempo estemos allí.

—¿Y por qué no te importa? —pregunto, realmente interesada—. Desde que empecé la carrera sabía que quería vivir y trabajar como psicóloga en Los Ángeles. No quiero tirar mis planes por la ventana y tener que mudarme cada pocos años. Esa no es la vida que quiero.

—Para mí es más importante estar con Denver —dice Sienna—. En fin, vamos a tener que aguantar muchas cosas, adaptarnos y posiblemente mudarnos varias veces en los próximos diez o veinte años. No tenemos ni idea de cuánto tiempo llevará todo esto, pero estaremos juntos y pronto seremos una familia.

El discurso de Sienna me llega al corazoncito. Pues sí, habría que lidiar con todo eso, pero tiene razón: nos tendremos el uno al otro y haremos nuevos amigos en las ciudades en las que acabemos viviendo. Una vez que tengamos hijos, algo de lo que Tyler y yo estamos a años luz, gracias a Dios, dejará de importar tanto lo que queramos para nosotros.

—¿Creéis que he exagerado y le he hecho daño? —pregunto, inocente, a mis amigas.

Me siento de lo más incómoda, porque no quiero oír sus respuestas. Sé de sobra lo que me van a decir. Tyler solo me ha pedido una oportunidad, y yo sigo buscando razones para no dársela. Tal vez tenga razón: puede que lo fiche un equipo de California. Quizá no sea en Los Ángeles, pero sí en San Francisco, Las Vegas o San Diego. Todos esos sitios están cerca de la ciudad de mis sueños.

—Bueno, a ver…

Millie intenta edulcorar su respuesta.

—Sí, hija, sí —Sienna me mira triunfante—. Y encima ahora estás celosa de Sophie. Todo sea dicho, lo entiendo, porque a diferencia de Sadie, ella sí que le está tirando la caña a Tyler.

—¿Y me lo dices ahora? —gruño, con un nudo en el estómago.

No quiero pensar en Tyler acostándose con Sophie.

Uf, no… ¡Fuera de mi cabeza!

—Pues claro que te lo digo ahora… —Sienna se ríe y se echa el pelo rubio hacia atrás mientras me mira con ojos brillantes—.

Porque, a diferencia de a esta flor de aquí, a ti se te nota en la cara a kilómetros.

Sienna señala a Millie con la cabeza.

—Dios, soy tontísima…

Me despeino y miro el asfalto bajo mis pies. Tyler tiene razón. Si no le doy, o mejor dicho, nos doy una oportunidad, nunca sabremos si lo nuestro puede funcionar.

Deberíamos averiguarlo; a ser posible, antes de que se vaya al *draft* y se decida su futuro.

—Oye, Millie —pregunto y ella me mira—, ¿vas a seguir con Darren? Quiero decir… a diferencia de nosotras, tú ya sabes el lugar que tienes que ocupar en el futuro. Hasta entonces… ¿estarás con él?

—Pues claro —responde sin dudar.

El brillo de sus ojos me demuestra lo mucho que le quiere. Le sale solo lo de seguir a su lado.

—Van a pasar años hasta que me toque heredar la franquicia oficialmente. Y como dice Sienna, mi hogar está donde esté Darren. Además, tengo dinero suficiente para cruzar el país en avión las veces que haga falta para ver a mis mejores amigas.

Pues nada… Si esos dos pueden hacerlo, yo, también.

---

[1] *N. de la T.* Se refiere a que se muere de envidia.

16

Tyler

Lo que pasa con los líos de una sola noche es que se quedan en eso: una noche y no más.

¿Por qué las mujeres no lo entienden?

Molesto, doy un sorbo a mi cerveza y aparto el brazo de Sophie por enésima vez. Cometí un error de los gordos al tirármela. Pensé que querría olvidarse por un rato de Kyle o Scott, y como yo quería distraerme de Joy, me la follé en el callejón de detrás del bar.

Fue un polvo rápido: me bajé los pantalones, ella se subió la falda, me puse el condón y ya. Dicho y hecho. Pero ahora la tengo pegadita a mí, como si le hubiera puesto un anillo en el dedo. Es una mierda. Y encima, lo peor es que Joy nos ha estado mirando todo el tiempo, como si Sophie me interesara lo más mínimo.

Nada más lejos de la realidad. Además, estaba tan seguro de que a Sophie le gustaba Kyle en secreto… En verdad, ni pensé que Scott pudiera interesarle, porque es unos años mayor que ella.

—Voy a ver cómo está Darren… —digo, dándome la vuelta con la cerveza en la mano antes de que Jake pueda reaccionar.

No está bien dejarlo solo con Phoenix y Sophie, pero ya no soporto estar cerca de ella. Me entran ganas de potar con solo ver los corazoncitos que tiene por pupilas al mirarme. Odio cuando las chicas se obsesionan conmigo porque me las he tirado una vez.

La única que jamás haría eso es Joy. Estoy seguro de que ella nunca me miraría así, ni me haría sentir que soy un chaval que vale oro. Para ella, solo soy yo: Tyler, y eso me gusta.

Por desgracia, la señorita Lin me ha vuelto a dejar claro que piensa sabotear todo lo que tenga que ver conmigo y con nuestro futuro juntos. Está totalmente en contra de que vivamos juntos, aunque solo sea para ver si somos compatibles durante estas semanas que nos quedan. Bueno, yo ya sé que sí, pero en fin…

Me coloco a un paso de Darren y señalo el tequila que tiene en la mesa.

—Yo también estoy igual.

Mi mejor amigo frunce el ceño, preocupado, pero le dirijo una miradita para hacerle saber que no quiero hablar del tema ahora mismo. No hace falta que todo el bar se entere de que lo mío con Joy no va bien, ni tampoco de la lista interminable de excusas que me pone para que no estemos juntos.

Por eso la dejé sola con sus pensamientos la otra noche. He tratado de convencerla una y otra vez, pero ya no sé qué hacer. Así que, ahora, si quiere estar conmigo y darnos una oportunidad, todo depende de ella.

—Toma —Darren deja un vaso lleno de tequila encima de la mesa y se sirve un generoso trago en el suyo—. Por nosotros.

—Por nosotros —repito, tragando el alcohol sin sal ni limón.

Me quema la garganta a saco, pero eso no parece impedir que Darren se sirva un poco más justo después.

—¿Dónde está Millie? —pregunto, buscándola por el bar.

—Haciéndose la ofendida.

Alzo las cejas y Darren rechista.

—Fuera, en casa… —dice, de mala uva—. ¡Yo qué sé!

—¿Os habéis vuelto a pelear? —le pregunto, escrutándolo de cerca.

La frialdad habitual de Darren decae un poco y asiente con los dientes apretados.

—¿Por qué ha sido esta vez? —añado.

Sin decir nada, mueve la cabeza en dirección a Sadie, y yo gimo, molesto. Esto no puede estar pasando. Creía que por fin habían arreglado las cosas, que habían pasado página, pero parece que no.

—Darren… —suspiro y me masajeo el puente de la nariz, esperando que se me ocurra algo útil que decir.

Sinceramente, Millie y él no tienen remedio. Ella está celosa sin motivo, pero él tampoco le da la seguridad de que sus celos son infundados. Pasa demasiado tiempo con Sadie.

—Ven conmigo, anda.

Agarro a mi mejor amigo del brazo y tiro de él para sacarlo del bar y llevarlo al porche que hay detrás de nosotros. Una vez allí,

apoya el culo en la barandilla y se cruza de brazos como un niño pequeño enfurruñado.

¡Por el amor de Dios, no soy su madre sermoneándole!

—No seas tan infantil —le digo—. Ni que fuera tu madre…

—Sí, solo me faltaba que lo fueras… —Pone los ojos en blanco y juraría que le entra un escalofrío—. ¿Qué quieres, Ty? Tú tampoco dejas de discutir con Joy y encima te follaste a Sophie…

—¿Te la follaste?

Me siento como si se me cayera el corazón a los pies de golpe y me doy la vuelta. Millie, Sienna y Joy están de pie en los escalones del porche, mirándome en silencio, atónitas. Joy está blanca como la nieve y se pone a temblar.

Joder, joder, joder…

Se suponía que no debía saber que me acosté con Sophie.

Soy incapaz de emitir ni un sonido, y en su lugar miro a Darren, que me mira con cara de disculpa, pero no tiene nada que añadir en su defensa.

¿Y qué iba a decir? Ha soltado que me acosté con Sophie delante de Joy.

—¿Qué hacéis todos aquí fuera? —Sophie está de pie frente a nosotros y tiene detrás a Sadie y Phoenix—. ¿Todo bien?

Las miro y luego a Joy. Ella me devuelve la mirada, da media vuelta y desaparece.

—¡Joy! —Millie se vuelve hacia nosotros en las escaleras y mira a Darren—. Por cierto, chaval, esta noche duermes en el sofá.

Darren se gira y se queda mirando a su chica.

—¿Y eso por qué? —grita—. ¿Cuál es tu puto problema?

—¿Mi…? —Millie traga saliva, con lágrimas en los ojos—. Ya sabes cuál es.

—¡No, no lo sé! —grita—. Solo quería pasármelo bien contigo, pero tú… ¡me estás estresando!

—Darren —dice Sienna, lanzándole una mirada de advertencia—, aquí, no.

Tiene razón. La verdad es que no hace falta que discutan aquí. Y menos delante de Sadie. No es asunto suyo, por mucho que siga creyendo que ella no está interesada en él y que solo le cae bien.

De todos modos, los problemas de Darren y Millie son mucho más graves que la supuesta amistad que tiene con Sadie.

—Vete a la mierda, anda —suelta Millie y sigue a Joy.

Darren levanta las manos y le pega una patada a la silla que tiene a la izquierda.

—¡Joder! —grita.

—Pero ¿qué coño pasa aquí? —Phoenix se mete entre Sophie y Sadie.

—Tus amigas han salido huyendo —digo—. Voy a ver cómo está Joy…

—Yo voy a por Millie —dice Darren y luego me sigue.

***

Joy y Millie se han volatilizado. Las buscamos por todo el bar y luego fuimos a ver si estaban en casa, pero no las encontramos en el kilómetro y medio que separa el local de esta santa cabaña. Ahora estamos sentados en el porche, en silencio.

—Millie no puede tener hijos de forma natural.

Darren habla tan bajito que creo que le he oído mal, pero la desesperación en sus ojos y sus hombros caídos lo dicen todo.

Estamos sentados uno enfrente del otro, pero Darren no me mira. Apoya los antebrazos en los muslos y sigue pasándose las manos por el pelo, como si buscara una solución.

Sin embargo, sé de sobra que no hay solución para eso. Me cuesta abrir la boca. No me puedo ni imaginar cómo tiene que sentirse Millie, ni la forma en la que esto puede afectar a su relación. Es una persona bastante familiar y, a diferencia de Darren, se lleva muy bien con los suyos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que llegamos aquí —responde en voz baja—. El ginecólogo la llamó el primer día por la mañana.

Darren levanta la cabeza y se seca rápidamente los ojos. Aun así, me ha dado tiempo a ver que los tenía húmedos.

—A Millie se le hace imposible el día a día, y estoy seguro de que tampoco se lo ha dicho a las chicas…

—¿Crees que es por el embarazo de Sienna?

—Sí —responde—. No quiere que afecte a la forma en que Sienna lleva el embarazo. Es tan típico de ella… —Se revuelve el pelo —. Está hecha polvo y, aun así, lo único que le importa es no hacer sentir mal a Sienna. Y la verdad es que a mí me importa una mierda si Sienna se lo piensa dos veces antes de poner la maldita ecografía sobre la mesa o no.

Me gustaría decirle que está siendo injusto con Sienna. Es muy comprensiva y si lo supiera lo que pasa, jamás haría algo así. Sería considerada con Millie y Darren, al igual que Denver.

Pero en fin, hablaremos de eso cuando las cosas se hayan calmado y Darren sea capaz de lidiar con toda la situación. Al fin y al cabo, para él es tan doloroso como para su novia.

—¿Y por qué no os habéis ido? —le pregunto—. A Millie no le viene bien estar aquí. Ahora entiendo por qué está celosa de Sadie.

—¿No ves que es ella la que no quiere irse? —Darren suspira pesadamente y vuelve a secarse los ojos—. Perdona, tío…

—¿En serio vas a disculparte por eso, tal y como están las cosas? —gruño—. ¡Darren, coño! ¡No podéis tener hijos! Al menos, no de forma natural. No es algo que uno pueda ignorar porque sí.

No debería avergonzarse de estar enfadado. Además, me alegra que haya confiado en mí. Tal vez sea hora de que hable de ello. Le haría mucho bien, aunque no creo que pueda aconsejarle como se merece. Yo no tengo hijos, ni tampoco conozco a alguien que esté en su situación.

—¿Cómo os habéis enterado de todo esto? —pregunto con cautela—. No creo que Millie fuera a hacerse una prueba, ¿no?

—No —dice Darren—. Fue más bien una coincidencia. Fue al ginecólogo para dejarse la píldora y ponerse el DIU. La pastilla no le sentaba muy bien. Lo hablamos porque queríamos acostarnos sin condón, pero ella quería usar otro anticonceptivo. Millie se hizo una prueba hormonal por precaución, y los resultados fueron… un desastre.

—Lo… lo… lo siento mucho… —Fijo que mi tartamudeo tampoco ayuda a Darren—. Por los dos.

—Gracias —susurra Darren, frotándose las manos—. No planeaba tener hijos en los próximos diez años. Millie va a heredar los Minneapolis Warriors, y yo voy a jugar. No hay tiempo para niños, y los dos lo sabíamos, pero ahora todo se ve distinto. Para ella, ha sido un horror. Lo primero que me preguntó es si quería seguir con ella pese a todo. Millie cree que la dejaré tarde o temprano por esto.

—Cosa que no harás.

—Claro que no lo haré —me suelta, apretando los puños—. Es la chica de mis sueños. La quiero más que a nada. Y si tenemos que ser solo nosotros dos para los restos, que así sea. Además, tenemos dinero suficiente para considerar otras opciones. Ella lo sabe, pero de momento, se cierra en banda.

—¿Soy la chica de tus sueños?

Una voz increíblemente dulce y tímida interrumpe nuestra conversación, y levantamos la vista. Darren se levanta de un salto y corre hacia Millie, que se lanza a sus brazos sin dudarlo.

—Lo siento mucho —solloza ella—. He estado tan asustada desde… desde que me enteré.

—Lo sé, cariño —dice él, acariciándole la espalda.

Darren se separa de Millie y la mira a los ojos. Le seca suavemente las lágrimas y la besa.

—Pero te quiero más que a nada —añade—. Te lo he dicho mil veces y… no puedo hacer nada más que intentar estar ahí cuando lo necesites.

—Quizá deberíamos ir a algún sitio y estar solos —sugiere Millie —. Necesitamos un poco de tiempo para procesarlo todo.

—Me parece bien —dice Darren.

—Ya he reservado el *jet* —dice de repente—. Acabo de hacerlo. Si hubieras decidido no venir conmigo, me habría llevado a Joy a Hawái…

Millie sonríe y entonces me doy cuenta de que Joy está de pie detrás de ella. Le sonríe a su amiga, pero se la ve muy disgustada. Estoy seguro de que Millie se lo ha contado.

—Venga, vamos a hacer las maletas —dice Darren, tirando de ella.

Los dos se meten dentro de la casa y miro a Joy. Respira hondo, cruza los brazos y se acerca a mí.

—Hola —dice y se sienta frente a mí en el sofá, justo donde estaba Darren hace unos minutos—. Así que… tú también lo sabes, ¿no?

—Darren me lo acaba de contar.

—Ya… Millie también. Ha llorado mucho. No sabía qué hacer. Probablemente habría sido mejor si Phoenix o Sienna hubieran estado con ella.

Se encoge de hombros.

¿De verdad cree que no es la persona adecuada para tener esta conversación?

Para ser sincero, creo que Joy es la única con la que Millie podía hablar del tema.

—¿Por qué crees que eres tan mala amiga? No lo entiendo.

La miro y ella se encoge de hombros.

—Phoe y yo nos hemos distanciado desde que se quedó embarazada. No se me da bien lo de las emociones…

—Joy —digo—, creo que solo podría haberse desahogado contigo.

—¿Eso crees?

La sorpresa se dibuja en su cara y yo me río suavemente.

—Sienna está embarazada, así que era la última persona con la que Millie podía hablar de ello. Phoenix ya tiene una hija y tampoco lo entendería. Bueno, «entender» no es la palabra adecuada… Digamos que ella no podría ponerse en su lugar. Tú tampoco, en verdad. Si puedes tener hijos, jamás pasarás por lo que está pasando Millie, pero en fin…

—Ha sido un *shock* también para mí —suelta, mirándome desde el otro lado de la mesa—. Se puso a llorar y no paraba, y yo… Pensaba que era por Sadie. Quería decirle que se calmara, pero luego salió el tema y…

—Yo también me he quedado flipando.

—Lo siento tantísimo por Millie… —murmura Joy—. Habría sido una madre genial…

—Aún tienen otras opciones —Trato de tranquilizar a Joy—. La adopción o el vientre de alquiler, y no les falta dinero para ninguna de las dos.

—Hay una gran diferencia entre llevar a un niño en tu vientre durante nueve meses y que lo lleve otra mujer —Me mira y frunce el ceño—. ¿Acabo de decir eso? ¡Seré ñoña!

Me río y me levanto para ir hacia ella. Al principio, espero que me rechace, pero Joy se hace a un lado para dejarme sitio en el sofá.

—No siempre tienes que ser fría y distante… —le digo, mirándola a los ojos—. A veces se te permite decir cosas cursis como esa. En fin, como tú dices, claro que es distinto que una madre lleve a su propio hijo…

—Qué vas a saber tú… —Joy me sonríe—. Tyler, yo… En plan, sé que no es asunto mío, pero… ¿echaste un polvo con Sophie?

Sorprendido de que saque el tema justo después de hablar de la infertilidad de Millie, retrocedo ligeramente.

Joy se da cuenta de mi reacción y también se aparta ligeramente.

—Bueno, yo no lo llamaría «echar un polvo»…

—¡Tyler! —Su voz se hace más fuerte, más estridente—. ¿Sí o no?

—Sí —respondo honestamente y podría jurar que oigo algo parecido a un sollozo escapar de su garganta.

Conozco a Joy lo suficiente como para saber que tiene demasiado carácter como para hacer algo así.

—No es lo que piensas…

—¿Que no es lo que pienso? —Se ríe—. ¿No se te ocurre una respuesta más patética?

—De momento, no —respondo con sinceridad—. ¿Qué se supone que tengo que decir?

—No lo sé.

Joy se pasa los dedos por el pelo y me mira de reojo. Está tensa.

—Sé que no me debes nada, pero…

—Pero no te hace gracia y estás celosa, ¿verdad? —Le sonrío y muevo las cejas.

—Eres un caso, Tyler Connor…

Me golpea el brazo, pero le cojo la mano y tiro de ella hacia mí.

Joy pierde el equilibrio hacia delante y apoya la mano en el muslo para no caerse. Nuestras caras están a escasos centímetros y sería tan fácil besarla…

Pero no soy imbécil, y sé que ella no quiere que lo haga.

—¿Por qué te acostaste con ella?

17

Joy

Tyler y yo hemos llevado a Millie y Darren al aeropuerto de Melbourne y ahora estamos de vuelta en el coche. Antes de que pudiera responder a la pregunta de por qué se tuvo que acostar con Sophie, Millie y Darren aparecieron con las maletas hechas. Darren preguntó si Tyler podía acercarlos y, aunque habría preferido hablarlo con él, no dije nada.

En lugar de eso, me ofrecí a ir con ellos para hacerle compañía a Tyler en el trayecto de vuelta. Ahora me arrepiento, porque estamos los dos callados y no parece que vaya a salir tema de conversación. Tyler no quiere responder a mi pregunta. En verdad, lo entiendo; sabía que pasaría. Si yo estuviera en su lugar, tampoco se lo diría.

—¿Te apetece que hagamos una excursión a la playa? —Su voz rompe el silencio del coche y lo miro.

—Sí, claro… —digo en voz baja—. ¿Por qué no?

Me da igual si vamos a la playa o a cualquier otro sitio. Lo importante es que al fin se ha acabado este silencio asfixiante.

Tyler pone el intermitente y cogemos el desvío en dirección a la playa. Pasados unos metros, veo el mar a lo lejos. El agua brilla con la puesta de sol y se me escapa una sonrisa.

No he visto mucho ponerse el sol con esos colores, ni en Lincoln ni en Lexington; por eso me parece aún más bonito. Los últimos rayos de sol se abren paso entre los árboles que bordean la carretera y proyectan una luz preciosa en la piel de Tyler. Ha cogido color en los últimos días y ahora está bronceado.

Así, al volante, está tan sexy… Lo agarra con la mano derecha y descansa el brazo en la puerta del conductor, mientras que posa el izquierdo en la consola central.

—¿En qué piensas? —pregunta para romper el silencio de repente.

Me muerdo el labio como si me hubiera pillado haciendo algo prohibido.

—En nada…

Desde luego, no es la respuesta más elocuente…

Tyler sonríe y me coge de la mano. No dice nada ni me deja ver su expresión; tan solo entrelaza nuestros dedos y apoya nuestras manos sobre la consola central.

Yo tampoco digo nada. Ignoro los latidos de mi corazón en el pecho y hago como si no me afectara que me acaricie el dorso de la mano. Está tan guapo al volante del SUV[1] que me entran ganas de suspirar de placer.

—¿En nada? —pregunta y me mira brevemente—. ¿Quieres saber en qué estoy pensando yo?

—No.

—¿Por? ¿Tienes miedo de mi respuesta?

Se le ve relajado; no está para nada tenso.

¿No le pone nervioso la situación?

Claro que no. Ha tenido el valor de cogerme de la mano y preguntarme en qué pensaba. Tyler está más fresco que una lechuga.

—Bueno, pues nada, dime en qué estás pensando… —le contesto con cierta picardía, y él se ríe por lo bajini.

Me alegro de que le divierta todo esto.

—Estoy pensando en ti… —confiesa y yo giro la cabeza—. Y no me mires como Bambi cuando murió su madre. ¿En qué creías que estaba pensando?

—Pues no sé —respondo con sinceridad.

—Me enfadé contigo… y conmigo mismo —Suspira—. Y lo de Sophie, bueno… Me acerqué a ella y hablamos un poco, mientras que tú estuviste bailando con Kyle toda la noche.

—No, si ahora será culpa mía que no fueras capaz de tener la polla quietecita en los pantalones…

—No —responde él—. Yo no he dicho eso. Hablé un poco con ella y me dio la impresión de que le gustaba Kyle. Me preguntó quién eras y luego me dijo si quería marcharme con ella.

Aparto la vista hacia la ventanilla del copiloto. No me atrevo a mirarle. ¿Por qué le habré hecho una pregunta tan estúpida? No

quiero que me cuente cómo fue el sexo con otra mujer. Y encima, unas horas antes de que nos acostáramos…

—Me preguntó si quería irme con ella, y bueno, no había razón para no hacerlo —Respiro hondo, cierro los ojos y pienso que solo se acostó con ella—. ¿De verdad quieres oír esto?

—Sí —respondo—. Sigue.

—No nos alejamos mucho del local. Nos metimos en un callejón entre el bar y un supermercado y allí me la follé.

—Qué asco…

Eso sí que es caer bajo, incluso para mis estándares. Yo misma no soy precisamente un angelito y no necesito hacerlo en una cama, pero lo de follar ahí, en un callejón… Eso no lo haría ni de coña.

—Bueno, esa es una manera de verlo, sí… —suspira y conduce el SUV hasta el aparcamiento de la playa.

A través del parabrisas contemplo una vista impresionante del océano Índico. El sol casi ha desaparecido tras el horizonte.

—Acabamos bastante rápido y luego me fui —añade.

—Ajá…

—Y por lo visto, es una de esas chicas que no entienden lo que es un rollo de una noche.

Me muerdo el labio inferior para no reírme, pero no puedo. Me cuesta aguantarme y acabo soltando una carcajada maliciosa que no parece tener fin.

—Por eso estaba hoy contigo…

—Sí —dice, apagando el motor.

Tyler se desabrocha el cinturón y yo hago lo mismo. Cojo mi bolsito de la alfombrilla del lado del copiloto y salgo. Poco después, él cierra el coche y yo camino hacia él.

—La he tenido pegada como una lapa todo el rato, pero tampoco quería rechazarla a saco. Aquí somos invitados…

—O sea que prefieres dejar que se haga a la idea ella solita y que yo piense que lo vuestro es algo más que un rapidín en un callejón.

—Sí, eso parece… —Tyler frunce los labios y se guarda las llaves del coche y el iPhone en los vaqueros—. Venga, vamos a la orilla.

Una vez más, nos quedamos callados hasta que llegamos a la playa y nos quitamos los zapatos para caminar los últimos metros hacia el agua. El mar está en calma y la luz del sol ya es solo un recuerdo.

—¿Nos sentamos? —Tyler señala la arena—. Bueno, si te da igual que se te pegue la arena… Ya sabes.

—Como si la arena hubiera sido alguna vez un problema para mí…

Me río entre dientes y me siento. Tyler hace lo mismo y se acomoda en la arena, a mi lado.

Nos quedamos mirando al mar unos instantes, antes de que vuelva a hablar.

—Creo que siempre me ha gustado eso de ti —dice Tyler sin mirarme—. Esa forma de ser tuya, que lo hace todo más fácil. Nunca has sido la típica chica. Bueno, ya sabes… ahí dentro.

Me dedica una sonrisa y me mira de forma sugerente mientras me da un repaso, y yo pongo los ojos en blanco.

—Saltabas en los charcos de barro en vez de esquivarlos de puntillas, cogías las arañas y no gritabas para que me deshiciera de ellas… —Tyler enumera mis cualidades, supuestamente poco femeninas—. Nunca te pasabas con lo de arreglarte ni te echabas cien kilos de maquillaje en la cara. Bueno, ahora te maquillas más, pero te queda bien. Te sales de lo común y siempre, pase lo que pase… eres tú misma.

—Vaya… —Me quedo atónita con su monólogo.

Nunca me había visto así, ni había pensado en mí misma de esa manera.

—Para ser sincera, nada de eso me hace parecer un imán para los tíos.

—¿Por qué dices eso? —pregunta.

Me observa con sus ojos azules y se le dibuja una sonrisa en los labios.

—¿Lo dices porque no tienes el pelo rubio o porque, en el fondo, eres más cortada que nadie?

Inclino la cabeza.

—Joy… —susurra, acercándose a mí.

El corazón empieza a latirme más y más rápido y se me pone la piel de gallina cuando Tyler me acaricia la mejilla con las yemas de los dedos. Luego envuelve un mechón de mi pelo en uno de ellos y añade:

—Para mí, eres la chica perfecta; tal y como eres.

—Tyler, yo…

Me quedo sin palabras ante su confesión.

—Sí, yo también quiero besarte.

Eso no es lo que quería decir, pero antes de que pueda reaccionar, su boca está sobre la mía. Sus labios se encuentran con los míos con una dulzura sin precedentes. Me suelta el pelo y me pone la mano en la nuca. Le devuelvo el beso y abro ligeramente la boca para dejar que su lengua la explore.

Me besa con necesidad, pero no con demasiada avidez. Es la cantidad justa de pasión y ternura; el equilibrio perfecto. Hago acopio de mi valentía, me acerco aún más y me entrego a él para demostrarle todo lo que siento.

Le quiero.

Llevo queriéndole más de seis años.

Este beso me hace sentir que no es demasiado tarde, que aún cree en nosotros, a pesar de todas veces en las que le he puesto trabas o le he rechazado.

—Ty… —digo con un hilo de voz, mientras nos separamos para recuperar el aliento—. Solo quería decirte que yo…

—Ya me lo dirás más tarde… —murmura, tirando de mí para ponerme a horcajadas sobre su regazo.

Aprieto la pelvis contra la suya y, cuando le rodeo el cuello con las manos, los dos gemimos.

Es evidente que el beso ha despertado en nosotros un instinto juguetón, y estamos haciendo todo lo posible para superarnos en ese sentido.

Joder, qué bien besa…

Me aprieto contra él y presiono mi sexo contra su polla. Noto cómo se endurece en sus vaqueros.

Tyler me suelta el cuello y me pone las manos en el culo. Me masajea las nalgas y me mece arriba y abajo sobre su polla.

Cuando dirige las manos al botón de mis vaqueros, me separo de él, respirando con dificultad.

Tiene los labios ligeramente separados y el deseo que se le refleja en los ojos me pone aún más cachonda, pero ahora no puedo acostarme con él. Al menos no sin decirle algo antes.

—He sido una idiota —Me disculpo—. He buscado todas las excusas posibles para no tener algo contigo. Tengo miedo, Tyler. Estoy cagada por el futuro. Necesito saber qué va a pasar, tener el control, y si escojo una vida contigo… No sé si te tendré siempre a mi lado.

—Lo entiendo —dice, soltándome la cintura.

Tyler me pone las manos en las caderas y me sube la camiseta para colarme las manos por debajo. Su tacto vuelve a ponerme la piel de gallina y siento un cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿Aún crees que merece la pena arriesgarse por mí?

Me lo pregunta sin más. No quiere discutir ni tampoco intenta convencerme.

—Creo que sí —admito con una sonrisa—. Cuando te vi con Sophie… se me partió el corazón, Ty. Estaba tan enfadada, tan triste y…

—¿Celosa? —Sonríe, como si quisiera animarme—. Creo que esa es la palabra que estás buscando. He estado observándote todo el tiempo, nena. Parecía que ibas a explotar en cualquier momento y a darle un puñetazo en la cara. Eso tampoco es de ser una señorita educada, pero a mí me pone.

—¡Tyler!

Le doy un puñetazo en el pecho y se ríe. Luego se inclina de nuevo y me roba un beso.

—Dime que sí… —susurra, pasando los labios de mi boca a mi cuello—. Dime que sí a una vida a mi lado…

—Eso no es jugar limpio.

Se ríe cuando intento apartarme y me mete descaradamente la mano derecha en los vaqueros y aún más adentro, en mis bragas, hasta llegar a mi coño.

—¡Estate quieto!

—Ah, no, no, nena… —me susurra—. Vamos a echar un polvo increíble con vistas al océano. Luego nos desnudaremos, volveremos a follar en el mar y después en el coche… puede que por detrás, encima del capó. Quiero follar contigo en plan guarro, tanto que no pueda echarte de menos en los meses en los que estaremos separados, o al menos, lo suficiente como para no tener que recurrir a mi mano todos los días.

—Lo cual me lleva a… —Echo la cabeza hacia atrás al notar cómo desliza el dedo corazón entre mis labios vaginales y luego me lo mete—. ¡Oh, joder, Tyler! ¿Cuándo dices que será eso?

—Habrá que esperar al *draft* —Gruñe y yo gimo de nuevo—. Méteme la mano en los pantalones…

Le bajo la cremallera de los vaqueros con los dedos temblorosos y le meto la mano en los calzoncillos para acariciar su erección. Tiene la piel aterciopelada y está caliente.

Le masturbo con movimientos constantes mientras él me mete y saca los dedos en el coño. Vuelvo a gemir y levanto un poco la pelvis para facilitarle el acceso a mi carne húmeda.

—Habrá que esperar al *draft*… —repite, y yo asiento—. Y si yo tengo que ir a Nueva York, tú te irás a Los Ángeles de todos modos.

—Tyler, yo…

—No, Joy —me detiene de inmediato y me mira con severidad—. Tu sueño es trabajar de psicóloga en Los Ángeles y quiero que lo cumplas. No te quiero en Nueva York solo para que estés conmigo. Eso no está bien. ¿Qué importa lo que hagan los demás o lo que piensen los periodistas o los fans? Prefiero que seas feliz en la otra punta del país a que te mueras del asco en Nueva York conmigo. Tal vez, en el futuro, se me abran otras puertas…

—Pero… ¿lo dices en serio'?

—Claro que lo digo en serio —Parece casi ofendido—. Lo haremos a nuestra manera.

—Vale —respondo y vuelvo a besarle.

Tyler me devuelve el beso y acelera el ritmo de sus dedos en mi interior.

—Quítate los pantalones. Te quiero a ti, entera.

—Ahora sí que creo que no me convence lo de la arena… —respondo y él pone los ojos en blanco y estira de la tela de mis vaqueros—. ¡Lo digo en serio!

Me pongo de pie, bajándome los pantalones y las bragas lo suficiente para que me vea desnuda.

La mano de Tyler se abre paso entre mis piernas y la humedad que gotea de mis adentros le empapa los dedos.

Joder, cómo me pone…

Me sonríe, satisfecho, y se moja la polla con mi humedad.

—¿Puedes coger mi cartera? —me pregunta, con la voz llena de lujuria—. Llevo un condón ahí dentro.

Se gira hacia la izquierda para que pueda sacársela del bolsillo trasero. La abro rápidamente, saco el condón y rasgo el envoltorio. Luego deslizo el látex sobre su polla erecta y arrojo la cartera a la arena, junto a nosotros.

Tyler me acerca a él tirando de los muslos y me coloca justo encima de su sexo.

—¿Estás lista?

—¿Cuándo no lo he estado? —le respondo, guiñándole el ojo.

—Joder… —gime mientras bajo la pelvis despacio—. Sigues siendo mi perdición, nena…

—No esperaba menos… —respondo, posando mis labios sobre los suyos.

---

[1] *N. de la T*. Por sus siglas en inglés, «vehículo utilitario deportivo».

18

Joy

—Buenos días, preciosa…

Suelto una risita y justo después, gimo, al notar que Tyler se introduce entre mis piernas.

¿No irá a…? Joder, ya está dentro de mí. ¡Pero si nos hemos pasado toda la noche haciéndolo en esta casa!

—Pienso despertarte así cada mañana… —dice.

—Serás tonto…

Me río, pero mantengo los ojos cerrados y disfruto de la sensación de su polla poniéndose dura dentro de mí.

—Pero la verdad es que podría acostumbrarme… —admito.

Él también se ríe y me coloca la pierna izquierda alrededor de su cadera para metérmela hasta el fondo. Me lo hace despacio, a un ritmo pausado, pero me gusta. La tarde y la noche de ayer fueron de todo menos tranquilas.

Después de follármelo a horcajadas sobre la arena, nos quitamos el resto de la ropa y nos dimos un chapuzón en el mar. Nos abrazamos en el agua, pero no lo hicimos allí.

Cuando llegamos al coche, en cambio… Tyler mantuvo su palabra y me lo hizo por detrás, encima del capó del SUV. O más bien por encima del capó, porque es bastante más alto que yo. Cuando volvimos a la casa, nos metimos en la ducha, volvimos a hacerlo y me lo comió hasta llevarme al séptimo cielo.

—Eres tan perfecta… —me susurra, y sus labios me hacen cosquillas en el cuello—. Es como si tu coño estuviera hecho para mí. Joder, nena, estás buenísima…

—Joder, sí… —digo en voz baja ante sus suaves embestidas y arrimo la pelvis a la suya—. Házmelo más fuerte, Tyler…

—No… —susurra contra mis labios, sin dejar de moverse adelante y atrás, con cierta dejadez.

Le clavo los dedos en el cuello y gimo cada vez que nuestros cuerpos se rozan. Su forma de follarme es muy dulce, muy tierna,

en comparación con lo que hemos vivido en los últimos años y con lo que hicimos anoche en la playa.

—¡Oh, Tyler…! —grito, arqueando mi cuerpo bajo el suyo.

Él acelera el ritmo de sus embestidas hasta que acaba corriéndose dentro de mí.

Su cuerpo se desploma sobre el mío y sale de mí para dejarse caer a mi lado. Miro al techo y me quedo quieta mientras el colchón se hunde a mi vera. Tyler debe de haberse dado la vuelta.

Giro la cabeza para ver su cara de satisfacción y la amplia sonrisa en sus labios. Tyler me echa el pelo hacia atrás.

—Buenos días, nena —repite, para desearme un buen inicio de mañana—. ¿Qué tal has dormido?

Las yemas de los dedos de Tyler me recorren el brazo derecho hasta llegar a mi mano y, luego, al estómago.

—Genial, ¿y tú?

Me giro para mirarle a los ojos.

—Yo también —dice con una sonrisa y se inclina hacia mí.

Sus labios se encuentran con los míos y nos besamos lentamente. Tenemos todo el tiempo del mundo y queremos aprovechar al máximo los días que nos quedan de vacaciones, antes de que la rutina en Lincoln nos exija volver.

—Me encanta cómo te queda el pelo azul…

Me da un vuelco el corazón al oír sus palabras y siento un cosquilleo en el estómago.

Tyler sonríe.

—¿Te sorprende?

—Bueno, todas las chicas con las que te he visto eran rubias…

—Otra vez ese tema no… —Gime y me besa los labios y luego el cuello—. En serio, Jolene, no quiero volver a oírlo.

—¿Ahora vuelvo a ser Jolene?

Levanto las cejas y lo miro.

Tyler se ríe, con la voz ronca que se suele tener de buena mañana.

—Siempre serás Jolene para mí —Sonríe aún más—: te guste o no.

—Para serte sincera —Vacilo antes de continuar, porque me siento extrañamente cortada de repente—, no me importa… pero no vayas divulgándolo por ahí. Tengo una reputación que mantener.

—¿Una reputación?

Tyler se echa a reír. Es curioso lo relajados que estamos el uno con el otro, y más en la cama. Desnudos, después de hacer el amor toda la noche.

—¿Y cuál es exactamente tu reputación? —pregunta.

—Pues no muy buena, me imagino…

Me encojo de hombros, intentando restarle importancia. Sé que mi reputación en la uni es más bien de promiscua y facilona. Pero bueno, tenía derecho a divertirme y a disfrutar de mi dosis de sexo. Así que mejor que nadie se atreva a echármelo en cara…

Tyler no me contesta, lo que confirma mis sospechas.

—Adelante, pregunta… —Suspiro—. Sé que te mueres por hacerlo…

Clava los ojos en mí y entonces deduzco que quiere saber con qué jugadores del equipo de fútbol me he acostado. La respuesta es más fácil de lo que Tyler se imagina: solo fue con Ethan.

Tuvimos algo durante unas semanas, hace un año y medio. No solía acostarme con nadie de la uni; prefería quedar con chicos de Lincoln y alrededores.

—No es asunto mío.

Aunque intenta que suene lo más creíble posible, se da la vuelta y se tumba boca arriba. Tyler apoya la cabeza en su brazo derecho y me rodea con el izquierdo. Me acerca a él y dejo caer la cabeza en su pecho, donde las yemas de mis dedos bailan y le ofrecen caricias.

—Eso fue antes de mí, antes de nosotros —añade.

—Solo me acosté con Ethan —digo en voz baja.

Tyler respira hondo y hace una pausa de unos segundos.

—Pero no fue nada serio —añado—. Tuvimos un rollete que no duró casi, porque luego llegaste a Lincoln.

Exhala y su pecho se desinfla como lo hace un globo al que han pinchado con una aguja.

—Salía sobre todo con chicos de Lincoln y alrededores —continúo —, pero nunca tuve nada serio con ellos.

—¿Hasta ahora? —Tyler suena inseguro y se le tensa el cuerpo.

Sonriendo, levanto la cabeza y le miro.

—Sí, hasta ahora.

Confirmo su suposición y aprieto los labios contra los suyos.

***

Es un milagro que Tyler y yo hayamos conseguido salir de la cama, ducharnos, vestirnos e incluso desayunar más tarde de lo normal, antes de que Sienna, Denver, Phoenix y Jake se pasen por nuestra casa después del mediodía, con Charlotte en brazos.

Estoy sentada en el porche. Tyler, en cambio, está dentro. Quería hablar con sus padres y con su nuevo representante sobre el *draft*, por el que aún estoy preocupada. Si Tyler tiene que ir a Nueva York y yo tengo que vivir mi sueño en Los Ángeles, no sé si la distancia acabará con lo nuestro. Solo nos veríamos cada dos semanas, es decir, dos veces al mes.

No pinta muy bien, pero no quiero renunciar a mi sueño. No importa lo egoísta que les parezca a otras personas. Es una regla no escrita entre los deportistas profesionales que su vida personal se rige en función de lo que dicte el club. Pero me aterra la idea de separarme de Tyler…

—¡Hola!

—Hola —respondo con una sonrisa y me levanto para saludar a mis amigas.

Sienna y Phoenix están perfectas, como siempre. Las ondas rubias de sus melenas caen sobre sus hombros. Se han maquillado de forma sutil y ambas llevan vestidos florales que las hacen parecer más recatadas de lo que son.

Yo, en cambio, llevo el pelo recogido en un moño desaliñado, el maquillaje un poco corrido y unos vaqueros cortos y un top holgado de punto. Jake y Denver también llevan pantalones cortos vaqueros y camisetas negras. A la pequeña Charlotte la ha vestido su mamá con un vestido rosa y una diadema a juego en la cabeza.

—¿Está Tyler en casa? —pregunta Denver con una sonrisa después de saludarme y yo asiento.

—Sí —le digo—. Estaba hablando por teléfono con sus padres, pero imagino que le quedará poco.

—Vale —dice con una sonrisa—. Ah, Joy, por cierto…

—¿Sí? —le miro y veo cómo su sonrisa se vuelve más amplia.

Tengo sensación de que hay algo que no cuadra. Jake no puede evitar reírse y Phoenix y Sienna intentan mantener la cara seria, pero ellas también fruncen los labios para aguantarse la risa.

—Bonito chupetón… —Denver se da golpecitos en el cuello con el dedo índice y me guiña el ojo—. Al final Tyler te lo ha acabado haciendo, ¿eh?

Se me cae la cara de vergüenza y me echo la mano derecha al cuello con demasiada fuerza. Suena un golpe seco y Denver y Jake se ríen aún más.

—¡Tú, adentro! —grita Phoenix, apartando a su hermano de un empujón—. Eres imposible y, además, quería ser yo quien se lo soltara. ¡Ya has tenido que joderlo!

No puede ser verdad… ¿Se ha picado con él por eso?

Pongo los ojos en blanco. La verdad es que yo tampoco me lo habría callado si estuviera en su lugar.

Cojo el iPhone, que está en la mesita delante de mí, y abro la cámara frontal.

—Hostia puta… —Suelto un grito ahogado y me froto el morado del cuello como una descosida—. Os juro que lo mato…

Denver y Jake siguen riéndose, pero poco después, se meten en casa, y vuelvo a dejar el iPhone encima de la mesa que tengo delante. Luego me dejo caer en el sofá de mimbre y miro a mis amigas. Sienna y Phoenix se mueren de curiosidad; lo noto.

—Adelante, preguntad…

—¿Cuándo y cómo y dónde? Y lo que es mejor… —Phoenix se ríe diabólicamente—. ¿Cuántas veces?

—Phoe… —Sienna intenta hacerse la indignada, pero no puede evitar sonreír—. La próxima vez, sé un pelín más discretita…

—¡Sí, venga…! —responde Phoenix—. Ella no habría sido discretita.

Pongo los ojos en blanco.

Sienna parece pensárselo y luego asiente.

—Bueno, eso es verdad… —dice, divertida, mirándome directamente a los ojos—. Responde, Joy.

Suspiro, pero sonrío de todos modos. El recuerdo de anoche y de esta mañana me enternece el corazón y siento que las mariposas del estómago vuelven a alterarse.

—¿Qué queréis que os diga?

Me retuerzo, inquieta. Por algún motivo, me resulta difícil hablar de sexo ahora mismo. Yo, que nunca he tenido pelos en la lengua con lo mejor que existe en este mundo, estoy muerta de vergüenza.

Quién me ha visto y quién me ve…

—Al menos danos algo más que esa mirada tontorrona… —dice Phoenix secamente, haciendo un gesto en mi dirección, como si me instara a abrir la boca de una vez por todas.

—Llevamos a Millie y Darren al aeropuerto de Melbourne —digo, mirando a mis dos amigas—. Eso lo sabéis, ¿no?

Las dos asienten.

—Antes de que Darren le preguntara a Tyler si podía llevarlos, estábamos en proceso de arreglar las cosas…

—¿Cómo, enrollándoos?

—Hablando, Phoe… —Pongo los ojos en blanco—. Una vez volvimos del aeropuerto, Tyler me preguntó si quería ir a la playa y le dije que sí. Luego hablamos y… decidimos intentarlo. Nos hemos dado una oportunidad, sin olvidarnos de que él tiene que hacer lo suyo y yo, lo mío.

Sienna y Phoenix se quedan en silencio un momento, mirándose la una a la otra, hasta que Phoenix finalmente suspira y se vuelve hacia mí.

—¿Y crees que funcionará?

—Pues no lo sé —digo con sinceridad—, pero así están las cosas ahora mismo. Sé que Tyler no diría que no si yo quisiera irme con él, pero queremos esperar al *draft*.

—Vale —dice Sienna—. ¿Y qué pasó después? ¿Os acostasteis? ¿En la playa?

No puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Una vez más, me vienen a la mente las imágenes de mí, subida a horcajadas en su

regazo, en la arena, y de nosotros haciéndolo en el coche, un poco más tarde.

—¿¡Lo hicisteis en la playa!? —exclama Sienna, clavándome los dedos en el brazo—. ¿Y cómo fue?

—Bien —respondo, y cuando me doy cuenta de que no está satisfecha con la respuesta, gimo—. Estuvo muy bien. Fue perfecto. Perfecto, ¿vale? No lo hicimos en el mar, pero después, sobre el capó, sí, y…

—Espera, espera… —Phoenix levanta la mano para que me calle un segundo—. ¿Sobre el capó?

Mi amiga señala el SUV de color negro aparcado delante de la casa y yo asiento.

—Bueno… —farfullo—. Puede que Tyler me pusiera de espaldas y me lo hiciera por detrás.

—¡Pero bueno…! —chillan mis amigas.

—¿Qué fantasía es esa? —añade Sienna, y al ver la expresión soñadora de su cara, prefiero no saber lo que está pensando.

De verdad que no, porque lo que hicimos nos pertenece a Tyler y a mí; a nadie más.

—¿Y ahora estáis juntos? —pregunta Phoenix, dirigiendo la conversación de nuevo a un tema mucho más tranquilito.

—Sí —Sonrío cariñosamente—. Queremos intentarlo…

—Nos alegramos mucho por vosotros… —Mis amigas saltan de alegría y se abalanzan sobre mí—. ¡Joy está enamorada y tiene novio…!

Están más emocionadas que yo…

Me sueltan y se sientan: Phoenix, a mi lado, y Sienna, en la silla de enfrente. De repente, se ponen muy serias.

—Oye, lo de Millie… —dice Sienna en voz baja—. Nos llamó y nos lo contó por teléfono. Dijo que, bueno… que Tyler y tú ya lo sabíais y que, por favor, se lo dijéramos a Jake y a Denver. Darren no quería hablar de ello.

—Ya… —Me aclaro la garganta—. Después de enterarme de que Tyler se acostó con Sophie, ella… me siguió. A mí se me pasó el cabreo poco después, pero ella se puso a llorar otra vez y… casi le

suelto que parecía una paranoica. En plan… No es que yo sea muy amiga de Darren, pero sé que la quiere.

Phoenix y Sienna asienten. Ambas guardan silencio, pensativas. Sienna se lleva las manos a la barriga. La idea de no poder tener un bebé debe ser horrible para ella.

—En fin, entonces me soltó la bomba —continúo—. Intenté calmarla y estuvimos hablando un buen rato. Millie decidió que sería buena idea volver a casa con Darren y solucionarlo juntos.

—Y yo aquí, embarazada, erre que erre con el temita… —Sienna sacude la cabeza y se pone las manos en las mejillas—. Me siento tan mal por Millie…

—No me lo dijo, pero imagino que no quería desilusionarte con lo del bebé —No tengo ni idea de si es así, pero me parece obvio—, ni tampoco amargarte a ti con el tema de Charlotte.

—Millie habría sido una madre estupenda… —dice Phoenix con una sonrisa.

Le devuelvo la sonrisa y Sienna, también.

Se abre la puerta y Tyler, Denver y Jake, que tiene en brazos a Charlotte, salen y se unen a nosotras. La peque hace un amago de alcanzar los brazos de su mamá. Phoenix coloca a su hija en su regazo y yo me levanto para dejar que Jake se siente a su lado.

—Gracias —dice y cojo la silla vacía que hay a su lado.

Tyler se sienta a mi lado, en el reposabrazos de mi asiento y me pone la mano en el cuello. Al principio, me estremezco, porque no estoy acostumbrada a tenerle tan cerca, pero él no dice nada y me masajea el cuello.

—¿Estabais hablando de Millie y Darren?

Denver es el primero en hablar y rodea con fuerza a Sienna y al bebé que lleva en el vientre. Todos pensamos que es horrible que nuestros mejores amigos sufran tanto.

—Sí… —digo, acercándome automáticamente a Tyler—. ¿Y vosotros?

—También… —responde—. Darren no responde a nuestros mensajes.

—Millie dijo que no quería hablar del tema —dice Phoenix—. Deberíamos darles el tiempo que necesiten…

Todos asentimos y Tyler me pasa el brazo por los hombros para acercarme más a él.

—¡Bueno…! —dice Jake, dando una palmada para acabar con la tensión—. ¿Qué tal si vamos a la ciudad a por unas hamburguesas? ¡Invito yo!

Aliviados, nos levantamos y nos dirigimos a los coches.

—¿Qué te parece si luego hacemos otra excursión a la playa? —pregunta Tyler, acercándose a mí.

Me rodea con los brazos y presiona suavemente sus labios contra los míos. Le devuelvo el beso y me acurruco contra él. Luego le poso las manos en la nuca y le acaricio con las yemas de los dedos.

—Me parece bien… ¿Mismo plan que ayer?

Tyler se ríe y vuelve a besarme.

19

Joy

Las Vegas, un mes y medio después.

Han pasado casi dos meses desde nuestras vacaciones en Australia. Desde entonces, Tyler y yo nos hemos estado conociendo poco a poco, y ahora sabemos que estamos hechos el uno para el otro. Ni siquiera el *draft* o un posible fichaje a la otra punta del país nos separarán.

Desde que volvimos a Lincoln, toda su atención se han centrado en lo que pueda suceder este fin de semana. Tyler jamás lo admitirá, pero tiene los nervios de punta. Al fin y al cabo, lo que se decida aquí definirá su vida en los próximos años, y la mía, también.

Hace poco empecé con el trabajo de fin de grado, así que no he tenido mucho tiempo para pensar en el *draft*, pero ya llevamos dos días aquí y el famoso evento que se celebra a lo grande en esta ciudad en medio del desierto está al caer.

Las Vegas se está preparando para el *draft* de este año. Para nosotros, es toda una aventura, y estoy muy contenta de compartirla con mis tres mejores amigas y el amor de mi vida. Jake, Denver y Darren también están aquí.

Las cosas van muy bien entre Millie y Darren. Han hablado largo y tendido sobre sus problemas para concebir. De todos modos, ahora mismo no quieren tener hijos y, cuando llegue el momento, tendrán recursos de sobra para conseguirlo por medio de la adopción o de la gestación subrogada[1].

Millie también ha hablado del tema con Sienna, que para eso es su mejor amiga. Jamás quiso que ella pensara que no se alegraba de que estuviera embarazada, pero también le dijo que necesitaba un poco de espacio.

Sienna ya está en su vigésima semana de embarazo y tiene una barriguita preciosa. Aún no sabemos el sexo, porque se empeña en mantenerlo en secreto. Phoenix está segura de que es un niño,

aunque en un principio apostó por una niña. Cree que la barriga de Sienna tiene una forma diferente a la suya cuando estaba embarazada de Charlotte.

Cogidos de la mano, Tyler y yo seguimos a Millie y Darren hasta la enorme sala en la que se celebra el *draft*. El logo del *draft* de este año, así como los principales patrocinadores del evento, aparecen de forma intermitente en tres pantallas adyacentes.

Frente a ellas habrá unas diez filas de sillas para los aficionados de los distintos clubes, a los que se les ha permitido entrar en la sala detrás de nosotros.

Tyler me aprieta suavemente la mano y me sonríe. Lleva unos días nervioso, pero hoy está aún peor. La incertidumbre le corroe por dentro. Los expertos, el entrenador Flanders, su padre y Millie, han predicho que lo van a elegir en la primera ronda.

Eso nos vendría genial, porque así podríamos disfrutar de los próximos dos días que nos quedan juntos. Darren, Jake y Denver también tienen muchas posibilidades de que los elijan hoy. El Lincoln College está que se sale este año.

Hay un par guardias de seguridad escoltándonos, y uno de ellos, que ha sido asignado a los chicos, habla animadamente con Darren hasta que Millie le lanza una miradita para que se calle. Al parecer, dentro de poco, su abuelo anunciará la primera elección del *draft* para los Minneapolis Warriors.

—Esos son nuestros sitios.

Millie se vuelve hacia Tyler y hacia mí y nos señala un reservado en la esquina de lo más acogedor.

Detrás de nosotros están los padres de Tyler, Monica y Kurt; y la hermana de Darren, Dana, que para su sorpresa, ha venido desde Texas. Sus padres siguen sin mostrar ningún interés por su pasión por el deporte y, a diferencia de los padres de los otros chicos, no le apoyan en absoluto.

Los padres de Denver y Phoenix, la señora Jones y su pareja, John; junto con su hermana pequeña, Madison; y su novio Fynn, así como los padres de Jake, también están presentes.

Vamos, que está toda la familia Jones-Sullivan. Casi cuesta creer que Tyler, Jake y yo seamos los hijos únicos del grupo.

Maya, la hermana de Millie, está sentada con su abuelo. Millie ha renunciado a ocupar su lugar en la dinastía de los McDonald para estar con Darren.

—Esto es increíble —digo, maravillada, sacando el iPhone del bolso para hacer una foto.

—Y que lo digas…

La madre de Tyler me sonríe amablemente.

Cuando sus padres se enteraron de que éramos pareja, su madre quiso hacer las maletas y mudarse a Lincoln. Por suerte, Tyler la convenció de que no era buena idea.

Mis padres también se emocionaron una barbaridad. Sentí que mi madre se libraba de una carga de varias toneladas que le oprimía el pecho, solo porque yo al fin había encontrado a un hombre.

Eso sí, no cumplí con su deseo de que mi fase rebelde —como ella llama a mi pelo azul, que ahora es rosa— y mi maquillaje provocativo se quedaran en algo del pasado.

Hace dos semanas, mis puntas, que llevaban casi dos años siendo azules, se volvieron rosas. Al principio, Tyler me miró con escepticismo. Sabía lo mucho que le gustaban mis puntas azules, pero luego se hizo a la idea y ahora le flipan.

Hoy llevo un mono negro con tirantes anchos que se unen en un escote de vértigo. Llevo los pechos sujetos con cinta adhesiva. No hace falta decir Tyler estuvo siguiéndolos con los ojos allá adonde iban minutos después de que saliera del baño.

Me he puesto un par de joyas discretas y me he pintado los ojos en plan ahumado[2]. Llevo el pelo suelto y me lo he ondulado para la ocasión.

Miro a mi novio y sonrío. Tyler está guapísimo y me dan ganas de arrastrarlo al cuarto de las escobas más cercano y tirármelo allí mismo.

Aunque bueno, como hay que mantenerlo en forma, nos pasamos la vida haciéndolo…

En fin, ese traje negro le queda genial con la camisa blanca. Lleva el pelo peinado con gomina y también se ha dejado una barbita cuidada de tres días que remata su *look*.

Millie y yo nos sentamos la una al lado de la otra, entre Tyler y Darren, para que el asistente ejecutivo y los encargados de gestionar a los medios puedan sentarse junto a ellos si es necesario.

—Tía, te lo digo una vez más: estás que te sales.

Le inclino la cabeza a Millie para darle mi aprobación.

Lleva «el famoso vestido», como lo llama Darren, que se puso en la cena de ensayo de la boda fallida de Dana. Es rojo, tiene un escote bastante pronunciado y está sujeto al cuello por dos finas cadenas de oro. La abertura de la pierna le llega hasta la cadera. Darren dice que ese vestido les da suerte.

Mi amiga lleva los labios de color rojo sangre, y con esa melena que lleva recogida a la altura de la nuca, está arrebatadora esta noche.

—Tú también… —responde con una sonrisa y me guiña el ojo.

Me vuelvo hacia Tyler y le pongo la mano en el regazo. La estrecha suavemente y me mira.

—¿Qué te parece? —susurra.

—Que todo esto es una pasada, ¿y a ti?

—A mí también —Se ríe suavemente y me da un besito justo debajo del lóbulo de la oreja, lo que me pone la piel de gallina—. Eres la mujer más guapa que hay aquí esta noche…

—¿Tú crees?

—¡Pero nena…! —Gime y me besa con fuerza—. Simplemente dame las gracias por el cumplido…

—Gracias.

Suelto una risita y vuelvo a besarle.

Durante la siguiente hora, Tyler se dedica a entablar conversación con los que se acercan y a presentarme como su pareja. Me emociono cada vez que pasa y sonrío a todos los representantes importantes del club. Extrañamente, Tyler parece muy relajado mientras habla con ellos y les estrecha la mano.

—¡Abuelo! —Millie se levanta de golpe y lo abraza—. ¿Qué haces aquí?

—Podría decir que he venido a ver a mi niña, pero mentiría…

Le guiña el ojo y saluda a Darren con un abrazo. Luego nos tiende la mano a Tyler y a mí.

—¿Estáis nerviosos, chicos?

—Muchísimo —dicen al unísono.

—Bueno, no os voy a mentir: os he echado el ojo a vosotros dos…

—¡Abuelo! —chilla Millie, probablemente intentando que se calle —. Me prometiste que no dirías nada…

—Lo siento, cariño…

Le besa la mejilla a su nieta y se despide de nosotros tres con un gesto de la cabeza.

—Ahora estoy nerviosa…

Millie hace un mohín de tensión y Darren la acerca y le susurra algo. A mi amiga se le pone la cara roja como su vestido, así que estoy segura de que era alguna guarrada.

—Pues ya sabemos lo que le ha dicho… —me susurra Tyler y me río.

—¿El qué?

Levanto las cejas y le miro ansiosa.

—Conozco a Darren lo suficiente como para saber que le ha dicho que se quiere acostar con ella…

—Para vuestra información, le he dicho que la quiero —interviene Darren—. No todos estamos cachondos todo el tiempo…

—Bueno, pero tú sí… —contraataca Tyler, tirando de mí para acercarme más a él—. Yo también te deseo así, ¿sabes?

—Ya lo sé, ya…

Me río, y antes de que pueda decir nada más, el asistente ejecutivo le da una palmadita en el hombro.

—Señor Connor, este es el señor Brooks. Es el director general de los Tigers de Los Ángeles.

El señor Brooks es un hombre muy atractivo. Tendrá unos cincuenta años. Es un poco más bajo que Tyler, pero sigue estando en forma. Sus anchos hombros y su pecho hacen que el traje le siente como un guante. Se ha peinado el pelo canoso hacia atrás y se lo ha engominado.

Cuando menciona la ciudad de mis sueños, me tenso de inmediato. Es buena señal que el director general se pase a

saludarte en persona, ¿no? Pero no debería hacerme demasiadas ilusiones…

Los Tigers van bien en la liga y escogerán más o menos a mitad del *draft*. He hecho los deberes y he reducido mi lista de candidatos a los equipos que podrían interesarse de verdad en Tyler.

Millie, sin embargo, ha echado a perder toda mi investigación en cuestión de segundos. Ella siempre será fiel a una premisa: ¡en el *draft* puede pasar cualquier cosa!

—Encantado —dice Tyler amablemente, estrechando la mano del señor Brooks—. Es un placer conocerle.

—Lo mismo digo —responde mirándome—. ¿Y quién es tu encantadora acompañante?

Tyler me rodea con el brazo y tira de mí.

—Mi novia, Jolene —Me presenta con una sonrisa.

—Hola —respondo amistosamente y estrecho la mano del señor Brooks.

Su apretón de manos es firme y, afortunadamente, no tiene la palma sudorosa. Hoy ya he tenido un par de esas…

—Encantada de conocerte, Jolene —me dice y yo asiento.

Ya me he acostumbrado a ese nombre; probablemente porque ni Tyler ni mis padres me llaman Joy…

—Encantada.

Sin embargo, el señor Brooks apenas oye mi respuesta. No ha tardado mucho en volverse hacia Millie.

—Millie…

—¡Tío Jeff! —le saluda mi amiga, dándole un fuerte abrazo—. Este es Darren.

Tyler rechista. Volvemos a sentarnos y me inclino hacia él.

—¿Va todo bien? —le pregunto y él asiente.

—Claro… —dice y coge una botella de agua que está en una cesta encima de la mesa, frente a nosotros.

—¿Seguro?

Creo que hay algo que le preocupa. Estaba de mucho mejor humor antes tener esa conversación con el señor Brooks, que ahora está elogiando a Darren hasta la saciedad.

Sabía que en algún momento habría cierta tensión entre los chicos, porque Darren es el favorito y lo han invitado a las pruebas de todos los cazatalentos —en serio, de todos— en los últimos meses.

¡Hasta lo han llamado los equipos que ni siquiera buscan su posición! La razón es obvia: Millie. Nadie quiere meterse con un McDonald….

Sienna, Phoenix y yo hemos intentado explicarles a nuestros novios que no tiene por qué ser mejor que te busque todo el mundo, pero no les ha servido de mucho consuelo.

—Escucha, cariño… —susurro—. Eres muy buen jugador, ¿vale?

—Gracias, nena…

Tyler suspira y me besa mientras el ruido a nuestro alrededor se intensifica.

Ha llegado el momento de la verdad.

***

Tyler me transmite su tensión y ya casi puedo sentirla en el cuerpo. No consigue relajarse ni un segundo, y con cada elección en la que no le fichan, hunde aún más los hombros. Me duele verlo así y no poder hacer nada al respecto.

A Denver y Jake, que están sentados a un par de sillas de nosotros, tampoco los han elegido todavía.

—A continuación, los Austin Guns anunciarán su elección —La voz del locutor retumba en los altavoces—. Demos la bienvenida a Timothy Gardens, *quarterback* de los Austin Guns de 1990 a 1999.

Los aplausos retumban en la sala, y yo también aplaudo, hasta que el exjugador levanta las manos y, entre risas, pide al público que deje de aplaudir.

—¡Buenas noches, Las Vegas! —nos saluda—. Es un gran honor para mí anunciar la elección de primera ronda para vuestros queridos Austin Guns, que también son los míos, en el *draft* de la NFL de este año.

Otra ronda de aplausos.

Cojo la mano de Tyler y se la estrecho. Él me mira y sonríe.

—La elección de los Austin Guns en el *draft* de la NFL de este año es…

Contengo la respiración en plena pausa dramática. Tenso todo el cuerpo y aprieto la mano de Tyler con más fuerza de la necesaria. Este evento me está convirtiendo en un manojo de nervios.

—¡Denver Jones, *quarterback* del Lincoln College!

Los cuatro nos ponemos en pie de un salto para aplaudir a Denver: Millie, Darren, Tyler y yo.

Él mismo parece que no acaba de creérselo y se lleva las manos a la cabeza mientras Sienna le abraza. Jake y Phoenix también se acercan a él.

—¡Ese Denver, ahí! —aclaman Tyler y Darren, mientras levantan el puño—. ¡Lo has conseguido!

Denver se levanta y abraza primero a Sienna. La besa y luego abraza a sus hermanas y a su madre. Finalmente, Jake, John, Fynn y todo aquel que quiere felicitarlo se alinean y le abren paso de camino al escenario.

Mientras tanto, no dejamos de aplaudir.

—¡Lo ha conseguido! —dice Tyler a mi lado, y sé que lo dice de corazón.

Los cuatro están flipándolo con el logro de su colega, porque son amigos de verdad y saben lo mucho que han trabajado durante los últimos años para lucirse este fin de semana.

Denver sube al escenario y acepta las felicitaciones y la camiseta de los Austin Guns, así como una gorra con el escudo del equipo: un cañón del que sale disparada una bala.

—Vaya… —Abrumado, se seca las lágrimas—. Gracias a todos los que han hecho posible el día de hoy… Bueno, supongo que eso es lo que dijeron todos los que llegaron aquí antes que yo.

Denver coge aire antes de seguir.

—Quiero dar las gracias a los Austin Guns por tener fe en mí y ficharme hoy. También quiero agradecérselo a mis amigos, que siempre me han apoyado, a mi madre y a mis hermanas. Y a mi padre, que… que debería haber estado aquí hoy…

Denver solloza y yo miro a Sienna que, al igual que sus hermanas y su madre, está luchando contra las lágrimas. Cojo la mano de Tyler

y la aprieto.

—Y bueno, también quiero darles las gracias a mi maravillosa novia, que me acompañará en este viaje y me recordará que no estoy solo allí abajo, con el calor sureño. Ah, y Darren, estoy deseando verte en tu ciudad…

Denver se baja del escenario y vuelve con Sienna y su familia.

Ha llegado el turno de los Carolina Lions. Un antiguo *linebacker*[3] del equipo se encarga de su elección en la primera ronda.

—La elección de los Carolina Lions para el *draft* de la NFL de este año es… —Hace otra pausa dramática, de las que sacan de quicio—. ¡Jake Sullivan, *running back* del Lincoln College!

Una vez más, nos levantamos de golpe de la silla y aplaudimos a Jake, para apoyarle tanto como hemos apoyado a Denver.

Primero abraza a Phoenix, la besa y luego le susurra algo al oído.

—Se van a mudar a Charlotte con Charlotte —me dice Millie riendo—. Ni hecho a medida…

Yo también me río y Tyler me rodea con los brazos.

Jake sube al escenario, al igual que hizo Denver antes de él.

—Vaya… Quiero dar las gracias a los Carolina Lions, a mi familia y, por supuesto, a la mujer más increíble del mundo, a la que tengo suerte de tener a mi lado: Phoenix. No puedo esperar a empezar nuestra nueva vida con la pequeña Charlotte en Charlotte.

En un frenesí de aplausos, Jake baja del escenario y regresa con Phoenix y sus padres.

Incontables equipos siguen eligiendo, pero ninguno ficha a Darren ni a Tyler. Y ya vamos por la tercera ronda… Los chicos se ponen cada vez más nerviosos, pero entonces el abuelo de Millie sube al escenario.

—Buenas noches —dice—. Es un gran honor anunciar la elección de los Minneapolis Warriors.

Millie se tensa y se sienta lo más erguida posible. Darren también se incorpora.

Su abuelo no elegirá a Darren, ¿verdad? No me lo puedo creer…

Sería una pesadilla para los dos, aunque nunca lo admitirían. Está claro que Millie no quiere que Darren sea su jugador algún día,

y la verdad es que lo entiendo.

—La elección de los Minneapolis Warriors en el *draft* de la NFL de este año es… ¡Tyler Connor, *running back* del Lincoln College! Te queremos en nuestro equipo, chaval.

La sala enloquece. Millie y Darren nos miran fijamente. No me lo puedo creer. ¡Me cuesta respirar! ¡A Tyler lo ha fichado ni más ni menos que el equipo de Millie! ¡Va a ser un *warrior* y nos vamos a mudar a Minnesota, joder!

Un momento… ¿Cómo que nos mudamos? ¿Acabo de pensar que nos vamos a mudar los dos? ¡A la mierda, pues claro que sí!

Le quiero, y ni de coña voy a dejar que se vaya allí solo.

A Tyler le pasa lo mismo que a Denver: se queda de piedra y no se mueve hasta que lo toco.

—Cariño… —me dirijo a él—. Cariño, has entrado en la NFL.

Tyler levanta lentamente la cabeza, con los ojos empañados. Justo cuando estoy a punto de decirle que le apoyo y que pienso irme con él, me coge la cara con ambas manos y me besa apasionadamente.

Joder, eso no me lo esperaba…

El corazón me da un vuelco y siento cómo la sangre me fluye, frenética, por las venas. La adrenalina se apodera de mi cuerpo.

—¡Lo he conseguido! —Esas son las primeras palabras que dice —. Me han fichado… ¡Y vaya equipo, nena! ¡Vaya equipazo!

—Lo sé… —Sollozo, y Tyler me seca las lágrimas—. Te quiero. Estoy tan emocionada por lo que nos depara el futuro…

Justo después de soltarlo, me doy cuenta de que le he dicho que le quiero por primera vez.

—Yo también te quiero —admite y me besa por última vez.

Al fin consigue levantarse y se dirige al escenario. Los latidos de mi corazón se niegan a disminuir y, cuando siento el abrazo de Millie, creo que al fin soy capaz de liberarme de tanta tensión.

—¡Enhorabuena! —dice—. Bienvenida a mi equipo.

—Gracias —suelto una risita, secándome de nuevo las lágrimas —. Me muero de ganas de todo esto.

—¿De verdad vas a irte con él? —pregunta con los ojos abiertos de par en par.

Sé que llevo semanas insistiendo en que me voy a Los Ángeles, pero no puedo hacerlo. Quiero a Tyler y solo deseo estar a su lado.

—Pues va a ser que sí…

Me río, esperando que por fin cese mi torrente de lágrimas.

Tyler se acerca al micrófono y, como todos los demás jugadores, agradece a su nuevo equipo la confianza que han depositado en él.

—Además, me gustaría dar las gracias a mis padres, que siempre me han apoyado, y a mi novia. Gracias a todos.

Me alegro de que sea breve y no suelte un discurso demasiado emotivo sobre nuestro amor. No sería propio de él.

Tyler se acerca de nuevo al abuelo de Millie y este le abraza. Luego baja del escenario y se acerca a mí. Le rodeo con los brazos y le beso. Me devuelve el beso y me pone la gorra que le han regalado.

—Espero que tengas suficiente ropa de invierno —dice frunciendo el ceño—. En plan, ya se me ha olvidado lo que hemos estado repitiendo las últimas semanas. No puedo hacer esto sin ti, Jolene. Te necesito ahí, conmigo.

—Lo sé… —Le dedico una sonrisa sincera—. ¿Qué puede ofrecerme Los Ángeles cuando el hombre más sexy del país está en Minnesota?

Tyler abre la boca para decir algo, pero al final le fallan las palabras y me abraza. Rebosante de alegría, aprieta sus labios contra los míos.

Cuando volvemos a sentarnos, el abuelo de Millie sigue de pie en el escenario.

—¿Por qué no se va? —le pregunto a Millie.

—Hemos negociado con los San Francisco para conseguir otra elección. Nos toca otra vez.

—Ah… —murmuro—. Entiendo.

Cojo la mano de Tyler y entrelazo nuestros dedos. Me sonríe, radiante, y veo que, por fin, está aliviado. Sinceramente, yo también lo estoy. No podía soportar la tensión de todas esas rondas.

—Los Minneapolis Warriors también fichan en el *draft* de la NFL de este año a… —El abuelo de Millie lee lo que pone en la tarjeta—. ¡Darren Andrews, *defensive end* del Lincoln College!

[1] *N. de la T.* Hay que recordar que, en Estados Unidos, es una práctica bastante común entre las parejas adineradas que tienen problemas para concebir.
[2] *N. de la T*. Del inglés, *smokey eye*, una técnica de maquillaje que consiste en aplicar sombras, generalmente de tonos oscuros, sobre el párpado y difuminarlas para que dejen un efecto similar al del humo.
[3] *N. de la T*. Jugador que integra una de las tres unidades defensiva del equipo, a saber, la línea frontal, los *linebackers* propiamente dichos y la defensiva secundaria o perímetro.

Epílogo

Joy

Hawái, cinco años después.

La estrecha carretera que conduce a la propiedad de Millie y Darren en Hawái está bordeada por una hilera de palmeras a la izquierda, y por una pronunciada sima que se adentra en el océano Pacífico a la derecha.

Nuestros amigos se casan pasado mañana y nos han invitado a todos: A Tyler y a mí, a Denver y Sienna y, por supuesto, a Jake y Phoenix.

Durante los últimos cinco años, nos las hemos arreglado para seguir siendo amigos a pesar de que hemos vivido en distintas partes del país.

Después del *draft*, me gradué en Psicología en el Lincoln College, y ese mismo otoño, me mudé con Tyler a Mineápolis. Allí me matriculé en el máster de Psicología Deportiva de la Universidad de Minnesota y, tras graduarme, empecé a trabajar en una clínica para deportistas fundada por los McDonald.

Tyler empezó con muy buen pie en los Minneapolis Warriors. Por suerte, encajó a la perfección con el equipo. La ciudad del norte de los EE. UU. se convirtió en nuestro hogar. Allí somos felices y nos casamos hace casi tres años.

Todavía no me puedo creer que fuera la primera de nuestro grupo en casarse. Siempre pensé que sería Millie o Sienna. Yo era la que menos papeletas tenía de que algún día alguien me considerara su mujer.

Millie se casa pasado mañana, pero lo de cuándo se casarán Sienna y Phoenix es una incógnita. Ni siquiera están prometidas todavía.

Desde que nos casamos, he pasado a llamarme Jolene Connor-Lin. No quería renunciar a mi apellido de soltera porque quiero que perduren mis raíces asiáticas.

Además, otro motivo por el que nos casamos fue que me quedé embarazada de gemelos, lo cual nos pilló por sorpresa. No habíamos planeado tener hijos; es más, yo acababa de empezar a trabajar en la clínica.

Cuando vimos que la prueba de embarazo había dado positivo, nos quedamos en *shock*, y casi nueve meses después, nacieron nuestros gemelos, Tyra y Jonah. Una niña y un niño, la parejita perfecta.

Para mí, el temita de la planificación familiar se había acabado ya, pero se ve que mi marido quería demostrarme lo buenos nadadores que eran sus espermatozoides. Casi dos años después de que nacieran Tyra y Jonah, volví a quedarme embarazada. Kyra ha sido el último fichaje de la familia.

Como ahora tengo tres niños pequeños, he decidido dejarme el trabajo por el momento. Me encanta pasar tiempo con mis chiquitines, aunque nunca pensé que sería la que más hijos tendría de las cuatro.

Jake y Phoenix solo tienen a Charlotte. Ahora tiene cinco añitos ya y ha empezado la guarde este año. Los tres viven en Chicago, porque a Jake lo ficharon los Chicago Eagles.

El hijo de Denver y Sienna, Austin, nació, como su nombre indica, en esa misma ciudad. Su hija, Feline, nació hace tres meses. Y sí, como Sienna y Denver llamaron a su hija Feline, rompieron con la tradición de los Jones de ponerles a sus hijos nombres de ciudades.

Millie y Darren necesitaron un tiempo para aceptar lo que les deparaba el futuro después de que les dieran la mala noticia hace cinco años. Millie empezó a trabajar en la empresa familiar de los McDonald antes de lo esperado y lleva seis meses dirigiendo a los Minneapolis Warriors. Tyler dice que es buena jefa, y también muy justa. Darren y ella no tienen hijos, pero Millie es la tita preferida de los peques. ¡Se emplea a fondo con ellos!

Como Tyler y yo somos hijos únicos, decidimos que nuestros amigos fueran los padrinos de nuestros hijos. Darren es el padrino de Jonah, Millie es la madrina de Kyra, y Phoenix lo es de Tyra. Millie

se pasa con lo de mimar a mis hijos. Como vivimos en la misma calle que ella, los ve mucho más que Phoenix.

—¡Mamiiii…!

Tyra me tira del vestido y me giro para mirarla. Como tenemos tres niños, tuvimos que alquilar un monovolumen en vez de una limusina.

—¿Falta mucho? —pregunta mi niña.

—Ya casi estamos, bombón —respondo y ella pone los ojos en blanco.

Tyler, sentado frente a mí, sonríe.

—Papi… —Tyra lo intenta de nuevo—. ¿Cuándo es «casi»?

—Mira, solo tenemos que pasar la siguiente colina y ya estaremos, ¿vale, preciosa? —dice él, y ella apoya las manitas y la nariz contra la ventanilla del monovolumen para localizar la colina.

—No le des coba, que luego pasa lo que pasa… —le digo, sacándole la lengua a espaldas de Tyra.

Tyler se inclina hacia mí y me da un beso dulce.

—Yo diría que tengo el mismo efecto en nuestras hijas que en su madre…

—Sigue soñando… —digo entre risas.

—¡Mami, mami, mami! —dice Tyra, impaciente, desde el asiento del coche—. ¡Ahí está la casa, mira!

Me muevo en su dirección y veo la imponente mansión de nuestros amigos. Cuando Millie compró esta casa hace seis años, estaba rodeada de una explanada verde. Desde entonces, ha añadido un casoplón de invitados y un *bungalow* más pequeño para que nunca falte espacio para quien quiera quedarse allí.

—Sí, ya la veo… —le digo mientras le tiro el pelito negro hacia atrás para sujetárselo con una pinza rosa.

Tyra es mi vivo retrato, y Jonah también se parece mucho a mí. Durante el embarazo, no estábamos seguros de si nuestros hijos heredarían mis rasgos asiáticos. A los gemelos se les nota más que a Kyra. En un momento dado, Tyler incluso se atrevió a decir que al fin tenía un hijo suyo.

Es evidente que ese comentario no me hizo ninguna gracia y quise estrangularlo. Tyra y Jonah son, sin duda, sus hijos. Como su

padre, ambos tienen una paciencia infinita, perfecta para conseguir lo que quieren de mí. En el caso de Tyler, se llevó el premio gordo: nos casamos y ahora tenemos tres hijos.

Y yo que siempre había creído que no estaba hecha para este estilo de vida…

Jonah tiene la cabecita ligeramente agachada hacia un lado. Duerme plácidamente y sostiene el osito de peluche que le regaló Darren cuando nació. El peluche lleva, como era de esperar, la camiseta de Darren, con su número y el nombre de Jonah. En su momento, Tyler casi se carga a su amigo, pero a Jonah le encanta el osito y se lo lleva a todas partes. Además, mi chico lleva un conjunto monísimo de la nueva colección de Phoenix.

Sí, he dicho «de la colección de Phoenix». Mi mejor amiga es una de las diseñadoras de moda infantil más cotizadas del país. Después de haberse pasado unos años siendo la rebelde del grupo, estudió moda en Charlotte y se especializó en ropa infantil.

Su marca se llama *Charlotte's Dream*. Es increíblemente buena en lo suyo y hasta la han invitado al desfile de la *New York Fashion Week* alguna vez. También ha ido a Milán a exponer sus diseños. Sus colecciones son exclusivas y suelen agotarse tan rápido que tuvimos que elegir las mejores prendas para nuestros hijos con cierta antelación.

Casi todo lo que hay en el armario de mis hijos es obra de Phoenix. El vestido de rayas blancas y azules de Tyra, que tiene una florecita hawaiana rosa cosida en la parte izquierda del pecho, también lo ha diseñado ella. Lo único de una marca genérica es el pelele de Kyra. No me gusta vestir a un bebé siempre con ropa de marca, algo por lo que Millie se vuelve loca.

El monovolumen llega a la mansión y Millie sale corriendo a recibirnos.

—¡Tita Millie! —grita Tyra, y yo pongo los ojos en blanco.

Cuando mi hija ve a Millie o a Darren, no hay quien la pare. Tyler y yo hemos hecho constar en nuestro testamento, aunque sabemos que es muy pronto, que si nos pasara algo, querríamos que nuestros hijos vivieran con Millie y Darren.

Sus abuelos no están muy cerca, porque entre Kentucky y nuestra casa hay un largo camino. Después de nosotros, Millie y Darren son los que más se ocupan de ellos. Evidentemente, antes de incluirlos en el testamento, hablamos largo y tendido con nuestros padres, que finalmente, accedieron.

Le desabrocho el cinturón a Tyra y la ayudo a levantarse de su sillita. Mi niña corre hacia la puerta del monovolumen y se pone de puntillas para mirar por la ventanilla.

Cuando el personal de Millie abre la puerta, agradezco que mi amiga tenga tan buenos reflejos, porque Tyra salta a sus brazos sin pensárselo dos veces. Me horrorizo con tan solo pensar que nuestra hija se hubiera dado de bruces contra el duro asfalto porque, una vez más, es una ansias y no puede esperar.

Tyler y yo también nos desabrochamos los cinturones. Mi marido levanta a Jonah de su sillita y lo despierta con dulzura. Luego saco a Kyra de su Maxi-Cosi[1].

—¡Hola, chicos! —nos saluda Millie.

Lleva un vestido corto de flores y el pelo recogido en un moño.

—Hola —digo, apoyándome la cabeza de Kyra, que está dormidita, en el hombro.

—Buenas…

Darren se acerca a Millie. Lleva el mismo aspecto desaliñado que ella. Tiene el pelo enmarañado y juraría que la etiqueta de su camiseta de Dolce & Gabbana debería estar en la nuca, no en el pecho.

—¿Queréis que os preguntemos qué estabais haciendo antes de que llegáramos? Mejor no, ¿verdad? —pregunta Tyler.

—El amor, amigo mío… —responde Darren y le guiña el ojo.

Millie aún se sonroja, después de tantos años.

Sí, el amor…

Sospecho que estarían teniendo sexo salvaje contra alguna estantería de esta casa de ensueño.

—¡Tío Darren! —Jonah le tiende la mano y él lo coge en brazos.

—¡Hola, colega! —Darren saluda a su ahijado como de costumbre—. Dana y Scott han llegado hace poco. Pearl aún está

durmiendo.

Dato curioso: Dana lleva un año casada con Scott, el hermano de Sadie, y tienen una hija que se llama Pearl.

Otro dato curioso: Sadie es ahora la cuñada de Millie.

Unos meses después de nuestro viaje a Australia, Dana fue de visita a la hacienda de los O'Malley. Darren le dijo que se pasara por allí para aprender alguna que otra cosilla sobre ganadería, y mira tú por dónde, conoció a Scott. Se enamoraron y ella se mudó a Melbourne, donde se casaron y tuvieron a la pequeña Pearl.

Pero esa es otra historia.

Tyler sale de la furgoneta antes que yo y coge a nuestra hija. El conductor ha sido muy amable y nos ha preparado el cochecito para Kyra. Tyler la tumba con cuidadito y me ayuda a salir del coche.

—¿Necesita algo más, señor Connor? —pregunta amablemente el conductor después de que salga del vehículo, y mi marido niega con la cabeza.

—No, gracias —responde.

Tyler me aleja del monovolumen, del que todavía están descargando nuestro equipaje y el cochecito doble. Me acerca a él y me rodea la cintura con el brazo izquierdo.

Sonriente, me acurruco contra él y le pongo las manos en la nuca. Tyler lleva una camisa blanca a rayas finas, a juego con el vestido de Tyra. También lleva unos chinos beis y unas Birkenstock negras[2].

—No puedo creer que llevemos tres años casados… —dice en voz alta.

—No me puedo creer que llevemos cinco años juntos, tres casados y ya tengamos tres hijos —añado—. Nada de esto estaba planeado, ¿verdad?

—¿Quién necesita planearlo? —Me mira fijamente y sonríe—. Vosotros cuatro sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Eso es verdad —le respondo con una sonrisa y le beso suavemente.

—Y sigo tan loco por ti como el primer día… —añade Tyler y yo pongo los ojos en blanco.

A veces me pregunto por qué me propuso matrimonio en un mar de rosas rojas en vez de preguntarme simplemente: «¿Te hace que nos casemos, nena?».

—Esta noche nos vamos a escapar a la playa a echar un polvazo.

Me río, echo la cabeza hacia atrás y le doy un puñetazo juguetón en el pecho. Siempre que estamos de vacaciones y hay una playa cerca, follamos allí. Es una tradición que mantenemos desde aquella noche en Australia.

—Tenemos tres hijos, Tyler…

—Pero tienen padrinos —matiza, refiriéndose al hecho de que nos alojamos en la mansión de Millie y Darren—. Venga, no me dirás que no te apetece… ¿Qué tal si vamos a por el cuarto?

—Pero ¿qué dices? —exclamo, separándome de Tyler, y sigo caminando hacia la casa—. Podemos divertirnos si quieres, pero nada más.

—¿Por qué no?

Tyler refunfuña y yo pongo los ojos en blanco.

—Ya hablamos de esto, cariño…

—Eso fue antes de Kyra…

Por desgracia, tiene razón. Antes de quedarme embarazada de Kyra, le dije que con los gemelos yo ya era feliz. Sin embargo, conseguimos concebir otro hijo.

—¡Tyler! —rechisto—. Que no…

—Está bien… —Me coge por banda y me rodea con el brazo—. Te quiero.

—Yo también te quiero —le digo, besándole con ternura.

***

Conmovida, me doy la vuelta cuando empieza a sonar la música y veo con orgullo a mis gemelos, así como a Austin y Charlotte, lanzando flores. Las niñas llevan unos vestidos rosa palo con enaguas en las falditas. Les hemos recogido el pelo en trencitas y llevan unas coronas de flores en la cabeza. Austin y Jonah visten unos trajes negros con pajaritas azul claro. Me encantaría hacer fotos de todo, pero para eso ya hay un fotógrafo.

Tyler me coge de la mano y entrelazamos los dedos. Jake y Phoenix están sentados a nuestro lado, mientras que Denver y Sienna están en la fila de delante. Los cochecitos de Kyra y Feline están a la sombra, a la izquierda. Hay dos niñeras sentadas a su lado para ocuparse de ellas si pasara algo durante la ceremonia.

—Lo están haciendo mejor de lo que pensaba… —me susurra mi marido, y yo asiento.

La verdad es que sí. Las últimas veces que practicamos esto en casa, Tyra tiró la cesta nada más dar tres pasos. Ayer, en el ensayo general, sin embargo, lo hizo genial. Creo que es porque admira a Charlotte, que casi le dobla la edad, y eso la anima a hacerlo bien.

Con su larga melena rubia, Charlotte es la viva imagen de su madre. No se parece en nada a Jake. Según Phoenix, Austin se parece mucho a Denver, así que es de esperar que Feline se parezca más a su madre.

—Sí, ¿verdad? —le digo a Tyler, y me quedo mirándolo.

Está guapísimo con su traje azul oscuro, su chaleco y su camisa blanca, todo hecho a medida.

—¡Hola, mamá! ¡Hola, papá! —grita Tyra, saludándonos con la mano.

Avergonzada, le devuelvo el saludo. Como tiene tres añitos, no se da cuenta de que está interrumpiendo la marcha de Millie hacia el altar, pero entiendo que quiera que nos fijemos en ella.

Millie sonríe y me guiña el ojo. Su padre la está llevando al altar.

Los niños lo están haciendo genial y, cuando llegan adonde Darren les espera de pie, el padre de Millie le entrega la mano de su hija a su futuro yerno.

Tyler me aprieta la mano y me hace recordar el momento en que mi padre hizo lo mismo con nuestras manos. Aunque han pasado tres años desde nuestra boda, creo que jamás olvidaremos ese instante.

***

Con una copa de vino tinto en la mano, Phoenix y yo nos reunimos con Millie y Sienna en el jardín. La fiesta está en pleno

apogeo ahí dentro, pero creo que ha llegado el momento de disfrutar de un poco de paz y tranquilidad con la novia.

Millie está preciosa con su vestido blanco que le llega hasta el suelo. Es un palabra de honor y lleva un ramillete bordado con pequeñas perlas a juego. La falda del vestido está confeccionada en un tejido vaporoso y tiene un bajo ligeramente acampanado. Millie optó por no llevar un cancán bajo la falda, lo cual es típico en los vestidos de novia. El suyo es un vestido hecho a medida en Barcelona.

Sonrío a Millie. Lleva todo el día brillando a más no poder.

—Bueno, señora Andrews… —Ríe Phoenix—. ¿Qué se siente al ser una mujer casada?

—Felicidad —Millie sonríe—. No puedo creer que me haya casado con él…

—Y yo no puedo creer que no hayas probado otra polla antes de darle el «Sí, quiero»…

Sienna y Phoenix sueltan una carcajada.

Sí, incluso después de tener tres hijos y de estar casada con un hombre maravilloso, lo mío no es mantener la boca cerrada.

Millie pone los ojos en blanco.

—No serás tú la que lleva casada más de tres años y la primera de nosotras en comprometerse de por vida, ¿no? Y tienes tres, repito, tres hijos. Esos son muchos ya como para hablar de pollas…

Millie se encoge de hombros y da un sorbo a su champán.

—Te has convertido en toda una mamá, Joy… —añade.

—¡Retira eso ahora mismo!

Agito el dedo índice como para regañarla y la miro indignada. Solo porque esté casada y tenga tres hijos no tiene derecho a decirme que me he convertido en la típica mamá.

—Nuestra vida sexual nunca ha ido mejor. De hecho, Tyler quiere un cuarto hijo.

—¿En serio? —pregunta Phoenix, mirándome con los ojos abiertos de par en par.

—Sí —Pongo los ojos en blanco—. Cree que estaría guay…

—¿Y tú no quieres otro? —pregunta Sienna, dando un sorbo a su champán.

—¡Pues no! —digo, casi indignada por tener que explicárselo a mis amigas—. Después de los gemelos, pensaba que ya íbamos bien servidos. Un cuarto hijo no entra en mis planes. ¿Y vosotras, qué?

La pregunta va dirigida sobre todo a Phoenix. Ya podemos hablar libremente de esto delante de Millie. Está en paz consigo misma, con su situación y con su carrera.

—Cuando tuvimos al segundo decidimos que ya era suficiente —Sienna levanta las manos—. Una niña y un niño nos bastan. Denver y yo estamos de acuerdo.

—¿Y tú, Phoe? —le pregunto.

—Charlotte fue un accidente…

Phoenix dice la verdad sobre su hija. Sí, es cierto es que lo fue. Cuando se quedó embarazada a los diecinueve años, todos flipamos.

—Este año va a cumplir seis ya y… estamos pensando en volver a intentarlo —añade.

—¿Os lo estáis pensando o lo habéis intentado ya?

—Lo estamos intentando —Phoenix sonríe ampliamente—, pero con la calma. He dejado de tomarme la píldora. Que pase cuando tenga que pasar. Jake y yo queremos otro hijo, pero si no lo tenemos, tampoco pasa nada. Aunque me gustaría, por Charlotte. A mí me ayudó mucho crecer con mis hermanos…

—¿Con Denver también? —pregunto y Phoenix se ríe.

—Sí, con Denver también —Suelta una risita.

En ese momento, Denver, Darren, Jake y Tyler se acercan a nosotras.

Los cuatro llevan trajes azul oscuro. Para Darren era importante que sus colegas y Tyler, que es el padrino, fueran vestidos iguales.

—¿Dónde está mi preciosa mujer? —pregunta Darren y Sienna le hace sitio para que se siente a su lado.

Darren se sienta en el banco y se acerca a Millie.

Tyler me rodea con sus brazos y me besa en el hombro. No paso por alto la miradita que me dirige al escote. Lleva enamorado de mi vestido verde a ras de suelo desde que se lo enseñé hace dos semanas.

—¿De qué estabais hablando? —pregunta Denver con una sonrisa.

—De niños… —responde Sienna, acurrucándose junto a él.

—¿De niños? ¿Es un llamamiento a alguien en concreto? —dice, sonriente, y para enfatizar sus palabras, tira de Sienna contra él y la agarra del culo.

—¡Delante de mí, no, por Dios! —exclama Phoenix.

Da igual cuántos años pasen: los hermanos Jones jamás aceptarán la vida amorosa del otro.

—Lo de los Jones no tiene arreglo, ¿eh? —digo.

—Bueno, y poco se habla de otra cosa… —interviene Tyler, acercándome aún más—. Sin presión, pero ¿para cuándo Sienna pasa a ser una Jones y Phoe deja de serlo?

De repente, a Denver y Jake les entra una sed insaciable y ¡puf! Desaparecen. Afortunadamente, Phoenix y Sienna se lo toman a buenas. Aun así, estoy bastante segura de que Sienna se ha planteado ya lo de dar el paso.

Miro a Tyler y me río.

—No todo el mundo es tan valiente como tú… —Le agarro las solapas de la chaqueta y tiro de él hacia mí—. La madre de todas las preguntas tiene que llegar en el momento perfecto.

—Exactamente… —interviene Darren con una sonrisa—. Lo de animarle a que te pidiera matrimonio me quitó años de vida…

—Pobrecito mío…

Pongo los ojos en blanco y le guiño el ojo a Darren.

Nuestra relación ha mejorado mucho en los últimos años. Todavía nos picamos, pero ya no nos peleamos como antes.

—Fijo que le diste buenos consejos a Tyler… —teorizo—. Le apoyarías muchísimo; de eso estoy segura…

—Sobre todo después de unas copitas de *bourbon*… —dice Darren secamente—. Sé que quería casarse contigo de todos modos, pero para entonces, ya te había dejado embarazada.

—¡Darren! —dice Millie—. Ahora eres un hombre casado. Ya vale de burradas.

—¿Lo soy? —Se levanta y la arrastra con él.

Phoenix, Sienna, Tyler y yo nos reímos y Darren se echa a Millie al hombro para llevársela a la playa.

—Entonces ya soy libre para cumplir con nuestras obligaciones maritales…

—Creo que deberíamos irnos de aquí… —dice Phoenix.

Sienna, Tyler y yo asentimos.

—¿Me vais a dejar a solas con él? —pregunta Millie, colgada boca abajo a hombros de Darren.

—Te has casado con él, amiga… —dice Phoenix encogiéndose de hombros—. Es demasiado tarde para esa pregunta…

Tyler me rodea con el brazo y me guía hasta la mansión detrás de Phoenix y Sienna. Millie y Darren no tardan en unirse a nosotros.

Y entonces me doy cuenta de que, después de todo, un error administrativo, un hermano sobreprotector, dos personalidades completamente distintas y una noche que casi acaba con nuestro amor en el pasado no han sido obstáculo suficiente para que tengamos el final feliz perfecto.

---

[1] *N. de la T*. Marca de cochecitos, tronas y otros accesorios para bebés.

[2] *N. de la T*. Marca de sandalias de calidad, normalmente de cuero natural, que se pusieron de moda hace unos años y cuyo modelo también se popularizó a través de otras firmas menos conocidas.

Conoce a la autora

Evidentemente, fueron los deportes —concretamente los deportes de pelota— los que despertaron en Mrs. Kristal el gusanillo de la escritura. La autora empezó a escribir en 2012, y sus primeros textos sobre el mundo del fútbol evolucionaron a lo largo de los años hasta convertirse en verdaderas historias y, finalmente, en libros.

A partir de ese momento, Mrs. Kristal se mudó a otro continente y no dejó de escribir sobre este deporte que tanto le apasionaba. En 2021 publicó su primera novela de romance universitario y fútbol americano. Mrs. Kristal se inspira en situaciones cotidianas, en sus recuerdos y vivencias y en sus conversaciones con amigos y familiares.

Sus libros se centran siempre en el amor y la amistad, además de en el deporte. Lo que más le gusta de la escritura es poder sumergirse otros mundos, donde sus personajes recorren un largo viaje hasta llegar a un final feliz. Cuando Mrs. Kristal no está escribiendo, le gusta pasar tiempo con sus amigos y su familia y viajar siempre que puede. Uno de sus mayores sueños es visitar al menos una vez en la vida las ciudades, países y estadios sobre los que tanto escribe.

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Victoria Barbera